

**MICHAEL
CRICHTON**

**RESCATE EN
EL TIEMPO
[1999-1357]**

Lectulandia

La multinacional ITC desarrolla, bajo el máximo secreto, una revolucionaria y misteriosa tecnología basada en los últimos avances de la física cuántica. Sin embargo, la crítica situación financiera de ITC la obliga a obtener resultados inmediatos para atraer nuevos inversores. La opción más clara es acelerar el Proyecto Dordogne, de cara al público un proyecto arqueológico para desenterrar las ruinas de un monasterio medieval en Francia pero, en realidad, un arriesgado experimento para poner a prueba una tecnología que permite viajar en el tiempo. Pero cuando se trata de teletransportar personas de un siglo a otro, el menor fallo o descuido puede traer consigo consecuencias imprevisibles y pavorosas...

Michael Crichton nos ofrece una nueva supernovela de aventuras, con un sólido planteamiento científico y un trasfondo que mueve a reflexión. Sin duda, todo un hito en la trayectoria de su aclamado autor.

Lectulandia

Michael Crichton

Rescate en el tiempo: 1999-1357

ePub r1.4

Rob_Cole 07.08.2017

Título original: *Timeline*
Michael Crichton, 1999
Traducción: Carlos Milla Soler
Retoque de portada: Perseo

Editor digital: Rob_Cole
Primer editor: Perseo (r1.0 a 1.3)
Corrección de erratas: Mina815, dekisi y aigor
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Taylor

Todos los grandes imperios del futuro serán imperios de la mente.

WINSTON CHURCHILL, 1953

Si uno no sabe historia, no sabe nada.

EDWARD JOHNSTON, 1990

No me interesa el futuro. Me interesa el futuro del futuro.

ROBERT DONIGER, 1996

Introducción

LA CIENCIA A FINALES DE SIGLO

Hace cien años, en las postrimerías del siglo XIX, los científicos de todo el mundo estaban convencidos de que habían alcanzado una representación precisa del mundo físico. Tal como lo expresó Alastair Rae, «a finales del siglo XIX parecían conocerse los principios fundamentales que rigen el comportamiento del universo físico^[1]». De hecho, muchos científicos sostenían que el estudio de la física prácticamente podía darse por concluido: no quedaban grandes descubrimientos por hacer, sino solo detalles y pinceladas finales.

Pero en la última década del siglo salieron a la luz unas cuantas curiosidades. Roentgen descubrió unos rayos que traspasaban la carne; como no tenían explicación, los llamó rayos X. Dos meses después, Henri Becquerel advirtió por azar que un fragmento de mineral de uranio emitía algo que velaba las placas fotográficas. Y el electrón, el portador de la electricidad, fue descubierto en 1897.

Sin embargo, en términos generales, los físicos no se inmutaron, dando por supuesto que esas rarezas quedarían explicadas tarde o temprano por la teoría existente. Nadie habría previsto que en cinco años esa conformista visión del mundo se vería trastocada de manera sorprendente, surgiendo una nueva concepción del universo y unas nuevas tecnologías que transformarían la vida cotidiana del siglo XX de un modo por entonces inimaginable.

Si en 1899 alguien hubiera dicho a un físico que en 1999, cien años después, se transmitirían imágenes en movimiento a los hogares de todo el mundo desde satélites; que bombas de una potencia inconcebible amenazarían la supervivencia de la especie; que los antibióticos atajarían las enfermedades infecciosas pero que dichas enfermedades contraatacarían; que las mujeres tendrían derecho al voto y píldoras para controlar la reproducción; que cada hora alzarían el vuelo millones de personas en aparatos capaces de despegar y aterrizar sin intervención humana; que sería posible cruzar el Atlántico a tres mil doscientos kilómetros por hora; que los hombres viajarían a la Luna, y perderían luego el interés por el espacio exterior; que los microscopios conseguirían ver átomos independientes; que la gente llevaría encima teléfonos de un peso no mayor a unas cuantas decenas de gramos y se comunicaría sin hilos con cualquier lugar del mundo; o que la mayoría de estos milagros dependerían de un dispositivo del tamaño de un sello de correos, basado en una nueva

teoría llamada mecánica cuántica...; si alguien hubiera dicho entonces todo esto, el físico sin duda lo habría tachado de loco.

La mayoría de estos avances no podían predecirse en 1899, porque la teoría científica imperante los consideraba imposibles. Y en cuanto a los pocos que por entonces parecían posibles —tales como los aviones—, la envergadura de su posterior uso hubiera escapado a las previsiones de cualquiera. Podía imaginarse un avión; pero la presencia simultánea de diez mil aviones en el aire era algo inconcebible.

Así pues, podemos afirmar en rigor que, en el umbral del siglo xx, ni siquiera los científicos mejor informados tenían la más vaga idea de lo que se avecinaba.

Ahora que nos hallamos a las puertas del siglo xxi, la situación presenta una curiosa similitud. Una vez más los científicos creen que el mundo físico está ya explicado, y que el futuro no nos deparará más revoluciones. Por la experiencia de la historia previa, ya no expresan esta opinión en público, pero eso es lo que piensan de todos modos. Algunos observadores incluso han llegado al extremo de plantear la tesis de que la ciencia como disciplina ha concluido ya su labor, que no le queda nada importante por descubrir^[2].

Pero de la misma manera que en los últimos años del siglo xix existían indicios de lo que estaba por venir, en los últimos años del siglo xx encontramos también pistas para vislumbrar el futuro. Una de las principales es el interés en la llamada tecnología cuántica, un esfuerzo en muchos frentes para crear una nueva tecnología que utiliza la naturaleza esencial de la realidad subatómica, y promete revolucionar nuestra idea de lo que es posible.

La tecnología cuántica entra en total contradicción con lo que el sentido común nos dice sobre el funcionamiento del mundo. Postula un mundo en el que los ordenadores operan sin ponerse en marcha y los objetos se encuentran sin buscarlos. Con una sola molécula puede construirse un ordenador de una potencia inimaginable. La información se desplaza entre dos puntos de forma instantánea, sin hilos ni redes. Se examinan objetos lejanos sin contacto alguno. Los ordenadores realizan sus cálculos en otros universos. Y el teletransporte —«Teletransportame, Scotty»— es algo corriente y utilizado de muy diversas maneras.

En la década de los noventa del siglo xx, las investigaciones en el campo de la tecnología cuántica han empezado a dar resultados. En 1995 se enviaron mensajes cuánticos ultraseguros a una distancia de 61 kilómetros, induciendo a pensar que en el siglo venidero se desarrollará una Internet cuántica. En Los Álamos, un grupo de físicos midió el grosor de un pelo humano mediante un rayo láser que en realidad no se proyectó sobre el pelo, sino que *podría* haberse proyectado. Este singular resultado «contrafactual» inició una nueva área de detección sin interacción, o lo que se ha dado en llamar «encontrar algo sin buscar».

Y en 1998 se demostró la posibilidad del teletransporte cuántico en tres laboratorios de distintos lugares del mundo: en Innsbruck, en Roma y en el Cal Tech (California Institute of Technology^[3]). El físico Jeff Kimble, jefe del equipo del Cal Tech, declaró que el teletransporte cuántico podía aplicarse a objetos sólidos. «El estado cuántico de una entidad podría transportarse a otra entidad... Creemos saber cómo hacerlo^[4]». Kimble se abstuvo de insinuar que fuera posible transportar a un ser humano, pero imaginaba que quizá alguien lo intentaría con una bacteria.

Estas curiosidades cuánticas, contrarias a la lógica y el sentido común, han recibido escasa atención por parte del público, pero eso no seguirá así por mucho tiempo. Según ciertas estimaciones, en las primeras décadas del nuevo siglo la mayoría de los físicos de todo el mundo trabajará en algún aspecto de la tecnología cuántica^[5].

No es de extrañar, por tanto, que a mediados de la década de los noventa varias empresas comenzaran a llevar a cabo investigaciones cuánticas. Fujitsu Quantum Devices se creó en 1991. IBM formó un equipo de investigación cuántica en 1993, bajo la supervisión de Charles Bennett, uno de los precursores en la materia^[6]. ATT y otras compañías siguieron pronto sus pasos, al igual que centros universitarios como el Cal Tech o instituciones estatales como Los Álamos. Y ese mismo camino tomó una nueva empresa de investigación llamada ITC, con sede en Nuevo México. Situada a solo una hora de Los Álamos por carretera, la ITC fue la primera empresa que, en 1998, consiguió una aplicación práctica y operativa de la más avanzada tecnología cuántica.

En retrospectiva, fue una combinación de peculiares circunstancias —y mucha suerte— lo que colocó a la ITC a la cabeza de una nueva tecnología espectacular. Si bien la empresa sostenía que sus descubrimientos eran totalmente inocuos, su llamada «expedición de rescate» puso de manifiesto con absoluta claridad los riesgos implícitos. Durante dicha expedición una persona desapareció y otra sufrió graves heridas. Para los jóvenes estudiantes de postgrado que emprendieron la expedición, esta nueva tecnología cuántica, heraldo del siglo XXI, fue sin duda cualquier cosa menos inocua.

En 1357 tuvo lugar un característico episodio de guerra privada. Sir Oliver de Vannes, un caballero inglés distinguido por su nobleza y carácter, había conquistado las plazas fuertes de Castलगard y La Roque, en la cuenca del río Dordogne. Por lo que se sabe, este «señor prestado» gobernó con recta dignidad y se ganó la estima de la población. En abril, las tierras de sir Oliver fueron invadidas por una depredadora compañía de dos mil *brigandes*, caballeros renegados bajo el mando de Arnaut de Cervole, un monje despojado del hábito a quien se conocía por el sobrenombre de Arcipreste. Tras reducir Castलगard a cenizas, Cervole arrasó el cercano monasterio de Sainte-Mère, asesinando a los monjes y destruyendo el famoso molino de agua a orillas del Dordogne. A continuación, Cervole persiguió a sir Oliver hasta la fortaleza de La Roque, donde se desarrolló una encarnizada batalla.

Oliver defendió su castillo con pericia y valentía. Fuentes contemporáneas atribuyen los meritorios esfuerzos de Oliver a su consejero militar, Edwardus de Johnes. Poco se sabe de este hombre, en torno al cual surgió una mitología merlinesca: según la leyenda, podía desaparecer en medio de un destello de luz. El cronista Audreim declara que Johnes procedía de Oxford, pero otros aseguran que era de origen milanés. Habida cuenta de que viajaba acompañado de un grupo de jóvenes colaboradores, cabe suponer que era un experto ambulante, a sueldo de quienquiera que pagara por sus servicios. Dominaba el uso de la pólvora y la artillería, una tecnología nueva en aquella época...

A la postre, Oliver perdió su inexpugnable castillo cuando un espía franqueó un pasadizo interior, permitiendo entrar a los soldados del Arcipreste. Tales traiciones eran propias de las complejas intrigas de aquellos tiempos.

M. D. BACKES, 1996,
La guerra de los Cien Años en Francia

CORAZÓN

Cualquiera que no sienta asombro ante la teoría cuántica es porque no la comprende.

NIELS BOHR, 1927

Nadie comprende la teoría cuántica.

RICHARD FEYNMAN, 1967

No debería haber tomado aquel atajo.

Dan Baker hizo una mueca de disgusto al notar las sacudidas de su flamante Mercedes S500 mientras se adentraba por el camino de tierra en la reserva de los indios navajos, en la franja norte de Arizona. Alrededor, el paisaje ofrecía un aspecto cada vez más desolado: lejanas mesetas rojizas al este, un desierto totalmente llano al oeste. Media hora antes habían atravesado un pueblo —casas polvorientas, una iglesia y una pequeña escuela arracimadas al pie de un escarpado despeñadero—, pero a partir de ahí no habían visto la menor señal de vida, ni siquiera un cercado. Solo desierto inhóspito y rojizo. Y no se cruzaban con otro coche desde hacía una hora. Era ya mediodía, y el sol caía a plomo. Baker, un contratista de Phoenix ya cuarentón, empezaba a ponerse nervioso. Sobre todo porque su esposa, arquitecta, era de esas personas de temperamento artístico sin el menor sentido práctico respecto a detalles como la gasolina y el agua. Solo les quedaba medio depósito y el motor comenzaba a calentarse.

—Liz, ¿estás segura de que es por aquí? —preguntó.

Inclinada sobre el mapa en el asiento contiguo, su esposa seguía la ruta en el papel con el dedo.

—Tiene que ser por aquí —respondió ella—. Según la guía, estaba a seis kilómetros después del desvío a la cañada de Corazón.

—Pero si hemos dejado atrás el desvío a Corazón hace veinte minutos. Se nos debe de haber pasado.

—¿Cómo va a pasársenos una lonja de artesanía en medio del desierto? —dijo Liz.

—No lo sé. —Baker miró al frente—. Pero por aquí cerca no hay nada. ¿Estás convencida de que es esto lo que quieres? Lo digo porque podemos encontrar excelentes tapetes navajos en Sedona. En Sedona venden tapetes de todas clases.

—En Sedona no hay nada auténtico —repuso ella con desdén.

—Claro que hay artesanía auténtica, cariño. Un tapete es un tapete.

—Un textil —corrigió ella.

—De acuerdo. —Baker suspiró—. Un textil.

—Y no, no es lo mismo —prosiguió Liz—. Las tiendas de Sedona tienen solo purria para turistas..., de fibra acrílica, no de lana. Yo quiero los textiles que venden

en la reserva. Y supuestamente en esta lonja hay un textil de los años veinte, tejido por Hosteen Klah y basado en una antigua pintura de arena. Y lo quiero.

—Está bien, Liz.

Baker, personalmente, no entendía para qué necesitaban otro tapete navajo, o textil o como se llamara. Tenían ya dos docenas. Liz los había puesto por toda la casa, e incluso tenía unos cuantos guardados en los armarios.

Siguieron adelante en silencio. El sol reverberaba en el camino, que parecía un lago de plata. Y ante ellos surgían espejismos, casas o personas alzándose a lo lejos, pero se desvanecían en cuanto se acercaban.

Dan Baker volvió a suspirar.

—Debemos de haber pasado de largo.

—Continuemos unos kilómetros más —propuso Liz.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Unos pocos.

—¿Cuántos, Liz? Decidamos hasta dónde vamos a ir.

—Diez minutos más —respondió ella.

Baker echaba un vistazo al indicador de la gasolina cuando Liz se llevó la mano a la boca y exclamó:

—¡Dan!

Baker volvió a centrar la atención en el camino justo a tiempo de ver una silueta a un lado —un hombre vestido de marrón en la cuneta— y oír un sonoro golpe en un costado del coche.

—¡Dios mío! —exclamó Liz—. ¡Lo hemos atropellado!

—¿Qué?

—Hemos atropellado a ese hombre.

—No. Ha sido un bache. —Por el retrovisor, Baker vio al hombre todavía de pie en la cuneta, una figura de marrón que desaparecía por momentos en la nube de polvo levantada por el coche—. Si lo hubiéramos atropellado, no estaría aún de pie.

—Dan, lo hemos atropellado; lo he visto.

—No lo creo, cariño.

Baker miró de nuevo por el retrovisor, pero esta vez vio solo la nube de polvo.

—Vale más que volvamos atrás —dijo Liz.

—¿Por qué?

Baker tenía la casi total certeza de que su esposa se equivocaba. Pero si en efecto habían atropellado a aquel hombre y le habían causado alguna herida, por leve que fuera —un corte en la cabeza o un rasguño—, podía representar un considerable retraso en su viaje. No estarían de regreso en Phoenix al anochecer. Cualquiera que anduviese por aquellos parajes era sin duda un navajo; tendrían que llevarlo a un hospital o, como mínimo, al pueblo grande más cercano, que era Gallup, y no les caía de paso.

—Pensaba que querías volver —insistió Liz.

—Y así es.

—Entonces volvamos.

—Sencillamente no quiero meterme en líos, Liz.

—¡Dan, parece mentira!

Baker, suspirando, aminoró la velocidad.

—Está bien, ya vuelvo, ya vuelvo.

Y dio la vuelta, con cuidado de que las ruedas no se quedaran atascadas en la arena roja de la cuneta, y enfiló el camino en sentido contrario.

—¡Dios santo! —exclamó Baker.

Paró y salió de inmediato en medio de la nube de polvo de su propio coche. El impacto del calor en la cara y el cuerpo le cortó la respiración. Debemos de estar a unos cincuenta grados aquí fuera, pensó.

Cuando el polvo se disipó, vio al hombre tendido en la cuneta, apoyando un codo en la arena para intentar incorporarse. Era un frágil anciano de unos setenta años, con barba y casi calvo. Su vestimenta marrón era una especie de hábito. Quizá es un sacerdote, pensó Baker.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Baker mientras lo ayudaba a sentarse en el camino de tierra.

El anciano tosió.

—Sí, estoy bien.

—¿Quiere levantarse? —dijo Baker, tranquilizándose al no ver sangre.

—Dentro de un momento.

Baker echó una ojeada alrededor.

—¿Dónde ha dejado el coche? —preguntó.

El anciano volvió a toser. Sin fuerzas siquiera para alzar la cabeza, mantenía la mirada fija en el suelo.

—Dan, creo que está herido —observó Liz.

—Sí —convino Baker. Sin duda el anciano parecía aturdido. Baker lanzó otro vistazo en torno: no se veía nada salvo el liso desierto en todas direcciones, extendiéndose bajo la trémula calina.

Ningún coche. Nada.

—¿Cómo habrá llegado aquí? —comentó Baker.

—Vamos —apremió Liz—, tenemos que llevarlo a un hospital.

Sujetando al anciano por las axilas, Baker lo ayudó a ponerse en pie. El peculiar hábito que vestía era de una tela gruesa, semejante al fieltro, y sin embargo, a pesar de la alta temperatura, el anciano no sudaba. En realidad, Baker notó su cuerpo casi frío.

Mientras cruzaban el camino, el anciano apoyó en Baker todo su peso. Liz abrió la puerta trasera del coche.

—Puedo andar. Puedo hablar —musitó el anciano.

—Muy bien, estupendo —dijo Baker, y lo acomodó en el asiento posterior.

El anciano se tendió en el tapizado de piel y se aovilló, adoptando una posición fetal. Bajo el hábito, llevaba ropa convencional: vaqueros, camisa de cuadros, zapatillas Nike. Baker cerró la puerta, y Liz volvió al asiento del pasajero. Baker, vacilante, permaneció inmóvil por un momento bajo el intenso sol. ¿Cómo era posible que aquel viejo estuviera solo en semejante despoblado? ¿Y que no sudara pese a lo abrigado que iba?

Daba la impresión de que acabara de bajarse de un automóvil.

Quizá ha llegado aquí en coche, pensó Baker. Quizá se ha dormido al volante. Quizá el coche se ha salido de la carretera y ha tenido un accidente. Quizá quede aún alguien atrapado dentro del coche.

Oyó mascullar al anciano:

—Déjalo, sopésalo. Vuelve ahora, tráelo ahora, y sin demora.

Baker cruzó el camino para inspeccionar las inmediaciones.

Pasó sobre un enorme bache y pensó en mostrárselo a su esposa, pero se abstuvo. Junto al camino no encontró huellas de neumáticos, pero sí vio claramente en la arena el rastro de las pisadas del anciano, que se adentraba en el desierto. A unos treinta metros distinguió el margen de una quebrada, una hendidura abierta en el terreno por las torrenciales lluvias que muy de vez en cuando caían en la zona. Las huellas procedían de allí.

Baker siguió el rastro hasta la quebrada, se acercó al borde y miró hacia el fondo. Ningún coche había caído al cauce seco. Vio solo una serpiente que se alejaba de él reptando entre las piedras. Se estremeció.

De pronto llamó su atención algo de color blanco que brillaba a unos pasos de él, terraplén abajo. Baker descendió por la pendiente para verlo mejor. Era un objeto de cerámica blanca, cuadrado, de unos dos centímetros y medio de lado. Parecía un aislante eléctrico. Baker lo cogió, sorprendiéndose al notarlo frío al tacto. Tal vez era uno de esos materiales que no absorbían el calor.

Observándolo de cerca, vio grabadas en un ángulo las siglas ITC. En un costado, sin sobresalir de la superficie, había una especie de botón. Baker se preguntó qué ocurriría si apretaba el botón. Allí de pie bajo el sol, rodeado de rocas, lo apretó.

No pasó nada.

Volvió a apretarlo. Otra vez nada.

Baker trepó por el terraplén, salió de la quebrada y regresó al coche. El anciano dormía, roncando ruidosamente. Liz consultaba los mapas.

—El pueblo grande más cercano es Gallup.

Baker puso el motor en marcha.

—Gallup, en efecto.

En cuanto tomaron de nuevo la interestatal, rumbo al sur, hacia Gallup, mejoraron el promedio de velocidad. El anciano seguía dormido. Liz lo miró y dijo:

—Dan...

—¿Qué?

—¿Te has fijado en sus manos?

—¿En qué concretamente?

—En las puntas de los dedos —respondió Liz.

Apartando la vista de la carretera, Baker echó una rápida ojeada al asiento posterior. El anciano tenía enrojecidos los extremos de los dedos casi hasta el segundo nudillo.

—¿Y qué tiene eso de raro? Serán quemaduras de sol.

—¿Solo en las puntas de los dedos? ¿Por qué no en toda la mano?

Baker se encogió de hombros.

—Antes no tenía así los dedos —dijo Liz—. No los tenía rojos cuando lo hemos recogido.

—Cariño, probablemente no lo has notado.

—Sí lo he notado, porque tiene las uñas muy arregladas, de manicura, y me ha parecido extraño que aquí, en medio del desierto, un anciano llevara hecha la manicura.

—Ya.

Baker miró su reloj. Se preguntó cuánto tiempo tendrían que quedarse en el hospital de Gallup. Horas, posiblemente.

Suspiró.

Ante ellos, la carretera continuaba recta y llana hasta perderse en el horizonte.

A medio camino de Gallup, el anciano despertó. Tosió y dijo:

—¿Ya estamos? ¿Adónde vamos?

—¿Se encuentra bien? —preguntó Liz.

—¿Si me encuentro bien? Apenas me tengo en pie. Bien, muy bien.

—¿Cómo se llama? —dijo Liz. El anciano le guiñó un ojo.

—En las plumas quanti quam estuve y sin rumbo anduve.

—Pero ¿cómo se llama?

—Siempre el mismo interrogatorio, en busca de un chivo expiatorio —contestó el anciano.

—Lo rima todo —observó Baker.

—Ya me he dado cuenta, Dan —dijo Liz.

—Vi un programa de televisión sobre esto —explicó Baker—. Hablar con rimas es un síntoma de esquizofrenia.

—Versos rimados, ritmos marcados —prosiguió el anciano, y a continuación empezó a cantar a pleno pulmón, parafraseando la letra de una canción de John Denver:

*En las plumas quanti quam estoy, y sin rumbo voy,
al lugar de donde soy,
la vieja Black Rock, un recóndito rincón,
en las plumas quanti quam estoy, y de aquí para allá voy.*

—¡Vaya, vaya! —exclamó Baker.

—Oiga, señor —insistió Liz—, ¿podría decirme su nombre?

—El niobio puede causar oprobio. Extremas singularidades no permiten paridades.

Baker suspiró.

—Cariño, este hombre está loco.

—Un loco, loco es, del derecho y del revés.

Pero Liz no se dio por vencida.

—Oiga, ¿sabe cómo se llama?

—Avisen a Gordon, conviene ser discretos —dijo el anciano, vociferando—. A

Gordon o a Stanley, hay que mantenerlo en secreto.

—Pero, dígame...

—Liz —la interrumpió Baker—, déjalo ya. Es mejor que se calme, ¿no crees? Aún nos queda mucho camino por delante.

A voz en cuello, el anciano entonó:

—Al lugar de donde soy, las artes mágicas son siempre trágicas, la espuma rural me sienta fatal.

Y en cuanto terminó, empezó de nuevo desde el principio.

—¿Cuánto falta para Gallup? —dijo Liz.

—No preguntes.

Baker telefoneó antes de llegar, y cuando detuvo el Mercedes bajo el pórtico de colores rojo y crema de la unidad de traumatología del hospital McKinley, los camilleros estaban ya esperando. El anciano no ofreció resistencia mientras lo tendían en la camilla, pero en cuanto empezaron a sujetarlo con las correas, se revolvió y gritó:

—¡Soltadme! ¡Desatadme!

—Es por su propia seguridad —explicó un camillero.

—¿A quién queréis engañar? ¡Ni hablar! ¡La seguridad es el último refugio de los bellacos!

Baker quedó impresionado por el modo en que los camilleros trataban al anciano mientras le ceñían las correas, cuidadosamente pero con firmeza. Lo impresionó asimismo la mujer morena y menuda en bata blanca que se acercó a ellos.

—Soy Beverly Tsosie, la médica de guardia —se presentó, estrechándoles la mano.

Estaba muy tranquila, pese a que el anciano seguía cantando a voz en grito mientras lo introducían en la unidad de traumatología, ya sujeto a la camilla.

—En las plumas quanti quam estoy, y sin rumbo voy...

En la sala de estar, todos lo miraban. Baker vio a un niño de diez u once años, con el brazo en cabestrillo, sentado junto a su madre. Observando con curiosidad al anciano, el niño susurró algo a su madre.

—Al lugar de donde soy... —proseguía el anciano.

—¿Cuánto tiempo lleva en ese estado? —preguntó la doctora Tsosie.

—Desde el principio —contestó Baker—. Desde que lo hemos recogido.

—Excepto cuando dormía —añadió Liz.

—¿Ha perdido el conocimiento?

—No.

—¿Ha tenido náuseas o vómitos?

—No.

—¿Y dónde lo han encontrado? ¿Cerca de la cañada de Corazón?

—Unos diez o quince kilómetros más allá.

—No hay gran cosa por esa zona —comentó la doctora.

—¿La conoce?

—Me crie por allí. —La doctora Tso sie esbozó una sonrisa—. En Chinle. — Antes de desaparecer junto con el anciano y los camilleros por una puerta de vaivén, agregó—: Si son tan amables de esperar, vendré a hablar con ustedes en cuanto sepa algo. Probablemente me llevará un buen rato. Quizá entretanto les apetezca ir a comer.

Beverly Tso sie tenía un puesto en plantilla en el hospital universitario de Albuquerque, pero últimamente pasaba dos días por semana en Gallup para hacerle compañía a su abuela, y esos días trabajaba un turno en la unidad de traumatología del McKinley para redondear sus ingresos. Le gustaba el McKinley, con su moderno exterior pintado a franjas de colores crema y rojo intenso. Era un hospital totalmente al servicio de la comunidad. Y se sentía a gusto en Gallup, una población de menor tamaño que Albuquerque, y un lugar donde su origen étnico le creaba menos inseguridades.

Por lo general, la unidad de traumatología permanecía en relativa calma, de modo que la llegada de aquel anciano, agitado y ruidoso, estaba causando un gran revuelo. Beverly Tso sie apartó las cortinas y entró en el cubículo, donde los camilleros ya habían descalzado y despojado del hábito marrón al anciano. Sin embargo, éste seguía forcejeando, resistiéndose, así que optaron por no soltarle aún las correas. En ese momento estaban cortándole los vaqueros y la camisa de cuadros para desnudarlo.

Nancy Hood, la enfermera jefa, comentó que no importaba estropearle la camisa porque tenía ya una tara muy visible; a la altura del bolsillo se advertía una línea irregular donde los cuadros no coincidían.

—Hay ya un zurcido —dijo—, y francamente desastroso.

—No —corrigió uno de los camilleros, sosteniendo en alto la camisa—. No está zurcida; es una única pieza de tela. ¡Qué raro! El dibujo no casa porque una parte es más grande que la otra...

—En cualquier caso, no será una gran pérdida —aseguró Nancy Hood, cogiendo la camisa y tirándola al suelo. Se volvió hacia la doctora Tso sie—. ¿Quieres examinarlo ya?

El anciano estaba aún fuera de sí.

—Todavía no. Ponedle un gota a gota en cada brazo. Y registradle los bolsillos por si lleva documentación. Si no encontráis nada que permita identificarlo, tomadle las huellas y enviadlas por fax a Washington; quizá allí conste en alguna base de datos.

Veinte minutos después Beverly Tsosie examinaba a un niño que se había fracturado un brazo al deslizarse hacia la tercera base para anotar una carrera. Con gafas y aspecto de empollón, casi parecía orgulloso de su lesión deportiva.

Nancy Hood se acercó y dijo:

—Hemos registrado al desconocido.

—¿Y?

—Nada útil. Ni cartera, ni tarjetas de crédito, ni llaves. Solo llevaba encima esto.

—Entregó a Beverly un papel doblado. Parecía papel de impresora y mostraba una extraña cuadrícula con líneas de puntos. Al pie de la hoja se leía: MON.STE.MERE.

—¿«Monstemere»? ¿Te suena de algo?

Nancy Hood negó con la cabeza.

—Si quieres saber mi opinión, ese individuo es un demente.

—Bueno, no puedo administrarle sedantes sin saber si hay lesiones en la cabeza —dijo Beverly Tsosie—. Mejor será sacar unas placas del cráneo para descartar cualquier traumatismo o hematoma.

—Radiología está en remodelación, Bev, ¿recuerdas? Tardarán mucho en tener las radiografías. ¿Por qué no le haces una resonancia magnética? Con un escáner de todo el cuerpo conocerás su estado general.

—Pídelo —convino la doctora Tsosie.

Nancy Hood se volvió para marcharse, pero antes de salir anunció:

—Ah, y sorpresa, sorpresa: ha venido Jimmy, de la policía.

Dan Baker empezaba a impacientarse. Tal como había previsto, tendrían que pasar horas sentados en la sala de espera del hospital McKinley. Después del almuerzo —burritos rellenos de chile colorado— regresaron al hospital, y en el aparcamiento vieron a un policía que examinaba el Mercedes, pasando la mano por la chapa de las puertas. La simple visión produjo un escalofrío a Baker. Pensó en acercarse a hablar con él, pero abandonó la idea, y fueron directamente a la sala de espera. Telefonó a su hija y le avisó de que llegarían tarde; de hecho, quizá no volvieran a Phoenix hasta el día siguiente.

Y esperaron. A eso de las cuatro, Baker se aproximó a la ventanilla de información y preguntó por el anciano.

—¿Es usted pariente? —quiso saber la mujer.

—No, pero...

—Entonces haga el favor de esperar allí. La doctora enseguida saldrá.

Regresó a la sala y, dejando escapar un suspiro, se sentó. Se levantó de nuevo, caminó hasta la ventana y miró el coche. El policía se había ido, pero un papel ondeaba bajo una de las varillas del limpiaparabrisas. Baker tamborileó con los dedos en el antepecho de la ventana. En aquellos pueblos perdidos cuando uno se metía en un lío, podía pasar cualquier cosa. Y cuanto más se prolongaba la espera, más se

desbocaba la imaginación de Baker, concibiendo temibles desenlaces: el viejo entraba en coma, y no podían marcharse de allí hasta que despertara; el viejo moría, y los acusaban de homicidio; no los acusaban, pero tenían que comparecer ante el juez de instrucción cuatro días más tarde.

Finalmente no fue la médica sino el policía quien acudió a hablar con ellos. Era un hombre de menos de treinta años y cabello largo. Llevaba un uniforme impecable, y una placa de identificación prendida del pecho en la que se leía: JAMES WAUNKA. Baker se preguntó cuál sería el origen de ese apellido. Hopi o navajo, probablemente.

—¿Los señores Baker? —dijo Wauneka. Muy cortésmente, se presentó y añadió —: Acabo de ver a la doctora. Ha terminado ya el reconocimiento del paciente y tiene los resultados de la resonancia magnética. No existe la menor señal de que fuera atropellado. Y yo mismo he examinado su coche. Tampoco presenta indicios de colisión. Posiblemente han pasado por algún bache y les ha dado la impresión de que habían golpeado a ese hombre.

Baker se volvió hacia su esposa con expresión iracunda, y ella eludió su mirada.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Liz.

—Sí, eso parece.

—¿Podemos irnos, pues? —dijo Baker.

—Cariño, ¿no querías darle eso que has encontrado? —recordó Liz.

—Ah, sí. —Baker extrajo el pequeño objeto de cerámica—. He encontrado esto cerca de donde él estaba.

El policía dio vueltas entre sus dedos al trozo de cerámica.

—ITC —dijo, leyendo las letras grabadas en el ángulo—. ¿Dónde ha aparecido esto exactamente?

—A unos treinta metros del camino. He pensado que quizá ese hombre viajaba en coche y se había salido del camino, así que he ido a comprobarlo. Pero no he visto ningún coche.

—¿Alguna otra cosa?

—No. Eso es todo.

—Bien, gracias —dijo Wauneka, guardándose el objeto en su bolsillo. Tras un breve silencio, agregó—: Ah, casi me olvidaba. —Sacó una hoja de papel y la desplegó con cuidado—. Ese hombre llevaba esto encima. ¿Lo habían visto antes?

Baker echó una ojeada al papel: líneas de puntos dispuestas en cuadrícula.

—No —respondió—. Es la primera vez que lo veo.

—¿No se lo han dado ustedes, pues?

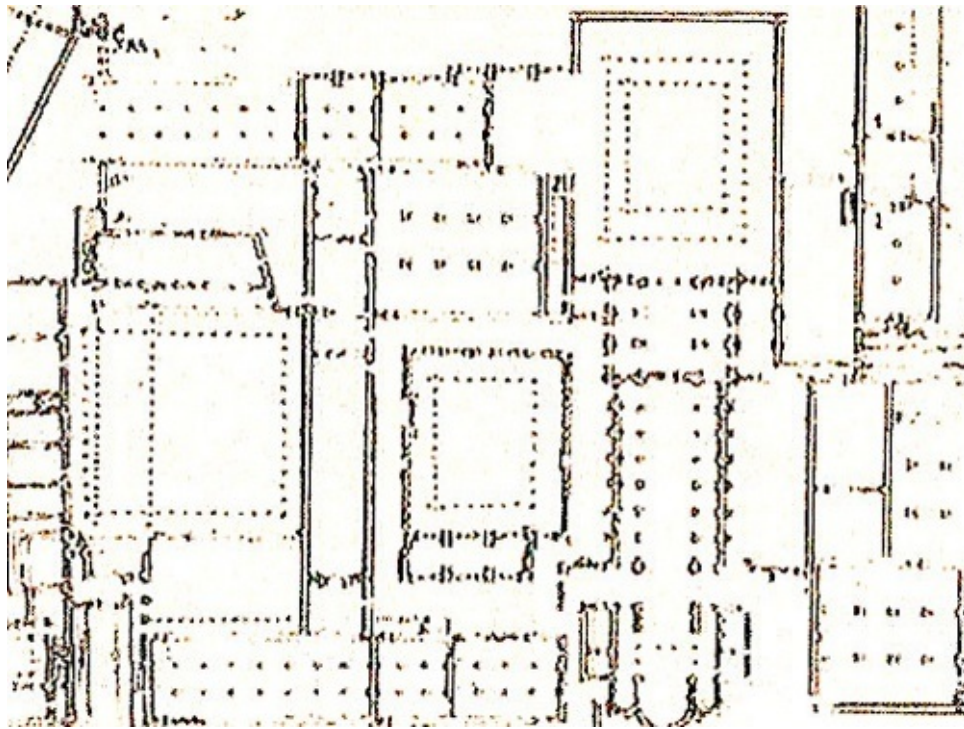
—No.

—¿No se les ocurre qué puede ser?

—No —contestó Baker—. No tengo la menor idea.

—Me parece que yo sí sé qué es —dijo Liz.

—¿Lo sabe? —preguntó el policía.



—Sí. ¿Me permite...? —Y cogió el papel de la mano del policía. Baker suspiró. Liz había adoptado su pose de arquitecta, observando la hoja con los ojos entornados y aire experto, dándole la vuelta para examinar los puntos del derecho y del revés y de lado. Y Baker conocía la razón. Liz pretendía desviar su atención del hecho de que se había equivocado, de que el coche, después de todo, se había sacudido a causa de un bache y habían perdido allí un día entero. Pretendía justificar aquella pérdida de tiempo, encontrar algún pretexto que de algún modo le diera importancia.

—Sí, sé qué es —afirmó finalmente—. Es una iglesia.

—¿Eso es una iglesia? —dijo Baker, contemplando las líneas punteadas del papel.

—Bueno, la planta de una iglesia, para ser más exactos —precisó Liz—. ¿Ves? Aquí está el eje mayor de la cruz, la nave principal... ¿Lo ves? Sin duda es una iglesia, Dan. Y el resto del plano, unos cuadrados dentro de otros, todos rectilíneos, parece..., en fin, podría ser un monasterio.

—¿Un monasterio? —preguntó el policía.

—Eso creo. Y además aquí abajo pone: «mon.ste.mere». ¿No es «mon» la abreviatura de «monasterio»? Juraría que sí. Francamente, diría que esto es un monasterio. —Devolvió el papel al policía.

Baker lanzó una elocuente mirada a su reloj.

—Tendríamos que irnos ya.

—Sí, naturalmente —dijo Wauneka, captando el mensaje. Les estrechó la mano—. Gracias por su ayuda y perdón por la demora. Buen viaje.

Baker rodeó firmemente con un brazo la cintura de su esposa y la guio hacia la salida. A pesar de que aún lucía el sol de la tarde, había refrescado. Al este, flotaban unos globos aerostáticos en el cielo. En Gallup había a menudo concentraciones de

aficionados al vuelo en globo. Llegaron junto al coche. El papel que ondeaba bajo una de las varillas del limpiaparabrisas era publicidad de una tienda del pueblo donde se vendían a bajo coste joyas de turquesas. Baker lo retiró del parabrisas, lo arrugó y se sentó al volante. Su esposa, junto a él, con los brazos cruzados ante el pecho, miraba al frente. Baker puso el motor en marcha.

—De acuerdo, lo siento —dijo Liz con tono malhumorado.

Baker supo que ahí terminaban sus disculpas. Se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

—No —respondió—. Has hecho lo que debías. Le hemos salvado la vida a ese anciano.

Liz sonrió.

Salieron del aparcamiento y se dirigieron a la carretera.

En el hospital, el anciano dormía con el rostro parcialmente cubierto por una mascarilla de oxígeno. Le habían administrado un sedante suave, y estaba relajado, respirando sin dificultad. Beverly Tsose se hallaba al pie de la cama, reconsiderando el caso con Joe Nieto, un apache mescalero especialista en medicina interna y muy certero en los diagnósticos.

—Varón blanco, alrededor de setenta años. Ha llegado confuso, aturdido y desorientado en grado sumo. Leve insuficiencia cardíaca congestiva, enzimas hepáticas ligeramente altas, pero por lo demás bien.

—¿Y el coche no lo ha atropellado? —preguntó Nieto.

—Según parece, no. Pero es extraño. Lo han encontrado vagando justo al norte de la cañada de Corazón. Por allí no hay nada en quince kilómetros a la redonda.

—¿Y?

—Este hombre no presenta síntomas de haber estado expuesto al sol del desierto, Joe. Ni deshidratación, ni acidosis. Ni siquiera quemaduras.

—¿Crees que alguien lo ha abandonado allí? ¿Alguien que se ha cansado de que el abuelo se adueñara del mando a distancia?

—Sí, eso me temo.

—¿Y qué le pasa en los dedos?

—No lo sé —respondió Beverly—. Es algún problema circulatorio. Tiene las puntas de los dedos frías y cada vez más amoratadas; incluso existe riesgo de gangrena. Sea lo que sea, se ha agravado desde su ingreso en el hospital.

—¿Es diabético?

—No.

—¿Tiene el síndrome de Raynaud?

—No.

Nieto se acercó a la cama y examinó los dedos.

—Solo están afectadas las puntas. Se advierte únicamente deterioro distal.

—Exacto —convino Beverly—. Si no lo hubieran encontrado en el desierto, diría que es síntoma de congelación.

—¿Has comprobado los índices de metales pesados, Bev? Porque eso podría deberse a una exposición tóxica a metales pesados. Cadmio o arsénico. Eso explicaría el estado de los dedos y también la demencia.

—He extraído unas muestras. Pero los análisis para la detección de metales pesados se hacen en el hospital universitario de Albuquerque. No recibiremos el informe en menos de setenta y dos horas.

—¿Tienes su historial médico, algún documento de identidad, algo? —preguntó Nieto.

—Nada. Hemos dado su descripción a la policía por si coincide con la de alguna persona desaparecida y hemos enviado las huellas a Washington para que las contrasten con las bases de datos, pero tardaremos como mínimo una semana en saber algo.

Nieto asintió con la cabeza.

—Y cuando estaba exaltado y balbuceando, ¿qué decía?

—Hablabla en pareados y repetía siempre lo mismo, algo sobre Gordon y Stanley. Y luego decía: «En las plumas quanti quam estoy, y sin rumbo voy».

—¿Quanti quam? ¿Eso no es latín?

Beverly se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo que no pongo los pies en la iglesia.

—Creo que «quanti quam» son unas palabras en latín —insistió Nieto.

—Perdonen —los interrumpió de pronto una voz. Era el niño de gafas, sentado junto a su madre en la cama contigua.

—El cirujano aún no ha venido, Kevin —le informó Beverly—. En cuanto llegue, nos ocuparemos de tu brazo.

—No decía «en las plumas quanti quam» —corrigió el niño—. Decía «en la espuma cuántica».

—¿Cómo?

—«En la espuma cuántica». Decía «en la espuma cuántica».

Los dos médicos se aproximaron a él.

—¿Y qué es exactamente la espuma cuántica? —preguntó Nieto, que al parecer encontraba graciosa la intromisión del niño.

Parpadeando tras las lentes de sus gafas, Kevin los miró con expresión seria y explicó:

—En dimensiones subatómicas muy pequeñas, la estructura del espacio-tiempo es irregular. No es uniforme; es algo así como burbujeante, espumosa. Y como eso se da a nivel cuántico, se llama «espuma cuántica».

—¿Qué edad tienes? —quiso saber Nieto.

—Once años.

—Lee mucho —aclaró su madre—. Su padre trabaja en Los Álamos.

Nieto movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿Y para qué sirve esa espuma cuántica, Kevin?

—No sirve para nada —respondió el niño—. Es sencillamente la forma en que está hecho el universo a nivel subatómico.

—¿Por qué iba a hablar de eso este anciano?

—Porque es un conocido físico —dijo Wauneka, acercándose a ellos por el pasillo. Echó un vistazo a una hoja de papel que llevaba en la mano—. Es un comunicado de la policía metropolitana. Acaba de llegar. Joseph A. Traub, setenta y un años, físico de materiales. Especializado en metales superconductores. La empresa donde trabaja, la ITC Research de Black Rock, ha dado parte de su desaparición hoy al mediodía.

—¿Black Rock? Eso está cerca de Sandia —comentó Nieto, sorprendido. Era un lugar de la zona central de Nuevo México, a varias horas de viaje de allí... ¿Cómo ha llegado ese hombre a la cañada de Corazón, en Arizona?

—No lo sé —dijo Beverly—. Pero...

Las alarmas empezaron a sonar.

Jimmy Wauneka quedó atónito por la rapidez con que ocurrió todo. El anciano levantó la cabeza, los miró con los ojos desorbitados y vomitó sangre. La mascarilla de oxígeno se tiñó de un vivo color rojo. Escapando a borbotones del interior de la mascarilla, la sangre le resbaló a chorros por las mejillas y salpicó la almohada y la pared. Un gorgoteo surgía de su garganta: estaba ahogándose en su propia sangre.

Beverly corría ya hacia él. Wauneka la siguió.

—¡Vuélvele la cabeza! —ordenaba Nieto—. ¡Vuélvesela!

Beverly retiró la mascarilla al anciano e intentó volverle la cabeza, pero él, forcejeando, se resistió, con pánico en la mirada aquel continuo gorgoteo en la garganta. Wauneka la apartó de un empujón, sujetó al anciano por la cabeza con las dos manos y, empleando todas sus fuerzas, lo obligó a colocarse de costado. El anciano volvió a vomitar, rociando de sangre los monitores y el uniforme de Wauneka.

—¡Succión! —dijo Beverly, y señaló un tubo prendido de la pared.

Sin soltar al anciano, Wauneka trató de alcanzar el tubo, pero el suelo estaba resbaladizo a causa de la sangre derramada. Patinó y se agarró a la cama para no caerse.

—¡Que venga alguien más! —exclamó Beverly—. ¡Necesito ayuda! ¡Succión!

Se hallaba de rodillas junto a la cama y hurgaba con los dedos dentro de la boca del anciano para apartarle la lengua. Wauneka recobró el equilibrio y advirtió que Nieto le tendía el tubo de succión. Lo cogió con los dedos manchados de sangre y vio que Nieto abría la llave de la válvula empotrada. Beverly se hizo con la sonda de neopreno y comenzó a succionar en la boca y la nariz del anciano. La sangre fluyó por el tubo. El hombre jadeó y tosió, pero se debilitaba por momentos.

—Esto no me gusta —dijo Beverly—. Mejor será... —Cambió el tono de las alarmas, tornándose más agudo y regular. Paro cardíaco—. ¡Maldita sea! ¡Desfibrilador, enseguida!

Nieto, al otro lado de la cama, sostenía las palas del desfibrilador con los brazos

extendidos. Wauneka retrocedió en cuanto llegó Nancy Hood, abriéndose paso a través del corro de personas que se habían aglomerado alrededor del paciente. Percibió un penetrante olor y supo que el anciano había evacuado el vientre. De pronto se dio cuenta de que aquel hombre estaba a punto de morir.

—Apartaos —indicó Nieto a la vez que aplicaba las palas.

El cuerpo se sacudió. Los frascos del gotero se estremecieron. Las alarmas del monitor siguieron sonando.

—Corre la cortina, Jimmy —dijo Beverly.

Wauneka miró atrás y vio en la cama contigua al niño de gafas que contemplaba la escena boquiabierto. Cerró la cortina de un tirón.

Al cabo de una hora Beverly Tsosie, exhausta, se sentó ante un escritorio en un rincón de la sala para redactar el parte médico. Debería ser más completo que de costumbre, porque el paciente había muerto. Mientras revisaba el electrocardiograma, Jimmy Wauneka le llevó un café.

—Gracias —dijo ella—. Por cierto, ¿tienes el número de teléfono de esa empresa, la ITC? He de informarles.

—Ya me ocuparé yo de eso —ofreció Wauneka, apoyando la mano por un instante en el hombro de Beverly—. Tú has hecho bastante por hoy.

Sin darle tiempo a responder, se acercó al escritorio contiguo, abrió su bloc de notas y comenzó a marcar. Mientras esperaba, sonrió a Beverly.

—ITC Research —contestó por fin la telefonista al otro lado de la línea.

Wauneka se identificó y luego dijo:

—Llamo por la desaparición de un empleado de su empresa, Joseph Traub.

—Un momento, por favor. Le pongo con el director de recursos humanos.

Aguardó varios minutos al aparato. En la línea sonaba el hilo musical. Tapó el micrófono con la mano y, afectando toda la despreocupación posible, preguntó a Beverly:

—¿Estás libre para cenar o vas a visitar a tu abuela?

Ella continuó escribiendo sin levantar la vista del papel.

—Voy a ver a mi abuela.

—Era solo una idea —dijo Wauneka, encogiéndose de hombros.

—Pero se acuesta temprano —añadió Beverly—. A eso de las ocho.

—¿Y te viene bien a esa hora?

Aún con la mirada fija en sus anotaciones, Beverly sonrió.

—Sí.

—Bueno, de acuerdo —dijo Wauneka, también sonriente.

—De acuerdo.

Se oyó un chasquido en la línea, y una mujer anunció:

—No cuelgue, por favor; le pongo con el doctor Gordon, vicepresidente primero.

—Gracias —respondió Wauneka. Con el vicepresidente primero nada menos, pensó.

Tras otro chasquido, una voz áspera dijo:

—Soy John Gordon.

—Doctor Gordon, le habla James Wauneka, del Departamento de Policía de Gallup. Llamo desde el hospital McKinley, en Gallup. Desgraciadamente, he de darle una mala noticia.

Visto a través de las ventanas de la sala de juntas de la ITC, el amarillento sol vespertino se reflejaba en los cinco edificios de cristal y acero que alojaban los laboratorios del centro de investigación de Black Rock. A lo lejos, negros nubarrones empezaban a formarse sobre el desierto. Pero en la sala los doce miembros del consejo de administración de la ITC se hallaban de espaldas a esa vista. Charlaban y tomaban café junto a un aparador mientras aguardaban el comienzo de la reunión. Las reuniones del consejo siempre se prolongaban hasta altas horas de la noche, porque el presidente de la ITC, Robert Doniger, era un noctámbulo incorregible y las programaba ya con esa intención. Como tributo a la brillantez de Doniger, los miembros del consejo de administración —todos ellos gerentes de grandes empresas o importantes capitalistas de riesgo— acudían pese a la elección de horarios.

En ese momento Doniger aún no había hecho acto de presencia. John Gordon, el fornido vicepresidente de Doniger, creía conocer la razón. Hablando todavía por un teléfono móvil, Gordon se dirigió hacia la puerta. En otro tiempo Gordon había sido director de proyecto de la Fuerza Aérea, y aún conservaba el porte militar. Llevaba un traje azul recién planchado y lustrosos zapatos negros. Con el móvil pegado al oído, dijo:

—Comprendo, agente.

Y a continuación se escabulló de la sala.

Tal como suponía, Doniger se hallaba en el pasillo. Se paseaba de arriba abajo como un niño hiperactivo, y de pie a un lado Diane Kramer, jefa del Departamento Jurídico de la ITC, lo escuchaba en silencio. Gordon vio a Doniger señalarla con el dedo en un gesto airado. Obviamente estaba apretándole las clavijas.

Robert Doniger, físico brillante y multimillonario, contaba treinta y ocho años. A pesar de las canas y el abultado vientre, mantenía un aire juvenil o, en opinión de algunos, infantil. Sin duda la edad no había limado las aristas de su carácter. La ITC era la tercera empresa que ponía en marcha. Había amasado su fortuna con las dos anteriores, pero su estilo de gestión seguía tan corrosivo y truculento como siempre. En la empresa, casi todos lo temían.

Por deferencia a la reunión del consejo, Doniger se había puesto un traje azul,

renunciando a sus habituales pantalones caqui y camisetas. Pero se lo veía incómodo con el traje, como un adolescente a quien sus padres han obligado a vestirse de tiros largos.

—Bien, muchas gracias, agente Wauneka —dijo Gordon por el teléfono—. Nosotros nos encargaremos de todo. Sí. Nos ocuparemos de eso inmediatamente. Gracias de nuevo. —Gordon plegó el móvil y se volvió hacia Doniger—. Traub ha muerto, y han identificado el cadáver.

—¿Dónde?

—En Gallup. Acaba de telefonarme un policía desde el servicio de urgencias del hospital.

—¿De qué creen que ha muerto? —preguntó Doniger.

—No lo saben. Suponen que de un paro cardíaco. Pero se ha observado alguna anomalía en los dedos, un trastorno circulatorio y van a realizar la autopsia. Lo exige la ley.

Doniger movió la mano en un gesto de irascible desinterés.

—Me importa un carajo. La autopsia no revelará nada. Trau tenía errores de transcripción. Nunca lo descubrirán. ¿Por qué me haces perder el tiempo con esa gilipollez?

—Acaba de morir uno de tus empleados, Bob —dijo Gordon.

—Sí, así es —respondió Doniger con frialdad—. Y yo no puedo hacer nada al respecto. Lo siento en el alma. ¡Qué pena, el pobre hombre! Envíale flores. Resuélvelo como te parezca, ¿entendido?

En momentos como aquél, Gordon respiraba hondo y se recordaba que Doniger era como cualquier empresario joven y dinámico al uso. Se recordaba que, sarcasmo aparte, Doniger casi siempre tenía la razón. Y se recordaba que en todo caso Doniger se había comportado así toda su vida.

Robert Doniger había empezado a mostrar indicios de genialidad a una edad muy precoz. En la escuela primaria leía ya manuales de ingeniería, y a los nueve años era capaz de reparar cualquier aparato electrónico —una radio, un televisor—, manipulando los cables y los tubos de vacío hasta que conseguía hacerlo funcionar. Cuando su madre expresó su temor a que se electrocutara, Doniger le contestó: «No digas idioteces». Y cuando su abuela preferida murió, Doniger, sin derramar una sola lágrima, informó a su madre de que la anciana le debía aún veintisiete dólares y confiaba en que ella se hiciera cargo de la deuda.

Tras licenciarse *summa cum laude* en física por la Universidad de Stanford a los dieciocho años, Doniger se incorporó a Fermilab, cerca de Chicago. Seis meses después dejó su empleo, diciéndole al director del laboratorio que «la física de partículas es para capullos». Volvió a Stanford, donde empezó a trabajar en un campo que consideraba más prometedor: el magnetismo en los superconductores.

Ésa era una época en que científicos de toda índole abandonaban la universidad para crear compañías mediante las cuales obtener un rendimiento económico de sus descubrimientos. Doniger se marchó al cabo de un año para fundar TechGate, una empresa que fabricaba ciertos componentes —que el propio Doniger había inventado de manera circunstancial— para el grabado de alta precisión de chips. Cuando Stanford se quejó de que esos descubrimientos los había realizado en sus laboratorios, Doniger respondió: «Si tienen algún problema, demándenme; si no, cierren la boca».

Fue en TechGate donde se hizo famoso el severo estilo de gestión de Doniger. Durante las reuniones con sus científicos se sentaba en un rincón y, precariamente retrepado en su silla, los asaeteaba con una pregunta tras otra: «¿Qué te parece esto? ... ¿Por qué no hacéis eso?... ¿A qué se debe aquello?». Si la respuesta era de su agrado, decía: «Tal vez...». Ése era el mayor elogio que podía esperarse de él. Pero si la respuesta no le gustaba, como solía ocurrir, replicaba: «¿Es que tienes el encefalograma plano?... ¿Aspiras a idiota?... ¿Quieres morir tan estúpido como ahora eres?... No tienes ni dos dedos de frente». Y cuando lo sacaban de quicio, lanzaba lápices y cuadernos y, a voz en grito, decía: «¡Gilipollas! ¡Sois todos unos gilipollas de mierda!».

Los empleados de TechGate soportaban las rabietas de Doniger, alias Marcha Fúnebre, porque era un físico brillante —mejor que ellos—, porque conocía a fondo las dificultades con que se enfrentaban sus equipos de trabajo, y porque invariablemente sus críticas eran acertadas. Por molesto que resultara, ese hiriente estilo surtía efecto. En dos años TechGate experimentó un notable desarrollo.

En 1984 Doniger vendió la empresa por cien millones de dólares. Ese mismo año la revista *Time* lo incluyó entre las cincuenta personas menores de veinticinco años «que forjarán el fin de siglo». En esa lista figuraban también Bill Gates y Steve Jobs.

—¡Maldita sea! —exclamó Doniger, volviéndose hacia Gordon—. ¿Es que tengo que ocuparme personalmente de todo? ¡Por Dios! ¿Dónde han encontrado a Traub?

—En el desierto. En la reserva de los indios navajos.

—¿Dónde *exactamente*?

—A unos quince kilómetros al norte de Corazón, eso es lo único que sé. Por lo visto, por allí no hay prácticamente nada.

—Muy bien —dijo Doniger—, envidad a Corazón a Baretto, el de Seguridad, con el coche de Traub. Ordenadle que pinche una rueda y lo deje abandonado en el desierto.

Diane Kramer se aclaró la garganta. Era una mujer de poco más de treinta años y cabello oscuro. Vestía un traje sastre negro.

—No sé si eso es muy correcto, Bob —comentó, adoptando su pose de abogada—. Estás falseando pruebas...

—¡Claro que estoy falseando pruebas! Ésa es precisamente la intención. Alguien

querrá saber cómo llegó Traub hasta allí. Así que dejemos su coche en los alrededores para que lo encuentren.

—Pero no sabemos exactamente dónde...

—No importa exactamente dónde. Hacedlo.

—Eso significa que Baretto y alguien más estarán enterados de esto...

—¿Y eso qué más da? —la interrumpió Doniger—. Hacedlo, Diane.

Se produjo un breve silencio. Diane Kramer arrugó la frente y bajó la mirada, claramente descontenta.

—Gordon —dijo Doniger—, ¿te acuerdas de cuando Garman iba a conseguir aquel contrato y mi antigua empresa iba a perderlo? ¿Te acuerdas de la filtración a la prensa?

—Lo recuerdo —respondió Gordon.

—A ti no te llegaba la camisa al cuerpo —prosiguió Doniger con una sonrisa de suficiencia. Volviéndose hacia Kramer, explicó—: Garman estaba gordo como un cerdo. De pronto perdió mucho peso porque su mujer lo puso a dieta. Filtramos a la prensa que Garman tenía un cáncer inoperable y su empresa iba a cerrar. Él lo desmintió, pero debido a su aspecto no le creyó nadie. Obtuvimos el contrato, y le mandé a su mujer una cesta enorme de fruta. —Se echó a reír—. Pero la cuestión es que nunca llegó a conocerse la procedencia de la filtración. Todo vale, Diane. Los negocios son los negocios. Dejad en el desierto ese condenado coche.

Kramer asintió, pero mantenía la mirada fija en el suelo.

—Y luego quiero saber cómo entró Traub en la sala de tránsito —continuó Doniger—. Porque ya había hecho demasiados viajes y acumulado demasiados errores de transcripción. Había rebasado el límite. No debía hacer un solo viaje más. No tenía autorización para acceder a tránsito. En esa zona hemos extremado las medidas de seguridad. ¿Cómo entró, pues?

—Creemos que tenía un pase de mantenimiento, para revisar las máquinas —contestó Kramer—. Esperó al cambio de turno de la noche y tomó una máquina. Pero todavía nos faltan algunas comprobaciones.

—No quiero *comprobaciones*, Diane —dijo Doniger con sorna—. Quiero *soluciones*.

—Lo resolveremos, Bob.

—Más os vale —repuso Doniger—. Porque esta empresa se enfrenta ahora con tres problemas graves, y Traub es el menos grave de ellos. Los otros dos son de la máxima importancia. De una importancia vital.

Doniger siempre había tenido el don de anticiparse a los acontecimientos. En 1984 vendió TechGate porque preveía que los chips de ordenador «tocarían techo». Por entonces parecía un temor infundado. Cada dieciocho meses la potencia de los chips se duplicaba y su coste se reducía a la mitad. Sin embargo Doniger comprendió que

esos avances eran fruto de una creciente compresión de los componentes en el chip. Esa tendencia no podía continuar eternamente. Al final, los circuitos estarían impresos tan densamente que los chips se fundirían a causa del calor. Eso imponía un tope máximo a la potencia de los ordenadores. Doniger sabía que la sociedad exigiría una velocidad de procesamiento cada vez mayor, pero no veía la manera de conseguirla.

Frustrado, volvió a centrarse en uno de sus anteriores intereses, el magnetismo en los materiales superconductores. Fundó una segunda empresa, Advanced Magnetics, que en poco tiempo era propietaria de varias patentes fundamentales para los nuevos equipos de formación de imágenes por resonancia magnética que empezaban a revolucionar la medicina. Advanced Magnetics se embolsaba un cuarto de millón de dólares en concepto de derechos por cada equipo de RM fabricado. Era «una vaca lechera —comentó Doniger en una ocasión—, e igual de interesante que ordeñar a una vaca». Aburrido y deseoso de nuevos retos, vendió Advanced Magnetics en 1988. Por entonces tenía veintiocho años, y su fortuna ascendía a mil millones de dólares. Pero en su opinión no había aún destacado lo suficiente.

Un año después, en 1989, creó la ITC.

Uno de los héroes de Doniger era el físico Richard Feynman. A principios de la década de los ochenta, Feynman había especulado sobre la posibilidad de crear un ordenador usando las propiedades cuánticas de los átomos. En teoría, dicho ordenador sería millones y millones de veces más potente que cualquier ordenador construido hasta la fecha. Pero la hipótesis de Feynman implicaba el desarrollo de una tecnología «nueva» en el sentido más estricto de la palabra: una tecnología que debía partir de cero, una tecnología que cambiaría todas las reglas. Como nadie concebía un método viable para construir un ordenador cuántico, la comunidad científica pronto olvidó la hipótesis de Feynman.

Pero no así Doniger.

En 1989 Doniger empezó a desarrollar el primer ordenador cuántico. La idea era tan radical —y tan arriesgada— que ni siquiera hizo público su propósito. Eligió un nombre neutro para su nueva empresa: ITC, sigla de International Technology Corporation. Instaló la sede en Ginebra y se rodeó de físicos que habían trabajado para el CERN.

Desde ese momento no volvió a oírse hablar de Doniger, ni de su empresa, en varios años. La gente supuso que se había retirado, o al menos eso pensaban los pocos que se acordaban aún de él. Al fin y al cabo, era corriente que los empresarios prominentes del sector de la alta tecnología se perdieran de vista después de enriquecerse.

En 1994 la revista *Time* publicó la lista de las veinticinco personas menores de cuarenta años que estaban forjando el mundo. Robert Doniger no se encontraba entre

ellas. A nadie le importó; nadie lo recordaba.

Ese mismo año trasladó la ITC a Estados Unidos, estableciendo un laboratorio en Black Rock, Nuevo México, a una hora de Albuquerque. Un observador atento habría advertido que había elegido otra vez un lugar donde tenía a mano un buen plantel de físicos. Pero no había observador alguno, ni atento ni desatento.

Así pues, nadie reparó en el continuo crecimiento de la ITC a lo largo de la década de los noventa. Se construyeron más laboratorios en la sede de Nuevo México, y se contrató a más físicos. El consejo de administración de Doniger pasó de seis a doce miembros. Todos eran gerentes de compañías que habían invertido en la ITC o capitalistas de riesgo. Todos habían firmado draconianos acuerdos de confidencialidad en virtud de los cuales se comprometían a dejar en depósito importantes sumas a modo de garantía personal, a someterse a la prueba del detector de mentiras en cualquier momento a petición de la ITC, y a consentir que la ITC interviniera sus líneas telefónicas sin previo aviso cuando lo considerara oportuno. Además, Doniger exigió una inversión mínima de trescientos millones de dólares por cabeza. Ése era, explicó con arrogancia, el precio de un asiento en el consejo de administración. «Si quieren saber qué me traigo entre manos, formar parte de lo que se hace aquí, les costará trescientos millones. Tómenlo o déjenlo. A mí me importa un carajo tanto lo uno como lo otro».

Pero sí le importaba. La ITC tenía un escalofriante coste de lanzamiento: habían gastado más de tres mil millones en los últimos nueve años. Y Doniger sabía que necesitaría más dinero.

—Problema número uno —dijo Doniger—: Nuestra capitalización. Necesitamos otros mil millones antes de que salga el sol. —Señaló con el mentón hacia la sala de juntas—. Ellos no van a proporcionárnoslo. He de conseguir que aprueben la incorporación al consejo de otros tres miembros.

—No va a ser fácil convencerlos —advirtió Gordon.

—Lo sé —respondió Doniger—. Conocen el coste de lanzamiento, y quieren saber hasta cuándo vamos a continuar así. Quieren resultados concretos. Y eso precisamente voy a ofrecerles hoy.

—¿Qué resultados concretos?

—Una victoria. Esos capullos necesitan una victoria, alguna novedad espectacular acerca de uno de los proyectos.

Kramer respiró hondo.

—Bob, todos son proyectos a largo plazo —recordó Gordon.

—Alguno debe de estar casi a punto, por ejemplo el Dordogne.

—No lo está. Yo personalmente no te recomiendo ese planteamiento.

—Y yo necesito una victoria —insistió Doniger—. El profesor Johnston lleva tres años en Francia con sus chicos de Yale a cuenta de la ITC. Tiene que haber algo que

enseñar.

—Todavía no, Bob. Además, no hemos conseguido aún todas las tierras.

—Hay tierras suficientes.

—Bob...

—Diane irá a visitarlos. Ella puede presionarlos con delicadeza.

—Al profesor Johnston no va a gustarle —dijo Gordon.

—Estoy seguro de que Diane sabrá manejar a Johnston.

Uno de los ayudantes de dirección abrió la puerta de la sala de juntas y se asomó al pasillo.

—¡Un momento, maldita sea! —protestó Doniger, pero se dirigió de inmediato hacia la sala. Volviendo la cabeza, ordenó—. Haced lo que os he dicho.

A continuación entró en la sala y cerró la puerta.

Gordon se alejó con Kramer. El taconeo de ella resonó en el pasillo. Gordon echó una ojeada al suelo y vio que, bajo el formal traje sastre de Jil Sander, calzaba unos zapatos altos sin talón. Era la característica imagen de Diane Kramer: seductora e inalcanzable al mismo tiempo.

—¿Estabas enterada de sus planes? —preguntó Gordon.

Kramer asintió con la cabeza.

—Pero no hacía mucho. Me ha informado hace una hora.

Reprimiendo su irritación, Gordon guardó silencio. Él llevaba doce años colaborando con Doniger, desde la época de Advanced Magnetics. En la ITC, había supervisado una operación de investigación industrial en dos continentes, encargándose de la contratación de docenas de físicos, químicos e informáticos. Había tenido que ponerse al día en temas como los metales superconductores, la compresión fractal, los bits cuánticos y el intercambio iónico de alta velocidad. Pese a estar metido hasta el cuello en la física teórica —y de la peor especie—, la ITC había cumplido los objetivos fijados, el desarrollo iba según lo previsto, y el presupuesto se había rebasado dentro de unos límites razonables. Sin embargo sus éxitos no le habían servido para granjearse la confianza de Doniger.

Kramer, en cambio, siempre había disfrutado de una relación especial con Doniger. Había empezado como abogada de un bufete externo al servicio de la empresa. Doniger consideró que poseía talento y clase y la contrató. Después de eso fueron amantes durante una temporada, y aunque la aventura había terminado hacía mucho, Doniger seguía teniendo en cuenta su opinión. Kramer había logrado atajar a tiempo varios desastres potenciales.

—Hemos mantenido esta tecnología en secreto durante diez años —dijo Gordon—. Si nos paramos a pensarlo, resulta milagroso. Traub ha sido el primer incidente que escapa a nuestro control. Afortunadamente, el caso ha acabado en manos de un policía pueblerino, y no pasará de ahí. Pero si Doniger remueve el asunto en Francia,

alguien empezará a atar cabos. Y ya anda tras nuestros pasos esa periodista de París. Si Bob no va con cuidado, podría destapar todo.

—Me consta que ha pensado en eso —respondió Kramer—. Ése es el segundo gran problema.

—¿El riesgo de que salga todo a la luz?

—Sí.

—¿Y no le preocupa? —preguntó Gordon.

—Sí, le preocupa. Pero, por lo visto, tiene un plan al respecto.

—Eso espero —dijo Gordon—. Porque no podemos contar con que sea siempre un policía pueblerino quien investigue nuestros trapos sucios.

A la mañana siguiente, James Wauneka llegó al hospital McKinley con la intención de ver a Beverly Tsosie para comprobar los resultados de la autopsia del anciano. Le informaron de que Beverly había subido a la unidad de resonancia magnética, y fue a buscarla allí.

La encontró en la pequeña sala de paredes beige contigua al escáner. Hablaba con Calvin Chee, el técnico en RM. Sentado ante la consola del equipo, Chee mostraba sucesivas imágenes en blanco y negro a través del monitor. Todas las imágenes contenían cinco círculos dispuestos en fila, y éstos disminuían de tamaño gradualmente a medida que Chee saltaba de una a otra imagen.

—Calvin —decía Beverly—. Es imposible. Tiene que ser un artefacto.

—Me pides que revise todos los datos, ¿y ahora no me crees? —protestó Chee—. No es un artefacto, Bev, te lo aseguro. Es real. Fíjate, aquí tienes la otra mano.

Chee introdujo una serie de instrucciones a través del teclado, y en la pantalla apareció un óvalo horizontal con cinco círculos más claros en el interior.

—¿De acuerdo? Ésta es la palma de la mano izquierda, vista en sección transversal. —Se volvió hacia Wauneka—. Poco más o menos lo mismo que verías si pusieras la mano en el tajo de un carnicero y la cortaras de parte a parte.

—Muy simpático, Calvin —reprochó Beverly.

—Solo quiero que quede claro para todos. —Chee miró de nuevo el monitor—. Veamos, los puntos de referencia. Esos cinco círculos se corresponden con los cinco huesos del metacarpo. Esto otro son los tendones que los comunican con los dedos. Recordemos que, en su mayoría, los músculos que accionan la mano se encuentran en el antebrazo. Bien. Ese círculo de pequeño diámetro es la arteria radial, que proporciona riego sanguíneo a la mano a través de la muñeca, Bien, ahora nos desplazaremos hacia el exterior desde la muñeca, en secciones transversales. —Las imágenes cambiaron. El óvalo se estrechó, y uno a uno, los huesos se separaron, como una ameba dividiéndose. En ese momento había solo cuatro círculos—. Muy bien. Ya hemos dejado atrás la palma de la mano y vemos únicamente los dedos. Pequeñas arterias en cada dedo, bifurcándose conforme avanzamos, reduciéndose de tamaño pero todavía visibles. ¿Las veis, aquí y aquí? De acuerdo. Ahora seguimos hacia las puntas de los dedos. Estamos aún en las falanges proximales; los huesos se ensanchan y llegamos a los nudillos. Y ahora fijaos en las arterias, mirad cómo

continúan... sección a sección... y de pronto...

—Parece una falla —comentó Wauneka, frunciendo el entrecejo—. Como si se hubiera producido un salto.

—Y se ha producido un salto —confirmó Chee—. Las arteriolas están desalineadas. Hay una discontinuidad. Os lo mostraré otra vez. —Retrocedió a la sección anterior y luego avanzó de nuevo. No cabía la menor duda: los círculos de las arteriolas habían cambiado de posición, desplazándose a un lado—. A eso se debía la gangrena en los dedos. Faltaba riego porque las arteriolas estaban desalineadas. Es como si hubiera un desajuste o algo así.

Beverly movió la cabeza en un gesto de negación.

—Calvin...

—En serio. Y no solo aquí. En otras partes del cuerpo se observa la misma anomalía. En el corazón, por ejemplo. Este hombre murió de un infarto agudo, ¿no? No es de extrañar, porque las paredes ventriculares también estaban desalineadas.

—Por el tejido cicatricial de alguna antigua intervención —dijo Beverly—. Vamos, Calvin. Tenía setenta y un años. El corazón le había funcionado toda la vida, al margen de si existía o no algún problema. Igual que las manos. Si esa desalineación de las arteriolas fuera real, habría perdido los dedos hace años. Y no los había perdido. Además, esa lesión era reciente; empeoró mientras el anciano estaba internado en este hospital.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Chee—. ¿Que la máquina se equivoca?

—No se me ocurre otra explicación —contestó Beverly—. ¿No es cierto que el hardware puede producir errores de registro? ¿Y no falla a veces el software de reproducción a escala?

—He comprobado la máquina, Bev. Está en perfectas condiciones.

Beverly se encogió de hombros.

—Lo siento, pero no me lo creo. Tiene que haber algún problema en el equipo. Mira, si tan seguro estás de esos resultados, baja a patología y examina directamente el cuerpo de ese hombre.

—Ésa era mi intención —repuso Chee—. Pero ya han pasado a retirar el cadáver.

—¿Ya? —dijo Wauneka—. ¿Cuándo?

—A las cinco de la madrugada. Alguien de su empresa.

—Pero la empresa está cerca de Sandia —adujo Wauneka—. Quizá el cadáver esté aún en camino...

—No. —Chee negó con la cabeza—. Lo han incinerado esta mañana.

—¿Dónde?

—Aquí en Gallup, en el tanatorio.

—¿Lo han incinerado aquí? —dijo Wauneka, sorprendido.

—Como lo oyes —respondió Chee—. Ya te digo que en este asunto hay algo raro.

Beverly Tsoosie se cruzó de brazos y observó a los dos hombres.

—Yo no veo nada raro —declaró—. Su empresa ha considerado que era la mejor solución, porque así podían arreglarlo todo por teléfono, a distancia. Debieron de llamar al tanatorio para encargarles que vinieran a recoger el cadáver y lo incineraran. Es una práctica corriente, sobre todo cuando el difunto no tiene parientes vivos. Así que dejaos de estupideces, y tú, Calvin, avisa al servicio de asistencia para que reparen esa máquina. Tienes un problema con el equipo de resonancia magnética... y eso es todo.

Jimmy Wauneka deseaba zanjar el caso Traub cuanto antes. Pero al bajar de nuevo a la sala de urgencias vio la ropa y los efectos personales del anciano en una bolsa de plástico. No tenía más remedio que volver a telefonar a la ITC. En esta ocasión habló con una tal señorita Kramer, otra vicepresidenta. El doctor Gordon estaba reunido y no podía ponerse.

—Llamo con relación al doctor Traub —dijo.

—Ah, sí. —Un triste suspiro—. Pobre doctor Traub, era tan buen hombre...

—El cadáver ha sido incinerado esta mañana, pero aún están aquí sus efectos personales. No sé qué quieren que hagamos con ellos.

—El doctor Traub no tenía familiares vivos —contestó la señorita Kramer—. Dudo que a alguien de la empresa le interese quedarse con su ropa o ninguna otra cosa. ¿A qué efectos personales se refiere?

—Bueno, encontramos una especie de plano en un bolsillo. Parece una iglesia, o quizá un monasterio.

—Ajá.

—¿Tiene idea de por qué llevaba encima el doctor Traub el plano de un monasterio? —preguntó Wauneka.

—No, no sabría decirle. Para serle sincera, el doctor Traub se comportaba últimamente de una manera un poco extraña. Estaba muy deprimido desde la muerte de su esposa. ¿Seguro que es un monasterio?

—No, tanto como seguro no. En realidad, no sé qué es. ¿Quieren conservar el dibujo?

—Si no le importa enviármolo... —dijo la señorita Kramer.

—¿Y el objeto de cerámica?

—¿El objeto de cerámica?

—El doctor Traub tenía un trozo de cerámica, cuadrado, de unos dos centímetros de lado, con las siglas ITC grabadas —explicó Wauneka.

—Ah, comprendo. Eso no es problema.

—Me pregunto qué puede ser.

—¿Qué puede ser? Una placa de identificación —respondió la señorita Kramer.

—No se parece a ninguna placa de identificación de las que yo conozco.

—Es un modelo nuevo. Las usamos para abrir puertas de seguridad.

—¿También quiere que se la devuelva?

—Si no le representa mucha molestia... Mire, le daré nuestro número de FedEx, y bastará con que lo meta todo en un sobre y lo deje en la oficina o el buzón más cercano.

Jimmy Wauneka colgó el auricular y pensó: Farsante.

Telefonó al padre Grogan, el sacerdote católico de su parroquia, y le describió el plano, mencionándole también la abreviatura escrita al pie de la hoja: «mon.ste.mere».

—Eso ha de ser el monasterio de Sainte-Mère —dijo el padre Grogan de inmediato.

—¿Es un monasterio, pues?

—Sí, sin duda.

—¿Dónde está? —preguntó Wauneka.

—No lo sé. No es un nombre español. «Mère» significa «Madre» en francés. «Santa Madre» se refiere a la Virgen María. Quizá esté en Luisiana.

—¿Cómo podría localizarlo?

—Por algún sitio guardo una guía de monasterios —contestó el padre Grogan—. Dame un par de horas, y lo consultaré.

—Lo siento, Jimmy, pero yo no veo aquí ningún misterio.

Carlos Chávez era el jefe de policía de Gallup, cercano ya a la edad de jubilación, y Jimmy Wauneka contaba con su asesoría desde que estaba al frente del departamento. En ese momento Chávez, retrepado en su silla con los pies sobre el escritorio, escuchaba a Wauneka con manifiesta expresión de escepticismo.

—Lo extraño —dijo Wauneka— es que recogieron a ese hombre cerca de la cañada de Corazón, trastornado y delirando, pero no presentaba quemaduras del sol, ni deshidratación, ni síntoma alguno de haber estado a la intemperie en medio del desierto.

—Eso es porque lo dejaron allí abandonado. Su familia lo obligó a bajar del coche.

—No. No tenía parientes vivos.

—Bueno, entonces llegó allí conduciendo él mismo —sugirió Chávez.

—Nadie vio ningún coche en los alrededores.

—¿Quién es nadie?

—La pareja que lo recogió —contestó Wauneka.

Chávez lanzó un suspiro.

—¿Fuiste personalmente a la cañada de Corazón a ver si había algún coche?

—No —admitió Wauneka tras una breve vacilación.

—Por tanto, diste por buena la palabra de esa gente.

—Sí, supongo.

—¿Supones? —dijo Chávez—. Lo cual significa que aún podría haber por allí un coche abandonado.

—Sí, es posible.

—Bien, ¿y después qué has hecho?

—Esta mañana he telefoneado a su empresa, la ITC —respondió Wauneka.

—¿Y qué te han dicho?

—Que Traub estaba deprimido por la muerte de su mujer.

—Tiene lógica.

—No estoy muy seguro —dijo Wauneka—. Averigüé que Traub vivía en un bloque de apartamentos y me puse en contacto con el administrador de la finca. La esposa murió hace un año.

—Así pues, esto ha ocurrido en una fecha cercana al aniversario de su muerte, ¿no? Es cuando suele ocurrir, Jimmy.

—Creo que debería ir a Black Rock y hablar con alguien de ITC Research.

—¿Para qué? —preguntó Chávez—. Eso está a cuatrocientos kilómetros del lugar donde se encontró a ese hombre.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué? ¿Cuántas veces se queda aislado algún turista en las reservas? ¿Tres o cuatro al año? Y en la mayoría de los casos aparecen muertos, o mueren poco después, ¿no?

—Sí —admitió Wauneka.

—Y siempre por una de dos razones: bien son místicos de la New Age que vienen para estar en comunión con el dios águila y el coche se les queda atascado en la arena o se les avería, bien están deprimidos. O lo uno o lo otro. Y ese hombre estaba deprimido.

—Eso dicen...

—Por la muerte de su mujer. Oye, yo lo creo. —Chávez suspiró—. En esas circunstancias, unos se deprimen y otros saltan de alegría.

—Pero quedan algunas preguntas sin respuesta —prosiguió Wauneka—. Hay una especie de plano... y un objeto de cerámica...

—Jimmy, siempre quedan preguntas sin respuesta. —Chávez lo miró con los ojos entornados—. ¿Qué pasa? ¿Quieres impresionar a esa monada de médica?

—¿Qué médica?

—Ya sabes a quién me refiero.

—No, por Dios —replicó Wauneka—. Según ella, no hay nada anormal en todo esto.

—Y tiene razón. Déjalo correr.

—Pero...

—Jimmy, hazme caso: déjalo ya —insistió Chávez.

—De acuerdo.

—Lo digo muy en serio.

—De acuerdo —repitió Wauneka—, lo dejaré estar.

Al día siguiente la policía de Shiprock detuvo a una pandilla de chicos de trece años que viajaba en un coche robado con matrícula de Nuevo México. La documentación del vehículo hallada en la guantera estaba a nombre de Joseph Traub. Los chicos declararon que habían encontrado el coche abandonado en la cuneta cerca de la cañada de Corazón, con las llaves en el contacto. Habían estado bebiendo, y el interior del coche había quedado hecho un desastre, pegajoso a causa de la cerveza derramada.

Wauneka no se molestó en ir a examinarlo.

Un día después el padre Grogan le devolvió la llamada.

—He consultado lo que me preguntaste —dijo, y no existe en todo el mundo ningún monasterio de Sainte-Mère.

—Bien, gracias —respondió Wauneka—. Es lo que suponía. Otro punto muerto.

—En el pasado hubo en Francia un monasterio con ese nombre, pero quedó reducido a cenizas en el siglo XIV. Ahora está en ruinas, y de hecho un equipo de arqueólogos de Yale y la Universidad de Toulouse empezó a excavarlo hace un tiempo. Sin embargo, por lo que se ve, apenas hay nada en pie.

—Ya... —dijo Wauneka, pero de pronto recordó unas frases pronunciadas por el anciano antes de morir, uno de sus absurdos pareados: «Yale en Francia, gran discrepancia». O algo parecido.

—¿Dónde?

—En el suroeste de Francia, cerca del río Dordogne.

—¿Dordogne? ¿Cómo se escribe eso? —preguntó Wauneka.

DORDOGNE

El esplendor del pasado es una ilusión. Tal como lo es también el esplendor del presente.

EDWARD JOHNSTON

El helicóptero avanzaba a través de una espesa niebla gris. En el asiento trasero, Diane Kramer se movía inquieta. Cuando la niebla se disipaba momentáneamente, veía las copas de los árboles a corta distancia debajo de ella.

—¿Es necesario ir tan despacio? —comentó.

André Marek, sentado enfrente, junto al piloto, se echó a reír.

—Descuide, no hay el menor peligro —aseguró. Pero Marek parecía de esos hombres que jamás se preocupan por nada. Tenía veintinueve años y era alto y fuerte; los músculos se dibujaban claramente bajo su camiseta de manga corta. A juzgar por su aspecto, nadie habría dicho que era profesor adjunto de historia en Yale, ni subdirector del proyecto Dordogne, a cuyo centro de operaciones se dirigían en ese instante. Con apenas un leve dejo de su lengua materna, el holandés, Marek añadió —: La niebla enseguida desaparecerá.

Kramer lo sabía todo de él: licenciado por la Universidad de Utrecht, Marek pertenecía a la nueva hornada de historiadores «experimentales», cuyo propósito era recrear partes del pasado para tener una experiencia directa de la historia y comprenderla mejor. Marek aplicaba ese enfoque hasta un extremo obsesivo: había estudiado con todo detalle la indumentaria, el habla y las costumbres medievales; supuestamente, sabía incluso cómo competir en una justa. Viéndolo, Kramer lo creía muy capaz.

—Me sorprende que el profesor Johnston no nos acompañe —dijo Kramer.

En realidad, esperaba tratar con Johnston en persona. Al fin y al cabo, era una ejecutiva de alto rango de la compañía que financiaba la investigación. El protocolo exigía que el propio Johnston la guiara en su visita al yacimiento. Además, había planeado iniciar su labor de persuasión en el helicóptero.

—Lamentablemente el profesor Johnston tenía un compromiso previo —explicó Marek.

—¿Ah, sí?

—Con François Bellin, el director general del Patrimonio Histórico. Viene hoy de París.

—Comprendo. —Kramer se dio por satisfecha. Johnston naturalmente debía atender primero a las autoridades. La marcha del proyecto Dordogne dependía de las buenas relaciones con el gobierno francés—. ¿Hay algún problema?

—No creo. Son viejos amigos. Ah, ya casi hemos llegado.

De pronto el helicóptero dejó atrás la niebla y salió a la luz de la mañana. Las casas de labranza proyectaban largas sombras.

Cuando sobrevolaron una granja, las ocas del corral se alborotaron, y una mujer con delantal alzó el puño hacia ellos en un gesto airado.

—Se ha enfadado con nosotros —dijo Marek, señalándola con su musculoso brazo.

Sentada detrás de él, Kramer se puso las gafas de sol y comentó:

—Bueno, son las seis de la mañana. ¿Por qué hemos venido tan temprano?

—Por la luz —respondió Marek—. Al despuntar el sol, las sombras revelan los contornos, los límites de los sembrados y todo eso. —Señaló hacia sus pies. En los montantes delanteros del helicóptero había acopladas tres pesadas cajas amarillas—. En este momento llevamos instalado un sistema de estereotrazadores cartográficos: radar de barrido lateral y sensores de rayos infrarrojo y de haz ultravioleta.

—¿Y qué es eso otro? —preguntó Kramer, señalando por la ventanilla trasera un tubo plateado de casi dos metros de longitud que pendía bajo la cola del helicóptero.

—El magnetómetro de protones.

—Ya. ¿Y para qué sirve?

—Busca anomalías magnéticas en el terreno que podrían indicar la presencia de paredes, cerámica o metales enterrados —explicó Marek.

—¿Les gustaría tener algún otro aparato que consideran necesario?

Marek sonrió.

—No, señorita Kramer. Nos han proporcionado todo lo que hemos pedido, gracias.

Hasta ese instante el helicóptero había volado casi a ras de la ondulada superficie de un denso bosque. Allí, en cambio, se veían afloramientos de roca gris, profundos despeñaderos que surcaban el paisaje. Marek hablaba sin cesar, y Kramer tenía la impresión de estar oyendo a un experto guía con la lección bien aprendida.

—Aquellos despeñaderos de piedra caliza son los restos de una antigua playa —explicó Marek—. Hace millones de años el mar cubría esta parte de Francia. Cuando el mar retrocedió, dejó tras de sí una playa. Con el paso del tiempo, por efecto de la compresión, la playa se convirtió en piedra caliza. Es un mineral muy blando. Tras esas paredes rocosas se esconde un laberinto de cavernas.

Kramer veía en efecto un gran número de cuevas, negras aberturas en la roca.

—Hay muchas, sí —dijo.

Marek asintió con la cabeza.

—Esta parte del sur de Francia es uno de los lugares del planeta que el hombre ha habitado de manera más continuada. Han vivido aquí seres humanos durante al menos cuatrocientos mil años. Existe un registro histórico ininterrumpido desde el hombre de Neanderthal hasta nuestros días.

Kramer movió la cabeza en un impaciente gesto de asentimiento.

—¿Y dónde está el proyecto? —preguntó.

—Enseguida llegamos.

El bosque dio paso a una amplia extensión de campos y granjas dispersas. En ese momento se dirigían hacia un pueblo enclavado en lo alto de un monte. Kramer vio un conjunto de casas de piedra, carreteras estrechas, y la torre de un castillo elevándose hacia el cielo.

—Eso es Beynac —dijo Marek, de espaldas a ella—. Y ahora empezamos a recibir nuestra señal Doppler.

Kramer oyó en sus auriculares un pitido electrónico intermitente de frecuencia cada vez mayor.

—Atento —advirtió el piloto.

Marek conectó su equipo. Se encendió media docena de luces verdes.

—Muy bien —dijo el piloto—, iniciamos la primera transección. Tres, dos, uno.

El ondulado y boscoso relieve descendió en un abrupto declive, y Diane Kramer vio abrirse bajo ellos la cuenca del Dordogne.

El río Dordogne fluía en meandros como una serpiente marrón por el cauce que sus aguas habían excavado cientos de años atrás. Pese a la temprana hora, varios kayaks surcaban ya su superficie.

—En la Edad Media, el Dordogne constituía una frontera militar —informó Marek—. Este lado del río era francés y el lado opuesto inglés. Se desataban hostilidades con mucha frecuencia. Beynac, ahora justo debajo de nosotros, era una plaza fuerte francesa.

Kramer bajó la mirada y contempló un pintoresco pueblo de construcciones de piedra y tejados oscuros. A esas horas los turistas no invadían aún sus callejas angostas y tortuosas. Se hallaba a la orilla misma del Dordogne, encajonado entre el río y un precipicio en lo alto del cual se alzaban las murallas de un viejo castillo.

—Y allí está Castelnaud, la correspondiente plaza fuerte inglesa —prosiguió Marek, señalando al otro lado del río.

Coronando un monte lejano, Kramer vio un segundo castillo, éste construido enteramente de piedra amarilla. Era pequeño, pero una completa restauración le había devuelto su antigua belleza, y sus tres torres circulares se encumbraban en el aire con gran elegancia, unidas por altas murallas. En torno a su base se arracimaba también un atractivo pueblo turístico.

—Pero esto no es nuestro proyecto... —comentó Kramer.

—No —contestó Marek—. Estoy mostrándole la disposición general de esta región. A lo largo del Dordogne encontramos una y otra vez castillos rivales emparejados. Nuestro proyecto incluye también dos castillos enemigos, pero está unos cuantos kilómetros río abajo. Ahora volamos hacia allí.

El helicóptero se escoró, poniendo rumbo al oeste sobre el sinuoso paisaje. Dejaron atrás la anterior zona turística, y Kramer advirtió complacida que la mayor parte del terreno que sobrevolaban se componía de bosques. Pasaron a corta distancia de un pequeño pueblo llamado Enviaux, cerca del río, y luego volvieron a ganar altura para adentrarse de nuevo entre las montañas. Al rebasar una cima, apareció ante ellos un claro. En el centro se encontraban las ruinas de unas cuantas casas de piedra, sus paredes dispuestas en ángulos irregulares. Sin duda aquello había sido un pueblo en otro tiempo, situado al amparo de un castillo. Pero la muralla no era más que una hilera de escombros, y del castillo apenas nada quedaba en pie. Kramer vio solo las bases de dos torres redondas y porciones derruidas de la muralla que las conectaba. Dispersas entre las ruinas, había algunas tiendas de campaña blancas. Varias docenas de personas trabajaban en los alrededores.

—Hasta hace tres años todo esto pertenecía a un cabrero —dijo Marek—. Los franceses tenían prácticamente olvidadas estas ruinas, que estaban cubiertas por el bosque. Hemos talado los árboles e iniciado la reconstrucción. Lo que ve fue antiguamente la famosa fortaleza de Castelgard.

—¿Esto es Castelgard? —Kramer exhaló un suspiro. Era muy poco lo que quedaba de la plaza fuerte: unas cuantas paredes que indicaban la existencia del pueblo, y del castillo casi nada—. Creía que habría algo más.

—Y con el tiempo lo habrá —aseguró Marek—. En su día, Castelgard era un pueblo grande, con un castillo impresionante. Pero la restauración requiere varios años.

Kramer se preguntaba cómo explicaría eso a Doniger. El proyecto Dordogne no estaba tan avanzado como Doniger imaginaba. Hallándose aún tan fragmentado el yacimiento, sería en extremo difícil iniciar una reconstrucción global. Y sin duda el profesor Johnston rechazaría cualquier sugerencia en esa línea.

—Hemos instalado nuestro centro de operaciones en aquella granja —decía Marek, señalando hacia una casa de labranza rodeada de varias edificaciones anexas, no muy lejos de las ruinas, junto a una de las edificaciones había una tienda de campaña verde—. ¿Quiere que volemos en círculo sobre Castelgard para echar otro vistazo?

—No —contestó Kramer, procurando que la decepción no se reflejara en su voz—. Sigamos adelante.

—Bien, entonces iremos al molino.

El helicóptero viró hacia el norte para dirigirse al río. El terreno descendía hasta una franja llana en las márgenes del Dordogne. Empezaron a cruzar el río, amplio y marrón oscuro, y llegaron a una isla densamente poblada de árboles cercana al lado opuesto. Entre la isla y la orilla norte corría un ramal del río más impetuoso y estrecho, de unos cuatro metros y medio de anchura. Y allí Kramer vio los restos de otra estructura, en estado tan ruinoso, de hecho, que no era fácil adivinar qué había sido en otro tiempo.

—¿Y eso? —preguntó, mirando hacia abajo—. ¿Qué es eso?

—Eso es el molino de agua. Antiguamente un puente atravesaba el río, y bajo él estaban las ruedas del molino. Usaban la energía hidráulica para moler el grano y accionar los enormes fuelles empleados en la fabricación de acero.

—Aquí no hay nada reconstruido —observó Kramer, y suspiró.

—No —admitió Marek—. Pero lo hemos estudiado bien. Chris Hughes, uno de nuestros estudiantes de postgrado, ha llevado a cabo una investigación exhaustiva. Precisamente ahí está Chris ahora, acompañado del profesor.

Kramer vio a un joven de complexión recia y cabello oscuro y, junto a él, a una figura alta e imponente en la que reconoció de inmediato al profesor Johnston. Ninguno de los dos alzó la vista cuando el helicóptero pasó sobre ellos; estaban absortos en su trabajo.

A continuación el helicóptero se apartó del río y sobrevoló un llano situado al este, aproximándose a una serie de paredes bajas dispuestas de forma rectangular, visibles como líneas oscuras bajo los oblicuos rayos del sol matutino. Kramer supuso que las paredes no se levantaban del suelo más que unos pocos centímetros, pero perfilaban claramente lo que semejaba el trazado de un pequeño pueblo.

—¿Y eso? ¿Otro pueblo?

—Casi —respondió Marek—. Es el monasterio de Sainte-Mère, uno de los más ricos y poderosos de Francia en su época. Quedó asolado por un incendio en el siglo XIV.

—Ahí abajo se ven muchas excavaciones —comentó Kramer.

—Sí, es nuestro yacimiento más importante.

Al pasar por encima, Kramer vio las bocas cuadradas de los grandes pozos que habían abierto para acceder a las catacumbas situadas bajo el monasterio. Sabía que el equipo dedicaba mucha atención a ese emplazamiento, porque esperaba encontrar bajo tierra nuevos escondrijos de documentos monásticos; ya habían descubierto unos cuantos.

El helicóptero cambió de rumbo y, cobrando altura, se acercó a los despeñaderos del lado francés y a un pequeño pueblo.

—Ahora llegamos a nuestro cuarto y último yacimiento: la fortaleza enclavada sobre el pueblo de Bezenac —anunció Marek—. En la Edad Media se la conocía como La Roque. Aunque se encuentra en la orilla francesa del río, la construyeron en realidad los ingleses con la intención de establecer una cabeza de puente permanente en territorio francés. Como ve, su extensión es considerable.

Y en efecto lo era: un vasto complejo militar en lo alto de un monte, provisto de dos murallas concéntricas que delimitaban una superficie de más de veinte hectáreas. Kramer lanzó un suspiro de alivio. La fortaleza de La Roque se hallaba en mejor estado que los restantes yacimientos del proyecto y conservaba más paredes en pie. Era fácil imaginar lo que había sido en el pasado.

Pero también había allí congregado un hervidero de turistas.

—¿Dejan entrar a los turistas? —preguntó Kramer, consternada.

—En realidad no es decisión nuestra —contestó Marek—. Como sabe, éste es un yacimiento nuevo, y el gobierno francés quiso que se abriera al público. Pero naturalmente volveremos a prohibir el paso cuando se inicien las obras de reconstrucción.

—¿Y eso cuándo será?

—Ah..., dentro de dos años, cinco a lo sumo.

Kramer guardó silencio. El helicóptero trazó un círculo en el aire y se elevó.

—Bueno, ya hemos terminado —dijo Marek—. Desde esta altura se ve todo el proyecto: la fortaleza de La Roque, el monasterio del llano, el molino y, al otro lado del río, la fortaleza de Castelgard. ¿Quiere visitar algo de nuevo?

—No —respondió Diane Kramer—. Podemos regresar. Ya he visto suficiente.

Edward Johnston, profesor honorario de historia en Yale, echó un vistazo al cielo con los ojos entornados cuando el helicóptero pasó sobre ellos por segunda vez. Iba hacia el sur, rumbo a Domme, donde había un helipuerto. Johnston consultó su reloj y dijo:

—Sigamos, Chris.

—Bien —contestó Chris. Se volvió hacia el ordenador colocado en un trípode, acopló el GPS y puso el equipo en marcha—. La instalación me llevará un momento.

Christopher Stewart Hughes era uno de los estudiantes de postgrado de Johnston. El profesor —como todos lo llamaban— tenía a cinco estudiantes de postgrado trabajando en el proyecto, más dos docenas de universitarios a quienes había cautivado durante su curso de introducción a la civilización occidental.

Era fácil dejarse cautivar por Edward Johnston, pensó Chris. Aunque pasaba ya de los sesenta años, Johnston era un hombre de espaldas anchas y se mantenía en buena forma; sus ágiles movimientos producían una impresión de vigor y energía. Bronceado, de ojos oscuros y propenso al sarcasmo, a menudo recordaba más a Mefistófeles que a un profesor de historia.

Sin embargo vestía como un típico profesor universitario: incluso allí, en los yacimientos, llevaba diariamente camisa y corbata. Su única concesión al trabajo de campo eran los vaqueros y las botas de montañismo.

El hecho de que Johnston fuese tan querido entre sus alumnos se debía al modo en que se implicaba en sus vidas: los invitaba a comer en su casa una vez por semana; cuidaba de ellos; si alguno tenía un problema con sus estudios o su familia o se veía en apuros económicos, Johnston siempre estaba dispuesto a prestarle ayuda, con tal naturalidad que parecía lo más normal del mundo.

Con sumo cuidado, Chris extrajo la pantalla transparente de cristal líquido del estuche metálico que había dejado a sus pies. A continuación la encajó verticalmente en el soporte situado sobre el ordenador y reinició el sistema para que reconociera la presencia del nuevo dispositivo.

—Faltan solo unos segundos —dijo—. El GPS está haciendo una calibración.

Johnston asintió pacientemente y sonrió.

Chris era estudiante de postgrado en la especialidad de historia de la ciencia —una disciplina en extremo controvertida—, pero él eludía hábilmente las polémicas concentrándose no en la ciencia moderna, sino en la ciencia y la tecnología

medievales. Por tanto iba camino de convertirse en un experto en técnicas metalúrgicas, confección de armaduras, rotación trienal de cultivos, química de curtido de pieles y una docena más de materias del período. Como tema de su tesis doctoral, había elegido la tecnología de los molinos medievales, un área fascinante y poco estudiada.

Y naturalmente su interés específico era el molino de Sainte-Mère.

Johnston aguardó con calma.

Cuando Chris cursaba tercero de carrera, sus padres murieron en un accidente de tráfico. Chris, hijo único, quedó desolado y se planteó abandonar los estudios. Johnston acogió en su casa a su joven alumno durante tres meses y actuó como padre sustitutivo en los años siguientes, aconsejándolo sobre las cuestiones más diversas, desde la administración de la herencia familiar hasta los problemas con sus novias. Y había tenido muchos problemas con las novias.

Tras la muerte de sus padres, Chris mantuvo relación con muchas mujeres. La creciente complejidad de su vida —miradas asesinas de una amante despechada durante un seminario; desesperadas llamadas nocturnas a su habitación debido a la falta en la menstruación de una novia mientras él estaba en la cama con otra mujer; citas clandestinas en un hotel con una profesora adjunta de filosofía que por entonces tramitaba un difícil divorcio— inevitablemente influyó de manera negativa en sus resultados académicos. Y entonces Johnston tomó cartas en el asunto, pasando varias tardes con él para hablar de la situación.

Pero Chris se mostró remiso a escucharlo, y poco después apareció como tercera parte implicada en el juicio de divorcio. Solo la intervención personal del profesor Johnston evitó que lo expulsaran de Yale. La reacción de Chris a ese súbito peligro fue abstraerse en sus estudios. Sus notas mejoraron enseguida, y terminó el quinto de su promoción. Pero a la vez desarrolló una actitud en exceso prudente. Ahora, a los veinticuatro años, tendía a una minuciosidad obsesiva, y era propenso a los trastornos gástricos. Solo seguía siendo temerario en cuestiones de faldas.

—Por fin —dijo Chris—. Ya aparece.

El monitor de cristal líquido mostró un perfil de color verde brillante. A través de la pantalla transparente veían las ruinas del molino, con el perfil verde superpuesto. Ése era el método más avanzado para modelar estructuras arqueológicas. Antiguamente dependían de las maquetas arquitectónicas convencionales, hechas de espuma de poliuretano blanca y cortadas y montadas a mano. Pero era una técnica lenta, y resultaba difícil efectuar modificaciones.

En la actualidad todas las maquetas se realizaban por ordenador, y el montaje era rápido y las revisiones sencillas. Además, el nuevo método les permitía contrastar las maquetas *in situ*. Se introducían en el ordenador las coordenadas topográficas de las ruinas; usando como referencia la posición del trípode establecida por el GPS, la

pantalla ofrecía una perspectiva exacta.

Vieron rellenarse el perfil verde, configurando formas sólidas. Mostraba un compacto puente cubierto, construido de piedra, y debajo tres ruedas hidráulicas.

—Chris, lo representas fortificado —observó Johnston, aparentemente complacido.

—Sé que es una idea arriesgada...

—No, no. Tiene sentido.

En la literatura se encontraban alusiones a molinos fortificados, y desde luego se habían documentado incontables batallas por los molinos y los derechos de uso de los molinos. Sin embargo se conocían pocos molinos fortificados: uno en Buerge y otro descubierto recientemente cerca de Montauban, en el valle contiguo. En opinión de la mayoría de los historiadores especialistas en la Edad Media, la fortificación de molinos era una práctica poco común.

—Las bases de las columnas al borde del agua son descomunales —explicó Chris—. Cuando el molino se abandonó, los lugareños lo usaron como cantera, al igual que el resto de construcciones de los alrededores. Se llevaron las piedras para edificar sus propias casas. Pero, no obstante, dejaron las rocas de las bases de las columnas, sencillamente porque eran demasiado grandes para moverlas. A mi juicio, eso induce a pensar en un puente macizo, probablemente fortificado.

—Puede que tengas razón —dijo Johnston—. Y creo...

La radio que Chris llevaba prendida del cinturón crepitó.

—¿Chris? ¿Está ahí contigo el profesor? Ha llegado el director general...

Johnston dirigió la mirada hacia el camino de tierra que discurría por la orilla del río, más allá de la excavación del monasterio. Un Land Rover verde con rótulos blancos en los paneles laterales avanzaba velozmente hacia ellos, levantando una gran nube de polvo.

—Sí, sin duda —comentó—. Ése debe de ser François. Siempre con tantas prisas...

—¡Edouard! ¡Edouard! —François Bellin agarró al profesor por los hombros y le besó las dos mejillas. Bellin era un hombre corpulento, casi calvo y desbordante. Hablaba un francés rápido—. Mi querido amigo, siempre me parece que hace una eternidad que no nos vemos. ¿Estás bien?

—Muy bien, François —respondió Johnston, retrocediendo un paso para alejarse de aquella efusividad. Cuando Bellin se mostraba tan cordial, era síntoma inequívoco de que se avecinaba algún problema—. ¿Y tú, François? ¿Cómo te va?

—Igual que siempre, igual que siempre. Pero a mi edad con eso basta. —Bellin echó un vistazo alrededor y luego apoyó la mano en el hombro de Johnston con aire de complicidad—. Edouard, tengo que pedirte un favor. Me hallo en un compromiso.

—¿Ah, sí?

—Ya conoces a esa periodista, la de *L'Express*...

—No —repuso Johnston—. Me niego rotundamente.

—Pero Edouard...

—Ya hablé con ella por teléfono. Es una de esas personas que ve conspiraciones en todas partes. El capitalismo es dañino; las grandes compañías son diabólicas...

—Sí, sí, Edouard, todo eso es verdad. —Bellin se inclinó para acercarse más a Johnston—. Pero se acuesta con el ministro de Cultura.

—Eso no mejora mucho el panorama —dijo Johnston.

—Edouard, por favor. La gente empieza a prestarle atención. Puede crearnos problemas. A mí. A ti. A este proyecto.

Johnston dejó escapar un suspiro.

—Ya sabes que aquí se tiene la impresión de que los norteamericanos, como carecen de una cultura propia, se dedican a destruir la de los demás. Hay ya conflictos con el cine y la música. Y se ha hablado de prohibir que los norteamericanos trabajen en los lugares de interés cultural franceses.

—Eso no es nuevo —contestó Johnston.

—Y tu propio patrocinador, la ITC, ha pedido que hables con ella.

—¿Lo ha pedido?

—Sí —confirmó Bellin—. Una tal señorita Kramer ha insistido en que hables tú con esa periodista.

Johnston volvió a suspirar.

—Serán solo unos minutos, te lo prometo —aseguró Bellin, haciendo una señal en dirección al Land Rover—. Está en el todoterreno.

—¿La has traído tú personalmente? —preguntó Johnston.

—Edouard, quiero que lo entiendas. Es necesario tomar en serio a esa mujer. Se llama Louise Delvert.

Cuando la periodista salió del Land Rover, Chris vio a una mujer de unos cuarenta y cinco años, esbelta y morena, de rostro atractivo y marcadas facciones. Tenía estilo a la manera de ciertas europeas maduras, transmitiendo una sofisticada y discreta sexualidad. Parecía vestida para una expedición, con camisa y pantalones de color caqui, y en torno al cuello las correas de la cámara fotográfica, la videocámara y la grabadora. Bloc en mano, se encaminó hacia ellos con actitud resuelta.

Pero cuando se acercaba, aflojó el paso.

—Profesor Johnston —dijo Louise Delvert en perfecto inglés a la vez que tendía la mano. En sus labios se dibujó una sonrisa cálida y sincera—. No sabe cuánto le agradezco que me dedique un poco de su tiempo.

—No hay de qué —respondió Johnston, aceptando su mano—. Ha hecho usted un largo viaje, señorita Delvert. Con mucho gusto la ayudaré en todo lo que me sea posible.

Johnston siguió sosteniendo su mano. Ella siguió sonriendo. Así permanecieron durante otros diez segundos mientras Louise Delvert le decía que era muy amable de

su parte y él contestaba que, al contrario, era lo mínimo que podía hacer por ella.

Pasearon por las excavaciones del monasterio, el profesor y la señorita Delvert delante, Bellin y Chris detrás, no demasiado cerca pero sí lo suficiente para escuchar la conversación. Bellin mantenía una plácida sonrisa de satisfacción, y Chris pensó que había más de una manera de lidiar con un ministro de Cultura conflictivo.

En cuanto al profesor, había enviudado hacía muchos años, y aunque corrían rumores sobre sus aventuras, Chris nunca lo había visto con una mujer, y en ese momento lo observaba fascinado. Johnston no cambió de actitud; simplemente concedió a la periodista toda su atención. Daba la impresión de que no hubiera nada en el mundo más importante que ella. Y a Chris le pareció que las preguntas de Louise Delvert eran mucho menos hostiles de lo que ella había planeado.

—Como ya sabrá, profesor —decía—, mi periódico elabora desde hace algún tiempo un reportaje sobre la empresa estadounidense ITC.

—Sí, estoy enterado de ello.

—¿Y no es cierto que la ITC patrocina este proyecto arqueológico?

—Sí, así es.

—Según nuestras informaciones, contribuyen con un millón de dólares al año —prosiguió Delvert.

—Ésa es más o menos su aportación, sí.

Continuaron caminando en silencio por un momento. Delvert parecía buscar las palabras adecuadas para formular su siguiente pregunta.

—En mi periódico hay quienes piensan que eso es mucho dinero para gastarlo en arqueología medieval.

—Bien, pues dígales a esas personas de su periódico que están equivocadas —contestó Johnston—. De hecho, es una inversión media para un yacimiento de estas proporciones. La ITC nos proporciona doscientos cincuenta mil dólares en concepto de costes directos, ciento veinticinco mil en costes indirectos pagados a las universidades, otros ochenta mil en becas, sueldos y dietas, y cincuenta mil para sufragar los gastos de laboratorio y archivos.

—Pero seguramente hay otros muchos gastos —dijo Delvert, enrollándose un mechón de pelo en torno al bolígrafo y mirando a Johnston con un rápido parpadeo.

Está haciéndole caídas de ojos, pensó Chris. Nunca había visto a una mujer recurrir a eso. Solo una francesa podía conseguirlo.

Por lo visto, el profesor no lo notó.

—Sí, sin duda hay otros muchos gastos —respondió—, pero no los administramos nosotros. El resto son los costes de reconstrucción del propio yacimiento. Eso se contabiliza aparte, ya que, como sabe, los costes de reconstrucción se comparten con el Gobierno francés.

—Naturalmente. Así pues, ¿opina que el medio millón de dólares que su equipo

gasta es una cantidad normal?

—Bueno, podemos preguntarle a François —dijo Johnston—. Pero en la actualidad hay en marcha veintisiete excavaciones arqueológicas en esta región de Francia. Van desde el yacimiento paleolítico en el que trabajan conjuntamente la Universidad de Zúrich y la Carnegie-Mellon, hasta el *castrum* romano del que se ocupa la Universidad de Burdeos en colaboración con Oxford. El coste medio anual de esos proyectos se sitúa alrededor del medio millón de dólares.

—No lo sabía. —Delvert miraba a Johnston a los ojos con franca admiración.

Demasiado franca, pensó Chris. De pronto se le ocurrió que quizá había interpretado mal la situación. La actitud de la periodista podía ser simplemente un ardid para sonsacar información.

Johnston volvió la cabeza hacia Bellin, que caminaba detrás de él.

—¿Y tú qué dices, François?

—Creo que sabes perfectamente lo que haces... o sea, lo que dices —contestó Bellin—. La financiación oscila entre cuatrocientos y seiscientos mil dólares anuales. El coste se encarece un poco con los equipos escandinavos, alemanes y norteamericanos, y también en los yacimientos paleolíticos. Pero sí, el promedio viene a ser de medio millón.

La señorita Delvert no apartó la atención de Johnston.

—Y a cambio de esa financiación, profesor Johnston, ¿con qué frecuencia ha de tratar con la ITC?

—Casi nunca.

—¿Casi nunca? ¿En serio?

—El presidente de la compañía, Robert Doniger, vino hace dos años. Es muy aficionado a la historia, y mostró un gran entusiasmo, como un niño. Y la ITC envía a un vicepresidente una vez al mes, poco más o menos. Ahora hay aquí una precisamente. Pero por lo general nos dejan tranquilos.

—¿Y qué sabe usted de la ITC? —preguntó Delvert.

Johnston se encogió de hombros.

—Llevan a cabo investigaciones en física cuántica. Fabrican componentes para equipos de resonancia magnética, aparatos médicos y demás. Y desarrollan diversas técnicas de datación basadas en la teoría cuántica para determinar la antigüedad de cualquier objeto. En esto último colaboramos con ellos.

—Entiendo. ¿Y dan resultado, esas técnicas?

—En la granja donde hemos fijado nuestro centro de operaciones tenemos varios dispositivos, prototipos —explicó Johnston—. Por el momento, son aún demasiado frágiles para el trabajo de campo. Se averían continuamente.

—Pero ¿es ésa la finalidad del patrocinio de la ITC, probar su equipo?

—No. Es más bien al contrario. La ITC produce equipo de datación por el mismo motivo que financian nuestro trabajo: porque Bob Doniger es un entusiasta de la historia. Somos su pasatiempo.

—Un pasatiempo caro —observó Delvert.

—Para él no —contestó Johnston—. Es multimillonario. Compró una Biblia de Gutenberg por veintitrés millones. Adquirió en una subasta el Tapiz de Ruán por diecisiete millones. El coste de nuestro proyecto es calderilla para él.

—Quizá, pero el señor Doniger es también un implacable hombre de negocios.

—Sí.

—¿De verdad cree que costea esta excavación por mero interés personal? —preguntó Delvert, usando un tono desenfadado, casi burlón.

—Señorita Delvert, uno nunca sabe cuáles son las auténticas intenciones de los demás —repuso Johnston, mirándola fijamente.

El profesor también recela de ella, pensó Chris.

La propia Delvert pareció percibirlo y adoptó de pronto una actitud más formal.

—Sí, claro. Pero se lo pregunto por una razón. ¿No es cierto que los resultados de su investigación en este proyecto no le pertenecen? ¿Que todos sus hallazgos, todos sus descubrimientos, son propiedad de la ITC?

—Sí, en efecto.

—¿Y no le importa? —preguntó Delvert.

—Si trabajara para Microsoft, Bill Gates sería el propietario de los resultados de mi investigación. Todos mis hallazgos y descubrimientos serían propiedad de Bill Gates.

—Sí, pero eso no es lo mismo.

—¿Por qué? —dijo Johnston—. La ITC es una empresa técnica, y Doniger creó este fondo siguiendo las pautas que suelen aplicar las empresas técnicas en estos casos. Las condiciones del acuerdo no me preocupan. Tenemos derecho a publicar nuestros descubrimientos; incluso nos pagan por publicarlos.

—Después de que ellos den su aprobación.

—Sí. Les enviamos nuestros artículos antes de publicarlos. Pero nunca han puesto el menor reparo.

—¿No cree, pues, que para la ITC este proyecto forme parte de un plan de mayor envergadura? —insistió Delvert.

—¿Usted sí lo cree?

—No lo sé. Por eso se lo pregunto. Y porque desde luego se observan aspectos desconcertantes en el comportamiento de la ITC.

—¿Cuáles son esos aspectos? —quiso saber Johnston.

—Por ejemplo, es una de las principales consumidoras de xenón del mundo.

—¿Xenón? ¿Se refiere al gas?

—Sí. Se utiliza en el láser y los tubos electrónicos.

—Por mí, pueden consumir todo el xenón que deseen —contestó Johnston con un gesto de indiferencia—. No veo en qué me concierne eso a mí.

—¿Y qué me dice de su interés en metales exóticos? Recientemente la ITC compró una compañía nigeriana para asegurarse el abastecimiento de niobio.

—Niobio. —Johnston movió la cabeza en un gesto de incompreensión—. ¿Qué es el niobio?

—Un metal semejante al titanio.

—¿Para qué sirve?

—Se emplea en los imanes superconductores y en los reactores nucleares — aclaró Delvert.

—¿Y no entiende para qué lo usa la ITC? —Johnston volvió a mover la cabeza—. Tendrá que preguntárselo a ellos.

—Ya lo he hecho. Según me dijeron, es para «la investigación en magnetismo avanzado».

—Pues ahí tiene la respuesta. ¿Existe algún motivo para dudar de su veracidad?

—No —contestó Delvert—. Pero, como usted mismo ha dicho, la ITC es una compañía de investigación. En los laboratorios de su sede central, un lugar llamado Black Rock, en Nuevo México, trabajan doscientos físicos. Es indiscutiblemente una empresa de alta tecnología.

—Sí...

—Y yo me pregunto qué interés puede tener una empresa de alta tecnología en adquirir tantas tierras.

—¿Tierras? —repitió Johnston.

—La ITC ha comprado extensas parcelas de tierra en remotos rincones del planeta: las montañas de Sumatra, el norte de Camboya, el sureste de Pakistán, las selvas centrales de Guatemala, el Altiplano de Perú.

—¿Está segura? —preguntó Johnston con el entrecejo fruncido.

—Sí. También han hecho adquisiciones aquí en Europa. Al oeste de Roma, quinientas hectáreas. En Alemania, cerca de Heidelberg, setecientas hectáreas. En Francia, mil hectáreas de terreno montañoso en el nacimiento del río Lot. Y por último justo aquí.

—¿Aquí?

—Sí —confirmó Delvert—. Por mediación de sociedades de cartera inglesas y suecas, han adquirido quinientas hectáreas alrededor de este yacimiento. Hoy por hoy, abarcan en su mayor parte bosque y tierras de labranza.

—¿Sociedades de cartera?

—Eso dificulta en extremo seguir el rastro de la inversión hasta su verdadero origen. Sean cuales sean los propósitos de la ITC, obviamente requieren la máxima reserva. Pero ¿por qué financia esa empresa su investigación, profesor Johnston, y al mismo tiempo compra las tierras que rodean el yacimiento?

—No encuentro ninguna explicación —respondió Johnston—. Sobre todo si tenemos en cuenta que la ITC no es propietaria del propio yacimiento. Recordará que el año pasado cedió al gobierno francés todos los terrenos: Castelgard, Sainte-Mère y La Roque.

—Claro, por la desgravación fiscal.

—Aun así, el yacimiento no es propiedad de la ITC. ¿Por qué, pues, iba a comprar las tierras de los alrededores?

—Con mucho gusto le enseñaré la documentación que he reunido —propuso Delvert.

—Quizá no estaría de más —aceptó Johnston.

—Precisamente tengo el material en el Land Rover.

Se encaminaron los dos hacia el todoterreno. Viéndolos alejarse, Bellin chascó la lengua.

—Lo que son las cosas —comentó—. En estos tiempos hay tan poca gente digna de confianza...

Chris se disponía a responder en su pésimo francés cuando crepitó la radio.

—¿Chris? —Era David Stern, el tecnólogo del proyecto—. Chris, ¿está ahí el profesor? Pregúntale si conoce a un tal James Wauneka.

Chris pulsó el botón de la radio.

—En este momento el profesor no puede atenderte. ¿De qué se trata?

—Es un tipo de Gallup. Ya ha telefonado dos veces. Quiere enviarnos un dibujo de nuestro monasterio que, según él, encontró en el desierto.

—¿Cómo? ¿En el desierto?

—Puede que esté un poco chiflado. Sostiene que es policía y habla sin parar de la muerte de un empleado de la ITC.

—Dile que lo mande a nuestra dirección de correo electrónico —sugirió Chris—. Échale un vistazo.

Desconectó el transmisor. Bellin consultó su reloj, chascó la lengua de nuevo y miró hacia el Land Rover, donde Johnston y Delvert, de pie, sus cabezas casi rozándose, estudiaban atentamente los papeles.

—Tengo otros compromisos —dijo—. A saber cuánto se alargará esto.

—Quizá no mucho, creo —contestó Chris.

Veinte minutos más tarde Bellin emprendía el viaje de regreso con la señorita Delvert a su lado, y Chris, junto al profesor, alzaba la mano en un gesto de despedida.

—Me parece que la charla ha ido bastante bien —comentó Johnston.

—¿Qué le ha enseñado esa mujer, profesor?

—Copias de escrituras de compraventa de tierras en esta zona. Pero no resulta convincente. Adquirió cuatro parcelas un grupo inversor del que poco se sabe; otras dos, un abogado inglés que planea venirse a vivir aquí cuando se jubile; otra, un banquero holandés como regalo para una hija ya adulta, y así sucesivamente.

—Ingleses y holandeses llevan años comprando tierras en el Périgord —observó Chris—. No es nada nuevo.

—Exactamente. La señorita Delvert piensa que la ITC podría estar detrás de todas esas compras. Pero es una sospecha poco fundada. Hay que estar predispuesto a

creerlo.

El todoterreno se perdió de vista. Chris y Johnston se dieron media vuelta y fueron hacia el río. El sol estaba ya alto y empezaba a subir la temperatura.

—Una mujer encantadora —dijo Chris con cautela.

—En mi opinión, pone demasiado empeño en su trabajo —respondió Johnston.

Subieron al bote amarrado a la orilla del río, y Chris, empuñando los remos, lo dirigió hacia Casteldard.

Dejaron atrás el bote y comenzaron a ascender por el monte de Casteldard. Vieron los primeros indicios de la muralla del castillo. A ese lado, quedaba solo la escarpa, cubierta de hierba, visible únicamente su extremo superior como una larga cicatriz de roca fragmentada. Después de seiscientos años casi parecía un accidente natural del paisaje. Pero era de hecho el vestigio de una muralla.

—¿Sabes qué le molesta realmente a esa mujer? —dijo el profesor—. El patrocinio de las grandes empresas. Pero la investigación arqueológica siempre ha dependido de benefactores. Hace cien años todos los benefactores eran particulares: Carnegie, Peabody, Stanford. Pero ahora la riqueza está en manos de las empresas, así que Nippon TV financia la Capilla Sixtina, British Telecom financia las excavaciones de York, Philips Electronics financia el *castrum* de Toulouse, y la ITC nos financia a nosotros.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Chris.

Al llegar a lo alto del monte, vieron la silueta oscura de Diane Kramer, de pie junto a André Marek.

El profesor suspiró.

—El día de hoy podemos darlo por perdido. ¿Hasta cuándo va a quedarse esa mujer?

—Su avión la espera en Bergerac. Tiene programado el vuelo de regreso a las tres de la tarde.

—Siento mucho lo de esa periodista —se disculpó Diane Kramer cuando Johnston se acercó a ella—. Está importunando a todo el mundo, pero no sabemos cómo librarnos de ella.

—Me ha dicho Bellin que usted deseaba que hablara con ella.

—Queremos que todos hablen con ella —respondió Kramer—. Hacemos cuanto está en nuestras manos para demostrarle que no hay ningún secreto.

—Parecía muy preocupada por las adquisiciones de tierras de la ITC en esta zona.

—¿Adquisiciones de tierras? —Kramer se echó a reír—. Eso es nuevo. ¿Y no le ha preguntado por el niobio y los reactores nucleares?

—A decir verdad, sí. Me ha contado que la ITC compró una compañía nigeriana

para asegurarse el suministro.

—Una compañía nigeriana —repitió Kramer, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad—. ¡Dios mío! Nuestro niobio procede de Canadá. El niobio no es precisamente un metal escaso, ¿sabe? Se vende a setenta y cinco dólares la libra. Le hemos propuesto que visite nuestros laboratorios, que entreviste a nuestro presidente, que traiga a un fotógrafo, a sus propios expertos, lo que quiera. Pero no. En eso consiste el periodismo moderno: en evitar a toda costa que los datos reales se interpongan en el camino del periodista. —Kramer se volvió y señaló con un amplio ademán las ruinas de Castelgard—. En fin, da igual. En todo caso, he disfrutado del excelente recorrido, en helicóptero y a pie, que me había preparado el doctor Marek. Es evidente que llevan a cabo una labor espectacular. Avanzan a buen ritmo; el trabajo es de un alto nivel académico; el registro de datos es inmejorable; sus colaboradores se encuentran a gusto; todo está bien organizado. Fabuloso. No podría sentirme más satisfecha. Pero el doctor Marek me ha dicho que va a llegar tarde a su... ¿qué era?

—Clase de mandoble —contestó Marek.

—Sí, eso, su clase de mandoble. Creo que no deberíamos entretenerle. No parece una de esas actividades que uno puede dejar para otro día, como una clase de piano. Entretanto, profesor Johnston, ¿por qué no paseamos usted y yo por el yacimiento?

—Cómo no —respondió Johnston.

La radio de Chris emitió un zumbido, y a continuación una voz anunció:

—¿Chris? Sophie al teléfono.

—Ya la llamaré yo más tarde.

—No, no —instó Kramer—. Vaya a atender la llamada. Yo hablaré a solas con el profesor.

—Chris suele acompañarme para tomar notas —se apresuró a decir Johnston.

—Hoy no creo que sea necesario tomar notas.

—Bien, de acuerdo. —Johnston se volvió hacia Chris—. Pero déjame tu radio por si acaso.

—Sí, claro —contestó Chris. Se desprendió la radio del cinturón y se la entregó a Johnston.

Al cogerla, Johnston accionó de manera ostensible el interruptor de activación de voz. Luego se la colocó al cinto.

—Gracias —dijo Johnston—. Y ahora mejor será que vayas a hablar con Sophie. Ya sabes que no le gusta esperar.

—De acuerdo —respondió Chris.

Mientras Johnston y Kramer iniciaban su paseo por las ruinas, Chris corrió hacia la granja donde habían habilitado el centro de operaciones del proyecto.

Poco más allá de las desmoronadas paredes del pueblo de Castelgard, el equipo había

comprado un ruinoso granero de piedra y había reconstruido la techumbre y arreglado la obra de mampostería. Allí guardaban los instrumentos electrónicos, el equipo de laboratorio y el archivo informatizado. Los artefactos e informes aún por procesar estaban extendidos en el suelo bajo una amplia tienda de campaña verde plantada junto al granero.

Chris entró en el granero, originalmente un único espacio que ellos habían dividido en dos. A la izquierda, Elsie Kastner, la lingüista y experta en grafología del equipo, estudiaba unos pergaminos encorvada sobre su mesa de trabajo. Sin prestarle atención, Chris fue derecho a la habitación abarrotada de equipo electrónico. Allí David Stern, el tecnólogo del proyecto, un joven delgado y con gafas, hablaba por teléfono.

—Veamos —decía Stern—, tendrá que escanear ese documento a una resolución bastante alta y enviármolo. ¿Tiene ahí un escáner?

Atropelladamente, Chris buscó una radio libre en la mesa de material. No encontró ninguna; todos los cargadores estaban vacíos.

—¿El Departamento de Policía no dispone de un escáner? —preguntaba Stern, sorprendido—. Ah, no está usted en... Bueno, ¿y por qué no vuelve allí y utiliza el escáner de la policía?

Chris tocó a Stern en el hombro y formó con los labios la palabra «radio».

Stern asintió con la cabeza y se desprendió su propia radio del cinturón.

—Sí, bueno, el escáner del hospital le servirá igualmente. Quizá haya ahí alguien que pueda ayudarlo. Ha de escanearlo a 1280 x 1024 píxeles y guardarlo como archivo en formato JPEG. Luego mándenlo por correo electrónico a...

Chris salió a toda prisa del granero, pulsando a la vez el selector de canal para hallar la frecuencia. Desde la puerta del granero se divisaba todo el yacimiento. Vio a Johnston y Kramer caminar por el lado del monte que ofrecía la mejor vista del monasterio. Ella sostenía un bloc de notas y se lo mostraba al profesor.

Y finalmente Chris los localizó en el canal ocho.

—Significativo aumento en el ritmo de la investigación —decía ella.

—¿Cómo? —respondió el profesor.

El profesor Johnston observó por encima de la montura metálica de sus gafas a la mujer que se hallaba de pie ante él.

—Eso es imposible —afirmó.

Kramer respiró hondo.

—Quizá no me he explicado bien. Han iniciado ya las obras de reconstrucción. Lo que Bob desearía es ampliar eso y convertirlo en un programa completo de reconstrucción.

—Sí. Y eso es imposible.

—Dígame por qué.

—Porque no tenemos aún conocimientos suficientes, solo por eso —replicó Johnston airado—. Mire, no se ha hecho más reconstrucción que la necesaria por razones de seguridad. Hemos reconstruido algunos muros para que no se desplomaran sobre nuestros investigadores. Pero no estamos preparados para emprender la reconstrucción del emplazamiento en su conjunto.

—Pero sí una parte, seguramente —insistió ella—. Consideremos, por ejemplo, el monasterio. Sin duda podrían reconstruir la iglesia, así como el claustro y el refectorio contiguos, y...

—¿Cómo? —la interrumpió Johnston—. ¿El refectorio? —El refectorio era el comedor de los monjes. Johnston señaló el yacimiento, donde las paredes bajas y las zanjas entrecruzadas ofrecían una confusa imagen—. ¿Quién ha dicho que el refectorio estaba al lado del claustro?

—Bueno, creo...

—¿Lo ve? A eso precisamente me refiero. Aún no sabemos con certeza dónde se encontraba el refectorio. Hace solo unas semanas que hemos empezado a pensar que quizá se hallaba situado junto al claustro, pero no estamos seguros.

—Profesor —repuso Kramer malhumorada—, el estudio académico puede prolongarse indefinidamente, pero en el mundo real de los resultados...

—Los resultados son mi objetivo primordial —atajó Johnston—. Pero el verdadero propósito de una excavación como ésta es no repetir los errores del pasado. Hace cien años un arquitecto llamado Viollet-le-Duc reconstruyó monumentos por toda Francia. En algunos realizó un trabajo correcto. Pero cuando carecía de información suficiente, recurría a la imaginación. Esos edificios solo son fruto de su fantasía.

—Comprendo su afán de precisión...

—Si hubiera sabido que la ITC deseaba una Disneylandia, no me habría prestado a dirigir el proyecto.

—No queremos una Disneylandia —aseguró Kramer.

—Si inician ya la reconstrucción, eso es lo que conseguirán, señorita Kramer. Una fantasía. Una Medievolandia.

—No. Eso se lo garantizo de la manera más categórica. No nos interesan las fantasías. Queremos una reconstrucción históricamente fiel del lugar.

—Pero hoy por hoy no puede hacerse —dijo Johnston.

—Nosotros creemos que sí.

—¿Cómo?

—Con el debido respeto, profesor, peca usted de prudente. Conoce mejor de lo que usted cree estos yacimientos. Pongamos por caso el pueblo de Castलगard, al pie del castillo. Es evidente que eso podría reconstruirse.

—Supongo... al menos una parte, sí.

—Y eso es lo único que le pedimos: que reconstruya una parte.

David Stern salió del granero y encontró a Chris con la radio pegada al oído.

—¿Escuchando a escondidas, Chris?

—Calla —dijo Chris—. Esto es importante.

Stern hizo un gesto de indiferencia. Siempre se sentía un poco al margen de las euforias de los estudiantes de postgrado con quienes trabajaba. Los demás eran historiadores; Stern, en cambio, se había licenciado en física, y tendía a ver las cosas de otro modo. Sencillamente era incapaz de entusiasmarse por el hallazgo de una nueva fragua medieval o unos cuantos huesos de un enterramiento. En todo caso, Stern había aceptado aquel empleo —consistente en controlar el equipo electrónico, realizar diversos análisis químicos, datación por carbono, etcétera—, para estar cerca de su novia, que asistía a un curso de verano en Toulouse. Al principio, le intrigaba también la idea de datación cuántica, pero hasta el momento los aparatos no habían resultado operativos.

Por la radio, Kramer decía:

—Y si reconstruyen parcialmente el pueblo, pueden reconstruir también un fragmento de la muralla exterior del castillo, la parte adyacente al pueblo, esa sección de allí. —Señalaba un muro bajo de borde irregular que atravesaba el yacimiento de norte a sur.

—Sí, posiblemente... —admitió el profesor.

—Y podrían ampliar la muralla hacia el sur, por allí, donde se adentra en el bosque —prosiguió Kramer—. Podrían talar los árboles de esa zona y reconstruir la torre.

Stern y Chris cruzaron una mirada de perplejidad.

—¿De qué habla? —preguntó Stern—. ¿Qué torre?

—El bosque aún no se ha inspeccionado —dijo Chris—. Tenemos previsto empezar la tala a finales del verano y el reconocimiento del terreno en otoño.

Por la radio, oyeron responder al profesor:

—Su propuesta es muy interesante, señorita Kramer. Déjeme hablar de ello con los demás y volveremos a reunirnos a la hora del almuerzo.

Y a continuación Chris vio volverse al profesor, mirar directamente hacia ellos y señalar con el dedo en dirección al bosque.

Dejando atrás el claro donde se hallaban las ruinas, treparon por un talud cubierto de hierba y penetraron en el bosque. Los árboles eran delgados pero crecían muy juntos, y el ramaje producía una densa sombra y un ambiente fresco. Chris Hughes siguió la vieja muralla exterior del castillo, que disminuía gradualmente de altura, llegándole hasta la cintura en su primer tramo, reduciéndose luego a un bajo afloramiento de piedra y desapareciendo por fin entre la maleza.

A partir de ese punto tuvo que agacharse y apartar los helechos y matorrales con las manos para rastrear el recorrido de la muralla.

El bosque se espesó. Una sensación de paz invadió a Chris. Recordaba que en su primera visita a Castelgard un bosque como aquél poblaba casi todo el yacimiento. Las escasas paredes que permanecían en pie estaban cubiertas de musgo y líquen, pareciendo surgir de la tierra como formas orgánicas. Un halo de misterio envolvía por entonces aquel lugar. Pero eso se perdió en cuanto deforestaron el terreno e iniciaron las excavaciones.

Stern seguía sus pasos. Rara vez salía del laboratorio, y por lo visto estaba disfrutando del paseo.

—¿Por qué son tan pequeños los árboles? —preguntó.

—Porque es un bosque nuevo —contestó Chris—. Casi todos los bosques del Périgord tienen menos de cien años. Antiguamente estas tierras eran campos, viñedos.

—¿Y qué pasó?

Chris se encogió de hombros.

—Una plaga, la filoxera, mató todas las vides a principios de siglo y volvió a crecer el bosque. —Tras un breve silencio, añadió—: La industria vinícola francesa casi se extinguió. La salvaron importando vides inmunes a la filoxera, de California, cosa que preferirían olvidar.

Mientras hablaba, continuaba atento al terreno, guiándose por algún que otro fragmento aislado de piedra para seguir la línea de la muralla.

Pero de pronto la muralla desapareció. La perdió por completo. Tendría que desandar el camino y localizar de nuevo el rastro.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —dijo Stern.

—No encuentro la muralla. Venía en esta dirección —indicó el recorrido con la palma de la mano—, y ahora ya no la veo.

En aquella parte del bosque la maleza era especialmente densa, formada por helechos y alguna clase de enredadera espinosa que arañaba a Chris las piernas desnudas. Stern llevaba pantalones largos y siguió adelante, diciendo:

—No sé, Chris; tiene que estar por aquí...

Chris sabía que debía retroceder. Acababa de volverse cuando oyó gritar a Stern.

Giró la cabeza.

Stern no estaba. Había desaparecido.

Chris se hallaba solo en el bosque.

—¿David?

Un gemido.

—¡Ay... maldita sea!

—¿Qué pasa?

—Me he dado un golpe en la rodilla, ¡y cómo duele, la condenada!

Chris no lo veía.

—¿Dónde estás?

—En un hoyo —respondió Stern—. Me he caído. Lleva cuidado si vienes hacia aquí. De hecho... —Un gruñido. Un juramento—. No te molestes. Puedo levantarme. Estoy bien. De hecho... ¡Eh!

—¿Qué?

—Espera un momento.

—¿Qué ocurre?

—Tú espera, ¿de acuerdo?

Chris vio agitarse los matorrales, mecerse los helechos, a medida que avanzaba hacia la izquierda. Por fin Stern volvió a hablar, y su voz resonó de manera extraña.

—¿Eh, Chris?

—Sí, ¿qué has encontrado?

—Una sección de pared. Curva.

—¿Qué?

—Creo que estoy en el fondo de lo que en otro tiempo fue una torre redonda, Chris.

—¡No me digas! —exclamó Chris, y pensó: ¿Cómo se ha enterado Kramer de esto?

—Comprobadlo en el ordenador —ordenó Johnston—. Consultad los escanogramas de reconocimiento aéreo, infrarrojos o de radar, para ver si se detecta alguna torre. Quizá ya esté registrada y no nos hayamos fijado.

—Para los infrarrojos, la mejor opción es la última hora de la tarde —aconsejó Stern, sentado y con una bolsa de hielo en la rodilla.

—¿Por qué la última hora de la tarde?

—Porque la piedra caliza retiene el calor. Por eso esta zona gustaba tanto a los cavernícolas. Incluso en pleno invierno, dentro de una cueva del Périgord había cinco grados menos de temperatura que en el exterior.

—Y por tanto a última hora de la tarde...

—El muro retiene el calor mientras el bosque se enfría —concluyó Stern—. Y eso debería reflejarse en las imágenes por infrarrojos.

—¿Aunque el objeto esté bajo tierra?

Stern se encogió de hombros.

Chris se sentó ante el ordenador y empezó a teclear. Se oyó un breve pitido y la imagen del monitor cambió de repente.

—Vaya, está entrando correo.

Chris cliqueó el icono del lector de correo. Había solo un mensaje, y tardó un tiempo considerable en descargarse.

—¿Qué es esto?

—Imagino que lo envía ese tal Wauneka —dijo Stern—. Le he pedido un gráfico bastante grande, y probablemente no lo ha comprimido.

Por fin la imagen cobró forma en la pantalla: una serie de puntos dispuestos geoméricamente. Todos reconocieron el dibujo de inmediato. Era sin duda el monasterio de Sainte-Mère, su propio yacimiento.

Con mucho mayor detalle que el plano que ellos habían elaborado.

Johnston observó la imagen detenidamente, tamborileando en la mesa con los dedos.

—Es extraño que Bellin y Kramer se hayan presentado aquí precisamente el mismo día —comentó al cabo de un rato.

Los dos estudiantes de postgrado cruzaron una mirada.

—¿Qué tiene de extraño? —preguntó Chris.

—Bellin no ha mostrado el menor interés en conocerla, y siempre quiere conocer a las fuentes de financiación.

Chris hizo un gesto de indiferencia.

—Parecía tener mucha prisa.

—Sí, eso parecía. —Se volvió hacia Stern—. En todo caso, saca una copia de eso por impresora. Veremos qué opina nuestra arquitecta.

Katherine Erickson, una muchacha de cabello rubio ceniza, ojos azules y piel muy bronceada, se hallaba suspendida a quince metros del suelo, su rostro a menos de un palmo del techo gótico parcialmente hundido de la capilla de Castelgard. Colgaba de un arnés en posición supina y tomaba notas tranquilamente acerca de la construcción.

Erickson era la estudiante de postgrado que más recientemente se había incorporado al proyecto, formando parte del equipo solo desde hacía unos meses. En un principio ingresó en Yale para estudiar arquitectura, pero un tiempo después, desencantada de la carrera elegida, solicitó el traslado a la facultad de historia. Allí, Johnston acudió a ella para convencerla de que se uniera al grupo, del mismo modo que había convencido a los demás: «¿Por qué no dejas todos esos libros viejos y te dedicas a la historia auténtica, la historia práctica?».

Y en efecto era un enfoque práctico, como demostraba el hecho de que estuviera allí colgada. Pero ese aspecto del trabajo no le importaba. Kate se había criado en Colorado y era una entusiasta del alpinismo. Desde su llegada a Francia, dedicaba todos los domingos a escalar en los despeñaderos rocosos que flanqueaban el Dordogne. Allí, rara vez se encontraba con nadie, lo cual era una delicia; en Colorado, uno tenía que guardar turno en los mejores puntos de escalada.

Usando el piolet, desprendió unas cuantas laminillas de argamasa de diversas zonas para someterlas a un análisis espectroscópico y las depositó en distintos recipientes de plástico —semejantes a los envases de los carretes fotográficos— que llevaba sujetos de dos correas cruzadas ante el pecho como bandoleras.

Estaba etiquetando los recipientes cuando oyó una voz que decía:

—¿Cómo vas a bajar de ahí? Quiero enseñarte una cosa.

Kate volvió la cabeza y abajo vio a Johnston.

—Muy fácil —contestó. Soltó los seguros de las cuerdas y se deslizó suavemente hacia el suelo hasta posarse con gran ligereza. Luego se apartó los mechones de pelo rubio que le tapaban el rostro. Kate Erickson no era una muchacha bonita, como tantas veces le había dicho su madre, ganadora de un concurso de belleza en su época universitaria, pero poseía un aspecto saludable y genuinamente americano que los hombres encontraban atractivo.

—Creo que escalarías cualquier cosa —comentó Johnston.

Kate se despojó del arnés.

—Es la única manera de conseguir estos datos.

—Si tú lo dices...

—En serio —aseguró Kate—. Si queremos conocer la historia arquitectónica de esta capilla, he de subir ahí y extraer muestras de argamasa. Ese techo se ha reconstruido muchas veces, bien porque la edificación inicial era defectuosa y se desplomaba a la más mínima, bien a causa de los destrozos provocados en las guerras por las máquinas de asalto.

—Por lo segundo, sin duda —afirmó Johnston.

—Bueno, yo no estoy tan segura —dijo Kate—. Las estructuras principales del castillo..., el gran salón, los aposentos interiores... son sólidas, pero hay varias paredes mal construidas. En varios casos, da la impresión de que se añadieron muros para crear pasadizos secretos. Incluso hay uno que lleva a la cocina. Quienquiera que introdujese esas modificaciones debía de ser un paranoico. Y quizá se hicieron con precipitación. —Se limpió las manos en el pantalón corto—. ¿Y bien? ¿Qué quería enseñarme?

Johnston le entregó una hoja de papel. Era un dibujo sacado por impresora, una serie de puntos dispuestos en forma geométrica.

—¿Qué es esto? —preguntó Kate.

—Dímelo tú.

—Parece Sainte-Mère.

—¿Lo es?

—Diría que sí. Pero la duda es... —Kate salió de la capilla y contempló la excavación del monasterio, a unos dos kilómetros en el llano de la otra orilla del río. Desde aquella altura, el trazado de las paredes se veía casi con igual claridad que en el gráfico que sostenía en la mano—. Sí.

—¿Qué?

—Hay elementos en este dibujo que aún no hemos descubierto. Una capilla absidial en la iglesia, un segundo claustro en el cuadrante nororiental y... esto parece un jardín, intramuros... Por cierto, ¿de dónde ha salido este plano?

El restaurante de Marqueyssac se hallaba en lo alto de un promontorio desde donde se dominaba todo el valle del Dordogne. Kramer, sentada ya a la mesa, alzó la mirada y vio con sorpresa que el profesor llegaba acompañado de Marek y Chris. Ella había pedido una mesa para dos.

Marek acercó dos sillas de la mesa contigua, y se sentaron todos juntos. El profesor se inclinó hacia Kramer y la miró fijamente.

—Señorita Kramer —dijo—, ¿cómo sabía dónde estaba el refectorio?

—¿El refectorio? —Se encogió de hombros—. Pues... no sé. ¿No se mencionaba en el informe semanal sobre la marcha del proyecto? ¿No? Entonces quizá me lo haya comentado el doctor Marek. —Observó los rostros de los tres hombres que la miraban escrutadoramente—. Caballeros, los monasterios no son ni mucho menos mi especialidad. Debo de haberlo oído en alguna parte.

—¿Y la torre del bosque?

—Debía de aparecer en un escanograma. O en alguna fotografía antigua.

—No. Ya lo hemos verificado. —El profesor colocó ante ella el plano que acababan de recibir—. ¿Y por qué Joseph Traub, un empleado de la ITC, tenía un dibujo del monasterio más completo que los nuestros?

—No lo sé... ¿De dónde han sacado esto?

—Lo ha enviado un policía de Gallup, en Nuevo México, que tiene las mismas dudas que yo.

Kramer guardó silencio.

—Señorita Kramer —prosiguió Johnston al cabo de un momento—, creo que nos oculta información. Creo que han estado realizando su propio análisis a nuestras espaldas y se han guardado sus hallazgos. Y creo que la razón es que ustedes y Bellin han negociado con miras a explotar este yacimiento en previsión de que yo me niegue a cooperar. Y el gobierno francés estaría encantado de echar a los norteamericanos de su patrimonio histórico.

—Profesor, eso no es cierto. Puede estar seguro...

—No, señorita Kramer, ya no estoy seguro de nada. —Johnston consultó su reloj—. ¿A qué hora sale su avión de regreso a la ITC?

—A las tres.

—Yo estoy ya preparado para el viaje —anunció Johnston, y apartó la silla de la mesa.

—Pero voy a Nueva York.

—Entonces vale más que cambie de planes y vaya a Nuevo México.

—Querrá usted entrevistarse con Bob Doniger, y no conozco su agenda...

—Señorita Kramer —instó Johnston, inclinándose sobre la mesa—, arréglole.

Cuando el profesor se marchó, Marek dijo:

—Ruego a Dios que vea con benevolencia vuestro viaje y os devuelva sano y

salvo.

Era así como despedía siempre a los amigos. Había sido la frase preferida del conde Geoffrey de la Tour, seiscientos años antes.

En opinión de algunos, Marek llevaba su fervor por el pasado al extremo de la obsesión. Pero para él era algo natural; ya de niño sentía una intensa atracción por el medioevo, y actualmente parecía en muchos sentidos vivir en esa época. Una vez, en un restaurante, dijo a un amigo que no pensaba dejarse barba porque no estaba de moda en esos tiempos.

—Claro que está de moda —protestó su amigo, atónito—; solo tienes que mirar alrededor y verás cuántos hombres llevan barba.

—No, no —repuso Marek—; quiero decir que no está de moda en *mis* tiempos.

Con lo cual se refería a los siglos XIII y XIV.

Muchos especialistas en la Edad Media sabían leer lenguas antiguas, pero Marek era capaz de *hablarlas*: inglés medio, francés antiguo, occitano y latín. Era un experto en la indumentaria y las costumbres del período. Y con su estatura y facultades atléticas, se había propuesto dominar las técnicas marciales de la época. Al fin y al cabo, afirmaba, la Edad Media fue un tiempo de guerra permanente. Montaba ya a la perfección los enormes percherones que se usaban por entonces como caballos de guerra. Y había adquirido una considerable destreza en las justas, ejercitándose horas y horas con el muñeco giratorio de torneo, conocido como «estafermo». Marek poseía tal habilidad con el arco *longbow* que había empezado a instruir a los otros en su manejo. Y ahora se adiestraba en la lucha con mandoble.

Pero su exhaustivo conocimiento del pasado lo había llevado a una peculiar desconexión con el presente. La repentina marcha del profesor había dejado a los demás componentes del proyecto apesadumbrados e inquietos; corrían descabellados rumores, sobre todo entre los estudiantes que aún no tenían la licenciatura: la ITC retiraría la financiación; la ITC convertiría el proyecto en una Medievolandia; la ITC había asesinado a alguien en el desierto y estaba en un aprieto. El trabajo se interrumpió; la gente no hacía más que hablar.

Finalmente Marek decidió convocar una reunión para sofocar los rumores y a primera hora de la tarde los congregó a todos en la tienda de campaña verde plantada junto al granero. Marek explicó que habían surgido ciertas discrepancias entre el profesor y la ITC, y el profesor había viajado a la sede de la ITC para aclarar el asunto. Marek aseguró que se trataba solo de un malentendido, y quedaría resuelto en unos días. Dijo que permanecerían en continuo contacto con el profesor, quien se

había comprometido a telefonarles cada doce horas; y añadió que el profesor regresaría en breve y todo volvería a la normalidad.

Sus palabras no sirvieron de mucho. La profunda sensación de inquietud no disminuyó. Varios universitarios insinuaron que hacía demasiado calor para trabajar, y que con aquella temperatura lo más indicado era ir a remar al río en los kayaks. Marek, percibiendo por fin el ánimo general, les dio permiso.

Uno por uno, los estudiantes de postgrado optaron también por tomarse el resto del día libre. Kate apareció con varios kilos de metal tintineando en torno a la cintura y anunció que se iba a escalar en el despeñadero situado detrás de Gageac. Preguntó a Chris si le apetecía acompañarla (para sostenerle las cuerdas, pues sabía que no practicaba el alpinismo), pero él tenía previsto ir a la caballeriza con Marek. Stern declaró que se marchaba a cenar a Toulouse. Rick Chang salió hacia Les Eyzles para visitar a un colega en el yacimiento paleolítico. Solo Elsie Kastner, la grafóloga, se quedó en el granero, revisando documentos pacientemente. Marek le preguntó si quería ir con él.

—No seas tonto, André —contestó ella, y siguió trabajando.

El club ecuestre de las afueras de Soulllac se hallaba a seis kilómetros, y era allí donde Marek se ejercitaba dos veces por semana. En el rincón más apartado de un campo casi en desuso, había instalado una peculiar barra en forma de T sobre un eje giratorio. En un extremo de la barra pendía una especie de cojín cuadrado, y en el otro una bolsa de cuero piriforme que semejaba un saco de boxeo. Eso era el estafermo, un artilugio tan antiguo que ya mil años antes lo dibujaban los monjes en los márgenes de los manuscritos iluminados. De hecho, Marek había diseñado el suyo a partir de uno de esos dibujos.

Construir el estafermo había sido relativamente sencillo; mayores dificultades le había acarreado conseguir una lanza aceptable. Ésa era la clase de problema que se repetía una y otra vez en la historia experimental. Ni siquiera los objetos más simples y corrientes del pasado podían reproducirse en el mundo moderno. Y eso a pesar de que, gracias al fondo para la investigación concedido por la ITC, el dinero no suponía un obstáculo.

En tiempos medievales, las lanzas de torneo se modelaban en tornos de casi tres metros y medio de largo, que era la longitud habitual de una lanza de justador. Pero ya apenas existían tornos de madera de ese tamaño. Tras mucho buscar, Marek localizó en el norte de Italia, cerca de la frontera austriaca, un taller de carpintería especializado. Podían torneear lanzas de pino de las dimensiones especificadas, pero quedaron atónitos al saber que su pedido inicial era de veinte unidades. «Las lanzas se rompen —adujo Marek—. Necesitaré muchas». Para protegerse el rostro de las astillas que salían despedidas, acopló una malla metálica a la parte frontal de un casco de fútbol americano. Cuando montaba con ese casco, llamaba bastante la atención.

Parecía un apicultor enloquecido.

Al final, Marek sucumbió a la tecnología moderna y encargó lanzas de aluminio a un fabricante de bates de béisbol. Las lanzas de aluminio permitían una sujeción más equilibrada y, pese a no corresponderse con la época, le producían una sensación de mayor autenticidad. Y como no se astillaban, podía usar un casco de equitación corriente.

Que era lo que llevaba puesto en ese momento.

A lomos de su caballo en el extremo del campo, Marek hizo una señal a Chris, que se hallaba junto al estafermo.

—¿Listo, Chris?

Chris asintió con la cabeza y colocó la barra en forma de T en posición perpendicular respecto a Marek. En cuanto Chris alzó la mano, Marek bajó la lanza y espoleó al caballo.

El ejercicio del estafermo era engañosamente sencillo. El jinete galopaba hacia la barra e intentaba acertar con la punta de la lanza en el cojín cuadrado. Si lo conseguía, hacía girar la barra, lo cual lo obligaba a picar de espuelas a su montura para evitar que la bolsa de cuero suspendida en el otro extremo de la barra lo golpeará en la cabeza. Antiguamente, como Marek sabía, la bolsa era un saco de arena con peso suficiente para derribar a un jinete; pero él se había limitado a darle el peso necesario para que administrara un doloroso correctivo.

En su primera carrera, atinó de pleno en el cojín, pero le faltó rapidez, y la bolsa lo alcanzó en la oreja izquierda. Tiró de las riendas y volvió al trote hacia el punto de partida.

—¿Por qué no pruebas tú una vez, Chris? —propuso.

—Quizá después —respondió Chris, colocando de nuevo la barra para la siguiente embestida.

Últimamente Marek había convencido a Chris en un par de ocasiones para que hiciera algún intento con el estafermo. Sin embargo sospechaba que Chris había accedido solo por su reciente interés en las distintas facetas de la equitación.

Marek volvió el caballo, se irguió y cargó otra vez. Cuando empezó a adiestrarse en aquella técnica, dirigirse a todo galope hacia un blanco de unos diez centímetros de lado le resultaba asombrosamente difícil. Pero ya casi le había cogido el truco. Por lo general, daba en el blanco cuatro de cada cinco veces.

El caballo avanzó en medio de un atronador sonido de cascos. Marek bajó la lanza.

—¡Hola, Chris!

Chris se volvió y saludó con la mano a la muchacha que cabalgaba hacia allí. En ese momento Marek hincó la punta de la lanza en el cojín, y la bolsa de cuero giró, golpeando a Chris y tirándolo de bruces al suelo.

Chris yació inmóvil, aturdido, oyendo las carcajadas de la muchacha. Pero de inmediato ella desmontó y lo ayudó a levantarse.

—Perdona que me ría, Chris —dijo la muchacha con su elegante acento inglés—. Además, ha sido culpa mía. No debería haberte distraído.

—Estoy bien —respondió él, un tanto irritado. Se limpió el polvo del mentón y la miró, esforzándose por sonreír.

Como siempre, su belleza lo encandiló, pero más aún en aquel instante, iluminado desde atrás su cabello rubio por el sol vespertino de tal modo que su piel perfecta parecía resplandecer, realzando el color azul violáceo de sus ojos. Sophie Rhys-Hampton era la mujer más hermosa que Chris había conocido. Y la más inteligente. Y la más refinada. Y la más seductora.

—Ay, Chris, Chris —dijo ella, acariciándole la cara con sus dedos fríos—. No puedo menos que disculparme. Bueno, ¿estás ya mejor?

Sophie estudiaba en el Cheltenham College y tenía veinte años, cuatro menos que Chris. Su padre, Hugh Hampton, era un abogado londinense, propietario de una casa de campo que el proyecto alquilaba durante el verano. Sophie pasaba las vacaciones con unos amigos en una casa de las inmediaciones. Un día acudió para recoger algo de la biblioteca de su padre. Chris la vio y al instante tropezó con el tronco de un árbol. Lo cual, al parecer, había marcado el tono de la relación, pensó Chris con pesar.

—Me halaga tener ese efecto en ti, Chris, pero me preocupa tu seguridad —comentó ella, mirándolo. Se rio y lo besó en la mejilla—. Te he telefoneado esta mañana.

—Lo sé. Estaba ocupado. Ha surgido una crisis.

—¿Una crisis? ¿En qué consiste una crisis arqueológica?

—Ah, líos de financiación, ya sabes —respondió Chris.

—Ah, ya, con esa gente de la ITC. De Nuevo México. —Lo dijo como si fuera el fin del mundo—. Por cierto, ¿sabías que le hicieron una oferta de compra a mi padre?

—¿Sí?

—Según ellos, tendrían que alquilar sus tierras durante tantos años que les salía más a cuenta comprarlas —explicó Sophie—. Él se negó, claro.

—Claro. —Chris le sonrió—. ¿Cenamos juntos?

—Esta noche me es imposible, Chris, lo siento. Pero podemos salir a montar mañana. ¿Qué tal?

—De acuerdo.

—¿Por la mañana? ¿A las diez?

—Está bien —aceptó Chris—. Nos veremos a las diez.

—¿No interrumpiré tu trabajo?

—Ya sabes que sí.

—No me importa quedar otro día.

—No, no —contestó él—. Mañana a las diez.

—Hecho, pues —dijo Sophie con una sonrisa deslumbrante.

En realidad, Sophie Hampton era casi demasiado bonita, su figura demasiado perfecta, sus modales demasiado encantadores para ser auténticos. A Marek, sin ir más lejos, no le inspiraba la menor simpatía.

Pero Chris estaba fascinado.

Cuando Sophie se marchó, Marek volvió a cargar contra el estafermo. Esta vez Chris se apartó de la trayectoria de la bolsa giratoria. Cuando Marek retrocedía al trote, advirtió:

—Están jugando contigo, amigo mío.

—Puede ser —respondió Marek.

Pero la verdad era que le traía sin cuidado.

Al día siguiente Marek se hallaba en el monasterio, ayudando a Rick Chang en las excavaciones de las catacumbas. Trabajaban allí desde hacía semanas, y el avance era lento porque continuamente encontraban restos humanos. En cuanto advertían la presencia de huesos, abandonaban las palas y seguían buscando con paletas y cepillos.

Rick Chang era el antropólogo médico del equipo. Estaba especializado en el análisis de restos humanos; podía examinar un fragmento óseo del tamaño de un guisante y dictaminar si era antiguo o contemporáneo, si procedía de la muñeca izquierda o la derecha, de un hombre o una mujer, de un niño o un adulto.

Pero los restos humanos descubiertos allí resultaban desconcertantes. En primer lugar, solo aparecían varones, y en algunos de los huesos largos se observaban indicios de heridas de guerra. Varios de los cráneos presentaban impactos de flecha. Ésa era la muerte más habitual entre los soldados del siglo XIV, a causa de un flechazo. Sin embargo no existía constancia de batalla alguna en el monasterio.

Acababan de encontrar algo que parecía un trozo de yelmo herrumbroso cuando sonó el teléfono móvil de Marek. Era el profesor.

—¿Cómo va? —preguntó Marek.

—De momento, bien.

—¿Se ha reunido con Doniger?

—Sí. Esta tarde.

—¿Y?

—Aún no sé qué pensar —respondió el profesor.

—¿Todavía insisten en seguir adelante con la reconstrucción?

—Bueno, no estoy seguro. Las cosas aquí no son exactamente como esperaba —dijo el profesor. Parecía distraído, preocupado.

—¿Y eso?

—No puedo hablar del asunto por teléfono. Pero quería avisarte de que no me pondré en contacto en las próximas doce horas, o quizá veinticuatro.

—Ajá. De acuerdo. ¿Va todo bien?

—Sí, André, todo bien.

Marek no quedó muy convencido.

—¿Necesita una aspirina? —Era una de sus frases en clave previamente

acordadas, una manera de preguntar si ocurría algo en caso de que la otra persona no pudiera hablar con libertad.

—No, no. Nada en absoluto.

—Lo noto un poco distante.

—Más bien sorprendido, diría yo. Pero todo va bien. —El profesor guardó silencio por un instante—. ¿Y qué tal en el yacimiento? ¿En qué andas ocupado?

—Ahora estoy con Rick en el monasterio. Excavamos las catacumbas del cuadrante cuatro. Creo que llegaremos a las galerías subterráneas hoy a última hora o como mucho mañana.

—Excelente. Mantén en marcha los trabajos, André. Volveremos a hablar dentro de uno o dos días.

Y colgó.

Marek se prendió el teléfono móvil al cinturón y arrugó la frente. ¿Qué demonios significaba aquello?

El helicóptero pasó sobre ellos con las cajas de los sensores acopladas debajo. Stern lo había alquilado un día más para realizar barridos por la mañana y por la tarde; quería reconocer el terreno para ver hasta qué punto exactamente registraban los instrumentos la presencia de los restos arqueológicos mencionados por Kramer.

Marek sintió curiosidad por saber si tenía ya algún resultado pero para hablar con él necesitaba una radio, y la más cercana se hallaba en el granero.

—Elsie —dijo Marek al entrar en el granero—. ¿Dónde está la radio para comunicarse con David?

Como de costumbre, Elsie Kastner no le contestó. Siguió absorta en el documento que tenía ante ella. Elsie era una mujer de facciones agradables y complexión robusta, capaz de una intensa concentración. Permanecía allí sentada durante horas, descifrando la escritura de los pergaminos. Su tarea exigía conocer no solo las seis lenguas principales de la Europa medieval, sino también abreviaturas, jergas y dialectos locales olvidados hacía mucho tiempo. Marek consideraba una suerte contar con su colaboración, pese a que mantenía una actitud distante respecto a los demás miembros del equipo. Y a veces se comportaba de un modo un tanto peculiar.

—¿Elsie? —repitió.

Ella alzó repentinamente la vista.

—¿Qué? Ah, André, perdona. Es que estoy..., en fin... un poco... —Señaló el pergamino extendido en la mesa—. Es una factura presentada por el monasterio a un conde alemán. Por alojarlo a él y su séquito personal durante una noche: veintinueve personas y treinta y cinco caballos. Con eso recorría el conde la campiña. Pero está escrita en una mezcla de latín y occitano, y la caligrafía es ilegible.

Elsie cogió el pergamino y lo llevó a la mesa de fotografía situada en el rincón. En ésta había una cámara montada sobre un soporte de cuatro patas, con luces

estroboscópicas acopladas en todos los costados. Elsie centró el documento, añadió al pie el código de barras correspondiente, colocó bajo el ángulo inferior izquierdo una regla ajedrezada de cinco centímetros para determinar las dimensiones, y pulsó el disparador de la cámara.

—¿Elsie? —dijo Marek—. ¿Dónde está la radio para hablar con David?

—Ah, sí, disculpa. En la mesa del fondo. Lleva las letras DS en la etiqueta adhesiva.

Marek fue a buscar la radio y apretó el botón.

—¿David? Soy André.

—Hola, André.

Marek apenas lo oyó a causa del estruendo del helicóptero.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Marek.

—Nada. Nada en absoluto —contestó Stern—. Hemos comprobado en el monasterio y en el bosque. No aparece ninguna de las construcciones mencionadas por Kramer, ni en el radar de barrido lateral, ni en los infrarrojos, ni en los ultravioleta. No tengo la menor idea de cómo hizo esos descubrimientos.

Cabalgaban a galope tendido por un promontorio cubierto de hierba desde donde se dominaba el río. O al menos Sophie galopaba; Chris botaba y se zarandeaba en la silla, agarrándose desesperadamente para no caerse. En sus otras salidas, Sophie había moderado la marcha en consideración a la menor aptitud de Chris, pero aquel día atravesaba los campos a toda velocidad gritando de placer.

Chris procuraba no rezagarse, rogando por que se detuviera pronto, y finalmente ella refrenó a su corcel negro, que paró en el acto, resoplando y sudoroso, y le dio unas palmadas en el cuello mientras aguardaba a Chris.

—¿No ha sido emocionante? —dijo Sophie.

—Sí —respondió Chris, sin aliento—. Desde luego.

—Lo has hecho muy bien, Chris, hay que reconocerlo. Cada día montas mejor.

Con el trasero dolorido de tanto saltar sobre la silla y los muslos agarrotados por la fuerza con que se aferraba a la montura, Chris solo pudo asentir con la cabeza.

—Este sitio es precioso —comentó Sophie, señalando el río y las formas oscuras de los castillos que se alzaban en lo alto de montes lejanos—. ¿No te parece una vista magnífica?

Y a continuación miró su reloj, lo cual irritó a Chris. Pero seguir avanzando al paso le resultó inesperadamente agradable. Ella cabalgaba muy cerca de él, sus monturas casi rozándose. De vez en cuando Sophie se inclinaba hacia él y le susurraba al oído, y en una ocasión le echó el brazo a los hombros y lo besó en los labios, para después desviar la mirada, avergonzándose al parecer de su momentáneo atrevimiento.

Desde aquella posición se veía el conjunto de yacimientos del proyecto:

Castelgard, el monasterio y más allá, en alto, La Roque. Las nubes surcaban rápidamente el cielo, sus sombras deslizándose por el paisaje. Soplaba una brisa cálida y suave, y el silencio era total, salvo por el creciente ronroneo de un motor.

—Chris, Chris —dijo Sophie, y volvió a besarlo. Cuando sus labios se separaron, miró a lo lejos y de pronto levantó una mano para saludar.

Un descapotable amarillo ascendía en dirección a ellos por la sinuosa carretera. Era un deportivo, con el chasis muy bajo. Se detuvo a corta distancia de ellos, y el conductor se irguió tras el volante y se sentó en el respaldo del asiento.

—¡Nigel! —exclamó Sophie con entusiasmo.

El hombre del coche le devolvió el saludo perezosamente, trazando un lento arco en el aire con la mano.

—Chris, ¿me harías el favor? —preguntó Sophie, entregándole las riendas de su caballo. Luego desmontó y corrió cuesta abajo hacia el coche, donde abrazó al conductor. Los dos subieron al deportivo. Cuando se alejaban, ella volvió la cabeza para mirar a Chris y le lanzó un beso.

Sarlat, un pueblo medieval restaurado, poseía un especial encanto por las noches, cuando la tenue luz de las lámparas de gas iluminaba sus casas apiñadas y sus estrechas callejas. En la rue Tourny, Marek y los estudiantes de postgrado bebían vino tinto de Cahors bajo las sombrillas blancas de la terraza de un restaurante.

Aunque normalmente Chris Hughes disfrutaba de esas veladas, aquella noche no encontraba nada a su gusto. Hacía demasiado calor y estaba incómodo en la silla metálica. Había pedido su plato favorito, *pintade aux cèpes*, pero la carne de la gallina le parecía reseca y las setas insípidas. Incluso la conversación le irritaba. Por lo general, charlaban sobre el trabajo del día, pero aquella noche la joven arquitecta del equipo, Kate Erickson, se había encontrado con unos amigos de Nueva York, dos parejas de poco menos de treinta años —agentes de bolsa y sus novias— y los había invitado a cenar con ellos. A Chris le despertaron antipatía casi de inmediato.

Los hombres abandonaban una y otra vez la mesa para hablar por sus teléfonos móviles. Las mujeres eran publicistas y trabajaban en la misma agencia de relaciones públicas; recientemente habían organizado la presentación por todo lo alto del último libro de Martha Stewart. Aquellas ínfulas no tardaron en crispár a Chris. Además, como muchos ejecutivos de éxito, tendían a tratar a los académicos como si fueran un poco retrasados mentales, incapaces de desenvolverse en el mundo real, de jugar a juegos reales. O quizá, pensó Chris, les parecía inexplicable que alguien eligiera una ocupación cuyo objetivo no fuera llegar a millonario antes de cumplir veinticuatro años.

No obstante, debía admitir que era gente agradable; bebían mucho vino y hacían muchas preguntas sobre el proyecto. Por desgracia, eran las preguntas habituales, las que siempre formulaban los turistas: «¿Qué tiene de tan especial este sitio? ¿Cómo sabéis dónde cavar? ¿Cómo sabéis qué buscar? ¿A qué profundidad excaváis y cómo sabéis cuándo hay que parar?».

—¿Por qué trabajáis precisamente allí? —preguntó una de las mujeres—. ¿Qué tiene de tan especial ese sitio?

—Es un yacimiento muy representativo del período —respondió Kate—, con dos castillos rivales. Pero su verdadera importancia es que estuvo abandonado hasta fecha reciente, nunca se había excavado.

—¿Y eso es bueno? ¿Ese abandono? —dijo la mujer con el entrecejo fruncido.

Procedía de un mundo donde el abandono estaba mal visto.

—Es en extremo conveniente —contestó Marek—. En nuestro trabajo, las auténticas oportunidades surgen en lugares que han quedado al margen del mundo. Como por ejemplo este pueblo, Sarlat.

—Es muy bonito —comentó una de las mujeres.

Los hombres se apartaron para hablar por teléfono.

—Pero la cuestión es que este antiguo pueblo existe aún por puro azar —dijo Kate—. En sus orígenes, Sarlat fue un centro de peregrinación desarrollado en torno a un monasterio con reliquias. Al final, el pueblo creció tanto que el monasterio se trasladó a otra parte, buscando la paz y la tranquilidad perdidas. Sarlat siguió siendo un próspero núcleo comercial de la región de la Dordogne. Pero su importancia disminuyó gradualmente a lo largo de los años; en el siglo xx el mundo se olvidó de Sarlat. Era una población tan pobre e insignificante que no tenía dinero para reconstruir las zonas antiguas. Los edificios del pasado simplemente permanecían en pie, sin modernas instalaciones de agua y electricidad. Muchos fueron abandonados. —Kate explicó que en la década de los cincuenta el municipio decidió por fin demoler el barrio antiguo para edificar viviendas nuevas—. André Malraux lo impidió. Convenció al gobierno francés de que destinara fondos para la restauración. La gente pensó que era un disparate. En la actualidad Sarlat es la ciudad medieval mejor conservada de Francia y una de las principales atracciones turísticas del país.

—Es encantador —dijo la mujer distraídamente.

De pronto los dos hombres volvieron juntos a la mesa, se sentaron y se guardaron los teléfonos con ademán definitivo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kate.

—Ha cerrado la bolsa —anunció uno de ellos—. Bueno, hablabais de Castelpard. ¿Qué tiene de especial?

—Comentábamos el hecho de que nunca se había excavado —recapituló Marek—. Pero para nosotros también es importante porque reúne todas las características propias de una ciudad amurallada del siglo xiv. El pueblo en sí es más antiguo, pero la mayor parte de las estructuras se construyó o modificó entre los años 1300 y 1400 con vistas a mejorar la defensa: muros más gruesos, murallas concéntricas, puertas y fosos más complejos.

—¿Y ése qué período es? ¿La Edad de las Tinieblas? —preguntó uno de los hombres, sirviéndose más vino.

—No —contestó Marek—. En rigor, es la Baja Edad Media.

—¿Baja? Yo sí voy a caer bajo si sigo bebiendo así —bromeó el hombre—. ¿Y qué viene antes de eso? ¿La Alta Edad Media?

—Exacto —confirmó Marek.

—¡Vaya! —dijo el hombre, levantando la copa—. ¡He acertado a la primera!

Desde alrededor del año 40 a. C., Europa estuvo bajo dominación romana. La región francesa donde se hallaban, Aquitania, fue antes la provincia romana de Aquitania. A lo largo y ancho de Europa, los romanos construyeron calzadas, controlaron las rutas comerciales y mantuvieron la ley y el orden. Europa conoció una época de gran prosperidad.

Más tarde, hacia el año 400 d. C., empezó a retirar sus ejércitos y abandonar sus plazas fuertes. Tras la caída del imperio, Europa se sumió en un estado de anarquía que se prolongó durante quinientos años. Decreció la población, desapareció el comercio y las ciudades declinaron. Las hordas bárbaras invadieron las zonas rurales: godos y vándalos, hunos y vikingos. Ese período tenebroso fue la Alta Edad Media.

—Pero al final del milenio, es decir, en el año 1000 después de Cristo, la situación empezó a mejorar —dijo Marek—. Cobró forma una nueva organización social que ahora conocemos como sistema feudal, aunque por entonces nadie empleaba ese término.

En el feudalismo, poderosos señores establecían el orden local. El nuevo sistema dio buen resultado. Mejoró la agricultura. Florecieron el comercio y las ciudades. Hacia el año 1200 d. C. Europa había recobrado su antigua pujanza y contaba con una población mayor que durante el Imperio Romano.

—Así pues —concluyó Marek—, el año 1200 es el principio de la Baja Edad Media, una época de crecimiento económico y auge cultural.

Los cuatro norteamericanos se mostraron escépticos.

—Si las cosas iban tan bien, ¿por qué todos construían más defensas? —preguntó uno de ellos.

—Por la guerra de los Cien Años, entre Inglaterra y Francia —contestó Marek.

—¿Qué fue, una guerra religiosa?

—No —respondió Marek—. La religión no tuvo nada que ver. Por aquel entonces todos eran católicos.

—¿Sí? ¿Y los protestantes?

—No había protestantes.

—¿Dónde estaban?

—Aún no se habían inventado a sí mismos —dijo Marek.

—¿En serio? ¿Cuál fue, pues, la causa de la guerra?

—La soberanía —contestó Marek—. El hecho de que Inglaterra poseyera una gran parte de Francia.

Uno de los hombres arrugó la frente en una expresión de incredulidad.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que Inglaterra era dueña de Francia?

Marek dejó escapar un suspiro.

Marek había acuñado un término para definir a esa clase de gente: pueblerinos temporales, personas que desconocían el pasado y se jactaban de su ignorancia.

Los pueblerinos temporales solo concedían importancia al presente y tenían la arraigada convicción de que todo aquello ocurrido en un tiempo anterior podía pasarse por alto sin más. El mundo moderno era novedoso y absorbente, y no guardaba relación alguna con el pasado. Estudiar historia servía de tan poco como aprender a comunicarse mediante el alfabeto morse o a conducir coches de caballos. Y la época medieval, habitada por caballeros con ruidosas armaduras y damas con vestidos largos y sombreros puntiagudos, les parecía tan intrascendente que ni siquiera merecía la menor consideración.

Sin embargo, la verdad era que los principios del mundo moderno se asentaron en la Edad Media. El sistema jurídico, el concepto de estado-nación, la confianza en la tecnología, o incluso la idea de amor romántico se establecieron en el medioevo. Aquellos agentes de bolsa debían a la Edad Media la noción misma de economía de mercado. Y si no lo sabían, ignoraban los fundamentos de su propia identidad, la finalidad de su trabajo, y sus orígenes.

El profesor Johnston solía decir que si uno no sabía historia, no sabía nada. Era como ser una hoja que no sabía que formaba parte de un árbol.

El agente de bolsa insistía sobre la cuestión con la contumacia que exhiben ciertas personas al ponerse de manifiesto su propia ignorancia.

—¿En serio? ¿Inglaterra poseía parte de Francia? Eso no tiene sentido. Los ingleses y los franceses siempre se han odiado.

—No siempre —observó Marek—. Hablamos de hace seiscientos años. El mundo era entonces muy distinto. Por aquellas fechas ingleses y franceses estaban mucho más cerca que ahora. Desde que los ejércitos normandos conquistaron Inglaterra en 1066, la nobleza inglesa era en su mayoría de ascendencia francesa. Hablaban francés, comían al estilo francés, seguían las modas francesas. Era normal que sus propiedades incluyeran territorio francés. Aquí en el sur habían gobernado Aquitania durante más de un siglo.

—¿Y a qué se debió, pues, la guerra? ¿Los franceses decidieron que lo querían todo para ellos?

—Sí, más o menos.

—Tiene lógica —dijo el agente de bolsa, asintiendo con la cabeza en un gesto de suficiencia.

Marek prosiguió con su lección de historia. Chris pasó el rato tratando de cruzar una

mirada con Kate. A la luz de las velas, sus facciones angulosas —que a pleno sol ofrecían un perfil muy acusado, incluso severo— se atenuaban notablemente. De improviso, la encontraba atractiva.

Pero ella no lo miraba. Tenía puesta toda la atención en sus dos amigos, los agentes de bolsa. Típico, pensó Chris. Dijeran lo que dijeren, las mujeres solo sentían atracción por los hombres con dinero y poder. Incluso tratándose de un par de sujetos vulgares y desquiciados como aquéllos.

Sin darse cuenta, Chris se concentró en sus relojes. Los dos agentes de bolsa lucían sendos Rolex, voluminosos y macizos, con las cadenas muy holgadas, de modo que colgaban de la muñeca y se deslizaban pesadamente arriba y abajo como pulseras de mujer. Era un signo de indiferencia y riqueza, una informal dejadez que inducía a pensar que vivían en vacaciones permanentes. Ese detalle le molestó.

Cuando uno de ellos empezó a jugar con su reloj, haciéndolo girar en torno a la muñeca, Chris vio colmada su paciencia. De pronto se levantó, pretextó entre dientes que tenía que volver al yacimiento para verificar unos análisis, y se marchó rue Tourny abajo en dirección al aparcamiento situado en la periferia del barrio antiguo.

Descendiendo por la calle, tuvo la impresión de que alrededor solo había amantes, parejas cogidas del brazo, la mujer con la cabeza apoyada en el hombro de su compañero. Se sentían a gusto juntos, sin necesidad de hablar, limitándose a disfrutar del entorno. Con cada pareja que veía, aumentaba su irritación, induciéndolo a apretar el paso.

Ya en el coche, emprendió el camino de regreso con una sensación de alivio. ¡Nigel!, pensó. ¿Qué clase de idiota podía llamarse así?

A la mañana siguiente Kate se hallaba nuevamente suspendida del techo de la capilla de Castelgard cuando su radio crepitó y una voz anunció:

—¡Tamales calientes! ¡Tamales calientes! Parrilla cuatro. Ven a por ellos. La comida está servida.

Ésa era la señal acordada por el equipo para avisar de un nuevo hallazgo. Utilizaban mensajes en clave para todas las transmisiones importantes, porque sabían que los funcionarios locales a veces los controlaban. En otros yacimientos el gobierno había enviado en alguna ocasión agentes para confiscar descubrimientos casi de inmediato, sin dar oportunidad a los investigadores de documentarlos y evaluarlos. Si bien el gobierno francés mantenía una política racional respecto a las antigüedades — en muchos sentidos mejor que la estadounidense—, ciertos inspectores de campo en particular divergían de la pauta general.

La parrilla cuatro, como Kate sabía, era un sector del monasterio. Dudó si quedarse en la capilla o trasladarse hasta allí, pero finalmente decidió ir. En realidad, la mayor parte del trabajo cotidiano de los miembros del equipo era rutinario y monótono. Todos necesitaban el renovado entusiasmo que se derivaba de cualquier descubrimiento.

Atravesó las ruinas del pueblo de Castelgard. A diferencia de muchos arqueólogos, Kate era capaz de reconstruir mentalmente las ruinas y ver el pueblo en conjunto. Le gustaba Castelgard; era una plaza fuerte en el sentido más real del término, concebida y edificada en tiempo de guerra. Poseía la contundente autenticidad que tanto había echado de menos en la facultad de arquitectura.

Notó el calor del sol en el cuello y las piernas y pensó por enésima vez en lo mucho que se alegraba de estar en Francia y no en New Haven, sentada en su reducida área de trabajo de la sexta planta del edificio de Arte y Arquitectura, ante las enormes ventanas panorámicas con vistas al Davenport College, de estilo seudocolonial, y al pabellón polideportivo Payne Whitney, de estilo seudogótico. Kate encontraba deprimente la facultad de arquitectura, encontraba *muy* deprimente el edificio de Arte y Arquitectura, y nunca se había arrepentido de cambiar a historia.

Desde luego, la oportunidad de pasar un verano en el sur de Francia no admitía objeción alguna. Se había integrado bien en el equipo del proyecto Dordogne. Hasta el momento había sido un verano agradable.

Inevitablemente, había tenido que zafarse de algunos hombres. Marek se le había insinuado al poco de su llegada, y luego Rick Chang, y pronto tendría que lidiar también con Chris Hughes. Chris se había tomado mal el rechazo de la chica inglesa —al parecer, él era la única persona del Périgord que no lo veía venir— y ahora se comportaba como un cachorrillo herido. La noche anterior, durante la cena, no dejaba de mirarla. Por lo visto, los hombres no se daban cuenta de que buscar consuelo en otra mujer por puro despecho resultaba un tanto ofensivo.

Absorta en sus pensamientos, bajó hacia el río, donde el equipo tenía un pequeño bote de remos para cruzar a la otra orilla.

Y allí esperándola, sonriente, estaba Chris Hughes.

—Remaré yo —se ofreció Chris cuando subían al bote.

Kate accedió, y él empezó a cruzar el río con paladas regulares, sin esfuerzo. Ella guardó silencio y, cerrando los ojos, volvió la cara al sol, cálido y relajante.

—Hace buen día —comentó Chris.

—Sí, un día magnífico.

—¿Sabes, Kate? Anoche lo pasé muy bien en la cena. Pensaba que quizá...

—Me siento muy halagada, Chris —atajó Kate—. Pero debo ser sincera contigo.

—¿Ah, sí? ¿Respecto a qué?

—Acabo de romper con un hombre.

—Ah, ya...

—Y necesito un tiempo antes de iniciar otra relación —añadió Kate.

—Sí, claro, lo entiendo. Aun así, quizá podríamos...

Kate lo obsequió con su más encantadora sonrisa y dijo:

—No lo creo.

—Ya, de acuerdo —cedió Chris. Kate vio asomar un mohín en sus labios—. Me parece que tienes toda la razón, ¿sabes? Opino francamente que lo mejor será que sigamos siendo solo colegas.

—Colegas —repitió Kate, estrechándole la mano.

El bote varó en la otra orilla.

En el monasterio, un nutrido grupo de gente se había congregado en torno al pozo abierto en el cuadrante cuatro.

La boca de la excavación formaba un preciso cuadrado de seis metros de lado y el pozo descendía a una profundidad de tres metros. En los lados norte y este se habían dejado al descubierto las lisas superficies laterales de unos arcos, lo cual indicaba que se había alcanzado la estructura de las catacumbas, bajo el antiguo monasterio. Una masa compacta de tierra cegaba los vanos de los arcos. La semana anterior habían cavado una zanja a través del arco norte, pero no parecía llevar a ninguna parte. Tras

apuntalarla con tablones, la habían abandonado por completo.

En ese momento el interés se centraba en el lado este, donde en los últimos días habían abierto otra zanja bajo el arco. Los trabajos se habían desarrollado con lentitud a causa de los continuos hallazgos de restos humanos, que Rick Chang había identificado como cadáveres de soldados.

Echando una ojeada al interior, Kate advirtió que se habían desmoronado las dos paredes de la zanja, como si se hubiera producido un corrimiento, y un enorme montón de tierra obstruía el paso. Con el desprendimiento, había quedado a la vista una gran cantidad de huesos largos y cráneos parduzcos.

Abajo vio a Rick Chang, a Marek, y también a Elsie, que por una vez había salido de su cubil. Elsie tenía su cámara digital montada en un trípode y tomaba fotografías sucesivas. Éstas se unirían después mediante el ordenador para crear panorámicas de trescientos sesenta grados. La operación se repetiría a intervalos de una hora para registrar todas las fases de la excavación.

Marek alzó la vista y vio a Kate al borde del pozo.

—Eh, estaba buscándote —dijo—. Baja aquí.

Kate descendió por la escalerilla al lecho de tierra del pozo. Bajo el intenso sol del mediodía, percibió olor a polvo y descomposición orgánica. Uno de los cráneos se desprendió y rodó hasta sus pies. Sin embargo no lo tocó; sabía que los restos debían permanecer donde los encontraban hasta que Chang los retirara.

—Puede que aquí hubiera una galería de las catacumbas —comentó Kate—, pero estos huesos no estaban depositados en nichos. ¿Hubo aquí alguna batalla?

—Hubo batallas en todas partes —respondió Marek, encogiéndose de hombros—. Pero es eso lo que más me interesa. —Señaló el arco, que era de medio punto y no tenía ornamentación alguna.

—Cisterciense —observó Kate—. Podría datar incluso del siglo XII.

—Sí, claro. Pero ¿qué me dices de eso?

Justo debajo del intradós del arco, en el centro, el desmoronamiento de la zanja había dejado una abertura negra de un metro de anchura poco más o menos.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Kate.

—Pienso que mejor será que entremos ahí. Inmediatamente.

—¿Por qué? ¿A qué viene tanta prisa?

—Da la impresión de que hay un espacio más allá de esa abertura —explicó Chang—. Una cámara, quizá varias.

—¿Y? —dijo Kate.

—Ahora ese espacio está expuesto al aire. Puede que por primera vez en seiscientos años.

—Y el aire contiene oxígeno —añadió Marek.

—¿Creéis que hay artefactos ahí dentro?

—No lo sé —contestó Marek—. Pero en cuestión de horas podría producirse un deterioro considerable. —Se volvió hacia Chang—. ¿Tenemos la serpiente?

—No, la mandamos a Toulouse para repararla.

La serpiente era un cable de fibra óptica que podía conectarse a una cámara.

—¿Y por qué no bombeáis nitrógeno al interior? —sugirió Kate. El nitrógeno era un gas inerte, más pesado que el aire. Si lo bombeaban a través de la abertura, llenaría completamente el espacio, como si se tratara de agua, y protegería cualquier artefacto de los efectos corrosivos del oxígeno.

—Lo haríamos si tuviéramos gas suficiente —respondió Marek—. La bombona más grande es de cincuenta litros.

Con eso no bastaba.

Kate señaló los cráneos.

—Sí, pero si hacéis algo ahora mismo, alteraréis...

—Yo no me preocuparía por esos esqueletos —la interrumpió Chang—. Ya no están en su posición original. Además, parece una fosa común para los muertos de alguna batalla. No van a proporcionarnos mucha información. —Alzó la vista—. Chris, ¿quién tiene los reflectores?

—Yo no —contestó Chris desde arriba—. Creía que se usaron aquí la última vez.

—No, están en el cuadrante tres —dijo uno de los estudiantes.

—Id a buscar uno. Elsie, ¿te falta mucho para acabar con las fotografías?

—Eh, sin agobiar.

—¿Te falta mucho o no?

—Solo un minuto más.

Arriba, al oír a Chang, cuatro estudiantes habían corrido entusiasmados en busca de los reflectores. Entretanto Marek decía a los otros:

—Eh, vosotros, necesito linternas, mochilas de excavación, bombonas de oxígeno portátiles, mascarillas filtradoras, cuerdas, etcétera. Ahora.

En medio de aquel revuelo, Kate seguía atenta a la abertura. El arco le parecía poco firme, con las dovelas medio sueltas. Normalmente, un arco se mantenía en pie por el peso de las paredes circundantes, que descargaban su presión en la piedra central o clave del arco. Pero allí la curva superior de la abertura podía desplomarse en cualquier momento, y la tierra amontonada bajo la abertura por el reciente desprendimiento carecía de consistencia. Aquí y allá, rodaban aún guijarros pendiente abajo. En su opinión, aquello no ofrecía la menor seguridad.

—André, me parece peligroso trepar hasta allí...

—¿Quién ha hablado de trepar? Te descolgaremos desde arriba.

—¿A mí?

—Sí. Descenderás desde encima del arco y entrarás. —Marek debió de percibir inquietud en la expresión de Kate, porque esbozó una irónica sonrisa—. No te preocupes, yo bajaré contigo.

—No sé si te das cuenta de que al mínimo error... —Dejó la frase incompleta, pero pensaba: podríamos quedar enterrados vivos.

—¿Qué pasa? —repuso Marek—. ¿No te atreves?

Eso era todo lo que tenía que decir.

Diez minutos después Kate flotaba en el aire por encima del arco. Cargaba a la espalda la mochila de excavación, equipada con una bombona de oxígeno y, colgando de las correas de la cintura como granadas de mano, dos linternas. Se había ceñido la mascarilla filtradora a la cabeza, pero la llevaba aún sobre la frente. Unos cables conectaban la radio a una pila de reserva que se había metido en el bolsillo. Con todo aquel material auestas, se sentía torpe e incómoda. Marek, de pie al borde del pozo, sujetaba la cuerda de seguridad. Abajo, Rick y sus ayudantes la observaban en vilo.

Kate alzó la vista y miró a Marek.

—Suelta uno y medio.

Marek dejó ir un metro y medio de cuerda, y Kate descendió suavemente hasta rozar el montículo con los pies. La tierra se disgregó bajo ella, resbalando en regueros hacia el fondo del pozo. Se inclinó con sumo cuidado.

—Uno más —indicó.

Apoyando manos y rodillas en la tierra, descargó todo su peso en el montículo. Éste resistió. Pero Kate contempló el arco con incertidumbre. La clave tenía los cantos quebradizos.

—¿Todo bien? —preguntó Marek.

—Sí, voy a entrar —respondió ella. Gateó hacia el orificio abierto bajo el arco. Miró a Marek y desenganchó de la correa una de las linternas—. No sé si es muy aconsejable que bajes, André. Puede que el montículo no soporte tu peso.

—Muy graciosa, pero no voy a dejarte ahí sola, Kate.

—Está bien, pero al menos espera a que entre.

Encendió la linterna, conectó la radio, se colocó la mascarilla para respirar a través de los filtros y, a gatas, penetró en la negra abertura.

En el interior, el aire era sorprendentemente fresco. El haz amarillo de la linterna recorrió un suelo de piedra y unas paredes desnudas también de piedra. Chang tenía razón: había un espacio abierto bajo el monasterio. Y parecía extenderse hasta un pasadizo obstruido por la tierra y los escombros. Por algún motivo aquella cámara no se había llenado de tierra como las otras. Enfocó el techo con la linterna para ver en qué estado se hallaba. Era difícil saberlo, pero parecía más bien precario.

Avanzó de rodillas y poco después empezó a descender, resbalando por la pendiente de tierra hasta el suelo. Al cabo de un momento, estaba de pie en las catacumbas.

—Ya estoy dentro.

La oscuridad era total y el ambiente húmedo. Pese a los filtros de la mascarilla, percibía un desagradable olor a moho. Los filtros impedían el paso de virus y

bacterias. En la mayoría de las excavaciones, nadie se molestaba en ponerse mascarilla, pero allí era de uso obligado, ya que la peste había azotado Europa en varias ocasiones a lo largo del siglo XIV, segando la vida de un tercio de la población. Aunque en una de sus formas la epidemia se transmitía inicialmente por mediación de ratas contagiadas, otro tipo de peste se propagaba por el aire, a través de la tos y los estornudos, y por tanto cualquiera que entrara en un espacio herméticamente cerrado durante siglos como aquél debía tomar precauciones para...

Oyó ruido a sus espaldas. Al volverse, vio a Marek atravesar el orificio. Empezó a resbalar por la pendiente y, antes de perder el equilibrio, saltó al suelo. En el silencio posterior, oyeron caer por el montículo tierra y guijarros.

—Ten en cuenta que podríamos acabar enterrados vivos aquí dentro —advirtió Kate.

—Procura ver siempre el lado bueno —dijo Marek. Avanzó unos pasos alzando un enorme reflector fluorescente. Iluminó toda una sección de la cámara.

Al verla claramente, descubrieron decepcionados que era un austero espacio desprovisto de todo adorno. A la izquierda había un sarcófago de un caballero, y la figura de éste se hallaba esculpida en relieve en la tapa de piedra, que había sido retirada. Al mirar dentro del sarcófago, lo encontraron vacío. Adosada contra una pared, había una tosca y desnuda mesa de madera. A la izquierda, un pasadizo iba a dar a una escalera de piedra que ascendía hasta desaparecer en un montículo de tierra. A la derecha, la tierra obstruía también el arco de acceso a otro pasadizo.

Marek suspiró.

—Tanto alboroto para nada.

Pero Kate, preocupada aún por la tierra que se desprendía y caía en la cámara, observó con atención la tierra amontonada a su derecha.

Y gracias a eso lo vio.

—André —dijo—. Ven aquí.

Era una prominencia de color tierra, marrón sobre el fondo marrón del montículo, pero la superficie tenía un ligero brillo. Kate la limpió con la mano. Era hule. Hurgando, dejó al descubierto un ángulo. Hule, usado como envoltorio de algo.

Marek observó por encima del hombro de Kate.

—Muy bien, muy bien.

—¿Conocían el hule en aquel tiempo? —preguntó Kate.

—Sí, por supuesto. El hule es un invento vikingo, quizá del siglo IX. Era muy común en Europa en nuestro período. Aunque creo que en el monasterio no hemos encontrado ninguna otra cosa envuelta en hule.

Marek la ayudó a excavar alrededor del objeto. Procedieron con cautela para evitar un desprendimiento, pero no tardaron en desenterrarlo. Era rectangular, de unos cuatro palmos cuadrados, envuelto en cáñamo tejido e impregnado de óleo.

—Imagino que son documentos —dijo Marek. Tan intenso era su deseo de abrir el paquete que le temblaban los dedos. Aun así, se contuvo—. Nos lo llevaremos.

Se lo metió bajo el brazo y se encaminó hacia la entrada. Kate echó un último vistazo al amontonamiento de tierra por si se le había pasado algo por alto. Pero no, no había nada más. Desvió el haz de la linterna y...

Se quedó inmóvil.

Con el rabillo del ojo había percibido el destello de algo de pequeño tamaño. Se volvió y miró de nuevo. En un primer momento no lo vio, pero no tardó en encontrarlo.

Era un fragmento de cristal que asomaba entre la tierra.

—André —dijo—, creo que hay algo más.

Era un cristal delgado, de una transparencia perfecta. El contorno era curvo y liso, casi moderno en su acabado. Kate retiró la tierra con las yemas de los dedos, revelando la lente de un monóculo.

Era una lente bifocal.

—¿Qué es? —preguntó Marek, aproximándose a ella.

—Dímelo tú.

Marek la examinó con los ojos entornados, iluminándola desde muy corta distancia y acercando tanto la cara que casi la tocaba con la nariz.

—¿Dónde has encontrado esto? —dijo con aparente preocupación.

—Justo aquí.

—¿Al descubierto, como está ahora? —preguntó con voz tensa, casi acusadora.

—No, solo asomaba el borde. Lo he limpiado.

—¿Cómo?

—Con los dedos.

—¿Eso quiere decir, pues, que estaba parcialmente enterrado?

—Por su tono, daba la impresión de que no le creía.

—Oye, ¿qué problema hay? —protestó Kate.

—Contéstame, por favor.

—No, André. Estaba enterrado casi por completo. Solo sobresalía el borde izquierdo.

—Preferiría que no lo hubieras tocado.

—Yo también lo habría preferido de saber que ibas a reaccionar así —replicó Kate.

—Esto requiere una explicación. Date la vuelta.

—¿Cómo?

—Date la vuelta —repitió Marek. La cogió por el hombro y la obligó bruscamente a volverse.

—¡Por Dios! —Kate miró por encima del hombro para ver qué hacía Marek.

Acercando el reflector a ella, Marek examinó meticulosamente su mochila y sus pantalones cortos—. Eh, ¿vas a decirme...?

—Silencio, por favor.

Tardó al menos un minuto en terminar su reconocimiento y por fin dijo:

—Llevas abierta la cremallera del bolsillo inferior izquierdo de la mochila. ¿Recuerdas haberla abierto?

—No.

—¿Ha estado abierta desde el principio, pues? ¿Desde que te has puesto la mochila?

—Supongo.

—¿Has rozado la pared con la mochila en algún momento?

—Creo que no —respondió Kate, que había ido con especial cuidado por miedo a un posible desprendimiento.

—¿Estás segura?

—¡Por Dios, André! No, no estoy segura.

—Bien, ahora revísame a mí —dijo Marek, entregándole el reflector y volviéndose de espaldas a ella.

—Revisar ¿qué?

—Ese cristal es contaminación. Tenemos que explicar cómo ha llegado hasta aquí. Mira si llevo algo abierto en la mochila.

Ella lo comprobó. No había nada abierto.

—¿Has mirado con atención? —preguntó Marek.

—Sí, he mirado con atención —repuso Kate, molesta.

—¿No has ido demasiado deprisa?

—André, por favor. He mirado bien.

Marek observó el montículo de tierra. Pequeños guijarros rodaban pendiente abajo.

—El cristal podría haber caído de una de nuestras mochilas y quedado luego cubierto.

—Sí, es una posibilidad —admitió Kate.

—Si has podido limpiarlo con los dedos, significa que no estaba realmente incrustado en la tierra.

—No, no. Estaba casi suelto.

—De acuerdo. Entonces ésa es la explicación.

—¿Cuál es la explicación?

—De algún modo, hemos traído aquí esa lente, y mientras desenterrábamos los documentos envueltos en hule, ha caído de una mochila y la tierra lo ha cubierto. Luego la has visto y la has limpiado. Es la única explicación posible.

—Está bien...

Marek cogió una cámara y fotografió el cristal desde diferentes distancias, empezando muy cerca y alejándose de manera gradual. A continuación extrajo una

pequeña bolsa de plástico, cogió el cristal cuidadosamente con unas pinzas y lo introdujo en la bolsa. Sacó un pequeño rollo de plástico almohadillado, envolvió la bolsa, la precintó con cinta adhesiva y se la entregó a Kate.

—Llévala tú, y ten mucho cuidado, por favor —dijo. Parecía más relajado. Aquello era un detalle amable con Kate.

—De acuerdo.

Treparon por la pendiente de tierra hacia la abertura.

Los universitarios los recibieron con vítores, y el paquete envuelto en hule pasó a manos de Elsie, que de inmediato se marchó con él al granero. Todos reían, salvo Chang y Chris Hughes, que llevaban puestos unos auriculares y habían escuchado la conversación de Marek y Kate dentro de la cavidad. Los dos tenían una expresión lúgubre y preocupada.

La contaminación de un yacimiento era un asunto de la mayor gravedad, y todos lo sabían. Dado que evidenciaba una técnica de excavación descuidada, ponía en tela de juicio cualquier otro hallazgo legítimo del equipo. Ejemplo de ello era un escándalo menor ocurrido en Les Eyzles el año anterior.

Les Eyzles era un yacimiento paleolítico, un asentamiento de hombres primitivos situado bajo un saliente de roca. Los arqueólogos excavaban a un nivel con una antigüedad de 320 000 años cuando uno de ellos encontró un condón parcialmente enterrado. Seguía aún en su envoltorio, y nadie pensó ni por un instante que pudiera pertenecer a la época estudiada. Pero el hecho de que apareciera allí —parcialmente enterrado— indicó una técnica negligente. Casi cundió el pánico en el equipo, y perduró incluso después de enviarse de regreso a París a un estudiante de postgrado a modo de sanción.

—¿Dónde está esa lente? —preguntó Chris a Marek.

—La tiene Kate.

Ella se la entregó a Chris. Mientras los demás continuaban con sus muestras de entusiasmo, Chris desenvolvió el paquete y alzó la bolsa de plástico para examinar el cristal a la luz.

—Sin duda es una lente moderna —dijo. Movié la cabeza en un gesto de disgusto—. Lo verificaré de todos modos. No os olvidéis de incluirlo en el informe.

Marek respondió que se ocuparía personalmente.

Acto seguido Rick Chang se dio media vuelta y batió palmas.

—Muy bien, la diversión ha terminado. Volvamos al trabajo.

Marek programó una práctica de tiro con arco para primera hora de la tarde. A los universitarios les divertía, y nunca se perdían una sesión. Últimamente Kate se había unido también al grupo. Aquel día el blanco era un espantapájaros de paja, colocado a unos cincuenta metros. Los estudiantes formaban una hilera, cada uno con su arco, y Marek se paseaba de un lado a otro detrás de ellos.

—Para matar a un hombre —dijo—, debe recordarse que casi con toda seguridad lleva el pecho cubierto por la coraza. Es menos probable que use protección en la cabeza y el cuello, o en las piernas. Para matarlo, pues, hay que disparar a la cabeza, o al costado, la parte del torso que queda desprotegida entre el peto y el espaldar.

Kate encontraba graciosas las explicaciones de Marek. André se lo tomaba todo muy en serio. «Para matar a un hombre», decía, como si ése fuera realmente su propósito. Allí, bajo el dorado sol vespertino del sur de Francia, oyendo a lo lejos las bocinas de los coches, la idea resultaba un tanto absurda.

—Pero si la intención es detener a un hombre —prosiguió Marek—, entonces debéis disparar a las piernas. Se desplomará en el acto. Hoy usaremos los arcos de cincuenta libras.

Cincuenta libras se refería a la fuerza necesaria para tensar el arco. Los arcos eran desde luego pesados y difíciles de tensar. Las flechas medían casi un metro. Muchos de los estudiantes tenían problemas para manejarlos, sobre todo al principio. Para ayudarlos a desarrollar la musculatura, Marek solía concluir las sesiones de práctica con un rato de pesas.

Marek en particular era capaz de tensar un arco de cien libras.

Aunque costara creerlo, insistía en que ése era el verdadero tamaño de las armas en el siglo XIV, muy superior a lo que cualquiera de ellos podía utilizar.

—Muy bien —dijo Marek—, encocad las flechas, apuntad y soltad. —Las flechas surcaron el aire—. No, no, no, David, no tires hasta que empieces a temblar; mantén el control. Carl, atento a la postura de tiro. Bob, demasiado alto. Deanna, recuerda la posición de los dedos. Rick, eso ha estado mucho mejor. Muy bien, volvamos a intentarlo: encocad las flechas, apuntad y... soltad.

Ya a media tarde Stern llamó a Marek por radio y le pidió que fuera al granero.

Anunció que tenía buenas noticias. Marek lo encontró sentado ante el microscopio, examinando la lente.

—¿Qué has averiguado?

—Aquí lo tienes. Míralo tú mismo.

Stern se apartó, y Marek acercó el ojo al ocular. Vio la lente y la precisa línea del corte bifocal. Aquí y allá, la lente estaba salpicada de círculos blancos, como colonias de bacterias.

—¿En qué he de fijarme? —preguntó Marek.

—En el borde izquierdo.

Marek desplazó el portaobjetos hasta situar el borde izquierdo en el campo visual. Allí advirtió una mancha blanca mayor, que se extendía por el contorno y la superficie misma de la lente.

—Son bacterias —confirmó Stern—. Algo así como el barniz de roca.

El barniz de roca era el término empleado para designar la pátina de bacterias y moho que se desarrollaba en la cara inferior de las rocas. Dado que el barniz de roca era orgánico, podía datarse.

—Es posible datarlo.

—Lo sería si el tamaño de la muestra permitiera analizarla con C-14 —respondió Stern—. Pero es demasiado pequeña, eso puedo asegurártelo ya. Con esa cantidad, no puede obtenerse una datación mínimamente fiable. No merece la pena siquiera intentarlo.

—¿Y entonces?

—La cuestión es que ése era el borde de la lente que estaba a la vista, ¿no? El borde que, según Kate, sobresalía de la tierra.

—Sí —dijo Marek.

—En ese caso es antigua, André. Desconozco su antigüedad, pero no es contaminación. Rick está estudiando los huesos descubiertos hoy y cree que algunos son de un período posterior al que nos atañe, del siglo XVIII o quizá incluso del XIX. Lo cual significa que tal vez alguna de las personas enterradas allí usaba bifocales.

—No sé qué pensar. Esta lente parece muy precisa...

—Eso no quiere decir que sea nueva —lo interrumpió Stern—. Existen buenas técnicas de pulido desde hace doscientos años. Me he puesto en contacto con un óptico de New Haven para que la examine. Le he pedido a Elsie que dé prioridad a los documentos envueltos en hule por si contienen algo fuera de lo común. Creo que entretanto podemos tranquilizarnos.

—Sí, es una buena noticia —convino Marek, sonriendo.

—He pensado que querrías enterarte cuanto antes. Nos veremos a la hora de la cena.

Habían acordado ir a cenar a la plaza central del barrio antiguo de Domine, un pueblo situado en lo alto de un monte a unos kilómetros del yacimiento. Al anochecer, Chris, ceñudo durante todo el día, había recuperado el buen humor y esperaba la cena con impaciencia. Se preguntaba si Marek tendría noticias del profesor y, en caso contrario, qué harían al respecto. Sentía expectación.

Su humor se agrió al instante en cuanto llegó y vio otra vez sentados a la mesa a los agentes de bolsa y sus novias. Al parecer, los habían invitado una segunda noche. Chris hizo ademán de darse media vuelta para marcharse, pero Kate se apresuró a levantarse y, rodeándole la cintura con un brazo, lo guio hacia la mesa.

—Preferiría irme —susurró Chris—. No soporto a esa gente.

Pero ella lo abrazó con suavidad y lo acomodó en una silla. Chris advirtió que el vino debía de correr a cargo de los agentes de bolsa —Château Lafite-Rothschild del 95, fácilmente a dos mil francos la botella— y pensó que bien podía hacer un esfuerzo.

—Domine es un pueblo encantador —decía una de las mujeres—. Hemos ido a ver las murallas desde el exterior. Abarcan una distancia considerable. Y son muy altas. Y nos ha impresionado también esa preciosa puerta de entrada al pueblo, la de las torres redondas a los lados.

Kate asintió con la cabeza y comentó:

—Resulta irónico que todos los pueblos que ahora nos parecen tan encantadores fueran en realidad las galerías comerciales del siglo XIV.

—¿Las galerías comerciales? ¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer.

En ese momento se oyó una ráfaga de interferencia estática procedente de la radio de Marek.

—¿André? ¿Estás ahí?

Era Elsie. Ella nunca acudía a las cenas del equipo, sino que se quedaba trabajando hasta tarde en sus tareas de clasificación. Marek cogió la radio.

—Sí, Elsie.

—Acabo de encontrar algo muy extraño aquí.

—Sí...

—¿Podría pedirle a David que venga? Necesito que me ayude con los análisis. Pero os lo advierto: si esto es una broma, no le veo ninguna gracia.

Tras un chasquido, la radio quedó en silencio.

—¿Elsie?

No hubo respuesta.

Marek miró a los demás.

—¿Alguien le ha gastado una broma? —preguntó.

Todos negaron con la cabeza.

—Quizá desvaría —comentó Chris—. No sería raro, con tantas horas absorta en los pergaminos.

—Iré a ver qué quiere —dijo David Stern, levantándose de la mesa, y se alejó en la oscuridad.

Chris pensó en acompañarlo, pero Kate le lanzó una mirada y le sonrió, así que él se arrellanó en la silla y cogió la copa de vino.

—¿Decías que estos pueblos eran como galerías comerciales?

—Muchos de ellos, sí —respondió Kate Erickson—. Estos pueblos eran operaciones especulativas con las que los promotores urbanísticos de la época se proponían enriquecerse, tal como ocurre en la actualidad con las galerías comerciales. —Se volvió en la silla y señaló la plaza que se hallaba a sus espaldas—. ¿Veis el mercado cubierto en el centro de la plaza? Encontraréis mercados similares en muchos pueblos de esta zona. Implica que el pueblo es una *bastide*, una nueva plaza fuerte. En Francia se establecieron cerca de un millar de *bastides* a lo largo del siglo XIV. Algunas se construyeron para defender el territorio, pero otras muchas se construyeron únicamente para ganar dinero.

Ese punto despertó el interés de los agentes de bolsa.

—Un momento —dijo uno de ellos, alzando de pronto la vista—. ¿Cómo permitía ganar dinero la construcción de un pueblo?

Kate sonrió.

—Economía del siglo XIV —respondió—. La mecánica era la siguiente. Supongamos que eres un noble con muchas tierras. La Francia del siglo XIV está cubierta en su mayor parte de bosques, lo cual significa que tus tierras son en su mayor parte bosques, habitados por lobos. Quizá tienes algunas parcelas dispersas arrendadas a campesinos, que generan unas exiguas rentas. Pero eso no sirve para enriquecerse. Y como eres un noble, vives siempre con una apremiante necesidad de dinero para combatir en las guerras y para organizar banquetes con la prodigalidad que se espera de ti.

»¿Qué puedes hacer, pues, para aumentar las rentas de la tierra? Construir un pueblo. Y para que la gente se establezca en tu nuevo pueblo, ofreces exenciones de impuestos y libertades especiales, declaradas formalmente en los estatutos del pueblo. En esencia, eximes a los habitantes de las obligaciones feudales.

—¿Por qué ofreces esas exenciones? —preguntó uno de los agentes de bolsa.

—Porque así pronto tendrás mercaderes y mercados en el pueblo, y los tributos y derechos devengados serán mucho mayores. Cobras por todo. Por el uso del camino que lleva al pueblo. Por cruzar las puertas del pueblo. Por instalar un puesto en el mercado. Por el coste de la milicia encargada de mantener el orden. Por proporcionar prestamistas al mercado.

—No está mal —comentó uno de los hombres.

—No está nada mal. Y además te embolsas un porcentaje de todo lo que se vende en el mercado.

—¿En serio? ¿Qué porcentaje?

—Eso dependía del pueblo y de la clase de mercancía. En general, entre un uno y un cinco por ciento. Por tanto, el mercado es la verdadera razón de ser del pueblo. Se ve claramente en la disposición del pueblo. Fijaos en la iglesia —dijo Kate, señalando a un lado—. En siglos anteriores la iglesia estaba siempre en el centro. La gente iba a misa al menos una vez al día. La vida giraba en torno a la iglesia. Pero aquí, en Domine, la iglesia ha quedado desplazada. Ahora el centro del pueblo es el mercado.

—¿Todo el dinero sale del mercado, pues?

—No todo, porque una plaza fuerte ofrece protección a la zona circundante, lo cual implica que los campesinos deforestarán las tierras cercanas y labrarán los campos. De ese modo aumentan también tus rentas agrarias. En conjunto, un nuevo pueblo era una inversión bastante fiable, y por eso se construyeron tantos pueblos como éste.

—¿Es ése el único motivo por el que se construían los pueblos?

—No, muchos se construían por consideraciones militares, como...

La radio de Marek crepitó. Era otra vez Elsie.

—¿André?

—Sí —contestó Marek.

—Mejor será que vengas de inmediato, porque no sé qué pensar de esto.

—¿Por qué? ¿Qué has encontrado?

—Tú ven. Ahora mismo.

El generador tableteaba ruidosamente y el granero parecía resplandecer en la oscuridad bajo el cielo estrellado.

Entraron todos en tropel. Elsie, sentada a su mesa, se volvió hacia ellos con la mirada perdida.

—¿Elsie?

—Es imposible —dijo ella.

—¿Qué es imposible? ¿Qué ha pasado? —preguntó Marek. Miró a David Stern, pero éste realizaba aún unos análisis en el rincón.

Elsie suspiró.

—No lo sé, no lo sé...

—Bueno, empieza por el principio —sugirió Marek.

—De acuerdo. El principio. —Elsie se levantó y se dirigió al extremo opuesto de su cubículo, donde señaló unos pergaminos apilados en el suelo sobre una lona—. Esto es el principio. El legajo que he designado M-031, encontrado hoy en la excavación del monasterio. David me ha pedido que lo examinara cuanto antes.

Todos la observaban en silencio.

—Así pues —continuó Elsie—, he empezado a revisar el legajo. Siempre sigo la misma rutina. Cojo diez documentos cada vez y los llevo a mi mesa. —Cogió diez documentos—. Luego me siento y los leo uno por uno. Después de resumir el contenido de un pergamino e introducir el resumen en el ordenador, vengo aquí y lo fotografío —explicó mientras se acercaba a la otra mesa y colocaba un pergamino bajo la cámara.

—Ya conocemos... —dijo Marek.

—No, no lo conocéis ni remotamente —atajó Elsie con aspereza. Volvió a su mesa y separó el siguiente pergamino de la pila—. Muy bien, como decía, los reviso uno por uno. Este legajo en particular se compone de documentos muy diversos: facturas, duplicados de cartas, respuestas a instrucciones del obispo, datos cuantitativos de las cosechas, inventarios de bienes del monasterio. Todos datan aproximadamente del año 1357. —Cogió uno tras otro los pergaminos de la pila—. Y de pronto... —mostró el último en alto—, me encuentro con esto.

Los demás miraron fijamente.

Nadie habló.

El pergamino era del mismo tamaño que los otros pero, en lugar de la apretada escritura en latín o francés antiguo del resto, contenía solo dos palabras, garabateadas en inglés corriente:

NECESITO AYUDA

7/4/1357

—Por si alguien no se ha dado cuenta —añadió Elsie—, ésta es la letra del profesor.

Se produjo un silencio. Nadie se movió, ni siquiera para cambiar de postura. Mudos de asombro, se limitaban a contemplar el pergamino.

Marek, con la mente acelerada, exploraba todas las posibilidades. En virtud de sus conocimientos pormenorizados y enciclopédicos sobre la Edad Media, había desempeñado durante varios años funciones de asesor externo del Museo de Arte Metropolitano de Nueva York en materia de artefactos medievales. Por consiguiente, poseía amplia experiencia con toda clase de falsificaciones. Era cierto que rara vez se había encontrado con documentos falsos —por lo general, las falsificaciones consistían en una armadura que, como se descubría finalmente, había sido fabricada en Brooklyn, o en piedras preciosas engarzadas en un brazalete de diez años de antigüedad—, pero con el tiempo había desarrollado un preciso método de evaluación.

—Bien, vayamos por partes —dijo Marek—. ¿Estás segura de que ésta es su letra?

—Sí —contestó Elsie—. Totalmente segura.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy grafóloga, André —replicó Elsie con un mohín de desdén—. Pero aquí puedes verlo con tus propios ojos. —Sacó una nota, escrita en mayúsculas, que Johnston había adjuntado a una factura días atrás: COMPROBAD ESTE COBRO, POR FAVOR. La colocó junto al texto del pergamino—. De hecho, las letras mayúsculas se analizan más fácilmente. En la «A», por ejemplo, la barra central presenta una ligera inclinación descendente. Traza primero las dos líneas oblicuas y retrocede desde la base de la segunda línea para trazar la barra, y de ahí que ésta quede un poco inclinada. O fíjate en la «D». Traza de arriba abajo el palo vertical y luego asciende otra vez al punto de partida para iniciar el semicírculo. O en la «E», que escribe primero como una «L» y luego completa con un trazo en zigzag hacia arriba, añadiendo las dos barras superiores. No hay duda. Es su letra.

—¿No podría haberla falsificado alguien?

—No. En una falsificación, se detectan interrupciones en el trazo y otros detalles. Ésta es su letra.

—¿Podría habernos gastado una broma el profesor? —sugirió Kate.

—Si es así, no tiene ninguna gracia.

—¿Y qué sabemos del pergamino en el que está escrito? —preguntó Marek—. ¿Es tan antiguo como los otros del legajo?

—Sí —contestó David Stern, acercándose—. A falta de la datación por carbono, diría que sí, que es de la misma época que los otros.

¿Cómo es posible?, pensó Marek, y dijo:

—¿Estás seguro? Este pergamino parece distinto. Noto la superficie más rugosa.

—Es más rugosa —confirmó Stern—, porque está mal raspada. En la Edad Media el pergamino era un material muy valioso. Normalmente se utilizaba, se borraba mediante un raspado y volvía a usarse. Pero si examinamos este pergamino bajo una luz ultravioleta... ¿Hay alguien cerca de los interruptores?

Kate apagó las luces, y en la oscuridad Stern enfocó sobre la mesa el haz de una lamparilla violácea.

De inmediato Marek vio más escritura en el pergamino, tenue pero aún claramente perceptible.

—Originalmente esto era una factura de alojamiento —explicó Elsie—. Luego alguien raspó el pergamino, de una manera expeditiva y tosca, como si tuviera prisa.

—¿Insinúas que lo raspó el profesor? —preguntó Chris.

—No sé quién lo raspó. Pero no era un experto.

—Muy bien —terció Marek—. Hay una forma de salir de dudas definitivamente. —Se volvió hacia Stern—. ¿Qué puedes decirnos de la tinta, David? ¿Es auténtica?

Stern vaciló.

—No estoy seguro.

—¿No estás seguro? ¿Por qué?

—En cuanto a la composición química —contestó Stern—, es exactamente como cabría esperar: hierro en forma de óxido ferroso y agalla como aglutinante orgánico, más una pequeña parte de carbón para hacerla más negra y un cinco por ciento de sacarosa. En aquella época añadían azúcar para darle una pátina brillante a las tintas una vez secas. Así que es tinta corriente de hierro y agalla, propia del período. Pero eso en sí mismo no demuestra nada.

—En efecto —convino Marek. En suma, Stern admitía la posibilidad de que fuera una falsificación.

—De modo que he aplicado los métodos de análisis volumétrico para la agalla y el hierro —prosiguió Stern—, como suelo hacer en casos dudosos. Sirven para determinar las proporciones exactas presentes en la tinta. Los análisis volumétricos indican que esta tinta en particular es semejante pero no idéntica a la tinta de los otros documentos.

—Semejante pero no idéntica —repitió Marek—. ¿Cuál es el grado de semejanza?

—Como sabes, las tintas medievales se mezclaban a mano antes de usarse, porque se echaban a perder enseguida. La agalla es una sustancia orgánica, obtenida de ciertas excrecencias de los robles, y era la causa de que las tintas se estropearan a

corto plazo. A veces se añadía vino a la mezcla a modo de conservante. En todo caso, se observan grandes variaciones en el contenido de agalla y hierro de un documento a otro. Entre distintos documentos, llegan a encontrarse diferencias del veinte o incluso el treinta por ciento. Estos porcentajes nos permiten establecer si dos documentos se escribieron el mismo día, con la misma tinta. Esta tinta en particular presenta una diferencia del veintinueve por ciento respecto a los documentos anterior y posterior del legajo.

—No es significativa —dijo Marek—. Esos datos no corroboran su autenticidad ni su falsedad. ¿Has hecho un análisis espectrográfico?

—Sí. Acabo de terminarlo. Aquí tienes los espectros de los tres documentos; el del profesor está en medio. —Tres líneas con una serie de picos ascendentes y descendentes—. También dan resultados semejantes pero no idénticos.

—No tan semejantes —comentó Marek, observando la sucesión de picos—. En la tinta del profesor, además de la diferencia porcentual en el contenido de hierro, se advierten muchos oligoelementos, incluido... ¿Qué es este pico, por ejemplo?

—Cromo.

Marek dejó escapar un suspiro.

—Lo cual revela que es una tinta moderna.

—No necesariamente.

—En las tintas de los otros dos documentos no se ha detectado cromo —objetó Marek.

—Es cierto, pero sí se encuentra cromo en las tintas de otros manuscritos de la época. Es bastante común.

—¿Hay cromo en este valle?

—No —contestó Stern—, pero en toda Europa se importaba cromo para la elaboración de tintes textiles y tintas.

—Pero ¿y estos otros contaminantes? —Insistió Marek, señalando los picos del espectro. Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n—. Lo siento, pero no me lo creo.

—Estoy de acuerdo —dijo Stern—. Tiene que ser una broma.

—Pero no lo sabremos con total certeza sin la dataci6n por carbono —añadi6 Marek. El carbono-14 les permitiría determinar la antigüedad tanto de la tinta como del pergamino con un margen de error de cincuenta años. Eso bastaría para aclarar cualquier duda respecto a la falsedad del documento.

—También me gustaría hacer un análisis de termoluminiscencia y quizá, ya puestos, una activaci6n por láser —propuso Stern.

—Aquí no tienes el equipo necesario.

—No, lo llevaré a Les Eyzles.

En Les Eyzles, el pueblo del valle contiguo convertido en centro de estudios prehist6ricos del sur de Francia, había un laboratorio bien equipado que realizaba dataci6n por carbono-14 y potasio-arg6n, así como mediante activaci6n neutr6nica y otros métodos complejos. Los resultados *in situ* no eran tan precisos como los

obtenidos en los laboratorios de París o Toulouse, pero proporcionaban información útil a los científicos en cuestión de horas.

—¿Sería posible solicitarlas esta misma noche? —preguntó Marek.

—Lo intentaré.

Chris volvió a reunirse con el grupo; había ido a telefonar al profesor con un móvil.

—Nada —dijo—. Sale el buzón de voz.

—Muy bien. Por ahora no podemos hacer nada más —concluyó Marek—. Supongo que este mensaje es una broma extravagante. No se me ocurre quién puede habérsela gastado, pero alguien tiene que haber sido. Mañana someteremos el pergamino a la prueba del carbono y fecharemos el mensaje. Sin duda quedará demostrado que es reciente. Y con el debido respeto a Elsie, sigo pensando que probablemente se ha falsificado la letra.

Elsie empezó a farfullar una airada protesta.

—Pero en cualquier caso —prosiguió Marek, interrumpiéndola—, el profesor ha de ponerse en contacto con nosotros mañana, y se lo preguntaré. Entretanto, os sugiero que os acostéis y descanséis bien.

En la casa de labranza, Marek cerró con sigilo la puerta de la habitación antes de encender la luz. Luego miró alrededor.

Como cabía esperar, la habitación ofrecía un aspecto impecable, tan ordenado como la celda de un monje. En la mesilla de noche había cinco o seis trabajos de investigación, perfectamente apilados. En un escritorio situado a la derecha, vio varios trabajos más junto a un ordenador portátil cerrado. El escritorio tenía un cajón. Lo abrió y examinó el interior apresuradamente.

Pero no encontró lo que buscaba.

A continuación se acercó al armario. Dentro se hallaba la ropa del profesor, cuidadosamente colgada, con espacio entre cada percha. Marek palpó los bolsillos de una prenda tras otra, pero tampoco lo encontró. Quizá no estaba allí, pensó. Quizá el profesor se lo había llevado a Nuevo México.

Había una cómoda adosada a la pared opuesta a la puerta.

Abrió el cajón superior: monedas en un pequeño plato llano, un fajo de billetes — dólares estadounidenses— arrollado con una goma elástica, una estilográfica y un reloj de repuesto. Nada fuera de lo común.

De pronto, en un rincón, vio un estuche de plástico.

Sacó el estuche y lo abrió. Contenía unas gafas. Las dejó sobre la cómoda.

Tenían lentes bifocales, de forma ovalada.

Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y extrajo una bolsa de plástico. Oyó un crujido a sus espaldas. Al volverse, vio aparecer por la puerta a Kate Erickson.

—¿Estás registrándole la ropa interior? —preguntó Kate, enarcando las cejas—. He visto luz por debajo de la puerta y he decidido entrar a echar un vistazo.

—¿Sin llamar antes? —dijo Marek.

—¿Qué haces aquí? —Kate vio entonces la bolsa de plástico—. ¿Es eso lo que imagino?

—Sí.

Marek sacó la lente bifocal de la bolsa con unas pinzas y la colocó en la superficie de la cómoda, al lado de las gafas del profesor.

—No son idénticas —observó Kate—, pero diría que esa lente es suya.

—Yo también.

—Pero ¿no es eso lo que pensabas desde el principio? Al fin y al cabo, el profesor

es la única persona en este yacimiento que usa bifocales. La contaminación ha de proceder de sus gafas.

—Pero no hay contaminación alguna —rectificó Marek—. Esta lente es antigua.

—¿Cómo?

—Según David, la mancha blanca del borde es crecimiento bacteriano. No es una lente moderna, Kate; es antigua.

Kate miró la lente con atención.

—Es imposible —dijo—. Fíjate en cómo están cortados los cristales de las gafas del profesor y esta lente. No hay la menor diferencia. Tiene que ser moderna.

—Lo sé, pero David insiste en que es antigua.

—¿De qué época?

—No lo sabe con seguridad —contestó Marek.

—¿No puede datarla?

Marek negó con la cabeza.

—No hay materia orgánica suficiente.

—Si es así, has entrado en su habitación porque... —Kate se interrumpió. Miró primero las gafas y luego a Marek. Arrugó la frente—. André, creía haberte oído decir que, a tu juicio, ese mensaje era una falsificación.

—Eso he dicho, sí.

—Pero también has pedido a David que intentara hacer la prueba del carbono esta noche.

—Sí.

—Y después has venido aquí, con la lente, porque te preocupa... —prosiguió Kate. Sacudió la cabeza como si necesitara aclararse las ideas—. ¿Qué te preocupa? ¿Qué crees que está pasando?

—No tengo la menor idea —contestó Marek, mirándola—. Todo esto parece absurdo.

—Pero estás preocupado.

—Sí —admitió Marek—. Lo estoy.

El día siguiente amaneció soleado y caluroso, con una intensa luz bajo un cielo totalmente despejado. El profesor no se puso en contacto con ellos a la hora prevista. Marek le telefoneó dos veces, pero en ambos casos se activó el buzón de voz: «Deje un mensaje y le devolveré la llamada».

Tampoco tenían aún noticias de Stern. Cuando telefonearon al laboratorio de Les Eyzles, un técnico les dijo que Stern estaba ocupado y no podía atenderlos; visiblemente molesto, añadió:

—Está repitiendo las pruebas otra vez, y ya es la tercera.

Marek se preguntó cuál sería el motivo de tan insistente verificación. Pensó en ir a averiguarlo él mismo a Les Eyzles —era un corto viaje en coche—, pero decidió quedarse en el granero por si telefoneaba el profesor.

No telefoneó.

A media mañana Elsie exclamó:

—¡Eh!

—¿Qué?

Elsie examinaba un pergamino.

—Éste es el documento del legajo que precedía al del profesor —explicó.

Marek se acercó.

—¿Y qué has visto?

—Parece que hay puntos de tinta de la pluma del profesor. Fíjate, aquí, y aquí.

—Probablemente leyó ese documento justo antes de escribir su mensaje —comentó Marek, encogiéndose de hombros.

—Pero están en el margen —observó Elsie—, casi como si fueran una acotación.

—Una acotación ¿a qué? ¿De qué trata el documento?

—Es un texto de historia natural, una descripción de un río subterráneo escrita por un monje. Explica que debe andarse con cautela en ciertos sitios, determinando las posiciones mediante pasos y otras medidas.

—Un río subterráneo... —dijo Marek, sin especial interés en el hallazgo.

Los monjes se dedicaban al estudio de la región y a menudo escribían breves tratados sobre geografía local, carpintería, la época idónea para la poda de los árboles frutales, la conveniencia de almacenar grano en invierno, etcétera. Eran curiosidades, y con frecuencia contenían datos erróneos.

—«Marcellus tiene la llave» —leyó Elsie—. ¿Qué querrá decir eso? Es ahí donde aparecen las marcas del profesor. Y luego hace referencia a algo sobre... unos pies gigantes..., no... los pies del gigante... ¿Los pies del gigante? Y aquí pone «vivix», que en latín significa..., veamos... ésta es nueva...

Consultó un diccionario.

Marek, inquieto, salió del cubículo y se paseó de un lado a otro. Estaba nervioso, crispado.

—Es extraño —comentó Elsie—; no existe la palabra «VIVIX». O al menos no se recoge en este diccionario. —Tan metódica como siempre, tomó nota.

Marek suspiró.

Las horas pasaron lentamente.

El profesor seguía sin dar señales de vida.

A las tres, como cada tarde, los estudiantes empezaron a subir por la cuesta hacia la gran tienda de campaña para tomarse un descanso. Marek los observó desde la puerta del granero. En apariencia despreocupados, bromeaban, reían y se empujaban.

Sonó el teléfono. Marek se volvió de inmediato. Descolgó Elsie, y Marek la oyó decir:

—Sí, precisamente ahora está aquí conmigo.

Marek corrió adentro.

—¿Es el profesor? —preguntó.

Elsie negó con la cabeza.

—No. Es alguien de la ITC —dijo, y le entregó el auricular.

—Sí, soy André Marek.

—Ah, señor Marek, espere un momento, por favor. El señor Doniger tiene mucho interés en hablar con usted.

—¿Ah, sí?

—Sí. Hace horas que intentamos ponernos en contacto con usted. Si es tan amable, permanezca al aparato mientras trato de localizarlo.

Una larga espera. En la línea sonaba música clásica. Marek tapó el micrófono con la mano y dijo a Elsie:

—Es Doniger.

—¡Vaya, el pez gordo en persona! —exclamó ella—. Deben de tenerte bien considerado.

—¿Por qué me telefona Doniger?

Al cabo de cinco minutos, mientras seguía esperando, apareció Stern.

—No vas a creértelo —dijo, moviendo la cabeza en un gesto de negación.

—¿Qué? —preguntó Marek, con el auricular en la mano.

Stern se limitó a darle un papel donde se leía:

—¿Qué es esto?

—La antigüedad de la tinta —aclaró Stern.

—¿De qué hablas?

—La tinta del pergamino. Data de hace seiscientos treinta y ocho años, con un margen de error de cuarenta y siete años arriba o abajo.

—¿Qué? —dijo Marek.

—Es la estimación correcta. La tinta se remonta al año 1361 después de Cristo.

—¿Qué?

—Ya sé, ya sé —respondió Stern—. Pero hemos repetido tres veces las pruebas. No hay la menor duda. Si el profesor escribió eso realmente, lo escribió hace seiscientos años.

Marek dio la vuelta a la hoja. Al dorso, rezaba:

1361 d. C. ± 47 años

En la línea telefónica, la música se interrumpió con un chasquido y una voz tensa dijo:

—¿Señor Marek? Soy Bob Doniger.

—Sí —contestó Marek.

—Puede que no lo recuerde, pero nos conocimos hace un par de años cuando visité las excavaciones.

—Lo recuerdo con toda claridad.

—Le llamo por algo relacionado con el profesor Johnston —explicó Doniger—. Estamos muy preocupados por su seguridad.

—¿Ha desaparecido?

—No. Sabemos exactamente dónde está.

Marek percibió algo extraño en el tono de Doniger, y un escalofrío recorrió su espalda.

—¿Puedo hablar con él, pues?

—Por desgracia, en este momento no es posible —respondió Doniger.

—¿Está el profesor en peligro?

—Es difícil saberlo. Espero que no. Pero vamos a necesitar la ayuda de usted y su grupo. Ya he enviado el avión a recogerlos.

—Señor Doniger —dijo Marek—, hemos recibido un mensaje del profesor Johnston, escrito al parecer hace seiscientos años...

—Por teléfono no —lo interrumpió Doniger. Pero Marek notó que la noticia no le sorprendía—. Ahora en Francia son las tres, ¿no?

—Sí, pasan solo unos minutos.

—Muy bien. Elija a los tres miembros de su equipo que mejor conozcan la Dordoña. Luego trasládense al aeropuerto de Bergerac. No se molesten en preparar equipaje. Aquí les proporcionaremos cuanto necesiten. El avión tomará tierra a la seis

de la tarde, hora local, y los traerá a Nuevo México. ¿Queda claro?

—Sí, pero...

—Nos veremos cuando lleguen —dijo Doniger, y colgó.

David Stern miró a Marek.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó.

—Ve a buscar tu pasaporte —dijo Marek.

—¿Cómo?

—Ve a buscar tu pasaporte, y luego vuelve con el todoterreno.

—¿Vamos a algún sitio?

—Sí —contestó Marek.

Y cogió su radio.

En el adarve del castillo de La Roque, Kate Erickson contemplaba el patio interior cubierto de hierba, el centro de la fortaleza, seis metros más abajo. Turistas de una docena de nacionalidades distintas pululaban por el recinto, todos vestidos con colores chillones y pantalones cortos. Las cámaras disparaban en todas direcciones.

Debajo de ella, oyó decir a una niña:

—¡Otro castillo! ¿Por qué tenemos que visitar tantos castillos, mamá?

—Porque a papá le interesan —respondió la madre.

—Pero son todos iguales, mamá.

—Ya lo sé, cariño.

El padre estaba a corta distancia de ellas, entre unas paredes bajas que perfilaban una antigua estancia.

—Y esto era el gran salón —anunció a su familia.

Dirigiendo hacia allí la mirada, Kate vio de inmediato que se equivocaba. El hombre se hallaba entre los restos de la cocina, como era obvio por los tres hornos todavía visibles en la pared de la izquierda y por el canal de piedra —situado justo detrás de él—, que en su día suministraba el agua.

—¿Qué se hacía en el gran salón? —preguntó su hija.

—Aquí se celebraban los banquetes, y los caballeros rendían homenaje al rey.

Kate dejó escapar un suspiro. No existían pruebas de que hubiera vivido jamás un rey en La Roque. Al contrario, los documentos existentes indicaban que había sido siempre un castillo privado, construido en el siglo XI por un tal Armard de Cléry y notablemente reformado en el siglo XIV, añadiéndose en esta segunda fase las murallas exteriores y nuevos puentes levadizos. Esta ampliación la llevó a cabo el caballero François le Gros, o Francisco el Gordo, alrededor de 1302.

Pese a su nombre, François era un caballero inglés, y reconstruyó La Roque conforme al nuevo modelo inglés de fortificación, establecido por Eduardo I. Los castillos eduardianos eran grandes, con espaciosos patios y agradables aposentos para el señor. Esto se adecuaba al gusto de François, quien, según las crónicas, era un

hombre de temperamento artístico, tendencia a la pereza y propensión a meterse en apuros económicos. François se vio obligado a hipotecar su castillo y finalmente a venderlo. Durante la guerra de los Cien Años, La Roque estuvo bajo el control de sucesivos caballeros. Pero las defensas resistieron: nunca capturado en combate, el castillo siempre cambió de manos por transacciones comerciales. En cuanto al gran salón, Kate lo reconoció de inmediato a su izquierda. Pese a su ruinoso estado, los contornos de la enorme estancia —casi treinta metros de largo— permanecían claramente indicados. La monumental chimenea —algo menos de tres metros de altura y más de tres y medio de anchura— era aún visible. Kate sabía que cualquier gran salón de aquellas dimensiones debía tener las paredes de piedra y el techo de madera. Y efectivamente, observando la pared, vio en lo alto los huecos de ensamblaje de las grandes vigas maestras. Por encima hubo sin duda un entramado de riostras para sostener el tejado.

Junto a Kate pasó un grupo de turistas ingleses, apretujándose en el estrecho adarve.

—Estas murallas —explicaba el guía— fueron construidas por Francisco el Torvo en 1363. Francisco era un elemento de cuidado. Disfrutaba torturando en sus amplias mazmorras a hombres y mujeres, e incluso niños. Si miran a la izquierda, verán el Salto de la Amante, el lugar donde, en 1292, se produjo la mortal caída de madame de Renaud, deshonrada por quedar encinta del mozo de cuadra de su esposo. No obstante, está en duda si se cayó o la empujó su ofendido esposo...

Kate suspiró. ¿De dónde sacaban aquellas estupideces? Se concentró en su cuaderno de bocetos, donde dibujaba el trazado de las paredes. También en aquel castillo había pasadizos secretos. Pero Francisco el Gordo era un ducho arquitecto. Sus pasadizos tenían una finalidad primordialmente defensiva. Uno de ellos iba desde el adarve hasta la pared del fondo del gran salón, pasando por detrás de la chimenea. Otro discurría bajo las almenas de la muralla meridional.

Pero Kate seguía sin localizar el pasadizo más importante. Según Froissart, un cronista del siglo XIV, el castillo de La Roque nunca sucumbió a un asedio porque los atacantes no podían descubrir el pasadizo secreto que permitía abastecer de comida y agua a los habitantes. Se rumoreaba que dicho pasadizo estaba comunicado con la red de túneles y cuevas que existía en el peñasco de piedra caliza donde se asentaba el castillo; se decía asimismo que su longitud era considerable y terminaba en una abertura oculta del despeñadero.

En alguna parte.

Actualmente la manera más fácil de encontrarlo sería buscar la entrada del pasadizo en el interior del castillo y seguirlo hasta el extremo opuesto. Pero para ello Kate necesitaría ayuda técnica. Probablemente convenía usar un radar terrestre. Pero eso solo podía hacerse con el castillo vacío. Se cerraba al público los lunes; quizá fuera posible intentarlo el lunes siguiente si...

Oyó un ruido de interferencia estática en su radio.

—¿Kate?

Era Marek.

Se acercó la radio al oído y pulsó el botón.

—Sí, aquí Kate.

—Vuelve a la granja ahora mismo. Es una emergencia —ordenó Marek, y cortó.

Sumergido en el agua a tres metros de profundidad, Chris Hughes oía el gorgoteo del regulador mientras ajustaba la soga que impedía que lo arrastrara la corriente del Dordogne. Ese día el agua estaba relativamente clara en el fondo, a unos cuatro metros de la superficie, y Chris veía en toda su amplitud el enorme pilar más cercano a la orilla. En la base del pilar, nacía una hilera de grandes bloques de piedra que cruzaba perpendicularmente el lecho del río. Esos bloques eran los restos del arco del antiguo puente.

Chris siguió la hilera, examinando lentamente los bloques. Buscaba surcos o muescas que le permitieran determinar la disposición de los puntales del armazón. De vez en cuando intentaba mover un bloque, pero bajo el agua, sin un punto de apoyo, resultaba muy difícil.

Sobre él, flotaba una boya de plástico con un banderín de listas rojas y blancas, indicando la presencia de un buceador. Su misión era protegerlo de los kayaks de los veraneantes. Al menos, en teoría.

Chris notó un brusco tirón desde arriba. Al asomar a la superficie, dio de cabeza contra el casco amarillo de un kayak. El tripulante había cogido la boya y vociferaba en algo que sonaba a alemán.

Chris se quitó la boquilla y dijo:

—Oiga, suelte eso, ¿quiere?

El tripulante del kayak le contestó en un rápido alemán, señalando hacia la orilla con manifiesta irritación.

—Mire, no sé quién es...

El hombre continuó vociferando y apuntando el dedo con insistencia en dirección a la orilla.

Chris volvió la cabeza.

En la margen del río se hallaba uno de los universitarios, con una radio en la mano. Le hablaba a gritos. Chris tardó unos instantes en comprenderlo.

—Marek quiere que vuelvas a la granja. Inmediatamente.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Chris—. ¿No podría ser dentro de media hora, cuando acabe...?

—Ahora mismo, dice Marek.

Negros nubarrones flotaban sobre las lejanas mesetas, y parecía que amenazaba lluvia. En su despacho, Doniger colgó el auricular del teléfono y anunció:

—Han accedido a venir.

—Magnífico —respondió Diane Kramer. Se hallaba de pie ante él, de espaldas a la ventana—. Necesitamos su ayuda.

—Por desgracia, sí —convino Doniger, abandonando la butaca de su escritorio y empezando a pasearse de un lado a otro. Cuando se concentraba en algo, era incapaz de quedarse quieto.

—Para empezar, no entiendo cómo perdimos al profesor —dijo Kramer—. Debí de entrar en el mundo. Le insististe en que no lo hiciera. Más aún, le aconsejaste de buen principio que no fuera. Y a pesar de todo debió de entrar en el mundo.

—No sabemos qué pasó —contestó Doniger—. No tenemos la menor idea.

—Salvo que escribió un mensaje.

—Sí, según esa Kastner. ¿Cuándo hablaste con ella?

—Anoche —respondió Kramer—. Me avisó en cuanto se enteró. Hasta el momento Kastner ha sido un contacto muy fiable para nosotros, y sostiene...

—Eso da igual —atajó Doniger con un gesto airado—. No es el núcleo. —Ésa era la expresión que empleaba siempre cuando algo le parecía intrascendente.

—¿Cuál es el núcleo? —preguntó Kramer.

—Traer de regreso a ese hombre. Es vital que vuelva. Eso es el núcleo.

—Sin duda. Vital.

—Personalmente, opino que ese viejo de mierda es un gilipollas —dijo Doniger—. Pero si no conseguimos traerlo, la publicidad adversa será una pesadilla.

—Sí, una pesadilla.

—Pero puedo hacer frente a eso —afirmó Doniger.

—Puedes hacerle frente, no lo dudo.

Con el tiempo, Kramer había contraído el hábito de repetir todo lo que Doniger decía cuando éste iniciaba sus paseos arriba y abajo. Desde fuera, esa actitud podía interpretarse como servilismo, pero Doniger la encontraba útil. A menudo, cuando Kramer repetía sus palabras, él discrepaba. Ella era consciente de que en esos momentos se convertía en una simple espectadora. Podía parecer una conversación entre dos personas, pero no lo era. En realidad, Doniger hablaba consigo mismo.

—El problema —prosiguió Doniger— es que aumenta el número de personas externas que conocen nuestra tecnología, y sin embargo no obtenemos una compensación acorde. Por lo que sabemos, esos estudiantes tampoco conseguirán traerlo.

—Tienen más probabilidades.

—Eso es una suposición. —Doniger siguió paseándose—. Poco sólida.

—Estoy de acuerdo, Bob. Poco sólida.

—¿Y el equipo de búsqueda que enviaste? ¿Quiénes lo formaban?

—Gómez y Baretto —contestó Kramer—. No vieron al profesor por ninguna parte.

—¿Cuánto tiempo estuvieron allí?

—Alrededor de una hora, creo.

—¿No entraron en el mundo?

Kramer negó con la cabeza.

—¿Para qué correr riesgos? No hubiera servido de nada. Son exmarines, Bob. No sabrían dónde buscar aunque lo tuvieran delante de sus mismas caras. Ni siquiera sabrían contra qué prevenirse. Aquello es un mundo totalmente distinto.

—Esos estudiantes de postgrado, en cambio, quizá sepan dónde buscar.

—Ésa es la idea —confirmó Kramer.

Un trueno resonó a lo lejos. Gruesas gotas empezaron a salpicar los cristales. Doniger contempló la lluvia.

—¿Y si perdemos también a esos estudiantes? —preguntó.

—La publicidad adversa será una pesadilla.

—Quizá sí —dijo Doniger—. Pero debemos prepararnos para esa posibilidad.

El Gulfstream V rodaba por la pista hacia ellos en medio del zumbido de los motores de reacción. En la cola llevaba las siglas ITC en letras plateadas. En cuanto se detuvo, bajó la escalerilla, y una auxiliar de vuelo extendió al pie de ésta una alfombra roja.

Los estudiantes de postgrado observaban con asombro.

—Increíble —comentó Chris Hughes—. Realmente han puesto una alfombra roja.

—Vamos —dijo Marek. Cargándose a los hombros la mochila, se encaminó hacia el avión.

Pretextando ignorancia, Marek se había negado a contestar a las preguntas del grupo. Les informó del resultado de la datación por carbono, añadiendo que no encontraba explicación. Les dijo que la ITC quería que acudieran a ayudar al profesor, y que era urgente. No dio más detalles, y notó que Stern también guardaba silencio.

Dentro del avión todo era de colores gris y plata. La auxiliar de vuelo les preguntó qué deseaban tomar. Aquel lujo contrastaba con el aspecto austero del hombre de cabello corto y canoso que se acercó a recibirlos. Aunque vestía traje, Marek percibió en él un porte militar mientras les estrechaba la mano.

—Me llamo Gordon —se presentó—. Soy vicepresidente de la ITC. Bienvenidos a bordo. El vuelo a Nuevo México dura nueve horas, cuarenta minutos. Mejor será que se abrochen los cinturones.

Mientras ocupaban sus asientos, notaron que el avión empezaba ya a moverse por la pista. Instantes después se oyó el rugido de los motores, y Marek, mirando por la ventanilla, vio alejarse la campiña francesa bajo ellos.

Podría ser peor, pensó Gordon, contemplando al grupo desde un asiento de cola. Era evidente que pertenecían al mundo académico. Se les veía un poco aturdidos. Y entre ellos no existía coordinación, espíritu de equipo.

Por otra parte, sin embargo, todos parecían en aceptable forma física, especialmente el extranjero, Marek. Tenía una complexión robusta. Y la mujer tampoco se quedaba atrás. Buen tono muscular en los brazos, manos encallecidas. Actitud competente. Probablemente resistiría bien bajo presión, pensó Gordon.

Pero el muchacho de aspecto agraciado no sería de gran utilidad. Gordon lanzó un suspiro mientras Chris Hughes, viendo su propio reflejo en el cristal de la ventanilla, se apartaba el pelo de la frente con la mano.

Respecto al cuarto, el chico de apariencia anodina, Gordon no sabía qué pensar. Saltaba a la vista que había pasado mucho tiempo al aire libre; tenía la ropa descolorida y las gafas rayadas. Pero Gordon reconoció en él a un típico técnico, esa clase de gente que lo sabía todo sobre equipo y circuitos, y nada acerca del mundo. Era difícil imaginar cómo reaccionaría si las cosas se complicaban.

El de mayor estatura, Marek, preguntó:

—¿Va a explicarnos qué está pasando?

—Creo que ya lo sabe, señor Marek —respondió Gordon—. ¿No es verdad?

—Tengo un pergamino de hace seiscientos años escrito de puño y letra del profesor. Con tinta de seiscientos años de antigüedad.

—Sí, así es.

Marek movió la cabeza en un gesto de negación.

—Pero me cuesta creerlo —añadió.

—En estos momentos es sencillamente una realidad tecnológica —dijo Gordon—. Es real. Puede hacerse. —Abandonó su asiento y fue a ocupar otro junto al grupo.

—¿Se refiere a viajar en el tiempo?

—No —contestó Gordon—. No me refiero a eso ni mucho menos. Viajar en el tiempo es imposible. Eso lo sabe todo el mundo.

—El concepto mismo de viaje en el tiempo carece de sentido, ya que el tiempo no fluye. El hecho de que pensemos que el tiempo pasa no es más que un accidente de nuestro sistema nervioso, del modo en que percibimos las cosas. En realidad, el tiempo no pasa; pasamos nosotros. El tiempo en sí es invariable. Simplemente está. Por lo tanto, el pasado y el futuro no son lugares distintos, tal como lo son, por ejemplo, Nueva York y París. Y puesto que el pasado no es un lugar, no es posible viajar allí.

Los demás permanecieron callados, sus miradas fijas en él.

—Es importante dejar bien claro este punto —prosiguió Gordon—. La tecnología de la ITC no tiene nada que ver con viajar en el tiempo, o al menos no de manera directa. Lo que hemos desarrollado es una forma de viajar en el espacio. Para ser exactos, utilizamos la tecnología cuántica para producir un cambio de coordenadas en el multiverso ortogonal.

Lo miraron con cara de incompreensión.

—Eso significa —explicó Gordon— que viajamos a otro lugar en el multiverso.

—¿Y qué es el multiverso? —preguntó Kate.

—El multiverso es el mundo tal como lo define la mecánica cuántica. Significa...

—¿Mecánica cuántica? —repitió Chris—. ¿Qué es la mecánica cuántica?

Gordon guardó silencio por un instante.

—No es fácil responder a eso —dijo por fin—. Pero como son ustedes historiadores, intentaré explicarlo desde un punto de vista histórico.

—Hace cien años —continuó Gordon— los físicos llegaron a la conclusión de que la energía, del mismo modo que la luz, el magnetismo o la electricidad, adoptaba la forma de ondas en continuo movimiento. Todavía hoy hablamos de «ondas de radio» y «ondas lumínicas». De hecho, el descubrimiento de que todas las formas de energía tenían en común ese carácter ondulatorio fue uno de los grandes avances de la física del siglo XIX.

»Pero existía un pequeño problema. Resultaba que si se dirigía un haz de luz hacia una lámina metálica, se obtenía una corriente eléctrica. El físico Max Planck estudió la relación entre la cantidad de luz proyectada sobre la lámina y la cantidad de electricidad generada, y estableció que la energía no era una onda continua. Por lo visto, la energía estaba compuesta de unidades discretas, que Planck llamó “cuantos”. El descubrimiento de que la energía se dividía en cuantos fue el origen de la física cuántica.

»Unos años después —prosiguió Gordon—, Einstein demostró que podía explicarse el efecto fotoeléctrico partiendo de la hipótesis de que la luz se componía de partículas, a las que llamó “fotones”. Estos fotones de luz incidían en la lámina metálica y desprendían electrones, produciendo electricidad. Matemáticamente, las ecuaciones daban un resultado válido. Confirmaban el supuesto de que la luz se componía de partículas. ¿Queda todo claro hasta aquí?

—Sí...

—Y pronto los físicos empezaron a comprender que no solo la luz, sino toda energía, estaba formada por partículas. De hecho, toda la materia del universo se constituía de partículas. Los átomos se componían de partículas pesadas en el núcleo y de electrones ligeros que se movían a gran velocidad alrededor de éste. Así pues, según la nueva concepción, todo son partículas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo...

—Las partículas son unidades discretas o cuantos. Y la teoría que describe el comportamiento de estas partículas es la teoría cuántica, un hallazgo crucial de la física del siglo XX.

Todos asintieron con la cabeza.

—Los físicos siguieron estudiando estas partículas, y no tardaron en advertir que son entidades muy extrañas. No es posible saber con certeza dónde están; no es posible medirlas con exactitud, y no es posible predecir qué harán. Unas veces se comportan como partículas, otras como ondas. A veces dos partículas interactúan pese a hallarse a un millón de kilómetros de distancia una de otra y no existir relación alguna entre ellas. Y así sucesivamente. La teoría empieza a parecer en extremo misteriosa.

»Ahora bien, con la teoría cuántica se dan dos circunstancias. En primer lugar, se ve confirmada una y otra vez. Es la teoría más comprobada de la historia de la

ciencia. Los escáneres de supermercado, el láser y los chips de ordenador se basan sin excepción en la mecánica cuántica. Por lo tanto, no existe la menor duda de que la teoría cuántica es la descripción matemática correcta del universo.

»Pero he ahí el problema: se trata *solo* de una descripción matemática. Se reduce a un conjunto de ecuaciones. Y los físicos no podían visualizar el mundo que se insinuaba en esas ecuaciones: era demasiado irregular, demasiado contradictorio. A Einstein, por citar un caso, eso no le gustaba. Lo interpretaba como un error de la teoría. Sin embargo, la teoría continuaba constatándose, y las cosas fueron de mal en peor. Al final, incluso científicos galardonados con el Premio Nobel por sus aportaciones a la teoría cuántica tuvieron que admitir que no la entendían.

»Esto, pues, creó una situación fuera de lo común. Durante la mayor parte del siglo xx hemos dispuesto de una teoría del universo que todos usamos, y todos coincidimos en que es correcta; pero nadie es capaz de explicar qué nos dice esa teoría acerca del mundo.

—¿Qué relación guarda todo eso con los universos múltiples? —preguntó Marek.

—A eso voy —respondió Gordon.

—Muchos físicos han intentado explicar las ecuaciones —dijo Gordon—. Todas esas explicaciones fracasaban por una u otra razón. Y de pronto, en 1957, un físico llamado Hugh Everett propuso una explicación nueva y audaz. Everett sostenía que nuestro universo, el universo que vemos, el universo compuesto de rocas y árboles y seres humanos, y galaxias en el espacio exterior, era solo uno entre un número infinito de universos coexistentes.

»Cada uno de esos universos se dividía continuamente, de modo que había un universo en el que Hitler perdía la guerra y otro en el que la ganaba; un universo en el que Kennedy moría y otro en el que seguía con vida. Y también un mundo donde uno se lavaba los dientes por la mañana y otro en el que no lo hacía. Y así indefinidamente. Una cantidad infinita de mundos.

»Everett definió esto como la interpretación de los “muchos mundos” de la mecánica cuántica. Su hipótesis concordaba con las ecuaciones cuánticas, pero a los físicos les resultó difícil de aceptar. No les entusiasmaba la idea de un sinfín de mundos dividiéndose sin cesar. Les parecía inconcebible que la realidad adoptara esa forma.

»La mayoría de los físicos se niega aún a aceptarla —añadió Gordon—, pese a que nadie ha conseguido refutarla.

»Everett, a su vez, mostraba poca paciencia con las objeciones de sus colegas. Sostenía que la teoría era válida les gustara o no. Si alguien no daba crédito a la teoría, se debía, según él, a su rigidez y sus ideas anticuadas, actitud idéntica a la de los científicos que en su día no daban crédito a la teoría copernicana que situaba al Sol en el centro del sistema solar... y que también entonces se consideró inverosímil.

Porque Everett afirmaba que el concepto de “muchos mundos” era *sin duda cierto*. Existían realmente universos múltiples. Y discurrían paralelos al nuestro. Con el paso del tiempo, esos universos múltiples recibieron el nombre de “multiverso”.

—Un momento —intervino Chris—. ¿Quiere decir que eso es verdad?

—Sí —contestó Gordon—. Es verdad.

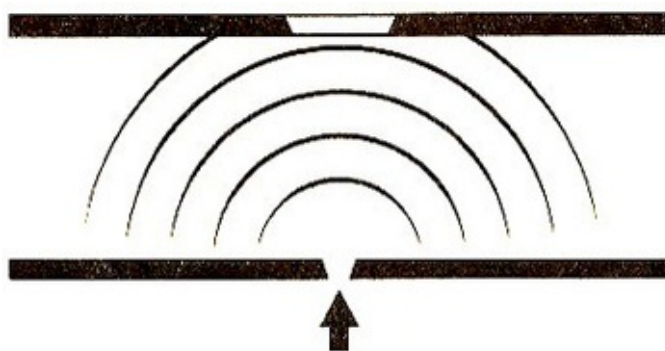
—¿Cómo lo sabe? —preguntó Marek.

—Se lo demostraré —dijo Gordon, y cogió una carpeta marrón con un rótulo donde se leía TECNOLOGÍA ITC/CTC.

Sacó una hoja en blanco y empezó a dibujar.

—Es un experimento muy sencillo. Lleva realizándose desde hace doscientos años. Colocamos dos paredes, una frente a otra. La primera pared tiene una única hendidura vertical.

Les mostró el dibujo.



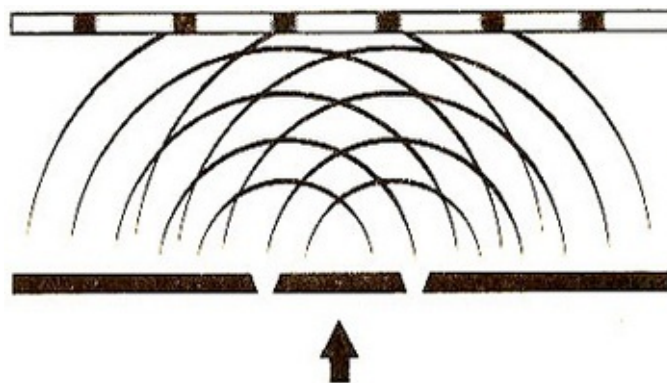
—Ahora proyectamos un haz de luz sobre la hendidura. En la pared de detrás verán...

—Una línea blanca —apuntó Marek—, resultante de la luz que pasa por la hendidura.

—Correcto. Tendría poco más o menos este aspecto —contestó Gordon, y extrajo una fotografía pegada a una cartulina.



Siguió dibujando.



—Ahora tenemos una pared con *dos* hendiduras verticales en lugar de una. Proyectamos un haz de luz sobre ellas, y en la pared de detrás verán...

—Dos líneas verticales —dijo Marek.

—No. Verán una serie de franjas alternas de luz y sombra. Les mostró el efecto:



—Y si se proyecta el haz de luz sobre *cuatro* hendiduras —continuó Gordon—, aparecen la mitad de franjas que antes. Porque una de cada dos franjas se oscurece.



Marek frunció el entrecejo.

—¿Más hendiduras producen menos franjas? ¿Por qué?

—La explicación habitual es lo que he dibujado: la luz, al pasar por las hendiduras, actúa como dos ondas que se superponen. En algunas zonas se suman la una a la otra, y en otras zonas se anulan mutuamente. Y eso crea una imagen de franjas alternas de luz y sombra en la pared. En este caso, decimos que las ondas se interfieren entre sí, y al resultado lo llamamos «figura de interferencia».

—¿Y qué? —preguntó Chris Hughes—. ¿Qué problema hay con todo eso?

—El problema —respondió Gordon— es que acabo de ofrecerles una explicación del siglo XIX. Era totalmente admisible cuando todo el mundo creía que la luz era una onda. Pero desde Einstein sabemos que la luz se compone de unas partículas llamadas fotones. ¿Cómo se explica que unos cuantos fotones generen una figura como ésta?

Se produjo un silencio. Todos movieron la cabeza en un gesto de incompreensión. David Stern habló por primera vez.

—Las partículas no son tan simples como usted las ha descrito. En determinadas

situaciones, las partículas poseen propiedades ondulatorias. Las partículas pueden crear interferencias entre sí. En este caso, los fotones del haz de luz se interfieren unos a otros y producen la misma figura.

—Ésa parece la respuesta lógica —dijo Gordon—. Al fin y al cabo, un haz de luz consta de millones y millones de pequeños fotones. No es difícil imaginar que interactúen entre sí de algún modo y creen la figura de interferencia.

Todos asentían. En efecto no era difícil imaginarlo.

—Pero ¿es así realmente? —preguntó Gordon—. ¿Es eso lo que ocurre? Una manera de averiguarlo consiste en eliminar cualquier clase de interacción entre los fotones. Veamos cómo se comportan los fotones uno a uno. Eso se ha llevado a cabo experimentalmente. Se proyecta un haz de luz tan débil que emite solo un fotón cada vez. Y detrás de las hendiduras se colocan detectores muy sensibles, tan sensibles que son capaces de captar la incidencia de un único fotón. ¿Entendido?

Todos asintieron, esta vez de manera menos enérgica.

—Ahora no puede haber interferencia alguna de otros fotones, porque trabajamos con un solo fotón. Los fotones, pues, pasan uno a uno. Los detectores registran el punto al que llega cada fotón. Y transcurridas unas horas obtenemos el resultado, algo así.



»Lo que vemos —continuó Gordon— es que los fotones independientes inciden solo en ciertas zonas, y nunca en otras. Se comportan exactamente igual que en un haz de luz corriente. Pero ahora son emitidos uno a uno. Ningún otro fotón interfiere su trayectoria. No obstante, *algo* interfiere, ya que producen la habitual figura de interferencia. ¿Qué interfiere, pues, el movimiento de un único fotón?

Silencio.

—¿Señor Stern?

Stern negó con la cabeza.

—Si se calculan las probabilidades...

—No nos refugiamos en las matemáticas. Quedémonos en la realidad. Al fin y al cabo, este experimento se ha realizado ya, con fotones reales incidiendo en detectores reales. Y algo interfiere su trayectoria. Y yo pregunto: ¿Qué es ese algo?

—Tienen que ser otros fotones —aventuró Stern.

—Sí —confirmó Gordon—, pero ¿dónde están? Disponemos de detectores, y no detectamos ningún otro fotón. ¿Dónde están, pues, los fotones que causan la interferencia?

Stern suspiró.

—De acuerdo —dijo, levantando las manos.

—¿Cómo que «de acuerdo»? —preguntó Chris—. ¿Con qué estás de acuerdo? Gordon dirigió un gesto de asentimiento a Stern.

—Explíqueselo.

—Lo que quiere darnos a entender es que la interferencia en ese fotón aislado demuestra que la realidad no se reduce a lo que vemos en nuestro universo. Esa interferencia se produce, pero no encontramos la causa en nuestro universo. Por lo tanto, los fotones que la generan deben de estar en otros universos. Y eso, a su vez, demuestra la existencia de los otros universos.

—Correcto —confirmó Gordon—. Y en ocasiones interactúan con nuestro universo.

—Perdone —dijo Marek—. ¿Podría repetir eso? ¿Por qué otros universos interfieren con nuestro universo?

—En eso consiste el multiverso —respondió Gordon—. Recuerde que, en el multiverso, los universos se dividen continuamente, lo cual implica que muchos otros universos son muy similares al nuestro. Y son los universos similares los que interactúan. Cada vez que emitimos un haz de luz en nuestro universo, simultáneamente se emiten haces de luz en muchos universos similares, y los fotones de esos otros universos interfieren con los fotones de nuestro universo y producen la figura que vemos.

—¿Y está diciéndonos que eso es cierto?

—Absolutamente cierto. El experimento se ha realizado en muchas ocasiones.

Marek frunció el entrecejo. Kate fijó la mirada en la mesa. Chris se rascó la cabeza. Finalmente David Stern dijo:

—¿No todos los universos son similares al nuestro?

—No.

—¿Son todos *simultáneos* al nuestro?

—No todos, no.

—¿Algunos universos, por tanto, existen desde un tiempo anterior?

—Sí. En realidad, dado que hay un número infinito, los universos existen en todo tiempo anterior.

Stern reflexionó por un momento.

—Y está diciéndonos que la ITC tiene la tecnología que permite viajar a esos otros universos.

—Sí —contestó Gordon—. Eso es lo que digo.

—¿Cómo?

—Establecemos conexiones a través de agujeros de gusano en la espuma cuántica.

—¿Se refiere a la espuma descrita por Wheeler? ¿Fluctuaciones subatómicas de

espacio-tiempo?

—Sí.

—Pero eso es imposible.

Gordon sonrió.

—Lo verán con sus propios ojos, y muy pronto.

—¿Lo veremos? ¿Nosotros? ¿Qué quiere decir? —preguntó Marek.

—Creía que ya lo habían entendido —repuso Gordon—. El profesor Johnston está en el siglo XIV. Quiero que vayan ustedes allí y lo traigan.

Nadie habló. La auxiliar de vuelo pulsó un botón y las persianas de todas las ventanillas se cerraron simultáneamente, impidiendo el paso del sol. Recorriendo la cabina, colocó sábanas y mantas en los sofás, convirtiéndolos en camas. Al lado de cada uno de ellos dejó unos grandes auriculares almohadillados.

—¿Que vayamos allí? —dijo Chris Hughes—. ¿Cómo?

—Será mejor que lo vean ustedes mismos al llegar —contestó Gordon, repartiendo entre ellos unas pequeñas bolsas de celofán con píldoras en el interior—. Ahora quiero que se tomen estas pastillas.

—¿Qué son? —inquirió Chris.

—Tres clases distintas de sedantes —explicó Gordon—. Luego quiero que se tiendan en las camas y escuchen por los auriculares. Pueden dormir si lo desean. Llegaremos en menos de diez horas, así que en cualquier caso no asimilarán demasiado. Pero como mínimo les servirá para empezar a familiarizarse con el idioma y la pronunciación.

—¿Qué idioma? —preguntó Chris, tomándose las píldoras.

—Inglés medio y francés antiguo.

—Yo ya los conozco —afirmó Marek.

—Dudo que conozca la pronunciación correcta. Póngase los auriculares.

—Pero nadie conoce la pronunciación correcta —objetó Marek, comprendiendo que se equivocaba aún antes de concluir la frase.

—Como comprobará, *nosotros* sí la conocemos.

Chris se echó en una cama, se tapó con la manta y se encasquetó los auriculares. Al menos amortiguaban el ruido del avión.

Estas pastillas deben de ser potentes, pensó, sintiéndose de pronto muy relajado. No podía mantener los ojos abiertos. Escuchó atentamente el inicio de una grabación. Una voz decía: «Respire hondo. Imagine que se encuentra en un hermoso y cálido jardín. Alrededor, todo es conocido y reconfortante. Enfrente ve la puerta de un sótano. Abre la puerta. Conoce bien ese sótano, porque es su sótano. Empieza a descender por la escalera del sótano cálido y reconfortante. A cada paso, oye voces. Le resulta agradable escucharlas, le resulta fácil escucharlas».

A partir de ahí se alternaban dos voces, una masculina y otra femenina.

«Deme mi sombrero. *Dadme el mi capiello.*

»Aquí tiene su sombrero. *Aved aca el vuestro capiello.*

»Muchas gracias. *Grandes merçedes.*

»De nada. *Non lo meresçen*».

Las frases se alargaron. A Chris pronto le costó seguir las.

«Tengo mucho frío. Me gustaría tener un abrigo. *De frido só muy coyado. Ploquieseme aver un manto comígo*».

Casi sin darse cuenta, Chris se adormeció, aún con la sensación de que descendía más y más por una escalera, adentrándose en un espacio profundo, resonante, agradable. Aunque estaba tranquilo, las dos últimas frases que escuchó antes de invadirlo el sueño le dejaron un regusto inquietante:

«Prepárese para luchar. *Paraos a lidiar.*

»¿Dónde está mi lanza? *¿Do esta la mi lança?*».

Pero, dejando escapar un suspiro, se durmió.

BLACK ROCK

Arriégalo todo o no ganarás nada.

GEOFFREY DE CHARNY, 1358

Cuando descendieron del avión a la pista mojada, la noche era fría y el cielo estaba estrellado. Al este, Marek distinguió los contornos de varias mesetas bajo una capa de nubes bajas. Un Land Cruiser los aguardaba junto a la pista.

Al cabo de unos minutos avanzaban por una carretera a través de espesos bosques.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Marek.

—A una hora de viaje al norte de Albuquerque —respondió Gordon—. El pueblo más cercano es Black Rock, y ahí se encuentra nuestro centro de investigación.

—Esto parece el último rincón del mundo —comentó Marek.

—Solo de noche. En realidad, hay en Black Rock quince empresas dedicadas a la alta tecnología. Y Sandia está a un paso por esta misma carretera. A Los Álamos se llega en menos de una hora, y un poco más allá se encuentra White Sands.

Unos kilómetros más adelante vieron un enorme indicador verde y blanco donde se leía: LABORATORIO DE ITC, BLACK ROCK. El Land Cruiser se desvió a la derecha y empezó a ascender por una tortuosa carretera entre boscosos montes.

En el asiento trasero, Stern dijo:

—Nos ha dicho que pueden comunicarse con otros universos.

—Sí.

—A través de la espuma cuántica.

—En efecto.

—Pero eso no tiene sentido —declaró Stern.

—¿Por qué? —preguntó Kate, ahogando un bostezo—. ¿Qué es la espuma cuántica?

—Es un vestigio del nacimiento del universo —contestó Stern. Explicó que el universo fue en su origen un diminuto y denso punto de materia. Luego, hacía dieciocho mil millones de años, ese punto comenzó de pronto a expandirse como consecuencia de una explosión, conocida como el *big bang*—. Después de la explosión, el universo se expandió en forma de esfera. Solo que no era una esfera perfecta. En el interior de la esfera, el universo no era absolutamente homogéneo, y por eso ahora las galaxias se agrupan de manera irregular en vez de estar distribuidas

regularmente. La cuestión es, en todo caso, que esa esfera en expansión tenía minúsculas imperfecciones. Y esas imperfecciones nunca llegaron a eliminarse; aún forman parte del universo.

—¿Aún? ¿Dónde están?

—En dimensiones subatómicas. El término espuma cuántica es solo un modo de describir que, en dimensiones muy pequeñas, el espacio-tiempo forma ondulaciones y burbujas. Pero la espuma es menor que una partícula atómica. En esa espuma puede haber o no agujeros de gusano.

—Los hay —afirmó Gordon.

—Pero ¿podrían usarse para viajar? Es imposible hacer pasar a una persona por un agujero de ese tamaño. No cabría ni una persona ni *nada*.

—Correcto —admitió Gordon—. Pero tampoco es posible hacer pasar una hoja de papel por un hilo telefónico, y sin embargo podemos enviar un fax.

Stern arrugó la frente.

—Eso es muy distinto.

—¿Por qué? —repuso Gordon—. Podemos transmitir cualquier cosa siempre que dispongamos de un medio para comprimirla y codificarla, ¿no es así?

—En teoría, sí —convino Stern—. Pero hablamos de comprimir y codificar la información de todo un cuerpo humano.

—Exacto.

—Eso no puede hacerse.

Gordon sonreía, encontrando divertido el escepticismo del muchacho.

—¿Por qué no?

—Porque la descripción completa de un ser humano, con sus miles de millones de células, la que existe entre ellas, las sustancias químicas y las moléculas que contienen, su estado bioquímico, consta de una cantidad de información que ningún ordenador puede procesar.

—Es solo información —adujo Gordon con un gesto de indiferencia.

—Sí, demasiada información.

—La comprimimos mediante un algoritmo fractal sin pérdidas.

—Aun así, es un volumen enorme de...

—Perdone —saltó Chris—, ¿está diciendo que comprimen a una persona?

—No —corrigió Gordon—. Comprimimos la información equivalente a una persona.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Chris.

—Con algoritmos de compresión, métodos de almacenamiento de datos en un ordenador de manera que ocupen menos espacio. Como los formatos JPEG y MPEG para material gráfico. ¿Los conoce?

—Tengo software que los usa, pero eso es todo.

—Verá —dijo Gordon—, todos los programas de compresión funcionan del mismo modo. Buscan similitudes en los datos. Imagine una fotografía de una rosa,

compuesta de un millón de pixels. Cada pixel tiene asignada una posición y un color. Eso equivale a tres millones de unidades de información, es decir, una gran cantidad de datos. Pero la mayoría de esos pixels serán rojos, rodeados de otros pixels rojos. Así pues, el programa examina la fotografía línea a línea y establece si los pixels adyacentes son del mismo color. Si lo son, envía una instrucción al ordenador para que atribuya el color rojo a determinado pixel, y también a los cincuenta pixels siguientes de la línea. Luego cambia al gris, e indica que los diez pixels posteriores deben ser grises. Y así sucesivamente. No almacena información sobre cada punto; almacena instrucciones sobre cómo reconstruir la imagen. De ese modo, los datos se reducen a una décima parte.

—Aun así —insistió Stern—, no hablamos de una imagen bidimensional; hablamos de un ser vivo tridimensional, y su descripción requiere tal magnitud de datos...

—Que se necesitará un ingente procesamiento paralelo —concluyó Gordon, asintiendo con la cabeza—. Sí, es cierto.

Chris frunció el entrecejo.

—¿Qué es «procesamiento paralelo»?

—Consiste simplemente en conectar entre sí varios ordenadores y dividir la tarea entre ellos para realizarla con mayor rapidez. Un gran ordenador de procesamiento paralelo requeriría dieciséis mil procesadores interconectados, y uno muy grande, treinta y dos mil. Nosotros tenemos *treinta y dos mil millones* de procesadores interconectados.

—¿Treinta y dos mil millones? —repitió Chris.

Stern se inclinó hacia él.

—Eso es imposible. Incluso si se intentara construirlo... —Fijó la mirada en el techo del automóvil y calculó mentalmente—. Si dejáramos, por ejemplo, una separación de dos centímetros y medio entre las placas base..., tendríamos una pila de... esto... unos ochocientos metros de altura. Incluso reconfigurada en forma cúbica, resultaría un edificio de tamaño considerable. Sería imposible montarlo. Sería imposible enfriarlo. Y en cualquier caso no daría resultado, porque existiría una distancia excesiva entre algunos de los procesadores.

Gordon miraba a Stern en silencio y sonreía, esperando a que continuara.

—La única manera posible de llevar a cabo semejante volumen de procesamiento sería utilizar las características cuánticas de los electrones aislados —dedujo Stern—. Pero en ese caso estaríamos hablando de un ordenador cuántico, y nunca se ha construido ninguno.

Gordon se limitó a sonreír.

—¿O sí se ha construido? —añadió Stern.

—Permítanme explicarles a qué se refiere David —dijo Gordon a los demás—. Los ordenadores corrientes realizan sus cálculos basándose en dos estados electrónicos, designados uno y cero. Así funcionan todos los ordenadores, operando

con unos y ceros. Pero hace veinte años Richard Feynman planteó la posibilidad de crear un ordenador de gran potencia aprovechando los treinta y dos estados cuánticos de un electrón. Actualmente, muchos laboratorios trabajan en el desarrollo de esa clase de ordenadores. Su mayor ventaja es una potencia inimaginable, tan grande que de hecho permite describir y comprimir a un ser vivo tridimensional en un haz de electrones. Exactamente igual que un fax. Y puede entonces transmitirse ese haz de electrones a través de uno de los agujeros de gusano de la espuma cuántica y reconstruirse en otro universo. Y eso hacemos nosotros. No se trata de teletransporte cuántico. Ni de ligadura de partículas. Es transmisión directa a otro universo.

Todos permanecieron en silencio, sus miradas fijas en Gordon. El Land Cruiser llegó a un claro. Vieron varios edificios de dos plantas, ladrillo y cristal. Ofrecían un aspecto inesperadamente normal. No se diferenciaba en nada de cualquiera de los pequeños polígonos industriales que uno encontraba en las afueras de muchos pueblos y ciudades de Estados Unidos.

—¿Esto es la ITC? —dijo Marek.

—Nos gusta mantener una apariencia discreta —respondió Gordon—. En realidad, elegimos este lugar porque había una vieja mina. Hoy en día es difícil encontrar minas en buenas condiciones. Son necesarias para muchos proyectos físicos.

En la periferia del recinto, trabajando a la luz de unos reflectores, un grupo de hombres se disponía a lanzar un globo sonda. Era un globo blanco, de unos dos metros de diámetro. Mientras observaban, se elevó rápidamente hacia el cielo con una pequeña caja de instrumentos suspendida debajo.

—¿Para qué es eso? —preguntó Marek.

—Realizamos un control de la capa de nubes cada hora, especialmente riguroso cuando amenaza tormenta. Es un proyecto de investigación en curso, para comprobar si la meteorología provoca alguna interferencia.

—Alguna interferencia ¿en qué? —quiso saber Marek.

El vehículo se detuvo frente al edificio de mayor tamaño. Un guardia de seguridad abrió la puerta.

—Bienvenidos a la ITC —dijo con una amplia sonrisa—. El señor Doniger los espera.

Doniger caminaba rápidamente por el pasillo con Gordon a su lado. Kramer los seguía. Entretanto, Doniger leía un informe con los nombres y currículos de los cuatro miembros del grupo.

—¿Qué impresión te han causado, John?

—Mejor de la que esperaba. Están en buena forma física. Conocen la zona. Conocen la época.

—¿Y será muy difícil convencerlos?

—Creo que están preparados —afirmó Gordon—. Basta con que lleves cuidado al hablar de los riesgos.

—¿Me sugieres acaso que no sea totalmente sincero? —preguntó Doniger.

—Solo digo que conviene plantearlo con cautela. Son muy inteligentes.

—¿Ah, sí? Bien, veamos —dijo Doniger, y abrió la puerta.

Kate y sus compañeros esperaban solos en una sencilla y austera sala de reuniones: una mesa rayada de formica, sillas plegables dispuestas en desorden. A un lado había una enorme pizarra blanca, llena de fórmulas tan largas que abarcaban de uno a otro extremo. Para Kate, esas fórmulas eran un misterio. Estaba a punto de preguntar a Stern qué eran cuando entró Robert Doniger.

Kate quedó sorprendida por su juventud. No aparentaba una edad mucho mayor que la de ellos, sobre todo vestido con unos vaqueros, un polo Quicksilver y unas zapatillas deportivas. Pese a la avanzada hora de la noche, se le veía plétórico de energía mientras rodeaba la mesa estrechándoles la mano y llamándolos por su nombre de pila.

—Kate, encantado de conocerte —dijo Doniger, sonriéndole—. He leído tu estudio preliminar sobre la capilla. Me ha impresionado.

—Gracias —logró articular Kate, asombrada, pero Doniger había pasado ya al siguiente.

—Y aquí tenemos a Chris. Me alegro de volver a verte. Me gusta tu simulación por ordenador del puente del molino; creo que será una provechosa aportación.

Chris solo tuvo tiempo de asentir con la cabeza antes de que Doniger dijera:

—Y tú debes de ser David Stern. No nos conocemos pero, según tengo entendido,

también eres físico, como yo.

—Así es...

—Bienvenido a bordo. Y André, ¡te has superado a ti mismo! En tu artículo sobre los torneos de Eduardo I sin duda le enmiendas la plana a Monsieur Contamine. Buen trabajo. Y ahora, por favor, sentaos.

Los cuatro tomaron asiento, y Doniger fue a situarse a la cabecera de la mesa.

—Iré directo al grano —anunció—. Necesito vuestra ayuda, y os diré por qué. En los diez últimos años mi empresa ha desarrollado una tecnología revolucionaria. No es una tecnología destinada a la guerra. Tampoco es una tecnología comercial, con fines lucrativos. Al contrario, es una tecnología inocua y pacífica que reportará un *gran* beneficio a la humanidad. Un gran beneficio. Pero necesito vuestra ayuda.

»Considerad por un momento el desigual impacto de la tecnología en las distintas áreas del saber a lo largo del siglo xx. La física utiliza la tecnología más avanzada, incluidos anillos aceleradores de muchos kilómetros de diámetro. Lo mismo puede decirse de la química y la biología. Hace cien años Faraday y Maxwell tenían pequeños laboratorios privados. Darwin trabajaba con un cuaderno y un microscopio. Hoy, en cambio, no podría realizarse ningún descubrimiento científico importante con instrumentos tan elementales. Las ciencias dependen por completo de la alta tecnología. Pero ¿y las humanidades? ¿Qué ha ocurrido con las humanidades durante ese mismo período de tiempo? —Tras una pausa retórica, añadió—: La respuesta es: nada. En ese campo no ha surgido ninguna tecnología significativa. Un estudioso de la literatura o la historia trabaja hoy *exactamente* igual que sus predecesores hace cien años. Sí, se han producido cambios menores en la autenticación de documentos, se ha introducido el uso del CD-ROM, y alguna otra cosa. Pero el trabajo cotidiano básico del estudioso es *exactamente el mismo*. —Los miró uno por uno—. Así pues, nos hallamos ante una injusticia. Existe un desequilibrio entre las áreas del saber humano. Los medievalistas se enorgullecen de la revolución que han experimentado sus concepciones a lo largo del siglo xx. Pero la física ha conocido tres revoluciones en el mismo siglo. Cien años atrás los físicos debatían sobre la edad del universo y el origen de la energía del Sol. Nadie en el mundo conocía las respuestas. Hoy en día cualquier colegial las conoce. Hoy en día disponemos de una información pormenorizada del universo, lo comprendemos a todos los niveles, desde las galaxias hasta las partículas subatómicas. Hemos aprendido tanto que podemos describir con todo detalle qué ocurrió en los primeros minutos del nacimiento del universo tras la explosión inicial. ¿Pueden los medievalistas igualar este avance en su propio campo? En una palabra, no. ¿Por qué no? Porque no cuentan con una tecnología en la que apoyarse. Nadie ha desarrollado una nueva tecnología en beneficio de los historiadores... hasta ahora.

Una interpretación magistral, pensó Gordon. Una de las mejores de Doniger, mostrándose cautivador, enérgico y en algunos momentos incluso rayano en la exageración. No obstante, el hecho era que Doniger les había explicado la parte

apasionante del proyecto sin revelar ni remotamente el verdadero propósito, sin insinuar siquiera cuál era la situación real.

—Pero os he dicho que necesitaba vuestra ayuda, y la necesito —prosiguió Doniger. De pronto cambió de ánimo. Empezó a hablar lentamente, con expresión taciturna, preocupada—. Sabéis que el profesor Johnston vino a vernos porque creía que le ocultábamos información. Y en parte así era. Poseíamos cierta información que nos reservamos, porque no podíamos explicar cómo la obtuvimos.

Y porque Kramer metió la pata, pensó Gordon.

—El profesor Johnston nos presionó —dijo Doniger—. Vosotros ya lo conocéis. Incluso nos amenazó con acudir a la prensa. Al final, le enseñamos la tecnología que ahora vamos a enseñaros a vosotros. Y se entusiasmó..., tal como os ocurrirá a vosotros. Pero insistió en ir al pasado, para verlo con sus propios ojos. —Doniger guardó silencio por un instante—. Nos opusimos, y volvió a amenazarnos. Así que no nos quedó otra alternativa, y le dejamos ir. De eso hace ya tres días. Todavía está allí. Os pidió ayuda, mediante un mensaje que sabía que encontraríais. Vosotros conocéis ese lugar y ese tiempo mejor que nadie. Tenéis que ir allí y traerlo. Sois su única esperanza.

—¿Qué le pasó allí exactamente? —preguntó Marek.

—No lo sabemos —respondió Doniger—. Pero incumplió las reglas.

—¿Las reglas?

—Debéis comprender que ésta es una tecnología muy nueva. Ha de usarse con cautela. Enviamos observadores al pasado desde hace unos dos años, utilizando exmarines, personas con preparación militar. Pero no son historiadores, claro está, y siempre les hemos impuesto severas restricciones.

—¿Qué restricciones?

—No hemos permitido a nuestros observadores entrar en el mundo una vez allí. No hemos permitido que nadie permanezca allí más de una hora. Y no hemos permitido a nadie alejarse de la máquina más de cincuenta metros. Nadie ha dejado atrás la máquina y entrado en el mundo.

—Excepto el profesor —dijo Marek.

—Eso suponemos, sí.

—Y para encontrarlo, nosotros tendremos que entrar también en el mundo.

—Sí —contestó Doniger.

—¿Y seremos los primeros en hacerlo? ¿Los primeros en entrar en el mundo?

—Sí. Vosotros, y antes que vosotros, el profesor.

Se produjo un silencio.

—¡Fantástico! —exclamó Marek de pronto con una amplia sonrisa—. Estoy impaciente por ir.

Los otros, sin embargo, continuaron callados. Se les veía tensos, nerviosos.

—En cuanto a ese hombre que encontraron en el desierto... —comentó Stern.

—Joe Traub —apuntó Doniger—. Era uno de nuestros mejores científicos.

—¿Qué hacía en el desierto?

—Por lo visto, viajó hasta allí por propia iniciativa. Su coche apareció en las proximidades. Pero ignoramos por qué fue.

—Según parece —añadió Stern—, se hallaba en un estado lamentable, le pasaba algo en los dedos...

—Eso no constaba en el informe forense —atajó Doniger—. Murió de un ataque al corazón.

—¿Su muerte, pues, no tuvo nada que ver con esta tecnología?

—Nada en absoluto —aseguró Doniger.

Siguió otro silencio. Chris se movió inquieto en su silla.

—Y para entendernos, ¿hasta qué punto es segura esta tecnología? —preguntó.

—Tan segura como conducir un coche —respondió Doniger sin vacilar—. Recibiréis todas las instrucciones necesarias, y os enviaremos con alguno de nuestros observadores experimentados. El viaje durará como máximo dos horas. Solo tenéis que ir y traerlo.

Chris Hughes tamborileó en la mesa con los dedos. Kate se mordió el labio. Nadie habló.

—Escuchad, esto es totalmente voluntario —dijo Doniger—. Vosotros debéis decidirlo. Pero el profesor os ha pedido ayuda. Y no creo que le falléis.

—¿Por qué no envían solo a los observadores? —preguntó Stern.

—Porque ellos no poseen suficiente conocimiento del medio, David. Como bien sabéis, aquí es un mundo muy distinto. Vosotros, en cambio, conocéis a la perfección el lugar y la época, Conocéis las lenguas y las costumbres.

—Pero nuestros conocimientos son académicos —adujo Chris.

—Ya no —repuso Doniger.

Acompañados por Gordon, los cuatro abandonaron la sala para ver las máquinas. Doniger los observó marcharse. Al cabo de un instante entró Kramer, que había seguido la entrevista a través de un monitor del circuito cerrado de televisión.

—¿Qué opinas, Diane? —preguntó Doniger—. ¿Irán?

—Sí. Irán.

—¿Y lo conseguirán?

Kramer pensó por un momento.

—Diría que tienen un cincuenta por ciento de probabilidades.

Bajaron por una rampa de cemento con anchura suficiente para permitir el paso de un camión. Iba a dar a una maciza puerta de acero de dos hojas. Marek vio media docena de cámaras de seguridad instaladas en distintos puntos de la rampa. Las cámaras giraban, siguiéndolos mientras descendían hacia la puerta. Al pie de la rampa, Gordon miró hacia una cámara y esperó.

La puerta se abrió.

Gordon los hizo pasar al interior de una reducida cámara. En cuanto entraron, las hojas de acero de la puerta se cerraron ruidosamente. Gordon se acercó a otras dos puertas interiores y volvió a esperar.

—¿No puede abrirlas usted mismo? —preguntó Marek.

—No.

—¿Por qué? ¿No se fían de usted?

—No se fían de nadie —respondió Gordon—. Créame, aquí solo entran quienes queremos que entren.

Las dos hojas de la puerta se separaron.

Penetraron en una jaula metálica con aspecto de montacargas industrial. El aire era frío y olía ligeramente a humedad. Las puertas se cerraron a sus espaldas. Con un susurro, la jaula comenzó a descender.

Marek advirtió que se hallaban en un ascensor.

—Bajaremos a trescientos metros de profundidad —informó Gordon—. Tengan paciencia.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Recorrieron un largo túnel de hormigón, oyendo el eco de sus pisadas.

—Éste es el nivel de control y mantenimiento —explicó Gordon—. Las verdaderas máquinas se encuentran otros ciento cincuenta metros más abajo.

Llegaron a otra sólida puerta de dos hojas, ésta transparente y de color azul oscuro. En un primer momento Marek pensó que era de un cristal sumamente grueso, pero cuando las hojas empezaron a abrirse, deslizándose sobre una corredera motorizada, advirtió un leve movimiento bajo la superficie exterior.

—Agua —dijo Gordon—. Aquí usamos mucho el agua como blindaje. La

tecnología cuántica es muy sensible a las influencias aleatorias externas: radiación cósmica, campos electrónicos espurios, y todo eso. De hecho, ése es el principal motivo de que las instalaciones se encuentren aquí abajo.

Más adelante, tras otra puerta de cristal idéntica a la anterior, vieron lo que parecía un pasillo de laboratorio convencional. Les franquearon el paso, y accedieron al pasillo, pintado de un blanco aséptico, con puertas a ambos lados. En la primera puerta de la izquierda se leía PRECOMP; en la segunda, PREPCAMP, y más allá un rótulo rezaba simplemente TRÁNSITO.

Gordon se frotó las manos y dijo:

—Iniciemos ya la compresión.

A Marek, la reducida sala le recordó el laboratorio de un hospital, causándole cierta inquietud. En el centro se alzaba una cápsula alargada de más de dos metros de altura y un metro y medio de diámetro. La parte frontal de la cápsula, unida al resto mediante bisagras, estaba abierta, y Marek vio en el interior tubos fluorescentes de luz mate.

—¿Una cámara de rayos UVA para broncearse? —preguntó Marek.

—En realidad, es un generador de imágenes por resonancia, básicamente un escáner de RM de gran potencia. Pero les será útil como preparación previa a la máquina en sí. Quizá debería entrar usted primero, señor Marek.

—¿Entrar ahí? —Marek señaló la cápsula. Vista de cerca, parecía un ataúd blanco.

—Solo tiene que desvestirse y colocarse en el interior. Es exactamente igual que cualquier escáner clínico; no sentirá nada. El proceso completo dura alrededor de un minuto. Nosotros estaremos en la sala de al lado.

Salieron por una puerta lateral con una pequeña ventana. La puerta se cerró de inmediato.

Marek vio una silla en un rincón. Se acercó a ella y se quitó la ropa. Luego entró en el escáner. Se oyó el chasquido de un interfono y a continuación la voz de Gordon, que dijo:

—Señor Marek, mírese los pies.

Marek bajó la vista.

—¿Ve el círculo marcado en el suelo? Por favor, asegúrese de que tiene los pies dentro del círculo.

Marek corrigió su posición.

—Así está bien, gracias. Ahora se cerrará la puerta.

Con un zumbido mecánico, la puerta giró sobre las bisagras hasta cerrarse. Marek oyó el siseo del cierre a prueba de aire.

—¿Es una cámara hermética? —dijo Marek.

—Sí, necesariamente. Puede que ahora note la entrada de aire frío.

Suministraremos oxígeno a la cámara durante la calibración. No será claustrofóbico, ¿verdad?

—No lo era hasta este momento.

Marek miró alrededor. Los tubos, que de lejos le habían parecido fluorescentes, eran en realidad receptáculos cilíndricos con aberturas cubiertas de plástico. Tras el plástico se veían luces, pequeños aparatos que emitían un leve susurro. El aire se enfrió perceptiblemente.

—Estamos calibrando —informó Gordon—. Procure no moverse.

De pronto los tubos entraron en rotación y los aparatos de su interior se activaron, produciendo ligeros chasquidos. Giraron cada vez más deprisa y finalmente pararon en seco.

—Perfecto. ¿Se encuentra bien?

—Es como estar dentro de un molinillo de pimienta —dijo Marek.

Gordon se echó a reír.

—La calibración ha concluido. El resto del proceso requiere una sincronización exacta, y por tanto la secuencia es automática. Limítese a seguir las instrucciones al pie de la letra, ¿entendido?

—Entendido.

Un nuevo chasquido indicó que se había cortado la comunicación del interfono. Marek estaba solo.

—«Se ha iniciado la secuencia de escaneo —anunció una voz grabada—. Vamos a conectar los láseres. Mire al frente. No levante la vista».

Al instante un vivo resplandor azul inundó el interior del tubo. El aire mismo parecía brillar.

—«Los láseres están polarizando el gas xenón que en este momento se insufla en el compartimiento. Cinco segundos».

¿Xenón?, pensó Marek.

El color azul que lo envolvía aumentó de intensidad. Se miró una mano y apenas la vio en el aire trémulo.

—Hemos alcanzado el nivel de concentración de xenón. Ahora respire hondo.

¿Que respire hondo?, pensó Marek. ¿Que inhale el xenón?

—Manténgase en esa posición sin moverse durante treinta segundos. ¿Preparado? Permanezca inmóvil..., abra los ojos..., respire hondo..., contenga la respiración... Ahora.

Los tubos iniciaron una vertiginosa rotación y al cabo de un instante, uno por uno, retrocedieron y volvieron a adelantarse, casi como si lo miraran, y algunos repetían el proceso para echarle una segunda mirada. Cada tubo parecía moverse de manera independiente. Marek experimentó la extraña sensación de ser observado por un centenar de ojos.

—No se mueva, por favor —dijo la voz grabada—. Quedan veinte segundos.

Alrededor, los tubos zumbaban y ronroneaban. Y súbitamente todos se

detuvieron. Varios segundos de silencio. Solo se oía el leve piñoneo de los aparatos. A continuación, los tubos comenzaron a desplazarse adelante y atrás, y también lateralmente.

—No se mueva, por favor. Diez segundos.

Los tubos empezaron a trazar círculos, sincronizándose lentamente hasta que por fin giraron todos juntos como una unidad. Un momento después se detuvieron.

—Escaneo concluido. Gracias por su colaboración.

La luz azul se apagó y la puerta se abrió. Marek salió de la cápsula.

En la sala contigua, Gordon se hallaba sentado frente a un terminal de ordenador. Los otros habían acercado sillas alrededor.

—La mayoría de la gente —explicaba Gordon— no sabe que un escáner corriente de hospital, al efectuar una resonancia magnética, altera el estado cuántico de los átomos del cuerpo, generalmente el momento angular de las partículas nucleares. La experiencia de la resonancia magnética en el terreno del diagnóstico médico nos indica que variar el estado cuántico del organismo no tiene efectos perjudiciales. De hecho, el paciente ni siquiera lo nota.

»Aun así, un equipo convencional de resonancia magnética opera con un campo magnético muy potente, por ejemplo de 1,5 teslas, es decir, unas veinticinco mil veces superior al campo magnético de la tierra. Nosotros podemos prescindir de eso. Utilizamos interferómetros cuánticos superconductores, más conocidos como SQUID, a los cuales, gracias a su extrema sensibilidad, les basta con el campo magnético terrestre para medir la resonancia. Aquí no usamos imanes.

Marek entró en la sala.

—¿Qué tal he quedado? —preguntó.

El monitor mostraba una imagen translúcida de los miembros de Marek, punteados en rojo.

—Aquí vemos la médula ósea, dentro de los huesos largos, la columna vertebral y el cráneo —dijo Gordon—. Ahora sigue construyendo hacia el exterior, un aparato orgánico tras otro. Aquí están los huesos. —Vieron un esqueleto íntegro—. Ahora se añaden los músculos...

Observando cómo aparecían los sucesivos conjuntos de órganos, Stern comentó:

—Su ordenador procesa a una velocidad increíble.

—Ah, lo hemos ralentizado mucho —dijo Gordon—. De lo contrario, no verían las distintas etapas. El tiempo real de procesamiento es prácticamente nulo.

—¿Nulo? —repitió Stern.

—Esto es otro mundo —aseguró Gordon, asintiendo con la cabeza—. Aquí los antiguos supuestos carecen de vigencia. —Se volvió hacia los demás—. ¿Quién es el siguiente?

Se dirigieron hacia el fondo del pasillo, donde se hallaba el rótulo TRÁNSITO.

—¿Para qué hemos hecho todo eso? —preguntó Kate.

—Lo llamamos «precompresión» —explicó Gordon—. Nos permite transmitir más deprisa, porque la mayor parte de la información acerca de ustedes está ya almacenada en la máquina. Luego solo nos queda realizar un último escaneo para contrastar diferencias antes de la transmisión.

Entraron en otro ascensor, descendieron y cruzaron otra puerta de cristal con blindaje de agua.

—Muy bien, ya hemos llegado —anunció Gordon.

Salieron a un espacio enorme, cavernoso y bien iluminado. Se oía el eco de todos los sonidos. El aire era frío. Avanzaban por una pasarela metálica suspendida a treinta metros de altura. Mirando hacia abajo, Chris vio tres círculos concéntricos formados por paredes de cristal llenas de agua. La pared exterior se componía de tres tramos semicirculares separados por brechas de anchura suficiente para permitir el paso de una persona. Dentro del círculo delimitado por esta primera pared había otros tres semicírculos menores, formando una segunda pared. Y más adentro, la tercera pared presentaba la misma estructura que las dos anteriores. Los sucesivos semicírculos estaban dispuestos de manera que las brechas no quedaran alineadas, con lo cual el conjunto ofrecía un aspecto laberíntico.

Un espacio de unos seis metros de diámetro ocupaba el centro de los tres círculos concéntricos. Allí, en posición vertical, había media docena de artefactos parecidos a jaulas, aproximadamente del tamaño de las cabinas telefónicas. No estaban colocados en ningún orden en particular. Placas de metal de color mate cubrían la parte superior. Una neblina blanca flotaba en el recinto. Alrededor había depósitos de presión, y serpenteaban cables eléctricos por todas partes. Parecía un taller, y de hecho unos cuantos hombres trabajaban en ese momento en algunas de las jaulas.

—Esto es la zona de transmisión, que llamamos sala de tránsito —dijo Gordon—. Con un robusto blindaje, como ven. Hay una segunda zona en construcción, pero todavía tardaremos unos meses en tenerla a punto. —Señaló a través del cavernoso espacio en dirección a una segunda serie de paredes concéntricas. Aún no contenían agua, y eran por tanto transparentes.

Desde la pasarela, un ascensor por cables descendía hasta el espacio central.

—¿Podemos bajar ahí? —preguntó Marek.

—No, aún no.

Abajo, un técnico alzó la vista y saludó con la mano.

—¿Cuánto falta para la comprobación de registro, Norm?

—Un par de minutos. Gómez viene ya para aquí.

—Muy bien. —Gordon se volvió hacia el grupo—. Vamos a la cabina de control

y observaremos desde allí.

Bañadas en una intensa luz azul, las máquinas se hallaban sobre plataformas. Eran de un color gris mate y emitían un leve zumbido. Una capa de vapor blanco cubría el suelo, ocultando las bases. Dos técnicos abrigados con parkas azules trabajaban arrodillados en la base abierta de una de las máquinas.

En esencia, las máquinas eran cilindros abiertos con los extremos superior e inferior metálicos. Cada máquina se alzaba sobre una gruesa base de metal. Tres barras dispuestas en el perímetro sostenían la placa metálica del techo.

Varios técnicos extraían cables negros de un bastidor reticular situado sobre ellos y los conectaban después al techo de una de las máquinas, como empleados de una gasolinera llenando el depósito de un coche.

Las máquinas no se parecían a nada que Kate hubiera visto hasta entonces. Dentro de la estrecha sala de control, observaba con atención las enormes pantallas. A sus espaldas había dos técnicos en mangas de camisa sentados ante sendas consolas. Las pantallas daban la impresión de estar mirando por una ventana, pese a que en realidad la sala de control no tenía ventanas.

—Ante ustedes se encuentra la más reciente versión de nuestra tecnología CTC —explicó Gordon—. Esas siglas significan Curva de Tiempo Cerrada, es decir, la topología del espacio-tiempo que utilizamos para retroceder al pasado. Hemos tenido que desarrollar tecnologías totalmente nuevas para crear estas máquinas. Ahora ven, de hecho, la sexta versión, ya que el primer prototipo operativo se construyó hace tres años.

Chris contemplaba las máquinas en silencio. Kate Erickson curioseaba por la sala de control. Stern, nervioso, se frotaba un labio con la mano. Marek observaba a Stern.

—Todo el equipamiento tecnológico importante está situado en la base de la máquina —prosiguió Gordon—, incluida la memoria cuántica de arseniuro de indio-galio, los láseres del ordenador y la batería eléctrica. Los láseres de vaporización, lógicamente, están en las barras metálicas. Ese metal de color mate es niobio; los depósitos de presión son de aluminio; los elementos de almacenamiento son de polímeros.

Una joven pelirroja de cabello corto y ademanes secos entró en la sala de tránsito. Llevaba una camisa de color caqui, pantalón corto y botas; parecía vestida para un safari.

—Gómez será una de sus guías en este viaje —anunció Gordon—. Irá al pasado dentro de unos instantes para realizar lo que denominamos una «comprobación de registro». Ya ha registrado la información necesaria en su marcador de navegación, fijando la fecha de destino, y ahora va a verificar la exactitud de los datos introducidos. —Pulsó el botón del interfono—. ¿Sue? Enséñanos tu marcador de navegación, ¿quieres?

La mujer alzó una oblea blanca de forma rectangular, poco mayor que un sello de correos. Cabía holgadamente en la palma de su mano.

—Usará eso para retroceder al pasado y también para llamar a la máquina llegado el momento del regreso —dijo Gordon—. Enséñanos el botón, Sue, ¿quieres?

—Es un poco difícil verlo —advirtió Gómez, colocando la oblea de perfil—. Aquí hay un pequeño botón; ha de apretarse con la uña. Sirve para llamar a la máquina cuando uno se dispone a volver.

—Gracias, Sue.

—Cabriola de campo —notificó de pronto uno de los técnicos de la sala de control.

Todos se volvieron hacia él. En su consola, un monitor mostraba una superficie ondulante tridimensional con un pronunciado pico en medio, como la cúspide de una montaña.

—Un término curioso —comentó Gordon—, y todo un clásico. Dado que nuestros sensores de campo tienen como base el SQUID, detectamos discontinuidades casi insignificantes en el campo magnético local, y a éstas las llamamos «cabriolas de campo». Empezamos a registrarlas dos horas antes de un evento. Y de hecho la serie a la que pertenece ésta se inició hace unas dos horas. Indica que hay una máquina de regreso.

—¿Qué máquina? —preguntó Kate.

—La máquina de Sue.

—Pero si aún no ha salido.

—Ya lo sé —respondió Gordon—. Todos los eventos cuánticos contradicen el conocimiento intuitivo.

—¿Quiere decir que reciben una señal de que está volviendo antes de que haya salido?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Kate.

Gordon lanzó un suspiro.

—Es complicado. En realidad, lo que detectamos en el campo magnético es una función de probabilidad: un aviso del posible regreso de una máquina. Pero, por lo general, no nos planteamos así esa señal. Decimos simplemente que vuelve. Sin embargo, para ser exactos, una cabriola de campo indica de hecho que es muy probable que vuelva una máquina.

Kate movía la cabeza en un gesto de incompreensión.

—No lo entiendo.

—Digamos que en el mundo corriente nos valemos de determinadas ideas respecto a la causa y el efecto —explicó Gordon—. Primero se producen las causas y después los efectos. Pero ese orden no siempre se cumple en el mundo cuántico. Aquí los efectos y las causas pueden ser simultáneos, y los efectos pueden preceder a las causas. Esto es un pequeño ejemplo de ello.

La mujer, Gómez, entró en una de las máquinas. Introdujo la oblea blanca en una ranura de la base, frente a ella.

—Acaba de instalar el marcador de navegación, que guía la máquina en el viaje de ida y vuelta —informó Gordon.

—¿Y cómo sabe que volverá? —preguntó Stern.

—Una transmisión en el multiverso genera una especie de energía potencial, como un muelle tensado que realiza una fuerza inversa para volver a su posición original. El viaje de ida es la parte delicada. Ésa es la información que lleva codificada la oblea de cerámica. —Gordon se inclinó y pulsó el botón del interfono—. ¿Cuánto tardarás en volver, Sue?

—Un minuto, quizá dos.

—Muy bien. Pasamos a sincronización.

De pronto los técnicos empezaron a hablar, al mismo tiempo que accionaban interruptores en una consola y verificaban las lecturas en el monitor.

—Control de helio.

—Capacidad máxima —respondió el otro técnico.

—Control de resonancia magnética eléctrica.

—Correcto.

—Todo a punto para la alineación de láseres.

Un técnico accionó un interruptor, y de las barras metálicas surgió un gran número de rayos láser dirigidos al centro de la máquina, salpicando de puntos verdes el rostro y el cuerpo de Gómez, que estaba quieta, con los ojos cerrados.

Las barras empezaron a girar lentamente. La mujer permanecía inmóvil. Los rayos láser trazaron líneas horizontales verdes sobre su cuerpo. Las barras se detuvieron.

—Láseres alineados.

—Hasta dentro de un momento, Sue —dijo Gordon. Volviéndose hacia el grupo, anunció—: Muy bien, allá vamos.

Las paredes curvas de cristal y agua que circundaban las jaulas adquirieron una tonalidad azulada. La máquina comenzó de nuevo a girar lentamente. En el centro, la mujer seguía en la misma posición; la máquina se movía en torno a ella.

El zumbido subió de volumen. La rotación se aceleró. La mujer estaba tranquila y relajada.

—En este viaje, Gómez consumirá solo uno o dos minutos —dijo Gordon—, pero la batería tiene carga para treinta y siete horas. Ése es el tiempo límite que estas máquinas pueden pasar en un sitio sin volver aquí.

Las barras giraban a gran velocidad. De pronto oyeron un rápido tableteo, como los disparos de una ametralladora.

—Eso es el control de holgura: los sensores infrarrojos verifican el espacio alrededor de la máquina tanto en el punto de destino como en el de regreso. Si detectan algún obstáculo en un radio de dos metros, se interrumpe la transmisión. Es una medida de seguridad. No queríamos que la máquina apareciese dentro de un muro de piedra. Bien, empieza a liberarse el xenón. Allá va.

El zumbido era ya ensordecedor. La máquina giraba con tal rapidez que las barras se habían desdibujado. Veían claramente a la mujer en el interior.

Oyeron una voz grabada: «Permanezca inmóvil..., abra los ojos..., respire hondo..., contenga la respiración... *Ahora*».

Un anillo descendió rápidamente del techo de la máquina, escaneando a la mujer de la cabeza a los pies.

—Observen con atención —dijo Gordon—. Ocurre muy deprisa.

Kate vio numerosos rayos láser de un vivo color violeta proyectados por las barras y dirigidos hacia el centro. Por un instante la mujer pareció en estado de incandescencia.

Súbitamente se produjo un cegador destello blanco dentro de la máquina. Kate cerró los ojos y volvió la cabeza. Al abrirlos, una nube de puntos flotaba en su campo de visión, y por un momento no vio qué ocurría. Luego se dio cuenta de que la máquina había disminuido de tamaño, desprendiéndose de los cables conectados al techo, que ahora colgaban sueltos.

Otro fogonazo de láser.

La máquina menguó aún más, y con ella la mujer que se hallaba dentro, que ahora medía alrededor de un metro de estatura. Siguió encogiéndose con sucesivos destellos.

—¡Dios santo! —exclamó Stern—. ¿Qué se siente en ese momento?

—Nada —contestó Gordon—. No se siente nada. El tiempo de la conducción nerviosa entre la piel y el cerebro es del orden de cien milisegundos. La vaporización por láser dura cinco nanosegundos. Llegados a este punto, uno ha desaparecido ya hace rato.

—Pero esa mujer sigue ahí.

—No. Ha salido en el primer destello de láser. Ahora simplemente el ordenador está procesando los datos. Eso que ven ahora es un efecto artificial del escalonamiento de compresión. La compresión se inicia en tres y va hasta menos dos...

Se produjo otro fogonazo. La jaula disminuía rápidamente. Se redujo a poco más de medio metro y luego a unos treinta centímetros. Dentro, la mujer semejava una muñeca vestida de caqui.

—Menos cuatro —prosiguió Gordon.

Tras un nuevo destello, cercano al suelo, Kate dejó de ver la jaula.

—¿Qué ha pasado?

—Aún está ahí, apenas visible.

Otro destello, esta vez poco más que una chispa en el suelo.

—Menos cinco.

Aumentó la frecuencia de los destellos, como el parpadeo de una luciérnaga, cada vez más débiles.

—Y menos catorce... Concluida.

Los destellos cesaron.

Nada.

La jaula se había desvanecido. Donde antes se hallaba, se veía solo el oscuro suelo de goma.

—¿Y se supone que nosotros tenemos que pasar por eso? —preguntó Kate.

—No es una experiencia desagradable —aseguró Gordon—. Uno permanece consciente durante todo el proceso, circunstancia que en realidad no podemos explicar. Al final de la compresión de datos, uno se encuentra en dominios ínfimos, regiones subatómicas, y en ese estado, teóricamente, no es posible la conciencia. Sin embargo, se conserva la conciencia. Pensamos que puede tratarse de un artefacto, una alucinación que salva el instante de la transición. Si es así, sería un fenómeno análogo al dolor fantasma que sienten las personas a quienes se ha amputado un miembro. Esto podría definirse como una especie de «conciencia fantasma». Naturalmente, hablamos de períodos de tiempo muy breves, nanosegundos. En cualquier caso, nadie comprende la conciencia.

Kate escuchaba con expresión ceñuda. Hasta ese momento se había planteado cuanto veía como una cuestión de arquitectura, como si aplicara el tradicional enfoque según el cual «la forma está supeditada a la función». ¿No resultaba acaso extraordinario que aquellas enormes estructuras subterráneas presentaran una simetría concéntrica —con vagas reminiscencias de los castillos medievales— a pesar de no haberse construido con arreglo a requisito estético alguno? Se habían construido únicamente para resolver un problema científico. Y Kate encontraba fascinante el resultado.

Pero ahora que conocía la utilidad real de aquellas máquinas, le costaba asimilar lo que acababan de ver sus ojos. Y su formación en el campo de la arquitectura no le servía de nada a ese respecto.

—Pero este... método para encoger a una persona implica desintegrarla...

—No. La destruimos —afirmó Gordon sin rodeos—. Tenemos que destruir el original aquí para poder reconstruirlo en el otro extremo. Es una condición necesaria.

—Así pues, esa mujer en realidad ha muerto.

—Yo no diría eso, no. Comprenda...

—Pero si destruye a una persona en un extremo, ¿no muere? —insistió Kate.

Gordon suspiró.

—No es fácil interpretar esta clase de sucesos desde un punto de vista tradicional —explicó—. Dado que la persona se reconstruye *en el mismo instante* en que es destruida, ¿es posible decir que ha muerto? No ha muerto. Simplemente se ha

trasladado a otra parte.

Stern tenía la certeza —era una sensación visceral— de que Gordon no hablaba con total sinceridad sobre aquella tecnología. Solo con ver las paredes curvas que constituían el blindaje de agua y las máquinas situadas en el centro, presentía que quedaba algo importante por explicar. Se propuso averiguarlo.

—¿Ahora, pues, esa mujer está en otro universo? —preguntó.

—En efecto.

—¿La han transmitido, y ha llegado a otro universo? ¿Como si se tratara de una hoja de papel a través de un fax?

—Exactamente.

—Pero, para reconstruirla en el otro extremo, se necesita también allí un fax, por seguir con la comparación.

Gordon movió la cabeza en un gesto de negación.

—No, no se necesita ninguna máquina al otro lado.

—¿Por qué no?

—Porque Gómez, o cualquier persona transmitida, está ya allí.

Stern arrugó la frente.

—¿Ya está allí? ¿Cómo es posible?

—En el momento de la transmisión, la persona se encuentra ya en el otro universo, y por tanto no es necesario que nosotros mismos la reconstruyamos allí.

—¿Por qué? —insistió Stern.

—Por ahora dejémoslo en que es una característica del multiverso. Si lo desea, podemos hablar de ello después. Estoy seguro de que a los demás no les interesan esos pormenores —dijo Gordon, señalando con la cabeza al resto del grupo.

Hay algo más, pensó Stern. Algo que no quiere contarnos. Stern volvió a mirar hacia la zona de transmisión, buscando el detalle anómalo, la pieza fuera de lugar. Porque tenía la firme convicción de que alguna pieza no encajaba.

—¿No ha dicho que solo han enviado al pasado a unas cuantas personas?

—Sí, así es.

—¿Más de una a la vez?

—Casi nunca. A lo sumo dos, y en muy raras ocasiones —respondió Gordon.

—Entonces, ¿por qué hay tantas máquinas? Ahí abajo cuento ocho. ¿No bastaría con dos?

—Lo que ve es el resultado de nuestro programa de investigación —explicó Gordon—. Introducimos continuas mejoras en el diseño.

Gordon había contestado con aparente naturalidad, pero Stern creyó advertir algo en su mirada, un velado asomo de inquietud.

Sin duda esconde algo, pensó.

—¿Y no sería más lógico introducir las mejoras en las mismas máquinas? —

preguntó Stern.

Gordon se encogió de hombros, pero guardó silencio. Sin duda, se reafirmó Stern para sus adentros.

—¿Qué hacen aquellos técnicos? —continuó Stern, aún tanteando. Señaló a los dos hombres que trabajaban de rodillas en la base de una de las máquinas—. Me refiero a los que están allí, al fondo. ¿Qué reparan exactamente?

—David —dijo Gordon—, creo francamente...

—¿Es esta tecnología *realmente* segura?

Gordon dejó escapar un suspiro.

—Véalo usted mismo.

A través de la amplia pantalla, se vio en el suelo de la sala de tránsito una rápida sucesión de destellos.

—Ya vuelve —anunció Gordon.

Los destellos cobraron mayor intensidad. Oyeron de nuevo el tableteo, aumentando gradualmente de volumen. Al cabo de un instante, la jaula alcanzó su tamaño natural, el zumbido se desvaneció, la neblina del suelo se arremolinó, y la mujer salió de la máquina, alzando una mano para saludar a los espectadores.

Stern la escrutó con los ojos entrecerrados. Parecía en perfecto estado. Conservaba el mismo aspecto que antes.

Gordon miró a Stern.

—Créame, no existe el menor riesgo. —Se volvió hacia la pantalla—. ¿Cómo has visto aquello, Sue?

—Excelente —contestó Gómez—. El punto de tránsito se encuentra en la orilla norte del río. Un lugar aislado, en el bosque. Prepare a su equipo, doctor Gordon. Voy a registrar la información en el marcador de reserva. Luego iremos allí y traeremos a ese viejo antes de que le pase algo.

—Tiéndase sobre el costado izquierdo, por favor.

Kate, tendida en una camilla, se volvió de lado y contempló con aprensión al hombre de avanzada edad vestido con bata blanca, que alzó un instrumento parecido a un aplicador de cola y lo acercó a la oreja de ella.

—Lo notará tibio —aseguró el hombre.

¿Tibio?, pensó Kate mientras sentía una intensa quemazón en el oído.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un polímero orgánico —respondió el hombre—. No es tóxico ni alergénico. Continúe en esa posición durante ocho segundos. Ahora, por favor, mueva la boca como si masticase. Conviene que quede un poco suelto. Muy bien, siga masticando.

Kate lo oyó pasar al siguiente de la fila —Chris ocupaba la camilla contigua, Stern la tercera y Marek la última— y repetir:

—Tiéndase sobre el costado izquierdo. Lo notará tibio...

No tardó mucho en regresar junto a Kate. Le pidió que se volviera del lado derecho y le inyectó el polímero caliente en el otro oído. Gordon observaba desde un rincón.

—Esto es aún un tanto experimental —explicó Gordon—. Se compone de un polímero que empieza a biodegradarse al cabo de una semana.

A continuación, el hombre de la bata blanca los hizo ponerse en pie y, expertamente, les extrajo uno por uno los implantes plásticos de los oídos.

—Yo oigo perfectamente —dijo Kate a Gordon—. No necesito audífono.

—No es un audífono —contestó Gordon.

En el otro extremo de la sala, el hombre perforaba el centro de los implantes e introducía un dispositivo electrónico. Trabajaba con una rapidez sorprendente. Una vez insertado el dispositivo, taponaba el orificio con un poco más de plástico.

—El aparato consta de un micrófono y un traductor electrónico —prosiguió Gordon—, por si necesitan comprender lo que alguien les dice.

—Pero aun si comprendo lo que me dicen, ¿cómo voy a responderles? —objetó Kate.

—No te preocupes —terció Marek, dándole un ligero codazo a Kate—. Yo hablo occitano y francés antiguo.

—Ah, estupendo —repuso Kate con tono sarcástico—. ¿Y vas a enseñarme esas

lenguas en quince minutos? —Estaba tensa ante la idea de ser destruida o vaporizada o lo que fuera por aquella máquina, y las palabras salían a borbotones de su boca.

Marek pareció sorprendido por su reacción.

—No —dijo con gravedad—. Pero si te quedas a mi lado, cuidaré de ti.

Por alguna razón, su extrema seriedad tranquilizó a Kate. Marek era tan formal... Probablemente cuidará de mí, pensó Kate, y se sintió más relajada.

Poco después todos se colocaron los auriculares internos de plástico, que eran de color carne.

—Ahora están apagados —explicó Gordon—. Para encenderlos, solo tienen que golpearse suavemente la oreja con la punta del dedo. Y ahora, si me acompañan...

Gordon entregó una pequeña bolsa de cuero a cada uno.

—Hemos estado elaborando una especie de botiquín de primeros auxilios; ahí dentro van los prototipos. Son ustedes los primeros que entrarán en el mundo, y por tanto cabe la posibilidad de que tengan que utilizarlos. Pueden llevarlos ocultos bajo la ropa.

Abrió una bolsa y extrajo un envase cilíndrico de aluminio de unos diez centímetros de altura y tres de diámetro. Parecía un aerosol de espuma de afeitar.

—Ésta es la única forma de protección que podemos ofrecerles. Contiene doce dosis de dihidroetileno con un substrato proteínico. Haremos una demostración con el gato, H. G. ¿Dónde estás, H. G.?

Un gato negro saltó a la mesa. Gordon lo acarició y después le roció el hocico con gas. El gato parpadeó, bufó y cayó de costado.

—Provoca la pérdida del conocimiento en seis segundos —añadió Gordon—, así como una posterior amnesia retroactiva. Pero tengan muy en cuenta que su efecto es de corta duración. Y solo es eficaz si disparan directamente a la cara.

Mientras el gato se sacudía y volvía en sí, Gordon sacó de la bolsa de cuero tres cubos de papel rojo encerado, aproximadamente del tamaño de terrones de azúcar. Parecían artilugios pirotécnicos.

—Si necesitan encender fuego, esto les servirá —dijo Gordon—. Para que ardan, solo hay que tirar del cordón. Van marcados con los números quince, treinta y sesenta, los segundos que tardan en prender. Tienen un recubrimiento de cera, o sea, son impermeables. Una advertencia: a veces fallan.

—¿Y por qué no un encendedor Ble? —preguntó Chris.

—No corresponde a la época. Allí no puede llevarse plástico. —Gordon se concentró de nuevo en el contenido de la bolsa—. Incluye también el botiquín propiamente dicho, nada fuera de lo común: antiinflamatorios, antidiarreicos, antiespasmódicos, analgésicos. No les gustaría ponerse a vomitar en un castillo —bromeó—. Y no podemos proporcionarles pastillas para potabilizar el agua.

Stern escuchó todo aquello con una sensación de irrealidad. ¿Vomitare en un

castillo?, pensó.

—Oiga...

—Y por último —prosiguió Gordon sin prestar atención—, una herramienta multiuso de bolsillo, con cuchillo y ganzúa incluidos. —Parecía una navaja suiza. Gordon volvió a guardarlo todo en la bolsa—. Probablemente no utilizarán nada de esto, pero no está de más. Y ahora ocupémonos de la vestimenta.

Stern no podía sacudirse aquel persistente desasosiego. Una mujer de trato amable y aspecto de abuela había dejado su máquina de coser y distribuía la ropa entre ellos: primero, la prenda interior —una especie de calzoncillos blancos de hilo pero sin elástico en la cintura—, luego una correa de cuero y después unas mallas negras de lana.

—¿Qué es esto? —preguntó Stern—. ¿Unos leotardos?

—Se llaman calzas, querido —respondió la mujer.

Tampoco tenían elástico.

—¿Cómo se sujetan?

—Has de remetértelas en la correa, por debajo del jubón. O atarlas a los rabillos del jubón.

—¿Los rabillos?

—Eso es, querido, los rabillos del jubón.

Stern miró a los otros. Apilaban tranquilamente la ropa a medida que les daban cada una de las prendas. Parecían familiarizados con todo ello; actuaban con la misma calma que si estuvieran en unos grandes almacenes. Stern, en cambio, se sentía desorientado, y el pánico comenzaba a adueñarse de él. A continuación le dieron una camisa blanca de hilo que le llegaba hasta los muslos y otra prenda más larga, llamada «jubón» y hecha de fieltro enguatado. Y finalmente una daga colgada de una cadena. Stern la observó con recelo.

—Todo el mundo la lleva. La necesitarás aunque solo sea para comer.

Stern dejó la daga sobre la pila distraídamente y hurgó entre la ropa, intentando aún encontrar los «rabillos».

—Es una indumentaria destinada a aparentar una posición social neutra, ni ostentosa ni pobre. Pretendemos que se aproxime a la vestimenta de un mercader medio, un paje o un noble venido a menos.

Luego Stern recibió los zapatos, semejantes a unas zapatillas caseras de piel con las punteras afiladas, salvo por las hebillas. Como los zapatos de un bufón, pensó sin el menor entusiasmo.

—No te preocupes —dijo la anciana, sonriendo—, llevan cámara de aire en la suela, igual que unas Nike.

—¿Por qué está todo tan sucio? —preguntó Stern, contemplando el jubón con expresión ceñuda.

—No quieres desentonar con el resto de la gente, ¿verdad?

Se cambiaron en un vestuario. Stern observó a sus dos compañeros.

—¿Cómo se supone que..., esto...?

—¿Quieres saber cómo se viste uno en el siglo XIV? —dijo Marek—. Muy sencillo.

Marek se había quitado la ropa y, relajado, se paseaba desnudo de un lado a otro. Era una masa de músculos. Stern se sintió intimidado mientras se sacaba lentamente los pantalones.

—En primer lugar —continuó Marek—, ponte el calzón interior. Es de hilo de muy buena calidad. En aquella época tenían un hilo excelente. Para sostenerte el calzón, átate la correa a la cintura y enrolla la parte superior del calzón alrededor de la correa, dándole un par de vueltas. Así se aguantará, ¿de acuerdo?

—¿La correa va por debajo de la ropa?

—Sí, para sujetar el calzón. Luego ponte las calzas. —Marek empezó a colocarse las mallas negras de lana. En su extremo inferior, las perneras no eran abiertas sino que tenían pies, como un pijama de niño—. Hay unos cordones en la cintura, ¿ves?

—Las calzas me vienen muy holgadas —comentó Stern al subírselas, viendo las rodillas abolsadas.

—Así han de ir. Éstas no son calzas de gala, y por tanto no se llevan ajustadas. A continuación, la camisa de hilo. Solo has de pasártela por la cabeza y dejarla colgar. No, no, David. El lado abierto del cuello va por delante.

Stern volvió a sacar los brazos de las mangas y, torpemente, reviró la camisa.

—Y por último —dijo Marek, cogiendo la prenda de fieltro— te pones el jubón, que es una mezcla de chaqueta y cazadora. Se usa tanto en interior como al aire libre, y solo hay que quitársela si hace mucho calor. ¿Ves los rabillos? Son los cordones, debajo del fieltro. Ahora ata las calzas a los rabillos del jubón, pasando los cordones de la cintura por las aberturas de la camisa.

Marek acabó de atárselas en un momento, como si lo hubiera hecho toda su vida. A Chris le costó mucho más, advirtió Stern con satisfacción. Stern en particular tuvo que contorsionarse para anudar los cordones de la espalda.

—¿Y esto te parece sencillo? —rezongó.

—Sencillamente no te has fijado en tu indumentaria habitual —contestó Marek—. Por término medio, un occidental del siglo XX se pone a diario entre nueve y doce prendas de vestir. Aquí son solo seis.

Stern dejó caer los faldones del jubón y, tirándose de los costados, intentó acomodárselo para que el dobladillo quedara a la altura de los muslos. Al hacerlo se arrugó la camisa, y finalmente Marek tuvo que ayudarlo a arreglárselo todo y, de paso, ceñirle más las calzas.

Por último, Marek le enlazó alrededor de la cintura la cadena de la que pendía la

daga, sin ajustarla demasiado. Luego retrocedió para admirarlo.

—Listo —anunció Marek, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué tal te sientes?

Stern, incómodo, movió los hombros.

—Me siento como un pollo relleno atado.

Marek se echó a reír.

—Ya te acostumbrarás.

Cuando Kate terminaba de vestirse, entró Susan Gómez, la mujer que poco antes había ido al pasado en viaje de comprobación. Ahora Gómez llevaba ropa de época y una peluca. Lanzó otra peluca a Kate.

Kate hizo una mueca de aversión.

—Tienes que ponértela —dijo Gómez—. Allí, el pelo corto en una mujer es señal de deshonra o herejía. Procura que nadie vea tu verdadero pelo.

Kate se encasquetó la peluca, notando caer sobre sus hombros los mechones de cabello trigueño. Se volvió para mirarse en el espejo, y vio el rostro de una desconocida. Le daba un aspecto más juvenil, más delicado. Más débil.

—La otra opción es cortarse el pelo como un hombre —añadió Gómez—. Tú decides.

—Me pondré la peluca —respondió Kate.

Diane Kramer miró a Víctor Baretto y dijo:

—Pero ésa ha sido siempre la norma, Víctor; ya lo sabe.

—Sí, pero el problema es que ahora nos encargan una misión distinta —objetó Baretto, un hombre delgado y curtido de más de treinta años. Antiguo miembro de una unidad de operaciones especiales del ejército, llevaba dos años en la empresa. En ese tiempo se había forjado una sólida reputación como guardia de seguridad, pero tendía a darse aires de grandeza—. Ahora quieren que entremos en el mundo, y sin embargo no nos permiten ir armados.

—Así es, Víctor. Nada de anacronismos. Nada de artefactos modernos en el pasado. Ésa ha sido la norma desde el principio. —Kramer trató de disimular su desesperación. Aquellos exsoldados eran gente de trato difícil, en particular los hombres. Las mujeres, como Gómez, no causaban molestias. Pero los hombres se obstinaban en «aplicar su instrucción», como ellos decían, en los viajes al pasado de la ITC, y nunca daba resultado. Personalmente, Kramer pensaba que, para aquellos hombres, eso era solo una manera de camuflar su nerviosismo, pero por supuesto jamás lo expresaba en voz alta. Aun sin esa clase de reproches, les costaba ya bastante aceptar órdenes de una mujer como ella.

Asimismo, a los hombres les representaba un mayor esfuerzo mantener en secreto su trabajo. Para las mujeres era más fácil; los hombres, en cambio, necesitaban alardear de sus visitas al pasado. Naturalmente, tenían prohibido hablar de ello mediante las más diversas cláusulas contractuales, pero después de unas cuantas copas uno podía olvidarse de los contratos. Por eso Kramer les había informado a todos sin excepción de la existencia de ciertos marcadores de navegación con registros especiales. Esos marcadores habían pasado a formar parte de la mitología de la empresa, junto con sus nombres: Tunguska, Vesubio, Tokio. El marcador denominado Vesubio lo situaba a uno en la bahía de Nápoles a las siete de la mañana del 24 de agosto del año 79 d. C., justo antes de que la lluvia de ceniza acabara con la vida de todos los habitantes de la zona. El Tunguska llevaba al portador a Siberia en 1908, poco antes de que cayera allí el meteorito gigante provocando una onda expansiva que mató a todos los seres vivos en un radio de cientos de kilómetros a la redonda. El Tokio enviaba a esa ciudad en 1923, momentos antes de quedar asolada por el terremoto. El objetivo de aquello era dejar claro que si se divulgaba la

naturaleza del proyecto, alguien podía acabar con un marcador equivocado en su siguiente viaje. Ninguno de los exsoldados sabía con seguridad si eso era verdad o simple mitología de la empresa.

Y así quería Kramer que fuese.

—Esto es una misión nueva —repitió Baretto como si no la hubiera oído—. Nos piden que entremos en el mundo, que traspasemos las filas enemigas, por así decirlo, sin armas.

—Están adiestrados en el combate cuerpo a cuerpo, usted, Gómez, todos.

—No creo que sea suficiente.

—Víctor...

—Con el debido respeto, señorita Kramer, opino que no asumen la actual situación —insistió Baretto tercamente—. Han perdido ya a dos personas. Tres si contamos a Traub.

—No, Víctor; no hemos perdido a nadie.

—Sin duda perdieron a Traub.

—No perdimos al doctor Traub —repuso Kramer—. Traub se ofreció voluntario, y Traub padecía una depresión.

—Presuponen que padecía una depresión.

—Nos consta, Víctor. Desde la muerte de su esposa, estaba muy deprimido y tenía tendencias suicidas. Pese a haber rebasado el límite de viajes, se obstinó en volver para perfeccionar la tecnología. Pensaba que podía modificar las máquinas para reducir los errores de transcripción. Pero, por lo visto, se equivocaba. Por eso terminó en el desierto de Arizona. Personalmente, dudo que tuviese verdadera intención de volver al presente. Sospecho que fue un suicidio.

—Y perdieron a Rob —afirmó Baretto—. Él desde luego no se suicidó.

Kramer lanzó un suspiro. Rob Deckard había sido uno de los primeros observadores enviados al pasado, hacía casi dos años, y uno de los primeros en mostrar síntomas de los errores de transcripción.

—Eso ocurrió en una etapa del proyecto muy anterior, Víctor. La tecnología estaba menos evolucionada. Y usted sabe de sobra qué pasó. Después de varios viajes Rob empezó a presentar efectos secundarios. Fue él quien insistió en continuar. Pero no lo perdimos.

—Se fue y no volvió —recordó Baretto—. Ésa es la realidad.

—Rob era consciente del peligro.

—Y ahora el profesor.

—No hemos perdido al profesor —aseguró Kramer—. Sigue vivo.

—O eso esperan. Y no saben por qué no volvió.

—Víctor...

—Solo digo que en este caso la logística no se ajusta al perfil de la misión. Nos piden que corramos un riesgo innecesario.

—No está obligado a ir —dijo Kramer sin mucha convicción.

—No, yo no he dicho eso.

—Pero no está obligado.

—Ésa no es la cuestión —contestó Baretto—. Iré.

—Bien, pues ya conoce las normas. No puede introducirse tecnología moderna en el pasado. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y nada de esto debe mencionarse a los historiadores.

—No, claro que no. Soy un profesional.

—Muy bien —dijo Kramer.

Observó marcharse a Baretto. Estaba molesto, pero obedecería. Al final, siempre acataban órdenes. Y las normas eran importantes, pensó Kramer. Aunque a Doniger le gustaba discursar sobre la imposibilidad de alterar la historia, lo cierto era que a ese respecto nada se sabía con certeza, y nadie deseaba arriesgarse. No querían enviar armas modernas ni objetos de plástico al pasado.

Y nunca lo habían hecho.

Sentados en las incómodas sillas de una sala con mapas, Stern y los otros escuchaban a Susan Gómez, la mujer que acababa de regresar en la máquina. Ésta exponía la situación con un estilo parco y expeditivo en el que Stern detectó cierta precipitación.

—Iremos al monasterio de Sainte-Mère, a orillas del río Dordogne, en el sur de Francia —decía Gómez—. Llegaremos a las 8.04 del martes 7 de abril de 1357, el día en que estaba fechado el mensaje del profesor. Afortunadamente para nosotros, coincide con la celebración de un torneo en Castलगard, y el espectáculo atraerá a mucha gente de los alrededores, lo cual nos permitirá pasar inadvertidos. —Apoyó el dedo en uno de los mapas—. Solo a modo de orientación, ved este plano de la zona. Aquí está el monasterio, y aquí, al otro lado del río, Castलगard. La fortaleza de La Roque se encuentra en lo alto de este peñasco, al norte del monasterio. ¿Alguna duda hasta el momento?

Ellos negaron con la cabeza.

—Muy bien. Estos territorios atraviesan un período de cierta agitación. Como sabéis, abril de 1357 nos sitúa aproximadamente veinte años después del inicio de la guerra de los Cien Años. Han pasado siete meses desde la victoria inglesa de Poitiers, en la que se tomó prisionero al rey de Francia. Ahora el rey francés sigue retenido mientras se negocian las condiciones de su liberación. Y Francia, sin rey, está al borde del caos.

»En este momento Castलगard se halla en manos de sir Oliver de Vannes, un caballero inglés nacido en Francia. Oliver se ha apoderado también de La Roque, donde refuerza las defensas del castillo. Sir Oliver es un personaje impopular, conocido por su mal genio. Lo apodan el Carnicero de Crécy, por sus excesos en esa batalla.

—¿Oliver controla, pues, las dos plazas fuertes? —preguntó Marek.

—Por ahora, sí. No obstante, una tropa de caballeros renegados bajo el mando de Arnaud de Cervole, un monje despojado del hábito...

—El Arcipreste —apuntó Marek.

—Sí, exacto, el Arcipreste. Él y sus hombres han penetrado en la zona, y sin duda intentarán arrebatar los castillos a Oliver. Creemos que el Arcipreste se encuentra aún a varios días de camino. Pero las hostilidades pueden desatarse en cualquier momento, así que actuaremos de prisa. —Pasó a otro mapa, a mayor escala. Mostraba

el monasterio con todas sus dependencias—. Apareceremos más o menos por aquí, en el límite del bosque de Sainte-Mère. Desde nuestro punto de llegada deberíamos ver el monasterio. Puesto que el mensaje del profesor procedía del monasterio, iremos allí directamente. Como sabéis, los monjes toman la principal comida del día a las diez de la mañana, y es probable que el profesor esté presente. Con un poco de suerte, lo encontraremos allí y lo traeremos.

—¿De dónde ha salido toda esa información? —dijo Marek—. Creía que no había entrado nadie en el mundo.

—Y así es. No ha entrado nadie. Pero los observadores, pese a quedarse cerca de las máquinas, han suministrado datos suficientes para permitirnos un buen conocimiento de las circunstancias de este período en particular. ¿Alguna otra pregunta?

Volvieron a negar con la cabeza.

—Muy bien —prosiguió Gómez—. Es vital que rescatemos al profesor en el monasterio. Si va a Castलगard o La Roque, será mucho más difícil. Tenemos un plan de acción apretado. Según nuestros cálculos, estaremos allí entre dos y tres horas. Permaneceremos juntos en todo momento. Si alguien se separa del grupo, usaremos los auriculares para reunirnos de nuevo. Localizaremos al profesor y regresaremos de inmediato, ¿de acuerdo?

—Entendido.

—Os acompañarán dos escoltas, yo misma y Víctor Baretto, que está en el rincón. Saluda, Vic.

El segundo escolta era un hombre hosco con aspecto de exmarine, fogueado y competente. La ropa de época de Baretto era más basta y holgada, de una tela semejante a la arpillera, propia de un campesino. Saludó con un parco gesto. Parecía de mal humor.

—¿Todo claro? —dijo Gómez—. ¿Alguna otra duda?

—¿Lleva allí tres días, el profesor Johnston? —preguntó Chris.

—Así es.

—¿Quién creen los lugareños que es?

—Lo ignoramos —contestó Gómez—. No sabemos siquiera por qué se alejó de la máquina. Supongo que tuvo alguna razón. Pero, dado que está en el mundo, lo más sencillo para él sería pasar por un hermano lego o un estudioso de Londres en peregrinación a Santiago de Compostela. Sainte-Mère está en el Camino de Santiago, y con frecuencia los peregrinos interrumpen su viaje por un día o una semana y se quedan allí, en especial si entablan amistad con el abad, que es todo un personaje. Quizá sea ése el caso del profesor. O quizá no. En realidad, no lo sabemos.

—Pero, un momento, ¿no cambiará su presencia allí la historia local? —dijo Chris Hughes—. ¿No influirá en el resultado de los acontecimientos?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es imposible.

—Pero ¿y las paradojas del tiempo?

—¿Las paradojas del tiempo?

—Exacto —secundó Stern—. Como, por ejemplo, una persona que viaja al pasado y mata a su abuelo, de modo que no puede nacer ni, por tanto, retroceder en el tiempo para matar a su abuelo.

—Ah, eso. —Gómez movió la cabeza en un impaciente gesto de negación—. No existen las paradojas del tiempo.

—¿Cómo que no? —replicó Stern—. Claro que existen.

—No, no existen —aseguró una voz firme detrás de ellos. Todos se volvieron. Era Doniger—. No se producen paradojas en el tiempo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Stern, molesto por tan brusca refutación de su planteamiento.

—Las llamadas paradojas del tiempo no guardan relación alguna con el tiempo real —declaró Doniger—. Tiene que ver con ciertas concepciones de la historia, tentadoras pero erróneas. Tentadoras, porque nos inducen a pensar que poseemos el poder de influir en el curso de los acontecimientos; y erróneas, porque carecemos de tal poder.

—¿No podemos influir en los acontecimientos?

—No.

—Claro que podemos.

—No. No podemos. Resulta más fácil comprenderlo mediante un ejemplo contemporáneo. Imagina que vas a un partido de béisbol. Los Yankees contra los Mets, y van a ganar los Yankees, obviamente. Quieres cambiar el resultado para que ganen los Mets. ¿Qué puedes hacer? No eres más que un individuo en medio de una multitud. Si intentas llegar al banquillo, te lo impedirán. Si intentas saltar al campo, te sacarán a rastras. Cualquier acción corriente a tu alcance se frustrará y no alterará el resultado del partido.

»Supongamos que eliges una acción más extrema: disparar contra el pitcher de los Yankees. Pero en cuanto los hinchas más cercanos a ti vean el arma, probablemente te reducirán. Incluso si consigues disparar una vez, fallarás casi con toda seguridad. Y aun si la bala alcanza al pitcher, ¿qué ocurrirá? Otro jugador ocupará su puesto, y los Yankees ganarán el partido.

»Supongamos que eliges una acción todavía más extrema: lanzar bombas de gas nervioso y matar a toda la gente del estadio. Una vez más, es poco probable que lo consigas, porque, como antes, difícilmente llegarás a lanzarlas. Pero aun si logras matar a todo el mundo, no habrás cambiado el resultado del partido. Puedes aducir que has desviado la historia en otra dirección, y tal vez así sea; pero no has hecho que los Mets ganen el partido. En realidad, no puedes hacer nada para que los Mets ganen el partido. Sigues siendo lo que eras: un espectador más.

»Y ese mismo principio rige para la mayoría de las circunstancias históricas. Un

individuo aislado tiene pocas posibilidades de alterar los acontecimientos de manera significativa. Las masas, claro está, sí pueden cambiar el curso de la historia. Pero ¿una sola persona? No.

—Tal vez, pero sí puedo matar a mi abuelo —insistió Stern—. Y si él muere, yo no naceré, así que no existiré y por tanto no podré matarlo. Y eso es una paradoja.

—Sí, lo es..., en el supuesto de que llegues a matar a tu abuelo. Pero eso, en la práctica, puede resultar muy difícil. En la vida se tuercen muchas cosas. Quizá no encuentres a tu abuelo en el momento oportuno. Quizá te atropelle un autobús en el camino. O quizá te enamores. Quizá te detenga la policía. Quizá lo mates demasiado tarde, cuando tu padre ya haya sido concebido. O quizá al estar cara a cara con él seas incapaz de apretar el gatillo.

—Pero *en teoría*...

—En lo referente a la historia, las teorías no tienen ningún valor —dijo Doniger con un gesto de desdén—. Una teoría es válida si permite predecir sucesos futuros. Pero la historia es el registro de las acciones humanas, y ninguna teoría puede predecir las acciones humanas. —Se frotó las manos—. Y ahora ¿por qué no nos dejamos de especulaciones y nos ponemos en marcha?

Un murmullo surgió del resto del grupo.

Stern se aclaró la garganta y anunció:

—En realidad, creo que no voy a ir.

Marek lo preveía. Había observado a Stern durante la reunión informativa, advirtiéndole el modo en que se movía en la silla, como si no encontrara cómoda ninguna postura. El nerviosismo de Stern había ido en aumento desde el principio de la visita a las instalaciones.

Marek no albergaba la menor duda en cuanto a aquel viaje. Desde la adolescencia había vivido y respirado el mundo medieval, imaginándose en Wartburg y Carcasona, Aviñón y Milán. Había participado en las guerras gaélicas al servicio de Eduardo I. Había visto a los burgueses de Calais entregar su ciudad, y acudido a las ferias de Champaña. Había formado parte de las magníficas cortes de Leonor de Aquitania y el duque de Berry. Marek estaba resuelto a emprender aquel viaje a toda costa. En cuanto a Stern...

—Lo siento —decía Stern—, pero esto no es asunto mío. Me incorporé al equipo del profesor únicamente porque mi novia se inscribió en un curso de verano en Toulouse. No soy historiador. Soy un científico. Y además dudo de que sea seguro.

—¿Dudas de que las máquinas sean seguras? —preguntó Doniger.

—Las máquinas no, el lugar. El año 1357. Después de la batalla de Poitiers, Francia estuvo en guerra civil. Tropas descontroladas se dedicaban al pillaje. Maleantes, asesinos, anarquía en todas partes.

Marek asintió con la cabeza. Como mínimo, Stern comprendía la situación. El

siglo XIV era un mundo en desintegración, y peligroso. Era un mundo dominado por la religión; la mayoría de la gente iba a misa al menos una vez al día. Sin embargo, era un mundo en extremo violento, donde las huestes invasoras mataban a cuantos encontraban a su paso, donde se descuartizaba de manera rutinaria a mujeres y niños, donde se destripaba a las embarazadas por diversión. Era un mundo que ensalzaba los ideales caballerescos y al mismo tiempo saqueaba y asesinaba indiscriminadamente, donde se consideraba a las mujeres seres inermes y delicados cuando en realidad administraban grandes fortunas, gobernaban castillos, tomaban amantes a su antojo, y maquinaban crímenes y rebeliones. Era un mundo de fronteras cambiantes y lealtades cambiantes, y esos cambios a menudo se producían de la noche a la mañana. Era un mundo de muerte, de epidemias devastadoras, de enfermedades, de guerras permanentes.

—Desde luego no es nuestra intención obligarle —dijo Gordon.

—Pero recuerda que no estaréis solos —añadió Doniger—. Os acompañarán dos escoltas.

—Lo siento —repitió Stern—. Lo siento.

—Déjenlo quedarse —terció Marek por fin—. Tiene razón. No es su período, ni es asunto suyo.

—Ahora que lo mencionas —dijo Chris—, eso mismo estaba yo pensando: tampoco es mi período. Mi verdadera especialidad, más que el siglo XIV, es el último cuarto del siglo XIII. Quizá debería quedarme con David...

—De eso nada —atajó Marek, echando un brazo sobre el hombro de Chris—. Tú te las arreglarás a la perfección. —Marek actuó como si tomara a broma el comentario, aunque sabía que Chris no bromeaba precisamente.

No precisamente.

La sala estaba a muy baja temperatura. Una fría neblina les cubría los pies y los tobillos, rizándose como la superficie de un estanque mientras avanzaban por ella en dirección a las máquinas.

Había cuatro jaulas conectadas por las bases y una quinta separada.

—Esa es la mía —dijo Baretto, y entró en la jaula independiente, quedándose inmóvil, con la espalda recta y la mirada al frente.

Susan Gómez entró en una de las jaulas unidas.

—Vosotros vendréis conmigo —informó.

Marek, Kate y Chris entraron en las otras tres jaulas. Provistas al parecer de muelles, las máquinas se balancearon ligeramente bajo su peso.

—¿Preparados?

Los otros respondieron con gestos y susurros de asentimiento.

—Las damas primero —dijo Baretto.

—Por una vez has acertado —respondió Gómez. Era obvio que Baretto y ella no se tenían la menor simpatía. Dirigiéndose al resto del grupo, anunció—: Muy bien. En marcha.

Chris notó que el corazón empezaba a latirle con fuerza. Lo invadió una sensación de vértigo y miedo. Cerró los puños.

—Relajaos —aconsejó Gómez—, os resultará una experiencia agradable. —Introdujo la oblea de cerámica en la ranura situada a sus pies y volvió a erguirse—. Allá vamos. Recordad: en el último momento del proceso debéis estar muy quietos.

Empezó a oírse el zumbido de las máquinas. Chris percibió una ligera vibración bajo sus pies, en la base. El zumbido de las máquinas cobró intensidad. En torno a las bases, la neblina se arremolinó y dispersó. Las máquinas comenzaron a crujir y chirriar, como si el metal se retorciera. El ruido aumentó rápidamente, hasta estabilizarse en un volumen tan estridente como un grito.

—Ese sonido se debe al enfriamiento del metal a temperaturas de superconducción por efecto del helio líquido —explicó Gómez.

Súbitamente, el agudo chirrido cesó y se inició el tableteo.

—Y esto es el control de holgura mediante infrarrojos —dijo Gómez.

Un repentino temblor se apoderó de Chris. Trató de controlarlo, pero le flaqueaban las piernas. En un instante de pánico, pensó en pedir que se cancelara la

transmisión, pero entonces oyó una voz grabada: «Permanezca inmóvil..., abra los ojos...». Demasiado tarde, se dijo. Demasiado tarde.

«... Respire hondo... contenga la respiración... *Ahora*».

El anillo del techo descendió en un instante hasta sus pies, emitiendo un chasquido metálico al entrar en contacto con la base. De inmediato se produjo un cegador destello de luz, envolvente, más intenso que el sol, pero Chris no sintió nada. De hecho, experimentó una extraña sensación de distanciamiento, como si contemplara una escena a lo lejos.

Alrededor, el silencio era absoluto.

Vio agrandarse la máquina de Baretto, elevándose imponente junto a él. Baretto, un gigante, su descomunal rostro salpicado de monstruosos poros, estaba inclinado, mirándolos.

Más destellos.

La máquina de Baretto no solo aumentaba de tamaño sino que también parecía alejarse, cada vez más separada de ellos por una creciente extensión de suelo: una vasta superficie de goma oscura.

Más destellos.

El suelo de goma tenía un dibujo de círculos en relieve. De pronto esos círculos se alzaron en torno a ellos como acantilados negros. Al cabo de un momento, los acantilados negros alcanzaban tal altura que semejaban rascacielos negros e impedían el paso de la luz. Finalmente, los rascacielos se unieron en lo alto y el mundo se oscureció.

Más destellos.

Por un instante permanecieron sumidos en una total negrura. Luego Chris distinguió unos puntos de luz titilante, dispuestos en cuadrícula, extendiéndose en todas direcciones. Daba la impresión de que estuvieran en el interior de una enorme y brillante estructura cristalina. Mientras Chris observaba, los puntos de luz se hicieron más grandes y deslumbrantes, desdibujándose sus contornos hasta convertirse en esferas borrosas y resplandecientes. Se preguntó si serían átomos.

No veía ya la cuadrícula, sino solo unas cuantas esferas cercanas. Su máquina avanzó derecha hacia una radiante esfera que parecía palpitar y cambiar de forma.

Luego penetraron en la esfera, sumergiéndose en una refulgente niebla que parecía saturada de una energía vibrante.

Y de pronto el resplandor se desvaneció.

Flotaron en una uniforme negrura. Nada.

Negrura.

Pero al cabo de un instante Chris vio que seguían descendiendo, ahora en dirección a la encrespada superficie de un mar negro en una noche negra. El mar bullía y se agitaba, formando una espuma azulada. A medida que bajaban, la espuma aumentaba de tamaño. Chris advirtió que una burbuja en particular resplandecía de un modo especial.

Su máquina se dirigió hacia ese resplandor a una velocidad cada vez mayor, y tuvo la sensación de que iban a estrellarse contra la espuma. Por fin, entraron en la burbuja y oyeron un penetrante chirrido.

Luego silencio.

Oscuridad.

Nada.

En la sala de control, David Stern observaba los destellos en el suelo de goma, que se contrajeron y debilitaron hasta extinguirse por completo. Las máquinas habían desaparecido. Los técnicos se concentraron de inmediato en Baretto e iniciaron la cuenta atrás de su transmisión.

Pero Stern mantenía la mirada fija en el punto donde segundos antes se hallaban sus compañeros.

—¿Y ahora dónde están? —preguntó a Gordon.

—Ah, ya han llegado. Ya están *allí*.

—¿Han sido reconstruidos?

—Sí.

—Sin fax en el otro extremo.

—En efecto.

—Explíqueme cómo —dijo Stern—. Cuénteme los pormenores que no interesaban a los demás.

—Muy bien —contestó Gordon—. No es ningún problema grave. Simplemente he pensado que a los otros podría resultarles..., en fin, *alarmante*.

—Ya.

—Volvamos a las figuras de interferencia, que, como hemos dicho, demostraban que otros universos influyen en el nuestro. No tenemos que hacer nada para que se produzca una figura de interferencia. Es algo que ocurre por sí solo.

—Sí.

—Y esa interacción es muy fiable: se produce siempre que proyectamos luz a través de las dos hendiduras.

Stern asintió con la cabeza. Intentaba adivinar adónde quería llegar Gordon, pero de momento no preveía el rumbo de sus razonamientos.

—Sabemos por tanto que en determinadas situaciones podemos contar con que otros universos actúen de cierta manera. Proyectamos luz a través de las hendiduras, e invariablemente los otros universos crean la figura que vemos.

—De acuerdo...

—Y si transmitimos a través de un agujero de gusano, la persona siempre es reconstruida al otro lado. También podemos contar con que eso ocurra.

Siguió un instante de silencio.

Stern frunció el entrecejo.

—Un momento, ¿está diciendo que cuando se transmite a una persona, la reconstruye el otro universo? —preguntó.

—Sí, así es. No puede ser de otro modo. Obviamente nosotros no podemos reconstruirlos, porque no estamos allí. Estamos en este universo.

—Así que *ustedes* no reconstruyen...

—No.

—Porque no saben cómo —dijo Stern.

—Porque no es necesario —rectificó Gordon—. Del mismo modo que no es necesario pegar los platos a una mesa para que permanezcan en ella. Se sostienen por sí solos. Hacemos uso de una característica del universo: la gravedad. Y en este otro caso hacemos uso de una característica del multiverso.

Stern seguía con la frente arrugada. Aquella analogía le inspiró desconfianza de inmediato; era demasiado fácil, demasiado simplista.

—Verá —continuó Gordon—, el aspecto esencial de la tecnología cuántica es su capacidad de superponer universos. Cuando un ordenador cuántico realiza sus cálculos, cuando se utilizan los treinta y dos estados cuánticos del electrón, el ordenador opera, estrictamente hablando, en otros universos, ¿no es así?

—Sí, en teoría, pero...

—No, en teoría no; en realidad. —Se produjo una pausa—. Puede ser más sencillo comprenderlo desde el punto de vista del otro universo. Ese universo ve llegar de pronto a una persona, una persona procedente de otro universo.

—Sí...

—Y eso es lo que ha ocurrido. La persona ha llegado de otro universo, no del nuestro.

—Repítalo.

—La persona no ha llegado de nuestro universo —dijo Gordon.

—¿De dónde ha llegado, pues? —preguntó Stern con cara de incompreensión.

—De un universo que es casi idéntico al nuestro, idéntico en todos los sentidos, salvo por el hecho de que sabe cómo reconstruir a esa persona en el otro extremo.

—No habla en serio —repuso Stern.

—Sí, totalmente en serio.

—¿La Kate que aparece allí no es la Kate que ha salido de aquí? ¿Es una Kate de otro universo?

—Sí.

—¿Es casi Kate, pues? ¿Una especie de Kate? ¿Una semiKate?

—No. Es Kate. Por lo que hemos podido ver mediante nuestras pruebas, es absolutamente idéntica a nuestra Kate. Porque nuestro universo y su universo son casi idénticos.

—Aun así, no es la Kate que ha salido de aquí.

—¿Cómo podría serlo? Ha sido destruida y reconstruida.

—¿Se siente uno distinto cuando ocurre eso? —preguntó Stern.
—Solo durante uno o dos segundos —contestó Gordon.

Negrura.

Silencio, y luego, a lo lejos, una viva luz blanca.

Acercándose. Deprisa.

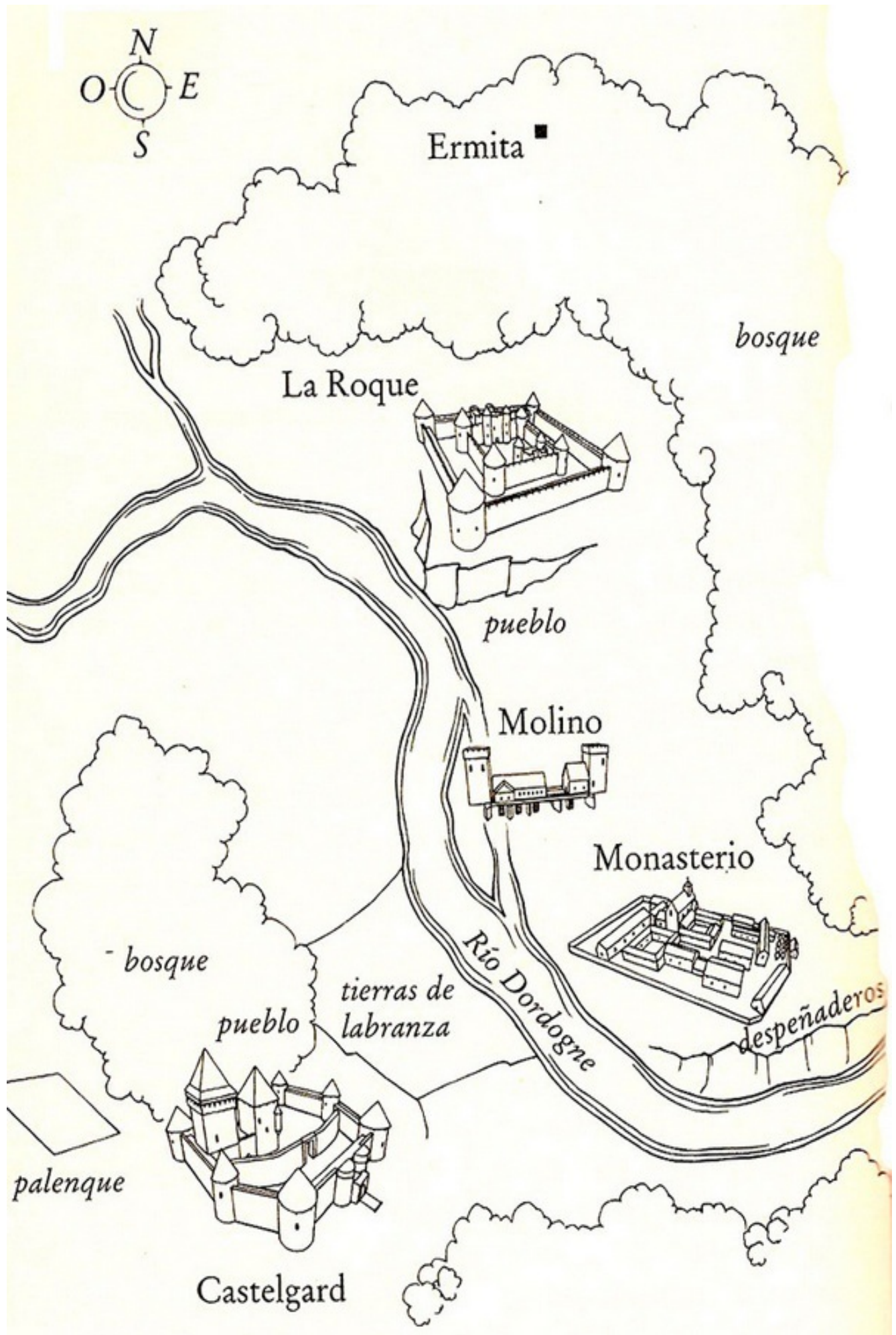
Chris se estremeció, sacudido por una fuerte descarga eléctrica, y se le contrajeron los dedos. Por un momento *notó* repentinamente su cuerpo, de igual modo que uno nota la ropa cuando acaba de ponérsela: notó el revestimiento de carne, notó su peso, la atracción de la gravedad, la presión de su cuerpo sobre las plantas de los pies. Después un penetrante dolor de cabeza, que duró solo el tiempo de un latido y desapareció. Una intensa luz violácea lo envolvió. Arrugó el rostro y parpadeó.

Se hallaba a la luz del sol. El aire era fresco y húmedo. Los pájaros gorjeaban en las ramas de los enormes árboles que se alzaban alrededor. Los rayos de sol se filtraban entre el espeso follaje, moteando la tierra de luz. Uno de los rayos lo iluminaba a él. La máquina estaba junto a un camino estrecho y embarrado que serpenteaba por el bosque. Enfrente, a través de un pequeño claro, vio un pueblo medieval.

En primera línea, unos cuantos campos de labranza y varias chozas dispersas, con columnas de humo gris elevándose desde sus techumbres de paja y juncos. Detrás, una muralla de piedra y, al resguardo de ésta, los oscuros tejados del pueblo propiamente dicho. Por último, a lo lejos, el castillo con torres circulares.

Lo reconoció al instante: el pueblo y la fortaleza de Castelgard. Y no se encontraba en ruinas. Las murallas se elevaban intactas alrededor.

Estaba allí.



CASTELGARD

Nada hay en el mundo tan seguro como la muerte.

JEAN FROISSART, 1359

Gómez saltó ágilmente de la máquina. Marek y Kate salieron despacio, mirando alrededor aturcidos. Chris abandonó también su jaula y pisó el mullido musgo.

—¡Fantástico! —exclamó Marek, y apartándose inmediatamente de la máquina, cruzó el camino embarrado para ver mejor el pueblo. Kate lo siguió; parecía no haberse recuperado aún de la impresión.

Chris, en cambio, prefirió permanecer cerca de la máquina. Volviéndose lentamente, contempló el bosque. Se le antojó oscuro, denso, primigenio. Los árboles, advirtió, eran enormes. El tronco de algunos tenía tal diámetro que detrás podían esconderse tres o cuatro personas. Se alzaban a gran altura, y la frondosa enramada proyectaba una sombra casi uniforme sobre el terreno.

—Precioso, ¿no? —comentó Gómez, que al parecer había notado la inquietud de Chris.

—Sí, precioso —contestó él, pero no era ésa ni mucho menos la sensación que le inspiraba el paisaje. Percibía algo siniestro en aquel bosque. Miró a uno y otro lado para encontrar la causa que lo inducía a pensar que algo anormal ocurría allí, que algo faltaba o no encajaba. Finalmente, preguntó:

—¿Qué pasa?

Gómez se echó a reír.

—¡Ah, es eso! —dijo—. Escucha con atención.

Chris guardó silencio y escuchó. Se oía el gorjeo de los pájaros y el suave susurro de las hojas de los árboles movidas por una ligera brisa. Pero aparte de eso...

—No oigo nada.

—Exacto —confirmó Gómez—. Eso pone nerviosas a algunas personas la primera vez que vienen. Aquí no hay ruido ambiental: ni radio, ni televisión, ni aviones, ni maquinaria, ni tráfico. En el siglo xx estamos tan habituados a oír sonidos continuamente que el silencio absoluto nos resulta escalofriante.

—Sí, supongo que así es. —Al menos, eso era precisamente lo que a él le ocurría. Se volvió y observó el camino embarrado, un sendero iluminado por el sol en medio del bosque. En algunos puntos el barro debía de tener un metro de profundidad, revuelto y diluido por el paso de numerosos caballos.

Éste es un mundo de caballos, pensó Chris.

Sin ruido de máquinas y con muchas huellas de cascos.

Respiró hondo y expulsó el aire poco a poco. Incluso el aire semejaba distinto. Embriagador, luminoso, como si contuviera más oxígeno.

Al volverse de nuevo, descubrió que la máquina había desaparecido. Gómez

parecía no darle importancia al hecho.

—¿Dónde están las máquinas? —preguntó, procurando disimular su preocupación.

—A la deriva —respondió Gómez.

—¿A la *deriva*?

—Cuando las máquinas mantienen aún toda su carga, son un poco inestables. Tienen a alejarse del momento presente, y por eso no las vemos.

—¿Y adónde van? —dijo Chris.

—No lo sabemos exactamente —contestó Gómez, encogiéndose de hombros—. A otro universo, suponemos. Pero adondequiera que vayan, se encuentran en perfecto estado. Siempre vuelven. —Para demostrárselo, alzó el marcador de cerámica y pulsó el botón con la uña del pulgar. En medio de una serie de destellos de luz cada vez más intensos, las máquinas regresaron: las cuatro jaulas conectadas, justo en el sitio donde se hallaban poco antes—. Ahora se quedarán aquí durante uno o dos minutos, pero después volverán a desaparecer, y dejaremos que se vayan. Es mejor que no estén a la vista.

Chris asintió con la cabeza; Gómez parecía saber de qué hablaba. No obstante, la circunstancia de que las máquinas fueran a la deriva causó en Chris cierto desasosiego; aquellas máquinas eran su billete de regreso a casa, y no le gustaba la idea de que se comportaran conforme a sus propias reglas y se desvanecieran al azar.

¿Viajaría alguien en un avión si el piloto dijese que era «inestable»?; pensó. Notó una súbita frialdad en la frente, y supo que en unos segundos empezaría a sudar.

Para distraerse, siguió a sus compañeros, cruzando el camino con cuidado para no hundirse en el barro. Al otro lado, ya en tierra firme, se abrió paso a través de la densa maleza, compuesta por matas de una frondosa planta de algo más de un metro de altura, semejante al rododendro. Volvió la cabeza hacia Gómez.

—¿Hay algún peligro en estos bosques?

—Solo las víboras —dijo Gómez—. Normalmente están en las ramas bajas de los árboles. Caen en los hombros de quien pasa por debajo y le muerden.

—Estupendo. ¿Son venenosas?

—Mucho.

—¿La mordedura es fatal?

—Descuida; son muy infrecuentes —aseguró Gómez.

Chris decidió no hacer más preguntas. En todo caso, había llegado ya a un pequeño claro bañado por el sol. Desde allí vio el río Dordogne, serpenteando entre las tierras de labranza sesenta metros más abajo, y no muy distinto de como él lo conocía.

Pero si el río era el mismo, los demás elementos del paisaje no se parecían en nada. La fortaleza de Castelpard se hallaba intacta, al igual que el pueblo. Extramuros, había parcelas de terreno destinadas a la agricultura; en ese preciso momento, se araban algunos campos.

De inmediato dirigió su atención a la derecha, donde pudo contemplar el vasto recinto rectangular del monasterio... y el puente fortificado del molino. *Su* puente fortificado, pensó. El puente a cuyo estudio había dedicado todo el verano.

Y por desgracia muy diferente de como él lo había reconstruido en el ordenador.

Chris contó cuatro ruedas hidráulicas, no tres, girando en la corriente de agua bajo el puente. Y el puente no se reducía a una única estructura. Se componía al menos de dos estructuras independientes, como pequeñas casas. La de mayor tamaño era de piedra y la otra de madera, desprendiéndose de ello que su construcción databa de épocas distintas. Del edificio de piedra surgía una ininterrumpida columna de humo gris. Eso parecía corroborar la hipótesis de que allí se fabricaba acero. Aprovechando la energía hidráulica para accionar unos enormes fuelles, era posible generar el intenso calor que requería un horno de fundición. Eso explicaría, además, la construcción de dos estructuras separadas. Dentro de los molinos harineros estaba prohibido encender fuego, incluso una simple vela; por eso solo se molía el grano de día.

Absorto en los detalles, Chris empezó a relajarse.

A la orilla del camino embarrado, Marek contemplaba el pueblo de Castलगard con creciente sensación de asombro.

Él estaba allí.

Aturdido, marcado casi de emoción, se recreó en los detalles. En los campos, los labradores vestían calzas apedazadas y sayos de colores rojo y azul, naranja y rosa. Esas vivas tonalidades contrastaban con la tierra oscura. La mayoría de los campos ya estaban sembrados y arrellanados. Por aquellas fechas, primeros de abril, debía de haber casi concluido la siembra de primavera —cebada, guisantes, avena y judías—, los llamados «cultivos cuaresmales».

Observó cómo araban un campo nuevo, la reja negra de hierro tirada por una yunta de bueyes. El arado abría el surco y amontonaba limpiamente la tierra a ambos lados. Marek reparó complacido en la plancha de madera que llevaba montada sobre la reja. Esa pieza se denominaba «vertedera», y era característica de la época.

Detrás del labrador, un campesino esparcía la simiente con un rítmico movimiento del brazo. Acarreaba al hombro el saco de las semillas. Unos pasos por detrás del sembrador, los pájaros revoloteaban sobre el surco y picoteaban las semillas. Pero por poco tiempo. En un campo cercano, Marek vio a otro hombre a lomos de un caballo que tiraba de una grada, un bastidor de madera en forma de T con una enorme piedra encima para darle peso. Su misión era arrellanar los surcos para proteger la simiente.

Todo parecía moverse con la misma cadencia sosegada y uniforme: la mano que echaba las semillas, el arado que removía la tierra, la grada que escarificaba el campo. Y apenas se oía ruido alguno en la plácida mañana, solo el zumbido de los

insectos y los trinos de los pájaros.

Más allá de los campos, Marek vio la muralla de seis metros de altura que circundaba el pueblo de Castelgard. La piedra, gastada por la erosión, era de un color gris oscuro. En un paño de la muralla se llevaban a cabo obras de reparación; la piedra nueva era de un color más claro, gris amarillento. Los mamposteros, encorvados, trabajaban deprisa. En el adarve, guardias con cota de malla iban de un lado a otro, deteniéndose de vez en cuando para otear nerviosamente los alrededores.

Y alzándose por encima de todo lo demás, el propio castillo, con sus torres circulares y sus tejados de piedra negra. Los pendones ondeaban en lo alto de las torres albarranas, exhibiendo todos la misma divisa: un escudo marrón y gris con una rosa de color plata.

Conferían al castillo un aspecto festivo, y de hecho en un campo cercano a las murallas del pueblo estaba montándose en esos momentos una tribuna de madera para el público del torneo. Una muchedumbre empezaba ya a congregarse. Había allí unos cuantos caballeros, sus caballos amarrados junto a las vistosas tiendas de campaña listadas que rodeaban el palenque.

Contemplándolo, Marek dejó escapar un largo suspiro de satisfacción.

Todo lo que veía era preciso, fiel hasta el último detalle. Todo era real.

Y él estaba allí.

Kate Erickson mantenía la vista fija en Castelgard con una sensación de perplejidad. Junto a ella, Marek suspiraba como un amante, pero Kate no sabía bien por qué. Castelgard, desde luego, era ahora un pueblo rebosante de vida, mostrado en todo su esplendor pasado, con las casas y el castillo íntegramente construidos. Pero en conjunto la escena no se diferenciaba demasiado de cualquier paisaje rural francés. Quizá con mayores signos de retraso, con caballos y bueyes en lugar de tractores. Pero por lo demás..., en fin, no era tan distinto.

Desde el punto de vista arquitectónico, la principal diferencia entre aquella escena y el presente residía en los tejados de *lauzes* de las casas, hechos de piedra negra apilada. Esos tejados, debido a su extraordinario peso, requerían un considerable apuntalamiento interno, razón por la cual habían dejado de usarse en las casas del Périgord, excepto en zonas turísticas. Kate estaba acostumbrada a ver las casas francesas con techumbres ocre, compuestas de tejas romanas abarquilladas o de las características tejas planas francesas.

Allí, en cambio, había solo *lauzes*; no se veían tejas por ninguna parte.

Continuó observando el paisaje y, poco a poco, notó otros detalles. Por ejemplo, abundaban los caballos. Sumando los caballos de los campos de labranza, los caballos preparados para el torneo, los caballos montados que recorrían los caminos y los caballos puestos a pastar, había al menos un centenar de animales. Kate nunca había visto tantos caballos juntos, ni siquiera en su Colorado natal. Caballos de todas

las clases, desde los magníficos y lustrosos caballos de guerra amarrados alrededor del palenque hasta los jamelgos de los campos.

Y si bien muchos campesinos vestían de un gris apagado, otros lucían ropa de colores tan vivos que casi recordaban al Caribe. Esas prendas estaban apedazadas una y otra vez, pero cada añadido contrastaba con los anteriores, de manera que la labor de retazos resultante era claramente visible incluso a gran distancia; de hecho, parecía obedecer a un diseño intencionado.

Advirtió asimismo una precisa demarcación entre las áreas relativamente pequeñas de asentamiento humano —pueblos y tierras de labranza— y el bosque circundante, una vasta y espesa alfombra verde que se extendía en todas las direcciones. En aquel paisaje predominaba el bosque. Kate tenía la sensación de hallarse rodeada de una agreste naturaleza donde los seres humanos eran intrusos. Además, intrusos de segundo orden.

Y cuando volvió a centrar la atención en el pueblo de Castelgard, percibió algo anómalo que fue incapaz de determinar. Hasta que por fin cayó en la cuenta: ¡No había chimeneas!

No asomaba una sola chimenea por ninguna parte.

En las chozas del campesinado, la salida de humo era un simple agujero en la techumbre de paja y juncos. En el pueblo, la situación era similar, pese a que las casas tenían tejados de piedra: el humo escapaba por un orificio del techo o por un respiradero abierto en alguna pared. También el castillo carecía de chimeneas.

Se hallaba, pues, en una época anterior a la aparición de las chimeneas en esa región de Francia. Por algún motivo, ese insignificante detalle arquitectónico le produjo un escalofrío de algo rayano en terror. Un mundo sin chimeneas. ¿Cuándo se habían inventado las chimeneas? No recordaba la fecha exacta. En el año 1600 eran sin duda de uso común. Pero el presente estaba aún lejos del siglo XVII.

Este presente, se recordó.

Detrás de ella, oyó decir a Gómez:

—¿Qué demonios estás haciendo?

Kate miró atrás y vio que el tipo malhumorado, Baretto, acababa de llegar. Su jaula independiente se hallaba al otro lado del camino, unos metros bosque adentro.

—Haré lo que me venga en gana —respondió a Gómez. Se había levantado el capote de arpillera, revelando un ancho cinturón de piel del que pendían la funda de una pistola y dos granadas negras. En ese momento comprobaba el cargador de la pistola—. Si vamos a entrar en el mundo, quiero estar preparado.

—Llevando eso encima, no puedes venir con nosotros —replicó Gómez.

—Eso lo dirás tú.

—Con eso, no puedes venir —repitió Gómez—. Sabes que está prohibido. Gordon no te permitiría entrar armas modernas en el mundo.

—Pero Gordon no está aquí, ¿verdad?

—Maldita sea, mira esto —dijo Gómez, y sacando el marcador de navegación, lo

blandió ante Baretto.

Al parecer, lo amenazaba con regresar.

36.50.22

En la sala de control, uno de los técnicos sentados ante los monitores anunció:

—Se detectan cabriolas de campo.

—¿Ah, sí? Ésa es una buena noticia —comentó Gordon.

—¿Por qué? —preguntó Stern.

—Significa que alguien regresará en las próximas dos horas —explicó Gordon—.

Sus amigos, sin duda.

—¿Encontrarán al profesor y estarán aquí de vuelta dentro de dos horas?

—Sí, eso exactamente... —Gordon se interrumpió, fijando la mirada en el gráfico del monitor, una superficie ondulada con un pronunciado pico ascendente—. ¿Es esa señal?

—Sí —contestó el técnico.

—Pero la amplitud de onda es demasiado grande —observó Gordon.

—Sí, y el intervalo se reduce rápidamente.

—¿Quiere eso decir que alguien está volviendo en este instante?

—Sí. O al menos que volverá en breve, según parece.

Stern consultó su reloj. El equipo había emprendido el viaje hacía solo unos minutos. No podían haber rescatado al profesor tan pronto.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—No lo sé —respondió Gordon. Lo cierto era que aquel imprevisto le daba mala espina—. Debe de haberles surgido algún problema.

—¿Qué clase de problema?

—En tan poco tiempo, probablemente sea un fallo mecánico. Un error de transcripción, quizá.

—¿Qué es un error de transcripción? —dijo Stern.

—Según mis cálculos, llegará dentro de veinte minutos cincuenta y siete segundos —informó el técnico, midiendo las intensidades de campo y los intervalos de pulsación.

—¿Cuántos vuelven? —preguntó Gordon—. ¿Todos?

—No —contestó el técnico—. Solo uno.

Chris Hughes no pudo evitarlo: el nerviosismo se había adueñado nuevamente de él. Tenía la piel fría y el corazón acelerado, y pese al aire fresco de la mañana, estaba bañado en sudor. Escuchar la discusión entre Baretto y Gómez no contribuyó a devolverle la serenidad.

Regresó al camino y lo cruzó sorteando los charcos de denso barro. Marek y Kate volvían también. Los tres permanecieron a cierta distancia de los dos escoltas, que seguían enzarzados en su disputa.

—Está bien, está bien, maldita sea —decía Baretto. Se quitó el cinto con las armas y lo dejó cuidadosamente en el suelo de su máquina—. Está bien. ¿Contenta?

Gómez seguía hablando en voz baja, apenas un susurro. Kate no la oía.

—No hay problema —respondió Baretto, casi gruñendo.

Gómez volvió a hablar con un murmullo inaudible. Baretto apretaba los dientes. Resultaba muy violento presenciar la escena. Chris se apartó unos pasos y volvió la espalda a los escoltas, aguardando a que dieran por terminada la discusión.

Extrañado, advirtió que el camino descendía en abrupta pendiente, y un hueco entre los árboles dejaba a la vista el llano que se extendía a la orilla del río. Allí estaba el monasterio, un tendido geométrico de patios, corredores cubiertos y claustros —todo ello construido de piedra ocre— rodeado por un alto muro. Semejaba una pequeña ciudad, concentrada y compacta. Era sorprendente que estuviera tan cerca, quizá a unos quinientos metros. No más.

—A la mierda, yo me voy —dijo Kate, y empezó a bajar por el camino.

Marek y Chris cruzaron una mirada y siguieron a Kate.

—No os perdáis de vista, maldita sea —gritó Baretto al grupo.

—Mejor será que nos pongamos en marcha —propuso Gómez.

Baretto la sujetó del brazo.

—No antes de dejar claro un asunto —dijo—, sobre la manera en que se lleva a cabo esta expedición.

—Creo que ya está todo más que claro —repuso Gómez.

Baretto se inclinó hacia ella.

—Porque no me gusta cómo me has... —añadió entre dientes, y su voz se desvaneció gradualmente, convirtiéndose en un siseo colérico e ininteligible.

Chris se alegró de doblar en ese momento el primer recodo del camino y dejarlos atrás.

Alejándose cuesta abajo con andar brioso, Kate notó que, en movimiento, la tensión

abandonaba su cuerpo. El enfrentamiento entre los dos escoltas le había producido malestar y crispación. Detrás de ella, a corta distancia, oyó hablar a Chris y Marek. Chris estaba nervioso, y Marek intentaba tranquilizarlo. Kate no deseaba oírlos. Apretó un poco más el paso. Al fin y al cabo, hallarse allí, en aquel magnífico bosque, rodeada de aquellos enormes árboles...

En cuestión de minutos dejó rezagados a Marek y Chris, y aunque sabía que no estaban lejos, disfrutó de la sensación de soledad. El frescor del bosque la relajaba. Escuchaba los trinos de los pájaros y el ruido de sus propias pisadas en el camino. De pronto le pareció oír algo más. Aminoró la marcha y prestó atención.

Sí, le llegaba otro sonido: unos pasos rápidos, acercándose cuesta arriba. Oyó un jadeo, una respiración entrecortada. Y también un rumor más débil, como la reverberación de un trueno lejano. Trataba de identificar ese rumor cuando un muchacho, apenas un adolescente, surgió de detrás del siguiente recodo, corriendo hacia ella. Vestía unas calzas negras, un vistoso sayo enguatado de color verde y un bonete negro. Tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo; era obvio que corría desde hacía rato. Por lo visto, lo sorprendió encontrarla en el camino. Cuando se acercaba a Kate, exclamó:

—*¡Abscondeos, amsel! ¡Grassa Due, abscondeos!*

Al cabo de un instante, Kate oyó sus palabras traducidas en el auricular: «¡Escondeos, señora! ¡Por Dios, escondeos!».

Esconderme ¿de qué?, se preguntó Kate. En aquel bosque no había nadie. ¿A qué se refería? Quizá no lo había entendido bien. Quizá la traducción no era correcta. Cuando el muchacho llegó hasta ella, volvió a instarla a ocultarse y, a empujones, la obligó a salir del camino y entrar en el bosque. Kate tropezó con una raíz retorcida y cayó de bruces entre los matorrales, golpeándose la cabeza. Sintió un punzante dolor y un momentáneo aturdimiento. Mientras se ponía en pie lentamente, identificó el rumor.

Caballos.

A todo galope hacia ella.

Chris vio correr al muchacho cuesta arriba y, casi de inmediato, oyó el ruido de los caballos que iban en su persecución. El muchacho, ya sin aliento, se detuvo un instante junto a ellos, se dobló por la cintura y finalmente, con tono perentorio, les dijo que se escondieran. Después se adentró a toda prisa en el bosque.

Marek no prestó atención al muchacho. Miraba camino abajo.

Chris arrugó la frente.

—¿Qué pasa aquí...?

—Vamos —instó Marek, y agarrando a Chris por los hombros, lo arrastró hacia el follaje.

—Por Dios, ¿te importaría explicarme...? —protestó Chris.

—¡Chist! —Marek le tapó la boca con la mano—. ¿Quieres que nos maten?

No, pensó Chris; a ese respecto no tenía la menor duda: no quería que nadie resultara muerto. Hacia ellos cabalgaban seis hombres con armadura completa: yelmo de acero, loriga y sobreveste de colores marrón y gris. Los caballos iban cubiertos con gualdrapas de paño negro tachonado de plata. Producían un siniestro efecto. El caballero situado a la cabeza del grupo, con un penacho negro en el yelmo, señaló al frente y exclamó:

—¡*Godin!*

Baretto y Gómez seguían al borde del camino, inmóviles, atónitos al parecer ante lo que veían acercarse al galope. El caballero negro se ladeó en la silla y, al pasar junto a Gómez, trazó un arco con la espada.

Chris vio desplomarse el torso decapitado de Gómez, sangrando a borbotones. Baretto, salpicado de sangre, lanzó un juramento y corrió bosque adentro. Más hombres galopaban camino arriba. Ahora todos gritaban: «¡*Godin! ¡Godin!*». Uno de los jinetes revolvió a su caballo y tensó el arco.

La flecha atravesó de parte a parte el hombro izquierdo de Baretto, que cayó de rodillas a causa del impacto. Maldiciendo, se levantó y por fin llegó tambaleándose a su máquina.

Cogió el cinturón, desprendió una de las granadas y se dio media vuelta para arrojarla. Una flecha le alcanzó en el pecho. Baretto, sorprendido, tosió y cayó de espaldas, quedando sentado en el suelo de la máquina, recostado contra una barra. Hizo un débil esfuerzo por arrancarse la flecha del pecho. La siguiente flecha le traspasó la garganta. La granada rodó de su mano.

En el camino, los caballos, encabritados, relincharon y caracolearon, y los jinetes, sofrenándolos, gritaron y señalaron hacia Baretto.

Se produjo un intenso destello.

Chris miró atrás a tiempo de ver a Baretto todavía sentado, inmóvil, mientras la máquina menguaba con sucesivos fogonazos.

Al cabo de un momento, había desaparecido. En los rostros de los jinetes se dibujó una expresión de miedo. El caballero del penacho negro dio una orden a voz en grito, y los otros, reagrupándose, fustigaron a sus monturas y continuaron camino arriba hasta perderse de vista.

Cuando el caballero negro se volvía para seguirlos, su caballo tropezó con el cuerpo de Gómez. Maldiciendo, obligó al caballo a empinarse y pisotear una y otra vez el cadáver. Chorretadas de sangre surcaron el aire; las patas delanteras del caballo se tiñeron de rojo. Finalmente, con un último juramento, el caballero negro reanudó el galope cuesta arriba para unirse a sus hombres.

—Dios santo —susurró Chris, asombrado ante lo repentino del hecho, ante aquella violencia gratuita.

Apresuradamente, se puso en pie y regresó al camino.

El cuerpo de Gómez yacía en el barro, casi irreconocible. Pero tenía un brazo

extendido sobre la tierra, con la mano abierta. Y junto a la mano estaba la oblea blanca de cerámica.

Se había resquebrajado, y la brecha dejaba a la vista los componentes electrónicos del interior.

Chris la recogió. La oblea se hizo pedazos en su mano, esparciéndose por el barro los fragmentos blancos y plateados. En ese momento tuvo clara conciencia de su situación.

Sus dos guías estaban muertos. Habían perdido una máquina. El marcador de regreso estaba hecho añicos.

Lo cual implicaba que se hallaban atrapados en aquel lugar, perdidos, sin guías ni ayuda alguna. Y sin la menor esperanza de poder regresar jamás.

Jamás.

—Preparados —avisó un técnico—. Ya llega.

En el centro del espacio delimitado por las paredes curvas del blindaje de agua, sobre el suelo de goma, se inició una serie de diminutos destellos de luz.

Gordon miró a Stern.

—Enseguida sabremos qué ha ocurrido.

Los destellos cobraron intensidad, y sobre la goma empezó a dibujarse la silueta de una máquina. Tenía poco más de un metro de altura cuando Gordon exclamó:

—¡Maldita sea! ¡Ese tipo no da más que problemas!

Stern dijo algo, pero Gordon ni siquiera lo oyó. Mantenía la vista fija en Baretto, sentado dentro de la jaula, recostado contra una barra, obviamente muerto. La máquina alcanzó su tamaño natural. Gordon vio la pistola en la mano de Baretto y dedujo qué había sucedido. A pesar de que Kramer le había advertido expresamente al respecto, el hijo de puta había llevado armas modernas al pasado. Y naturalmente Gómez lo había obligado a volver, y...

Un pequeño objeto oscuro rodó hasta el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Stern.

—No lo sé —respondió Gordon, observando la pantalla—. Parece una gra...

Con el fogonazo de la explosión, las pantallas quedaron en blanco por un momento. En la sala de control, la detonación llegó extrañamente distorsionada, como si fuera solo una ráfaga de estática. Un humo blanquecino llenó de inmediato la sala de tránsito.

—¡Mierda! —exclamó Gordon, golpeando la consola con el puño.

En la sala de tránsito se oían los gritos de los técnicos. Un hombre tenía el rostro cubierto de sangre. Al cabo de un segundo lo levantó del suelo el súbito torrente formado por el agua que escapaba de las paredes de cristal rotas por la metralla. Un metro de agua se agitaba en la sala como un mar encrespado. Pero al cabo de un momento desapareció, absorbida por el sistema de desagüe. El suelo, ya despejado, humeaba y chirriaba.

—Son las baterías —informó Gordon—. Ha habido una fuga de ácido fluorhídrico.

Desdibujadas por el humo, varias figuras con máscaras de gas entraron rápidamente en la sala para socorrer a los técnicos heridos. Empezaron a desplomarse algunas vigas del techo, destruyendo el resto del blindaje de agua. Otras vigas cayeron en el centro de la sala de tránsito.

En la sala de control, alguien entregó una máscara de gas a Gordon y otra a Stern. Gordon se la puso y dijo:

—Ahora tenemos que salir de aquí. El aire está contaminado.

Stern permanecía atento a las pantallas. A través del humo, vio las otras máquinas destrozadas, volcadas, emanando vapor y un gas de color verde pálido. Solo había una intacta, a un lado, y mientras Stern observaba la escena, una viga de unión se desprendió del techo y la aplastó.

—No queda ninguna máquina —susurró Stern—. ¿Quiere eso decir...?

—Sí —confirmó Gordon—. De momento, por desgracia, sus amigos tendrán que valerse por sí solos.

—Procura calmarte, Chris —dijo Marek.

—¿Calmarme? ¿Calmarme? —Chris hablaba casi a gritos—. Pero, André, por Dios, fíjate: el marcador de navegación está destrozado. No tenemos marcador, y eso significa que no tenemos cómo volver, y eso significa que estamos jodidos, André. ¿Y quieres que me calme?

—Exacto, Chris —respondió Marek con voz firme y serena—. Eso es precisamente lo que quiero. Quiero que te calmes, por favor. Quiero que te controles.

—¿Por qué? —dijo Chris—. ¿Para qué? Afronta la realidad, André: vamos a morir todos aquí. Lo sabes, ¿verdad? Van a matarnos, maldita sea. Y no hay manera de salir de aquí.

—Sí la hay.

—No tenemos comida, no tenemos nada. Estamos atrapados aquí, en este pozo de mierda, sin siquiera un clavo ardiendo al que agarrarnos, y... —Interrumpiéndose, se volvió hacia Marek—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que sí hay una manera de salir de aquí.

—¿Cuál?

—No usas la cabeza. La otra máquina ha regresado. A Nuevo México.

—¿Y qué?

—Allí verán en qué estado llega...

—Muerto, André —corrigió Chris—. Verán que llega *muerto*.

—La cuestión es que sabrán que ha ocurrido algo grave y vendrán a rescatarnos. Enviarán otra máquina por nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo lógico —contestó Marek. Se dio media vuelta y se marchó camino abajo.

—¿Adónde vas?

—A buscar a Kate. Tenemos que permanecer juntos.

—Yo me quedo aquí.

—Como quieras, siempre y cuando no te muevas de ahí —advirtió Marek.

—Descuida; aquí me encontrarás. —Chris señaló al suelo—. Éste es el punto adonde ha llegado antes la máquina, y aquí esperaré.

Marek se alejó al trote por el camino y desapareció tras el recodo. Chris estaba solo. Casi al instante dudó si debía quedarse allí o echar a correr detrás de Marek. Quizá no fuera prudente quedarse solo. Quizá convenía más «permanecer juntos», como había sugerido Marek.

Avanzó un par de pasos camino abajo y se detuvo. No, pensó. Había dicho que

esperaría allí, y eso haría. Inmóvil en medio del camino, trató de respirar acompasadamente.

Bajó la mirada y vio que estaba pisando la mano de Gómez. Se apartó de un brinco. Subió por la cuesta unos cuantos metros, buscando un lugar desde donde no se viera el cadáver. Respiraba ya casi con normalidad y era capaz de pensar con calma. Marek tenía razón, decidió. Enviarían otra máquina, y probablemente muy pronto. ¿Aparecería justo allí? ¿Era aquél un punto de destino establecido? ¿O lo era toda la zona?

En cualquier caso, Chris estaba convencido de que debía permanecer exactamente allí.

Miró camino abajo, hacia el recodo por donde había desaparecido Marek. ¿Dónde estaría Kate? Posiblemente en el camino, no muy lejos. A doscientos metros, o poco más.

Se moría de ganas de volver al presente.

Oyó entonces el crujido de una rama a su derecha, en el bosque.

Alguien se acercaba.

Se puso tenso, consciente de que no tenía arma alguna. De pronto se acordó de la bolsa que llevaba al cinto, bajo la ropa. En ella se hallaba el bote de gas. Era mejor que nada. Torpemente, se recogió el jubón y buscó...

—Tsss.

Se volvió.

Era el muchacho, que salía del bosque. Tenía la cara suave e imberbe; sin duda no contaba más de doce años, advirtió Chris.

—*¡Hya, vos, hibernés!*

Chris frunció el entrecejo, sin comprender, pero al cabo de un instante oyó una vocecilla dentro de su oído: «Eh, irlandés». El auricular estaba traduciendo sus palabras, dedujo.

—¿Qué?

—*Venid vos muy privado.*

A través del auricular, Chris oyó: «Venid, deprisa».

Con expresión tensa y apremiante, el muchacho le hacía señas para que lo siguiera.

—Pero...

—Venid. Sir Guy no tardará en darse cuenta de que ha perdido el rastro, y entonces volverá aquí para seguirlo de nuevo.

—Pero...

—No podéis quedaros ahí. Os matará. ¡Venid!

—Pero... —dijo Chris, señalando con un gesto de impotencia hacia donde se había marchado Marek.

—Vuestro criado ya os encontrará. ¡Venid!

Chris oyó retumbar a lo lejos los cascos de los caballos, cada vez con mayor

claridad.

—¿Estáis sordo? —preguntó el muchacho, mirándolo fijamente—. ¡Venid!

El ruido se aproximaba.

Chris se quedó paralizado, sin saber qué hacer.

El muchacho perdió la paciencia. Moviendo la cabeza en un gesto de enojo, se volvió y echó a correr por el bosque. De inmediato desapareció en la espesura.

Chris, solo en el camino, miró hacia abajo. No vio a Marek. Miró cuesta arriba, en dirección al sonido de los caballos. El corazón se le aceleró de nuevo.

Tenía que decidirse. Sin pérdida de tiempo.

—¡Voy! —dijo al muchacho, y se adentró rápidamente en el bosque.

Kate estaba sentada en un tronco caído, con la peluca ladeada, palpándose la cabeza con cuidado. Tenía las yemas de los dedos manchadas de sangre.

—¿Estás herida? —preguntó Marek, acercándose a ella.

—Creo que no.

—Déjame ver.

Levantando la peluca, Marek vio sangre seca y una brecha de ocho centímetros en el cuero cabelludo. Taponada por la malla de la peluca, la sangre había empezado a coagularse y la herida estaba prácticamente restañada. Hubiera requerido puntos de sutura, pero podía pasar sin ellos.

—Sobrevivirás —dictaminó, y volvió a encasquetarle la peluca.

—¿Qué ha pasado? —dijo Kate.

—Los dos escoltas han muerto. Nos hemos quedado solos. Chris está un poco asustado.

—Chris está un poco asustado —repitió Kate, asintiendo con la cabeza como si ya lo hubiera supuesto—. Mejor será, pues, que vayamos a buscarlo.

Repecharon por el camino. Mientras caminaban, Kate preguntó:

—¿Qué ha sido de los marcadores de navegación?

—El tipo, Baretto, ha vuelto al presente, llevándose el suyo. Y un caballo ha pisoteado el cuerpo de Gómez, aplastando su marcador.

—¿Y el otro?

—¿Qué otro? —dijo Marek.

—Gómez llevaba uno de reserva.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella misma lo ha dicho —contestó Kate—. ¿No te acuerdas? Al volver del viaje de reconocimiento, o comoquiera que lo llamen, ha dicho que todo estaba en orden y que debíamos prepararnos para salir cuanto antes. Y luego ha añadido: «Voy a registrar la información en el marcador de reserva», o algo parecido.

Marek arrugó la frente.

—Es lógico que haya uno de reserva —agregó Kate.

—Bueno, Chris se alegrará de saberlo —comentó Marek.

Doblaron el recodo del camino y, tras mirar hacia arriba, se detuvieron. Chris no estaba allí.

Abriéndose paso apresuradamente entre la maleza, indiferente a las espinas que se le enganchaban en las calzas y le arañaban las piernas, Chris Hughes avistó por fin al muchacho, que corría a unos cincuenta metros por delante de él. Pero el muchacho, sin prestarle atención, siguió avanzando. Se dirigía al pueblo. Chris hizo lo posible por alcanzarlo.

A sus espaldas, en el camino, se oía piafar y resoplar a los caballos, junto con las voces de los hombres.

—¡En el bosque! —gritó uno.

Y otro lanzó una maldición.

Pero, fuera del camino, una densa vegetación cubría el terreno. Chris debía superar continuos obstáculos: árboles caídos, troncos podridos, ramas rotas del grosor de un muslo, zarzales casi impenetrables. ¿Era un terreno demasiado difícil para los caballos? ¿Desmontarían los hombres? ¿Desistirían en su empeño? ¿Continuarían la persecución?

Sí, sin duda irían en busca de ellos.

Siguió corriendo. En ese momento atravesaba un cenagal. Apartaba matorrales que le llegaban a la cintura y despedían un fétido olor a mofeta, resbalaba en el barro, más profundo a cada paso. Oía el sonido de su propia respiración anhelante y el chapoteo de sus pies en el cieno.

Pero no oía a nadie tras él.

No tardó en hacer pie de nuevo en una zona seca, y allí pudo avanzar con mayor rapidez. El muchacho, todavía en veloz huida, le llevaba solo unos diez pasos de delantera. Chris, jadeando, se esforzó por reducir diferencias, pero el muchacho mantuvo su ventaja.

Mientras corría, oyó un chasquido en su oído izquierdo.

—Chris.

Era Marek.

—Chris, ¿dónde estás?

¿Cómo podía contestar? ¿Había un micrófono? Recordó entonces que les habían explicado algo referente a la conducción ósea. De viva voz, dijo:

—Estoy... estoy corriendo...

—Ya lo oigo. ¿Adónde corres?

—El muchacho... el pueblo...

—¿Vas al pueblo?

—No lo sé. Eso creo.

—¿Eso crees? Chris, ¿dónde estás?

De pronto, a sus espaldas, oyó ruido: las voces de los hombres y los relinchos de los caballos.

Los caballeros iban tras él. Y había dejado un rastro de ramas rotas y huellas de pies embarrados. Sería fácil seguirlo.

Mierda, pensó.

Chris apretó el paso, corriendo al límite de sus fuerzas. Y de repente advirtió que había perdido de vista al muchacho.

Se detuvo, sin aliento, y miró en todas direcciones.

El muchacho había desaparecido.

Chris estaba solo en el bosque.

Y los caballeros se acercaban.

En el embarrado camino que descendía al monasterio, Marek y Kate escuchaban inmóviles por los auriculares. La comunicación se había cortado. Kate abocinó la mano en torno a la oreja para oír mejor.

—No recibo nada.

—Puede que esté fuera de cobertura —comentó Marek.

—¿Por qué va al pueblo? Parece que sigue a ese muchacho —dijo Kate—. ¿Por qué será?

Marek miró el monasterio. Se encontraba a menos de diez minutos de allí.

—Probablemente el profesor está ahora ahí abajo. Podríamos haber ido a buscarlo y volver al presente. —Irritado, lanzó un puntapié contra el tocón de un árbol—. Habría sido tan fácil...

—Pero ya no lo es —dijo Kate.

Los dos hicieron una mueca al oír un agudo chirrido de interferencia estática en los auriculares. Un instante después se escuchó de nuevo el jadeo de Chris.

—Chris, ¿estás ahí? —preguntó Marek.

—Ahora no... no puedo hablar —susurró Chris. Parecía asustado.

—¡No, no, no! —masculló el muchacho desde la rama de un árbol enorme.

Viendo dar vueltas a Chris aterrorizado, se había compadecido de él y, llamando su atención con un silbido, le había hecho señas para que trepase al árbol.

En ese momento Chris intentaba desesperadamente encaramarse al árbol, agarrándose de las ramas inferiores y apuntalándose en el tronco con las piernas. Pero algo en su manera de trepar molestaba al muchacho.

—¡No, no! ¡Las manos! ¡Usad solo las manos! —musitó el muchacho, exasperado—. Sois estúpido. Fijaos en las marcas de vuestros pies en el tronco.

Suspendido de una rama, Chris miró abajo. El muchacho tenía razón. En la corteza del árbol se veían claramente las manchas de barro.

—¡Vive Dios, ahora sí estamos perdidos! —exclamó el muchacho. Balanceándose por encima de la cabeza de Chris, saltó ágilmente a tierra.

—¿Qué haces? —preguntó Chris.

Pero el muchacho se alejaba ya a todo correr por entre las zarzas, yendo de un árbol a otro. Chris se dejó caer de la rama y lo siguió.

El muchacho, iracundo, hablaba entre dientes para sí mientras inspeccionaba las ramas de los árboles. Por lo visto, buscaba uno de gran tamaño y ramas relativamente bajas, y ninguno acababa de convencerlo. El estrépito de los caballeros se oía cada vez más cerca.

Así, recorrieron al menos cien metros, llegando a una parte del bosque poblada de espesa maleza y pinos achaparrados. Era una zona más expuesta y soleada porque a su derecha había menos árboles, y al cabo de un momento Chris se dio cuenta de que se movían al borde del precipicio desde donde se divisaban el pueblo y el río. El muchacho escapó inmediatamente de la luz del sol y se adentró de nuevo en lo más oscuro del bosque. Casi al instante encontró un árbol de su agrado y llamó a Chris con señas.

—Primero vos. ¡Y nada de pies!

El muchacho flexionó las rodillas, entrelazó los dedos de las manos y tensó el cuerpo, preparándose para el esfuerzo. Chris vaciló, pensando que el muchacho era demasiado delgado para soportar su peso, pero él señaló hacia arriba con la cabeza en un gesto de impaciencia. Chris apoyó un pie en sus manos y, estirando los brazos, logró sujetarse a la rama más baja. Con ayuda del muchacho, se izó y, lanzando un último gruñido, se encaramó a la rama. Doblado por la cintura, con el abdomen contra la rama, Chris miró al muchacho, y éste susurró:

—¡Arriba!

Con dificultad, Chris se puso de rodillas sobre la rama y luego se irguió. Viendo que la siguiente rama estaba al alcance de su mano, continuó trepando.

Abajo, el muchacho saltó, se aferró a la rama y subió a ella rápidamente. Pese a su delgadez, poseía una asombrosa fortaleza, y ascendía de rama en rama con movimientos seguros. Chris se encontraba ya a unos seis metros de altura. Le dolían los brazos y le faltaba el aliento, pero siguió ascendiendo, rama tras rama.

De pronto el muchacho le agarró de la pantorrilla. Chris se quedó inmóvil. Lentamente, con cautela, miró por encima del hombro y vio al muchacho, tenso, en la rama inferior a la suya. Oyó entonces resoplar a un caballo. Era un sonido cercano.

Muy cercano.

Abajo, seis caballeros avanzaban despacio y con sigilo. Se hallaban aún a cierta distancia, y se los veía de manera intermitente a través de los claros del follaje. Cuando un caballo resoplaba, el jinete se inclinaba y le daba unas palmadas en el cuello para tranquilizarlo.

Los caballeros sabían que estaban cerca de su presa. Se ladeaban a izquierda y derecha en sus monturas para escrutar la tierra. Afortunadamente se hallaban entre los pinos bajos, y allí el rastro no era visible.

Comunicándose mediante señas, acordaron desplegar y proseguir el avance más separados. Formando una irregular hilera, pasaron a ambos lados del árbol. Chris contuvo la respiración. Si alguno mira hacia arriba... pensó.

Pero no miraron.

Continuaron adelante, adentrándose más en el bosque, hasta que finalmente uno habló en voz alta. Era el caballero del penacho negro en el yelmo, el que había rebanado la cabeza a Gómez. Tenía la visera levantada.

—Ya es suficiente —dijo—. Se nos han escapado.

—¿Cómo? ¿Saltando por el precipicio?

El caballero negro negó con la cabeza.

—El crío no es tan necio como para eso.

Chris vio que tenía la tez oscura y los ojos oscuros.

—No tan crío, mi señor.

—Si ha caído, ha sido por error. No puede ser de otro modo. Pero sospecho que hemos perdido el rastro. Regresemos por donde hemos venido.

—Mi señor.

Los caballeros volvieron sus monturas y empezaron a desandar el camino. Pasaron nuevamente bajo el árbol y se dirigieron hacia la parte soleada del bosque, todavía en formación muy abierta.

—Acaso allí, con mejor luz, encontremos el rastro.

Chris exhaló un prolongado suspiro de alivio.

El muchacho le tocó la pierna y movió la cabeza en un gesto de asentimiento, como felicitándolo por su comportamiento. Aguardaron hasta que los jinetes se hallaban a unos cien metros, ya apenas visibles. Entonces el muchacho bajó silenciosamente del árbol, y Chris lo siguió como pudo.

Una vez en tierra, Chris vio alejarse a los caballeros. En ese momento llegaban al árbol con marcas de barro. El caballero negro pasó de largo, sin notarlas. También el siguiente.

El muchacho agarró a Chris del brazo y tiró de él, obligándolo a ocultarse entre la maleza.

—¡Sir Guy! —exclamó de pronto un caballero, reparando en las huellas—. Mirad esto. El árbol. Están en el árbol.

Mierda, pensó Chris.

Los caballos caracolearon en torno al árbol mientras los jinetes, alzando la vista, escudriñaban entre las ramas. El caballero negro, con manifiesto escepticismo, retrocedió.

—¿Y bien? Mostrádmelo.

—No los veo ahí arriba, mi señor.

Los hombres se volvieron sobre sus cabalgaduras, miraron en todas direcciones, miraron atrás...

Y los vieron.

—¡Allí!

Los caballeros cargaron contra ellos.

El muchacho echó a correr desoladamente.

—¡Válgame Dios! Esta vez sí estamos perdidos —dijo, echando una ojeada por encima del hombro sin detenerse—. ¿Sabéis nadar?

—¿Nadar? —repitió Chris.

Claro que sabía nadar, pero no era eso lo que tenía en mente, pues en ese preciso momento corrían despavoridos, a toda velocidad..., hacia el claro, hacia el límite del bosque.

Hacia el precipicio.

El terreno empezó a descender, primero en suave pendiente, luego más escarpado. La maleza era cada vez menos tupida, dejando a la vista zonas de amarillenta piedra caliza. El sol era cegador.

Bramando, el caballero negro dio una orden. Chris no lo comprendió.

Llegaron al final del claro. Sin dudar, el muchacho saltó al vacío.

Chris sí dudó, reacio a seguirlo. Mirando atrás, vio a los caballeros galopar hacia él con las espadas en alto.

No tenía alternativa.

Chris se volvió y corrió hacia el borde del precipicio.

Marek hizo una mueca de preocupación al oír el grito de Chris en el auricular. El grito se interrumpió súbitamente, seguido de un golpe sordo y un gruñido.

Un impacto.

Él y Kate permanecieron paralizados junto al camino, escuchando. Esperando.

No oyeron nada más. Ni siquiera el crepitar de las interferencias.

Nada en absoluto.

—¿Ha muerto? —preguntó Kate.

Marek no contestó. Se acercó apresuradamente al cadáver de Gómez y comenzó a palpar el barro.

—Ven —dijo—. Ayúdame a buscar el marcador de reserva.

Buscaron durante unos minutos, y por fin Marek cogió la mano de Gómez, que tenía ya los músculos rígidos, la piel fría y un color grisáceo, y le levantó el brazo para volver el torso. El cuerpo giró y cayó ruidosamente en el barro.

Marek notó entonces que Gómez llevaba una pulsera de bramante trenzado en la muñeca. No se había fijado antes en ese detalle, que parecía parte de su disfraz de

época. Aunque desde luego no se correspondía con el período. En el siglo XIV, aun la campesina más humilde usaría como adorno un brazalete de metal, o de piedra o madera talladas, o no se pondría nada. Aquello era una baratija moderna.

Marek la examinó con curiosidad y, al tocarla, advirtió con sorpresa que era rígida, casi como el cartón. Sin desprenderla de la muñeca, le dio la vuelta y buscó a tientas el cierre. De pronto se abrió una especie de tapa en el bramante, y Marek vio que la pulsera solo contenía un pequeño temporizador electrónico, semejante a un reloj.

El temporizador indicaba: 36.10.37.

Y contaba hacia atrás.

Marek supo de inmediato qué era. Era el contador de carga de la máquina y mostraba el tiempo restante. Inicialmente disponían de treinta y siete horas, y ya habían perdido cincuenta minutos.

Nos conviene conservar esto, pensó. Desató la pulsera, se la colocó en la muñeca y cerró la pequeña tapa.

—Tenemos un temporizador, pero nos falta el marcador de navegación —dijo Kate.

Siguieron buscando otros cinco minutos, y al final Marek, a su pesar, tuvo que admitir la triste realidad.

No tenían marcador. Y sin marcador, las máquinas no regresarían.

Debía dar la razón a Chris: estaban atrapados allí.

En la sala de control sonaba una insistente alarma. Los dos técnicos se levantaron de sus puestos ante las consolas y abandonaron la sala. Stern notó que Gordon lo cogía del brazo con firmeza.

—Tenemos que irnos —dijo Gordon—. El aire está contaminado a causa del ácido fluorhídrico. La goma de la plataforma de tránsito es tóxica, y las emanaciones pronto llegarán también aquí. —Tiró de Stern, guiándolo hacia la puerta.

Stern se volvió para echar un vistazo a la pantalla, a la maraña de vigas caídas sobre la zona de tránsito.

—Pero ¿y si intentan regresar cuando no hay nadie aquí?

—No se preocupe —respondió Gordon—. Eso no es posible. Los infrarrojos detectarán los escombros. Los sensores requieren un espacio libre de dos metros a la redonda, ¿recuerda? Ahora no los hay, y por tanto los sensores impedirán la transmisión hasta que limpiemos todo eso.

—¿Cuánto tiempo tardarán en limpiarlo?

—Primero debemos renovar el aire de la cavidad.

Gordon condujo a Stern hasta el largo pasillo que llevaba al ascensor principal. La gente se apiñaba en el pasillo. Todos se dirigían a la salida. Sus voces resonaban en el túnel.

—¿Renovar el aire de la cavidad? —repitió Stern—. Eso es mucho volumen. ¿Cuánto tiempo se necesita?

—En teoría, nueve horas.

—¿En teoría?

—Nunca se había dado una situación como ésta —respondió Gordon—. Pero naturalmente disponemos de capacidad para hacerlo. Los extractores de emergencia se activarán de un momento a otro.

Al cabo de unos segundos se oyó en el túnel un sonido atronador. Stern notó una violenta ráfaga de aire que lo empujaba y sacudía su ropa.

—Y cuando se haya renovado el aire, ¿qué?

—Reconstruiremos la plataforma de tránsito y esperaremos a que regresen —dijo Gordon—. Tal como estaba previsto.

—¿Y si intentan volver antes de que hayan acabado de rehabilitar la sala?

—Eso no es problema, David. La máquina no lo permitirá. Los devolverá al lugar de donde han salido. Provisionalmente.

—Así pues, se han quedado allí aislados —afirmó Stern.

—Por el momento —contestó Gordon—. Sí. Están aislados. Y nada puede hacerse.

36.13.17

Chris Hughes corrió hasta el borde del precipicio y se arrojó al vacío, gritando, agitando los brazos y las piernas bajo el sol. Vio el Dordogne, que serpenteaba entre los campos verdes sesenta metros más abajo. Estaba demasiado lejos para alcanzarlo, y además Chris sabía que era poco profundo. Sin duda moriría.

Pero entonces descubrió que el despeñadero no era una pared cortada a pico; a unos seis metros del borde asomaba un escarpado saliente de roca con matorrales y pequeños árboles dispersos.

Cayó de costado en el saliente, y el impacto le cortó la respiración. De inmediato empezó a rodar pendiente abajo. Intentó frenar la caída agarrándose a los matorrales, pero los tallos eran demasiado débiles y se tronchaban en sus manos. Mientras rodaba hacia el borde, vio que el muchacho le tendía los brazos, pero no logró asirse de sus manos. Continuó rodando; el mundo daba vueltas sin control. El muchacho, con expresión de horror, se deslizaba tras él. Chris era consciente de que iba a despeñarse, iba a precipitarse al vacío.

De repente se golpeó contra un árbol y lanzó un gruñido. Sintió en el estómago un penetrante dolor, que al instante se propagó por todo su cuerpo. Por un momento no supo dónde estaba; solo sentía dolor. El mundo se reducía a una mancha de color blanco verdoso. Lentamente volvió en sí.

El árbol había interrumpido su descenso. Sin embargo Chris aún no podía respirar, y el dolor era intenso. Brillaban estrellas ante sus ojos; se desvanecieron gradualmente, y por fin vio que se hallaba al borde del saliente, con las piernas colgando en el aire.

Y resbalaba.

El árbol era un pino delgado y endeble, y el peso de Chris lo doblaba poco a poco. Chris notó que se deslizaba a lo largo del tronco. No podía evitarlo. Se aferró con fuerza al tronco, y dio resultado: había dejado de deslizarse. Ayudándose del árbol, intentó encaramarse al saliente.

De pronto advirtió horrorizado que las raíces del pino empezaban a desprenderse, una por una, de las grietas de la roca. Era solo cuestión de tiempo que el árbol entero se soltara.

Notó un tirón en el cuello de la camisa y vio que el muchacho estaba sobre él. En cuanto Chris apoyó los pies en el saliente, el muchacho, visiblemente exasperado, dijo:

—¡Y ahora vamos!

—Por Dios —protestó Chris, dejándose caer en una roca plana—, dame un minuto para...

Una flecha pasó junto a su oído, silbando como una bala. Notó incluso el movimiento del aire en su estela. Con las fuerzas que le infundió el miedo, trepó encorvado por el saliente, agarrándose a los troncos de los árboles. Otra flecha rehiló entre las ramas.

Sus perseguidores los observaban desde lo alto del precipicio.

—¡Estúpido! ¡Idiota! —gritó colérico el caballero negro, y asestó tal puñetazo al arquero, que a éste se le cayó el arma de las manos. No quedaban más flechas.

El muchacho agarró a Chris del brazo y tiró de él. Gordon ignoraba adónde iba a dar el camino embarrado donde se había iniciado la persecución, pero al parecer el muchacho tenía un plan. En el borde del precipicio, los caballeros se dieron la vuelta y se dirigieron de nuevo hacia el bosque.

A un lado, el saliente se estrechaba hasta reducirse a una angosta cornisa, de no más de dos palmos de anchura, que seguía hasta perderse de vista en un ángulo del despeñadero. Bajo la cornisa, la pared descendía a plomo hasta el río. Chris contempló el Dordogne, pero el muchacho le cogió el mentón entre los dedos y lo obligó a levantar la cabeza.

—No miréis abajo. Venid.

Apretándose contra la pared rocosa, el muchacho empezó a avanzar con cuidado por la cornisa. Chris, aún jadeando, siguió su ejemplo. Sabía que a la menor vacilación el pánico se apoderaría de él. El viento le sacudía la ropa y tiraba de él hacia el vacío. Pegó la mejilla contra la roca saliente y utilizó las grietas para agarrarse a la pared, luchando por vencer el miedo.

Vio desaparecer al muchacho tras el ángulo del despeñadero. Chris continuó adelante. El ángulo era muy pronunciado, y justo allí se había desprendido un fragmento de cornisa, dejando una brecha abierta. Chris tuvo que salvar la distancia con cautela, pero en cuanto dobló el ángulo, lanzó un suspiro de alivio.

Unos metros más allá, el precipicio no era ya una pared vertical, sino una pendiente larga y verde de terreno boscoso que descendía hasta la orilla del río. El muchacho le hacía señas para que se apresurara. Chris fue a reunirse con él.

—A partir de aquí es más fácil —anunció el muchacho, y comenzó a bajar.

Chris siguió sus pasos, y casi de inmediato se dio cuenta de que la pendiente no era tan suave como parecía. La oscura sombra de los árboles ocultaba una ladera abrupta y lodosa. Tras un resbalón, el muchacho empezó a deslizarse sin control pendiente abajo y desapareció entre el follaje. Chris siguió descendiendo lentamente, buscando sujeción en las ramas. Poco después también él perdió el equilibrio, cayó de espaldas en el barro y se precipitó por el declive. Por alguna razón, pensó: Soy un estudiante de postgrado de la Universidad de Yale. Soy un historiador especializado en la historia de la tecnología. Parecía tratar de aferrarse a una identidad que se desvanecía rápidamente en su conciencia, como un sueño escurridizo del que acabara de despertar y quisiera conservar en su memoria.

Deslizándose cabeza abajo por el barro, Chris chocaba contra los troncos, notaba

en la cara los arañazos de las ramas, pero no podía hacer nada para aminorar la velocidad del descenso. Siguió bajando y bajando.

Marek se irguió con un suspiro. Gómez no llevaba encima un segundo marcador de navegación. Tras un minucioso registro, estaba seguro de ello. Junto a él, Kate se mordía los labios.

—Ha dicho que había un marcador de reserva, lo recuerdo claramente.

—No sé dónde pueda estar —dijo Marek.

Inconscientemente, Kate se rascó la cabeza, acordándose de pronto de la peluca y el dolor de la herida.

—Esta condenada peluca... —Se interrumpió y miró fijamente a Marek. A continuación se acercó a los árboles que crecían al borde del camino—. ¿Adónde ha ido a parar?

—¿Qué?

—La cabeza de Gómez.

La encontró al cabo de un momento, sorprendiéndose de lo pequeña que parecía. Una cabeza separada del tronco no era muy grande. Procuró no fijarse en el muñón del cuello.

Con un esfuerzo por vencer la repugnancia, se agachó y le dio la vuelta a la cabeza, revelando el rostro ceniciento y los ojos sin vida. Tenía la mandíbula caída y la lengua parcialmente asomada. Las moscas bullían dentro de la boca.

Cogió la peluca y al instante vio la oblea de cerámica, adherida a la malla interna con cinta adhesiva. La despegó.

—Lo tengo —anunció.

Kate examinó el marcador y descubrió el botón lateral, donde brillaba una débil luz. Era tan pequeño y estrecho que solo podía pulsarse con la uña.

Era sin duda el marcador de reserva. Por fin lo habían encontrado.

Marek se aproximó y observó la oblea de cerámica.

—Eso parece —convino.

—Así pues, podemos volver cuando queramos —dijo Kate.

—¿Quieres volver? —preguntó Marek. Kate pensó por un momento.

—Hemos venido a buscar al profesor —respondió finalmente—. Y creo que eso debemos hacer.

Marek sonrió.

Entonces oyeron el ruido atronador de unos cascos de caballo y se ocultaron apresuradamente en la maleza segundos antes de que los seis caballeros pasaran a galope tendido camino abajo, en dirección al río.

Tambaleándose, Chris avanzó por la orilla del río, hundido en el cieno hasta las

rodillas. Tenía el rostro, el cabello y la ropa embadurnados de barro. Tan rebozado iba que notaba el peso del barro sobre el cuerpo. Poco más allá vio al muchacho, chapoteando ya en el agua, lavándose.

Chris se abrió paso a través de la enmarañada vegetación que crecía junto al cauce y se metió en el río. El agua estaba fría como el hielo, pero no le importó. Hundió la cabeza, se peinó el pelo con los dedos y se restregó la cara, intentando desprender el barro.

El muchacho se encontraba ya en la margen opuesta, sentado al sol en una afloración de roca. Dijo algo que Chris no oyó, pero el auricular tradujo igualmente:

—¿No os despojáis de la ropa para bañaros?

—¿Por qué? Tú no lo has hecho.

El muchacho se encogió de hombros.

—Pero vos podéis hacerlo si lo deseáis.

Chris nadó hasta la orilla y salió del río. Su ropa seguía sucia de barro, y fuera del agua empezó a quedarse aterido. Se lo quitó todo salvo el calzón de hilo y la correa. Enjuagó las prendas una por una y las tendió a secar sobre las rocas. Tenía el cuerpo salpicado de rasguños, ampollas y moretones, pero notaba el sol tibio en la piel, ya casi seca. Volvió la cara hacia el cielo y cerró los ojos. Oyó cantar a unas mujeres en los campos. Oyó los trinos de los pájaros. Oyó el susurro del agua que lamía las orillas. Y por un momento lo invadió una sensación de paz más profunda y completa que cualquier otra experiencia de su vida.

Se tumbó en una roca, y debió de dormirse por unos minutos, pues al despertar oyó:

—*Çertas sodes hibernés, ca desta guisa fablades con el vuestro compañero e tales paños vestides. ¿Es asy commo yo digo?*

Era el muchacho quien le hablaba. Al cabo de un instante, la vocecilla tradujo en su oído: «Sin duda sois irlandés por la manera en que habláis con vuestro amigo y por cómo vestís. ¿Es así?».

Chris asintió lentamente con la cabeza, pensando a la vez en sus palabras. Por lo visto, el muchacho lo había oído hablar con Marek en el camino, llegando a la conclusión de que eran irlandeses. No veía inconveniente en dejarlo creer que así era.

—Ya —contestó Chris.

—*¿Ia?* —repitió el muchacho. Formó la sílaba despacio, tensando los labios y mostrando los dientes—. *¿Ia?* —Al parecer, la palabra le resultaba extraña.

No entiende el sentido de «ya», pensó Chris, y decidió probar otra cosa.

—*Oui?* —dijo.

—*Oui..., oui...* —También esta palabra parecía confundirlo. De pronto se iluminó su semblante—. *¿Fuyr? ¿Queredes dezir «fuyr»?*

Y la correspondiente traducción fue: «¿Huir? ¿Queréis decir “huir”?». Chris negó con la cabeza.

—Quiero decir «sí».

La confusión aumentaba por momentos.

—¿Sy? —repitió el muchacho, dando a la «S» una pronunciación sibilante.

—Sí —contestó Chris, moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Ah, hibernés.

Y de inmediato siguió la traducción: «Ah, irlandés».

—Sí.

—*Nos dezimos eso mesmo: «Sy». O sy non: «Verdat es».*

—*Verdat es* —dijo Chris, imitando al muchacho, y el auricular tradujo sus propias palabras: «Es verdad».

El muchacho asintió, satisfecho con la respuesta. Permanecieron en silencio durante un rato.

—Sois gentil, pues —aventuró por fin el muchacho, examinando a Chris de arriba abajo.

¿Gentil? Chris se encogió de hombros. Claro que era gentil. Desde luego no era un guerrero.

—*Verdat es* —contestó.

El muchacho asintió, dando a entender que eso corroboraba sus suposiciones.

—Lo imaginaba. Os delatan vuestros modales, pese a que ese atuendo no sea muy acorde con vuestro rango.

Chris calló. No entendía exactamente el sentido de ese comentario.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el muchacho.

—Christopher Hughes.

—Ah, Christopher de Hewes —dijo el muchacho, hablando despacio, como si evaluara el nombre de algún modo que escapaba a la comprensión de Chris—. ¿Dónde está Hewes? ¿En tierras de Irlanda?

—*Verdat es*.

Se produjo otro breve silencio mientras permanecían sentados al sol.

—¿Sois caballero? —preguntó después el muchacho.

—No.

—Sois escudero, pues —dedujo el muchacho, hablando casi para sí—. Eso servirá. —Se volvió hacia Chris—. ¿Y cuál es vuestra edad? ¿Veintiún años?

—Algo más: veinticuatro.

Al oírlo, el muchacho lo miró con expresión de asombro. ¿Qué tiene de malo haber cumplido ya los veinticuatro?, pensó Chris.

—En tal caso, buen escudero, os doy gracias por vuestra ayuda, salvándome de sir Guy y su banda. —Señaló hacia la otra orilla del río, donde seis caballeros de indumentaria oscura los observaban. Dejaban abreviar a sus monturas, pero mantenían la mirada fija en Chris y el muchacho.

—Pero yo no te he salvado —repuso Chris—. Tú me has salvado a mí.

—Buen escudero, pecáis de modesto —dijo el muchacho—. Os debo la vida, y será para mí un placer atender vuestras necesidades en cuanto lleguemos al castillo.

—¿Al castillo? —repitió Chris.

Con precaución, Kate y Marek salieron del bosque y se dirigieron al monasterio. No vieron indicio alguno de los caballeros que habían descendido al galope por el camino. La escena parecía un remanso de paz. Justo frente a ellos se hallaban los huertos del monasterio, demarcados por tapias bajas de piedra. En la esquina de una de las parcelas se alzaba un monumento hexagonal, labrado con la misma elaboración que el chapitel de una catedral gótica.

—¿Eso es un *montjoie*? —preguntó Kate.

—Muy bien —contestó Marek—. Sí. Es un mojón o hito. Los hay por todas partes.

Pasando entre los huertos, se encaminaron hacia el muro de tres metros de altura que circundaba el recinto monástico. Los campesinos que trabajaban los campos no les prestaron atención. En el río, una barcaza flotaba aguas abajo arrastrada por la corriente. Llevaba la carga distribuida en fardos. Un barquero cantaba alegremente en la popa.

Cerca del muro del monasterio se arracimaban las chozas de los campesinos. Detrás de las chozas, vieron una pequeña puerta en el muro. El monasterio abarcaba tal superficie que tenía puertas en los cuatro costados. Aquélla no era la entrada principal, pero Marek consideró que les convenía más intentar acceder por allí primero.

Al cruzar entre las chozas, Marek oyó el resoplido de un caballo y el susurro tranquilizador de un mozo de cuadra. Marek levantó la mano, indicando a Kate que se detuviera.

—¿Qué ocurre? —musitó ella.

Marek señaló con el dedo. A unos veinte metros, medio ocultos tras una de las chozas, había cinco caballos al cuidado de un mozo de cuadra. Los caballos iban suntuosamente enjaezados, con gualdrapas rojas jironadas y sillas forradas de terciopelo azul y ribeteadas de plata.

—Ésos no son animales de labranza —dijo Marek. Pero no veía a los jinetes.

—¿Qué hacemos?

Chris Hughes seguía al muchacho en dirección al pueblo de Castelgard cuando de pronto su auricular empezó a crepitar. A continuación oyó decir a Kate:

—¿Qué hacemos?

—No estoy seguro —respondió Marek.

—¿Habéis encontrado al profesor? —preguntó Chris.

El muchacho se volvió y lo miró.

—¿Me habláis a mí, escudero?

—No, muchacho —contestó Chris—. Hablo solo.

A través del auricular, Marek dijo:

—¿Dónde demonios estás, Chris?

—Camino del castillo, en este día encantador. —Miró al cielo, haciendo como si hablara consigo mismo.

—¿Por qué vas al castillo? —preguntó Marek—. ¿Estás aún con el muchacho?

—Sí, realmente encantador.

El muchacho volvió de nuevo la cabeza y observó a Chris con semblante preocupado.

—¿Habláis al aire? ¿Estáis en vuestro sano juicio?

—Sí —contestó Chris—. Estoy en mi sano juicio. Es solo que desearía que mis compañeros se reunieran conmigo en el castillo.

—¿Por qué? —dijo Marek por el auricular.

—Estoy seguro de que se reunirán con vos a su debido tiempo —comentó el muchacho—. Habladme de vuestros compañeros. ¿Son también irlandeses? ¿Son gentiles como vos?

—¿Por qué le has dicho que eres gentil? —protestó Marek en el oído de Chris.

—Porque me define bien.

—Chris, «gentil» significa que perteneces a la nobleza —explicó Marek—. Gentil hombre, gentil hembra. Significa que eres de noble cuna. Llamará la atención, y la gente te hará preguntas embarazosas a las que no podrás responder.

—Ah —dijo Chris.

—Sin duda os define bien —afirmó el muchacho—. ¿Y a vuestros compañeros? ¿Son ellos gentiles?

—Verdad es —contestó Chris—. Sí, mis compañeros son también gentiles.

—¡Maldita sea, Chris! —exclamó Marek—. No juegues con cosas que no entiendes. Estás buscando problemas, y si continúas con esa actitud, los encontrarás.

De pie junto a las chozas de los campesinos, Marek oyó decir a Chris:

—Vosotros encontrad al profesor, ¿de acuerdo?

A continuación el muchacho hizo otra pregunta a Chris, pero una ráfaga de estática impidió a Marek oír sus palabras.

Marek se volvió y miró hacia Castलगard, en la otra margen del río. Vio al muchacho, caminando unos pasos por delante de Chris.

—Chris, estoy viéndote —informó Marek—. Da media vuelta y regresa. Reúnete aquí con nosotros. Tenemos que permanecer juntos.

—Difícil será.

—¿Por qué? —preguntó Marek con desesperación.

Chris no contestó de manera directa.

—¿Y quiénes son aquellos caballeros de la otra orilla? —En apariencia, hablaba

con el muchacho.

Buscando con la mirada, Marek advirtió junto al río la presencia de varios caballeros que observaban alejarse a Chris y al muchacho mientras abrevaban a sus monturas.

—Ese es sir Guy de Malegant, llamado Guy Tête Noire. Está al servicio de mi señor Oliver. Sir Guy es un caballero de gran renombre... por sus muchos crímenes e infamias.

Escuchando, Kate dijo:

—No puede volver con nosotros a causa de esos hombres a caballo.

—Verdat es —confirmó Chris.

Marek movió la cabeza en un gesto de irritación.

—Para empezar, no debería haberse separado de nosotros.

Marek se volvió al oír un chirrido a sus espaldas y, por la puerta lateral del muro del monasterio, vio aparecer bajo el sol la familiar figura del profesor Edward Johnston. Estaba solo.

35.31.11

Edward Johnston vestía jubón azul oscuro y calzas negras. Era un atuendo sencillo, sin adornos ni bordados, y le confería el sobrio aspecto de un hombre instruido. Podía sin duda pasar por un funcionario londinense en peregrinación, pensó Marek. Probablemente ésa era poco más o menos la indumentaria de Geoffrey Chaucer, otro funcionario de la época, en su propia peregrinación.

El profesor salió sin especial cautela bajo el sol de la mañana, pero de pronto se tambaleó ligeramente. Marek y Kate corrieron a su lado y advirtieron que respiraba con dificultad. Sus primeras palabras fueron:

—¿Tenéis un marcador de navegación?

—Sí —respondió Marek.

—¿Habéis venido solo vosotros dos?

—No. También ha venido Chris, pero no está aquí.

Johnston movió la cabeza en un brusco gesto de enojo.

—Muy bien. No perdamos tiempo. Os pondré al corriente de la situación. Oliver se encuentra en Castelgard —señaló hacia el pueblo, al otro lado del río—, pero desea trasladarse a La Roque antes de que llegue Arnaut. Su principal temor es el pasadizo secreto que lleva a La Roque. Oliver quiere saber dónde está. Por aquí, están todos desesperados por descubrirlo, porque es vital tanto para Oliver como para Arnaut. Es la clave de todo. Aquí la gente me tiene por un sabio. El abad me pidió que examinara los documentos antiguos, y encontré...

De pronto se abrió la puerta del monasterio, y unos soldados con sobrevestidos de colores marrón y gris corrieron hacia ellos. Sin contemplaciones, apartaron a Marek y Kate y los derribaron a golpes; ella casi perdió la peluca. En cambio, mostraron sumo cuidado con el profesor, situándose a ambos lados de él sin tocarlo en ningún momento. Parecían tratarlo con respeto, como una protectora escolta. Mientras se levantaba y sacudía el polvo, Marek tuvo la impresión de que los soldados tenían instrucciones de no causarle el menor daño al profesor.

En silencio, Marek observó a Johnston y los soldados montar a caballo y alejarse por el camino.

—¿Qué hacemos? —susurró Kate.

El profesor se golpeó suavemente la oreja con un dedo. Marek y Kate lo oyeron decir en un sonsonete, como si orase:

—Seguidme. Ya encontraré la manera de reunirnos. Vosotros id a buscar a Chris.

Tras el muchacho, Chris llegó a la entrada de Castelgard: una puerta de madera de dos hojas con robustos refuerzos de hierro. Estaba abierta, vigilada por un soldado con sobreveste de colores burdeos y gris. El centinela los saludó diciendo:

—¿Plantar una tienda? ¿Tender un paño en el suelo? Son cinco sueldos por vender en el mercado en día de torneo.

—*Non sumus mercatores* —respondió el muchacho—. No somos mercaderes.

Chris oyó contestar al centinela:

—*Sy lo sodes, pagar devezdes. Quinquesols maintenant, aut decem postea.*

Pero la traducción tardó más que de costumbre, y Chris se dio cuenta de que el centinela se expresaba en una extraña mezcla de lenguas, incluido el latín. Por fin, el auricular reprodujo sus palabras: «Si lo sois, debéis pagar. Cinco sueldos ahora, o diez después».

El muchacho movió la cabeza en un gesto de negación.

—¿Veis nuestra mercancía por alguna parte?

—*Herkle, non.*

Y por el auricular, Chris oyó: «Por Hércules, no».

—Entonces, ahí tenéis la respuesta —dijo el muchacho. Pese a su corta edad, hablaba con tono tajante, como si estuviera acostumbrado a mandar.

El centinela se encogió de hombros y se dio media vuelta. El muchacho y Chris cruzaron la puerta y entraron en el pueblo.

Intramuros, junto a la entrada, había varias casas de labranza y parcelas cercadas. En esa zona se percibía un fuerte olor a cerdo.

Avanzaron entre casas con techumbre de paja y pocilgas y luego empezaron a subir por una tortuosa calle empedrada con edificios de piedra a ambos lados. Estaban ya en el pueblo propiamente dicho.

Era una calle estrecha y bulliciosa, y los edificios tenían dos pisos, el segundo sobresaliendo en voladizo para proteger del sol la planta baja, ocupada en todos ellos por un taller o un comercio abiertos: una herrería, una carpintería donde se construían también toneles, una sastrería y una carnicería. El carnicero, con un delantal de hule manchado, sacrificaba en ese momento un cerdo sobre el empedrado, frente a su tienda; el animal lanzaba penetrantes chillidos. El muchacho y Chris sortearon el charco de sangre y los rollos desparramados de pálido intestino.

Siguieron por aquella calle ruidosa y concurrida, en medio de un hedor que a Chris le resultaba casi insoportable, hasta salir a una plaza también empedrada con un mercado cubierto en el centro. En sus excavaciones, pensó Chris, allí había solo un campo. Deteniéndose, miró alrededor y comparó lo que conocía con lo que en ese

instante tenía ante sus ojos.

Desde el extremo opuesto de la plaza, una joven bien vestida, cargada con una cesta de hortalizas, se acercó apresuradamente al muchacho y, con visible preocupación, dijo:

—Mi querido *señor*, vuestra larga ausencia causa gran inquietud a sir Daniel.

Por lo visto, la aparición de la joven molestó al muchacho. Malhumorado, contestó:

—Decidle, pues, a mi tío que lo atenderé a su debido tiempo.

—Se alegrará de saberlo —dijo la joven, y se marchó con paso ligero por una estrecha calleja.

El muchacho guio a Chris en otra dirección, sin hacer comentario alguno respecto a su breve conversación, limitándose a seguir adelante y hablar entre dientes.

Llegaron a un espacio abierto, justo enfrente del castillo. Era un lugar pintoresco y vistoso, lleno de caballeros que se paseaban a lomos de sus monturas y enarbolaban flameantes estandartes.

—Hoy han venido muchos visitantes para asistir al torneo —explicó el muchacho.

Delante de ellos se hallaba el puente levadizo del castillo. Chris alzó la vista y contempló la imponente muralla y las altas torres. Unos cuantos soldados recorrían el adarve, observando a la multitud. El muchacho se dirigió hacia la puerta sin vacilar. Chris oyó el ruido hueco de sus pisadas contra la madera del puente levadizo. Dos hombres montaban guardia. Chris se puso tenso al acercarse a ellos.

Pero los guardias no les prestaron la menor atención. Uno asintió distraídamente con la cabeza; el otro, vuelto de espaldas, se limpiaba el barro de un zapato.

A Chris le sorprendió su indiferencia.

—¿No vigilan la entrada?

—¿Por qué van a vigilarla? —respondió el muchacho—. Es pleno día, y nadie nos ataca.

Salieron del castillo tres mujeres; acarreaban cestas y llevaban la cabeza envuelta con paño blanco, de modo que solo se veían sus rostros. Los guardias tampoco se fijaron apenas en ellas. Charlando y riendo, las mujeres cruzaron el puente con entera libertad.

Chris comprendió que acababa de descubrir uno de esos anacronismos históricos tan arraigados que nadie los ponía en tela de juicio. Los castillos eran fortalezas y contaban siempre con una entrada construida con fines defensivos: foso, puente levadizo, etcétera. Y se daba por supuesto que esa entrada permanecía bajo estrecha vigilancia a todas horas.

Sin embargo, como el muchacho había dicho, ¿por qué iban a vigilarla? En tiempos de paz, el castillo era un activo centro social: la gente iba y venía para ver al señor, para entregar mercancías. No existía motivo alguno para controlar el acceso. Y menos a pleno día, como el muchacho había observado.

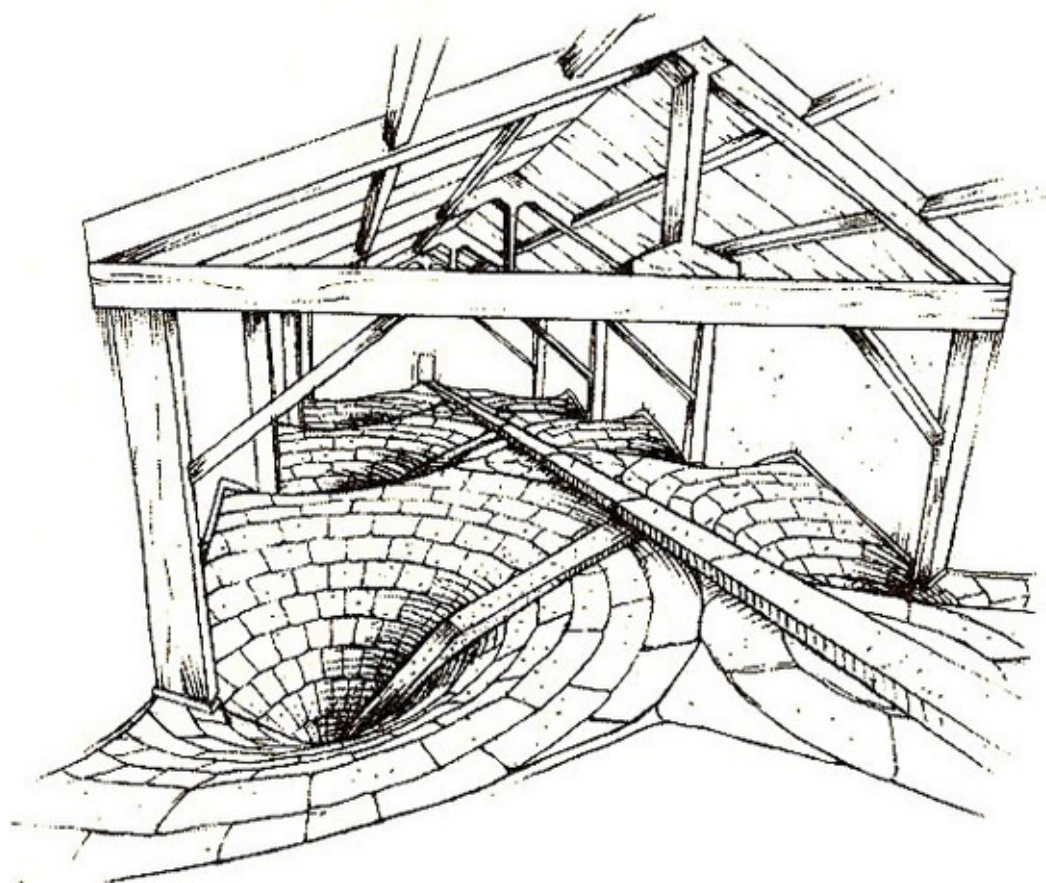
Chris pensó en los modernos bloques de oficinas, que tenían vigilancia solo de noche; durante el día los vigilantes estaban allí, pero solo para dar información. Y probablemente ésa era también la función de aquellos guardias.

Por otra parte...

Al traspasar la entrada, echó un vistazo a las afiladas puntas del rastrillo, la enorme reja de hierro alzada en ese momento sobre su cabeza. Como sabía, aquella reja podía bajarse en un instante, y en tal caso sería imposible entrar en el castillo. Y también escapar de su interior.

Había entrado en la fortaleza sin mayores problemas. Pero dudaba que fuera igual de fácil salir.

Entraron en un amplio patio totalmente amurallado. Había allí muchos caballos. Soldados con sobrevestes de colores marrón y gris, sentados en grupos, tomaban la comida del mediodía. Chris vio pasarelas de madera a lo largo de la muralla, cerca de su extremo superior. Frente a ellos se alzaba otro edificio de tres pisos de altura, coronado por torretas. Era un castillo dentro del castillo. El muchacho se encaminó hacia allí.



A un lado había una puerta abierta. Ante ella, un guardia masticaba un trozo de pollo.

—Venimos a ver a lady Claire —informó el muchacho—. Desea que este irlandés le haga un servicio.

—Que así sea —contestó el guardia sin demostrar el menor interés.

Entraron. Enfrente, Chris vio el arco de entrada al gran salón, donde se congregaba un gran número de hombres y mujeres, charlando de pie. Todos parecían elegantemente ataviados, y las paredes de piedra devolvían el eco de sus voces.

Pero el muchacho no le dio ocasión de recrear la mirada. Lo condujo directamente al primer piso por una escalera de caracol y luego, por un pasillo, hasta unos aposentos.

Tres doncellas, todas vestidas de blanco, corrieron a abrazar al muchacho, al parecer con gran sensación de alivio.

—¡Gracias a Dios que estáis de vuelta, mi señora!

—¿Mi señora? —repitió Chris.

De inmediato, el bonete negro desapareció de la cabeza del supuesto muchacho y una melena dorada cayó sobre sus hombros. Se inclinó en una reverencia.

—Lo lamento sinceramente y os ruego que me perdonéis por este engaño.

—¿Quién eres? —preguntó Chris, atónito.

—Me llamo Claire —respondió ella, todavía inclinada.

A continuación se irguió y miró a Chris a los ojos. Él vio que era mayor de lo que había calculado, quizá de veintidós o veintitrés años de edad. Y muy hermosa.

Mudo de asombro, la contempló boquiabierto. No sabía qué decir ni qué hacer. Se sentía avergonzado.

En medio de aquel silencio, una de las doncellas se aproximó, hizo una reverencia y dijo:

—Con vuestro permiso, mi señora es lady Claire d’Eltham, y ha enviudado recientemente de sir Geoffrey d’Eltham, noble con extensas heredades en Guyenne y Middlesex. Sir Geoffrey murió a causa de las heridas recibidas en Poitiers, y ahora mi señora está bajo la tutela de lord Oliver, señor de este castillo. Lord Oliver opina que ella debe contraer de nuevo matrimonio, y ha elegido a sir Guy de Malegant, un caballero muy conocido por estos pagos. Pero mi señora se niega a aceptar esa alianza.

Claire se volvió y lanzó una mirada admonitoria a la doncella, pero ésta, indiferente a la advertencia, prosiguió con sus explicaciones.

—Mi señora dice a todo el mundo que sir Guy carece de los recursos necesarios para defender sus heredades de Francia e Inglaterra. Sin embargo lord Oliver espera embolsarse el tributo correspondiente a ese casamiento, y Guy ha...

—Elaine —la interrumpió Claire.

—Mi señora —dijo la muchacha, y correteando, fue a reunirse con las otras doncellas, que cuchichearon en el rincón, al parecer reprendiéndola.

—Ya está bien de charla —anunció Claire—. En el día de hoy, éste ha sido mi salvador, el escudero Christopher de Hewes. Me ha librado de la rapiña de sir Guy, quien pretendía tomar por la fuerza lo que no podía obtener por derecho.

—No, no; nada más lejos de lo que ha ocurrido... —empezó a decir Chris, pero

se interrumpió al darse cuenta de que todos lo miraban con estupefacción.

—Cierto es que habla de manera extraña, puesto que procede de un remoto lugar de las tierras de Erín. Y es modesto, como corresponde a un gentil. Me ha salvado, y por tanto se lo presentaré hoy a mi custodio, en cuanto Christopher se vista con una indumentaria apropiada. —Se volvió hacia una de las damas—. ¿No es nuestro caballero, el escudero Brandon, de su misma estatura? Ve a traerme su jubón de color añil, su cinto de plata y sus mejores calzas blancas. —Entregó un brazaletes a la muchacha—. Págale lo que pida, pero no te demores.

La muchacha se marchó corriendo. Al salir, pasó junto a un anciano de aspecto taciturno que observaba entre las sombras. Llevaba un suntuoso manto marrón de terciopelo con flores de lis bordadas y una gorguera de armiño.

—¿Cómo estáis, mi señora? —preguntó, acercándose.

Ella lo saludó con una reverencia.

—Bien, sir Daniel.

—Habéis vuelto sana y salva.

—A Dios gracias.

El anciano taciturno lanzó un bufido.

—Bien debéis agradecerse. Incluso Su infinita paciencia ponéis a prueba. ¿Y ha estado el éxito de vuestra expedición en consonancia con los peligros que habéis corrido?

Claire se mordió el labio.

—Lamentablemente, no.

—¿Habéis visto al abad?

—No —respondió Claire con un ligero titubeo.

—Decid la verdad, Claire.

Ella negó con la cabeza.

—No lo he visto, señor. Estaba ausente, de cacería.

—Una lástima —dijo sir Daniel—. ¿Por qué no le habéis esperado?

—No me he atrevido, pues los hombres de lord Oliver han irrumpido en el monasterio, violando el derecho al sagrado asilo, y se han llevado al maestro por la fuerza. Temía ser descubierta, y he huido.

—Ya, ya, ese conflictivo maestro —comentó sir Daniel con expresión pensativa—. Está en boca de todos. ¿Sabéis qué dicen de él? Que es capaz de aparecerse en medio de un destello de luz. —Sir Daniel movió la cabeza en un gesto de negación; era imposible saber si creía el rumor o no—. Debe de ser ducho en el manejo de la pólvora. —Pronunció lentamente esta última palabra, como si fuera exótica y poco familiar—. ¿Habéis llegado a ver a ese maestro?

—Sí, y he hablado con él.

—¿Y eso?

—Al no encontrar allí al abad, he acudido a él, ya que dicen que el maestro y el abad han entablado amistad.

Chris Hughes se esforzaba por seguir la conversación, y tardíamente cayó en la cuenta de que hablaban del profesor.

—¿El maestro? —dijo.

—¿Conocéis al maestro? —preguntó Claire—. ¿Edward de Johnes?

Chris se retractó de inmediato.

—Ah, bueno..., no..., no, no lo conozco, y...

Al oírlo, sir Daniel lo miró con manifiesta estupefacción.

—¿Qué dice? —preguntó, volviéndose hacia Claire.

—Dice que no conoce al maestro.

El anciano no salía de su asombro.

—¿En qué lengua?

—Una especie de inglés, sir Daniel, con mezcla de gaélico, creo.

—No se parece en nada al gaélico que yo he oído antes —aseguró sir Daniel, y miró de nuevo a Chris—. ¿Habláis *la languedoc*? ¿No? *Loquerisquide latine*?

Le preguntaba si hablaba latín. Chris poseía un conocimiento académico del latín, basado en la lectura. Nunca había intentado hablarlo. Balbuceando, respondió:

—*Non, senior Danielis, solum perpaululum. Perdoleo.* —«Solo un poco. Perdón».

—*Per, per... dicendo ille Ciceroni persímilis est.* —«Habla como Cicerón».

—*Perdoleo.* —«Perdón».

—En tal caso, mayor servicio haréis quedándoos callado. —El anciano se volvió de nuevo hacia Claire—. ¿Qué os ha dicho el maestro?

—No ha podido ayudarme.

—¿Conocía el secreto que buscamos?

—Ha dicho que no.

—Pero el abad sí lo conoce —afirmó sir Daniel—. El abad tiene que conocerlo. Fue su predecesor, el obispo de Laon, quien actuó como arquitecto en las últimas reformas de La Roque.

—Según el maestro, Laon no fue en realidad el arquitecto —contestó Claire.

—¿No? —Sir Daniel frunció la frente—. ¿Y él cómo lo sabe?

—Creo que se lo ha dicho el abad. O quizá lo haya descubierto en los viejos documentos. En atención a los monjes, el maestro ha clasificado y ordenado los pergaminos de Sainte-Mère.

—¿Ah, sí? —dijo sir Daniel, meditando—. Me pregunto con qué fin.

—No he tenido tiempo de preguntárselo, porque en ese momento han irrumpido los hombres de lord Oliver.

—Bueno, el maestro no tardará en llegar —declaró sir Daniel—, y lord Oliver en persona le formulará esas preguntas. —Arrugó el entrecejo, visiblemente disgustado ante esa idea. De pronto se volvió hacia un niño de nueve o diez años que estaba detrás de él—. Lleva al escudero Christopher a mi cámara, donde podrá bañarse y asearse.

Al oírlo, Claire lanzó una severa mirada al anciano.

—Tío, no desbaratéis mis planes.

—¿Acaso lo he hecho alguna vez?

—Bien sabéis que lo habéis intentado en más de una ocasión.

—Hija mía —repuso él—, mi única preocupación es vuestra seguridad... y vuestra honra.

—Y mi honra, tío, no está aún comprometida. —Dicho esto, Claire se acercó a Chris con descaro, le rodeó el cuello con una mano y lo miró a los ojos—. Contaré los segundos que estáis ausente y os añoraré con toda mi alma —susurró con una mirada cristalina—. Volved pronto a mi lado.

Le rozó la boca con los labios y retrocedió, separándose de mala gana, retirando los dedos lentamente de su cuello. Desconcertado, Chris clavó la mirada en sus ojos, viendo lo hermosos...

Sir Daniel carraspeó y se volvió nuevamente hacia el niño.

—Atiende al escudero Christopher y ayúdalo con el baño.

El niño saludó a Chris con una reverencia. En la estancia, todos guardaban silencio. Por lo visto, aquélla era la indicación de que debía marcharse. Asintiendo con la cabeza, Chris dijo:

—Gracias.

Por una vez, para su sorpresa, los demás no reaccionaron con expresiones de estupefacción; al parecer, lo habían comprendido. Sir Daniel inclinó la cabeza con patente frialdad, y Chris se fue.

Los caballos cruzaron el puente con un ruidoso chacoloteo. El profesor mantenía la vista al frente, ajeno a los soldados que lo escoltaban. Al entrar en el castillo, los guardias de la puerta apenas los miraron. Un instante después el profesor se perdió de vista.

Deteniéndose a corta distancia del puente levadizo, Kate preguntó:

—¿Qué hacemos? ¿Lo seguimos?

Marek no contestó. Kate volvió la cabeza y vio que Marek contemplaba absorto a dos caballeros que, a lomos de sus monturas, lidiaban a golpes de espada en la explanada del castillo. Parecía una especie de exhibición o ejercicio; rodeaba a los caballeros un grupo de jóvenes, vestidos unos con librea verde y otros con librea amarilla y oro, por lo visto los colores distintivos de aquellos dos caballeros. Y alrededor se había congregado una gran muchedumbre de espectadores, que reían y proferían insultos o palabras de aliento a uno u otro caballero. Los caballos caracoleaban en estrechos círculos, casi tocándose, dejando cara a cara a los dos jinetes con armadura completa. Las espadas entrechocaban ruidosamente una y otra vez en el aire de la mañana.

Marek, inmóvil, los observaba con atención.

Kate le tocó el hombro.

—Oye, André, el profesor...

—Un momento.

—Pero...

—*Un momento.*

Marek sintió por primera vez una punzada de incertidumbre. Hasta ese momento no había visto en aquel mundo nada fuera de lugar o imprevisto. El monasterio era tal como esperaba. Los campesinos eran tal como esperaba. Los preparativos del torneo eran tal como los había imaginado. Y cuando entró en el pueblo de Castelgard, también era tal como había previsto. Kate había quedado horrorizada al ver trabajar al carnicero en plena calle y al percibir el hedor de las cubas del curtidor, pero no así Marek. Todo era tal como él se lo había representado a lo largo de los años.

Pero esto no, pensó, observando cómo contendían los caballeros.

¡Era todo tan rápido! El manejo de la espada era ágil y continuo, con acometidas tanto de arriba abajo como de abajo arriba, de modo que semejaba más un combate de esgrima que de espadas. Los impactos del metal se sucedían con solo uno o dos segundos de diferencia. Y la lucha proseguía sin pausa ni vacilaciones.

Marek siempre había imaginado esos combates a cámara lenta: hombres entorpecidos por sus armaduras blandiendo espadas tan pesadas que cada golpe

suponía un gran esfuerzo y llevaba una peligrosa inercia, requiriendo tiempo para recuperarse y prepararse para el siguiente golpe. En algunas crónicas, había leído acerca del agotamiento de los hombres después de la batalla, dando por supuesto que ese cansancio se debía al prolongado esfuerzo de un combate lento y al peso de las protecciones de acero.

Aquellos guerreros eran grandes y poderosos en todos los sentidos. Sus caballos eran enormes, y ellos mismos parecían medir un metro ochenta como mínimo y poseer una fuerza extraordinaria.

Marek nunca se había dejado engañar por el reducido tamaño de las armaduras expuestas en los museos; sabía que toda armadura que llegaba a un museo era de carácter ceremonial, usada a lo sumo en desfiles medievales, nunca en combate. Marek sospechaba asimismo, aunque no podía demostrarlo, que en su mayoría las armaduras que se conservaban en el presente —en extremo ornamentadas, con abundantes repujados y grabados— estaban destinadas únicamente a exhibirse, y se habían realizado a una escala equivalente a las tres cuartas partes del tamaño natural, más apropiada para mostrar la delicada labor de los artesanos.

Las verdaderas armaduras de guerra se habían perdido. Y Marek había leído suficiente literatura al respecto para saber que casi todos los guerreros famosos de la época medieval eran siempre hombres de gran envergadura: altos, musculosos y muy fuertes. Procedían de la nobleza; estaban mejor alimentados, y eran grandes y robustos. Por sus lecturas, sabía cómo se adiestraban, y lo mucho que les complacía realizar proezas para diversión de las damas.

Y sin embargo, por alguna razón, nunca había imaginado nada ni remotamente parecido a lo que tenía ante sus ojos. Aquellos dos caballeros contendían con furia, a un ritmo frenético, sin descanso, y daba la impresión de que podían continuar así todo el día. Ninguno presentaba el menor indicio de fatiga; de hecho, parecían disfrutar con el esfuerzo.

Observando el brío y la velocidad de sus movimientos, Marek llegó a la conclusión de que ésa era precisamente la manera en que él lucharía: con rapidez, haciendo uso de su preparación y resistencia para desgastar las fuerzas del adversario. Había imaginado un estilo de lucha más lento basándose solo en la suposición inconsciente de que los hombres del pasado eran más débiles y torpes o menos imaginativos que él, como hombre moderno.

Marek sabía que esa presunción de superioridad era una cortapisa con la que se enfrentaban todos los historiadores. Simplemente no se había detenido a pensar que también él incurría en esa equivocación.

Pero obviamente así era.

Debido al vocerío de la multitud, tardó un rato en darse cuenta de que los contendientes se hallaban en tan extraordinaria forma física que les sobraba aliento para gritarse mientras luchaban; entre golpe y golpe, se lanzaban andanadas de pullas e insultos a pleno pulmón.

Y advirtió también que las espadas no estaban arromadas, sino que eran auténticas espadas de guerra, con filos agudos y cortantes. Sin embargo, resultaba evidente que no pretendían herirse; aquello era solo un entretenido calentamiento previo al inminente torneo. Esa actitud alegre y despreocupada ante un peligro mortal resultaba casi tan inquietante como la rapidez e intensidad con que luchaban.

El combate se prolongó diez minutos más, hasta que uno de los caballeros desarzonó al otro de un poderoso golpe. El caballero derribado se levantó inmediatamente de un salto, con la misma ligereza que si no llevara armadura. El dinero empezó a cambiar de manos entre el público. Algunos gritaron: «¡Otro! ¡Otro!». Una pelea se desató entre las dos cuadrillas con librea. Los dos caballeros se marcharon cogidos del brazo en dirección a la posada.

Marek oyó decir a Kate:

—André...

Se volvió lentamente hacia ella.

—André, ¿pasa algo?

—No, nada —contestó él—. Pero tengo mucho que aprender.

Empezaron a cruzar el puente levadizo del castillo hacia los guardias. Marek notó tensa a Kate a su lado.

—¿Qué hacemos? ¿Qué decimos? —preguntó ella.

—No te preocupes, hablo occitano.

Pero cuando se acercaban, comenzó otro combate en la explanada, y los guardias concentraron allí su atención. Estaban por completo abstraídos cuando Marek y Kate atravesaron el arco de piedra y entraron en el patio del castillo.

—Ya estamos dentro —comentó Kate, asombrada, mirando alrededor—. Y ahora ¿qué?

Estoy quedándome helado, pensó Chris. Se hallaba sentado en un taburete en la reducida cámara de sir Daniel, sin más ropa que los calzones de hilo. Junto a él había una palangana de agua humeante y un paño para lavarse. El niño había subido la palangana con agua de la cocina, llevándola con el mismo cuidado que si fuera oro; pretendía así dar a entender que el ofrecimiento de agua caliente representaba un trato privilegiado.

Chris se restregó a conciencia, rehusando la ayuda del niño. La palangana era pequeña, y el agua no tardó en ennegrecerse. Pero finalmente Chris había logrado desprenderse el barro de las uñas, el cuerpo, e incluso la cara, valiéndose de un diminuto espejo metálico que le entregó el niño.

Dando por terminado el aseo, se declaró satisfecho del resultado. Pero el niño, con manifiesta consternación, dijo:

—Mi señor Christopher, no estáis limpio.

E insistió en concluir él mismo la tarea.

Así pues, Chris temblaba de frío en el taburete de madera mientras el niño le frotaba el cuerpo, desde hacía al menos una hora. Chris estaba perplejo. Siempre había creído que en la Edad Media la gente iba sucia y apestaba, inmersa en la general inmundicia de la época. Sin embargo allí la limpieza parecía una obsesión. En el castillo, todos iban bien aseados y nadie despedía mal olor.

Ni siquiera el retrete —que el niño, con gran insistencia, le había aconsejado usar antes del baño— era tan espantoso como Chris temía. Situado en la propia cámara tras una puerta de madera, estaba provisto de un asiento de piedra y, bajo éste, un bacín horadado que desaguaba en una tubería. Al parecer, los excrementos se recogían en un recipiente colocado en la planta baja, que se vaciaba diariamente. El niño explicó que cada mañana un criado vertía agua perfumada por la tubería y luego ponía un ramillete de hierbas aromáticas en un soporte de la pared. De modo que no había olores desagradables. A decir verdad, pensó Chris con pesar, los lavabos de los aviones olían mucho peor.

Y para colmo aquella gente, en lugar de papel higiénico, utilizaba tiras de lino blanco. No, pensó, las cosas no eran como esperaba.

Una de las ventajas de verse obligado a permanecer inmóvil en aquel taburete era que podía hacer prácticas de conversación con el niño. Éste era muy paciente con él y le respondía despacio, como si hablara con un idiota. Pero eso permitía a Chris escucharlo con atención antes de que el auricular tradujera sus palabras, y pronto descubrió que la imitación resultaba útil; venciendo su inicial vergüenza y empleando las expresiones arcaicas que había leído en los libros —muchas de las cuales el niño también usaba—, conseguía hacerse comprender mejor por él. Así pues, Chris fue acostumbrándose a decir «Si te place» en lugar de «si quieres», «e» en lugar de «y», y «guisa» en lugar de «manera». Y con cada pequeño cambio parecía mejorar la comprensión del niño.

Chris seguía sentado en el taburete cuando entró sir Daniel y dejó en la cama una pila de ropa, de aspecto caro y elegante, pulcramente plegada.

—Así pues, Christopher de Hewes, habéis entablado relación con nuestra sagaz y bella señora.

—Ella me ha salvado la vida —contestó Chris, procurando adaptar su pronunciación a la de la época.

Y por lo visto sir Daniel lo comprendió.

—Confío en que eso no os traiga complicaciones.

—¿Complicaciones?

Sir Daniel dejó escapar un suspiro.

—Según me ha dicho mi sobrina, amigo Chris, sois gentil pero no caballero. ¿Sois escudero?

—Verdad es, sí.

—Muy mayor para escudero —comentó sir Daniel—. ¿Qué nivel de instrucción tenéis en el manejo de las armas?

—Mi instrucción en el manejo de las armas... —Chris arrugó la frente—. Bueno, yo...

—¿Estáis o no adiestrado? Hablad con franqueza: ¿Cuál es vuestro nivel de instrucción?

Chris decidió que le convenía ser sincero.

—En Verdad, estoy... instruido... en mi disciplina... como estudioso.

—¿Estudioso? —El anciano movió la cabeza en un gesto de incompreensión—. *Escolie? Esne discipulus? Studesne sub magistro?* —«¿Estudiáis bajo la tutela de un maestro?».

—*Ita est.* —«Así es».

—*Ubi?* —«¿Dónde?».

—Ah..., esto... en Oxford.

—¿Oxford? —Sir Daniel resopló—. Siendo así, no tenéis aquí nada que hacer con alguien como mi señora. Creedme si os digo que éste no es sitio para un *scolere*. Permitidme que os ponga al corriente de vuestras actuales circunstancias.

»Lord Oliver necesita dinero para pagar a sus mesnadas, y ya ha saqueado todas las aldeas vecinas. Así que ahora apremia a Claire a casarse para él obtener el beneficio que le corresponde como custodio. Guy de Malegant le ha hecho una buena oferta, muy satisfactoria para lord Oliver. Pero Guy no es un hombre rico, y no podrá saldar su deuda a menos que hipoteque parte de las posesiones de mi señora, lo cual ella no está dispuesta a aceptar. En opinión de muchos, lord Oliver y Guy han llegado hace tiempo a un acuerdo privado, comprometiéndose uno a vender a lady Claire y el otro a vender sus tierras.

Chris permaneció en silencio.

—Existe aún otro impedimento para la celebración de la boda. Claire detesta a Malegant, de quien sospecha que intervino directamente en la muerte de su esposo. Guy se hallaba presente cuando Geoffrey expiró. Su repentina marcha de este mundo fue una sorpresa para todos. Geoffrey era un caballero joven y vigoroso, y si bien sus heridas eran graves, se recobraba gradualmente. Nadie conoce la verdad de lo ocurrido aquel día, pero corren rumores, muchos rumores, de envenenamiento.

—Comprendo —dijo Chris.

—¿Ah, sí? Lo dudo. Pensad que mi señora bien podría considerarse prisionera de lord Oliver en este castillo. Acaso ella sola pudiera escapar, pero no le es posible sacar furtivamente a todo su séquito. Si ella parte en secreto y regresa a Inglaterra, como es su deseo, lord Oliver tomará venganza en mi persona, y en la de otros miembros de la casa. Ella lo sabe, y por eso debe quedarse aquí.

»Lord Oliver quiere casarla, y mi señora trama estratagemas para aplazar la boda. Admito que es una joven inteligente. Pero lord Oliver no se distingue por su paciencia, y pronto forzará la situación. Ahora la única esperanza de mi sobrina

reside allí. —Sir Daniel se acercó a la ventana y señaló por ella.

Chris se aproximó también y miró afuera.

Desde aquella alta ventana vio el patio del castillo y las almenas de la muralla exterior. Más allá vio los tejados del pueblo y la muralla del pueblo, en cuyo adarve rondaban los guardias. A eso seguían los campos y el bosque.

Chris dirigió una mirada interrogativa a sir Daniel.

—Allí, mi *scolere*. Aquellas fogatas.

Sir Daniel señalaba hacia el horizonte. Entornando los ojos, Chris avistó solo unas tenues columnas de humo que se desvanecían en la neblina azulada. Se encontraban en el límite de su visión.

—Ésas son las huestes de Arnaut de Cervole —explicó sir Daniel—. Están acampadas a no más de quince millas de aquí. Llegarán en un día, dos a lo sumo. Todos lo saben.

—¿Y sir Oliver?

—Sabe que la batalla contra Arnaut será encarnizada.

—Y aun así celebra un torneo...

—Eso es una cuestión de honor —dijo sir Daniel—. El puntilloso honor de lord Oliver. Sin duda lo cancelaría si pudiera. Pero no se atreve. Y para vos, ése es el peligro.

—¿Para mí?

Sir Daniel suspiró y empezó a pasearse de un lado a otro.

—Ahora vestíos, para presentaros ante mi señor Oliver como es debido. Intentaré evitar el desastre que se avecina.

El anciano se volvió y salió de la cámara. Chris miró al niño. Había dejado de restregarlo.

—¿Qué desastre? —preguntó.

33.12.51

Una peculiaridad del medievalismo en el siglo xx consistía en que no se conservaba una sola imagen de la época que mostrara cómo era el interior de un castillo del siglo xiv. Ni un cuadro, ni un dibujo en un manuscrito iluminado, ni un esbozo, nada. Las imágenes más antiguas sobre la vida en el siglo xiv databan del siglo xv, y los interiores —así como la comida y la vestimenta— representados en éstas eran correctos para el siglo xv, pero no para el xiv.

Como consecuencia, ningún historiador moderno sabía qué mobiliario se usaba, cómo se decoraban las paredes, o cómo vestía y se comportaba la gente. La ausencia de información era tan completa que cuando se excavaron los aposentos reales de Eduardo I en la Torre de Londres, las paredes reconstruidas tuvieron que dejarse con el enlucido a la vista, porque nadie conocía cuál fue en su momento la decoración.

Esa era también la causa de que los pintores que posteriormente habían representado temas del siglo xiv mostraran interiores sombríos, estancias de paredes desnudas y escasos muebles, quizá una silla o un baúl, pero poco más. La propia ausencia de imágenes contemporáneas tendía a interpretarse como prueba de la austeridad de la época.

Todo eso pasó por la mente de Kate Erickson cuando se dirigía hacia la puerta del gran salón de Castelgard. Lo que estaba a punto de ver, ningún historiador lo había visto. Deslizándose entre la gente detrás de Marek, entró por fin, y contempló con asombro la opulencia y el caos que se desplegaban ante ella.

El gran salón resplandecía como una enorme joya. Penetrando como un torrente de luz por las altas ventanas, el sol bañaba las paredes, donde colgaban tapices recamados con hilo de oro, y sus reflejos cabrilleaban en el techo rojo y dorado. Una enorme tela con un dibujo de flores de lis sobre fondo azul oscuro cubría un extremo del salón. En el lado opuesto, decoraba la pared un tapiz que representaba una batalla: los caballeros contendían engalanados con armaduras de plata y sobrevestes de colores azul y blanco, rojo y oro; sus estandartes, bordados con hilo de oro, flameaban al viento.

Al fondo del salón se hallaba la chimenea, tan grande que una persona habría podido entrar sin agacharse, con una reluciente repisa dorada y profusamente labrada. Y sobre la repisa pendía un tapiz que mostraba a unos cisnes en vuelo sobre un campo rojo de encaje salpicado de flores de oro.

El salón poseía una elegancia inherente, una decoración suntuosa y exquisitamente ejecutada... y un tanto femenina desde el punto de vista moderno. Su belleza y refinamiento contrastaban con los modales de los presentes, individuos

vocingleros y ordinarios.

Frente a la lumbre se hallaba la mesa principal, cubierta con un mantel de hilo blanco. Los platos de oro estaban llenos a rebosar de comida. Unos perros pequeños correteaban sobre la mesa, sirviéndose a placer de los mismos platos, hasta que el hombre que ocupaba el lugar central los ahuyentó con un estridente juramento.

Lord Oliver de Vannes contaba alrededor de treinta años. Era un hombre de ojos pequeños, hundidos en un rostro carnosos de expresión disoluta. En su boca se dibujaba una permanente mueca de desprecio; tendía a apretar los labios porque le faltaban varios dientes. Lucía unos ropajes tan ornamentados como el propio salón: un manto azul y oro, amplia gorguera dorada y sombrero de piel. Adornaba su cuello un collar de piedras azules, cada una del tamaño de un huevo de codorniz. Llevaba sortijas en varios dedos, grandes gemas ovales engastadas en oro macizo. Ensartaba las viandas con el cuchillo y masticaba ruidosamente, hablando con gruñidos a sus compañeros.

Pese a su elegante atuendo, producía una impresión de peligrosa irascibilidad: mientras comía, miraba sin cesar a uno y otro lado con sus ojos ribeteados, alerta a la menor ofensa, presto a la pelea. Tenía los nervios a flor de piel y una pronta agresividad; cuando uno de los perros volvió a la mesa, Oliver, sin vacilar, le clavó el cuchillo en las ancas. El animal saltó al instante de la mesa y escapó del salón gañendo y dejando un rastro de sangre.

Lord Oliver soltó una carcajada, enjugó la sangre del perro de la punta del cuchillo y siguió comiendo.

Los hombres sentados a su mesa rieron la humorada. A juzgar por su aspecto, eran mesnaderos, de la edad de Oliver, e iban todos elegantemente ataviados, aunque ninguno igualaba en exquisitez las galas de su señor. Completaban la escena tres o cuatro mujeres, jóvenes, bonitas y descocadas, con vestidos ajustados y cabelleras sueltas, toqueteando a los hombres por debajo de la mesa en medio de estúpidas risitas.

Mientras Kate observaba, un término acudió de manera espontánea a su mente: señor de la guerra. Aquél era un señor de la guerra medieval, sentado en compañía de sus soldados y sus prostitutas en el castillo que había capturado.

De pronto apareció un heraldo y, con un golpe de bastón, anunció:

—Mi señor. Maese Edward de Johnes.

Volviéndose, Kate vio entrar a Johnston, conducido hacia la mesa principal por su escolta a través de la muchedumbre.

Lord Oliver alzó la vista y, limpiándose la grasa de los carrillos con el dorso de la mano, se puso en pie.

—Bienvenido seáis, maese Edwardus. Aunque no estoy muy seguro de si sois un maestro o un mago.

—Mi señor Oliver —saludó el profesor, hablando en occitano, e inclinó ligeramente la cabeza.

—Maestro, ¿por qué esa frialdad? —reprochó Oliver con un afectado mohín—. Me ofendéis. ¿Qué os he hecho yo para merecer tanta reserva? ¿Os disgusta que os haya traído del monasterio? Aquí comeréis tan bien como allí, os lo aseguro. Mejor incluso. Además, el abad no os necesita, y yo sí.

Johnston, muy erguido, guardó silencio.

—¿No tenéis nada que decir? —preguntó Oliver, lanzando una feroz mirada a Johnston. Su rostro se ensombreció. Entre dientes, añadió—: Esa actitud cambiará.

Johnston permaneció callado.

El momento de tensión pasó. Lord Oliver pareció recobrar la calma. Con una sonrisa inexpresiva, dijo:

—Pero venid, venid; no riñamos. Con el debido respeto y cortesía, solicito vuestro consejo. Sois un hombre sabio, y yo ando muy escaso de sabiduría, o eso me dicen estas ilustres personas. —El comentario fue recibido con carcajadas en torno a la mesa—. Y según he oído también adivináis el futuro.

—Nadie conoce el futuro —contestó Johnston.

—¿Ah, no? Pues creo que vos sí lo conocéis, maestro. Y os ruego que vaticinéis el vuestro. Dudo que un hombre de vuestra distinción resista mucho el sufrimiento. ¿Sabéis cómo halló la muerte nuestro difunto rey, y tocayo vuestro, Eduardo el Necio? En vuestro rostro advierto que sí lo sabéis. Con todo, vos no estabais presente en el castillo cuando ocurrió, y yo sí. —Esbozó una lúgubre sonrisa y volvió a sentarse en su silla—. En su cuerpo no quedó señal alguna.

Johnston movió la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

—Sus gritos se oyeron a millas de distancia —comentó.

Kate lanzó una mirada interrogativa a Marek. En susurros, él explicó:

—Hablan de Eduardo II de Inglaterra. Fue encarcelado y asesinado. Sus captores no deseaban dejar pruebas visibles del crimen, así que le introdujeron un tubo por el recto y le insertaron un atizador al rojo vivo en las entrañas hasta que murió.

Kate se estremeció.

—Además, Eduardo era homosexual —añadió Marek—, y se consideró que esa manera de ejecutarlo revelaba un gran ingenio.

—Sí, sus gritos se oyeron a millas de distancia —confirmó Oliver—. Así que reflexionad sobre ello. Sabéis muchas cosas, y también a mí me gustaría saberlas. Sed mi consejero, o despedíos de este mundo.

En ese momento interrumpió a Oliver un caballero que se levantó de la mesa y se acercó a susurrarle al oído. El caballero vestía ricos ropajes de colores marrón y gris, pero tenía la cara curtida y correosa de un guerrero. Una cicatriz visible y abultada descendía por su rostro desde la frente hasta el mentón y desaparecía bajo la gorguera. Oliver lo escuchó y luego dijo:

—¿Eso creéis, Robert?

En respuesta, el caballero de la cicatriz volvió a susurrarle al oído, sin apartar la mirada del profesor.

—Bien, ya se verá —contestó sir Oliver.

El fornido caballero siguió musitando, y Oliver asintió con la cabeza.

Entre la muchedumbre, Marek se volvió hacia el cortesano que tenía al lado y, dirigiéndose a él en occitano, preguntó:

—¿Quién es, si puede saberse, la ilustre persona que habla a sir Oliver al oído?

—Amigo mío, ése es sir Robert de Kere.

—¿De Kere? —repitió Marek—. No lo conozco.

—Se ha incorporado recientemente al séquito. Lleva menos de un año al servicio de sir Oliver, pero se ha granjeado ya su favor.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

El cortesano se encogió de hombros en un gesto de hastío, como si dijera: ¿Quién sabe los motivos de cuanto ocurre en la mesa principal? Sin embargo contestó:

—Sir Robert es hombre de grandes dotes marciales, y actúa como consejero de confianza de lord Oliver en tácticas de guerra. —Bajando la voz, añadió—: Pero ciertamente creo que no debe de satisfacerle ver ante él a otro consejero, y además tan eminente.

—Ah, comprendo —dijo Marek.

Efectivamente daba la impresión de que sir Robert defendía con insistencia su posición, susurrando con actitud perentoria, hasta que Oliver alzó la mano, como si espantara a un mosquito, y al instante el caballero hizo una reverencia y retrocedió un paso, quedándose detrás de él.

—Maestro —dijo Oliver.

—Mi señor.

—Según me informan, conocéis el método del fuego greguisco.

Marek resopló.

—Nadie lo conoce —musitó, volviéndose hacia Kate.

Y así era. El fuego greguisco era un famoso enigma histórico, una devastadora arma del siglo VI, cuya auténtica naturaleza se debatía incluso entre los historiadores modernos. Nadie sabía qué era en realidad el fuego greguisco, ni cuál era su composición.

—Sí —respondió Johnston—. Conozco ese método.

Marek lo miró con asombro. ¿A qué obedecía aquello? Obviamente el profesor se daba cuenta de que le había surgido un rival, pero aquél era un juego peligroso. Sin duda le exigirían que lo demostrase.

—¿Podéis crear vos fuego greguisco? —prosiguió Oliver.

—Sí, mi señor.

—Ah. —Oliver volvió la cabeza y lanzó una mirada fulminante a sir Robert. Por lo visto, el consejero de confianza le había aconsejado mal. Oliver concedió de nuevo su atención al profesor.

—No será difícil —aseguró el profesor— si cuento con la colaboración de mis ayudantes.

—¿Ayudantes? ¿Tenéis ayudantes?

—Sí, mi señor, y...

—Claro que pueden ayudaros, maestro. Y si ellos no pueden, nosotros os proporcionaremos cuanto necesitéis. A ese respecto descuidad. Pero ¿y qué me decís del fuego de rocío, llamado asimismo fuego de Naxos? ¿Lo conocéis también?

—Sí, mi señor.

—¿Y me haréis una demostración?

—Cuando gustéis, mi señor.

—Muy bien, maestro. Muy bien. —Lord Oliver miró en silencio al profesor por un momento—. ¿Y conocéis también el secreto que deseo conocer por encima de todo?

—Sir Oliver, ese secreto lo ignoro.

—¡Sí lo conocéis! ¡Y tendréis que revelármelo! —exclamó lord Oliver, golpeando la mesa con una copa. Había enrojecido, y las venas se marcaban en su frente. Su voz resonó en el salón, donde los circunstantes habían enmudecido de pronto—. ¡Me lo revelaréis hoy mismo!

Uno de los pequeños perros se arrastró tímidamente hacia lord Oliver por la mesa; lo hizo volar de un revés, y el animal cayó aullando al suelo. Cuando la muchacha sentada junto a lord Oliver abrió la boca para protestar, él lanzó un juramento y la abofeteó con tal fuerza que la derribó junto con su silla. La muchacha no emitió sonido alguno ni se movió; se quedó quieta con los pies en alto.

—¡Estoy furioso! ¡Muy furioso! —declaró lord Oliver, y se puso en pie. Echando mano a la espada, barrió el gran salón con una mirada colérica, como si buscara un culpable.

Todos permanecieron en silencio, inmóviles, con la vista baja. Era como si el salón se hubiera convertido súbitamente en un retablo, donde solo lord Oliver seguía en movimiento. Con un bufido de ira, desenvainó por fin la espada, la alzó y descargó un violento golpe contra la mesa. Los platos y copas saltaron ruidosamente. La hoja de la espada quedó hundida en la madera.

Oliver miró al profesor con inquina, pero empezaba a recobrar el dominio de sí mismo.

—¡Maestro, haréis mi voluntad! —dijo a voz en grito. Luego hizo una seña a los guardias—. Lleváoslo y dadle motivos para meditar.

Bruscamente, los guardias prendieron al profesor y se lo llevaron a la fuerza por entre la muda concurrencia. Kate y Marek se apartaron cuando pasó, pero él no los vio.

Lord Oliver, indignado, recorría con la mirada el salón silencioso.

—Sentaos y divertíos antes de que pierda la paciencia —gruñó.

De inmediato, los músicos empezaron a tocar, y el bullicio reinó nuevamente en el salón.

Poco después, Robert de Kere salió apresuradamente del gran salón. Marek sospechó que su precipitada marcha no auguraba nada bueno. Tocó a Kate con el codo y le indicó que debían seguirlo. Se dirigían hacia la puerta cuando el heraldo volvió a golpear el suelo con su bastón.

—¡Mi señor! Lady Claire d'Eltham, acompañada por el escudero Christopher de Hewes.

Marek y Kate se detuvieron.

—¡Maldita sea! —masculló él.

En el salón entró una hermosa mujer, con Chris Hughes a su lado. Chris vestía ahora un rico traje cortesano. Se lo veía muy distinguido... y muy confuso.

De pie junto a Kate, Marek se golpeó la oreja con la punta del dedo y musitó:

—Chris, no hables ni hagas nada mientras estés en este salón, ¿entendido?

Chris movió la cabeza en un gesto de asentimiento casi imperceptible.

—Actúa como si no entendieras nada. No te será muy difícil.

Chris y la mujer pasaron entre la gente y fueron derechos a la mesa principal, donde lord Oliver los observó acercarse con manifiesta irritación. La mujer lo notó, hizo una completa genuflexión y permaneció inclinada, con la cabeza gacha, casi tocando el suelo, en señal de sumisión.

—Vamos, vamos —dijo lord Oliver con enojo, blandiendo una pata de pollo—. Tanta obsecuencia no es propia de vos.

—Mi señor —respondió ella, irguiéndose.

Oliver resopló airado.

—¿Y qué me traéis hoy ahí? ¿Otra de vuestras encandiladas conquistas?

—Mi señor, con vuestra licencia, os presento a Christopher de Hewes, un escudero llegado de Erín, que me ha salvado de ciertos villanos que hoy pretendían raptarme, o algo peor.

—¿Cómo? ¿Villanos? ¿Raptaros? —Sonriendo, lord Oliver miró a los caballeros sentados a la mesa—. ¿Qué decís a eso, sir Guy?

Un hombre de tez oscura se levantó en el acto, indignado. Sir Guy de Malegant vestía enteramente de negro: loriga negra y sobreveste negro, con un águila negra bordada en el pecho.

—Mi señor, creo que mi señora se divierte a expensas de nosotros. De sobra sabe que he mandado a mis hombres para rescatarla, viendo que estaba sola y en apuros. —Sir Guy se acercó a Chris y lo miró con ira—. Es este hombre, mi señor, quien ha puesto en peligro la vida de mi señora. No entiendo por qué ahora lo defiende, como no sea en demostración de su extravagante humor.

—¿Humor? —repitió lord Oliver—. ¿Dónde está aquí el humor, lady Claire?

La mujer hizo un gesto de indiferencia.

—Mi señor, solo los necios ven humor donde no lo hay.

El caballero negro soltó un resoplido de rabia.

—Palabras mordaces para ocultar vuestros verdaderos propósitos. —Malegant se

plantó frente a Chris, cara a cara, a solo unos centímetros. Clavando en él la mirada, empezó a quitarse pausadamente uno de sus guanteletes de malla—. ¿Escudero Christopher, os llamáis?

Chris asintió en silencio.

Chris estaba aterrorizado. Atrapado en una situación que no comprendía, de pie en medio de un salón lleno de soldados sedientos de sangre, no mucho mejores que una pandilla de matones callejeros, y frente a aquel hombre iracundo de piel oscura cuyo aliento apestaba a dientes picados, ajo y vino, a duras penas le sostenían las piernas.

Por el auricular oyó decir a Marek:

—Pase lo que pase, no hables.

Sir Guy lo miró con los ojos entornados.

—Os he hecho una pregunta, escudero. ¿Vais a contestar?

Seguía quitándose el guantelete, y Chris pensó que se disponía a golpearlo con el puño desnudo.

—No hables —repitió Marek.

Chris siguió de buena gana su consejo. Respiró hondo, procurando conservar el control. Le flojeaban las rodillas. Tenía la sensación de que iba a desplomarse ante aquel hombre de un momento a otro. Hizo lo posible por serenarse. Tomó aire de nuevo.

Sir Guy se volvió hacia la mujer.

—Mi señora, ¿sabe hablar, vuestro escudero salvador? ¿O solo suspira?

—Con vuestro permiso, sir Guy, el escudero Christopher es extranjero y a menudo no comprende nuestra lengua.

—*Dic mihi nomen tuum, scutari.* —«Decid vuestro nombre».

—Por desgracia, tampoco habla latín, sir Guy.

Malegant se indignó más aún.

—*Commodissime.* Muy conveniente, este escudero mudo, porque así no podemos preguntarle cómo ha llegado hasta aquí y con qué intención. Este escudero irlandés se halla lejos de sus tierras, y sin embargo no está de peregrinación ni al servicio de nadie. ¿Qué es? ¿Qué hace aquí? Mirad cómo tiembla. ¿Qué teme? De nosotros nada, mi señor... a menos que sea un títere de Arnaut, enviado para informar sobre la disposición del terreno. Eso explicaría su mutismo. Un cobarde no osaría despegar los labios.

—No respondas —dijo Marek.

Malegant clavó un dedo en el pecho a Chris.

—Así pues, escudero cobarde, yo os acuso de espía y bribón, y de carecer de la hombría necesaria para admitir vuestra auténtica causa. Os despreciaría, pero ni siquiera eso merecéis.

El caballero acabó de despojarse del guantelete y, moviendo la cabeza en un gesto

de aversión, lo tiró al suelo. El guantelete de malla cayó ruidosamente sobre las punteras de los zapatos de Chris. Con ademán insolente, sir Guy se dio media vuelta y regresó a la mesa.

En el gran salón, todas las miradas estaban puestas en Chris.

Junto a él, Claire susurró:

—El guantelete...

Chris la miró de soslayo.

—¡El guantelete! —repitió ella.

¿Qué pasa con el guantelete?, se preguntó Chris, agachándose a recogerlo. Se irguió y se lo tendió a Claire, pero ella ya se había vuelto y decía:

—Caballero, el escudero ha aceptado vuestro desafío.

¿Qué desafío?, pensó Chris.

—Tres lanzas romas, *à outrance* —se apresuró a elegir sir Guy.

—¡Pobre desgraciado! —dijo Marek—. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

Sir Guy se volvió hacia lord Oliver.

—Mi señor, os ruego que permitáis que el torneo de hoy se inicie con nuestro combate de desafío.

—Que así sea —concedió Oliver.

Saliendo de entre la multitud, sir Daniel se aproximó a la mesa e hizo una reverencia.

—Mi señor Oliver, mi sobrina ha llevado la broma demasiado lejos, y con indignas consecuencias. Acaso a ella le divierta ver a sir Guy, un caballero de renombre, obligado a lidiar con un simple escudero, y deshonrado por ese mismo hecho. Pero en nada beneficia a sir Guy caer en tal estratagema.

—¿Es así? —preguntó lord Oliver, mirando al caballero negro.

Sir Guy de Malegant escupió al suelo.

—¿Un escudero? Creedme, ése no es un escudero. Es un caballero camuflado, un bellaco y un espía. Recibirá su merecido por el engaño. Lidiaré con él hoy mismo.

—Con vuestra licencia, mi señor, opino que será un combate desigual. En verdad ese hombre es solo un escudero, con escasa instrucción en el manejo de las armas, y no está a la altura de vuestro insigne caballero.

Chris no entendía aún qué ocurría cuando de pronto Marek se adelantó y comenzó a hablar con fluidez en una lengua que sonaba parecida al francés, pero no exactamente igual. Supuso que era occitano. Chris escuchó la traducción en su auricular.

—Mi señor —dijo Marek, inclinándose con desenvoltura—, este respetable anciano tiene razón. El escudero Christopher es mi compañero, pero no conoce las artes de la guerra. Os suplico encarecidamente que permitáis a Christopher designar a un campeón para que combata en su nombre.

—¿Un campeón? ¿Qué campeón? No os conozco.

Chris advirtió que lady Claire observaba a Marek sin disimular su interés. Marek cruzó con ella una breve mirada antes de responder a Oliver.

—Con vuestro permiso, mi señor, soy sir André de Marek, originario de Hainaut. Me ofrezco a lidiar por él, y si Dios quiere, daré buena cuenta de este noble caballero. Lord Oliver, indeciso, se frotó el mentón.

Al verlo vacilar, sir Daniel siguió insistiendo.

—Mi señor, empezar con un combate desigual no contribuirá a dar realce a este día, a convertir el torneo en un acontecimiento memorable. Creo que Marek ofrecerá un mejor espectáculo.

Lord Oliver se volvió hacia Marek para ver qué decía al respecto.

—Mi señor, si mi amigo Christopher es un espía, eso mismo debo de ser yo. Difamándolo a él, sir Guy me ha difamado a mí también, y os pido autorización para defender mi buen nombre.

Lord Oliver parecía divertirse con aquella nueva complicación.

—¿Y vos qué decís, sir Guy?

—A fe que este De Marek ha de ser un digno segundo —respondió el caballero negro— si demuestra igual habilidad con el brazo que con la lengua. Pero, como segundo que es, le corresponde lidiar con mi segundo, sir Charles de Gaune.

En el extremo de la mesa, un hombre de gran estatura se puso en pie. Tenía la tez pálida, nariz chata y ojos inyectados en sangre; parecía un bulterrier.

—Con gusto seré el segundo —declaró con desdén.

Marek hizo un último intento.

—Según parece, sir Guy teme enfrentarse conmigo.

Al oír esto, lady Claire sonrió a Marek sin el menor disimulo. Era obvio que se interesaba por él. Y eso, por lo visto, molestó a sir Guy, que dijo:

—Yo no temo a ningún hombre, y menos si es de Hainaut. Si sobrevivís a mi segundo, cosa que dudo, de buen grado pelearé contra vos... y acabaré con vuestra insolencia.

—Que así sea —concedió lord Oliver, y volvió la cabeza.

Su tono de voz indicaba que daba por concluida la discusión.

32.16.01

Los caballos se revolviéron y cargaron, cruzándose al galope en el campo cubierto de hierba. La tierra tembló cuando las enormes bestias pasaron atronadoramente junto a Marek y Chris, que se hallaban tras una cerca de escasa altura, observando las carreras de ejercitación. A Chris, el palenque se le antojaba inmenso —del tamaño de un campo de fútbol—; las tribunas estaban ya montadas a ambos lados, y las damas comenzaban a ocupar sus asientos. Los espectadores procedentes de las aldeas cercanas, ruidosos y toscamente vestidos, se alineaban detrás de la estacada.

Otros dos jinetes iniciaron la carga, sus caballos resoplando mientras corrían.

—¿Qué tal montas? —preguntó Marek.

Chris se encogió de hombros.

—Salía a montar con Sophie.

—Entonces creo que conseguiremos mantenerte con vida, Chris —dijo Marek—. Pero debes seguir al pie de la letra mis instrucciones.

—De acuerdo.

—Hasta ahora no las has seguido —le recordó Marek—. Esta vez debes hacerlo.

—Está bien, está bien.

—Limítate a permanecer a lomos del caballo el tiempo suficiente para recibir el golpe. Al ver lo mal que montas, sir Guy no tendrá más remedio que apuntar al pecho, porque el pecho es el blanco más amplio y estable de un jinete al galope. Quiero que recibas la lanzada directamente en el pecho, en el peto de la armadura. ¿Entendido?

—Recibo la lanzada en el pecho —repitió Chris con visible inquietud.

—Cuando te golpee la lanza, déjate caer de la silla. No te será muy difícil. Una vez en el suelo, *no te muevas*, así parecerá que has quedado inconsciente, lo cual, de hecho, es muy posible que ocurra. No te levantes bajo ninguna circunstancia. ¿Entendido?

—No debo levantarme.

—Exacto. Pase lo que pase, sigue tendido en el suelo. Si sir Guy te derriba del caballo y pierdes el conocimiento, el combate se dará por terminado. Pero si te levantas, sir Guy pedirá otra lanza, o peleará contigo a pie con la espada, y te matará.

—No debo levantarme —repitió Chris.

—Exacto. Pase lo que pase, no te levantes. —Marek le dio una palmada en el hombro—. Con un poco de suerte, saldrás sano y salvo.

—Dios santo —susurró Chris.

La tierra volvió a temblar con la carga de otros dos caballos.

Tras dejar la estacada, pasaron entre numerosas tiendas de campaña dispuestas en torno al palenque. Eran tiendas pequeñas y circulares, con listas y líneas en zigzag de vistosos colores. Junto a ellas estaban amarrados los caballos. Pajes y escuderos corrían de un lado a otro, acarreando piezas de armadura, sillas de montar, cubos de agua y brazadas de heno. Algunos pajes hacían rodar unos barriles. Al moverse, los barriles emitían una especie de murmullo.

—Esos barriles contienen arena —explicó Marek—. Introducen ahí las lorigas y, con el movimiento, la arena actúa como abrasivo, eliminando el óxido.

—Ajá —respondió Chris. Intentaba concentrarse en los detalles para no pensar en lo que se avecinaba. Pero se sentía como si fuera camino del patíbulo.

Entraron en una tienda donde aguardaban tres pajes. Al fondo ardía una hoguera para calentar el espacio. Las distintas partes de la armadura estaban sobre un paño extendido en el suelo. Marek las inspeccionó brevemente y por fin dijo:

—Todo en orden.

A continuación se volvió para marcharse.

—¿Adónde vas? —preguntó Chris.

—A otra tienda, para vestirme.

—Pero yo no sé cómo...

—Los pajes te pondrán la armadura —informó Marek, y salió.

Chris contempló la armadura desmontada, fijándose especialmente en el yelmo, que tenía una especie de morro en punta, como el pico de un pato, y tan solo una estrecha rendija para mirar. Pero al lado vio otro yelmo de aspecto más corriente y pensó que...

—Mi buen escudero, con vuestro permiso. —Le hablaba el paje principal, un poco mayor y mejor vestido que los otros. Era un muchacho de unos catorce años. Señalando al centro de la tienda, dijo—: Os ruego que os pongáis aquí.

Chris se colocó donde le indicaba y de inmediato notó el contacto de muchas manos. Lo desvistieron en un instante, dejándole solo los calzones y la camisa de hilo. Al verlo sin ropa, los pajes reaccionaron con susurros de preocupación.

—¿Habéis estado enfermo, escudero? —preguntó uno de ellos.

—Pues... no...

—¿Habéis pasado unas fiebres o alguna otra dolencia que ha debilitado vuestro cuerpo hasta este punto?

—No —respondió Chris con expresión ceñuda.

Comenzaron a armarlo en silencio. Le pusieron primero unas gruesas calzas de fieltro, y luego una camisa de manga larga y voluminoso guateado que se abotonaba por delante. Le pidieron que doblara los brazos. La tela era tan gruesa que Chris apenas pudo flexionar los codos.

—La notáis rígida porque está recién lavada, pero enseguida empezará a darse.

Chris tenía sus dudas al respecto. Dios mío, pensó, casi no puedo moverme, y aún

no me han puesto la armadura. Los pajes le ciñeron sucesivas placas de metal a las pantorrillas, rodillas y muslos. Después siguieron con los brazos. Una vez sujeta cada una de las piezas, le pedían que moviera los miembros para asegurarse de que las correas no estaban demasiado apretadas.

A continuación le vistieron la loriga, pasándosela por la cabeza. El peso le oprimió los hombros. Mientras le ataban el peto, el paje principal le hizo una serie de preguntas, a ninguna de las cuales supo qué contestar.

—Al montar, ¿tendéis a sentaros hacia la peineta o hacia la barda delantera?... ¿Lanza en ristre o embrazada?... ¿Usáis el arzón para afirmaros o montáis suelto?

Chris respondía con evasivos murmullos. Siguieron añadiendo piezas a la armadura, acompañadas de más preguntas.

—¿Escarpe rígido o flexible?... ¿Espada en zurda o en diestra?... ¿Bacinete bajo el yelmo, o no?

Chris notaba el gradual aumento de peso sobre el cuerpo, así como una creciente inmovilidad a medida que le cubrían de metal las articulaciones. Los pajes trabajaban deprisa, y en cuestión de minutos Chris estuvo totalmente guarnecido. Se apartaron para examinarlo a distancia.

—¿Todo bien, escudero?

—Sí —respondió Chris.

—Y ahora el yelmo.

Chris llevaba ya una especie de casquete metálico, pero los pajes cogieron el yelmo con el morro en punta y se lo encajaron. Chris quedó sumido en la oscuridad, sintiendo el peso del yelmo sobre los hombros. Veía solo lo que tenía enfrente, a través de la rendija horizontal.

El corazón se le aceleró. Le faltaba el aire. No podía respirar. Tiró del yelmo, tratando de levantar la visera, pero no lo consiguió. Estaba atrapado. Oyó su propia respiración, amplificada por el metal. Su aliento calentaba el reducido espacio interior del yelmo. Chris se ahogaba. Le faltaba el aire. Agarró el yelmo y, forcejeando, trató de quitárselo.

Los pajes se lo sacaron y lo miraron con curiosidad.

—¿Estáis bien, escudero?

Chris tosió y asintió con la cabeza, sin atreverse a hablar. No quería volver a ponerse aquello en la cabeza nunca más. Pero los pajes salían ya de la tienda para guiarlo hasta su montura.

Dios bendito, pensó Chris al ver el caballo.

Era descomunal y llevaba auestas más metal que él mismo. Una pieza de hierro labrado le cubría la cabeza, y otras varias el pecho y los flancos. Brioso y retozón pese a la armadura, resoplaba y tiraba de las riendas que sujetaba el paje. Era un auténtico caballo de guerra y tenía mucho más nervio que cualquiera de los animales que Chris había montado antes. Pero no era ésa su mayor preocupación. Lo que realmente le inquietaba era la envergadura. La condenada bestia era tan grande que

Chris no veía por encima de ella. Para colmo, la silla de madera estaba alzada, haciendo aún más alto al caballo. Los pajes lo miraban expectantes, aguardando. Aguardando ¿a qué? A que él montara, probablemente.

—Esto..., ¿cómo tengo que...?

Sorprendidos, los pajes parpadearon. El paje principal se adelantó y dijo con delicadeza:

—Agarraos ahí, escudero, a la madera, y subid.

Chris alargó el brazo, pero apenas llegaba al arzón, un rectángulo de madera tallada en la parte delantera de la silla. Se aferró con las puntas de los dedos a la madera, dobló la rodilla y metió el pie en el estribo.

—Escudero, mejor con el pie izquierdo —advirtió el paje.

Por supuesto. El pie izquierdo. Chris lo sabía, pero estaba tan tenso y confuso que era incapaz de pensar con claridad. Sacudió el pie para librarlo del estribo. Pero alguna pieza de la armadura se le había trabado en él. Se inclinó torpemente para desprenderse el estribo del pie. Después de varios tirones, seguía atascado. Finalmente, cuando logró soltarse, perdió el equilibrio y cayó de espaldas junto a los cascotes traseros del animal. Horrorizados, los pajes se apresuraron a apartarlo a rastras del caballo.

Lo pusieron en pie y luego, los tres a una, lo ayudaron a montar. Notó la presión de sus manos en las nalgas mientras se alzaba en el aire, pasaba la pierna sobre el lomo del caballo —proceso harto difícil— y caía ruidosamente en la silla.

Chris miró al suelo, viéndolo muy lejos de él. Tenía la sensación de hallarse a tres metros de altura. En cuanto montó, el caballo empezó a relinchar y sacudir la cabeza, volviéndose y lanzándole dentelladas a las piernas. Este condenado caballo intenta morderme, pensó.

—¡Las riendas, escudero! ¡Debéis sofrenarlo!

Chris dio un tirón de riendas. El gigantesco caballo, haciendo caso omiso, siguió firme en su empeño de morderle.

—¡Dadle una lección, escudero! ¡Con vigor!

Chris tiró con tal fuerza de las riendas que temió romperle el cuello al animal. Ante eso, el caballo se limitó a resoplar por última vez y miró al frente, por fin calmado.

—Bien hecho, escudero.

Se oyó un son de trompetas, varias notas largas.

—Esa es la primera llamada a las armas —dijo el paje principal—. Debemos ir al palenque.

Los pajes cogieron las riendas del caballo y lo llevaron al campo cubierto de hierba.

Era la una de la madrugada. En su despacho de la ITC, Robert Doniger mantenía la vista fija en la entrada de las instalaciones subterráneas, iluminada por las luces intermitentes de seis ambulancias estacionadas alrededor. Oía crepitar las radios de los enfermeros y observaba a la gente que salía por la boca del túnel. Vio aparecer a Gordon y al muchacho que había llegado horas antes con el grupo de historiadores, Stern. Ambos parecían ilesos.

Vio reflejarse en el cristal de la ventana la imagen de Kramer cuando ésta entró en el despacho. Notó que tenía la respiración agitada. Sin volverse a mirarla, preguntó:

—¿Cuántos heridos hay?

—Seis. Dos en estado grave.

—¿Muy grave?

—Heridas de metralla y quemaduras por inhalación tóxica.

—En ese caso habrá que llevarlos al HU —dijo Doniger. Se refería al hospital universitario de Albuquerque.

—Sí —convino Kramer—. Pero ya les he dado instrucciones sobre lo que deben decir. Un accidente en el laboratorio, y todo eso. Y he telefoneado a Whittle, nuestro contacto en el HU, para recordarle nuestro último donativo. No creo que haya problemas.

Doniger seguía mirando por la ventana.

—Podría haberlos —repuso.

—Los de relaciones públicas pueden controlar la situación.

—O quizá no —dijo Doniger.

En los últimos años, la ITC había creado un departamento de publicidad, con veintiséis personas repartidas por todo el mundo. Su misión no consistía en dar publicidad a la empresa sino, por el contrario, en evitarla. La ITC, explicaban a quienes acudían en busca de información, se dedicaba a la fabricación de componentes cuánticos superconductores para magnetómetros y escanógrafos clínicos. Dichos componentes se describían como un complejo dispositivo electromecánico de unos quince centímetros de longitud. Los comunicados de prensa, repletos de especificaciones sobre la tecnología cuántica, eran mortalmente aburridos.

Para el caso infrecuente de que un periodista siguiera mostrando interés, la ITC organizaba con gran entusiasmo una visita guiada a la sede de Nuevo México. En el recorrido por las instalaciones, los periodistas accedían solo a una restringida selección de laboratorios. A continuación, en una amplia sala de reuniones, asistían a una conferencia sobre el método de fabricación de los componentes: las espirales del gradiómetro en el interior, el blindaje superconductor y los cables eléctricos en el

exterior. Las explicaciones giraban en torno a las ecuaciones de Maxwell y la electrodinámica. Casi invariablemente, los periodistas abandonaban sus reportajes. En palabras de uno de ellos: «Es tan apasionante como una cadena de montaje para secadores de pelo».

Así había conseguido Doniger mantener en secreto el descubrimiento científico más extraordinario de finales del siglo xx. En parte, este secretismo venía motivado por el instinto de supervivencia: otras compañías, como la IBM o Fujitsu, habían iniciado sus propias investigaciones en el campo de la tecnología cuántica, y si bien Doniger les llevaba una ventaja de cuatro años, no le convenía que la competencia supiera hasta dónde había llegado exactamente.

Por otra parte, era consciente de que el proyecto se hallaba aún en fase de desarrollo, y para completarlo necesitaba la máxima reserva. Como él mismo decía a menudo con una sonrisa de niño: «Si la gente supiera qué nos traemos entre manos, sin duda intentarían detenernos».

No obstante, Doniger sabía que sería imposible ocultar indefinidamente la verdadera naturaleza de sus actividades. Tarde o temprano, quizá de manera accidental, saldría todo a la luz. Y cuando eso ocurriera, sería él personalmente quién tuviera que afrontar la situación.

Su duda era si el momento había ya llegado.

Vio marcharse las ambulancias, sus sirenas ululando.

—Piensa cómo están las cosas —dijo Doniger a Kramer—. Hace dos semanas esta empresa trabajaba dentro de un total hermetismo. Nuestro único problema era esa periodista francesa. Luego se produjo la muerte de Traub. Ese viejo depresivo puso en peligro a toda la empresa. La muerte de Traub nos trajo a ese policía de Gallup, que continúa husmeando. Luego vino Johnston. Luego sus ayudantes. Y ahora tenemos a seis técnicos camino del hospital. Es ya demasiada gente, Diane. Demasiada publicidad.

—¿Crees que va a escapársenos de las manos? —preguntó Kramer.

—Posiblemente. Pero haré lo posible por evitarlo, sobre todo considerando que pasado mañana me entrevistaré con tres potenciales miembros del consejo de administración. Así que evitemos cualquier filtración.

Kramer asintió con la cabeza.

—Estoy convencida de que podemos mantener el asunto bajo control.

—Muy bien —dijo Doniger, volviéndose hacia ella—. Ocupate de que ese Stern pase la noche en una de nuestras habitaciones libres. Asegúrate de que duerma bien y bloquéale el teléfono. Quiero que mañana Gordon no se despegue de él ni un segundo. Enseñadle las instalaciones, o haced lo que se os ocurra. Pero no lo dejéis solo. Quiero una teleconferencia con los de relaciones públicas para mañana a las ocho. Quiero un informe sobre el estado de la sala de tránsito a las nueve. Y quiero una rueda de prensa a las doce. Ponte en contacto con todo el mundo ahora mismo para que estén preparados.

—De acuerdo —contestó Kramer.

—Quizá no pueda mantener esto bajo control, pero te aseguro que voy a intentarlo. —Mirando de nuevo por la ventana, observó con expresión ceñuda a la gente congregada en la oscuridad ante la boca del túnel—. ¿Cuánto tardarán en poder entrar a la cavidad?

—Nueve horas.

—¿Y podremos entonces organizar una operación de rescate? ¿Enviar a otro equipo?

Kramer carraspeó.

—Bueno...

—¿Tienes algún problema en la garganta, o eso significa que no?

—Todas las máquinas han quedado destruidas por la explosión, Bob.

—¿Todas?

—Sí, eso creo.

—Así pues, ¿solo podemos reconstruir la plataforma y esperar de brazos cruzados a ver si vuelven sanos y salvos?

—Sí, eso es —respondió Kramer—. No hay manera de rescatarlos.

—Entonces confiemos en que sepan lo que hacen, porque están solos —dijo Doniger—. Deseémosles suerte; van a necesitarla.

Por la estrecha rendija de la visera del yelmo, Chris Hughes vio que un público selecto —damas en su mayoría— ocupaba ya las tribunas y la plebe se aglomeraba tras la cerca de estacas. Chris se encontraba en el extremo oriental del campo, acompañado de sus pajes, que intentaban controlar el caballo; éste, asustado por el vocerío de la multitud, había empezado a corcovear y encabritarse. Los pajes entregaron a Chris una lanza listada, que a él se le antojó absurdamente larga e imposible de manejar. Chris la sostuvo por un momento, pero se le cayó en una de las sacudidas del caballo.

Detrás de la estacada, entre la plebe, vio a Kate, que le dedicó una sonrisa de aliento. Pero el caballo seguía revolviéndose, y Chris no pudo saludarla siquiera con un gesto.

Y no muy lejos de él, vio a Marek, ya con armadura y rodeado de pajes.

En uno de los giros del caballo —¿por qué no lo contenían los pajes?—, Chris vio el extremo opuesto del campo, donde sir Guy de Malegant aguardaba tranquilamente a lomos de su montura. Estaba encajándose el yelmo del penacho negro.

El caballo de Chris volvió a corcovear y caracolear. Oyó otro toque de trompetas, y todos los espectadores miraron hacia una de las tribunas. Advirtió vagamente que lord Oliver tomaba asiento, recibido con aplausos aislados.

Las trompetas sonaron por tercera vez.

—Escudero, éste es vuestro aviso —informó el paje, tendiéndole de nuevo la lanza.

En esta ocasión, Chris consiguió sujetarla el tiempo suficiente para apoyarla en una muesca del arzón, de manera que quedó cruzada sobre el lomo del caballo, apuntando hacia adelante pero torcida a la izquierda. De pronto el caballo se revolvió una vez más, y los pajes gritaron y se desbandaron mientras la lanza trazaba un arco sobre sus cabezas.

Otro toque de trompetas.

Sin apenas visibilidad, Chris tiró de las riendas, tratando de sofrenar al caballo. Vislumbró por un instante a sir Guy, que se limitaba a observar desde su cabalgadura, totalmente quieta. Con rabia y frustración, Chris dio un último tirón de riendas.

—¡Vamos ya, maldita sea! —exclamó.

Ante esto, el caballo subió y bajó la cabeza con un rápido movimiento. Echó atrás las orejas.

Y cargó.

Marek contempló tenso la carga. No se lo había dicho todo a Chris; no tenía sentido asustarlo más de la cuenta. Pero con toda seguridad sir Guy intentaría matarlo, y para ello apuntaría la lanza a la cabeza. Chris saltaba y se balanceaba en la silla; su lanza se movía de arriba abajo. No ofrecía un blanco fácil, pero si Guy era hábil —y Marek no dudaba que lo era—, apuntaría igualmente a la cabeza, tratando de asestar un golpe mortal aun a riesgo de fallar en la primera embestida.

Observó avanzar a Chris por el campo, en precario equilibrio sobre la silla. Y observó a sir Guy cargar hacia él, inclinado, con absoluto control, la lanza bien sujeta bajo el brazo.

Bueno, pensó Marek, al menos existe la posibilidad de que Chris sobreviva.

Chris apenas veía. Tambaleándose en la silla, percibía solo borrosas instantáneas de las tribunas, el campo y el jinete que galopaba hacia él. Esas breves visiones no le permitían calcular a qué distancia se hallaba sir Guy, ni cuánto tardaría en producirse el impacto. Oía el ruido atronador de los cascos de su propio caballo y sus rítmicos resoplidos. Botaba sobre la silla e intentaba sostener la lanza. Aquello se prolongaba más de lo que esperaba. Tenía la sensación de llevar una hora a lomos del caballo.

En el último momento, vio a Guy muy cerca, derecho hacia él a una velocidad aterradora. De pronto notó el brusco retroceso de su propia lanza, que le golpeó dolorosamente en el costado, y casi al mismo tiempo sintió una intensa punzada en el hombro y un impacto que lo volvió de medio lado sobre la silla, oyendo un crujido de madera astillada.

La multitud rugió.

Su caballo siguió galopando hasta el final del campo. Chris estaba aturdido. ¿Qué había pasado? Le ardía el hombro. La lanza se había partido en dos.

Y continuaba en la silla.

Mierda, se dijo.

Marek observaba con preocupación. Por desgracia, el impacto había sido demasiado oblicuo para desarzonar a Chris. Eso implicaba una segunda carga. Echó un vistazo a sir Guy, que, maldiciendo, arrancó otra lanza de las manos de sus pajes y volvió el caballo dispuesto a acometer de nuevo.

En el extremo opuesto del campo, Chris intentaba afianzar su segunda lanza, que oscilaba en el aire como un metrónomo. Finalmente la cruzó sobre la silla, pero su caballo seguía corcoveando y caracoleando.

Guy se sentía humillado y furioso. Estaba impaciente, y no esperó. Picando espuelas, inició el galope.

Hijo de puta, pensó Marek.

La multitud prorrumpió en gritos de sorpresa al advertir aquel ataque unilateral. Chris los oyó y, mirando al frente, vio aproximarse a Guy a toda velocidad. Pero su caballo seguía girando sin control, negándose a obedecer. Tiró de las riendas, y en ese mismo momento sonó a sus espaldas un restallido; un mozo de cuadra acababa de azotar al caballo en la grupa.

El animal relinchó, echó atrás las orejas y emprendió el galope.

La segunda carga fue aún peor, porque esta vez Chris sabía lo que le esperaba.

La lanza lo alcanzó de pleno, y mientras se elevaba en el aire, un intenso dolor le traspasó el pecho. De pronto tuvo la impresión de que todo ocurría a cámara lenta. Vio alejarse de él primero la silla y luego los cuartos traseros del caballo, y notó que su cuerpo se inclinaba hacia atrás gradualmente hasta hallarse de cara al cielo.

Cayó a tierra de espaldas. Se golpeó la cabeza contra las paredes internas del yelmo. Vio brillantes puntos azules, que enseguida se dilataron y tornaron grises. Oyó decir a Marek por el auricular:

—¡Ahora quédate ahí!

A continuación, oyó unas trompetas lejanas mientras el mundo se sumía plácidamente en una total negrura.

En el extremo opuesto del palenque, Guy revolvía su montura, preparándose para otra carga, pero las trompetas anunciaban ya la siguiente justa.

Marek bajó la lanza, estimuló al caballo y avanzó al galope. Vio cargar a su rival, sir Charles de Gaune. Oyó el uniforme retumbo de los cascos del caballo y el creciente vocerío del público, que preveía un buen combate. Su caballo corría a una velocidad asombrosa. Sir Charles se dirigía hacia él, no menos raudo.

Según los textos medievales, la gran dificultad de las justas no era sostener la lanza, ni apuntarla al blanco. La mayor dificultad estribaba en cargar en línea recta sin desviarse para esquivar el impacto, es decir, sin sucumbir al pánico que asaltaba a casi todos los contendientes cuando galopaban hacia su adversario.

Marek había leído esos textos antiguos, pero solo en aquel momento los comprendió realmente: sintió escalofríos y flojedad, y el temblor de las piernas apretadas contra la montura. Se obligó a concentrarse, a alinear su lanza con la trayectoria de sir Charles. Pero la punta oscilaba. Levantó la lanza del arzón y la sujetó con firmeza bajo el brazo. Mejoró el ritmo de su respiración. Notó que

recobraba el vigor. Siguió derecho hacia su rival con la lanza alineada. Los separaban ochenta metros.

Cargó a galope tendido.

Vio ajustar la lanza a sir Charles, inclinándola hacia arriba. Apuntaba a la cabeza, ¿o era solo un amago? Era sabido que una de las tácticas de los justadores consistía en cambiar de blanco en el último momento. ¿Sería ésa su intención?

Sesenta metros.

Dirigir el golpe a la cabeza resultaba arriesgado si no era ése el blanco elegido por ambos contendientes. Una lanza recta contra el torso impactaba una fracción de segundo antes que una lanza apuntada a la cabeza: todo se reducía a una cuestión de ángulos. El primer impacto desplazaría a los dos jinetes, restando probabilidades de acierto al golpe dirigido a la cabeza. Pero un caballero experimentado podía adelantar la lanza, abandonando la posición de embrazadura, y ganar así quince o veinte centímetros de longitud para golpear primero. Eso requería una enorme fuerza en el brazo para absorber el impacto inicial y controlar la lanza en su retroceso; pero permitía anticiparse al rival y desviar su lanza del blanco.

Sir Charles mantenía la lanza en alto. Pero de pronto la bajó y embrazó firmemente, inclinándose en la silla. En esa posición tenía mayor control de la lanza. ¿Sería otro amago?

Cuarenta metros.

Era imposible adivinarlo. Marek decidió dirigir el golpe al pecho. Colocó la lanza en posición. No volvería a moverla.

Treinta metros.

Oyó el ruido ensordecedor de los cascos del caballo y el clamor de la multitud. Los textos medievales advertían: «Nunca deben cerrarse los ojos en el momento del impacto. Hay que golpear con los ojos abiertos».

Veinte metros.

Marek tenía los ojos bien abiertos.

Diez.

Sir Charles levantó la lanza.

Buscaba la cabeza.

Impacto.

El chasquido de la madera al romperse sonó como la detonación de un arma de fuego. Marek notó un intenso dolor en el hombro izquierdo. Cabalgó hasta el final del palenque, arrojó a tierra la lanza partida y tendió la mano para coger otra. Pero los pajes permanecían atentos al centro del campo.

Mirando atrás, Marek vio a sir Charles tendido en la hierba, inmóvil.

E inmediatamente después vio el caballo de sir Guy brincar y girar en torno al cuerpo caído de Chris. Ésa era la solución que Guy había encontrado, pensó Marek.

Pisotearía a Chris hasta matarlo.

Marek se volvió y desenvainó la espada.

Con un aullido de rabia, espoleó a su montura e inició un veloz galope por el campo.

La multitud vociferaba y aporreaba rítmicamente la estacada. Sir Guy se volvió y vio acercarse a Marek. Miró de nuevo a Chris y aguijó al caballo, obligándolo a desplazarse de costado para pisotear su cuerpo.

—¡Vergüenza! ¡Vergüenza! —abucheó el público, e incluso lord Oliver se puso en pie, horrorizado.

Pero en ese instante Marek llegó hasta sir Guy y, viendo que era incapaz de refrenar a tiempo el caballo, pasó de largo junto a él, asestándole un cimbronazo en la cabeza y gritando:

—¡Gilipollas!

Aquel golpe de plano con la espada no podía causarle el menor daño, pero Marek sabía que era un gesto sumamente ofensivo, y la provocación bastaría para que se apartara de Chris. Como así hizo.

Sir Guy se olvidó de Chris de inmediato, revolviéndose mientras Marek, con la espada en alto, tiraba de las riendas para contener a su caballo. El caballero negro empuñó la espada y la blandió con fiereza, haciendo silbar la hoja en el aire. Al parar el primer golpe, Marek notó vibrar su espada en la mano a causa del impacto. Al instante devolvió el ataque con un revés dirigido a la cabeza. Guy lo esquivó. Los caballos relincharon. Las espadas se encontraron una y otra vez.

El combate había empezado. Y Marek, en algún recóndito lugar de su cerebro, supo que sería una pelea a muerte.

Kate contemplaba el combate desde detrás de la estacada. Marek permanecía firme. Superaba en fuerza física a sir Guy, pero era obvio que no lo igualaba en destreza. Sus golpes eran menos precisos, su postura peor afianzada. Marek parecía consciente de ello, y también sir Guy, que obligaba a retroceder a su caballo, intentando abrir el espacio entre ellos para luchar con golpes amplios. Marek, por el contrario, se arrojaba a él, procurando reducir la distancia, como un boxeador abrazándose al adversario.

Pero Marek no conseguiría mantenerse cerca por mucho tiempo, intuyó Kate. Tarde o temprano sir Guy se separaría de él, aunque fuera solo por unos segundos, y asestaría un golpe mortal.

Marek tenía el cabello empapado en sudor dentro del yelmo. Las gotas le resbalaban

por la frente y le entraban en los ojos, causándole un intenso escozor. No podía hacer nada para remediarlo. Sacudió la cabeza para aclararse la vista. No le sirvió de mucho.

Pronto empezó a jadear. A través de la abertura del casco, sir Guy le parecía infatigable, siempre al ataque, golpeando una y otra vez con ritmo seguro y bien ejercitado. Marek sabía que debía cambiar de táctica sin tardanza, antes de que lo venciera el cansancio. Tenía que romper el ritmo de sir Guy.

La mano derecha, con la que empuñaba la espada, le dolía ya por el esfuerzo continuado. En cambio la izquierda conservaba intactas sus fuerzas. ¿Por qué no utilizar la izquierda?

Merecía la pena intentarlo.

Espoleando al caballo, Marek se acercó más a su contrincante, hasta que se hallaron prácticamente pecho contra pecho. Desvió la siguiente acometida con la espada y acto seguido, usando la base de la mano izquierda, asestó un golpe en la babera a sir Guy desde abajo. El yelmo se desplazó hacia atrás bruscamente, y Marek oyó con satisfacción el sonoro cabezazo de sir Guy contra la parte anterior de su propio yelmo.

De inmediato, Marek alzó la espada y golpeó a Guy en el yelmo con la empuñadura. El impacto resonó en el aire, y Guy se sacudió en la silla y encorvó por un momento los hombros. Marek le encajó otro golpe en el yelmo, aún más fuerte. Sabía que estaba haciéndole mella.

Pero no fue suficiente.

Demasiado tarde, Marek advirtió que la espada de Guy, rehilando, trazaba un amplio arco en dirección a su espalda. Tuvo la misma sensación que si hubiera recibido un latigazo en los hombros. ¿Había resistido la loriga? ¿Estaba herido? En cualquier caso, conservaba la movilidad de los brazos. Reaccionando deprisa, levantó la espada y dirigió la hoja a la parte posterior del yelmo de Guy. Guy no tuvo ocasión de protegerse, y el impacto sonó como una campanada. Debe de haber quedado aturdido, pensó Marek.

Marek le asestó un segundo golpe en el yelmo, revolvió el caballo y acometió de nuevo, extendiendo completamente el brazo y dirigiendo la hoja al cuello. Guy paró el golpe, pero la fuerza del impacto lo lanzó hacia atrás. Tambaleándose, trató de aferrarse al arzón, pero no consiguió evitar la caída.

Marek se volvió y empezó a desmontar. La multitud prorrumpió de nuevo en un enfervorizado clamor. Mirando atrás, Marek vio que Guy se había puesto en pie sin la menor dificultad. Sus supuestas heridas habían sido una simple artimaña. Arremetió contra Marek cuando éste aún no había acabado de desmontar. Con un pie en el estribo, Marek esquivó como pudo la embestida. Se apresuró a desenganchar el pie del estribo y contraatacó. Sir Guy, conservando íntegras sus fuerzas, se mostraba seguro de sí mismo.

Marek comprendió que su situación había empeorado. Acometió con fiereza, y

Guy se defendió sin esfuerzo, exhibiendo un juego de pies ágil y experto mientras retrocedía. Marek resollaba, y estaba seguro de que, pese al yelmo, Guy oía su respiración entrecortada y sabía qué significaba.

Marek se hallaba al borde del agotamiento.

Sir Guy solo tenía que recular y aguardar a que Marek quedara exhausto.

A no ser que...

A la izquierda, Chris, obediente, permanecía tendido de espaldas en la hierba.

Marek continuó al ataque, desplazándose un poco hacia la derecha a cada golpe. Guy seguía peleando con soltura, pero ahora era Marek quien lo llevaba en la dirección que le convenía... derecho hacia Chris.

Con el ruido de las espadas, Chris despertó lentamente. Todavía aturdido, trató de resituarse. Yacía de espaldas en la hierba, de cara al cielo azul. Pero estaba vivo. ¿Qué había pasado? Volvió la cabeza. Con solo una pequeña rendija para proporcionar visibilidad, el yelmo lo sofocaba y le producía una sensación de claustrofobia.

Comenzó a marearse.

Las náuseas fueron en aumento rápidamente. No quería devolver dentro del yelmo. Lo llevaba muy ajustado a la cabeza, y se ahogaría en su propio vómito. Tenía que quitárselo. Aún tendido, se llevó las manos al yelmo y tiró con fuerza.

No se desprendió. ¿Por qué? ¿Acaso se lo habían atado a la armadura? ¿O se debía a su posición horizontal?

Iba a vomitar. Dentro del condenado casco.

Dios santo, pensó.

Desesperado, rodó por la hierba.

Marek blandía la espada frenéticamente. Vio moverse a Chris detrás de sir Guy. Le habría advertido que permaneciera donde estaba, pero no tenía aliento para hablar.

Marek acometió una y otra vez con la espada.

Chris intentaba sacarse el yelmo. Guy se encontraba aún a diez metros de Chris, retrocediendo con elegancia, divirtiéndose, desviando con facilidad los golpes de Marek.

Marek era consciente de que se hallaba al límite de sus fuerzas. Sus golpes eran cada vez más débiles. Guy, por el contrario, seguía entero, tranquilo, limitándose a recular y defenderse, esperando su oportunidad.

Cinco metros.

Chris había conseguido volverse boca abajo y trataba de levantarse. Estaba a cuatro patas y la cabeza le colgaba entre los hombros. Lo sacudió una violenta y sonora arcada.

Guy la oyó y se volvió ligeramente para mirar de soslayo.

Marek se abalanzó contra él y le embistió con la cabeza en el peto. Guy dio un traspié hacia atrás, tropezó con Chris y se desplomó.

Malegant rodó rápidamente a un lado, pero Marek se plantó sobre él, pisándole la mano derecha para impedirle mover la espada y apoyando el otro pie en su hombro izquierdo. Marek alzó su espada, dispuesto a clavarla.

La multitud enmudeció.

Guy permaneció inmóvil.

Lentamente, Marek bajó la espada, cortó los cordones del yelmo de Guy y, quitándoselo con la punta de la espada, le descubrió la cabeza. Vio que le sangraba la oreja izquierda.

Guy le lanzó una mirada colérica y escupió.

Marek volvió a levantar la espada. Rebosaba ira, sudaba copiosamente, le dolían los brazos, tenía la vista nublada por la rabia y el cansancio. Apretó las manos en torno a la empuñadura, preparándose para seccionarle la cabeza de un tajo.

Guy adivinó sus intenciones.

—¡Clemencia! —exclamó a voz en grito para que todos lo oyeran—. ¡Os ruego clemencia! ¡En nombre de la Santísima Trinidad y la Virgen María! ¡Clemencia! ¡Clemencia!

La multitud guardaba silencio.

Expectante.

Marek dudó. En el fondo de su mente, una voz decía: Mata a este hijo de puta o luego te arrepentirás. Sabía que tenía que decidirse pronto; cuanto más tiempo permaneciera en aquella posición, con sir Guy a sus pies, más difícil le sería reunir valor para acabar con su vida.

Miró a la multitud amontonada detrás de la cerca. Todos contemplaban absortos la escena, sin moverse. Miró a las tribunas, donde estaban lord Oliver y las damas. Todos inmóviles. Lord Oliver parecía paralizado. Marek miró atrás, hacia el grupo de pajes situado al otro lado de la cerca. También ellos estaban paralizados. De pronto, uno de los pajes, con un velado gesto casi subliminal, se llevó la mano al pecho e imitó el movimiento de la espada: «Cortadle la cabeza».

Es un buen consejo, pensó Marek.

Pero siguió indeciso. En el palenque, el silencio era absoluto, excepto por las arcadas y gemidos de Chris. Finalmente, fueron esas arcadas las que disiparon la tensión del momento. Marek se apartó de sir Guy y le tendió una mano para ayudarlo a levantarse.

Sir Guy aceptó su mano, se puso en pie frente a él y dijo:

—Bastardo, nos veremos en el infierno.

Luego se dio media vuelta y se alejó.

El arroyo serpenteaba entre el musgo y las flores silvestres. Chris, arrodillado en la orilla, hundía la cara en el agua. Tosiendo y farfullando, levantó la cabeza y miró a Marek, que se hallaba en cuclillas junto a él.

—No aguanto más —dijo Chris—. No aguanto más.

—Lo comprendo.

—Ahora podría estar muerto. ¿Y se supone que eso es un deporte? ¿Sabes qué es? Es una exhibición de fanfarronería a caballo. Esa gente no está en sus cabales. — Volvió a sumergir la cabeza en el agua.

—Chris.

—No me gusta vomitar. No lo soporto.

—Chris.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora? ¿Vas a decirme que se me oxidará la armadura? Porque si es eso, André, me importa un carajo.

—No —respondió Marek—. Iba a decirte que si te mojas la camisa de fieltro, se hinchará, y luego será difícil quitarte la armadura.

—¿Ah, sí? Bueno, me trae sin cuidado. Ya me ayudarán los pajes. —Chris se tendió en el musgo y tosió—. Dios, no consigo sacudirme este olor. Tengo que bañarme o lo que sea.

Marek se sentó a su lado en silencio, esperando a que se relajara. A Chris le temblaban las manos mientras hablaba. Era mejor dejar que se desahogara, pensó Marek.

Bajo ellos, en un campo situado al pie de la ladera, un grupo de arqueros hacía prácticas de tiro. Ajenos al alboroto del torneo, disparaban pacientemente a los blancos, retrocedían y volvían a disparar. Era tal como se explicaba en los textos antiguos: los arqueros ingleses, muy disciplinados, se ejercitaban a diario.

—Esos hombres son una nueva fuerza militar —comentó Marek—. Actualmente deciden el resultado de las batallas. Míralos.

Chris se incorporó, apoyándose en un codo.

—Hablas en broma —dijo. Los arqueros se encontraban a más de doscientos metros de los blancos circulares, la longitud de dos campos de fútbol. A esa distancia, semejaban diminutas figuras, y sin embargo tensaban los arcos hacia el cielo con total seguridad—. ¿Tan importantes son?

Una nube de flechas vibrantes oscureció el cielo. Las flechas dieron en los blancos o se clavaron en la tierra cerca de ellos, asomando entre la hierba.

—Ya veo que hablas en serio —dijo Chris.

Casi de inmediato, otra cerrada descarga surcó el aire. Y otra, y otra más. Marek cronometraba mentalmente. Tres segundos entre descargas. Así que era cierto, pensó: los arqueros ingleses podían disparar veinte veces en un minuto. Los blancos estaban ya erizados de flechas.

—Una carga de caballería no resiste un ataque de esas características —dijo Marek—. Caen heridos los jinetes y los caballos. Por eso los caballeros ingleses desmontan para luchar. Los franceses todavía cargan al estilo tradicional, y mueren en masa antes de acercarse siquiera a los ingleses. Cuatro mil bajas en Crécy, más aún en Poitiers. Cifras considerables para esta época.

—¿Por qué no cambian de táctica los franceses? ¿No ven lo que ocurre?

—Sí lo ven, pero ese cambio equivale a poner fin a toda una forma de vida..., a toda una cultura, de hecho —contestó Marek—. Los caballeros pertenecen a la nobleza; su forma de vida es demasiado cara para los plebeyos. Un caballero debe comprar la armadura y, como mínimo, tres caballos de guerra, además de mantener a un séquito de pajes y ayudantes. Y estos caballeros han sido, hasta la fecha, el factor determinante en las batallas. Pero ya no lo son. —Señaló a los arqueros—. Esos hombres son plebeyos. Sus victorias se basan en la coordinación y la disciplina, no en el valor personal. Cobran un sueldo y hacen su trabajo. Pero son el futuro de la guerra: tropas pagadas, disciplinadas y anónimas. Los caballeros están desfasados.

—Salvo para los torneos —observó Chris con acritud.

—Sí, prácticamente. E incluso ahí, toda esa armadura, encima de la loriga, no es más que una respuesta al uso de las flechas. Una flecha atraviesa limpiamente a un hombre sin protecciones, y traspasa también la loriga. Por eso los caballeros necesitan armadura, y necesitan armadura los caballos. Pero con una descarga como ésa... —Marek señaló la lluvia de flechas y se encogió de hombros—. No hay nada que hacer.

Chris volvió la cabeza y miró hacia el palenque. Al cabo de un momento dijo:

—¡Vaya, ya era hora!

Marek miró también atrás y vio acercarse a cinco pajes de librea, acompañados por varios soldados con sobrevestes de colores rojo y negro.

—Por fin voy a librarme de este condenado montón de metal —añadió Chris.

Chris y Marek se pusieron en pie. Al llegar ante ellos, uno de los soldados anunció:

—Habéis incumplido las normas del torneo, deshonorado al cortés caballero Guy de Malegant, y desacreditado los buenos oficios de lord Oliver. Quedáis arrestados y vendréis con nosotros.

—Un momento —dijo Chris—. ¿Cómo que lo hemos deshonorado?

—Vendréis con nosotros.

—Un momento —repitió Chris.

El soldado lo golpeó con el puño en la cabeza y lo obligó a ponerse en marcha de

un empujón. Marek se colocó a su lado. Custodiados por los soldados, se encaminaron hacia el castillo.

Kate seguía en el palenque, buscando a Chris y Marek. En un primer momento, pensó en mirar dentro de las tiendas de campaña dispuestas en las inmediaciones de la estacada, pero en esa zona había solo hombres —caballeros, escuderos y pajes—, y decidió no arriesgarse. Aquél era un mundo distinto, donde la violencia se respiraba en el ambiente, y Kate experimentaba una continua sensación de peligro. En aquel mundo predominaban los jóvenes. Casi ninguno de los caballeros que se pavoneaban en los alrededores del palenque pasaba de los treinta años, y los escuderos eran todos adolescentes. Kate vestía ropa ordinaria, y saltaba a la vista que no pertenecía a la nobleza. Tenía la impresión de que si alguien se la llevaba a rastras y la violaba, nadie le daría mucha importancia.

Pese a ser mediodía, Kate actuaba instintivamente como lo haría en New Haven en plena noche. Procuraba no quedarse sola ni un minuto, moviéndose siempre cerca de algún grupo, y rehuía los corrillos de hombres.

Desde detrás de una tribuna, oyendo los vítores del público al salir a la palestra otro par de caballeros, echó un vistazo a la zona de tiendas de su izquierda. No veía a Marek ni a Chris por ninguna parte. Y sin embargo habían abandonado el palenque hacía solo unos minutos. ¿Estarían dentro de una de las tiendas? Durante la última hora no había oído nada por el auricular, suponiendo que los yelmos de Marek y Chris impedían la transmisión. Pero en ese momento ya no debían de llevarlos.

Por fin los localizó, a corta distancia de allí pendiente abajo, sentados junto a un arroyo.

Empezó a descender por la ladera. A pleno sol, la peluca le daba calor y la cabeza le picaba. Quizá podía quitarse la peluca y recogerse el cabello bajo un gorro, o cortárselo un poco más para poder pasar por un muchacho incluso sin gorro.

Acaso fuera interesante ser un hombre por un rato, pensó.

Se preguntaba dónde podría encontrar unas tijeras cuando vio a los soldados acercarse a Marek. Aflojó el paso. Continuaba sin oír nada por el auricular, pero a aquella distancia por fuerza tenía que haber comunicación.

¿Estaba quizá desconectado el receptor? Se golpeó la oreja con un dedo.

Al instante oyó decir a Chris:

—¿Cómo que lo hemos deshonrado?

Siguieron unas palabras ininteligibles, y Kate vio que los soldados conducían a Chris a empujones hacia el castillo. Marek iba a su lado.

Kate aguardó unos minutos y luego fue tras ellos.

En Castलगard no se veía un alma. Las tiendas y los talleres estaban cerrados. Se oía

el eco de las pisadas en las calles vacías. Todos se hallaban en el palenque presenciando el torneo, y en consecuencia Kate tenía que extremar la cautela para seguir a Marek, Chris y los soldados. Se quedaba rezagada, aguardando a que doblaran una esquina, y en cuanto los perdía de vista, corría tras ellos hasta que volvía a verlos.

Era consciente de que ese comportamiento resultaba sospechoso, pero nadie la veía. En la ventana de una casa, en el piso más alto, atisbó a una anciana sentada al sol, con los ojos cerrados. Pero en ningún momento miró hacia la calle. Quizá estaba dormida.

Llegó a la explanada que se extendía ante el castillo. Ya no desfilaban allí caballeros a lomos de sus monturas, ni se disputaban combates de práctica, ni flameaban estandartes al viento. Los soldados cruzaron el puente levadizo. Siguiéndolos, Kate oyó de nuevo el griterío de la multitud asistente al torneo, al otro lado de las murallas del pueblo. Los guardias del puente se volvieron y, alzando la voz, preguntaron a los soldados del adarve qué ocurría. Éstos, que desde aquella altura veían perfectamente el palenque, les contestaron a gritos. En la breve conversación, unos y otros intercalaron maldiciones y juramentos. Al parecer, se hacían apuestas sobre los resultados de las justas.

Aprovechando el alboroto, Kate cruzó la puerta del castillo.

En el reducido patio exterior del castillo, Kate vio unos cuantos caballos amarrados a un poste. Pero no había soldados; todos estaban en el adarve, viendo el torneo.

Miró alrededor, en busca de Marek y Chris, pero no los vio. Sin saber qué hacer, atravesó la puerta del gran salón. Oyó resonar unas pisadas en la escalera de caracol situada a la izquierda.

Empezó a subir por la escalera, dando vueltas y más vueltas pero advirtió que las pisadas se alejaban.

Debían de haberse ido escalera abajo, no hacia arriba.

Kate volvió rápidamente sobre sus pasos. La escalera descendía hasta un pasillo de techo bajo, húmedo y mohoso, con celdas a un lado. Las puertas de las celdas estaban abiertas; dentro no había nadie. Más adelante, tras un recodo del pasillo, se oyó un eco de voces y un ruido metálico.

Avanzó con cautela. Debía de hallarse bajo el gran salón, pensó. Intentó reconstruir mentalmente la zona a partir de sus recuerdos del castillo en ruinas que con tanto detenimiento había explorado durante las semanas anteriores. Pero no le constaba que se hubiera descubierto allí pasillo alguno. Quizá se había desmoronado hacía siglos.

Otro golpe metálico, seguido de las reverberaciones de una carcajada.

Luego pisadas.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que los pasos se dirigían hacia ella.

Marek se desplomó de espaldas en un montón de paja mojada y descompuesta, resbaladiza y maloliente. Chris cayó junto a él, deslizándose sobre la paja. La reja de la celda se cerró. Estaban al final de un pasillo con celdas tanto a los lados como en la pared del fondo. A través de los barrotes, Marek vio marcharse riendo a los guardias.

—Eh, Paolo —dijo uno—, ¿adónde crees que vas? Quédate aquí a vigilar.

—¿Por qué? No van a irse a ninguna parte. Quiero ver el torneo.

—Es tu turno. Oliver quiere que estén bajo vigilancia.

Siguió una sarta de protestas y juramentos. Más risas, y unos pasos que se alejaban. A continuación regresó un robusto guardia, los escrutó a través de los barrotes y profirió una maldición. No se lo veía muy contento; por culpa de ellos, iba a perderse el espectáculo. Escupió en el suelo de su celda y fue a sentarse a un banco de madera, a tan solo unos metros de allí. Marek no lo veía, pero sí atisbaba su sombra en la pared de enfrente.

Por la postura, parecía estar hurgándose los dientes.

Marek se acercó a la reja y escudriñó las otras celdas. No alcanzó a ver el interior de la celda de la derecha, pero al otro lado del pasillo, justo delante, distinguió una figura sentada en la oscuridad contra la pared.

Cuando su vista se adaptó a la tenue iluminación, descubrió que era el profesor.

Stern estaba sentado en el comedor privado de la ITC. Era una habitación pequeña y había una sola mesa, con un mantel blanco y cuatro servicios. Frente a él, Gordon desayunaba vorazmente unos huevos revueltos con beicon. Stern observó el balanceo de su cabeza casi rapada mientras se llevaba los huevos a la boca con el tenedor. Comía deprisa.

Fuera, el sol asomaba ya sobre las mesetas situadas al este. Stern miró su reloj; eran las seis de la mañana. Unos técnicos de la ITC soltaban otro globo sonda desde el aparcamiento. Stern recordó que Gordon había dicho que lanzaban uno cada hora. El globo se elevó rápidamente hacia el cielo y desapareció en la capa de nubes altas. Sin molestarse siquiera en seguir su ascenso con la mirada, los técnicos regresaron a un edificio cercano.

—¿Qué tal sus tostadas con mantequilla? —preguntó Gordon, alzando la vista—. ¿Le apetece algo más?

—No, con esto es suficiente —respondió Stern—. No tengo demasiado apetito.

—Acepte un consejo de un exmilitar —dijo Gordon—. Cuando tenga el plato delante, coma, porque nunca se sabe cuándo será la siguiente comida.

—Sin duda es un buen consejo —contestó Stern—, pero ahora no tengo hambre.

Gordon se encogió de hombros y siguió con su desayuno.

Un hombre con una chaqueta almidonada de camarero entró en el comedor.

—Ah, Harold —dijo Gordon—. ¿Hay café preparado?

—Sí, señor. Y puedo traerle un capuchino si lo prefiere.

—Lo tomaré solo.

—Muy bien, señor.

—¿Y usted, David? —preguntó Gordon—. ¿Quiere un café?

—Sí, con leche descremada si es posible.

—Muy bien, señor —respondió Harold.

Stern miró por la ventana, oyendo comer a Gordon, oyendo el roce del tenedor en el plato. Finalmente dijo:

—A ver si lo he entendido bien. Por el momento no pueden volver, ¿no es así?

—Exacto.

—Porque no hay plataforma de llegada.

—Exacto.

—Porque los escombros la obstruyeron.

—Exacto.

—¿Y cuándo podrán volver?

Gordon dejó escapar un suspiro y se separó un poco de la mesa.

—Todo saldrá bien, David —aseguró—, descuide.

—Pero dígame, ¿cuándo podrán volver?

—Bueno, hagamos la cuenta atrás. Dentro de tres horas se habrá renovado totalmente el aire de la cavidad. Añadamos una hora más como medida de precaución. Cuatro horas. Luego dos horas para retirar los escombros. Ya son seis horas. Después hay que reponer el blindaje de agua.

—¿Reponer el blindaje? —repitió Stern.

—Los tres anillos de agua. Son esenciales.

—¿Por qué?

—Para reducir al mínimo los errores de transcripción.

—¿Y qué son exactamente los errores de transcripción? —preguntó Stern.

—Errores en la reconstrucción que pueden producirse cuando la máquina reconfigura a una persona.

—Usted dijo que no había errores, que podía reconstruirse a una persona con total precisión.

—A efectos prácticos, así es, siempre y cuando la operación se realice con blindaje.

—¿Y si no hay blindaje?

Gordon suspiró de nuevo.

—*Habr*á blindaje, David. —Gordon consultó la hora en su reloj—. Desearía que dejara de preocuparse. Faltan aún varias horas para que la sala de tránsito quede reparada. Está atormentándose innecesariamente.

—Es solo que sigo pensando que debería poderse hacer algo —dijo Stern—. Enviar un mensaje, establecer contacto de alguna manera...

Gordon negó con la cabeza.

—No. Ni mensajes ni contacto alguno. Es imposible. De momento sus compañeros están allí incomunicados. Y nada podemos hacer al respecto.

Kate Erickson se arrimó a la pared, notando en la espalda el contacto húmedo de la piedra. Se había metido en una de las celdas del pasillo y, con la respiración contenida, aguardaba a que pasaran ante ella los guardias que habían encerrado a Marek y Chris. A juzgar por sus risas, estaban de buen humor. Oyó decir a uno de ellos:

—A sir Oliver no le ha gustado nada que ese caballero de Hainaut dejara en ridículo a su lugarteniente.

—¡Y el otro es aún peor! Monta como un fardo, y aun así ha quebrado dos lanzas con Tête Noire.

Risas generales.

—Ciertamente han dejado en ridículo a Tête Noire, y con toda seguridad lord Oliver hará rodar sus cabezas antes de ponerse el sol.

—O mucho me equivoco, o los hará decapitar antes de la cena.

—No, después. Así la concurrencia será mayor.

Más risas.

Se alejaron por el pasillo, desvaneciéndose gradualmente sus voces. Al cabo de un momento Kate apenas los oía. De pronto se produjo un breve silencio. ¿Habrían empezado a subir por la escalera? No, aún no. Los oyó reír otra vez. Y sus risas continuaron, pero ahora sonaban distintas, faltas de naturalidad.

Algo ocurría.

Kate aguzó el oído. Los guardias hablaban de sir Guy y lady Claire, pero Kate no distinguía bien sus palabras. Oyó:

—... muy enojado con nuestra señora...

Y más risas.

Kate frunció el entrecejo.

Las voces ya no eran tan débiles.

Mala señal. Los guardias regresaban.

¿Por qué?, se preguntó Kate. ¿Qué pasaba?

Miró hacia la reja, y en el suelo de piedra, a la entrada de la celda, vio las huellas húmedas de sus propios pies.

Al pisar la hierba cercana al arroyo se le habían empapado los zapatos. A ella y a los demás, como revelaba el rastro lodoso de pisadas dejado en el centro del pasillo. Pero unas huellas, las suyas, se desviaban de ese rastro en dirección a la celda.

Y al parecer los guardias lo habían notado.

Maldita sea, se dijo.

—¿Cuándo termina el torneo? —preguntó una voz.

—Alrededor de la hora nona.

—Está a punto de acabar, pues.

—Hoy lord Oliver cenará temprano y se preparará para la llegada del Arcipreste.

Kate escuchaba con atención, tratando de contar el número de voces distintas. ¿Cuántos guardias había? Intentó recordarlo. Al menos tres. Quizá cinco. Mientras los seguía, no había prestado atención a ese detalle.

Maldita sea.

—Según dicen, el Arcipreste trae unas huestes de mil hombres...

Una sombra se proyectó en el suelo frente a la celda. Eso significaba que había guardias a ambos lados de la puerta.

¿Qué podía hacer? Solo sabía que no debía dejarse capturar. Era una mujer, y su presencia allí abajo no tenía justificación alguna. La violarían y matarían.

Pero no sabían que era una mujer, reflexionó; aún no. El pasillo quedó en silencio, y Kate oyó unos pasos sigilosos. ¿Qué harían los guardias a continuación? Probablemente uno de ellos irrumpiría en la celda y los otros aguardarían fuera, preparados, con las espadas desenvainadas y en alto...

Kate no podía quedarse allí esperando. Agachándose, se abalanzó hacia la puerta.

Topó con el guardia que entraba en la celda, golpeándolo de lado en una rodilla. Con un aullido de dolor y sorpresa, el hombre cayó de espaldas. Los otros guardias vociferaron, pero Kate ya había cruzado la puerta. Uno de los guardias trató de herirla con su espada; el filo dio en la pared de piedra justo detrás de ella y saltaron chispas. Kate echó a correr por el pasillo.

—¡Una mujer! ¡Una mujer!

La persiguieron.

Kate estaba ya en la escalera de caracol y subía rápidamente. Abajo, oyó el ruido metálico de las lorigas cuando los guardias empezaron a ascender detrás de ella. Al llegar a la planta baja, hizo lo primero que se le ocurrió: entrar en el gran salón.

Se hallaba vacío, con las mesas ya puestas para un festín, pero aún sin bandejas de comida. Corrió entre las mesas, buscando un lugar donde esconderse. ¿Detrás de los tapices? No, pendían a ras de pared. ¿Bajo alguna mesa, oculta por el largo mantel? No, sin duda mirarían debajo de todas las mesas y la encontrarían. ¿Dónde? ¿Dónde? Observó la enorme chimenea, donde ardía un fuego vivo. ¿No salía de allí un pasadizo secreto? ¿Estaba el pasadizo allí, en Castelgard, o en La Roque? No lo recordaba. Debería haber prestado más atención.

Rememorando, se vio a sí misma, vestida con un pantalón corto de color caqui, un polo y unas Nike, paseando perezosamente entre las ruinas y tomando notas. Su único interés —si alguno tenía— era satisfacer las expectativas de sus compañeros de investigación.

¡Debería haber prestado más atención!

Oyó acercarse a los guardias. No quedaba tiempo. Corrió hacia la chimenea de dos metros y medio de altura y se escondió detrás de la gran pantalla circular de color

dorado. Notó en su cuerpo el intenso calor del fuego. Oyó entrar a los hombres en el salón, gritando. Moviéndose apresuradamente de un lado a otro, buscaban en todos los rincones. Kate se acurrucó contra la pantalla, contuvo la respiración y esperó.

Kate oyó golpes y ruido de platos en las mesas mientras los guardias registraban el salón. Sus voces, ahogadas por el fragor de las llamas, no le llegaban claramente. Algo cayó con un estrépito metálico, algo grande, quizá un almenar.

Esperó.

Un guardia hizo una pregunta con voz alta y perentoria. Kate no oyó la respuesta. Otro, también a gritos, formuló una segunda pregunta, y esta vez Kate oyó vagamente la respuesta, apenas un susurro. No parecía una voz de hombre. ¿Con quién hablaban?

Parecía una mujer. Kate aguzó el oído. Sí, era una voz femenina, sin duda.

Otro intercambio de palabras, y a continuación el sonido de las lorigas de los guardias marchándose precipitadamente. Asomándose desde detrás de la pantalla dorada, Kate los vio salir por la puerta.

Aguardó un momento y abandonó su escondrijo.

Vio a una niña de diez u once años. Tenía la cabeza envuelta en un paño blanco que solo dejaba al descubierto su rostro. Llevaba un vestido de color rosa, holgado y largo, casi hasta el suelo. Con una jarra de oro, vertía agua en las copas de las mesas.

La niña se limitó a mirarla.

Kate temía que empezara a gritar, pero no lo hizo. Observó a Kate con curiosidad por un instante y luego dijo:

—Han subido por la escalera.

Kate se dio media vuelta y echó a correr.

Dentro de la celda, a través de un tragaluz abierto en la parte alta del muro, Marek oyó un toque de trompetas y el clamor lejano de la multitud congregada en el palenque. El guardia alzó la vista con manifiesto disgusto, maldijo a Marek y al profesor y regresó a su banco.

—¿Tenéis un marcador de navegación? —preguntó el profesor en voz baja.

—Sí —respondió Marek—. Lo tengo yo. ¿Conserva usted el suyo?

—No, lo perdí. Unos tres minutos después de llegar.

El profesor, según él mismo explicó, había aparecido en la zona boscosa del llano que se extendía junto al río, cerca del monasterio. En la ITC le aseguraron que ése era un lugar aislado pero en una situación ideal. Sin alejarse de la máquina, tendría ocasión de ver los principales yacimientos de su excavación.

Lo que sucedió a continuación fue pura mala suerte: el profesor se materializó en el preciso instante en que una cuadrilla de leñadores, con las hachas al hombro, se

adentraba en el bosque para iniciar su jornada.

—Vieron los destellos de luz, y luego me vieron a mí, y todos se postraron de rodillas y rezaron. Creyeron que habían presenciado un milagro. Después llegaron a la conclusión de que el milagro no era tal y empuñaron sus hachas —contó el profesor—. Pensé que iban a matarme, pero afortunadamente hablo occitano. Los convencí para que me llevaran al monasterio y dejaran decidir a los monjes sobre la naturaleza de mi aparición. —Por lo visto, los monjes lo tomaron bajo su custodia, lo desnudaron y examinaron su cuerpo en busca de estigmas—. Miraban en los sitios más insólitos, y fue entonces cuando exigí ver al abad. El abad deseaba conocer el acceso al pasadizo secreto de La Roque. Sospecho que ha prometido esa información a Arnaut. En cualquier caso, le sugerí que quizá podía encontrarse algún dato en los documentos monásticos. —El profesor sonrió—. Y me ofrecí a revisar los pergaminos por él.

—¿Sí?

—Y creo que lo he descubierto.

—¿El pasadizo?

—Eso creo. Sigue un río subterráneo, así que probablemente es muy largo. Parte de un lugar conocido como «la ermita verde». Y hay una llave de entrada.

—¿Una llave?

El guardia soltó un gruñido, y Marek calló. Chris se levantó y se sacudió la paja húmeda de las calzas.

—Tenemos que salir de aquí —dijo—. ¿Dónde está Kate?

Marek movió la cabeza en un gesto de negación. Kate seguía en libertad, a menos que los gritos de los guardias que habían oído minutos antes significaran que la habían capturado. Pero Marek no lo creía. Así pues, si conseguía ponerse en contacto con ella, quizá pudiera ayudarlos a escapar.

Para eso, era necesario encontrar algún modo de librarse del guardia. Pero había al menos veinte metros desde el recodo del pasillo hasta el banco del guardia, así que era imposible atacarlo por sorpresa. No obstante, si Kate se hallaba lo bastante cerca para oírlos por el auricular, tal vez Marek podría...

Chris empezó a golpear los barrotes de la celda y llamar a gritos al guardia.

Antes de que Marek tuviera ocasión de hablar, el guardia apareció por el pasillo mirando con curiosidad a Chris, que había sacado una mano entre los barrotes y, con señas, le indicaba que se aproximase.

—¡Eh, ven aquí! ¡Eh, aquí!

El guardia se acercó a él, hizo ademán de apartarle de un manotazo el brazo que asomaba por la reja, y de pronto rompió a toser mientras Chris lo rociaba con el aerosol. El guardia se tambaleó. Chris alargó de nuevo el brazo, agarró al guardia por la gorguera y lo roció por segunda vez directamente en la cara.

El guardia puso los ojos en blanco y se desplomó como un saco. Tratando de sujetarlo, Chris se golpeó el brazo contra un travesaño de la reja, lanzó un alarido de

dolor y soltó al guardia, que cayó hacia atrás y quedó tendido en medio del pasillo.

Fuera de su alcance.

—Buen trabajo —dijo Marek con tono de reproche—. Y ahora ¿qué?

—Ahora podrías ayudarme, y no ser tan negativo —protestó Chris. Arrodillado, estiraba el brazo entre los barrotes, pero por más que extendía los dedos le faltaban quince centímetros para alcanzar el pie del guardia. Gruñendo por el esfuerzo, dijo—: Si tuviéramos algo... un palo o un gancho, algo que nos permitiera tirar de él...

—No serviría de nada —advirtió el profesor desde la otra celda.

—¿Por qué no?

El profesor salió de la oscuridad y miró entre los barrotes.

—Porque no tiene la llave.

—¿No tiene la llave? —preguntó Chris—. ¿Y dónde está?

—Colgada de la pared —contestó Johnston, señalando hacia el pasillo.

—¡Mierda! —exclamó Chris.

Aún tendido en el suelo, el guardia contrajo una mano. Luego sacudió una pierna espasmódicamente. Estaba despertando.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Chris, aterrorizado.

—¿Me oyes, Kate? —preguntó Marek.

—Te oigo.

—¿Dónde estás?

—En el pasillo, no muy lejos de vosotros. He vuelto porque aquí no me buscarán.

—Kate, ven, de prisa —apremió Marek.

De inmediato, Marek la oyó correr hacia ellos.

El guardia tosió y se incorporó parcialmente, apoyándose en un codo. Echó un vistazo pasillo abajo y trató de ponerse en pie.

Estaba aún de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, cuando Kate le asestó un puntapié en la cara, derribándolo de nuevo. Pero el guardia no perdió el conocimiento; quedó solo aturdido. Empezó a levantarse, sacudiendo la cabeza para aclarársela.

—Kate —dijo Marek—, las llaves...

—¿Dónde?

—En la pared.

Kate retrocedió por el pasillo, cogió las llaves, unidas por una gruesa anilla, y corrió hasta la celda de Marek. Introdujo una llave en la cerradura, pero no giró.

Soltando un gruñido, el guardia se abalanzó sobre ella, y rodaron los dos por el suelo. Forcejearon, pero él, mucho más corpulento, la redujo con facilidad.

Con las dos manos entre los barrotes, Marek extrajo la llave de la cerradura y probó otra. Tampoco abría.

A horcajadas sobre Kate, el guardia la tenía sujeta por el cuello con la intención

de estrangularla.

Marek probó otra llave. No hubo suerte. Quedaban seis llaves más en la anilla.

Kate, con el rostro ya azulado, emitía un ronquido gutural. En vano, golpeaba una y otra vez los brazos del guardia con los puños. Trató de golpearlo en la entrepierna, pero el sobreveste del guardia se lo impidió.

—¡El cuchillo! ¡El cuchillo! —gritó Marek, pero ella no pareció entenderlo. Probó otra llave, con igual resultado.

Desde la celda de enfrente, Johnston increpó al guardia en francés. El guardia alzó la mirada y le contestó con un reniego. En ese instante, Kate sacó la daga y la hincó con todas sus fuerzas en el hombro del guardia. La hoja no traspasó la loriga. Kate lo intentó otra vez, y otra más. El guardia, enfurecido, empezó a sacudirle la cabeza contra el suelo de piedra para obligarla a tirar el arma.

Marek probó otra llave.

Giró en la cerradura con un penetrante chirrido.

El profesor vociferaba; Chris vociferaba, y Marek abrió de par en par la puerta de la celda. El guardia se volvió hacia él, soltó a Kate y se levantó. Tosiendo, Kate le clavó la daga en las piernas desprotegidas, y el guardia lanzó un aullido de dolor. Marek le asestó dos contundentes golpes en la cabeza. El guardia se desplomó y quedó inmóvil en el suelo.

Chris abrió la puerta de la celda del profesor. Kate se puso en pie, recobrando lentamente el color.

Marek había sacado la oblea blanca de cerámica y tenía ya el pulgar en el botón.

—Muy bien, por fin estamos todos juntos —dijo, mirando alrededor para comprobar la distancia entre las celdas—. ¿Hay sitio suficiente? ¿Podemos llamar a la máquina aquí mismo?

—No —respondió Chris—. Tiene que haber dos metros libres a la redonda, ¿recuerdas?

—Necesitamos más espacio. —El profesor se volvió hacia Kate—. ¿Sabes cómo salir de aquí?

Kate asintió con la cabeza, y se pusieron en marcha pasillo abajo.

Con una sensación de renovada confianza en sí misma, Kate los guio rápidamente por la escalera de caracol. Por alguna razón, la pelea con el guardia había tenido en ella un efecto liberador: aun enfrentada con la peor situación imaginable, había sobrevivido. De pronto, pese al palpitante dolor de la cabeza, se sentía más serena y lúcida. Y los hallazgos de su investigación volvieron a aflorar a su memoria: recordaba las entradas y salidas de los pasadizos.

Al llegar a la planta baja, se asomaron al patio. Estaba aún más concurrido de lo que Kate preveía. Había muchos soldados, así como caballeros con armadura y cortesanos elegantemente ataviados, todos de regreso al castillo una vez concluido el torneo. Supuso que eran alrededor de las tres de la tarde. El sol iluminaba aún el patio, pero las sombras empezaban a alargarse.

—No podemos salir ahí —dijo Marek, moviendo la cabeza en un gesto de negación.

—No te preocupes —respondió Kate.

Los condujo escalera arriba y, en el primer piso, siguió rápidamente por un pasillo con ventanas al lado exterior y puertas al interior. Sabía que las puertas daban a una serie de pequeños aposentos para la familia o los invitados.

—Yo he estado aquí —comentó Chris detrás de ella, señalando una de las puertas—. Ésa es la habitación de Claire.

Marek dejó escapar un resoplido de enojo. Kate continuó adelante. Al final del pasillo, un tapiz cubría la pared izquierda. Levantó el tapiz, asombrosamente pesado, y comenzó a palpar la pared y ejercer presión en algunas de las piedras.

—Estoy casi segura de que es aquí —masculló.

—Casi segura ¿de qué? —preguntó Chris.

—De que aquí nace el pasadizo que lleva al patio posterior.

Llegó al rincón sin encontrar ninguna puerta. Y después de examinar la pared por segunda vez tuvo que reconocer que no parecía haber allí acceso alguno. Los mampuestos formaban una superficie lisa y uniforme, sin salientes ni huecos. Tampoco se advertía el menor indicio de reformas recientes. Apretando la mejilla contra el paramento y observándolo de refilón, no advirtió irregularidades.

¿Se había equivocado?

¿Acaso no era allí?

No podía haberse equivocado. La puerta tenía que estar allí, en algún sitio. Volvió a recorrer la pared, empujando de nuevo las piedras. Nada. Cuando por fin la encontró, fue de manera totalmente fortuita. Oyeron voces en el otro extremo del pasillo, voces de gente que subía por la escalera. Cuando Kate se volvió a mirar en

esa dirección, rozó con el pie el mampuesto situado en la base de la pared.

Notó que se movía.

Con un suave sonido metálico, apareció una puerta justo delante de ella. Se abrió solo unos centímetros, pero Kate vio que la obra de mampostería ocultaba el intersticio con extraordinaria pericia.

Empujó la puerta, y entraron. Marek pasó en último lugar, dejando el tapiz en su posición inicial antes de cerrar.

Se hallaban en un pasadizo estrecho y oscuro. Unos pequeños orificios dispuestos a lo largo de la pared a intervalos de escasos metros proporcionaban una tenue iluminación, haciendo innecesario el uso de antorchas.

Al descubrir ese pasadizo entre las ruinas de Castelgard y trazar el recorrido en sus planos, Kate se había preguntado cuál sería el motivo de su existencia. Se le antojaba totalmente superfluo. Pero ahora, hallándose en su interior, comprendió de inmediato su finalidad.

No era un pasadizo para trasladarse de un lugar a otro. Era un escondrijo desde donde espiar los aposentos del primer piso.

Avanzaron con sigilo. Kate oyó voces en la habitación contigua: una de mujer y otra de hombre. Cuando llegaron a los orificios, todos se detuvieron a mirar por ellos.

Kate oyó a Chris exhalar un suspiro que parecía más un gemido.

En un primer momento Chris vio solo las siluetas de un hombre y una mujer recortadas contra la intensa luz de una ventana. Al cabo de unos instantes, cuando su vista se adaptó al resplandor, reconoció a lady Claire y sir Guy. Cogidos de la mano, se acariciaban de manera íntima. Sir Guy la besó apasionadamente, y ella le devolvió el beso con igual ardor, rodeándole el cuello con los brazos.

Chris los contemplaba atónito.

Por fin, los amantes se separaron, y sir Guy habló a lady Claire mientras ella lo miraba fijamente a los ojos.

—Mi señora, debido a vuestro comportamiento en público y a vuestra áspera descortesía, muchos se ríen de mí a mis espaldas y ponen en duda mi hombría por tolerar tales desmanes.

—Así debe ser —respondió ella—, en interés de ambos. Y vos bien lo sabéis.

—Con todo, desearía que moderaseis vuestros modales.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? ¿Acaso arriesgaríais la fortuna que ambos anhelamos? Mi buen caballero, también otras cosas se oyen por ahí, como de sobra sabéis. Oponiéndome a la boda, demuestro compartir las sospechas que muchos albergan, a saber, que vos tomasteis parte directa en la muerte de mi esposo. Ahora bien, si lord Oliver me impone este matrimonio, a pesar de todos mis esfuerzos para

evitarlo, nadie podrá poner reparo alguno a mi conducta. ¿No es verdad?

—Verdad es —dijo Guy, asintiendo con tristeza.

—¡Y cuán distintas serían las circunstancias si yo, por el contrario, os otorgase ahora mis favores! —continuó lady Claire—. Esas mismas lenguas viperinas pronto murmurarían que también yo intervine en la prematura muerte de mi esposo, y tales maledicciones no tardarían en llegar a oídos de la familia de mi esposo en Inglaterra. Sus parientes son ya partidarios de recuperar las heredades. Necesitan solo un pretexto para actuar. Por eso sir Daniel vigila de cerca cuanto hago. Buen caballero, es fácil mancillar la honra de una dama, y una vez perdida, nunca se restaura. Nuestra única garantía reside en mi inflexible hostilidad hacia vos, y os ruego, pues, que toleréis las afrentas que ahora os irritan y penséis en la futura recompensa.

Chris escuchaba boquiabierto. Lady Claire recurría exactamente a las mismas artes —la mirada afectuosa, la voz susurrante, las tiernas caricias— que había utilizado con él. Chris tenía la firme convicción de que la había seducido, y por lo visto era ella quien lo había seducido a él.

Pese a las caricias, sir Guy seguía disgustado.

—¿Y vuestras visitas al monasterio? Desearía que no volvierais allí.

—¿Y eso? ¿Tenéis celos del abad, mi señor? —se burló ella.

—Solo digo que desearía que no volvierais allí —repitió sir Guy con obstinación.

—Y sin embargo me ha llevado allí una razón de peso, ya que quien conozca el secreto de La Roque tendrá a lord Oliver a su merced. Él deberá aceptar las condiciones de quien pueda revelarles ese secreto.

—Muy cierto, mi señora, pero no habéis descubierto el secreto —repuso sir Guy—. ¿Lo conoce acaso el abad?

—No he visto al abad. Estaba ausente.

—Y el maestro dice no conocerlo.

—Sí, eso dice. No obstante, acudiré de nuevo al abad para preguntárselo, quizá mañana.

Llamaron a la puerta, y se oyó una ahogada voz masculina. Los dos se volvieron.

—Ése debe de ser sir Daniel —musitó sir Guy.

—Rápido, mi señor, a vuestro escondite.

Sir Guy se dirigió apresuradamente hacia la pared tras la que ellos se hallaban ocultos. Horrorizados, vieron cómo apartaba un tapiz, abría una puerta secreta y entraba en el estrecho pasadizo. Sir Guy los miró estupefacto por un momento y luego empezó a gritar:

—¡Los prisioneros! ¡Han escapado! ¡Los prisioneros!

La voz de alarma llegó a lady Claire, que salió al pasillo a pedir ayuda.

En el pasadizo, el profesor se volvió hacia ellos.

—Si tenemos que separarnos, id al monasterio y buscad al hermano Marcelo. Él tiene la llave del pasadizo. ¿Entendido?

Antes de que pudieran contestar, los soldados penetraron en el pasadizo. Chris

notó unas manos que lo agarraban y tiraban bruscamente de él.
Los habían atrapado.

Un solitario laúd sonaba en el gran salón mientras los criados acababan de poner las mesas. Lord Oliver y sir Robert cogían de la mano a sus respectivas queridas y bailaban mientras el maestro de danza, exhibiendo una sonrisa entusiasta, marcaba el ritmo con palmadas. Después de unos cuantos pasos, lord Oliver se volvió de cara a su pareja y se la encontró de espaldas. Se detuvo y profirió un juramento.

—Un error sin importancia, mi señor —se apresuró a decir el maestro de danza, su sonrisa imperturbable—. Como su excelencia recordará, es adelante-atrás, adelante-atrás, vuelta, atrás, y vuelta, atrás. Nos hemos saltado una vuelta.

—Yo no me he saltado ninguna vuelta —prorrumpió Oliver.

—Verdad es, mi señor, no ha sido culpa vuestra —corroboró sir Robert de inmediato—. Una frase de la música ha causado la confusión. —Lanzó una mirada iracunda al muchacho que tañía el laúd.

—Muy bien, pues. —Oliver adoptó de nuevo la posición de baile y tendió la mano a su pareja—. Veamos... y ¿cómo era? Adelante-atrás, adelante-atrás, vuelta, atrás...

—Perfecto —elogió el maestro de danza, sonriendo y marcando el ritmo con palmadas—. Así es. Ahora habéis...

—Mi señor —lo interrumpió una voz desde la puerta.

La música cesó. Lord Oliver se volvió, visiblemente airado, y vio a sir Guy y un grupo de guardias alrededor de varias personas, entre ellas el profesor.

—¿Qué pasa ahora?

—Mi señor, según parece, el maestro tiene unos compañeros.

—¿Eh? ¿Qué compañeros?

Lord Oliver se acercó. Vio al caballero de Hainaut, al estúpido irlandés que no sabía montar, y a una joven de baja estatura y expresión desafiante.

—¿Qué compañeros son éstos?

—Dicen ser los ayudantes del maestro, mi señor.

—¿Ayudantes? —Enarcando una ceja, Oliver escrutó al grupo—. Mi querido maestro, cuando esta mañana habéis hecho referencia a vuestros ayudantes, no me ha parecido oír que estuvieran también en el castillo.

—Yo mismo no lo sabía —respondió el profesor.

Lord Oliver soltó un bufido de incredulidad. Observándolos uno por uno, dijo:

—A vuestra edad no podéis ser ayudantes. Os sobran al menos diez años. Y antes no habéis dado señal de que conocierais al maestro... Mentís. Todos vosotros. —Se volvió hacia sir Guy—. No les creo, y quiero saber la verdad. Pero no ahora. Llevadlos a la mazmorra.

—Mi señor, de allí precisamente han escapado.

—¿Han escapado? ¿Cómo? —Alzó la mano de inmediato para atajar la respuesta —. ¿Cuál es el lugar más seguro del castillo?

Robert de Kere se adelantó y susurró algo a lord Oliver, que se echó a reír.

—¿Mi cámara de la torre? ¿Donde tengo instalada a Alice, mi amante? Ciertamente es un sitio seguro. Sí, encerradlos allí bajo llave.

—Me ocuparé de ello, mi señor —respondió sir Guy.

—Estos «ayudantes» serán nuestra garantía de que su maestro se comporta debidamente. —Esbozó una lúgubre sonrisa—. Creo, maestro, que aún aprenderéis a bailar conmigo.

Se llevaron por la fuerza a los tres jóvenes. A una señal de lord Oliver, se retiraron el músico y el maestro de danza con una callada reverencia. Las mujeres salieron detrás de ellos. Inicialmente sir Robert no se dio por aludido, pero, tras una fulminante mirada de Oliver, también él abandonó el salón.

Solo quedaban allí los criados que preparaban las mesas y, salvo por el leve ruido de éstos, reinaba el silencio.

—Veamos, maestro, ¿qué tramáis?

—Bien sabe Dios que son mis ayudantes, como os he dicho desde el principio —aseguró el profesor.

—¿Ayudantes? Uno de ellos es caballero.

—Tiene una deuda de gratitud conmigo, y me paga con sus servicios.

—Ah, ¿y en qué consiste esa deuda?

—Salvé la vida a su padre.

—¿Es eso verdad? —Oliver se paseó alrededor del profesor—. ¿Y cómo lo salvasteis?

—Con medicinas.

—¿Cuál era su dolencia?

—Mi señor Oliver —dijo el profesor, tocándose la oreja con un dedo—, si deseáis verificarlo vos mismo, haced traer al caballero Marek, y él os confirmará lo que acabo de decir, esto es, que salvé a su padre, enfermo de hidropesía, mediante un tratamiento con árnica, y que eso sucedió en Hampstead, una aldea cercana a Londres, en otoño del año pasado. Llamadlo a vuestra presencia y preguntádselo.

Oliver guardó silencio.

Miró fijamente al profesor.

El tenso momento pasó al aparecer en una puerta del fondo del salón un hombre con la ropa manchada de harina.

—Mi señor.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Oliver, volviéndose.

—Mi señor, un centro de mesa.

—¿Un centro de mesa? Muy bien, pero apresúrate.

—Mi señor —dijo el hombre, haciendo una reverencia a la vez que chasqueaba

los dedos. Dos muchachos entraron de inmediato con una gran fuente a hombros—. Mi señor, el primer centro de mesa: fiambre.

La fuente contenía unos pálidos intestinos desparramados y los grandes testículos y el pene de un animal. Oliver examinó con detenimiento el centro de mesa desde distintos ángulos.

—Las entrañas de un jabalí recién cazado —comentó, asintiendo con la cabeza—. Muy convincente. —Miró al profesor—. ¿Os parece bien la obra elaborada por mi cocina?

—Sí, mi señor. Es un centro de mesa tradicional y bien realizado. Los testículos en particular rayan la perfección.

—Gracias, señor —dijo el cocinero, inclinando la cabeza—. Con vuestra licencia, son ciruelas pasas bañadas en azúcar fundido. Y los intestinos son trozos de fruta ensartados y recubiertos primero con crema batida de huevos y cerveza clara y después con miel.

—Muy bien, muy bien —observó Oliver—. ¿Servirás esto antes del segundo plato?

—Así es, mi señor.

—¿Y el otro centro de mesa?

—Será de mazapán, mi señor, coloreado con azafrán y diente de león.

Tras una nueva reverencia, el cocinero hizo una seña, y dos muchachos más entraron acarreado otra fuente. En ésta se alzaba una enorme reproducción a escala de la fortaleza de Castelgard, con las murallas de un metro y medio de altura. La obra de repostería, de un amarillo claro casi idéntico al de los verdaderos mampuestos, era fiel hasta los más mínimos detalles, incluidos los pendones de las torres.

—*Elégant!* ¡Magnífico! —exclamó Oliver, y empezó a batir palmas con el entusiasmo de un niño—. Estoy muy satisfecho. —Se volvió hacia el profesor y señaló la maqueta de mazapán—. ¿Estáis enterado de que ese villano de Arnaut avanza rápidamente hacia aquí, y debo defender el castillo contra sus huestes?

Johnston asintió con la cabeza.

—Sí, estoy enterado.

—¿Cómo me aconsejáis que disponga mis fuerzas en Castelgard?

—Mi señor —contestó el profesor—, en vuestro lugar yo no defendería Castelgard.

—Ah, ¿y por qué decís eso? —Oliver se acercó a una mesa, cogió una copa y se sirvió vino.

—¿Cuántos hombres necesitasteis vos para arrebatar la fortaleza a los gascones? —preguntó Johnston.

—Cincuenta o sesenta, no más.

—Ahí tenéis, pues, la respuesta.

—Pero nosotros no tomamos el castillo con un ataque frontal. Penetramos furtivamente, recurriendo a la astucia.

—¿Y el Arcipreste no lo hará?

—Puede intentarlo, pero estaremos esperándolo, preparados para su ataque.

—Quizá —dijo Johnston—, o quizá no.

—Si sois, pues, un adivino...

—No, mi señor, no conozco el futuro. Carezco de tales facultades. Simplemente os ofrezco mi consejo como hombre. Y os digo que el Arcipreste no actuará con menos astucia que vos.

Oliver frunció el entrecejo y por un momento bebió sumido en un lúgubre silencio. De pronto pareció recordar la presencia del cocinero y los muchachos cargados con la fuente, todos en silencio, y les indicó que se retiraran. Cuando salían, advirtió al cocinero:

—¡Cuida bien de ese centro de mesa! No quiero que sufra daño alguno antes de que lo vean los invitados. —En cuanto volvieron a quedarse solos, miró a Johnston y señaló los tapices—. Como tampoco quiero que resulte dañado este castillo.

—Mi señor —dijo Johnston—, no necesitáis defender este castillo cuando tenéis otro mucho mejor.

—¿Cómo? ¿Os referís a La Roque? Pero La Roque tiene un punto débil. Hay un pasadizo que no consigo localizar.

—¿Y cómo estáis tan seguro de que ese pasadizo existe?

—Debe de existir —respondió Oliver—, porque el arquitecto de La Roque fue el viejo Laon. ¿Habéis oído hablar de Laon? ¿No? Fue el predecesor del actual abad en el monasterio. Ese obispo era un viejo zorro, y siempre que se solicitaba su colaboración en la reforma de un pueblo, un castillo o una iglesia, dejaba algún secreto que solo él conocía. Todos los castillos tenían un pasadizo secreto o un punto débil desconocido que Laon podía vender a un atacante si le convenía. El viejo Laon sabía velar por los intereses de la Madre Iglesia... y más aún por los suyos propios.

—Y sin embargo —insistió Johnston— si nadie sabe dónde se encuentra ese pasadizo, bien podría ser que no existiera. No obstante, deben considerarse también otros factores, mi señor. ¿Cuáles son vuestros efectivos aquí en este momento?

—Doscientos veinte mesnaderos, doscientos cincuenta arqueros y doscientos lanceros.

—Las huestes de Arnaut doblan en número a las vuestras —afirmó Johnston—, como mínimo.

—¿Eso creéis?

—Ciertamente no es más que un vulgar ladrón, pero ahora es un ladrón de renombre, por marchar sobre Aviñón, obligar al Pontífice a comer en compañía de sus hombres, y exigirle luego el pago de diez mil libras a cambio de dejar intacta la ciudad.

—¿Es eso verdad? —dijo lord Oliver con visible preocupación—. No me ha llegado noticia. Sí sé que corren rumores de que Arnaut *planea* marchar pronto sobre Aviñón, quizá el próximo mes. Y todos dan por supuesto que amenazará al Papa. Pero

aún no lo ha hecho. —Arrugó la frente—. ¿O sí?

—Decís verdad, mi señor —se apresuró a rectificar Johnston—. Me refiero a que la osadía de sus planes anunciados atrae diariamente nuevos soldados a su lado. A estas alturas, cuenta ya con unas huestes de mil hombres, quizá dos mil.

Oliver soltó un resoplido de desdén.

—No me da miedo.

—No dudo de vuestro valor —dijo Johnston—, pero este castillo tiene un foso poco profundo, un único puente levadizo, un único arco de entrada y un único rastrillo. En el flanco oriental, vuestras defensas son de baja altura. Aquí el reducido espacio solo os permite almacenar víveres y agua para unos cuantos días. Vuestra guarnición está prácticamente hacinada en los pequeños patios y tiene poca capacidad de maniobra.

—Sabed que mi tesoro se encuentra aquí, y no pienso abandonarlo —repuso Oliver.

—Y mi consejo es que reunáis todo lo que os sea posible y os marchéis. La Roque se halla construida sobre un peñasco, con escarpadas paredes de roca a dos lados; y en el tercero cuenta con dos puertas de entrada, dos rastrillos, dos puentes levadizos. Aun si los invasores logran traspasar la puerta exterior...

—¡Conozco de sobra las virtudes de La Roque!

Johnston guardó silencio.

—¡Y no deseo oír vuestras deplorables instrucciones!

—Como os plazca, lord Oliver —dijo Johnston. Al cabo de un instante, añadió—: Es una lástima.

—¿Una lástima? ¿Qué es una lástima?

—Mi señor, difícilmente podré aconsejaros si me ocultáis información.

—¿Ocultaros información? Yo no os oculto nada, maestro. Hablo con total claridad, sin tapujo alguno.

—¿Cuántos hombres tenéis acantonados en La Roque? —preguntó Johnston.

Oliver se movió con visible malestar.

—Trescientos.

—Así pues, vuestro tesoro está ya en La Roque.

Lord Oliver lo miró en silencio con los ojos entornados. Se volvió, se paseó alrededor de Johnston y lo miró de nuevo.

—Intentáis despertar mis temores para inducirme a ir a La Roque —afirmó por fin con tono acusador.

—No es así.

—Queréis que me traslade a La Roque porque sabéis que la fortaleza tiene un punto débil. Sois un enviado de Arnaut y estáis preparándole el terreno.

—Mi señor —respondió Johnston—, si La Roque es inferior, como decís, ¿por qué guardáis allí vuestro tesoro?

Oliver resopló, de nuevo disgustado.

—Manejáis con habilidad las palabras.

—Mi señor, vuestros propios actos os revelan cuál de los dos castillos es superior.

—Muy bien, maestro. Pero si voy a La Roque, vendréis conmigo. Y si otro descubre la entrada secreta antes de que vos me la mostréis, me aseguraré personalmente de que la muerte de Eduardo parezca una gentileza en comparación con la vuestra.

—Comprendo el sentido de vuestra advertencia —dijo Johnston.

—¿Ah, sí? Pues tomadla muy en serio.

Chris Hughes miró por la ventana.

A unos veinte metros bajo él, vio el patio en penumbra. Hombres y mujeres ataviados con sus mejores galas avanzaban lentamente hacia las ventanas iluminadas del gran salón. Oyó el tenue sonido de la música. Aquella festiva escena acentuó aún más su sensación de malestar y aislamiento. Iban a morir los tres, y nada podía hacerse para evitarlo.

Estaban encerrados en una pequeña cámara de la torre del homenaje, desde donde se dominaban las murallas del castillo y el pueblo. Era una habitación de mujer, con una rueca y un altar a un lado, vanos signos de devoción eclipsados por la enorme cama con taracea de piel y una suntuosa colcha roja situada en el centro. La puerta era de madera de roble maciza, provista de una cerradura nueva. El propio sir Guy había echado la llave después de apostar un guardia dentro de la cámara, sentado junto a la puerta, y otros dos fuera.

Esta vez no querían correr riesgos.

Marek estaba sentado en la cama, con la mirada perdida, absorto en sus pensamientos. O quizá escuchaba algo con atención, ya que tenía una mano abocinada en torno al oído. Entretanto, Kate se paseaba inquieta de ventana en ventana, observando las vistas desde cada una de ellas. En la ventana opuesta, se inclinó para asomarse y miró abajo; luego se acercó a la ventana junto a la que se hallaba Chris y se asomó también.

—La vista es la misma desde aquí —comentó Chris. Las idas y venidas de Kate lo irritaban.

Advirtió entonces que Kate alargaba el brazo para palpar los mampuestos y la argamasa del paramento exterior del muro.

Chris le dirigió una mirada interrogativa.

—Quizá —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Quizá.

Chris extendió la mano y tocó el muro. La mampostería era casi lisa, la pared curva y aplomada. Caía verticalmente hasta el patio.

—¿Bromeas? —preguntó Chris.

—No —respondió ella—. No bromeo.

Chris miró de nuevo afuera. En el patio había otra mucha gente además de los

cortesanos. Un grupo de escuderos charlaba y reía mientras limpiaba las armaduras y almohazaba los caballos de los caballeros. A la derecha, varios soldados hacían la ronda a lo largo de la muralla. Cualquiera de ellos podía volverse y descubrirla si percibían algún movimiento.

—Te verán —advirtió Chris.

—Desde esta ventana, sí; pero no desde la otra. Nuestro único problema es ése. —Señaló con la cabeza en dirección al guardia de la puerta—. ¿Puedes hacer algo al respecto?

—Yo me ocuparé —dijo Marek desde la cama.

—¿A qué viene esto? —prorrumpió Chris a gritos, indignado—. ¿No me crees capaz de hacerlo yo mismo?

—No, la verdad —contestó Marek.

—Maldita sea, estoy harto de cómo me tratas —protestó Chris. Hecho una furia, miró alrededor en busca de algún objeto contundente. Cogiendo un pequeño taburete colocado ante la rueda, se aproximó a Marek.

Al verlo, el guardia se levantó y se dirigió rápidamente hacia él, diciendo:

—*Non, non, non.*

No vio siquiera que Marek lo golpeaba desde atrás con un candelabro metálico. El guardia se desplomó, y Marek lo sujetó antes de caer y lo dejó con sigilo en el suelo. La sangre manaba a borbotones de la cabeza del guardia y empapaba la alfombra oriental.

—¿Está muerto? —preguntó Chris, mirando con asombro a Marek.

—¿Qué más da? —respondió Marek—. Tú sigue hablando para que nos oigan los de afuera.

Se volvieron hacia Kate, pero ella había salido ya por la ventana.

No es más que una escalada libre en solitario, se dijo Kate, aferrada al muro de la torre a veinte metros de altura.

El viento le agitaba la ropa. Se sujetaba a las pequeñas prominencias de argamasa con las yemas de los dedos. A veces la argamasa se desmenuzaba y tenía que buscar precipitadamente un nuevo punto de sujeción. Pero aquí y allá encontraba grietas en la argamasa que le permitían introducir las puntas de los dedos.

Había escalado paredes más impracticables que aquélla. Muchos edificios de Yale ofrecían mayores dificultades, aunque allí siempre tenía talco para las manos, calzado adecuado y amarre de seguridad. En ese momento, por el contrario, la seguridad era nula.

Es poca distancia, pensó.

Había salido por la ventana del lado oeste, porque estaba a espaldas del guardia, porque daba al pueblo y por tanto había menos probabilidades de que la vieran desde el patio, y porque era la que tenía más cerca la siguiente ventana, situada al final del

pasillo que circundaba la cámara.

Es poca distancia, se repitió. Tres metros como mucho. Despacio. No hay prisa. Una mano, luego apoyo para el pie, otra mano...

Ya casi he llegado, pensó.

Casi.

Por fin tocó el alféizar de la ventana. Bien agarrada con una mano, se elevó y miró hacia el pasillo con cautela.

Los guardias no estaban.

En el pasillo no había nadie.

Usando las dos manos, se encaramó al alféizar y entró. En el pasillo, se acercó a la puerta cerrada. Susurrando, dijo:

—Lo he conseguido.

—¿No hay guardias? —preguntó Marek, sorprendido.

—No. Pero tampoco está la llave.

Kate inspeccionó la puerta, gruesa y maciza.

—¿Y los goznes? —sugirió Marek.

—Sí, son exteriores. —Eran de hierro forjado. Supo de inmediato en qué estaba pensando Marek—. Veo los pasadores. —Si lograba desprender los pasadores de los goznes, sería fácil desquiciar la puerta—. Pero necesito un martillo o algo. Aquí no hay nada que me sirva.

—Búscalos —musitó Marek.

Kate echó a correr hacia la escalera.

—De Kere —dijo lord Oliver cuando el caballero de la cicatriz entró en el gran salón—. El maestro aconseja que nos traslademos a La Roque.

De Kere asintió con expresión pensativa.

—Correríamos un grave riesgo, mi señor.

—¿Y cuál es el riesgo de quedarnos aquí? —preguntó Oliver.

—Si el consejo del maestro es bueno y válido, sin segundas intenciones, ¿por qué sus ayudantes han ocultado su identidad al presentarse en esta corte? Ese encubrimiento delata poca rectitud, mi señor. Os recomendaría que exigierais explicaciones por esa conducta antes de depositar vuestra confianza en este nuevo maestro y sus consejos.

—Oigamos, pues, esas explicaciones —declaró Oliver—. Traed ahora mismo a los ayudantes, y los interrogaremos acerca de lo que os interesa saber.

—Mi señor —dijo De Kere, y con una reverencia, abandonó el salón.

Kate bajó por la escalera, salió de la torre y se confundió entre la multitud del patio. Suponía que podía valerle un juego de herramientas de carpintero, un martillo de

herrero, o quizá incluso alguno de los utensilios que empleaban los herradores. A la izquierda, vio a los mozos de cuadra y los caballos y se encaminó hacia allí. En medio de aquel alegre bullicio, nadie se fijaba en ella. Se aproximó sin percance alguno a la muralla oriental, y pensaba ya en cómo distraer a los mozos de cuadra cuando advirtió que frente a ella se había detenido un caballero y la observaba.

Era Robert de Kere.

Sus miradas se cruzaron por un instante, y acto seguido Kate se dio media vuelta y rompió a correr. A sus espaldas, oyó pedir ayuda a De Kere y responder a gritos a los soldados que se hallaban alrededor. Se abrió paso a empujones entre la muchedumbre, que de pronto se había convertido en un obstáculo. Numerosas manos se extendían hacia ella y le tiraban de la ropa. Fue como una pesadilla. Para huir de la multitud, cruzó la puerta más cercana y la cerró.

Descubrió que estaba en la cocina.

Allí el calor era sofocante y había aún más gente que en el patio. En el enorme hogar pendían sobre el fuego varios calderos de hierro de gran tamaño. Una docena de capones giraba en una hilera de asadores, cuya manivela manejaba un niño. Kate se detuvo, indecisa, y entonces apareció De Kere en la puerta y, gruñendo, blandió su espada.

Kate se agachó y escapó entre las mesas cubiertas de comida a medio preparar. De Kere golpeó con la espada, y varias fuentes volaron por el aire. Gateando, Kate se escabulló por debajo de las mesas. Los cocineros prorrumpieron en alaridos de inquietud. Kate vio una descomunal maqueta del castillo, confeccionada con alguna clase de masa de repostería, y se dirigió hacia allí. De Kere le pisaba los talones.

—¡*Non*, sir Robert, *non*! —gritaban a coro los cocineros desde todas direcciones, y algunos de ellos, alarmados, corrieron hacia él para detenerlo.

De Kere descargó otro golpe. Kate lo esquivó, y la espada desmochó las almenas del castillo, levantando una nube de polvo blanco. Al verlo, los cocineros lanzaron un aullido colectivo de consternación y se abalanzaron sobre De Kere desde los cuatro costados, advirtiéndole a gritos que aquella pieza era la preferida de lord Oliver, que él mismo había dado ya su aprobación, y que no debía causar mayores daños. Robert de Kere rodó por el suelo, maldiciendo y tratando de sacudírselos de encima.

Aprovechando el tumulto, Kate salió nuevamente de la cocina a la luz de la tarde.

A la derecha vio la pared curva de la capilla, donde se llevaban a cabo obras de reforma. Había una escalera de mano apoyada contra la pared y un precario andamio en el tejado, donde en ese momento trabajaban unos techadores.

Kate deseaba a toda costa alejarse de la muchedumbre y los soldados. Sabía que en el lado opuesto de la capilla un estrecho pasaje conducía hasta la torre del homenaje. Si llegaba hasta allí, como mínimo eludiría a la multitud. Cuando corría hacia el pasaje, oyó a De Kere detrás de ella, dando instrucciones a los soldados. Por

lo visto, había salido ya de la cocina. Apretó la marcha para cobrar ventaja. Al doblar la esquina de la capilla, miró atrás y vio a varios soldados rodear la capilla en dirección contraria con la intención de cortar el paso en el otro extremo del pasaje.

Sir Robert bramó más órdenes a los soldados al llegar a la entrada del pasaje... y de repente se detuvo. Los soldados pararon en seco junto a él, cruzando murmullos de desconcierto.

Contemplaron boquiabiertos el pasaje de metro y medio de anchura entre la capilla y el castillo. Estaba desierto. En el extremo opuesto, frente a ellos, apareció otro grupo de soldados.

La mujer había desaparecido.

Kate se aferraba al muro exterior de la capilla a tres metros del suelo, oculta por el reborde ornamental de la ventana de la capilla y por el tupido follaje de la hiedra adherida a la piedra. Aun así, la habrían visto fácilmente si se hubieran aproximado y alzado la vista. Pero el pasaje estaba oscuro, y nadie entró. Kate oyó exclamar a De Kere:

—¡Id a por los otros ayudantes y ejecutadlos inmediatamente!

Los soldados vacilaron.

—Pero, sir Robert, sirven al maestro consejero de lord Oliver...

—Y el propio lord Oliver lo manda. ¡Matadlos!

Los soldados corrieron hacia la torre del homenaje.

De Kere profirió un juramento. Hablaba con el único soldado que permanecía junto a él, pero en voz tan baja que Kate no comprendía sus palabras, distorsionadas por la continua crepitación del auricular. En realidad, le sorprendía oírlos incluso tan débilmente. ¿Cómo era posible? Daba la impresión de que sir Robert estuviera demasiado lejos para oír sus susurros. Y sin embargo, aunque ininteligible, le llegaban con relativa claridad. Quizá la acústica del pasaje...

Mirando abajo, Kate vio que algunos soldados seguían allí, al parecer deambulando sin propósito. Eso significaba que no podía descender. Decidió trepar hasta el tejado y aguardar allí a que se calmara la situación. El sol bañaba aún el tejado de la capilla. Era un tejado simple a dos aguas, con pequeñas aberturas entre las tejas en los puntos que habían empezado a repararse. La vertiente era empinada. Kate se acurrucó sobre el canalón y dijo:

—André.

El auricular crepitó. Creyó oír la voz de Marek, pero el ruido de estática era intenso.

—André, van hacia allí para mataros.

No recibió respuesta, solo una ráfaga de estática.

—¿André?

Nada.

Quizá los muros de alrededor causaban interferencias en la transmisión; probablemente la comunicación mejoraría en el vértice del tejado. Comenzó a ascender por la pronunciada pendiente, sorteando las zonas en reparación. En cada una de éstas, el techador había instalado una pequeña plataforma donde dejar la artesa de argamasa y una pila de tejas. Kate oyó unos trinos cercanos y se detuvo. Echó un vistazo a través de una de las aberturas del tejado y vio que en efecto un agujero trasapasa totalmente la cubierta de la capilla y...

Un crujido le hizo levantar la mirada. Un soldado asomó sobre el vértice del tejado y se quedó inmóvil, observándola.

Enseguida apareció un segundo soldado.

Así pues, a eso se debían los susurros de sir Robert de Kere: en realidad sí la había visto encaramada a la pared y había ordenado a sus hombres subir al tejado por la escalera de mano apoyada en el lado opuesto.

Kate miró abajo y vio más soldados en el pasaje, ahora con la vista fija en lo alto de la capilla.

El primer soldado se colocó a horcajadas sobre el caballete del tejado y empezó a descender por la vertiente hacia ella.

Kate tenía una única escapatoria. El orificio abierto por el techador era un cuadrado de unos treinta centímetros de lado. A través de él, veía la armadura de vigas del tejado y, unos tres metros más abajo, los arcos de piedra del techo de la capilla. Justo encima de los arcos había una especie de pasarela de madera.

Kate penetró por el orificio y se descolgó sobre el techo. Percibió el olor acre del polvo y los excrementos de los pájaros. Había nidos por todas partes, a lo largo de las vigas y en los rincones. Se agachó cuando varios gorriones, gorjeando, pasaron cerca de su cabeza. Y de pronto se vio envuelta por un remolino de pájaros estridentes y plumas sueltas. Anidaban allí centenares de pájaros, advirtió Kate, y los había alterado con su llegada. Por un momento tuvo que permanecer inmóvil, protegiéndose el rostro con los brazos. El ruido disminuyó.

Cuando Kate miró de nuevo alrededor, solo unos cuantos pájaros volaban entre las vigas, Y los dos soldados se introducían por los orificios del tejado.

Sin pérdida de tiempo, se encaminó por la pasarela hacia una puerta lejana. Cuando se aproximaba, la puerta se abrió y entró un tercer soldado.

Tres contra una.

Kate retrocedió por la pasarela tendida sobre las bóvedas del techo. Pero los otros dos soldados avanzaban ya hacia ella, empuñando sus dagas. Kate no se hizo ilusiones en cuanto a sus propósitos.

Retrocedió.

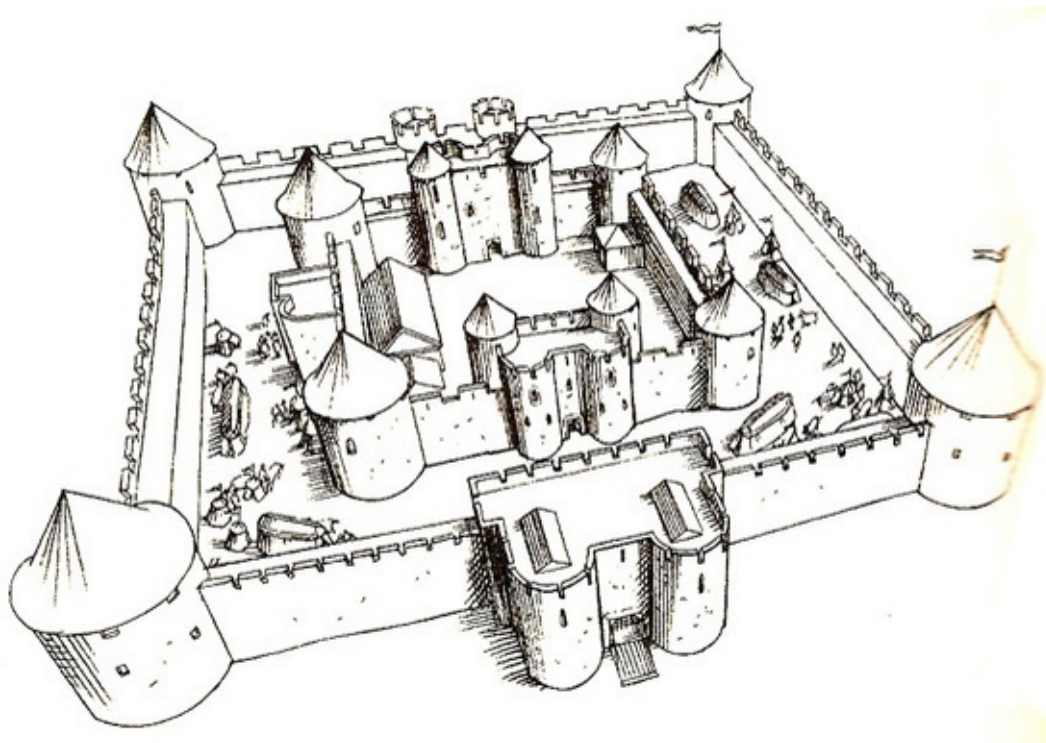
Recordó que había estado suspendida bajo aquel mismo techo, examinando las numerosas reparaciones realizadas a lo largo de los siglos. Ahora se hallaba de pie sobre esa estructura. La pasarela era una prueba inequívoca de la debilidad de los arcos. Pero ¿serían demasiado endebles incluso para soportar su peso? Los soldados

continuaban acercándose.

Kate apoyó el pie con cuidado en una de las bóvedas, tanteando. Luego descargó todo su peso.

La bóveda aguantó.

Los soldados iban en su busca, pero se movían despacio. De repente los pájaros se excitaron otra vez y, trinando ruidosamente, alzaron el vuelo y formaron una densa nube alrededor. Los soldados se cubrieron el rostro. Los gorriones volaban tan cerca que Kate notaba su aleteo en la cara. Volvió a retroceder, pisando la gruesa capa de excrementos acumulados.



Se encontraba ahora sobre una serie de bóvedas y concavidades con nervios de piedra más gruesos en el centro, donde confluían los arcos. Se dirigió hacia los nervios, porque sabía que poseían mayor resistencia estructural. Andando sobre ellos, se encaminó hacia el extremo opuesto de la capilla, donde veía una pequeña puerta. Probablemente daba al interior del templo, quizá a una escalera que descendía por detrás de un altar.

Para cortarle el paso, uno de los soldados, cuchillo en mano, corrió por la pasarela y se situó sobre el lomo de un arco.

Agachándose, Kate hizo amago de sortearlo, pero el soldado permaneció inmóvil. Un segundo soldado se colocó junto a él. El tercer soldado estaba detrás de Kate, también sobre las bóvedas.

Kate se desvió a la derecha, pero los dos hombres se dirigieron hacia ella. El tercero estrechaba el cerco por detrás.

Los dos hombres se hallaban solo a unos metros de ella cuando oyó un sonoro crujido, como el estampido de un arma de fuego. Bajó la mirada y vio abrirse una

grieta zigzagueante en la argamasa que unía las piedras. Los soldados recularon apresuradamente, pero la grieta se ensanchaba por momentos, bifurcándose como las ramas de un árbol. Los soldados contemplaron horrorizados cómo se propagaban las grietas bajo sus pies. Finalmente, el techo cedió bajo ellos, y se precipitaron al vacío con gritos de terror.

Kate se volvió hacia el tercer soldado, que en su desesperada carrera para alcanzar la pasarela tropezó y cayó, provocando otro penetrante crujido en el techo. Kate vio el pánico en su rostro mientras las piedras se desprendían una tras otra bajo su cuerpo. Al cabo de unos segundos, el soldado desapareció, y un largo alarido de pavor cortó el aire.

Y Kate advirtió que se había quedado sola.

Estaba de pie sobre el techo, en medio de los chillidos de los pájaros. Demasiado asustada para moverse, siguió allí, intentando respirar acompasadamente. Pero estaba ilesa.

Estaba ilesa.

El peligro había pasado.

Oyó un crujido.

Luego silencio. Esperó.

Otro crujido. Y éste se produjo justo debajo de sus pies. Las piedras se movían. Bajando la vista, advirtió que la argamasa se agrietaba en distintas direcciones. Al instante, Kate saltó a su izquierda, buscando la mayor seguridad de uno de los nervios, pero ya era tarde.

Una piedra se desplomó, y a Kate se le hundió un pie en el agujero. Con las piernas suspendidas en el aire, se dobló por la cintura y extendió los brazos, repartiendo el peso del cuerpo sobre el techo. Permaneció unos segundos en aquella posición, jadeando. Le dije al profesor que la construcción era deficiente, pensó.

Aguardó, pensando en la manera de salir de aquel agujero. Trató de reptar, retorciendo la mitad superior del cuerpo.

Otro crujido.

Enfrente de Kate se abrió una brecha y se desprendieron algunas piedras. Y de inmediato notó que varias más cedían bajo ella. En un instante de horrenda certidumbre supo que también ella caería.

En la suntuosa cámara roja de la torre del homenaje, Chris no estaba muy seguro de lo que había oído por el auricular. Parecía que Kate había dicho: «Van hacia allí para mataros». Y luego algo más que no llegó a comprender, seguido de un ruido continuo de interferencia estática.

Marek había abierto el baúl situado junto al pequeño altar, y en ese momento revolvía apresuradamente el contenido.

—¡Ven a ayudarme!

—¿Qué? —preguntó Chris.

—Oliver tiene alojada a su querida en esta habitación —explicó Marek—. Así que muy probablemente guarda aquí un arma.

Chris se acercó a un segundo baúl, colocado al pie de la cama, y lo abrió. Parecía lleno de ropa blanca, vestidos y prendas de seda. Mientras lo registraba, fue lanzando ropa al aire, que quedó esparcida por el suelo.

No encontró arma alguna.

Nada.

Miró a Marek, que, de pie en medio de un montón de vestidos, movía la cabeza en un gesto de negación.

No había armas.

Chris oyó aproximarse por el pasillo las rápidas pisadas de los soldados, e instantes después, al otro lado de la puerta, el silbido metálico de las espadas al salir de las vainas.

—Puedo ofrecerle una Coca-Cola, una Coca-Cola *light*, una Fanta o un Sprite —dijo Gordon. Se hallaban ante una máquina expendedora en un pasillo de los laboratorios de la ITC.

—Tomaré una Coca-Cola —respondió Stern.

La lata cayó ruidosamente en la bandeja inferior de la máquina. Stern la cogió y tiró de la arandela. Gordon eligió un Sprite.

—En el desierto, es importante mantenerse hidratado —comentó Gordon—. Tenemos humidificadores en el edificio, pero son de una eficacia relativa.

Continuaron por el pasillo hasta la siguiente puerta.

—He pensado que quizá le gustaría ver esto —dijo Gordon, haciendo pasar a Stern a otro laboratorio—, aunque sea solo por una cuestión de interés histórico. En este laboratorio demostramos por primera vez nuestra tecnología. —Encendió las luces.

Era una sala amplia y descuidada. El suelo estaba revestido de baldosas grises antiestáticas, y el techo carecía de cielo raso, quedando a la vista el sistema de iluminación y los soportes metálicos de los gruesos cables, que descendían hasta los ordenadores de las mesas como cordones umbilicales. En una mesa había dos artefactos de unos treinta centímetros de altura cada uno y aspecto de jaulas. Estaban a algo más de un metro de distancia y conectados mediante un cable.

—Le presento a Alice y a Bob —dijo Gordon con orgullo, señalando primero una jaula y luego la otra.

Stern conocía la establecida convención de denominar «Alice» y «Bob» —o «A» y «B»— a los dispositivos de transmisión cuántica. Observó las pequeñas jaulas. Una contenía una muñeca de plástico con un vestido de algodón a cuadros como los que usaban las mujeres de los antiguos colonos.

—Aquí tuvo lugar la primera transmisión —explicó Gordon—. Conseguimos transportar esa muñeca de una a otra jaula. De eso hace cuatro años.

Stern cogió la muñeca. No era más que una figurilla barata. Stern vio las juntas del plástico a los lados de la cara y el cuerpo. Al inclinarla hacia atrás, cerraba los ojos.

—Como ve —prosiguió Gordon—, nuestra intención inicial era perfeccionar la transmisión de objetos tridimensionales, es decir, el fax tridimensional. Posiblemente ya sabe que de un tiempo a esta parte se han concentrado en eso muchos esfuerzos.

Stern movió la cabeza en un gesto de asentimiento; tenía noticia de que existían investigaciones en ese campo.

—Stanford desarrolló el primer proyecto —continuó Gordon—. Y en Silicon

Valley se trabajó mucho en ello. La idea era que en los últimos veinte años toda la transmisión de documentos ha pasado a ser electrónica, ya sea por fax, o por correo electrónico. Ya no es necesario enviar papel; se envían solo señales electrónicas. Mucha gente llegó a la conclusión de que tarde o temprano todos los objetos se enviarían del mismo modo. Por ejemplo, ya no sería necesario recurrir al transporte convencional para enviar muebles; bastaría con transmitirlos entre estaciones. Esa clase de cosas.

—Si pudiera hacerse —dijo Stern.

—Sí. Y nosotros pudimos, siempre y cuando nos limitáramos a objetos sencillos. Esos primeros logros fueron muy alentadores. Pero, claro está, no era suficiente transmitir entre dos estaciones conectadas por cables. Necesitábamos transmitir a distancia, a través de las ondas, por así decirlo. Así que lo intentamos. Y ahí tiene el resultado. —Cruzó la sala y se acercó a otras dos jaulas, algo mayores y más elaboradas. Empezaban a parecerse a las máquinas que Stern había visto en la plataforma de tránsito. Entre estas jaulas no había cables de conexión—. Alice y Bob, segunda parte. O Allie y Bobbie, como nosotros las llamamos. Éste fue nuestro banco de pruebas para transmisión remota.

—¿Y?

—No funcionó —contestó Gordon—. Transmitimos desde Allie, pero no recibimos en Bob. Nunca.

Stern asintió lentamente con la cabeza.

—Porque el objeto enviado desde Allie iba a otro universo.

—Sí. Naturalmente, no nos dimos cuenta de eso de manera inmediata —admitió Gordon—. Es decir, ésa era la explicación teórica, pero ¿quién podía sospechar que ocurría realmente? Tardamos mucho en encontrar la solución. Por fin, construimos una máquina con sistema de retorno, que saliera de aquí y volviera automáticamente. El equipo la llamó «Allie, Allie, correveivuelve». La tenemos aquí.

Otra jaula, algo mayor, quizá de un metro de altura, claramente afín a las que usaban actualmente: las mismas tres barras, la misma disposición de los láseres.

—¿Y? —preguntó Stern.

—Constatamos que el objeto iba y volvía —respondió Gordon—. Así que enviamos objetos más complejos. Pronto conseguimos enviar una cámara fotográfica, provista de un temporizador, y recibimos una foto.

—¿Sí?

—Era una foto del desierto. Exactamente de este lugar, pero en una época anterior a la construcción de los edificios.

Stern movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿Y pudieron determinar la fecha?

—Al principio no —contestó Gordon—. Seguimos enviando la cámara, pero siempre volvía con una foto del desierto. Unas veces llovía, otras nevaba, pero siempre era el desierto. Obviamente llegábamos a tiempos distintos, pero ¿a qué

tiempos? Datar la imagen no fue nada sencillo. ¿Cómo podía usarse una cámara para datar una imagen de un paisaje como éste?

Stern arrugó la frente. Comprendía el problema. En su mayor parte, las fotografías antiguas se databan tomando como referencia los artefactos humanos presentes en la imagen —un edificio, un automóvil, unas ruinas, o la ropa—, pero un desierto despoblado en Nuevo México no cambiaba de aspecto en miles o incluso cientos de miles de años.

Gordon sonrió.

—Colocamos la cámara enfocada hacia arriba, utilizamos un objetivo de ojo de pez, y fotografiamos el cielo.

—Ah.

—Ese método no siempre sirve, claro está. Tiene que ser de noche y con el cielo despejado. Pero si la imagen muestra un número de planetas suficiente, es posible identificar el cielo con gran precisión, averiguando el año, el día y la hora. Y así empezamos a desarrollar nuestra tecnología de navegación.

—Y entonces el proyecto cambió...

—Sí. Sabíamos ante qué nos encontrábamos, por supuesto. Ya no realizábamos transmisión de objetos, y ni siquiera tenía sentido intentarlo. Se trataba de transporte de objetos entre universos.

—¿Y cuándo empezaron a enviar personas?

—Aún tardamos un tiempo.

Gordon lo llevó a otra parte del laboratorio, tras una mampara con equipo electrónico adosado. Allí Stern vio enormes bolsas de agua suspendidas del techo, como colchones de agua en posición vertical. Y en el centro una jaula del mismo tamaño que las que había en la sala de tránsito, no tan depurada pero basada sin duda en la misma tecnología.

—Ésta fue nuestra primera auténtica máquina —anunció Gordon con orgullo.

—Un momento —dijo Stern—. ¿Funciona?

—Sí, claro.

—¿Está operativa en este momento?

—No se usa desde hace un tiempo, pero imagino que sí —respondió Gordon—. ¿Por qué?

—Porque si yo quisiera viajar al pasado para ayudarlos, podría hacerlo con esta máquina, ¿no es así?

—Sí —contestó Gordon, asintiendo lentamente con la cabeza—. Podría viajar al pasado con esta máquina, pero...

—Oiga, creo que mis compañeros están en apuros... o algo peor.

—Sí, probablemente.

—Y está diciéndome que disponemos de una máquina operativa —continuó Stern—, utilizable ahora mismo.

Gordon dejó escapar un suspiro.

—Por desgracia, no es tan sencillo, David.

Kate tuvo la sensación de que caía a cámara lenta cuando el techo cedió bajo su cuerpo. Ya en el aire, cerró los dedos en torno al irregular borde de argamasa y, gracias a sus largos años de práctica, consiguió sostenerse, y los restos de argamasa aguantaron su peso. Quedó colgada de una mano, contemplando la nube de polvo que se levantaba al estrellarse las piedras contra el suelo. No vio qué había sido de los soldados.

Alzó la otra mano y se agarró al borde. Sabía que las piedras cercanas se desprenderían también en cualquier momento. El techo entero estaba desmoronándose. Estructuralmente, la resistencia era mayor cerca de la arista reforzada, la línea formada por la intersección de las bóvedas. Allí, y en la franja próxima a la pared aplomada de la capilla.

Decidió intentar llegar a la pared.

La piedra cedió, y Kate quedó suspendida de la mano izquierda. Empezó a desplazarse hacia la pared, cruzando los brazos y buscando puntos de sujeción lo más separados posible para no concentrar el peso.

La piedra de su mano izquierda se soltó y se precipitó hacia el suelo. Una vez más Kate se balanceó en el aire hasta encontrar otro asidero. Estaba a menos de un metro de la pared y advertía ya el creciente grosor del techo a medida que se aproximaba al ángulo de unión. Allí la estructura parecía en efecto más firme.

Abajo, oyó las voces de varios soldados que entraban en la capilla. No tardarían en disparar sus arcos contra ella.

Kate se meció para tomar impulso y subir una pierna al techo. Cuanto mejor repartiera el peso, menor sería el riesgo de desprendimiento. Alzó la pierna, y el techo resistió. Contorsionando el torso, se encaramó al saliente. La primera flecha silbó junto a ella; de inmediato, otras dieron en la piedra, haciendo saltar esquirlas blancas. Kate estaba tendida boca abajo sobre el techo.

Pero no podía quedarse allí. Lentamente rodó hacia la arista. Con el movimiento, se precipitaron varias piedras más.

De pronto los soldados callaron. Quizá una piedra había alcanzado a alguno de ellos, pensó Kate. Pero no, al instante los oyó salir apresuradamente de la capilla. Fuera, se oían los gritos de la gente y los relinchos de los caballos.

¿Qué ocurría?

En la cámara de la torre del homenaje, Chris oyó el ruido de la llave en la cerradura. Antes de abrir, los soldados avisaron a través de la puerta al guardia apostado dentro.

Entretanto, Marek buscaba un arma desesperadamente. Estaba de rodillas, mirando debajo de la cama.

—¡Por fin! —exclamó.

Sin pérdida de tiempo, se levantó con una espada y una larga daga en las manos. Lanzó la daga a Chris.

En el pasillo, los soldados volvían a llamar al guardia. Marek se acercó a la puerta y, con una seña, indicó a Chris que se situara al otro lado.

Chris se colocó de espaldas a la pared junto a la puerta. Oyó fuera las voces de los hombres, muchas voces. El corazón se le aceleró. No salía aún de su asombro por el modo en que Marek había matado al guardia.

«Van hacia allí para mataros».

Con una sensación de irrealidad, reproducía una y otra vez en su mente las palabras de Kate. Le parecía inverosímil que un grupo de hombres armados fuera allí para matarlos.

Cómodamente sentado en la biblioteca, había leído crónicas de actos violentos del pasado, asesinatos y masacres. Había leído descripciones de calles resbaladizas a causa de la sangre derramada, soldados teñidos de rojo de la cabeza a los pies, mujeres y niños destripados pese a sus lastimeras súplicas. Pero por alguna razón Chris siempre había dado por supuesto que esos relatos exageraban. En la universidad se tendía a interpretar los documentos irónicamente, hablar de la ingenuidad de la narración, el contexto social, la justificación del poder... Esas poses teóricas convertían la historia en un ingenioso juego intelectual. Chris se desenvolvía bien en ese juego, pero a fuerza de jugarlo había perdido de vista, al parecer, una realidad más elemental: que los textos antiguos contaban sucesos horribles y episodios violentos que con mucha frecuencia eran ciertos. Había perdido de vista el hecho de que leía historia, no ficción.

Hasta ese momento, en el que la realidad reclamaba ineludiblemente su atención.

La llave giró en la cerradura.

Junto a la puerta, en el lado opuesto, Marek tenía el rostro contraído en un mudo gruñido, con los labios separados, enseñando los dientes. Parecía un animal, pensó Chris. Marek, con el cuerpo en tensión, empuñaba la espada, dispuesto a usarla. Dispuesto a matar.

La puerta se abrió bruscamente, tapándole a Chris la visión. Tuvo tiempo sin embargo de ver alzar la espada a Marek. Al instante se oyó un alarido, un chorro de sangre regó el suelo, y un cuerpo se desplomó.

La puerta se abrió de par en par, atrapando a Chris contra la pared. Al otro lado, un hombre chocó contra ella y ahogó un grito al tiempo que una espada astillaba la madera. Chris trató de salir de detrás de la puerta, pero otro cuerpo cayó ante él, impidiéndole el paso.

Pasó sobre el cuerpo, y de inmediato la puerta topó contra la pared, impulsada por un tercer soldado que, herido por la espada de Marek, saltó hacia atrás, se tambaleó y

cayó a los pies de Chris. El soldado tenía el torso empapado por la sangre que manaba de su pecho como el agua de un surtidor. Chris se agachó a coger la espada del soldado, todavía en su mano. Cuando tiró de ella, el hombre la agarró con fuerza y miró a Chris con una mueca de rabia. De pronto, el soldado se debilitó y soltó la espada, y Chris se precipitó hacia atrás y fue a dar de espaldas contra la pared.

Desde el suelo, el soldado mantuvo la mirada fija en Chris, con un visaje de ira, que al cabo de unos segundos se heló en su rostro.

Dios santo, está muerto, pensó Chris.

De repente, a su derecha, entró otro soldado en la cámara, luchando con Marek de espaldas a Chris. Sus espadas se encontraban en el aire con un ruido ensordecedor. Peleaban enconadamente. Pero el soldado no había advertido la presencia de Chris, y éste levantó la espada, que encontró pesada y difícil de manejar. Chris se preguntó si conseguiría blandirla, si realmente podría matar al hombre que se hallaba de espaldas ante él. Alzó la espada, ladeó el brazo como si se dispusiera a batear —«¡Batear!», pensó—, y estaba ya preparado para descargar el golpe cuando Marek le rebanó el brazo al soldado a ras del hombro.

El brazo amputado rodó por el suelo y se detuvo al topar contra la pared, bajo la ventana. El hombre quedó estupefacto durante el breve instante que Marek tardó en levantar de nuevo la espada y cortarle la cabeza de un tajo. La cabeza voló por los aires, se estrelló contra la puerta y cayó, boca abajo, sobre los zapatos de Chris.

De inmediato, Chris se apartó de un salto. La cabeza se dio la vuelta, y Chris vio parpadear los ojos y moverse la boca, como si formara palabras. Chris se apartó aún más.

Contempló el cuerpo desplomado en el suelo, sangrando aún a borbotones por el muñón del cuello. La sangre fluía por el suelo. Litros y litros..., o ésa era la impresión de Chris. Miró a Marek, ahora sentado en la cama, con la respiración entrecortada, el rostro y el jubón salpicados de sangre.

Marek alzó la vista.

—¿Estás bien? —preguntó.

Chris no pudo contestar.

Era incapaz de articular palabra.

Y en ese momento empezó a repicar la campana de la iglesia del pueblo.

Por la ventana, Chris vio llamas en dos de las casas de labranza situadas a la entrada del pueblo, dentro del recinto amurallado. Los hombres corrían por las calles hacia allí.

—Un incendio —dijo Chris.

—Lo dudo —respondió Marek, aún sentado en la cama.

—Sí, allí —insistió Chris—. Mira.

Jinetes al galope recorrían el pueblo. Vestían como mercaderes, pero montaban

como guerreros.

—Eso es un típico divertimento estratégico previo a un ataque —explicó Marek.

—¿Un ataque?

—El Arcipreste se dispone a atacar Castelgard.

—¿Tan pronto?

—Eso es solo una avanzadilla, quizá unos cien soldados. Intentarán crear confusión, alboroto. Probablemente el grueso de las tropas está aún al otro lado del río. Pero el ataque ha empezado.

Al parecer, otros eran de la misma opinión. En el patio, los cortesanos salían en tropel del gran salón camino del puente levadizo para abandonar el castillo. La fiesta había tenido un repentino final. Una columna de caballeros galopó hacia la salida, dispersando a los cortesanos, cruzó el puente levadizo y descendió por las calles del pueblo.

Kate, jadeando, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Chicos? En marcha. Tenemos que encontrar al profesor antes de que sea demasiado tarde.

En el gran salón cundió el caos. Los músicos huyeron; los invitados se precipitaron hacia las puertas; los perros empezaron a ladrar, y las fuentes de comida cayeron al suelo. Los caballeros, dando órdenes a sus escuderos, corrieron a prepararse para la batalla. Lord Oliver se apresuró a abandonar la mesa principal, agarró del brazo al profesor y dijo a sir Guy:

—Nos vamos a La Roque. Ocupaos de lady Claire. Y traed a los ayudantes del maestro.

En ese instante, Robert de Kere, sin aliento, irrumpió en el salón y anunció:

—Mi señor, los ayudantes han muerto. Los hemos matado cuando intentaban escapar.

—¿Escapar? ¿Intentaban escapar? ¿Aun poniendo así en peligro la vida de su mentor? Acompañadme, maestro —dijo lord Oliver con tono lúgubre, y llevó a Johnston a una puerta lateral que daba directamente al patio.

Kate descendió rápidamente por la escalera de caracol, seguida de cerca por Marek y Chris. En el primer piso, tuvo que detenerse al advertir que un grupo de gente bajaba por el siguiente tramo de la escalera. Asomándose, atisbó a varias damas y, delante de ellas, a un anciano envuelto en un manto rojo que caminaba con paso inseguro.

—¿Qué pasa? —preguntó Chris desde atrás.

Kate levantó la mano en un gesto de advertencia. Transcurrió al menos un minuto antes de que pudieran salir al patio.

Allí reinaba la mayor confusión. Caballeros montados azotaban con las fustas a la turba aterrorizada para abrirse paso. Kate oyó los chillidos de la muchedumbre, los relinchos de los caballos, los gritos de los soldados en el adarve.

—Por aquí —dijo Kate, y guio a Marek y Chris a lo largo de la muralla, luego en torno a la capilla y por último hasta el patio exterior, que estaba también atestado.

Vieron a Oliver a caballo, y con él al profesor y una escolta de caballeros. Oliver dio una orden, y todos avanzaron hacia el puente levadizo.

Kate se adelantó para seguir a Oliver y su séquito. Los perdió de vista por un momento y volvió a verlos justo al otro lado del puente, donde doblaron a la izquierda, en dirección contraria al pueblo. Unos guardias les abrieron una puerta en la muralla oriental, y Oliver y sus hombres la cruzaron bajo el sol vespertino. La puerta se cerró de inmediato en cuanto salieron.

Marek alcanzó a Kate en el puente.

—¿Por dónde se han ido? —preguntó.

Kate señaló hacia la puerta. Treinta caballeros la vigilaban y había otros muchos apostados en el adarve, justo encima.

—Por ahí es imposible salir —dijo Marek. Detrás de ellos, unos cuantos soldados se despojaron de sus mantos marrones, revelando los sobrevestes de colores verde y negro que llevaban debajo, y empuñaron sus espadas dispuestos a penetrar en el castillo. Las cadenas del puente levadizo comenzaron a chirriar—. Vamos.

Corrieron por el puente, oyendo los crujidos de la madera y notando que empezaba a levantarse. El puente se encontraba ya a un metro de altura cuando llegaron al extremo y saltaron a la explanada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Chris al levantarse. Llevaba aún la espada en la mano.

—Por aquí —dijo Marek, y echó a correr hacia el centro del pueblo.

Se encaminaron hacia la iglesia, evitando la estrecha calle principal, donde se había iniciado ya un encarnizado combate entre los soldados de Oliver, de marrón y gris, y los hombres de Arnaut, de verde y negro. Marek los condujo hacia la izquierda a través del mercado, ahora vacío, sin mercancías ni mercaderes. Tuvieron que apartarse apresuradamente para dejar paso a un destacamento de caballeros de Arnaut que galopaba hacia el castillo. Al pasar, uno de ellos gritó algo y trató de herir con la espada a Marek. Éste los observó alejarse y luego siguió adelante.

Chris buscó indicios de mujeres asesinadas y niños destripados, y al no encontrarlos, no supo si sentir decepción o alivio. De hecho, no vio mujeres ni niños por ninguna parte.

—Todos han escapado o se han escondido —dijo Marek—. Aquí hay guerra desde hace mucho tiempo, y la gente ya sabe cómo protegerse en estos casos.

—¿Y ahora por dónde? —preguntó Kate, que volvía a encabezar la marcha.

—A la izquierda, hacia la puerta principal.

Torcieron a la izquierda por una calle más estrecha, y de pronto oyeron voces a sus espaldas. Miraron atrás y vieron correr a unos soldados en dirección a ellos. Era imposible saber si los perseguían o simplemente iban por el mismo camino. Pero no tenía sentido quedarse a averiguarlo.

Marek apretó a correr, y Chris y Kate lo siguieron. Poco después Chris volvió la cabeza y, con una extraña sensación de orgullo, advirtió que los soldados se rezagaban.

Sin embargo, Marek prefirió no arriesgarse. De improviso, dobló por una calle adyacente en la que flotaba un olor intenso y desagradable. Los talleres estaban cerrados, pero entre ellos mediaban angostos callejones. Marek entró en uno de los callejones, que los condujo a un patio cercado en la parte posterior de un taller. En el patio había enormes cubas y, bajo un cobertizo, una hilera de colgadores de madera. Allí el hedor resultaba casi insoportable: una mezcla de heces y carne putrefacta.

Estaban en una tenería.

—Deprisa —apremió Marek.

Saltaron la cerca y, agachados, se ocultaron tras las pestilentes cubas.

—¡Uf! —protestó Kate, tapándose la nariz—. ¿Qué es ese olor?

—Maceran las pieles en gallinaza —susurró Chris—. El nitrógeno de los excrementos ablanda el cuero.

—Fantástico —dijo Kate.

—Y también en excrementos de perro.

—Fantástico —repitió Kate.

Mirando atrás, Chris vio más cubas y pieles tendidas a secar en los colgadores. Repartidos por el patio, había fétidos montones de una sustancia amarillenta y viscosa; era la grasa raspada de la cara interna de las pieles.

—Me escuecen los ojos —musitó Kate.

Chris señaló la costra blanca que recubría las cubas de alrededor. Aquéllas eran cubas de pelambre, una solución alcalina usada para eliminar el pelo y los restos de carne después del raspado. Y eran las acres emanaciones del pelambre la causa del escozor de ojos.

De pronto se oyeron en el callejón unos pasos rápidos y el traqueteo de las armaduras. A través de la cerca, Chris vio a Robert de Kere con siete soldados. Mientras avanzaban, los soldados escudriñaban en todas direcciones, buscándolos.

¿Por qué?, se preguntó Chris, asomándose por detrás de la cuba. ¿Por qué los perseguían con esa insistencia? ¿Por qué De Kere les otorgaba tanta importancia como para perseverar en su empeño de matarlos pese al ataque enemigo?

Por lo visto, el olor de la tenería no les resultaba más grato que a Chris, pues De Kere no tardó en ordenar a sus hombres que retrocedieran de regreso a la calle.

—¿A qué viene esto? —susurró Chris.

Marek movió la cabeza en un gesto de incompreensión.

Y de pronto los soldados, dando voces, volvieron a entrar precipitadamente en el callejón. Chris frunció el entrecejo. ¿Cómo podían haberlos oído? Miró a Marek, también preocupado. Fuera del patio, De Kere exclamó:

—*Ici! Ici!*

Quizá De Kere había dejado a un hombre rezagado. Sí, eso debía de ser, pensó Chris. Porque él no había levantado tanto la voz como para que lo oyeran desde la calle. Marek hizo ademán de salirles al paso, pero vaciló. De Kere y los suyos se encaramaban ya a la cerca: ocho hombres en total. Eran demasiados para enfrentarse contra ellos.

—André —dijo Chris, señalando la cuba—. Esto es una especie de lejía.

Marek sonrió.

—Pues vamos allá —respondió, y se apoyó contra la madera.

Empujando los tres a una con los hombros, lograron volcar la cuba. La espumosa solución alcalina se derramó ruidosamente y fluyó por la tierra hacia los soldados. El

olor era penetrante. Los soldados reconocieron de inmediato el líquido —al menor contacto, producía quemaduras en la piel— y recularon atropelladamente, subiendo de nuevo a la cerca para no tocar el suelo con los pies. Con el peso de todos ellos, la cerca se balanceó, y los hombres, vociferando, saltaron de nuevo al callejón.

—Ahora —dijo Marek.

Se adentraron en el patio de la tenería, treparon al cobertizo y huyeron por otro callejón.

Era ya media tarde y empezaba a oscurecer. Más adelante, vieron las casas de labranza en llamas, que proyectaban sombras trémulas sobre la tierra. Tras algún intento inicial, se había abandonado todo esfuerzo por sofocar los incendios; las techumbres ardían libremente, crepitando y despidiendo briznas incandescentes de paja.

Descendieron por un estrecho camino entre pocilgas. Los cerdos gruñían y chillaban, nerviosos por la proximidad del fuego.

Sorteando las casas incendiadas, Marek se dirigió hacia la puerta sur, por donde habían entrado. Pero incluso a lo lejos se veía que la puerta era escenario de una violenta refriega. Los caballos muertos obstruían el paso, y los soldados de Arnaut tenían que trepar sobre sus cuerpos para llegar a los defensores, que repelían denodadamente el ataque con hachas y espadas.

Marek se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Chris.

—No estoy seguro —respondió Marek, observando la muralla que rodeaba el pueblo. Por el adarve, corrían soldados hacia la puerta sur para unirse a la lucha—. Quiero subir a la muralla.

—¿Subir a la muralla?

—Por allí —dijo Marek, señalando un hueco oscuro en la muralla donde unos peldaños daban acceso al adarve.

Llegaron a la escalera y ascendieron hasta el adarve. Desde allí vieron que el fuego se propagaba por el pueblo, acercándose ya a la zona de talleres y tiendas. Pronto todo Castलगard estaría envuelto en llamas. Marek observó los campos que se extendían al otro lado de la muralla. Se hallaban a seis metros del suelo, y abajo crecían algunos arbustos dispersos de metro y medio de altura que quizá amortiguaran la caída. Pero oscurecía y la visibilidad era ya escasa.

—Mantén los miembros distendidos —aconsejó Marek a Chris—. Relaja el cuerpo.

—¿Que me relaje? —protestó Chris.

Pero Kate ya se había deslizado sobre el parapeto y colgaba de la muralla por el exterior. Se soltó y cayó de pie como los gatos. Alzó la vista y les hizo señas para que la siguieran.

—Está muy alto —dijo Chris—. No quiero romperme una pierna...

Oyeron voces a su derecha. Tres soldados corrían hacia ellos por el adarve con las espadas en alto.

—Entonces quédate —respondió Marek, y saltó.

Chris se lanzó detrás de él, cayó con un gruñido y rodó por tierra. Se puso en pie lentamente. No tenía nada roto.

Empezaba a sentirse aliviado y muy satisfecho de sí mismo cuando la primera flecha pasó zumbando junto a él y se clavó entre sus pies. Los soldados les disparaban desde el adarve. Marek lo agarró del brazo y, tirando de él, corrió hasta unos espesos matorrales a diez metros de distancia. Se echaron a tierra y esperaron.

Casi de inmediato rehilaron más flechas sobre sus cabezas, pero esta vez procedían del exterior del recinto amurallado. En la creciente oscuridad, Chris apenas distinguía a los soldados con sobrevestes de colores verde y negro apostados ladera abajo.

—¡Ésos son hombres de Arnaut! —dijo Chris—. ¿Por qué nos atacan?

Marek no contestó. Arrastrándose, comenzó a alejarse. Kate lo siguió. Una flecha silbó junto a Chris, pasando tan cerca del hombro que el asta le desgarró la tela del jubón. Notó una punzada de dolor.

Se echó cuerpo a tierra y fue tras ellos.

—Traigo buenas y malas noticias —anunció Diane Kramer al entrar en el despacho de Doniger poco antes de las nueve de la mañana.

Sentado ante el ordenador, Doniger tecleaba con una mano y sostenía una lata de Coca-Cola en la otra.

—Dame primero las malas.

—Los heridos fueron trasladados anoche al hospital universitario. Cuando llegaron, ¿adivina quién estaba de guardia? La misma médica que atendió a Traub en Gallup, una tal Tsosie.

—¿La misma médica trabaja en los dos hospitales?

—Sí. Está en plantilla en el hospital universitario, pero va dos días por semana a Gallup.

—¡Mierda! —exclamó Doniger—. ¿Y eso es legal?

—Claro. Pero el caso es que la doctora Tsosie examinó a nuestros técnicos con lupa. Incluso sometió a resonancias magnéticas a tres de ellos. Reservó el escáner expresamente en cuanto supo que se trataba de un accidente relacionado con la ITC.

—¿Resonancias magnéticas? —Doniger frunció el entrecejo—. Eso significa que debió de detectar anomalías en Traub.

—Sí —confirmó Kramer—. Porque, según parece, hicieron una resonancia magnética a Traub. Así que indudablemente buscaba algo. Defectos físicos. Tejidos desalineados.

—Mierda —repitió Doniger.

—Además, armó mucho revuelo con sus indagaciones, despertando suspicacias y paranoias por todo el hospital, y avisó a ese Wauneka, el policía de Gallup. Por lo visto, son amigos.

Doniger lanzó un gemido.

—Esto es lo último que necesitaba.

—¿Quieres oír ahora las buenas noticias? —preguntó Kramer.

—Escucho.

—Wauneka se pone en contacto con la policía de Albuquerque. El jefe de policía en persona se presenta en el hospital. Van también un par de periodistas. Todos impacientes por conocer la bomba informativa. Esperan contaminación radiactiva. Esperan un resplandor en la oscuridad. Y en lugar de eso se encuentran con una situación bochornosa. Todas las heridas son leves. Producidas en su mayoría por esquirlas de cristal. Incluso las heridas de metralla son superficiales, metal incrustado en la piel.

—El blindaje de agua debió de reducir la velocidad de los fragmentos —comentó

Doniger.

—Sí, eso mismo he pensado. Pero esa gente se lleva una gran decepción. Y luego el detalle final, las resonancias magnéticas, el golpe de gracia, un triple fracaso. Ninguno de nuestros empleados presenta errores de transcripción. Porque, claro está, son solo técnicos. El jefe de policía de Albuquerque se pone hecho una furia. El director del hospital se pone hecho una furia. Los periodistas se marchan a informar sobre un incendio en un bloque de apartamentos. Entretanto, un enfermo con cálculos renales está a punto de morir porque, como la doctora Tsose ha monopolizado el escáner, no pueden hacerle una resonancia magnética a tiempo. De pronto, la doctora ve peligrar su empleo. Wauneka cae en desgracia. Se ponen los dos a cubierto.

—Perfecto —dijo Doniger, sonriente, dando un puñetazo en la mesa—. Se lo tienen bien merecido, esos gilipollas.

—Y como colofón —añadió Kramer con tono triunfal—, la periodista francesa, Louise Delvert, ha accedido a visitar nuestras instalaciones.

—¡Por fin! ¿Cuándo viene?

—La próxima semana. Le enseñaremos las tonterías de siempre.

—Este empieza a ser un gran día —afirmó Doniger—. Sabes, quizá aún consigamos mantener este asunto bajo mano. ¿Eso es todo?

—La rueda de prensa será a mediodía.

—Eso forma parte de las malas noticias —dijo Doniger.

—Y Stern ha visto el antiguo prototipo. Quiere viajar al pasado. Gordon se ha negado en redondo, pero Stern quiere que tú se lo confirmes.

Doniger guardó silencio por un instante.

—Pues yo digo que puede ir —respondió por fin.

—Bob...

—¿Por qué no vamos a permitirselo?

—Porque es muy arriesgado. Esa máquina tiene un blindaje mínimo. No se usa desde hace años, y nos consta que causó graves errores de transcripción en quienes la utilizaron. Es muy posible que ni siquiera volviese.

—Lo sé. —Doniger le quitó importancia a todo aquello con un gesto—. Nada de eso es el núcleo.

—¿Cuál es el núcleo? —preguntó Kramer, confusa.

—Baretto.

—¿Baretto?

—¿He oído un eco? Por Dios, Diane, piensa un poco.

Kramer, ceñuda, negó con la cabeza.

—Ata cabos —prosiguió Doniger—. Baretto murió un par de minutos después de llegar al punto de destino, ¿no es así? Lo traspasaron varias flechas al principio mismo del viaje.

—Sí...

—En esos primeros minutos todos se quedan cerca de las máquinas, juntos, en

grupo. ¿Correcto? ¿Qué razón hay, pues, para pensar que solo Baretto resultó muerto?

Kramer permaneció callada.

—Lo lógico es suponer que quienquiera que matase a Baretto, probablemente los mató a todos —continuó Doniger—. Al equipo completo.

—De acuerdo...

—Y de ahí se desprende que probablemente no volverán. El profesor no volverá. El grupo entero ha desaparecido. Es una desgracia, sí, pero podemos justificar de muchas formas la desaparición de un grupo de personas: un trágico accidente en el laboratorio, con todos los cuerpos incinerados, o un avión estrellado. Nadie sospecharía.

Se produjo un silencio.

—Excepto Stern —dijo Kramer—. Él conoce toda la historia.

—Exacto.

—Así que quieres enviarlo también al pasado. Librarte de él de la misma manera. De un plumazo.

—Nada más lejos —se apresuró a rectificar Doniger—. Eh, yo me opongo. Pero él se ofrece voluntario. Quiere ayudar a sus amigos. ¿Quién soy yo para impedirselo?

—Bob, a veces eres un verdadero gilipollas.

Doniger prorrumpió en carcajadas. Tenía una risa aguda, histérica y estridente, como la de un niño. Muchos científicos reían así, pero a Kramer ese sonido le recordaba a una hiena.

—Si consientes que Stern viaje en esa máquina, dimito.

Al oírla, Doniger rio aún con más ganas, echando atrás la cabeza. Kramer se enfureció.

—Hablo en serio, Bob.

Doniger dejó por fin de reír y se enjugó las lágrimas.

—Vamos, Diane. Lo decía en broma. Claro que no voy a permitirle viajar en esa máquina. ¿Dónde está tu sentido del humor?

Kramer se volvió para marcharse.

—Informaré a Stern de que no puede ir —dijo—. Pero no bromeabas.

Doniger rompió a reír de nuevo. Su risa de hiena resonó en el despacho. Kramer, indignada, dio un portazo al salir.

Llevaban cuarenta minutos de penoso ascenso por la ladera boscosa situada al noreste de Castelgard. Por fin alcanzaron la cima del monte, la cota más alta de los alrededores, y pudieron detenerse a recobrar el aliento y otear la zona.

—¡Dios mío! —exclamó Kate, mirando al frente con expresión de asombro.

Veían el río y, en la orilla opuesta, el monasterio. Sin embargo lo que realmente atrajo su atención fue el imponente castillo, elevándose a gran altura por encima del monasterio: la fortaleza de La Roque. Era colosal. En el azul cada vez más oscuro del crepúsculo, el castillo rutilaba por efecto de la luz procedente de un centenar de ventanas e innumerables teas dispuestas a lo largo de las almenas. No obstante, a pesar de la viva iluminación, la fortaleza ofrecía un aspecto siniestro. La muralla exterior parecía negra sobre el agua quieta del foso. Dentro del recinto se alzaba otra muralla completa, provista de varias torres redondas, y en el centro estaba el castillo propiamente dicho, con el gran salón y una oscura torre rectangular de unos treinta metros de altura.

—¿Se parece a la moderna La Roque? —preguntó Marek a Kate.

—En absoluto —contestó ella, negando con la cabeza—. Esta fortaleza es gigantesca. El castillo moderno tiene solo una muralla. Aquí hay dos.

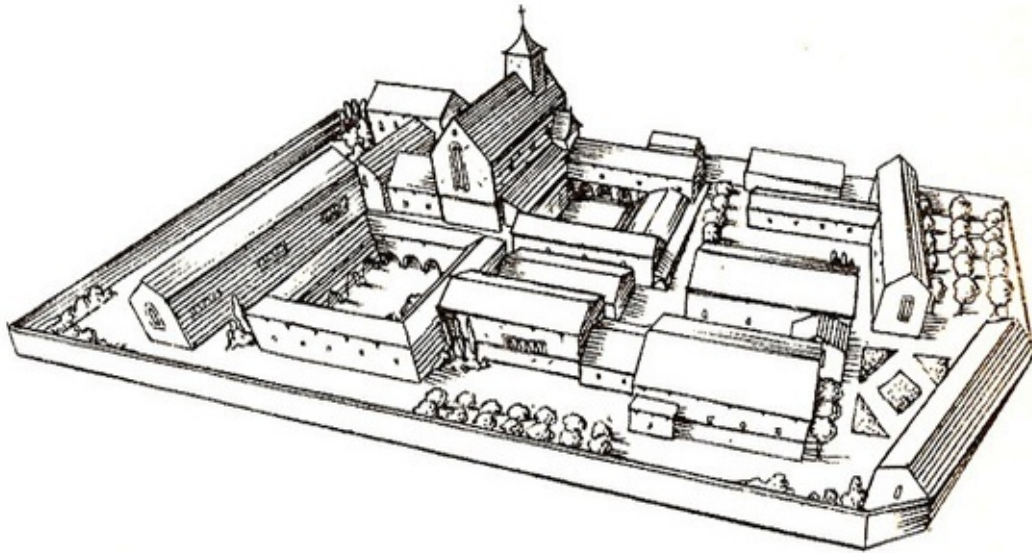
—Por lo que yo sé, nadie la capturó nunca por la fuerza —comentó Marek.

—Ahora ves por qué —dijo Chris—. Fijaos en el emplazamiento.

En sus lados oriental y meridional, la fortaleza coronaba un despeñadero de piedra caliza, una pared de ciento cincuenta metros de altura que caía a plomo sobre el Dordogne. Al oeste, donde la ladera, aunque escarpada, no era vertical, se hallaban enclavadas las casas de piedra del pueblo, pero quienquiera que subiese por el camino a través del pueblo se tropezaría al final con un ancho foso y varios puentes levadizos. Al norte, la pendiente era más suave, pero en esa zona se había talado una amplia extensión de bosque, convirtiéndola en una explanada al descubierto: intentar el asalto desde allí, era una maniobra suicida para cualquier ejército.

—Mirad allí —dijo Marek, señalando a lo lejos.

Bajo la luz crepuscular, un destacamento de soldados se aproximaba al castillo desde el oeste. Dos caballeros con antorchas encabezaban la marcha, y al resplandor de éstas, Marek, Chris y Kate distinguieron vagamente a sir Oliver, sir Guy y el profesor Johnston, seguidos por los demás caballeros del séquito en columna de a dos. Se hallaban tan lejos que en realidad los reconocieron por las siluetas y posturas. Pero Chris, al menos, no tenía la menor duda de lo que veía.



Suspiró cuando los jinetes cruzaron el foso por el puente levadizo y penetraron en la fortaleza a través de una enorme barbacana formada por dos torres gemelas semicirculares, una obra de fortificación conocida como puerta en doble D, porque las torres, vistas desde arriba, semejaban dos D idénticas. Los soldados de guardia en lo alto de las torres observaron pasar bajo ellos al destacamento.

Dejando atrás la barbacana, los jinetes entraron en otro patio cerrado, donde había unos cuantos barracones de madera.

—Ahí está acuartelada la tropa —dijo Kate.

El destacamento atravesó ese patio, cruzó un segundo foso por un segundo puente levadizo, y traspuso una segunda barbacana con torres gemelas aún mayores: unos diez metros de altura, y resplandecientes por la luz proyectada desde docenas de aspilleras.

Una vez en el patio interior del castillo, desmontaron. Oliver condujo al profesor hacia el gran salón, y ambos desaparecieron por la puerta.

—El profesor dijo que si nos separábamos, debíamos ir al monasterio en busca del hermano Marcelo, que tiene la llave —recordó Kate—. Supongo que se refería a la llave del pasadizo secreto.

Marek asintió con la cabeza.

—Y eso haremos. Pronto anochecerá, y entonces nos pondremos en marcha.

Chris miró ladera abajo. En la oscuridad, veía reducidos piquetes de soldados distribuidos por los campos hasta la orilla misma del río.

—¿Quieres ir al monasterio esta noche?

Marek volvió a asentir.

—Por arriesgado que parezca ahora —dijo—, mañana será mucho peor.

No había luna. Solo alguna que otra nube surcaba el cielo negro y estrellado. Guiados por Marek, descendieron por la ladera, bordearon el pueblo de Castelgard en llamas y se adentraron en un lóbrego paisaje. Sorprendido, Chris advirtió que, una vez adaptada la vista a la oscuridad, veía bastante bien a la luz de las estrellas. Debido probablemente a que no había contaminación atmosférica, pensó. Recordó haber leído que en siglos anteriores se divisaba el planeta Venus en pleno día tal como en el presente vemos la luna. Por supuesto, eso era imposible desde hacía cientos de años.

Le sorprendió asimismo el profundo silencio de la noche. Lo más sonoro que oían eran sus propios pasos a través de la hierba y los matorrales.

—Iremos hasta el camino y luego bajaremos al río —musitó Marek.

Avanzaron lentamente. Con frecuencia, Marek se detenía y, agachándose, escuchaba con atención durante dos o tres minutos antes de seguir adelante. Pasó casi una hora hasta que avistaron el camino que discurría entre el pueblo y el río. Era una franja clara destacándose sobre el fondo relativamente más oscuro de la hierba y el follaje que lo flanqueaban.

Allí, Marek paró una vez más. Reinaba un silencio absoluto. Se oía solo el murmullo del viento. Impaciente por seguir, Chris aguardó un minuto e hizo ademán de erguirse.

Marek se lo impidió y se llevó un dedo a los labios.

Chris escuchó. Los susurros de unos hombres se fundían con el murmullo del viento. Aguzó el oído. Frente a ellos, en algún lugar, sonó una tos ahogada. Al cabo de un momento se oyó otra tos, más cerca, en el lado del camino donde ellos se hallaban.

Marek señaló a izquierda y derecha. Chris atisbó un apagado reflejo metálico — una armadura a la luz de las estrellas— entre los arbustos más allá del camino.

Y oyó un rumor más próximo.

Era una emboscada, hombres agazapados en ambas orillas del camino.

Marek señaló hacia atrás, y volvieron sigilosamente sobre sus pasos, alejándose del camino.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Chris con voz queda.

—Iremos por allí, en dirección este, hacia el río, evitando el camino —respondió Marek, y se pusieron en marcha.

Chris estaba en tensión, alerta al menor sonido. Pero el ruido de sus propios pasos no permitía oír nada más. Entendía ya por qué Marek se detenía tan a menudo. Era la

única manera de asegurarse.

Retrocedieron entre la maleza y, a unos doscientos metros del camino, comenzaron a descender hacia el río. Avanzaron entre los campos de labranza, y pese a la casi total negrura de la noche, Chris se sintió al descubierto. Los campos estaban delimitados por muros bajos de piedra, que proporcionaban un mínimo resguardo. Aun así, Chris no podía vencer el nerviosismo, y exhaló un suspiro de alivio cuando se adentraron nuevamente en una zona de monte bajo, más oscura que los campos en la noche.

Aquel mundo negro y silencioso le era por completo ajeno, y sin embargo se adaptó enseguida a él. El peligro se escondía en los más insignificantes movimientos, pensó.

Chris avanzaba agachado, tenso, tanteando el terreno a cada paso antes de apoyar todo su peso, mirando continuamente a derecha e izquierda, a derecha e izquierda.

Se sentía como un animal, y recordó el modo en que Marek había mostrado los dientes antes del ataque en la cámara de la torre, como una especie de simio. Observó a Kate y vio que también ella avanzaba agachada y tensa.

Por alguna razón, acudió a su memoria el seminario de la primera planta del Museo Peabody, en Yale, con sus paredes de color crema y sus lustrosas molduras de madera, y también las discusiones que tenían lugar allí entre los estudiantes de postgrado, sentados en torno a la larga mesa: si la arqueología procesual era primordialmente histórica o primordialmente arqueológica, si los criterios formalistas prevalecían sobre los criterios objetivistas, si la doctrina derivacionista enmascaraba un planteamiento normativo.

No era extraño que discutieran. Los temas eran puras abstracciones, vacías de contenido. Sus hueros debates nunca llegaban a una conclusión; las preguntas quedaban siempre sin respuesta. Sin embargo, eran debates de una gran intensidad, un gran apasionamiento. ¿De dónde surgía aquel fervor? Pero ¿qué más daba? Ni siquiera recordaba por qué aquello, en su día, le parecía tan importante.

Tenía la impresión de que el mundo académico iba perdiéndose de vista a lo lejos, cada vez más indistinto y gris en su memoria, mientras él se abría paso hacia el río por aquel oscuro declive. Pese al miedo que sentía aquella noche, pese a la tensión y el palpable peligro de muerte, era una experiencia totalmente real y, por eso mismo, resultaba en cierto modo tranquilizadora, incluso estimulante, y...

Oyó romperse una rama, y se quedó paralizado.

Marek y Kate se detuvieron también.

Oyeron un movimiento en la maleza a la izquierda, y luego un gruñido. Permanecieron quietos como estatuas. Marek empuñó la espada.

Y ante ellos pasó, resoplando, la pequeña silueta oscura de un jabalí.

—Debería haberlo matado —masculló Marek—. Tengo hambre.

Se dispusieron a reanudar la marcha, pero de pronto Chris advirtió que no eran

ellos quienes habían espantado al jabalí. Porque oyó el sonido inconfundible de numerosos pies que corrían entre los matorrales, agitándolos, pisándolos. Aproximándose.

Marek arrugó la frente.

La visibilidad era escasa pero suficiente para percibir de vez en cuando el brillo metálico de las armaduras. Debía de haber siete u ocho soldados, y avanzaban con rapidez en dirección este. De repente se detuvieron, ocultándose entre la maleza y guardando silencio.

¿Qué demonios pasaba?

Aquellos soldados estaban poco antes en el camino, aguardándolos. Y ahora esos mismos soldados se habían desplazado hacia el este, y de nuevo los aguardaban.

¿Cómo era posible?

Chris, también agachado, tocó a Marek en el hombro. Cuando Marek se volvió hacia él, Chris movió la cabeza en un gesto de negación y se señaló expresivamente la oreja.

Marek asintió y escuchó con atención. Al principio oyó solo el viento. Desconcertado, miró a Chris, que hizo un claro ademán de tocarse la oreja.

Estaba indicándole que conectara su auricular.

Marek se dio un ligero golpe en la oreja con un dedo.

Tras una breve ráfaga de estática al establecerse la comunicación, no oyó nada. Miró a Chris y se encogió de hombros. Chris extendió las palmas de las manos, pidiéndole que esperase. Marek esperó. Después de escuchar en silencio por unos instantes, distinguió un sonido leve y acompasado: la respiración de un hombre.

Miró a Kate y se llevó un dedo a los labios. Ella asintió con la cabeza. Miró a Chris. Él asintió también. Los dos lo comprendieron: silencio absoluto.

Marek volvió a escuchar atentamente. Siguió oyendo el sonido regular de una respiración a través del auricular.

Pero no procedía de ninguno de ellos tres.

Era la respiración de otra persona.

—André —susurró Chris—, esto es demasiado peligroso. Mejor será que no crucemos el río esta noche.

—De acuerdo —respondió Marek—. Regresaremos a Castलगard y pasaremos la noche junto a la muralla.

—De acuerdo, buena idea.

—Vamos.

En la oscuridad, intercambiaron un gesto de asentimiento y, tocándose la oreja, desconectaron intencionadamente sus transmisores.

Y sin moverse de donde estaban, esperaron.

Al cabo de un momento, volvieron a oír los rápidos pasos de los soldados a través de la maleza. Esta vez se dirigían pendiente arriba, de regreso a Castelgard.

Chris, Marek y Kate aguardaron otros cinco o seis minutos, y luego reanudaron la marcha pendiente abajo, alejándose de Castelgard.

Fue Chris quien lo descubrió. Mientras descendían por la ladera en plena noche, se había rozado la oreja con la mano para espantar a un mosquito, y con ese movimiento había conectado el auricular sin darse cuenta. Poco después oyó un estornudo.

Y ninguno de ellos tres había estornudado.

Al cabo de un rato, cuando se tropezaron con el jabalí, Chris oyó respirar agitadamente a alguien a causa de un esfuerzo, y sin embargo Kate y Marek, agazapados en la oscuridad junto a él, ni siquiera se movían.

En ese instante supo con certeza que alguien más tenía un auricular, y parándose a pensar, llegó a la conclusión de que ese auricular solo podía proceder de un sitio: Gómez. Alguien debía de haberlo extraído de la cabeza cortada de Gómez. El único problema de esa hipótesis era...

Marek interrumpió las cavilaciones de Chris con un codazo y señaló al frente.

Kate, sonriente, alzó el pulgar dándole la enhorabuena.

Caudaloso y uniforme, el río susurraba y gorgoteaba en la oscuridad. En aquel punto, el Dordogne era muy ancho. Apenas veían la otra orilla, una línea de árboles y espesa maleza. Mirando río arriba, Chris distinguió vagamente el perfil oscuro del puente del molino. Sabía que el molino estaría cerrado por la noche; los molineros solo podían trabajar con luz natural, porque en el aire polvoriento incluso una vela representaba un grave riesgo de explosión.

Marek tocó a Chris en el brazo y señaló hacia la margen opuesta. Chris se encogió de hombros; no veía nada.

Marek señaló de nuevo.

Entornando los ojos, Chris avistó cuatro volutas de humo claro. Pero si indicaban la presencia de hogueras, ¿por qué no se veía el resplandor del fuego?

Bordeando el cauce, se encaminaron río arriba y finalmente encontraron una barca amarrada a la orilla. Movida por la corriente, golpeteaba contra las rocas. Marek miró hacia la margen contraria. Se hallaban a cierta distancia de las volutas de humo.

Señaló la barca. ¿Estaban dispuestos a arriesgarse?

La alternativa, como Chris bien sabía, era cruzar el río a nado. Era una noche fría, y Chris no tenía el menor deseo de mojarse. Señaló la barca y asintió con la cabeza.

Kate asintió también.

Subieron a bordo, y Marek empezó a remar en silencio a través del Dordogne.

Sentada junto a Chris, Kate recordó su conversación con él mientras cruzaban el río unos días atrás. ¿Cuántos días habían pasado? Debían de ser solo dos, pensó Kate. Aunque a ella se le antojaban semanas.

Escudriñó la orilla opuesta, atenta a cualquier movimiento. La barca era una forma oscura, flotando en un río oscuro, al pie de un monte oscuro, pero visible de todos modos si alguien miraba con atención.

Pero al parecer no había vigilancia. Llegaron a la orilla, y la barca se deslizó con un susurro sobre la hierba y varó suavemente. Saltaron a tierra. Vieron un estrecho camino que discurría junto al cauce. Marek se llevó un dedo a los labios y enfiló el camino, en dirección al humo.

Kate y Chris lo siguieron con cautela.

Al cabo de unos minutos, desvelaron el misterio. Había cuatro hogueras, situadas a intervalos a lo largo de la orilla. Las llamas quedaban ocultas tras piezas rotas de armadura colocadas sobre montículos de tierra, de modo que solo se veía el humo.

Pero no había soldados.

—Un viejo truco —susurró Marek—. Las hogueras muestran al enemigo una posición falsa.

Kate no estaba tan segura de que fuera ésa la verdadera finalidad del «viejo truco». Quizá con aquello se pretendiera hacer creer que existían mayores efectivos militares de los que había realmente. Con Marek a la cabeza, dejaron atrás las hogueras abandonadas y siguieron adelante, hacia otras dispuestas igualmente junto a la orilla. Caminaban muy cerca del agua, oyendo el continuo gorgoteo. Cuando se aproximaban a la última hoguera, Marek, de pronto, se dio media vuelta y se echó a tierra. Kate y Chris se agacharon también, y oyeron entonces unas voces que entonaban una repetitiva cantinela; la letra decía algo así: «La cerveza hace al hombre dormir junto al fuego; la cerveza hace al hombre revolcarse en el cieno...».

El sonsonete continuaba interminablemente. Escuchando la letra, Kate pensó: Están corriéndose una juerga. Y en efecto, cuando levantó la cabeza para mirar, vio a media docena de hombres vestidos de verde y negro sentados junto al fuego, bebiendo y cantando a pleno pulmón. Quizá tenían órdenes de organizar el mayor alboroto posible para justificar el número de hogueras.

Marek les indicó que retrocedieran, y cuando se hallaron a una distancia prudencial, los guio hacia la izquierda, lejos del río. Abandonando la arboleda de la orilla, salieron a un terreno desboscado. Kate no tardó en darse cuenta de que eran los mismos campos por los que había pasado esa mañana. Y como prueba de ello, pronto vio a la izquierda unas cuantas luces débiles y amarillentas en las ventanas superiores del monasterio, que debían de mantener encendidas los monjes que trabajaban hasta entrada la noche. Y justo enfrente los contornos oscuros de las chozas de los

campesinos.

Chris señaló el monasterio. ¿Por qué no iban hacia allí?

Marek formó una almohada con las manos: Todos duermen.

Chris se encogió de hombros: ¿Y?

Marek, recurriendo a la mímica, hizo como si acabara de despertarse, alarmado, sobresaltado. Por lo visto, quería decir que causarían una conmoción si se presentaban allí en plena noche.

Chris volvió a encogerse de hombros: ¿Y?

Marek movió un dedo en un gesto de negación: No es buena idea. Con los labios, sin pronunciar las palabras, articuló: Por la mañana.

Chris suspiró.

Marek dejó atrás las chozas y siguió andando hasta una casa quemada: cuatro paredes y los restos ennegrecidos de los maderos que habían sostenido la techumbre de paja y juncos. Los condujo al interior a través de una puerta salpicada de rojo. En la oscuridad, Kate apenas distinguió la mancha.

Dentro, entre la hierba alta que cubría el suelo, había fragmentos de loza esparcidos. Marek buscó entre la hierba y encontró dos vasijas de arcilla desportilladas. A Kate le pareció que eran orinales. Marek las colocó cuidadosamente en el alféizar chamuscado de una ventana.

—¿Dónde dormimos? —preguntó Kate.

Marek apuntó al suelo con el dedo.

—¿Por qué no entramos en el monasterio? —susurró ella, señalando el cielo abierto sobre ellos. Hacía frío. Tenía hambre. Necesitaba la sensación de bienestar de un espacio cerrado.

—Es arriesgado —musitó Marek—. Dormiremos aquí.

Se tendió en el suelo y cerró los ojos.

—¿Por qué es arriesgado? —preguntó Kate.

—Porque alguien tiene un auricular. Y sabe adónde vamos.

—Quería hablaros de... —empezó a decir Chris.

—Ahora no —lo interrumpió Marek sin abrir los ojos—. Duérmete.

Kate se tumbó, y Chris se echó a su lado. Ella, dándole la espalda, se apretó contra él. Solo buscaba el calor. Hacía mucho frío.

Oyó un trueno a lo lejos.

En algún momento después de medianoche comenzó a llover. Kate notó las gruesas gotas en las mejillas y se levantó. Miró alrededor y vio un cobertizo bajo de madera adosado a la casa, parcialmente quemado pero aún en pie. Se refugió debajo, quedándose sentada, y se acurrucó de nuevo contra Chris cuando éste acudió a resguardarse también del aguacero.

Marek los siguió, se tendió cerca de ellos, y volvió a dormirse de inmediato. Kate

vio que la lluvia le salpicaba la cara, pero él roncaba.

Media docena de globos aerostáticos se elevaban sobre las mesetas bajo el sol de la mañana. Eran casi las once. Uno de los globos tenía un dibujo en zigzag que a Stern le recordó a las pinturas de arena de los indios navajos.

—Lo siento mucho —dijo Gordon—, pero la respuesta es no. No puede viajar al pasado en el prototipo, David. Es demasiado peligroso.

—¿Por qué? Creía haber entendido que todo era seguro. Más seguro que viajar en coche. ¿Dónde está el peligro?

—Le dije que no hay errores de transcripción..., esos errores que aparecen al reconstruir a una persona —recordó Gordon—. Pero eso no es del todo exacto.

—Ah.

—Es cierto que, por lo general, no encontramos indicio alguno de esa clase de errores. Sin embargo se producen probablemente en todos los viajes, aunque en un grado tan insignificante que ni siquiera los detectamos. Pero los errores de transcripción, al igual que la exposición a radiaciones, son acumulativos. Después de un solo viaje pasan inadvertidos, pero después de diez o veinte empiezan a ser visibles. Quizá una pequeña fisura en la piel, semejante a una cicatriz. Una minúscula marca en la córnea. O también pueden presentarse claros síntomas, como la diabetes o trastornos circulatorios. Cuando eso ocurre, han de interrumpirse los viajes, o los problemas se agravan. Eso significa que uno ha alcanzado su límite máximo de viajes.

—¿Y eso ha pasado alguna vez?

—Sí. A algunos animales de laboratorio. Y a varias personas: los precursores, quienes usaron el prototipo.

Stern vaciló.

—¿Y dónde están ahora esas personas?

—La mayoría está todavía aquí, trabajando en la empresa. Pero ya no viajan. No pueden.

—Muy bien, pero yo hablo de un solo viaje —adujo Stern.

—Y nosotros no hemos usado ni calibrado esa máquina desde hace mucho tiempo —respondió Gordon—. Puede estar en condiciones, o puede no estarlo. Escúcheme: imaginemos que viaja en esa máquina, y cuando llega a 1357, descubre que tiene errores tan graves que no se atreve a volver, por no arriesgarse a una mayor acumulación.

—Está diciéndome que tendría que quedarme allí.

—Sí.

—¿Le ha pasado eso a alguien? —preguntó Stern.

Gordon guardó silencio por un instante.

—Posiblemente.

—¿Quiere decir que hay allí alguien más?

—Posiblemente —admitió Gordon—. No estamos seguros.

—Pero es importante saberlo —dijo Stern con repentina agitación—. Eso significa que podría haber alguien allí capaz de ayudarlos.

—No lo sé si esa persona en particular estaría dispuesta a ayudar.

—Pero ¿no deberíamos informarles? ¿Avisarlos?

—No hay manera de ponerse en contacto con ellos —contestó Gordon.

—Creo que sí la hay —afirmó Stern.

16.12.23

Chris despertó tembloroso y aterido antes del amanecer. El cielo presentaba un color gris claro, y una tenue neblina flotaba a ras de tierra. Estaba sentado bajo el cobertizo, apoyado contra la pared, con las piernas encogidas y las rodillas bajo el mentón. Kate, todavía dormida, se hallaba junto a él. Chris se ladeó para mirar afuera, y una mueca de dolor se dibujó en su semblante. Tenía todos los músculos agarrotados y doloridos: los brazos, las piernas, el pecho, el cuerpo entero. Al volver la cabeza, notó molestias en el cuello.

Con sorpresa, advirtió que tenía el hombro del jubón manchado de sangre seca. Por lo visto, la flecha que lo había rozado la noche anterior no solo le había desgarrado la tela. Chris probó a mover el brazo, conteniendo el aliento a causa del dolor, pero llegó a la conclusión de que era una herida superficial.

Se estremeció, calado por la humedad de la madrugada. En esos momentos lo que más deseaba era el calor del fuego y algo para comer. Se oía los ruidos del estómago. Llevaba más de veinticuatro horas en ayunas. Y tenía sed. ¿Dónde encontrarían agua potable? ¿Podía beberse el agua del Dordogne? ¿O era necesario encontrar un manantial? ¿Y dónde encontraría comida?

Se volvió para preguntárselo a Marek, pero Marek no estaba. Atormentado por las punzadas de dolor, se giró a uno y otro lado, pero Marek había desaparecido.

Se disponía a levantarse cuando oyó aproximarse unos pasos. ¿Marek? No. Eran las pisadas de más de una persona. Y oyó el característico ruido metálico de las lorigas.

Los pasos se acercaron y al cabo de un momento se detuvieron.

Chris contuvo la respiración. A su derecha, a menos de un metro de su cabeza, un guantelete de malla asomó por la ventana y se apoyó en el alféizar. Por encima del guantelete, la manga era verde con ribetes negros.

Los hombres de Arnaut.

—*Hic nemo habitavit nuper* —dijo una voz masculina.

—*Et intellego quare. Specta, porta habet signum rubrum. Estne pestilentiae?* —respondió alguien desde la puerta.

—*Pestilentia? Certo scisne? Abeamus!*

La mano se retiró al instante de la ventana, y los pasos se alejaron apresuradamente. El auricular no había traducido nada, porque estaba desconectado. Chris tuvo que fiarse de su latín. ¿Qué era «Pestilentia»? Probablemente «peste». Al ver la marca de la puerta, los soldados se habían marchado de inmediato.

Dios mío, pensó Chris. ¿Era aquélla una casa infectada por la peste? ¿Por eso la habían quemado? ¿Existía aún riesgo de contagio? Mientras lo asaltaban esas dudas,

vio horrorizado a una rata negra corretear entre la hierba y escabullirse por la puerta. Chris sintió un escalofrío. Kate se despertó y bostezó.

—¿Qué hora...?

Chris le cubrió los labios con un dedo y movió la cabeza en un gesto de negación.

Oía aún a los soldados, sus voces cada vez más débiles en el gris amanecer. Chris salió con sigilo de debajo del pequeño cobertizo, se arrastró hasta la ventana y miró al exterior con cautela.

Vio al menos a una docena de hombres en las inmediaciones, todos con los colores verde y negro de Arnaut. Registraban metódicamente las chozas próximas a los muros del monasterio. Mientras Chris observaba la escena, apareció Marek, caminando en dirección a los soldados. Iba encorvado y renqueaba. Llevaba un puñado de plantas en una mano. Los soldados le dieron el alto. Marek los saludó con una servil reverencia. Parecía encogido, más débil. Mostró las plantas a los soldados. Éstos se rieron y lo apartaron de un empujón. Marek siguió adelante, todavía encorvado y con actitud sumisa.

Kate vio a Marek pasar ante la casa quemada y desaparecer tras la esquina del muro del monasterio. Obviamente no iba a reunirse con ellos mientras estuvieran allí los soldados.

Chris, con una mueca de dolor, volvió a rastras hasta el cobertizo. A juzgar por la sangre seca del jubón, tenía el hombro herido. Kate lo ayudó a desabrocharse el jubón, y él contrajo el rostro y se mordió el labio. Con delicadeza, apartó la camisa de hilo desplazando el holgado cuello y vio que un moretón violáceo de contornos amarillentos le cubría por completo el lado izquierdo del pecho. Allí debía de haberlo golpeado la lanza de sir Guy en la justa.

Viendo la expresión de su cara, Chris preguntó:

—¿Es grave?

—Creo que es solo una magulladura, y quizá alguna costilla hundida.

—Me duele horrores.

Kate deslizó la camisa sobre el hombro, dejando a la vista la herida de la flecha. Era una incisión oblicua a flor de piel de unos cinco centímetros de longitud, recubierta de sangre coagulada.

—¿Cómo está? —preguntó Chris, mirando a Kate.

—Es solo un corte.

—¿Se ha infectado?

—No, parece limpio.

Kate bajó un poco más el jubón y vio que el moretón se extendía también por la espalda y el costado, bajo el brazo. Tenía medio cuerpo magullado. Debía de ser muy doloroso. Le asombraba que no se quejara más. Al fin y al cabo, aquél era el mismo Chris que agarraba una rabieta si le servían la tortilla del desayuno con champiñones

de lata en lugar de frescos, o apretaba los labios en un mohín de enojo si el vino elegido no era de su agrado.

Empezó a abrocharle el jubón.

—Puedo hacerlo yo solo.

—Déjame que te ayude.

—He dicho que puedo hacerlo yo solo.

Kate se apartó, alzando las palmas de las manos.

—Bueno, bueno.

—Además, tengo que mover los brazos para desentumecerlos —añadió Chris, contrayendo el rostro a cada botón. Se los abrochó todos él solo. Pero después se recostó contra la pared y cerró los ojos, sudando por el esfuerzo y el dolor.

—Chris...

Él abrió los ojos.

—Estoy bien, de verdad. No te preocupes. Estoy perfectamente.

Y no hablaba en tono irónico.

Kate tuvo la sensación de hallarse ante un desconocido.

Cuando Chris se vio el hombro y el pecho —del color violáceo de la carne podrida—, le sorprendió su propia reacción. La contusión era grave. Normalmente se habría sentido horrorizado, o como mínimo asustado. En cambio, sintió una súbita despreocupación, casi indiferencia. El dolor apenas le permitía respirar, pero el dolor no importaba. Simplemente se alegraba de seguir con vida y tener otro día por delante. De pronto sus habituales quejas, reparos e incertidumbres se le antojaban intrascendentes. En lugar de todo eso, descubrió en su interior una fuente inagotable de energía, una vitalidad casi agresiva que nunca antes había experimentado. La notaba fluir por su cuerpo, como una especie de calor. Mirando alrededor, el mundo le parecía más vivo, más sensual de como lo recordaba.

Para Chris, el gris amanecer adquirió una belleza prístina. En el aire fresco y húmedo percibía la fragancia de la hierba y la tierra mojadas. Las piedras de la pared en la que estaba apoyado lo sostenían, demostrando así su función. Incluso el dolor le resultaba provechoso, ya que alejaba de su mente sentimientos superfluos. Se sintió renovado, alerta y listo para cualquier cosa. Aquél era un mundo distinto, con normas distintas.

Y por primera vez tomó conciencia de que estaba allí.

Plena conciencia.

Cuando los soldados se fueron, Marek regresó.

—¿Os habéis formado una idea de la situación? —preguntó al entrar.

—¿Qué situación? —dijo Chris.

—Los soldados buscan a tres personas de Castelgard: dos hombres y una mujer.

—¿Por qué?

—Arnaut quiere hablar con ellos.

—¿No es maravillosa la popularidad? —comentó Chris con una sonrisa sarcástica

—. Todo el mundo va detrás de nosotros.

Marek les entregó un manojito de hierbas y hojas húmedas.

—Plantas silvestres. Es el desayuno. Comed.

Chris masticó ruidosamente las plantas.

—Deliciosas —declaró, y no lo decía en broma.

—La planta de hojas dentadas es tanaceto. Alivia el dolor. La del tallo blanco es sauce, y reduce la inflamación.

—Gracias —contestó Chris—. Está todo muy bueno.

Marek lo observaba con incredulidad.

—¿Se encuentra bien? —preguntó a Kate.

—En realidad, creo que está perfectamente.

—Estupendo. Comed, y luego iremos al monasterio. Si conseguimos eludir a los guardias.

Kate se quitó la peluca.

—Eso no será problema —dijo—. Buscan a dos hombres y una mujer. Veamos, ¿quién tiene el cuchillo más afilado?

Por suerte, Kate llevaba el cabello ya bastante corto, y Marek tardó solo unos minutos en cortarles los mechones más largos. Entre tanto, Chris comentó:

—He estado pensando en lo que ocurrió anoche.

—Es evidente que alguien más tiene un auricular —dijo Marek.

—Exacto —convino Chris—. Y creo que sé de dónde salió.

—De Gómez —apuntó Marek.

Chris asintió con la cabeza.

—Eso supongo. ¿Tú no lo cogiste?

—No. No se me ocurrió.

—Estoy seguro de que otra persona podría metérselo en el oído aunque no lo llevara bien ajustado.

—Sí —dijo Marek—. Pero la pregunta es quién. Estamos en el siglo XIV. Un objeto minúsculo de color rosa del que salen vocecillas es hechicería. Aterrorizaría a cualquiera que lo encontrase. Quienquiera que lo cogiese, lo tiraría como una patata caliente y lo aplastaría de inmediato. O se echaría a correr como un poseso.

—Lo sé —respondió Chris—. Por eso cuando pienso en ello, solo veo una explicación posible.

Marek movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Y esos hijos de puta no nos lo dijeron.

—Decirnos ¿qué? —preguntó Kate.

—Que hay aquí alguien más, alguien del siglo xx.

—Es la única respuesta posible —afirmó Chris.

—Pero ¿quién? —dijo Kate.

Chris llevaba toda la mañana dándole vueltas a eso.

—De Kere —contestó—. Tiene que ser De Kere.

Marek negaba con la cabeza.

—Piénsalo —prosiguió Chris—. Está aquí desde hace solo un año, ¿correcto? Nadie conoce su procedencia, ¿correcto? Se ha ganado la confianza de Oliver, y nos odia a todos porque sabe que también nosotros podríamos llegar a ocupar su puesto, ¿correcto? Ordena a sus hombres retirarse de la tenería, vuelve hasta la calle, *hasta que hablamos...*, y entonces viene derecho a nosotros. Te lo aseguro: es De Kere; no puede ser otro.

—Solo hay un problema —dijo Marek—. De Kere habla un occitano impecable.

—Y tú también.

—No. Yo lo hablo con la falta de fluidez de un extranjero. Vosotros oís las traducciones del auricular. Yo oigo sus propias palabras. De Kere habla como un nativo, con total naturalidad, y su acento coincide con el de los demás. Y en el siglo xx el occitano es una lengua muerta. Tiene que ser nativo.

—Quizá sea lingüista.

Marek volvió a negar con la cabeza.

—No es De Kere —declaró—. Es Guy Malegant.

—¿Sir Guy?

—Sin duda —aseguró Marek—. Empecé a sospechar algo cuando nos atraparon en el pasadizo. ¿Recuerdas? Estábamos casi en total silencio, y él abre la puerta y nos descubre. Ni siquiera fingió sorprenderse. No sacó la espada. Dio la voz de alarma al instante. Porque ya sabía que nos encontrábamos allí.

—Pero no fue así como ocurrió —corrigió Chris—. Sir Guy vino al pasadizo porque sir Daniel entró en la habitación.

—¿Entró sir Daniel? —repitió Marek—. No lo recuerdo.

—Puede que Chris tenga razón —terció Kate—. Podría ser De Kere. Cuando yo estaba en el pasaje entre la capilla y el castillo, encaramada a bastante altura en la pared, De Kere ordenó a los soldados que os mataran, y recuerdo que a aquella distancia no debería haberlo oído, y sin embargo lo oí claramente.

Marek la miró con atención.

—¿Y qué ocurrió luego?

—De Kere habló en susurros a un soldado..., y no oí qué decía.

—Ahí lo tienes —repuso Marek—. No lo oíste porque no llevaba un auricular. Si lo hubiera llevado, lo habrías oído todo, incluidos los susurros. Pero no lo llevaba. Es sir Guy. ¿Quién decapitó a Gómez? Sir Guy y sus hombres. ¿Quién sería más lógico que volviera hasta el cadáver a recuperar el auricular? Sir Guy. Los otros hombres se

aterrorizaron al ver los destellos de la máquina. Solo sir Guy permaneció impasible. ¿Por qué? Porque sabía qué era. Es de nuestro siglo.

—Dudo que sir Guy viera los destellos de la máquina —argumentó Chris.

—Pero lo que realmente delata a sir Guy —continuó Marek— es su pésimo occitano. Habla como un neoyorquino, con una pronunciación muy nasal.

—Bueno, pero es de Middlesex, ¿no? Y no creo que sea de alta cuna. Da la impresión de que recibió la orden de caballero por su valor, y no en herencia.

—En la justa, no consiguió derribarte con la primera lanza —observó Marek—. Ni manejaba tan bien la espada como para matarme en un cuerpo a cuerpo. Créeme: es Guy de Malegant.

—En fin —dijo Chris—, sea quien sea, ahora sabe que nos dirigimos al monasterio.

—Así es —confirmó Marek, apartándose de Kate y examinando su nuevo aspecto—. De manera que en marcha.

Kate se tocó el pelo con aprensión.

—¿Debo alegrarme de no tener un espejo? —preguntó.

Marek movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Probablemente.

—Parezco un hombre.

Chris y Marek cruzaron una mirada.

—Más o menos —contestó Chris.

—¿Más o menos?

—Sí, lo pareces. Pareces un hombre.

—O poco te falta —agregó Marek. Se pusieron en pie.

15.12.09

La maciza puerta de madera se abrió apenas un par de dedos. Desde la penumbra interior los escrutó un rostro ensombrecido por una cogulla blanca.

—Dios os conceda prosperidad y descendencia —saludó el monje con tono solemne.

—Dios os conceda salud y sabiduría —respondió Marek en occitano.

—Venimos a ver al hermano Marcelo.

El monje asintió con la cabeza como si ya les estuviera esperando.

—Podéis entrar —dijo el monje—. Llegáis a tiempo, porque aún está aquí.

Abrió la puerta un poco más y los hizo pasar a todos uno por uno.

Accedieron a una reducida antesala de piedra, muy oscura. Se percibía un fragante aroma a rosas y naranjas. De algún lugar del monasterio llegaba una suave salmodia.

—Podéis dejar ahí vuestras armas —dijo el monje, señalando hacia un rincón.

—Buen hermano, lamentablemente no podemos dejarlas —contestó Marek.

—Aquí no tenéis nada que temer —aseguró el monje—. Desarmaos o partid.

Marek se dispuso a protestar, pero finalmente se desprendió del cinto de la espada.

El monje los guio por un silencioso pasillo. Las paredes eran de piedra desnuda. Doblaron una esquina y siguieron por otro pasillo. El monasterio era inmenso y laberíntico.

Era un monasterio cisterciense, y los monjes vestían hábito blanco de tela corriente. La austeridad de la orden del Cister era un intencionado reproche contra las órdenes más corruptas de los benedictinos y los dominicos. Los monjes cistercienses debían mantener una estricta disciplina, en un ambiente de severo ascetismo. Durante siglos los cistercienses no permitieron decorar con ninguna clase de tallas sus sobrios edificios, ni iluminar con imágenes ornamentales sus manuscritos. Su dieta alimenticia consistía en verduras, pan y agua, excluyendo carnes y salsas. Los camastros eran duros; las celdas, frías, casi sin muebles. Todos los aspectos de su vida monástica eran resueltamente espartanos. Pero de hecho esa rigurosa disciplina tenía...

Se oyó un golpe sordo.

Marek se volvió hacia el sonido. En ese momento entraban en un claustro, un patio abierto en el interior del monasterio, con pasillos porticados en tres lados, concebido como lugar de lectura y contemplación.

Otro golpe.

De pronto oyeron risas. Estridentes voces de hombres.

Más golpes.

Ya en el claustro, Marek vio que en el centro se habían suprimido la fuente y el jardín, dejando en su lugar un rectángulo de tierra lisa y bien apisonada. Dentro del rectángulo, cuatro hombres sudorosos, vestidos con amplios blusones de hilo, jugaban a una especie de frontón.

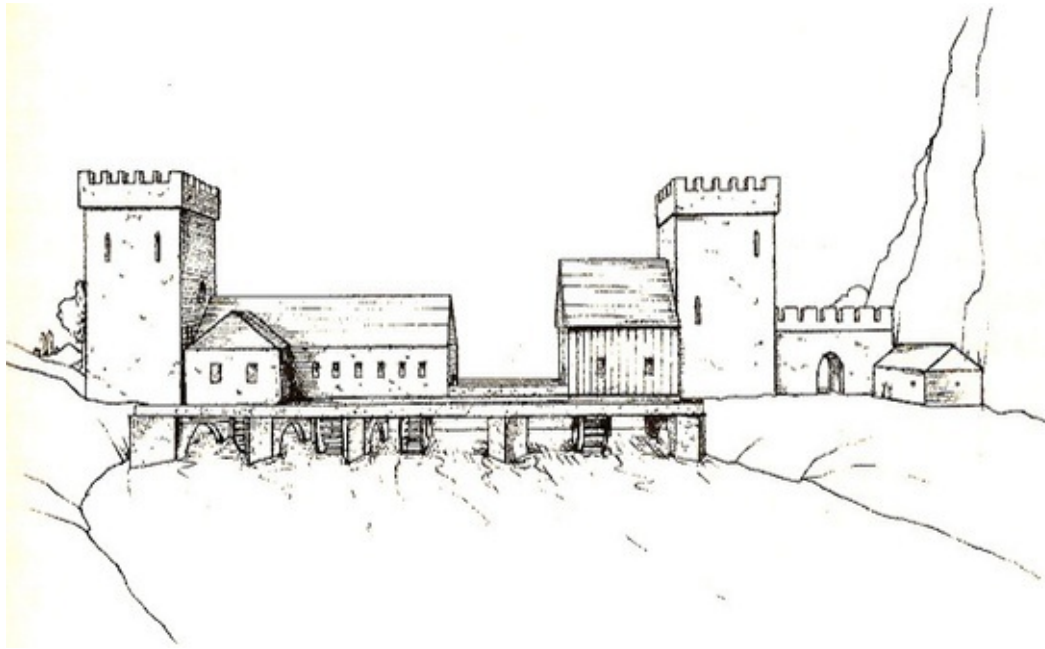
Otro golpe.

La pelota rodó por el suelo, y los hombres se empujaron y apartaron mutuamente, dejándola rodar. Cuando se detuvo, un hombre la cogió, exclamó «*Tenez!*», y la sirvió por encima de la cabeza golpeándola con la palma de la mano. La pelota rebotó contra la pared lateral del claustro. Los hombres gritaron y forcejearon para ocupar posiciones ventajosas. Bajo los arcos, monjes y nobles lanzaban voces de aliento y hacían tintinear en sus manos bolsas con dinero para apuestas.

Sujeta a una de las paredes, había una plancha de madera alargada, y cada vez que la pelota daba en la plancha, el público gritaba aún más enfervorecido.

Marek tardó un momento en comprender qué era lo que veían sus ojos: un partido de tenis en su forma original.

El *tenez*, así llamado por la voz de aviso dada por el jugador antes del servicio: «¡Tórnala!», era un juego reciente, creado hacía solo veinticinco años, y causó furor en la época. Las raquetas y las redes llegarían varios siglos después; por entonces, el juego era una de las diversas variantes del frontón, practicado por gente de todas las clases sociales. Los niños lo jugaban en las calles. Entre la nobleza gozó de tal aceptación que se convirtió en incentivo para construir nuevos monasterios, que muchas veces se dejaban inacabados una vez edificado el claustro. En las familias reales existía la preocupación de que los príncipes descuidaran su instrucción como caballeros en favor de maratónicos partidos de tenis, jugados con frecuencia a la luz de las antorchas hasta bien entrada la noche. Las apuestas iban unidas invariablemente al tenis. El rey Juan II de Francia, por esas fechas cautivo en Inglaterra, había gastado a lo largo de los años una pequeña fortuna en pagar sus deudas de juego. (El rey Juan era conocido como Juan el Bueno, y se decía de él que quizá fuera bueno en algo pero desde luego no en tenis).



—¿Jugáis aquí a menudo? —preguntó Marek.

—El ejercicio físico tonifica el cuerpo y aviva la mente —respondió el monje sin vacilar—. Aquí jugamos en dos claustros.

Mientras atravesaban el claustro, Marek advirtió que varios de los apostantes vestían mantos verdes con ribetes negros. Eran hombres rudos, con modales de bandido.

Dejaron atrás el claustro y subieron por una escalera.

—Según parece —comentó Marek—, el monasterio acoge de buen grado a los hombres de Arnaut de Cervole.

—Verdad es —respondió el monje—, porque, a modo de favor, nos devolverán el molino.

—¿Os ha sido arrebatado? —preguntó Marek.

—Por así decirlo. —El monje se acercó a una ventana con vistas al Dordogne y al molino, a unos quinientos metros río arriba—. Con sus propias manos, los monjes de Sainte-Mère construyeron el molino conforme a los designios de nuestro venerado arquitecto, el hermano Marcelo. Marcelo es muy respetado en el monasterio. Como debéis de saber, ejerció de arquitecto al servicio del anterior abad, el obispo Laon. Por consiguiente, el molino que él proyectó, y nosotros construimos, es propiedad del monasterio, como lo son las rentas generadas.

»Aun así, sir Oliver nos exige el pago de un tributo por la explotación del molino, pese a no tener ningún derecho, salvo la circunstancia de que sus huestes controlan este territorio. Es por ello que el ilustrísimo señor abad ha recibido con agrado la promesa de Arnaut de devolver el molino al monasterio y eliminar el impuesto. Y de ahí nuestro trato cordial con los hombres de Arnaut.

Escuchando aquello, Chris pensó: ¡Mi tesis! Todo era tal como habían revelado sus investigaciones. Aunque cierta gente todavía consideraba la Edad Media una época oscura y retrasada, Chris sabía que en realidad había sido un período de intenso

desarrollo tecnológico, y en ese sentido, no muy distinto del siglo xx. De hecho, la mecanización industrial, que más tarde se convirtió en un rasgo distintivo de Occidente, se originó en la Edad Media. La mayor fuente de energía de la época —la energía hidráulica— experimentó una dinámica evolución, y su uso se diversificó enormemente: no se restringió ya a la molienda de grano, sino que pasó a emplearse también en el cardado de fibras textiles, la herrería, la elaboración de cerveza, la carpintería, la preparación de argamasa, la fabricación de papel y cuerda, el prensado de aceitunas, la producción de tintes, y el accionamiento de los fuelles que suministraban calor a las fraguas. En toda Europa, los ríos se represaban y volvían a represar a un kilómetro río abajo; se colocaban ruedas hidráulicas bajo todos los puentes. En algunos lugares, cascadas de molinos, uno tras otro utilizaban sucesivamente la energía de las corrientes de agua.

Por lo general, los molinos se explotaban como un monopolio, y representaban una importante fuente de ingresos... y de conflictos. Pleitos, asesinatos y batallas eran concomitantes a la actividad molinera. Y aquél era un ejemplo más...

—Y sin embargo —decía Marek— veo que el molino sigue en poder de lord Oliver, ya que su estandarte ondea en las torres y sus arqueros vigilan desde las almenas.

—Oliver retiene el puente del molino —respondió el monje—, porque el puente está cerca del camino de La Roque, y quien controla el molino, controla también el camino. Pero Arnaut no tardará en quitarle el molino.

—Y devolvéroslo a vosotros.

—Así es.

—¿Y qué hará el monasterio a cambio por Arnaut?

—Le daremos nuestra bendición, claro está —contestó el monje. Y al cabo de un momento añadió—: Y además le pagaremos generosamente.

Cruzaron un scriptorium, donde los monjes, sentados en hilera ante sus caballetes, copiaban manuscritos en silencio. Pero a Marek le parecía que allí nada encajaba. En lugar de trabajar acompañados de un canto meditativo, se oían de fondo los golpes y el vocerío procedentes del claustro. Y pese a la expresa proscripción de las ilustraciones impuesta por la orden, muchos monjes pintaban imágenes en las esquinas y los márgenes de los manuscritos. Los iluminadores tenían dispuestos alrededor pinceles y platos de piedra con diferentes colores, Algunas de las ilustraciones exhibían un vistoso recargamiento.

—Por aquí —dijo el monje, y los condujo escalera abajo hasta un reducido patio bañado por el sol.

A un lado, Marek vio a ocho soldados con los colores de Arnaut, y reparó en que llevaban sus espadas.

El monje los guio hasta una pequeña casa situada junto al patio y los hizo pasar al

interior. Oyeron un gorgoteo de agua y vieron un surtidor con una enorme pila. Oyeron unos salmos cantados en latín. En el centro de la sala, dos monjes lavaban un cuerpo pálido y desnudo que yacía en una mesa.

—*Frater Marcellus* —musitó el monje con una parca reverencia.

Marek contempló estupefacto la escena. Tardó unos segundos en comprender lo que veía ante él.

El hermano Marcelo estaba muerto.

Su reacción los delató. El monje se dio cuenta al instante de que no sabían que Marcelo había muerto. Frunciendo el entrecejo, cogió a Marek del brazo y dijo:

—¿A qué habéis venido?

—Albergábamos la esperanza de hablar con el hermano Marcelo.

—Murió anoche.

—¿De qué murió? —preguntó Marek.

—No lo sabemos. Pero como veis, su edad era muy avanzada.

—Teníamos una petición urgente que hacerle —declaró Marek—. Quizá si pudiera ver sus pertenencias...

—Carecía de pertenencias.

—Pero sin duda algunos efectos personales...

—Vivía con lo más elemental —contestó el monje.

—¿Puedo ver su celda?

—Eso no es posible, lo lamento.

—Pero os estaría muy agradecido si...

—El hermano Marcelo vivía en el molino. Ocupaba allí una habitación desde hacía muchos años.

—Ah.

El molino se hallaba en poder de las huestes de Oliver. No podían entrar allí, al menos de momento.

—Pero acaso yo pueda ayudaros —ofreció el monje—. Decidme: ¿Cuál era esa petición tan urgente?

Pese al tono en apariencia despreocupado de la pregunta, Marek receló de inmediato.

—Se trataba de un asunto privado —dijo—. No puedo revelarlo.

—Aquí no hay nada privado —repuso el monje, dirigiéndose hacia la puerta.

Marek presintió que se disponía a dar la voz de alarma.

—Era una petición del maestro Edwardus.

—¿El maestro Edwardus! —El monje cambió radicalmente de actitud—. ¿Por qué no lo habéis dicho antes? ¿Y qué sois del maestro Edwardus?

—A fe que somos sus ayudantes.

—¿Es eso cierto?

—Sí, en verdad lo es.

—¿Por qué no lo habéis dicho de buen comienzo? El maestro Edwardus es aquí bienvenido, ya que realizaba un servicio para el abad cuando fue prendido por los hombres de Oliver.

—Ah.

—Acompañadme inmediatamente —dijo el monje—. El abad tendrá interés en veros.

—Pero hemos...

—El abad tendrá interés. ¡Venid!

Cuando salieron de nuevo al sol, Marek vio un mayor número de soldados vestidos de verde y negro en los patios del monasterio. Y aquellos soldados no estaban ociosos, sino alertas, prestos al combate.

La casa del abad, situada en un apartado rincón del monasterio, era pequeña, de madera tallada. Los condujeron a una reducida antesala forrada con paneles de madera, donde había un monje de mayor edad, cargado de espaldas y pesado como un sapo, sentado ante una puerta cerrada.

—¿Está el Ilustrísimo señor abad?

—Ciertamente. Ahora está aconsejando a una penitente.

En la habitación contigua se oía un rítmico chirrido.

—¿Cuánto tiempo de oración le impondrá? —preguntó el monje.

—Un buen rato, posiblemente —contestó el sapo—. Es reincidente, y peca con frecuencia.

—Desearía que informarais al Ilustrísimo señor abad de la presencia de estos respetables hombres —dijo el monje—, ya que traen noticias de Edwardus de Johnes.

—Tened la seguridad de que le informaré —contestó el sapo con tono aburrido. Sin embargo, Marek percibió un asomo de repentino interés en su mirada. Echando un vistazo al sol, añadió—: Es casi la hora tercia. ¿Compartirán vuestros invitados nuestra humilde comida?

—Muchas gracias, pero no, debemos... —empezó a decir Marek.

Chris tosió. Kate clavó un dedo en la espalda a Marek.

—La compartiremos si no es molestia —rectificó Marek.

—Bienvenidos seáis, por la gracia de Dios.

Se disponía a salir hacia el refectorio cuando un monje joven irrumpió en la antesala con la respiración agitada.

—¡Mi señor Arnaut viene hacia aquí! —anunció—. ¡Desea ver al abad de inmediato!

El sapo se puso en pie de un brinco y les dijo:

—Ahora debéis desaparecer.

Acto seguido, abrió una puerta lateral.

Así fue como accedieron a una pequeña y sencilla habitación contigua a los aposentos del abad. Los chirridos de la cama se interrumpieron, y a continuación oyeron los

susurros del sapo, que hablaba al abad con tono apremiante.

Al cabo de un momento, se abrió otra puerta y entró una mujer, con las piernas desnudas y el rostro sonrojado, arreglándose apresuradamente la ropa. Era muy hermosa. Cuando la mujer se volvió, Chris vio con asombro que era lady Claire.

Ella advirtió su expresión y preguntó:

—¿Por qué me miráis así?

—Esto, mi señora...

—Escudero, el reproche que se adivina en vuestro semblante es sumamente injusto. ¿Cómo os atrevéis a juzgarme? Soy una delicada mujer, sola en tierra extranjera, sin nadie que me defienda, proteja o guíe. Pese a ello, debo encontrar el modo de llegar a Burdeos, a ochenta leguas de distancia, y desde allí viajar a Inglaterra si quiero reclamar las heredades de mi esposo. Ésa es mi obligación como viuda, y en estos tiempos de guerra y confusión haré sin vacilar lo que sea necesario para cumplirla.

Chris pensó que la vacilación no formaba parte de la personalidad de aquella mujer. Su audacia lo dejaba atónito. Marek, por su parte, la contemplaba con franca admiración. Con tono grandilocuente, dijo:

—Os ruego le disculpéis, mi señora, pues es joven y a menudo irreflexivo.

—Las circunstancias cambian. Necesitaba una carta de presentación que solo el abad podía darme. Empleo cuantos métodos de persuasión tengo a mi alcance.

En ese momento lady Claire saltaba sobre un solo pie, intentando mantener el equilibrio mientras se enfundaba las calzas. Tras ceñírselas bien, se arregló el vestido y luego se puso el griñón en la cabeza, atándolo expertamente bajo la barbilla de modo que solo fuera visible su cara.

En cuestión de minutos, parecía una monja. Sus ademanes se tornaron recatados, su voz más baja, más dulce.

—Ahora, por un azar, sabéis algo de mí que no quería dar a conocer a nadie. En ese sentido, pues, estoy a vuestra merced, y os suplico silencio.

—Contad con ello —respondió Marek—, ya que vuestros asuntos no nos atañen.

—A cambio, también yo os prometo mi silencio —dijo Claire—, pues resulta evidente que el abad no desea que De Cervole descubra vuestra presencia en el monasterio. Todos guardaremos nuestros mutuos secretos. ¿Tengo vuestra palabra?

—A fe mía que la tenéis, mi señora —aseguró Marek.

—Sí, mi señora —contestó Chris.

—Sí, mi señora —dijo Kate.

Al oír la voz de Kate, Claire la observó con expresión ceñuda y se aproximó a ella.

—¿Decís verdad?

—Sí, mi señora —repitió Kate.

Claire le palpó el pecho, notando los senos bajo la ceñida tira de tela que Kate se había puesto alrededor para disimularlos.

—Os habéis cortado el pelo, damisela. ¿Sabéis que disfrazarse de hombre se castiga con la muerte? —preguntó, mirando a Chris de soslayo.

—Lo sabemos —contestó Marek por Kate.

—Para llegar al punto de renunciar a vuestro sexo, debéis de seguir al maestro con gran entrega.

—Así es, mi señora.

—En tal caso, ruego encarecidamente a Dios que sobreviváis.

La puerta se abrió, y el sapo les hizo una seña.

—Venid, respetables amigos. A vos, mi señora, os pido que os quedéis; el abad atenderá vuestra solicitud en breve. Pero vosotros, respetables amigos, acompañadme.

En el patio, Chris se inclinó hacia Marek y susurró:

—André, esa mujer es un veneno.

Marek sonreía.

—Reconozco que tiene cierta chispa...

—André, te lo aseguro: no puedes fiarte de nada de lo que dice.

—¿Tú crees? A mí me ha parecido muy franca —contestó Marek—. Quiere protección, y está en lo cierto.

—¿Protección? —dijo Chris, mirándolo fijamente.

—Sí. Quiere un paladín —comentó Marek con semblante pensativo.

—¿Un paladín? ¿De qué hablas? Tenemos solo... ¿cuántas horas nos quedan?

Marek consultó el temporizador que llevaba en la muñeca.

—Once horas diez minutos.

—Entonces, ¿de qué hablas? ¿Un paladín?

—Ah, solo era una idea —respondió Marek. Echó un brazo a los hombros de Chris—. Nada importante.

11.01.59

Estaban sentados a una larga mesa en compañía de un gran número de monjes. Frente a cada uno de ellos humeaba un tazón de caldo de carne, y en el centro de la mesa había fuentes rebosantes de verdura, ternera y capones asados. Y nadie movía un solo dedo mientras los monjes rezaban con la cabeza gacha.

*Pater noster qui es in coelis
santificetur nomen tuum
adventat regnum tuum
fiat voluntas tua*

Una y otra vez, Kate lanzaba furtivas miradas a la comida. Los capones humeaban. Parecían tiernos y jugosos. De pronto notó que los monjes sentados cerca de ella mostraban extrañeza por su silencio. Por lo visto, Kate debería haber conocido aquella oración.

A su lado, Marek rezaba en alto con voz clara.

*Panem nostrum quotidianum
da nobis hodie
et dimmitte nobis debita nostra*

Kate no sabía latín, y no podía unirse a ellos, así que permaneció callada hasta el «Amén» final.

Alrededor, los monjes alzaron la vista y la saludaron con inclinaciones de cabeza. Kate temía aquel momento, porque le hablarían y sería incapaz de contestar. ¿Qué haría?

Observó a Marek, aparentemente relajado. ¿Y por qué no iba a estarlo? Al fin y al cabo, él conocía el idioma.

Un monje le tendió una fuente de ternera sin decir nada. De hecho, todos guardaban silencio. Las fuentes pasaban de mano en mano, y nadie pronunciaba una sola palabra. El único sonido era el leve tintineo de los cuchillos contra los platos. ¡Comían en silencio!

Kate aceptó la fuente con un gesto de asentimiento y se sirvió una generosa ración, y luego otra, refrenándose solo al advertir la mirada de desaprobación de Marek. Le entregó la fuente.

Al fondo del refectorio, un monje comenzó a leer un texto en latín, y su voz llegaba a los oídos de Kate como una lejana cadencia mientras comía vorazmente.

Estaba muerta de hambre. No recordaba cuánto tiempo hacía que no había disfrutado tanto de una comida. Miró de reojo a Marek, que comía con una plácida sonrisa en los labios. Kate se concentró en el caldo, que estaba delicioso, y al cabo de un momento volvió a mirar a Marek.

Ya no sonreía.

Marek había permanecido atento a las entradas del refectorio, una alargada sala rectangular. Había tres: una a su derecha, una a su izquierda, y otra enfrente, en la parte central del refectorio.

Minutos antes había visto reunirse cerca de la puerta de la derecha a un grupo de soldados vestidos de verde y negro. Se asomaron a echar una ojeada, como si les interesara la comida, pero se quedaron fuera.

Y en ese momento vio a un segundo grupo de soldados ante la puerta de enfrente. Kate lo miró, y él, inclinándose, le susurró al oído:

—La puerta de la izquierda.

Los monjes sentados alrededor les dirigieron miradas de desaprobación. Kate asintió con la cabeza, indicando a Marek que lo comprendía.

¿Adónde conducía la puerta de la izquierda? Allí no había soldados, y al otro lado se veía solo un espacio oscuro. Diera a donde diera, tendrían que arriesgarse. Marek cruzó una mirada con Chris y señaló discretamente con el pulgar: era hora de marcharse.

Chris movió la cabeza en un casi imperceptible gesto de asentimiento. Marek apartó su tazón de caldo, y cuando hacía ya ademán de levantarse, un monje de hábito blanco se acercó a él y le anunció al oído:

—El abad os recibirá ahora.

El abad de Sainte-Mère era un hombre enérgico de poco más de treinta años, con cuerpo de atleta y mirada astuta de mercader. Llevaba un hábito negro exquisitamente bordado y un collar de oro macizo, y la mano que ofreció para que se la besaran lucía sortijas en cuatro dedos. Los recibió en un patio soleado, y empezó a pasear al lado de Marek mientras Chris y Kate los seguían a unos pasos de distancia. Había soldados con los colores verde y negro por todas partes. El abad era de carácter alegre, pero tenía la costumbre de cambiar repentinamente de tema, como si pretendiera coger desprevenido a su interlocutor.

—Os pido mis más sinceras disculpas por la presencia de estos soldados —dijo el abad—, pero sospecho que unos intrusos, hombres de Oliver, han penetrado en el recinto del monasterio, y debemos extremar nuestras precauciones hasta que los encontremos. Y mi señor Arnaut ha tenido la deferencia de ofrecernos protección. ¿Habéis comido bien?

—Muy bien, gracias a Dios y a su ilustrísima.

El abad sonrió complacido.

—La adulación no es de mi agrado —dijo—. Y nuestra orden la proscribiera.

—Lo tendré en cuenta —respondió Marek.

El abad miró a los soldados y suspiró.

—Con tantos soldados, es inútil organizar partidas.

—¿A qué partidas os referís?

—Partidas, partidas de caza —repuso el abad con tono impaciente—. Ayer por la mañana salimos de cacería y volvimos con las manos vacías, sin un corzo siquiera. Y el grueso de las tropas de Cervole aún no había llegado. Ahora ya están aquí, dos mil hombres. Las piezas que ellos no cobren huirán asustadas. Pasarán meses antes de que haya otra vez caza en estos bosques. ¿Qué nuevas me traéis del maestro Edwardus? Contadme, porque necesito saber de él con urgencia.

Marek frunció el entrecejo. Ciertamente el abad parecía tenso, ávido de noticias. Pero daba la impresión de que esperaba una información concreta.

—El maestro Edwardus está en La Roque, su ilustrísima.

—Ah. ¿Con sir Oliver?

—Sí, su ilustrísima.

—Es una lástima. ¿Os transmitió algún mensaje para mí? —Debió de advertir perplejidad en la expresión de Marek—. ¿No?

—Edwardus no me dio ningún mensaje, su ilustrísima.

—¿Algo en clave, tal vez? ¿Alguna frase trivial o inconexa?

—Lo lamento pero no —respondió Marek.

—Más lo lamento yo. ¿Y ahora está en La Roque?

—Sí, su ilustrísima.

—Una situación ciertamente aciaga —comentó el abad—. Pues, según creo, La Roque es inexpugnable.

—No obstante, sí existe un pasadizo secreto para acceder... —dijo Marek.

—Ah, el pasadizo, el pasadizo —lo interrumpió el abad, haciendo un gesto de rechazo—. Ese pasadizo será mi perdición. No oigo hablar de otra cosa. Todo el mundo desea descubrir el pasadizo, y Arnaut el primero. El maestro me prestaba sus servicios revisando los viejos documentos de Marcellus. ¿Estáis seguro de que no os dijo nada?

—Nos dijo que buscáramos al hermano Marcelo.

El abad soltó un resoplido.

—Ese pasadizo secreto fue obra del ayudante y escriba del obispo de Laon, que era el hermano Marcelo, cierto. Pero en los últimos años el viejo Marcelo estaba fuera de su sano juicio. Por eso le permitíamos vivir en el molino. Pasaba el día entero mascullando y hablando solo, y de pronto empezaba a vociferar, diciendo que veía demonios y espíritus, se le quedaban los ojos en blanco y agitaba sin control brazos y piernas, hasta que las visiones desaparecían. —El abad movió la cabeza en

un gesto de negación—. Los otros monjes lo veneraban, interpretando esas visiones como prueba de devoción, y no como lo que en realidad eran: el síntoma de un trastorno. Pero ¿por qué os pidió el maestro que acudierais a él?

—El maestro dijo que Marcelo tenía una llave.

—¿Una llave? —repitió el abad—. ¿Una *llave*? —Parecía muy irritado—. Claro que tenía una llave. Tenía muchas llaves, y todas se encuentran en el molino, pero no podemos... —Dio un traspie y a continuación miró a Marek con expresión de sorpresa.

Alrededor, los hombres apostados en el patio empezaron a gritar y señalar hacia arriba.

—Su ilustrísima... —dijo Marek.

El abad escupió sangre y se desplomó en brazos de Marek, que lo tendió con cuidado en el suelo. Notó la flecha en la espalda del abad antes de verla. Más flechas zumbaron y se clavaron en la tierra cerca de ellos, temblando las astas entre la hierba.

Marek alzó la vista y divisó varias figuras vestidas de marrón en el campanario de la iglesia, disparando en rápida sucesión. Una flecha arrancó a Marek el bonete de la cabeza; otra le desgarró la manga del jubón. Otra se hundió en el hombro del abad.

La siguiente flecha traspasó el muslo a Marek. Sintió un dolor intenso y ardiente que se extendió por toda la pierna y perdió el equilibrio, cayendo de espaldas en la hierba. Intentó levantarse, pero estaba demasiado aturdido. Volvió a caer de espaldas mientras las flechas silbaban alrededor.

En el lado opuesto del patio, Chris y Kate corrieron a guarecerse de la lluvia de flechas. Kate lanzó un alarido, se tambaleó y se fue de bruces a tierra. Una flecha asomaba de su espalda. Se apresuró a levantarse, y Chris vio que la flecha le había atravesado el jubón bajo la axila pero no la había herido. Otra flecha rozó la pierna a Chris, rasgándole las calzas. Y por fin llegaron a la galería porticada y se lanzaron al suelo tras uno de los arcos. Alrededor, las flechas impactaban contra las paredes y los arcos de piedra.

—¿Estás bien? —preguntó Chris.

Kate, con la respiración entrecortada, movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿Dónde está André?

Chris se levantó y miró con cautela desde detrás de la columna.

—¡Oh, no! —exclamó, y echó a correr por la galería.

Tambaleándose, Marek se puso en pie y vio que el abad seguía con vida.

—Perdonadme —dijo mientras cargaba al abad sobre su hombro y se dirigía hacia un rincón.

Los soldados del patio empuñaban ya sus arcos y respondían al ataque con cerradas descargas contra el campanario. Caían ya menos flechas.

Marek llevó al abad tras los arcos de la galería y lo dejó en el suelo junto a él. El abad se arrancó la flecha del hombro y la tiró. El esfuerzo le cortó la respiración.

—La espalda... la espalda...

Marek lo volvió con delicadeza. El asta hundida en su espalda palpitaba con cada latido del corazón.

—¿Queréis que os la extraiga? —preguntó.

—No. —En un gesto desesperado, el abad echó un brazo alrededor del cuello de Marek y lo atrajo hacia sí—. Todavía no... Un sacerdote... sacerdote... —Los ojos se le quedaron en blanco.

Un sacerdote corría hacia ellos.

—Ya viene, su ilustrísima.

El abad pareció sentir alivio al oírlo, pero continuó aferrado a Marek. En voz muy baja, casi un susurro, dijo:

—La llave para entrar en La Roque...

—¿Sí, su ilustrísima?

—Habitación...

Marek esperó.

—¿Qué habitación, su ilustrísima? ¿Qué habitación?

—Arnaut —musitó el abad, y sacudió la cabeza como si tratara de despejársela—. Arnaut se enojará... habitación... —Se desprendió de Marek, y éste le arrancó la flecha de la espalda y lo ayudó a tenderse en el suelo—. Siempre me hacía... no se lo diría a nadie... por eso... Arnaut... —Cerró los ojos.

El sacerdote apartó a Marek y, hablando rápidamente en latín, dejó en el suelo la vasija con los santos óleos y descalzó al abad. De inmediato empezó a administrarle la extremaunción.

Apoyado contra una de las columnas del claustro, Marek se extrajo la flecha del muslo. Había penetrado oblicuamente, y la herida no era tan profunda como en un primer momento se temió. Solo tres centímetros del asta habían quedado teñidos de sangre. Acababa de arrojar la flecha al suelo cuando Chris y Kate se acercaron.

Se detuvieron ante él, mirando su pierna y la flecha. La herida sangraba. Kate se recogió el jubón y, con ayuda de la daga, rasgó el borde inferior de su camisa de hilo y arrancó una tira. La ató en torno al muslo de Marek en un improvisado vendaje.

—No es grave —dijo Marek.

—En todo caso, llevarla vendada no te hará ningún mal —respondió ella—. ¿Puedes andar?

—Claro que puedo andar.

—Estás pálido.

—Estoy bien —aseguró Marek, y apartándose de la columna, se volvió para mirar hacia el patio.

Cuatro soldados yacían en tierra, y el patio entero se hallaba erizado de flechas. Los otros soldados habían desaparecido. Ya nadie disparaba desde el campanario, y de sus ventanas superiores salían bocanadas de humo. En el lado opuesto del patio vieron más humo, denso y oscuro, procedente del refectorio. El monasterio entero empezaba a arder.

—Tenemos que encontrar esa llave —dijo Marek.

—Pero está en la habitación del hermano Marcelo —repuso Kate.

—No estoy muy seguro de eso.

Marek recordaba que, en las horas previas al viaje a Nuevo México, Elsie, la grafóloga del proyecto, había hecho referencia a una llave. Y también a una palabra que desconocía. No recordaba los detalles —en aquel momento estaba demasiado preocupado por el profesor para prestar atención—, pero sí recordaba con toda claridad que el comentario aludía a uno de los pergaminos del legajo hallado en el monasterio. El mismo legajo que contenía la nota del profesor.

Y Marek sabía dónde encontrar esos pergaminos.

Corrieron hacia la iglesia por la galería porticada. En algunas ventanas, las vidrieras de colores estaban rotas, dejando escapar columnas de humo. Oyeron voces provenientes del interior, y al cabo de un momento un piquete de soldados salió por la puerta. Marek se dio media vuelta y, seguido de cerca por Kate y Chris, volvió sobre sus pasos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Chris.

—Buscar la entrada.

—¿Qué entrada?

A todo correr, Marek dobló a la izquierda, tomó por una galería porticada, y luego torció nuevamente a la izquierda por una angosta abertura que daba acceso a un reducido espacio, una especie de despensa, iluminado por una antorcha. En el suelo había una trampilla. Marek la abrió, y vieron unos peldaños que se perdían en la oscuridad. Cogió la antorcha, y los tres descendieron por la escalera. Chris, el último en entrar, cerró la trampilla y bajó a aquella cámara húmeda y oscura.

La antorcha chisporroteaba en el aire frío. A la luz vacilante de la llama, vieron enormes toneles de unos dos metros de diámetro dispuestos junto a la pared. Estaban en la bodega.

—Éste es un sitio que los soldados no tardarán en encontrar —comentó Marek. Sin vacilar, continuó adelante, atravesando sucesivas cámaras con toneles como la primera.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó Kate, detrás de él.

—¿Tú no lo sabes? —repuso Marek.

Pero Kate no tenía la menor idea. Ella y Chris seguían de cerca a Marek, reacios a abandonar el reconfortante círculo de luz proyectado por la antorcha. Avanzaban ya entre las tumbas del monasterio, pequeños nichos abiertos en la pared donde yacían los cadáveres envueltos en mortajas, muchas de éstas hechas jirones por la misma podredumbre. De vez en cuando veían un cráneo, con restos de pelo aún adheridos; o unos pies, con los huesos parcialmente visibles. Oían los chillidos de las ratas en la oscuridad.

Kate se estremeció.

Marek se detuvo de pronto en una cámara casi vacía.

—¿Por qué paramos? —preguntó Kate.

—¿No reconoces el lugar? —dijo Marek.

Kate miró alrededor, y al cabo de un momento se dio cuenta de que se encontraba en la misma cámara subterránea en la que había penetrado unos días antes tras desmoronarse una zanja en la excavación del monasterio. Allí estaba el sarcófago del caballero, ahora tapado. Adosada a otra pared, se hallaba la tosca mesa de madera, en la cual había láminas de hule apiladas y legajos de documentos atados con cordel de cáñamo. A un lado, sobre un muro bajo, vio un legajo separado del resto, y junto a éste el reflejo de las lentes bifocales de las gafas del profesor.

—Debió de perderlas ayer —comentó Kate—. Quizá los soldados lo capturaron aquí.

—Probablemente.

Kate observó a Marek mientras éste pasaba uno por uno los pergaminos del legajo. No tardó en encontrar el mensaje del profesor, y entonces concentró su atención en el documento anterior de la pila. Con la frente arrugada, lo examinó a la luz de la antorcha.

—¿Qué es? —preguntó Kate.

—Una descripción —contestó Marek—. De un río subterráneo, y... aquí está. —Señaló a un margen del manuscrito, donde aparecía una anotación en latín escrita precipitadamente—. Pone: «Marcellus tiene la llave». Y luego hace referencia a... una puerta o abertura..., y unos pies grandes.

—¿Unos pies grandes?

—Un momento. No, no es eso —rectificó Marek. Empezó a acudir vagamente a su memoria la interpretación que Elsie había dado al texto—. Significa: «Pies de gigante».

—Pies de gigante —repitió Kate, mirando a Marek con expresión dubitativa—. ¿Estás seguro de que lo has entendido bien?

—Eso se lee aquí.

—¿Y qué es esto otro? —preguntó Kate, refiriéndose a las dos palabras, una encima de otra, que Marek señalaba con el dedo:

DESIDE

VIVIX

—Ahora me acuerdo —dijo Marek—. Elsie comentó que este término, «*vivix*», era nuevo para ella. En cambio, no mencionó siquiera «*deside*», y a mí esto no me parece siquiera latín. Tampoco es occitano, ni francés antiguo.

Usando la daga, cortó una esquina del documento, grabó en el fragmento de pergamino las dos palabras con la punta de la daga, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—Pero ¿qué quiere decir eso? —preguntó Kate.

Marek movió la cabeza en un gesto de negación.

—No tengo la menor idea.

—Estaba añadido al margen. Quizá no significa nada. Tal vez sea un simple garabato, o un dato contable, o algo así.

—Lo dudo.

—En aquella época también debían de hacer garabatos.

—Lo sé, Kate. Pero a mí esto no me parece un garabato. Esto es una anotación importante. —Volvió a examinar el manuscrito, siguiendo el texto con el dedo—. Veamos. Veamos..., aquí dice que *Transitus occultus incipit...* el pasadizo empieza... *propre ad capellam viridem, sive capellam mortis...* en la ermita verde, también conocida como ermita de la muerte... y...

—¿La ermita verde? —repitió Kate con un extraño tono de voz.

Marek asintió con la cabeza.

—Sí, así es. Pero no explica dónde está esa ermita. —Dejó escapar un suspiro—. Si el pasadizo comunica realmente con los túneles y cuevas de piedra caliza, podría estar en cualquier parte.

—No, André —corrigió Kate—. No está en cualquier parte.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé dónde está esa ermita verde —respondió Kate—. Venía marcada en los planos topográficos realizados para el proyecto Dordogne. Son unas ruinas, justo en la periferia del área abarcada por el proyecto. Recuerdo que me extrañó que no se hubiera incluido, porque estaba muy cerca. En el plano, aparecía como «*chapelle verte morte*», y creí que significaba la «capilla de la muerte verde». Me acuerdo porque me sonó algo salido de un relato de Edgar Allan Poe.

—¿Recuerdas dónde está exactamente?

—Exactamente no, pero sí que está en medio del bosque a un kilómetro al norte de Bezenac.

—En ese caso, es posible —dedujo Marek—. Podría haber un túnel de un kilómetro.

Detrás de ellos, oyeron a los soldados bajar a la bodega.

—Es hora de irse.

Marek los guio a la izquierda, por un pasillo que iba a dar al pie de una escalera. Kate recordó esa escalera, que días antes había visto parcialmente enterrada. Ahora, en cambio, ascendía hasta una trampilla de madera.

Marek subió por los peldaños y empujó la trampilla con el hombro, abriéndola sin dificultad. Fuera vieron el cielo gris, y humo.

Marek salió, y Kate y Chris lo siguieron.

Aparecieron en un vergel, los árboles frutales plantados en ordenadas filas, las hojas de primavera de un vivo color verde. Corrieron entre los árboles hasta el muro del monasterio. Allí tenía una altura de más de tres metros y medio, excesiva para encaramarse a él. Pero treparon a los árboles y saltaron al exterior por encima del muro. Enfrente vieron un espeso bosque. Se dirigieron hacia allí rápidamente y una vez más se adentraron en la densa sombra de la enramada.

En el laboratorio de la ITC, David Stern se apartó del prototipo. Contempló el pequeño artefacto electrónico —una serie de componentes unidos con cinta adhesiva— que había estado montando y probando durante las últimas cinco horas.

—Listo —anunció por fin—. Eso les enviará un mensaje. —Era ya de noche; por las ventanas del laboratorio se veía solo la oscuridad—. ¿Qué hora es allí en estos momentos?

Gordon contó con los dedos.

—Llegaron a las ocho de la mañana. Han pasado veintisiete horas. Así que ahora son las once de la mañana del día siguiente.

—Muy bien. Una hora idónea.

Stern había logrado construir aquel dispositivo electrónico de comunicaciones pese a los dos sólidos argumentos de Gordon en contra de su factibilidad. Gordon sostenía que era imposible enviar un mensaje al pasado, porque no se conocía el punto exacto donde se materializaría la máquina. Estadísticamente, las probabilidades de que la máquina apareciera cerca de donde se hallaran sus compañeros eran casi nulas. Así que no recibirían el mensaje. El segundo problema estribaba en que no existía medio alguno de saber si habían recibido o no el mensaje.

Pero Stern había resuelto las dos objeciones con extrema sencillez. Su artefacto se componía de un auricular transmisor/receptor, idéntico a los que llevaban acoplados los miembros del equipo, y dos pequeños dictáfonos: el primero reproducía un mensaje grabado; el segundo grababa cualquier mensaje captado a través del auricular. En suma, el artilugio era —como Gordon lo describió con admiración— un «contestador automático concebido para el multiverso».

Stern grabó un mensaje que decía: «Os habla David. Lleváis fuera veintisiete horas. No intentéis volver antes de treinta y dos horas. A partir de ese momento estaremos preparados para recibirlos. Entretanto, hacednos saber si estáis bien. Solo tenéis que hablar, y vuestro mensaje quedará grabado. Eso es todo por ahora. Hasta pronto».

Stern escuchó el mensaje una última vez y dijo:

—Muy bien, enviémoslo.

Gordon pulsó los botones del panel de control. La máquina empezó a zumbir y la envolvió una luz azul.

Horas antes, cuando comenzaba a trabajar en el aparato, la única preocupación de Stern era que sus compañeros probablemente ignoraban que no podían regresar. En

ese caso, existía el riesgo de que, en una situación apurada, viéndose por ejemplo atacados en todas direcciones, llamaran a la máquina en el último instante, convencidos de que podían volver de inmediato. Por tanto, Stern consideraba conveniente informarlos de que, por el momento, no podían volver.

Ésa había sido su preocupación inicial. Pero después lo asaltó una segunda, aún más alarmante. El aire de la cavidad se había renovado hacía ya dieciséis horas. Los equipos de trabajo habían accedido al interior y reconstruían la plataforma de tránsito. La sala de control permanecía en estado de alerta desde hacía muchas horas.

Y no se habían registrado cabriolas de campo.

Lo cual significaba que no se había producido intento alguno de volver. Y Stern presentía —aunque naturalmente, nadie había confirmado sus sospechas, y menos Gordon— que el personal de la ITC opinaba que un período de más de veinte horas sin cabriolas de campo era muy mala señal. Tenía la impresión de que un amplio sector de la ITC daba por muertos a los miembros del equipo.

Así pues, el principal interés del aparato de Stern no era tanto si podía enviar un mensaje como si era posible recibirlo. Porque si se recibía un mensaje, sería prueba inequívoca de que sus compañeros seguían vivos.

Stern había equipado el aparato con una antena y añadido un trinquete que inclinaba la antena flexible en distintos ángulos y repetía el mensaje de salida tres veces. De modo que el equipo dispondría de tres oportunidades para responder. Después de eso, la máquina regresaría automáticamente al presente, tal como ocurría cuando experimentaban con la cámara fotográfica.

—Allá vamos —dijo Gordon.

En medio de una sucesión de destellos, la máquina empezó a disminuir de tamaño.

La espera fue angustiosa. Transcurridos diez minutos, la máquina volvió. Un vapor frío se elevó del suelo mientras Stern recogía el dispositivo electrónico, retiraba la cinta adhesiva, rebobinaba el dictáfono receptor y empezaba a escuchar la grabación.

Sonó el mensaje saliente.

No hubo respuesta.

Sonó el mensaje saliente por segunda vez.

Tampoco hubo respuesta. Una ráfaga de estática, pero nada más.

Gordon miraba a Stern con semblante inexpresivo.

—Podría haber muchas explicaciones —dijo Stern.

—Por supuesto, David.

El mensaje de salida sonó una tercera vez. Stern contuvo la respiración.

Una nueva interferencia, y luego, en el silencio del laboratorio, Stern oyó decir a Kate: «¿No habéis oído algo?».

Marek: «¿De qué hablas?».

Chris: «¡Por Dios, Kate, desconecta el auricular!».

Kate: «Pero...».

Marek: «Desconéctalo».

Más interferencias estáticas. No más voces. Pero habían salido de dudas.

—¡Están vivos! —exclamó Stern.

—Es evidente —dijo Gordon—. Vayamos a ver cómo anda la reconstrucción de la plataforma de tránsito.

Doniger se paseaba por su despacho recitando su alocución, ensayando los gestos de las manos, los movimientos del cuerpo. Se había labrado cierta fama de orador persuasivo e incluso carismático, pero Kramer sabía que no era un don natural. Por el contrario, era fruto de una larga y minuciosa preparación: los ademanes, las expresiones, todo. Doniger no dejaba nada a la improvisación.

En su primera etapa junto a Doniger, Kramer observaba con perplejidad ese comportamiento: sus ensayos obsesivos e interminables antes de cualquier aparición en público parecían impropios de un hombre a quien, en la mayoría de las situaciones, le traía sin cuidado la impresión que causaba a los demás. Con el tiempo, Kramer llegó a la conclusión de que Doniger se recreaba tanto en su oratoria porque hablar en público era una clara forma de manipulación. Estaba convencido de que era más inteligente que nadie, y un discurso convincente —«Se lo tragarán todo y no se darán ni cuenta»— era una manera más de demostrarlo.

En ese momento Doniger iba de un lado a otro, usando a Kramer como auditorio.

—Estamos regidos por el pasado, aunque nadie lo comprende. Nadie es consciente del poder del pasado —dijo, moviendo la mano en un amplio gesto—. Pero si se paran a pensar en ello, verán que el pasado ha sido siempre más importante que el presente. El presente es como una isla de coral que asoma sobre el agua pero se asienta sobre millones de corales muertos bajo la superficie, que nadie ve. Análogamente, nuestro mundo cotidiano se asienta sobre millones y millones de acontecimientos y decisiones que tuvieron lugar en el pasado. Y lo que añadimos en el presente carece de la menor trascendencia.

»Un adolescente desayuna y luego va a la tienda a comprar el último CD de un nuevo grupo. El chico cree que vive en un momento moderno. Pero ¿quién ha definido qué es un “grupo”? ¿Quién ha definido qué es una “tienda”? ¿Quién ha definido qué es un “adolescente”? ¿O un “desayuno”? Por no hablar ya de todo lo demás, del entorno social de ese chico: la familia, los estudios, la ropa, el transporte y el gobierno.

»Nada de eso se ha decidido en el presente. La mayor parte se decidió hace cientos de años. Quinientos años, mil años. Ese chico está sentado sobre una montaña que es el pasado. *Y no se da cuenta de ello*. Su vida se *rige* por aquello que nunca ve, en lo que nunca piensa, que ni siquiera conoce. Es una forma de coerción que se

acepta sin cuestionarse. Ese mismo chico se muestra escéptico ante otras formas de control: las restricciones paternas, los mensajes publicitarios, las leyes. En cambio, el dominio invisible del pasado, que lo decide casi todo en su vida, no se pone en tela de juicio. Eso es verdadero poder. Un poder que puede conquistarse y usarse. Pues el pasado no solo rige el presente, sino también el futuro. Por eso siempre afirmo que el futuro pertenece al pasado. Y la razón...

Doniger se interrumpió, irritado. El teléfono móvil de Kramer sonaba, y ella contestó. Doniger, deambulando por el despacho, esperó a que acabara de hablar. Ensayando un gesto, luego otro.

Kramer colgó y miró a Doniger.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Era Gordon. Están vivos, Bob.

—¿Ya han vuelto?

—No, pero hemos recibido un mensaje grabado con sus voces. Tres de ellos están vivos con toda certeza.

—¿Un mensaje? ¿Quién ha encontrado la manera de comunicarse con ellos?

—Stern.

—¿En serio? Quizá no es tan tonto como yo creía. Deberíamos contratarlo. —Guardó silencio por un instante—. ¿Quiere eso decir, pues, que finalmente volverán?

—No. No estoy segura de eso.

—¿Cuál es el problema?

—Mantienen los auriculares desconectados.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Las pilas de los auriculares tienen carga de sobra para treinta y siete horas. No es necesario apagarlos. —Miró fijamente a Kramer—. ¿Tú crees...? ¿Crees que es por él? ¿Crees que lo hacen por Deckard?

—Puede ser, sí.

—Pero ¿cómo es posible? Hace ya más de un año. Deckard debe de haber muerto a estas alturas. ¿Recuerdas la facilidad que tenía para pelearse con todo el mundo?

—Bueno, el caso es que *algo* los ha obligado a desconectar los auriculares...

—No sé qué pensar —dijo Doniger—. Rob había acumulado muchos errores de transcripción, y había perdido totalmente el control. ¡Si hasta tenía pendiente una condena de prisión!

—Sí. Por dar una paliza en un bar a un hombre que no conocía. Según el informe de la policía, Deckard lo golpeó cincuenta y dos veces con una silla metálica. El hombre estuvo en coma durante un año. Y Rob tenía que cumplir condena. Por eso se ofreció voluntario a viajar una vez más al pasado.

—Si Deckard sigue vivo —concluyó Doniger—, esos estudiantes están todavía en peligro.

—Sí, Bob. En un grave peligro.

De nuevo en la fresca penumbra del bosque, Marek dibujó un mapa esquemático en la tierra con la punta de un palo.

—Ahora nos encontramos aquí, detrás del monasterio. El molino está en esta dirección, a medio kilómetro de aquí. Y tenemos que pasar un puesto de control.

—Ajá —convino Chris.

—Y luego debemos entrar en el molino.

—De una manera u otra —dijo Chris.

—Bien —continuó Marek—. Salimos del molino con la llave y nos dirigimos hacia la ermita verde, que está... ¿dónde, Kate?

Kate cogió el palo y trazó un cuadrado.

—Si esto es La Roque, en lo alto del despeñadero, tenemos un bosque al norte. El camino corre más o menos por aquí. Creo que la ermita no está muy lejos... quizá aquí.

—¿A dos kilómetros, tres?

—Digamos que tres.

Marek movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Bueno, eso está hecho —dijo Chris, levantándose y sacudiéndose la tierra de las manos—. Solo tenemos que superar un puesto de control con guardias armados, entrar en un molino fortificado, buscar luego cierta ermita... y procurar que no nos maten en el camino. En marcha.

Dejando atrás el bosque, avanzaron por un paisaje de desolación. Las llamas envolvían el monasterio de Sainte-Mère, y las nubes de humo oscurecían el sol. Una ceniza negra cubría la tierra, les caía en la cara y los hombros, y enturbiaba el aire. Notaban sabor a polvo en la boca. En la orilla opuesta del río, apenas distinguían el perfil oscuro de Castelgard, reducido a un montón de escombros renegridos y humeantes en la ladera del monte.

En medio de aquella devastación, no vieron un alma durante mucho rato. Al oeste del monasterio, pasaron frente a una casa de labranza a cuya entrada yacía un anciano con dos flechas clavadas en el pecho. En el interior se oía el llanto de un recién nacido. Asomándose a la puerta, vieron a una mujer, muerta a hachazos, tendida boca abajo junto al fuego, y a un niño de unos seis años con la mirada fija en el techo y las entrañas desparramadas. No vieron al recién nacido, pero sus lloros provenían de una manta tirada en un rincón.

Kate hizo ademán de acercarse, pero Marek la contuvo.

—No vayas.
Siguieron adelante.

El humo flotaba sobre el solitario paisaje, las chozas abandonadas, los campos desatendidos. Aparte de los moradores brutalmente asesinados de la casa de labranza, no vieron a nadie más.

—¿Dónde se ha metido la gente? —preguntó Chris.

—Han huido todos a los bosques —respondió Marek—. Allí tienen cabañas y refugios subterráneos. Saben valerse.

—¿En los bosques? ¿Y de qué viven?

—Asaltan a los soldados en los caminos. Por eso los caballeros matan a todos aquellos que encuentran en el bosque. Dan por supuesto que son *godins*, bandidos, y saben que los *godins*, si pueden, les pagarán con la misma moneda.

—¿Eso, pues, nos ocurrió a nosotros cuando llegamos?

—Sí —contestó Marek—. El antagonismo entre nobles y plebeyos es ahora más encarnizado que nunca. La gente corriente se subleva porque está obligada a mantener a esa clase hidalga con sus tributos y diezmos, y luego, a la hora de la verdad, los caballeros no cumplen su parte del acuerdo. Son derrotados en las batallas e incapaces, por tanto, de proteger los territorios. El rey francés ha sido capturado, lo cual tiene un importante valor simbólico para el estado llano. Y ahora que Inglaterra y Francia están en tregua, la gente ve aún con mayor claridad que los caballeros causan más estragos que la propia guerra. Arnaut y Oliver combatieron por sus respectivos reyes en Poitiers. Y ahora los dos se dedican a saquear la región para pagar a sus huestes. El pueblo está descontento, y en respuesta forma bandas de *godins*, que viven en los bosques y contraatacan cuando se presenta la ocasión.

—¿Y lo que hemos visto en esa casa? —dijo Kate—. ¿Qué explicación tiene eso? Marek se encogió de hombros.

—Quizá un día tu padre es asesinado en el bosque por una banda de campesinos. Quizá tu hermano bebe una noche más de la cuenta, se extravía, y luego es encontrado muerto y desnudo. Quizá tu esposa e hijos desaparecen sin dejar rastro cuando viajaban de un castillo a otro. Al final, quieres desahogar en alguien tu ira y tu frustración. Y tarde o temprano lo haces.

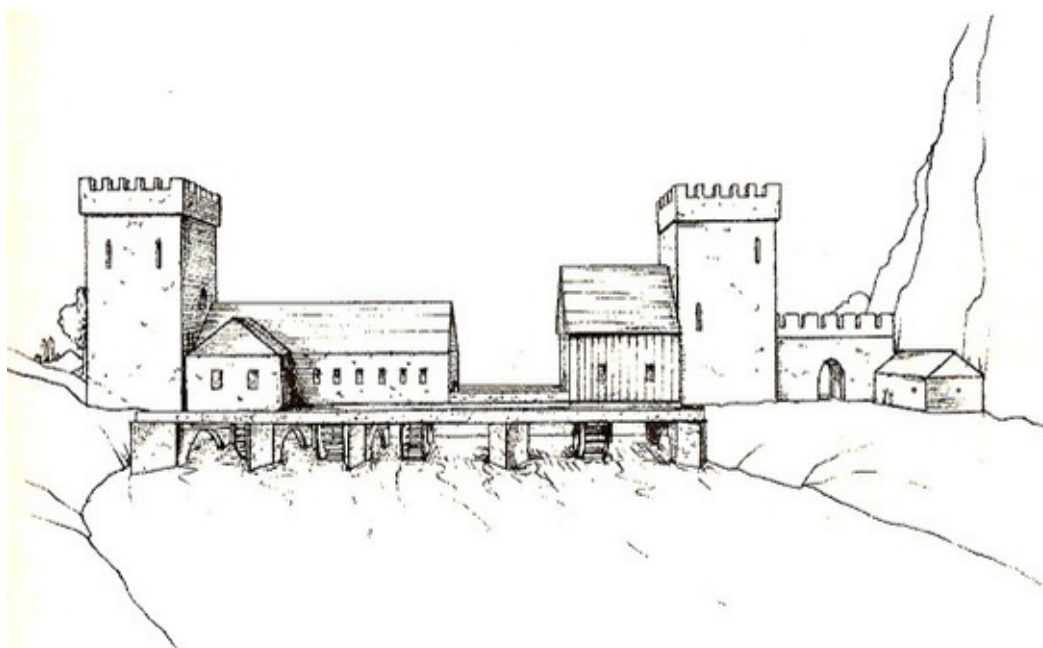
—Pero...

Marek calló y señaló al frente. Sobre las copas de unos árboles, vieron pasar velozmente hacia la izquierda un estandarte verde y negro, sostenido por un jinete a todo galope.

Marek señaló a la derecha, y se encaminaron en silencio río arriba. Por fin, llegaron al puente del molino, y al puesto de control.

En la orilla del río, el puente del molino terminaba en un muro alto con un arco de entrada. Al otro lado del arco había una garita de peaje. El único camino a La Roque

pasaba bajo aquel arco, lo cual significaba que los soldados de Oliver, que controlaban el puente, controlaban también el camino.



Al borde mismo del camino se alzaba un despeñadero alto y abrupto. La única alternativa era cruzar el arco. Y de pie junto al arco, conversando con los soldados cerca de la garita, estaba Robert de Kere.

Marek movió la cabeza en un gesto de negación.

Por el camino avanzaba una riada de campesinos, en su mayoría mujeres y niños, algunos con sus exiguas pertenencias a cuestas. Se dirigían al castillo de La Roque en busca de protección. De Kere, hablando con uno de los guardias, lanzaba esporádicos vistazos a los campesinos. No parecía prestar mucha atención, pero no conseguirían pasar ante él sin ser descubiertos.

Al cabo de un rato, De Kere volvió a entrar en el puente fortificado. Marek dio sendos codazos a Chris y Kate, y salieron al camino, dirigiéndose lentamente hacia el puesto de control. Marek notó que empezaba a sudar.

Los guardias registraban las pertenencias de la gente, confiscando todo aquello que les parecía de algún valor y amontonándolo junto al camino.

Marek llegó al arco y lo atravesó. Los soldados lo observaron, pero él no los miró a los ojos. Superó el control, y también Chris, y por último Kate.

Siguieron a la muchedumbre por el camino, pero cuando la gente dobló para entrar en el pueblo de La Roque, Marek fue en dirección contraria, hacia la orilla del río.

Allí no había nadie, y pudieron atisbar el puente fortificado —a medio kilómetro río abajo— a través del follaje.

El panorama no era muy alentador.

En cada extremo del puente se alzaba una enorme torre de vigilancia, de dos pisos de altura, con almenas y aspilleras en los cuatro lados. En lo alto de la torre más

cercana, vieron a dos docenas de soldados vestidos de marrón y gris en actitud alerta, preparados para la lucha. En la torre del lado opuesto, donde flameaba el estandarte de lord Oliver, montaba guardia igual número de soldados.

Entre las torres, el puente constaba de dos edificios de distinto tamaño, comunicados por rampas. Cuatro ruedas hidráulicas giraban bajo el puente, impulsadas por las aguas del río, aceleradas mediante una serie de represas y canales.

—¿Qué opinas? —preguntó Marek a Chris. Al fin y al cabo, aquella estructura era el principal interés de Chris en el proyecto. Llevaba dos años estudiándola—. ¿Podemos entrar?

Chris negó con la cabeza.

—Imposible. Hay soldados por todas partes. No existe forma alguna de entrar.

—¿Qué es el edificio que se encuentra más cerca de nosotros? —dijo Marek, señalando una construcción de madera de dos plantas.

—Ése debe de ser el molino harinero —respondió Chris—. Probablemente las muelas están en el piso superior. La harina cae por una tolva a las tinas de la planta baja, donde es más fácil cargar la harina en sacos y llevársela.

—¿Cuántas personas trabajan ahí?

—Dos o tres, probablemente. —Señalando a los soldados, añadió—: Pero en este momento quizá nadie.

—Muy bien. ¿Y el otro edificio?

Marek señaló la segunda estructura, comunicada mediante una rampa con la primera. Era un edificio de mayor longitud y menor altura.

—No estoy seguro —dijo Chris—. Podría haber una fragua, una fábrica de papel, un macerador de malta para producir cerveza, o incluso una carpintería.

—¿Con sierras, quieres decir?

—Sí. En esta época había sierras accionadas con energía hidráulica. Si es que realmente es una carpintería...

—Pero ¿no estás seguro?

—No, a simple vista no.

—Perdonad —dijo Kate—, pero ¿por qué nos molestamos siquiera en hablar de eso? Basta con verlo: no hay manera de entrar.

—Tenemos que entrar —afirmó Marek—, para buscar la llave en la habitación del hermano Marcelo.

—Pero ¿cómo, André? ¿Cómo vamos a entrar?

Marek observó el puente en silencio durante largo rato. Finalmente dijo:

—Nadaremos hasta allí.

Chris negó con la cabeza.

—Imposible. —Los pilares del puente eran totalmente verticales, y las piedras estaban resbaladizas a causa de las algas adheridas—. No podremos trepar por ahí.

—¿Quién ha hablado de trepar? —preguntó Marek.

Chris ahogó una exclamación al notar el agua helada del Dordogne. Marek se apartaba ya de la orilla, dejándose llevar por la corriente. Kate lo seguía de cerca, desplazándose hacia la derecha para situarse en el centro del cauce. Chris se zambulló y fue tras ellos, lanzando nerviosos vistazos hacia la orilla.

Por el momento, los soldados no los habían visto. Chris oía solo el potente rumor del río. Miró al frente, concentrándose en el puente, cada vez más cerca. Su cuerpo se tensó. Sabía que solo dispondría de una oportunidad; si fallaba, la corriente lo arrastraría aguas abajo, y difícilmente podría volver atrás sin ser capturado.

Ésa era, pues, la situación.

Una única oportunidad.

A ambos lados del río, una serie de pequeños muros construidos en el cauce aceleraban la corriente, y Chris empezó a avanzar a mayor velocidad. Más adelante, a corta distancia de las ruedas hidráulicas, un declive daba un último impulso al curso de agua. Se encontraban ya bajo la sombra del puente. Ocurría todo muy deprisa. Allí el río, en medio de un impetuoso fragor, se convertía en espuma blanca. Chris oía ya los chirridos de las ruedas de madera.

Marek llegó a la primera rueda, se agarró a los rayos, se balanceó por un instante, se encaramó a una de las palas y empezó a ascender, llevado por la rueda, hasta perderse de vista.

Lo había hecho con tal soltura que parecía sencillo.

Ahora era Kate quien llegaba a la segunda rueda, cerca del centro del río. Con su agilidad, alcanzó fácilmente uno de los rayos, pero un instante después casi resbaló y forcejeó por sujetarse. Finalmente subió a una pala y se quedó en cuclillas sobre ella.

Chris descendió por el declive, gruñendo al golpearse contra las rocas. Alrededor, el agua bullía como en unos rápidos, y la corriente lo arrastró con rapidez hacia la rueda hidráulica.

Era su turno.

La rueda estaba ya cerca.

Chris alargó el brazo hacia el rayo más cercano y se agarró. La mano le resbaló en la madera cubierta de algas. Notó que se le clavaban astillas en los dedos. El rayo se le escapaba. Desesperado, tendió la otra mano. No lo alcanzó. El rayo se elevó en el aire. Chris no podía sostenerse. Se soltó y cayó de nuevo al agua. Intentó aferrarse al siguiente rayo en cuanto emergió. No lo consiguió. Y el río lo arrastró inexorablemente, aguas abajo, hacia la luz del sol.

¡Había fallado!

Maldita sea, se dijo.

La corriente lo alejó de las ruedas, lo alejó de los otros.
Estaba solo.

09.25.12

Kate apoyó una rodilla en la pala de la rueda hidráulica y notó que se elevaba, saliendo del agua. Apoyó la otra rodilla y se acuclilló. Mientras ascendía, miró hacia atrás justo a tiempo de ver a Chris río abajo, su cabeza meciéndose en el agua bajo el sol. La rueda siguió girando, y al cabo de unos segundos Kate se encontró en el interior del molino.

Saltó al suelo y se agachó en la oscuridad. Las tablas se combaron bajo sus pies, y percibió un olor a moho. Se hallaba en una pequeña cámara, con la rueda hidráulica a su espalda y una serie de chirriantes ruedas dentadas de madera a su derecha. Las ruedas dentadas engranaban con un eje vertical, haciéndolo girar. El eje desaparecía en el techo. Salpicada por el agua que desprendían las palas, se quedó inmóvil, escuchando. Pero solo oyó el rumor del río y los crujidos de la madera.

Frente a ella había una puerta baja. Empuñó la daga y abrió lentamente la puerta.

El grano molido caía con un suave susurro por una tolva de madera desde el techo y se vertía en una tina cuadrada de madera. En un rincón estaban apilados los sacos de harina. Un denso polvo amarillo flotaba en el aire. El polvo cubría las paredes, las superficies y la escalerilla que subía al piso superior. Recordaba que Chris le había explicado en una ocasión que aquel polvo era explosivo, que una simple llama bastaría para hacer saltar por los aires el molino. Y en efecto no vio velas ni candiles.

Con cautela, se dirigió hacia la escalera, situada en un rincón. Solo al llegar a ella, advirtió la presencia de dos hombres tendidos entre los sacos, roncando ruidosamente, con botellas de vino vacías a sus pies. Pero no dieron la menor señal de ir a despertarse.

Empezó a ascender por la escalerilla.

Arriba, pasó junto a la muela de granito que giraba ruidosamente contra otra colocada debajo. El grano caía por una especie de embudo a un orificio en el centro de la muela superior. El grano molido salía por los lados y se vertía en la tolva del piso de abajo a través de una abertura en el suelo.

En un rincón, Kate vio a Marek en cuclillas junto al cuerpo caído de un soldado. Marek se llevó un dedo a los labios y señaló hacia una puerta que estaba a la derecha. Kate oyó voces: eran los soldados del puesto de guardia. Con sigilo, Marek levantó la escalerilla y apuntaló la puerta con ella.

Entre los dos, despojaron al soldado de la espada, el arco y el carcaj. El enorme

peso del cadáver les dificultó la tarea, que pareció prolongarse eternamente. Kate observó el rostro yerto del hombre: tenía barba de dos días y un afta en un labio; sus ojos castaños la miraban fijamente.

Asustada, Kate se apartó de un salto cuando de pronto el soldado alzó una mano hacia ella. Enseguida se dio cuenta de que se le había enganchado la manga mojada en el brazalete del cadáver, y ella misma le había movido el brazo. Desprendió la manga, y la mano del muerto cayó inerte contra el suelo.

Marek se quedó con la espada y entregó a Kate el arco y las flechas.

Varios hábitos blancos de monje colgaban de una hilera de ganchos sujetos a una pared. Marek se puso un hábito y dio otro a Kate.

A continuación, Marek señaló a la izquierda, hacia la rampa que comunicaba con el segundo edificio. Dos soldados de marrón y gris montaban guardia en la rampa, cortándoles el paso.

Marek miró alrededor, encontró un pesado garrote que se utilizaba para remover el grano, y se lo tendió a Kate. Vio más botellas de vino en un rincón. Cogió dos, abrió la puerta y dijo algo en occitano a la vez que enseñaba las botellas a los soldados. Éstos se acercaron apresuradamente. Marek apartó a Kate de un empujón, situándola a un lado de la puerta, y se limitó a decir:

—Dale duro.

El primer soldado entró, seguido inmediatamente del otro. Alzando el garrote, Kate golpeó al segundo con tal fuerza que estuvo segura de que le había abierto el cráneo. Pero no fue así. El hombre se desplomó, pero al instante trató de levantarse. Kate le asestó otros dos golpes, y el soldado cayó de bruces y quedó inmóvil. Entretanto, Marek le había roto una botella de vino en la cabeza al primer soldado y estaba encajándole un puntapié tras otro en el estómago. El hombre forcejeó e intentó protegerse con los brazos, hasta que Kate le descargó un garrotazo en la cabeza. Entonces dejó de moverse.

Marek la elogió con un gesto, se ocultó la espada bajo el hábito y empezó a cruzar la rampa con la cabeza gacha, como un monje. Kate lo siguió.

No se atrevió a mirar a los soldados que montaban guardia en las torres de vigilancia. Había conseguido esconder el carcaj bajo el hábito, pero llevaba el arco a la vista. No sabía si alguien lo había advertido. Llegaron al otro edificio, y Marek se detuvo ante la puerta. Escucharon, pero oyeron solo un repetitivo golpeteo y el rumor del río.

Marek abrió la puerta.

Flotando en el río, Chris tosía y escupía agua. Allí la corriente era más lenta, pero Chris se encontraba ya a cien metros del molino. En ambas márgenes del Dordogne había apostados hombres de Arnaut, sin duda aguardando la orden de atacar el puente. En las inmediaciones se veía un gran número de caballos, sujetos de las

riendas por los pajes.

El sol reflejado en la superficie del agua deslumbraba a los hombres de Arnaut. Chris advirtió que entornaban los ojos y se volvían de espaldas al río. Si no le veían, pensó Chris, era probablemente gracias a ese intenso resplandor.

Sin sacar los brazos del agua para evitar el chapoteo, nadó hacia la orilla norte y se deslizó entre los juncos. Allí nadie lo veía. Podía descansar unos minutos para recobrar el aliento. Y tenía que estar en ese lado del río —el lado francés— si quería reunirse con André y Kate.

En el supuesto, claro estaba, de que salieran con vida del molino. Chris ignoraba qué probabilidades tenían. El molino era un enjambre de soldados.

De pronto recordó que la oblea de cerámica seguía en manos de Marek. Si él moría, o desaparecía, nunca volverían al presente. Pero, en cualquier caso, dudaba mucho que pudieran regresar.

Algo le tocó la nuca. Al volver la cabeza, vio flotar en el agua una rata muerta e hinchada por los gases. Una súbita repugnancia lo impulsó a abandonar el río. Allí no había soldados en ese momento; se habían agrupado a la sombra de un robledal unos metros río abajo. Salió del agua y se agazapó entre la maleza. Notó el calor del sol en el cuerpo. Oyó las risas y comentarios jocosos de los soldados. Debía buscar un lugar más apartado. Donde se hallaba, tendido entre los matorrales de la orilla, podía verlo cualquiera que pasara por el camino cercano al río. Pero, al calor del sol, empezó a vencerle el cansancio. Le pesaban los párpados, le faltaban las fuerzas, y pese a la sensación de peligro decidió cerrar los ojos un momento.

Solo un momento, pensó.

En el molino, el ruido era ensordecedor. Kate hizo una mueca al llegar al descansillo del primer piso y contemplar desde allí la sala de la planta inferior. De extremo a extremo del edificio, dos hileras de martinets batían contra sus respectivos yunques, produciendo un continuo martilleo que reverberaba en las paredes de piedra.

Junto a cada yunque había una cuba de agua y un fogón con brasas. Obviamente, aquello era una fragua, donde se templaba el acero calentándolo, batiéndolo y enfriándolo en agua; las ruedas hidráulicas proporcionaban la energía necesaria para accionar los martinets mecánicos.

Pero en ese momento los martinets batían desatendidos mientras siete u ocho soldados registraban metódicamente la sala, mirando bajo los cilindros rotatorios, palpando las paredes en busca de compartimientos secretos, y revolviendo en los arcones de herramientas.

Kate sabía qué buscaban: la llave del hermano Marcelo.

Marek se volvió hacia ella y, mediante gestos, le indicó que debían bajar por la escalera y dirigirse hacia una puerta lateral, que estaba entornada. Era la única puerta a ese lado del edificio, no tenía cerradura, y debía de ser por tanto la habitación del

hermano Marcelo.

Y era evidente que ya la habían registrado.

Por alguna razón, eso no molestó al hermano Marek, que bajó con paso resuelto por la escalera. Una vez abajo, pasaron entre los martinetes y entraron en la habitación.

Marek movió la cabeza en un gesto de desolación.

Aquello era sin duda la celda de un monje, pequeña y sumamente austera. Contenía solo un estrecho camastro, una mesilla con una vela junto al camastro, una palangana y un orinal. Eso era todo. De un gancho clavado en el interior de la puerta colgaban dos hábitos blancos del hermano Marcelo.

Nada más.

A simple vista se adivinaba que no había allí llave alguna. Y aun si la hubiera habido, los soldados ya la habrían encontrado.

A pesar de todo, para sorpresa de Kate, Marek se arrodilló y empezó a buscar metódicamente bajo el camastro.

Marek recordaba las últimas palabras del abad antes de morir.

El abad no sabía dónde estaba el pasadizo, y quería averiguarlo a toda costa para proporcionarle la información a Arnaut. El abad había animado al profesor a revisar los documentos antiguos, una idea razonable, considerando que Marcelo, en su estado de demencia, no podía decir a nadie qué había hecho.

El profesor había encontrado un documento donde se mencionaba una llave, y por lo visto lo consideraba un descubrimiento importante. Pero el abad estaba impaciente: «Claro que tenía una llave. Tenía muchas llaves...».

Así que el abad conocía la existencia de una llave. Sabía dónde estaba esa llave. Y sin embargo no podía usarla.

¿Por qué no?

Kate tocó a Marek en el hombro. Él volvió la cabeza y vio que Kate había apartado los hábitos blancos del hermano Marcelo. En la superficie interior de la puerta vio tres dibujos labrados en la madera, una figura compuesta de caracteres romanos. Los dibujos creaban una imagen formal, casi decorativa, muy poco medieval.

Y de pronto se dio cuenta de que no eran dibujos. Eran diagramas con significado.

Eran claves, y la palabra «llave», en una de sus acepciones, significaba «clave».

El tercer diagrama, a la derecha, llamó especialmente su atención. Presentaba la siguiente forma:



El diagrama había sido tallado en la madera hacía muchos años. Sin duda los soldados lo habían visto. Pero si seguían buscando, era porque no habían sabido interpretarlo.

Pero Marek sí comprendió su significado.

Kate, mirando a Marek con expresión interrogativa, formó con los labios la palabra «escalera».

Marek señaló el diagrama y, en silencio, articuló la palabra «plano».

Porque finalmente veía encajar todas las piezas.

VIVIX no aparecía en el diccionario, porque no era una palabra. Era una serie de números romanos: V, IV y IX. Y esos números llevaban emparejadas unas direcciones específicas, como indicaba el texto del pergamino: DESIDE. Tampoco eso era una palabra, sino que correspondía a las indicaciones DExtra, SINistra, DExtra, que en latín significaba: «derecha, izquierda, derecha».

Por consiguiente, la clave era ésta: una vez en la ermita verde, avanzar cinco pasos a la derecha, cuatro pasos a la izquierda y nueve pasos a la derecha.

Y eso los llevaría a la entrada del pasadizo secreto.

Marek sonrió a Kate.

Acababan de encontrar lo que todo el mundo buscaba. Habían encontrado la llave de entrada a La Roque.

09.10.23

Lo único que les quedaba por hacer, pensó Kate, era salir vivos del molino. Marek se asomó por la puerta con cautela y observó a los soldados que registraban la fragua. Kate se acercó a él.

Contó nueve soldados. Más De Kere. Diez hombres en total.

Diez contra dos.

Los soldados no registraban ya con tanto detenimiento. Algunos cruzaban miradas por encima de los martinets y se encogían de hombros, como diciendo: ¿No hemos terminado ya? ¿Qué sentido tiene seguir buscando?

Era obvio que sería imposible salir inadvertidos.

Marek señaló la escalera que subía a la rampa.

—Ve derecha a la escalera y sal de aquí —dijo—. Yo te cubriré. Luego nos reuniremos río abajo, en la orilla norte. ¿Entendido?

Kate miró a los soldados.

—Son diez contra uno. Me quedo —respondió Kate.

—No. Uno de los dos tiene que salir de aquí. Puedo arreglármelas solo. Márchate. —Marek se metió la mano en el bolsillo—. Y llévate esto. —Le tendió la oblea de cerámica.

Kate sintió un escalofrío.

—¿Por qué, André?

—Llévatelo.

Y salieron de la habitación. Kate se encaminó hacia la escalera, volviendo por donde habían llegado. Marek cruzó la fragua en dirección a la ventana, con vistas al río.

Kate se hallaba a media escalera cuando oyó un grito. Desde todos los rincones de la fragua, los soldados corrían hacia Marek, que, echándose atrás la cogulla, se había descubierto la cabeza y luchaba ya con uno de ellos.

Kate no vaciló. Sacando el carcaj de debajo del hábito, encocó la primera flecha y tensó el arco. Recordó las instrucciones de Marek: «Para matar a un hombre...». En su momento, había encontrado cómico el comentario.

Un soldado la señaló y dio la voz de alarma. Kate le disparó. La flecha hirió al soldado en el cuello, cerca del hombro. El hombre se tambaleó y tropezó con un fogón, cayendo de espaldas sobre las brasas. Junto a él, un segundo soldado retrocedía para ponerse a cubierto cuando Kate le acertó de pleno en el pecho. Muerto en el acto, se desplomó.

Quedaban ocho.

Marek peleaba con tres a la vez, incluido De Kere. Las espadas entrechocaban

mientras los hombres sorteaban los martinets en movimiento y saltaban por encima de las levas giratorias. Marek había matado ya a un soldado, que yacía detrás de él.

Quedaban siete.

Pero de pronto vio que el soldado caído detrás de Marek se ponía en pie. Había fingido estar muerto, y se acercaba a Marek con cautela, dispuesto a atacarlo por la espalda. Kate encocó otra flecha y tiró. El hombre cayó al suelo, agarrándose el muslo. Estaba solo herido. Kate le traspasó la cabeza con otra flecha antes de que se levantara.

Se disponía a coger una nueva flecha cuando vio que De Kere abandonaba la lucha contra Marek y corría hacia ella escalera arriba a sorprendente velocidad.

A tientas, Kate sacó otra flecha del carcaj, la encocó y disparó contra De Kere. Pero, con la precipitación, erró el tiro. De Kere se aproximaba rápidamente.

Kate soltó el arco y la flecha y corrió hacia la puerta.

Mientras corría por la rampa en dirección al molino, echaba vistazos al río. En todas partes veía piedras bajo la superficie del agua espumosa. No había profundidad suficiente para saltar. Tendría que salir por donde había entrado. A su espalda, De Kere vociferaba. Frente a ella, desde las almenas de la torre de vigilancia, un grupo de arqueros se preparaban para tirar.

Cuando las primeras flechas surcaron el aire, Kate había llegado ya a la puerta del molino harinero. Fuera, De Kere retrocedía, blandiendo el puño y profiriendo gritos contra los arqueros. Una lluvia de flechas cayó en torno a él.

En el piso superior del molino, más soldados arremetían contra la puerta, apuntalada desde dentro con la escalerilla. Kate sabía que la escalerilla no resistiría por mucho tiempo las embestidas. Se acercó a la abertura del suelo y saltó al piso inferior. Con el alboroto, los dos soldados borrachos despertaron y, tambaleándose, con la mirada turbia, se pusieron en pie. Pero Kate no los veía con claridad a causa del polvo amarillo que flotaba en el ambiente.

Ese polvo en el aire fue lo que le dio la idea.

Metió la mano en su bolsa y extrajo uno de los cubos rojos. Iba marcado con el número «60». Tiró del cordón, y lo lanzó a un rincón de la cámara.

Mentalmente, inició la cuenta atrás.

Cincuenta y nueve, cincuenta y ocho.

De Kere se hallaba en ese momento en el piso de arriba, justo encima de Kate, pero se quedó indeciso, temiendo bajar por si ella iba armada. De pronto Kate oyó arriba un gran bullicio de voces y pisadas: los soldados del puesto de guardia había echado abajo la puerta. Debía de haber una docena de hombres, o quizá más.

Con el rabillo del ojo, Kate vio que uno de los soldados borrachos se abalanzaba sobre ella. Kate le asestó un potente rodillazo entre las piernas, y el hombre se desplomó, gimoteando y retorciéndose.

Cincuenta y dos, cincuenta y uno.

Se agachó y entró en la pequeña cámara contigua a la que había llegado inicialmente. La rueda hidráulica chirriaba y salpicaba agua. Cerró la puerta, pero no tenía pestillo ni cerradura. Cualquiera podía abrirla.

Cincuenta. Cuarenta y nueve.

Miró abajo. La abertura del suelo, allí donde la rueda proseguía su rotación hacia el río, era lo bastante ancha para pasar por ella. No tenía más que sujetarse a una de las palas y aprovechar el recorrido descendente de la rueda hasta una altura que le permitiera saltar al agua sin riesgo de estrellarse contra las rocas del fondo.

Pero cuando se situó ante la rueda para esperar el momento oportuno, se dio cuenta de que era más fácil decirlo que hacerlo. La rueda parecía girar muy deprisa y las palas pasaban borrosas ante sus ojos. El agua le salpicaba la cara, empañándole la visión.

¿Cuánto tiempo faltaba? ¿Treinta segundos? ¿Veinte? Atenta a la rueda, había perdido la cuenta. Pero sabía que no podía esperar. Si Chris estaba en lo cierto, el molino entero volaría por los aires de un momento a otro. Kate extendió las manos, agarró una pala, empezó a bajar con ella, se acobardó y la soltó. Retrocedió, respiró hondo, se serenó y se dispuso a intentarlo de nuevo.

Oyó saltar a los hombres, uno tras otro, desde el piso superior. Se le acababa el tiempo.

Tenía que salir de allí.

Tomó aire, se aferró a la siguiente pala con las dos manos y se apretó contra la rueda. Pasó por la abertura... y salió a la luz del sol. Lo había conseguido. Pero de pronto notó un tirón que la apartaba de la rueda, y se encontró suspendida en el aire.

Alzó la mirada.

Robert de Kere la sujetaba de la muñeca con puño de acero. Alargando el brazo a través de la abertura, la había atrapado en el último momento. Y ahora la tenía agarrada, colgando en el aire. A unos centímetros de ella, la rueda seguía girando. Kate trató de soltarse. De Kere la observaba con semblante amenazador y resuelto.

Kate forcejeó.

Él la sostuvo firmemente.

Entonces Kate vio cambiar algo en la expresión de sus ojos —un instante de incertidumbre— y advirtió que el combado suelo de madera empezaba a ceder bajo los pies de él. La suma del peso de ambos excedía la resistencia de las tablas viejas y podridas, permanentemente empapadas por el agua de las ruedas desde hacía años. Las tablas se curvaron poco a poco. Una de ellas se partió sin siquiera un chasquido, y la rodilla de De Kere atravesó el suelo. Sin embargo mantenía aún sujeta a Kate.

¿Cuánto tiempo queda?, se preguntó Kate. Con la mano libre, golpeó el antebrazo de De Kere para obligarlo a soltarla.

¿Cuánto tiempo queda?

De Kere era como un bulldog, firme en su propósito, impasible. Se rompió otra

tabla, y De Kere se tambaleó. Si cedía otra más, caería junto con Kate.

Y no le importaba. Estaba dispuesto a llegar hasta el final.

¿Cuánto tiempo queda?

Con la mano libre, Kate se agarró a una pala de la rueda y aprovechó su impulso para tirar de De Kere hacia abajo. Al instante le ardieron los brazos a causa de la tensión, pero dio resultado: las tablas se partieron; De Kere, al caer, la soltó, y Kate descendió hacia el agua blanca del río sujeta a la rueda.

Y en ese preciso momento se produjo un destello de luz amarilla y el edificio de madera se desvaneció sobre Kate con un estruendoso estallido. Kate vio volar tablas en todas direcciones un segundo antes de zambullirse de cabeza en el agua helada del río. Vio estrellas, solo por un instante, y luego perdió el conocimiento bajo el agua turbulenta.

Chris despertó al oír el vocerío. Levantó la vista y vio correr a los soldados por el puente del molino en medio de un gran alboroto. Vio a un monje con hábito blanco encaramarse a una ventana del edificio de mayor tamaño, y de pronto advirtió que era Marek, hiriendo a alguien con su espada. A continuación, Marek se descolgó por las enredaderas del muro y a una altura razonable desde donde arriesgarse a saltar, se dejó caer al río. Chris no lo vio salir a la superficie.

Seguía buscándolo con la mirada cuando el molino harinero estalló en medio de un intenso fogonazo y una lluvia de tablas y maderos. Los soldados saltaron por el aire por la fuerza de la explosión y cayeron de las almenas como muñecos de trapo. Cuando el humo y el polvo se disiparon, vio que el molino había desaparecido y en su lugar quedaba solo un montón de tablones en llamas. Río abajo, flotaban fragmentos de madera y cadáveres de soldados.

Aún no veía a Marek. Tampoco veía a Kate por ninguna parte. Ante él pasó un hábito blanco, arrastrado por la corriente. De pronto le asaltó el angustioso presentimiento de que habían muerto.

Si era así, estaba solo. Arriesgándose a establecer comunicación, conectó el auricular y susurró:

—Kate. André.

No hubo respuesta.

—Kate, ¿estás ahí? ¿André?

No oyó nada por el auricular, ni siquiera el crepitar de estática.

Vio un cuerpo flotar boca abajo en el río y creyó que era Marek. ¿Lo era? Sí, Chris estaba seguro: grande, fuerte, cabello oscuro, camisa de hilo. Chris dejó escapar un gemido. Oyó gritos de soldados junto a la orilla, algo más arriba, y se volvió para ver a qué distancia se hallaban. Cuando miró de nuevo hacia el río, la corriente se llevaba el cuerpo hacia el centro del cauce.

Chris se ocultó de nuevo entre los matorrales y pensó qué debía hacer a continuación.

Kate asomó a la superficie. Flotando de espaldas en el agua, se dejó arrastrar por la corriente. Alrededor, caían vigas de madera astillada como proyectiles. Un agudo dolor en el cuello le dificultaba la respiración, y cada vez que tomaba aire, notaba descargas eléctricas en brazos y piernas. No podía moverse, y pensó que el golpe le había provocado una parálisis, hasta que advirtió que recuperaba gradualmente la movilidad en los dedos de las manos y los pies. El dolor comenzó a remitir,

abandonando sus miembros y concentrándose en el cuello, donde seguía siendo intenso. No obstante, le costaba menos respirar y podía ya mover los brazos y las piernas.

Así pues, no era una parálisis. ¿Se habría roto el cuello? Probó a moverlo con cuidado, primero a la izquierda, luego a la derecha. Le dolía mucho, pero no parecía haber fractura. Una gota de un líquido denso le entró en un ojo, enturbiándole la visión. Al enjugárselo, se le mancharon los dedos de sangre. Debía de tener alguna herida en la cabeza. Le ardía la frente. Se la palpó con la palma de la mano, y ésta le quedó teñida de rojo.

Seguía flotando de espalda río abajo. El dolor era aún tan vivo que Kate no se atrevía a darse la vuelta para nadar. Por el momento, era mejor dejarse llevar por la corriente. Se preguntaba por qué no la habían visto los soldados.

Entonces oyó voces procedentes de la orilla, y comprendió que sí la habían visto.

Chris se asomó por encima de los matorrales justo a tiempo de ver pasar a Kate arrastrada por la corriente. Estaba herida; la sangre manaba de su cuero cabelludo y le cubría el lado izquierdo de la cara. Y no se movía. Quizá estuviera paralizada.

Sus miradas se cruzaron por un instante. Kate le sonrió débilmente. Chris sabía que si abandonaba su escondrijo en ese momento, lo capturarían; pero no se lo pensó dos veces. Marek ya no estaba, así que no tenía nada que perder. Dadas las circunstancias, era mejor permanecer juntos hasta el final. Saltó al agua y vadeó hacia Kate. Solo entonces se dio cuenta de su error.

Estaba al alcance de los arcos de los soldados que aún quedaban en una de las torres del puente. Empezaron a disparar, y las flechas penetraron silbando en el agua.

Casi de inmediato, un caballero con armadura completa se adentró en el río a lomos de su caballo desde el lado de Arnaut. El yelmo le ocultaba el rostro, pero era evidente que no temía a nada, ya que interpuso su cuerpo y su caballo en la trayectoria de las flechas. Su caballo se hundía más y más en el agua a medida que avanzaba, y finalmente comenzó a nadar. Con el agua hasta la cintura, el caballero izó a Kate y la tendió a través sobre la silla como un saco mojado, y luego agarró a Chris del brazo.

—*Allons!* —dijo, volviendo el caballo hacia la orilla.

Kate se deslizó de la silla de montar y bajó a tierra. El caballero dio una orden, y un hombre que enarbolaba un estandarte con listas oblicuas de colores rojo y blanco se acercó corriendo. Tras examinar la herida de Kate, se la limpió, restañó y vendó.

Entretanto, el caballero desmontó, se desató los cordones del yelmo y se descubrió. Era un hombre alto y robusto, sumamente apuesto y bien parecido. Tenía el cabello oscuro y rizado, ojos castaños, labios carnosos y sensuales, y un peculiar

brillo en los ojos, como si contemplara con burlona ironía las insensateces de este mundo. Por su tez morena y sus facciones, se habría dicho que era español.

Cuando terminaron de vendar a Kate, el caballero sonrió, exhibiendo una perfecta dentadura blanca.

—Si me hacéis el gran honor de acompañarme —dijo, y los llevó al monasterio y, una vez allí, a la iglesia.

Junto a la puerta lateral de la iglesia, había un grupo de soldados, algunos de pie y otros a caballo, con el estandarte verde y negro de Arnaut de Cervole.

Cuando se aproximaban a la iglesia, los soldados hacían reverencias al caballero y decían: «Mi señor... Mi señor...».

Detrás de él, Chris dio un codazo a Kate.

—Es él.

—¿Quién?

—Arnaut.

—¿Ese caballero? No es posible.

—Fíjate en la actitud de los soldados al verlo.

—Así pues, Arnaut nos ha salvado la vida —concluyó Kate.

La ironía de aquello no pasó inadvertida a Chris. En los tratados de historia medieval escritos en el siglo xx, siempre se presentaba a sir Oliver casi como un santo-soldado, en tanto que Cervole aparecía como un personaje siniestro, «uno de los grandes malhechores de su tiempo», en palabras de un historiador. Sin embargo, por lo que podía verse, la verdad contradecía a los textos de historia. Oliver era un despreciable granuja, y Cervole un gallardo modelo de comportamiento caballeresco... a quien ahora le debían la vida.

—¿Y André? —preguntó Kate.

Chris movió la cabeza en un gesto de negación.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí. Me pareció verlo en el río.

Kate guardó silencio.

Frente a la iglesia de Sainte-Mère, largas filas de hombres maniatados guardaban turno para entrar. En su mayoría, eran soldados de Oliver, vestidos de marrón y gris, pero había también unos cuantos campesinos con tosca indumentaria. Chris calculó que en total ascendían a cuarenta o cincuenta. Cuando pasaron junto a ellos, les lanzaron hoscas miradas. Algunos estaban heridos, y todos parecían extenuados.

Uno de ellos, un soldado de marrón, comentó a otro en tono sarcástico:

—Ahí va el noble bastardo de Narbona, el que se ocupa del trabajo demasiado sucio incluso para Arnaut.

Chris intentaba aún interpretar sus palabras cuando el apuesto caballero se volvió bruscamente.

—¿Cómo dices? —preguntó con voz estentórea, y al instante agarró al hombre por el pelo, le echó atrás la cabeza y, usando la otra mano, lo degolló con una daga.

La sangre salió a borbotones de la garganta del soldado y empapó su pecho. El hombre permaneció en pie por un momento, emitiendo un sonido gutural.

—Has pronunciado tu último insulto —dijo el apuesto caballero, y se quedó ante el soldado, viendo brotar la sangre, sonriendo mientras los ojos de su víctima se desorbitaban de terror.

El soldado siguió de pie. A Chris se le antojó que la escena duraba una eternidad, pero debió de prolongarse durante treinta o cuarenta segundos. El apuesto caballero se limitó a observar en silencio, inmóvil, la sonrisa fija en sus labios.

Por fin, el hombre cayó de rodillas y agachó la cabeza, como si rezase. Con parsimonia, el caballero apoyó un pie bajo el mentón del hombre y lo empujó hacia atrás. Luego observó los últimos estertores del soldado, que continuaron otro minuto poco más o menos. Finalmente expiró.

El apuesto caballero se agachó para enjugar la hoja de la daga en las calzas del cadáver y limpiarse el zapato ensangrentado con su sayo. Después se irguió y, mirando a Chris y Kate, inclinó la cabeza.

Y entraron en la iglesia de Sainte-Mère.

El humo oscurecía aún el interior de la iglesia. La nave era un espacio amplio y despejado; tendrían que pasar aún otros doscientos años hasta que los bancos se convirtieran en un elemento habitual de las iglesias. Chris y Kate se quedaron al fondo, acompañados por el apuesto caballero, que por lo visto no tenía inconveniente en esperar. A un lado vieron cuchichear a un apretado corrillo de soldados.

Un caballero solitario con armadura oraba de rodillas en el centro de la iglesia.

Chris se volvió para mirar a los soldados, enzarzados en una acalorada discusión a juzgar por sus vehementes susurros. Pero no imaginó cuál podía ser el motivo de la disputa.

Mientras aguardaban, Chris notó un goteo en el hombro. Alzó la vista y vio a un hombre ahorcado justo encima de él, girando lentamente en el extremo de la soga. Una de sus piernas chorreaba orina. Chris se apartó de la pared y vio media docena de cuerpos maniatados que colgaban de la balaustrada de la galería. Tres llevaban el sobreveste rojo de Oliver, dos parecían campesinos, y el último vestía un hábito blanco de monje. Dos hombres sentados en el suelo observaban en silencio mientras arriba ataban más cuerdas; mantenían una actitud pasiva, aparentemente resignados a su destino.

En el centro de la iglesia, el hombre de la armadura se santiguó y se puso en pie. En ese momento el apuesto caballero anunció:

—Mi señor Arnaut, aquí tenéis a los ayudantes.

—¿Eh? ¿Qué decís? ¿Los ayudantes? —El caballero se volvió. Arnaut de Cervole era un hombre enjuto de unos treinta y cinco años, con un rostro alargado y desagradable de expresión maliciosa. A causa de un tic facial, contraía continuamente

la nariz como una rata husmeando. Tenía la armadura salpicada de sangre. Los miró con semblante aburrido—. ¿Habéis dicho ayudantes, Raimondo?

—Sí, mi señor. Los ayudantes del maestro Edwardus.

—Ah. —Arnaut se paseó en torno a ellos—. ¿Por qué están mojados?

—Los hemos sacado del río, mi señor —respondió Raimondo—. Estaban en el molino y escaparon en el último momento.

—¿Ah, sí? —La expresión de aburrimiento desapareció en el acto del rostro de Arnaut, y un destello de interés asomó a sus ojos—. ¿Y cómo habéis destruido el molino si puede saberse?

Chris se aclaró la garganta y dijo:

—Mi señor, no hemos sido nosotros.

—¿Cómo? —Arnaut frunció el entrecejo y miró al otro caballero—. ¿Qué lengua es ésa? Me resulta ininteligible.

—Son irlandeses, mi señor, o quizá de las Hébridas.

—Ah. No son ingleses, pues. Eso habla en su favor. —Arnaut dio otra vuelta alrededor y luego escrutó sus rostros—. ¿Me comprendéis?

—Sí, mi señor —contestó Chris, y por lo visto Arnaut lo comprendió.

—¿Sois ingleses?

—No, mi señor.

—Ciertamente no lo parecéis. No se os ve hechos para la guerra. —Observó a Kate—. Ése tiene la lozanía de una doncella. Y éste... —Apretó los bíceps de Chris—. Éste es secretario o escribiente. Salta a la vista que no es inglés. —Arnaut, contrayendo la nariz, movió la cabeza en un gesto de negación—. Porque los ingleses son un pueblo salvaje. —Su voz resonó en la iglesia humeante—. ¿Estáis de acuerdo?

—Lo estamos, mi señor —respondió Chris.

—Los ingleses solo conocen una forma de vida: el descontento permanente y el conflicto continuo. Una y otra vez asesinan a sus reyes; es una de sus salvajes costumbres. Nuestros hermanos normandos los conquistaron e intentaron enseñarles hábitos civilizados, pero fracasaron, como no podía ser de otro modo. La barbarie está hondamente arraigada en la sangre sajona. Los ingleses encuentran placer en la destrucción, la muerte y la tortura. No satisfechos con luchar entre ellos en su isla fría e inhóspita, traen sus ejércitos aquí, a estas tierras pacíficas y prósperas, y siembran el caos en la población. ¿Estáis de acuerdo?

Kate asintió e hizo una reverencia.

—Así ha de ser —dijo Arnaut—. Su crueldad no tiene límites. ¿Habéis oído hablar de su antiguo rey? ¿El segundo Eduardo? ¿Sabéis cómo decidieron asesinarlo? Con un atizador al rojo vivo. ¡Y eso, a un rey! No ha de sorprendernos que traten aún con mayor crueldad a nuestras gentes. —Se paseó de un lado a otro. Al cabo de un momento, se volvió de nuevo hacia ellos—. Y el hombre que asumió después el poder, Hugo Despenser, fue también asesinado a su debido tiempo, según la tradición inglesa. ¿Y sabéis cómo? Lo ataron a una escalerilla en una plaza pública, le cortaron

las partes pudendas, y las quemaron ante su cara. ¡Y eso antes de decapitarlo! ¿Qué? *Charmant*, ¿no?

Una vez más los miró, solicitando su conformidad, y una vez más Chris y Kate asintieron.

—Y ahora el nuevo rey, Eduardo III, ha aprendido la lección de sus predecesores: que debe mantener a perpetuidad una guerra, o arriesgarse a morir a manos de sus propios súbditos. Y en consecuencia él y su ruin hijo, el Príncipe de Gales, traen sus bárbaras costumbres a Francia, un país que no conocía la guerra salvaje hasta que ellos vinieron a nuestro territorio con sus *chevauchées*, asesinaron a nuestros plebeyos, violaron a nuestras mujeres, sacrificaron a nuestros animales, quemaron nuestras cosechas, destruyeron nuestras ciudades y pusieron fin a nuestro comercio. ¿Para qué? Para que los ingleses con instinto sanguinario permanezcan ocupados en el extranjero. Para que puedan robar fortunas a un país más respetable. Para que todas las damas inglesas puedan servir a sus invitados en platos franceses. Para que puedan creerse honorables caballeros cuando su mayor prueba de valor es matar niños a hachazos. —Arnaut interrumpió su diatriba y clavó en ellos una mirada de recelo—. Y por eso no entiendo que os hayáis unido al bando del canalla inglés, Oliver.

—Eso no es cierto, mi señor —se apresuró a decir Chris.

—No soy un hombre paciente. Admitid la verdad: ayudáis a Oliver, puesto que vuestro maestro está a su servicio.

—No, mi señor. Oliver se llevó al maestro contra su voluntad.

—Contra... su... —Arnaut alzó las manos en un gesto de enfado—. ¿Quién puede traducirme lo que dice este tunante empapado de agua?

El apuesto caballero se adelantó.

—Hablo un correcto inglés —afirmó. Dirigiéndose a Chris, dijo—: Repetid.

Chris se detuvo a pensar antes de responder.

—El maestro Edwardus...

—Sí...

—... está prisionero.

—*Priz-un-ner?* —El apuesto caballero arrugó la frente, desconcertado—. *Prisoner?*

Chris tuvo la impresión de que el inglés del caballero no era tan correcto como él creía. Decidió poner otra vez a prueba su latín, por limitado y arcaico que fuera.

—*Est in carcere... captus... herit captus est de coenobio sanctae Mariae.* — Esperaba haber dicho: «Fue capturado en Sainte-Mère ayer por la mañana».

El caballero enarcó las cejas.

—*Invite?* —«¿Contra su voluntad?».

—Verdad es, mi señor.

Mirando a Arnaut, el caballero explicó:

—Dicen que ayer se llevaron al maestro Edwardus del monasterio contra su voluntad, y que ahora Oliver lo tiene preso.

Arnaut se volvió al instante hacia ellos con mirada escrutadora. Con voz grave y amenazadora, preguntó:

—*Sed vos non capti estis. Nonne?* —«Pero ¿a vosotros no os capturaron?».

Chris volvió a pensar la respuesta.

—Ah, hui...

—*Out?*

—No, no, mi señor —se apresuró a rectificar Chris—. Esto... *non*. Huimos... escapamos. Esto..., *ef... effugi... i... mus. Effugimus*. —¿Era ésa la palabra correcta? Sudaba a causa de la tensión.

Al parecer, si no era la palabra correcta, como mínimo se aproximaba, ya que el apuesto caballero asintió con la cabeza.

—Dicen que escaparon.

—¿Escaparon? ¿De dónde?

—*Ex Castelgard heri...* —respondió Chris.

—¿Escapasteis ayer de Castelgard?

—*Etian, mi domine*. —«Sí, mi señor».

Arnaut lo miró fijamente y en silencio durante un largo rato. En la galería, acababan de poner la soga al cuello a los dos reos, y los empujaron. La caída no bastó para romperles el cuello, y quedaron allí suspendidos, retorciéndose y emitiendo un ahogado gorgoteo mientras morían lentamente.

Arnaut alzó la vista como si le molestara verse interrumpido por sus agónicos quejidos.

—Aún nos quedan sogas —dijo, mirando de nuevo a Chris y Kate—. De un modo u otro, os arrancaré la verdad.

—Verdad es lo que os digo, mi señor.

Arnaut se dio media vuelta.

—¿Hablasteis con el monje Marcelo antes de morir?

—¿Marcelo? —Chris hizo lo posible por mostrarse confuso—. ¿Marcelo, mi señor?

—Sí, sí. Marcelo. *Cognovistine fratrem Marcellum?* —«¿Conocéis al hermano Marcelo?».

—No, mi señor.

—*Transitum ad Roccam cognitum habesne?* —Para eso, Chris no necesitó esperar a la traducción: «¿Conocéis el pasadizo que lleva a La Roque?».

—El pasadizo... *transitum...* —Chris se encogió de hombros, fingiendo ignorancia—. ¿El pasadizo?... ¿A La Roque? No, mi señor.

Arnaut lo miró con franco escepticismo.

—Por lo que se ve, no sabéis nada. —Los miró atentamente, arrugando la nariz, como si los olfateara—. No me inspiráis confianza. A decir verdad, creo que mentís.

Se volvió hacia el apuesto caballero.

—Colgad a uno, y así el otro hablará —ordenó.

—¿A quién, mi señor?

—A ése —dijo Arnaut, señalando a Chris. Mirando a Kate, le pellizcó la mejilla y la acarició—. Porque este muchacho rubio me entenece. Lo recibiré en mi tienda esta noche. Sería un desperdicio matarlo antes.

—Muy bien, mi señor.

Alzando la voz, el apuesto caballero dio una orden, y los hombres de la galería empezaron a atar otra soga a la balaustrada. Otros hombres sujetaron a Chris por los brazos y le amarraron rápidamente las muñecas detrás de la espalda.

¡Dios mío, van a hacerlo!, pensó Chris. Se volvió hacia Kate, que lo miraba con los ojos desorbitados en una expresión de terror. Los hombres tiraron de Chris para llevárselo.

—Mi señor —dijo entonces una voz desde el lateral de la iglesia—, con vuestra licencia.

El apretado corrillo de soldados se separó, y apareció lady Claire.

—Mi señor —dijo Claire—, desearía hablar un momento en privado con vos, os lo ruego.

—¿Eh? Sí, naturalmente, como gustéis.

Arnaut se acercó a Claire, y ella le susurró al oído. Él, en silencio, se encogió de hombros. Claire volvió a susurrarle, con mayor vehemencia.

—¿Y de qué servirá eso? —preguntó Arnaut al cabo de un momento.

Más susurros. Chris no oía nada.

—Mi buena señora, he tomado ya una decisión —declaró Arnaut.

Aún más susurros.

Por fin, moviendo la cabeza en un gesto de duda, Arnaut se aproximó de nuevo a ellos.

—Esta dama me pide un salvoconducto para viajar a Burdeos. Dice que os conoce, y que sois hombres honrados. —Hizo una pausa—. Dice que debería dejaros en libertad.

—Solo si os place, mi señor. Pues es sabido que los ingleses matan indiscriminadamente, y no así los franceses. Los franceses hacen gala de la misericordia que se desprende de la inteligencia y las buenas maneras.

—Bien decís —convino Arnaut—. Es cierto que los franceses son hombres civilizados. Y si estos dos nada saben del hermano Marcelo y el pasadizo, nada más necesito de ellos. Y ordeno, pues, que les proporcionéis caballos y comida y les permitáis que sigan su camino. Es mi deseo estar a bien con vuestro maestro Edwardus, así que presentadle mis respetos, y quiera Dios que regreséis sanos y salvos a su lado. Y ahora partid.

Lady Claire hizo una reverencia.

Chris y Kate hicieron una reverencia.

El apuesto caballero cortó las ataduras de Chris y los condujo hacia la puerta. Chris y Kate quedaron tan estupefactos por aquel giro en los acontecimientos que no despegaron los labios en el camino de regreso al río. Chris temblaba y tenía una sensación de mareo. Kate se frotaba la cara como si tratara de despabilarse.

Finalmente, el caballero dijo:

—Le debéis la vida a una dama perspicaz.

—Ciertamente... —respondió Chris.

El apuesto caballero esbozó una parca sonrisa.

—El cielo os sonrío —declaró, al parecer no muy contento de que así fuera.

En el río, la situación había cambiado totalmente. Los hombres de Arnaut habían tomado el puente del molino, en cuyas almenas ondeaba ahora el estandarte verde y negro. Los caballeros de Arnaut, a lomos de sus monturas, se alineaban en ambas orillas del Dordogne. Y una columna de hombres y pertrechos marchaba por el camino rumbo a La Roque en medio de una nube de polvo. Iban hombres con carromatos cargados de provisiones, carretas con mujeres de charla, niños en desorden, y más carromatos para el transporte de enormes maderos: gigantescas catapultas desmontadas con las que arrojar piedras y brea ardiente por encima de las murallas del castillo.

El caballero les había encontrado un par de caballos, dos jamelgos con las marcas del yugo del arado en el cuello. Una vez montados, el caballero, a pie, tiró de las riendas y los llevó hasta el puesto de control.

Chris volvió la vista al oír un súbito revuelo en el río. Una docena de hombres hundidos hasta las rodillas en el agua forcejeaban con un cañón de retrocarga, hecho de hierro colado y provisto de un bloque de madera a modo de soporte. Chris lo contempló fascinado. En el siglo xx no se conservaba —ni se había descrito siquiera — ningún cañón tan antiguo.

Los historiadores sabían que en la época se habían utilizado primitivas formas de artillería; los arqueólogos habían extraído balas de cañón en las excavaciones realizadas en el escenario de la batalla de Poitiers. Pero se creía que los cañones eran poco comunes y tenían una finalidad básicamente decorativa, como elemento de prestigio. Pero observando a aquellos hombres mientras trataban de sacar el cilindro del río y cargarlo de nuevo en el carromato, Chris llegó a la conclusión de que el rescate de una pieza meramente simbólica nunca habría justificado semejante esfuerzo. Era un cañón pesado y entorpecía el avance de todo el ejército, que sin duda planeaba apostarse frente a las murallas de La Roque antes del anochecer. No había, pues, razón alguna para recuperar el cañón con tal urgencia, en lugar de volver a por él más tarde, a menos que fuera una pieza importante en el ataque.

Pero ¿cuál era su utilidad?, se preguntó Chris. Las murallas de La Roque tenían tres metros de espesor. Era imposible que una bala de cañón las traspasara.

El apuesto caballero, tras unas breves palabras de despedida, dijo:

—Id en paz y en gracia de Dios.

—Dios os bendiga y os conceda descendencia —respondió Chris, y el caballero palmeó a los caballos en la grupa, y emprendieron la marcha hacia La Roque.

En el camino, Kate informó a Chris acerca de su hallazgo en la habitación de Marcelo, y de la ermita verde.

—¿Sabes dónde está esa ermita? —preguntó Chris.

—Sí. La vi señalada en los planos topográficos del proyecto. Está a poco menos de un kilómetro al este de La Roque. Un sendero atraviesa el bosque hasta allí.

Chris dejó escapar un suspiro.

—Así que sabemos dónde se encuentra el pasadizo —dijo— pero André tenía la oblea de cerámica, y ahora está muerto, lo cual significa que de todos modos no podremos volver.

—No, la tengo yo —contestó Kate.

—¿La tienes tú?

—Me la ha dado André, en el puente. Creo que era consciente de que no saldría vivo de allí. Podría haberse echado a correr y salvarse, pero no lo hizo. Se quedó y me salvó a mí.

Kate empezó a llorar con sollozos ahogados.

Chris guardó silencio. Recordaba los jocosos comentarios que provocaba el fervor de Marek entre los estudiantes de postgrado —«¿Os imagináis? ¡Se cree realmente todas esas gilipolleces sobre los caballeros!»—, así como la generalizada sospecha de que su comportamiento era una especie de extravagante pose. Un papel que interpretaba, una afectación. Porque en el siglo xx no podía esperarse que los demás aceptaran que uno creía en el honor y la verdad, y la pureza de cuerpo, la defensa de las mujeres, la inviolabilidad del verdadero amor, y todo eso.

Pero, por lo visto, André creía realmente en ello.

Avanzaron a través de un paisaje digno de una pesadilla. El polvo y el humo oscurecían el sol. Aquélla era una zona de viñedos, pero todas las vides estaban quemadas, reducidas a pequeñas y nudosas cepas todavía humeantes. Los vergeles presentaban igual grado de devastación, meros grupos de árboles negros y esqueléticos. Todo había sido pasto de las llamas.

Alrededor, oían los lamentos de los soldados heridos. Muchos soldados en retirada habían caído al lado mismo del camino. Algunos aún respiraban; otros tenían ya el color ceniciento de la muerte.

Chris se había detenido a coger las armas de uno de los cadáveres, y en ese momento, cerca de él, un soldado levantó la mano y rogó lastimeramente:

—*Secors, secors!*

Chris se acercó a él. Tenía una flecha hundida en el abdomen y otra en el pecho. Contaba poco más de veinte años, y parecía consciente de que le había llegado la hora de la muerte. Tendido de espaldas, clavó en Chris una mirada suplicante y pronunció unas palabras ininteligibles para él. Finalmente, el soldado se señaló la boca y dijo:

—*Aquam. Da mihi aquam.*

Tenía sed; quería agua. Chris se encogió de hombros en un gesto de impotencia. No podía ofrecerle agua. El hombre lo miró con ira, hizo una mueca de dolor, cerró los ojos y volvió la cabeza. Chris se alejó. Más adelante, cuando pasaban junto a hombres que pedían auxilio, seguían sin detenerse. No había nada que hacer.

Veían La Roque a lo lejos, alta e inexpugnable sobre los despeñaderos del Dordogne. Y llegarían a la fortaleza en menos de una hora.

En un rincón oscuro de la iglesia de Sainte-Mère, el apuesto caballero ayudó a André Marek a levantarse y dijo:

—Vuestros amigos han partido.

Marek tosió y se sujetó al brazo del caballero al notar una punzada de dolor en la pierna. El apuesto caballero sonrió. Había capturado a Marek poco después de la explosión del molino.

Al escapar por la ventana de la fragua, Marek tuvo la suerte de caer en un profundo pozo del río, gracias a lo cual salió ileso. Y cuando asomó de nuevo a la superficie, estaba aún bajo el puente. El pozo producía un remolino que impidió que la corriente lo arrastrara aguas abajo.

A continuación, Marek se despojó del hábito y lo tiró al río. Justo entonces estalló el molino harinero, y volaron tablas y cuerpos en todas direcciones. Un soldado cayó al agua cerca de él y empezó a girar en el remolino. Marek trepó a la orilla, y un apuesto caballero le puso la punta de su espada en la garganta y, con una seña, le indicó que siguiera adelante. Marek vestía aún los colores marrón y gris de Oliver, y comenzó a farfullar en occitano, declarando su inocencia y rogando misericordia. El caballero se limitó a responder:

—Callad. Os he visto.

Había visto salir a Marek por la ventana y desprenderse del hábito. A continuación, lo llevó a la iglesia, donde encontró a Claire y Arnaut. El Arcipreste estaba de un humor hosco y peligroso, pero Claire tenía, al parecer, cierta influencia sobre él. Fue Claire quien ordenó a Marek permanecer en silencio en la oscuridad cuando entraron Kate y Chris.

—Si Arnaut puede indisponeros a vos contra los otros dos, quizá perdone la vida a vuestros amigos. Si os presentáis los tres unidos ante él, se enfurecerá y os hará matar a todos.

Claire orquestó los acontecimientos posteriores. Y el resultado había sido más que aceptable.

Hasta el momento.

Ahora Arnaut lo observaba con manifiesto escepticismo.

—¿Vuestros amigos conocen, pues, el acceso al pasadizo?

—Sí —contestó Marek—. Os lo juro.

—Cogiéndome a vuestra palabra, les he perdonado la vida —dijo Arnaut—. A vuestra palabra y a la de esta dama que responde por vos. —Inclinó levemente la cabeza en dirección a lady Claire, que dejó asomar una fugaz sonrisa a sus labios.

—Mi señor, habéis obrado sabiamente —afirmó Claire—, porque ahorcar a un hombre puede aligerar la lengua de su amigo. Pero con igual frecuencia ocurre que el amigo se reafirma en su resolución y prefiere llevarse el secreto a la tumba. Y en este caso el secreto es de tal importancia que conviene más a mi señor saber que lo tiene bien atado.

—Así pues, seguiremos a esos dos y veremos adónde nos llevan. —Señaló a Marek con el mentón—. Raimondo, buscadle una montura a este pobre hombre y asignadle como escolta a dos de vuestros mejores *chevaliers*. Vos podéis seguirlos a distancia.

El apuesto caballero saludó a su señor con una reverencia y contestó:

—Mi señor, si dais vuestra licencia, lo acompañaré yo mismo.

—Hacedlo —concedió Arnaut—, pues podríamos llevarnos aún alguna sorpresa en este asunto. —Dirigió una expresiva mirada al caballero.

Entretanto, lady Claire se había acercado a Marek y le sostenía una mano afectuosamente entre las suyas. Marek notó algo frío entre los dedos de ella, y enseguida se dio cuenta de que era una pequeña daga, de apenas diez centímetros de largo.

—Mi señora, estoy en deuda con vos —dijo Marek.

—Siendo así, caballero, haced lo posible por pagar esa deuda —respondió ella, mirándolo a los ojos.

—Lo haré, a Dios pongo por testigo. —Ocultó la daga bajo la ropa.

—Y yo rogaré a Dios por vos, caballero —contestó Claire. Inclinandose, le dio un casto beso en la mejilla, y a la vez susurró—: Os escoltará Raimondo de Narbona. Le gusta cortar gargantas. Cuando conozca el secreto, llevad cuidado de que no corte la vuestra y las de vuestros amigos. —Sonriendo, se retiró.

—Mi señora, sois muy bondadosa —dijo Marek—. Tomaré muy en consideración vuestros deseos.

—Buen caballero, que Dios os asista y vele por vos en todo momento.

—Mi señora, no os apartaré de mi pensamiento.

—Buen caballero, querría...

—Basta, basta —los interrumpió Arnaut con tono airado. Volviéndose a Raimondo, dijo—. Id ya, Raimondo, porque esta efusión de sentimientos me revuelve

el estómago.

—Mi señor.

El apuesto caballero inclinó la cabeza respetuosamente y guio a Marek hacia la puerta y la luz del sol.

—¿Quieren saber cuál es el problema? —dijo Robert Doniger, clavando una colérica mirada en sus visitantes—. El problema es dar vida al pasado, hacerlo real.

Había dos hombres y una mujer, los tres jóvenes, repantigados en el sofá de su despacho. Vestían totalmente de negro, con esas chaquetas de hombros ceñidos que parecían haberse encogido al lavarlas. Los hombres llevaban el pelo largo y la mujer un moderno peinado. Eran los especialistas en comunicación que Kramer había contratado. Pero Doniger notó que aquel día Kramer se había sentado frente a ellos, distanciándose sutilmente. Se preguntó si ella había visto ya el material.

Ese detalle predispuso negativamente a Doniger, cada vez más irascible. Además, nunca le había gustado la gente relacionada con aquel mundo. Y ésa era ya su segunda reunión del día con individuos de esa ralea. Por la mañana se había entrevistado con los gilipollas de relaciones públicas, y ahora con esos otros gilipollas.

—El problema —repitió— es que mañana vienen a oír mi presentación treinta altos ejecutivos. La presentación se titula «La promesa del pasado», y no dispongo de material visual convincente que enseñarles.

—Entendido —respondió uno de los hombres con tono resuelto—. Ése era precisamente nuestro punto de partida, señor Doniger. El cliente desea dar vida al pasado. Y eso nos propusimos. Con la ayuda de la señorita Kramer, pedimos a sus propios observadores que generaran vídeos de muestra para nosotros. Y consideramos que este material posee el carácter persuasivo...

—Veámoslo —lo interrumpió Doniger.

—Si apagáramos alguna luz...

—Deje las luces como están.

—Sí, señor Doniger. —La pantalla de la pared cobró vida. Mientras contemplaban las imágenes, el hombre dijo—: El motivo por el que nos gusta este primero es que se trata de un famoso acontecimiento histórico con una duración de solo dos minutos de principio a fin. Como sabe, muchos acontecimientos históricos se desarrollaron con gran lentitud, sobre todo para la sensibilidad moderna. En cambio, éste es rápido. Por desgracia, tuvo lugar en un día un tanto lluvioso.

La pantalla mostraba un cielo encapotado, gris y sombrío. La cámara se desplazó para enfocar a un grupo de gente en alguna clase de reunión, filmando sobre las cabezas de una numerosa multitud. Un hombre alto subía a una sencilla tribuna de madera cruda.

—¿Qué es eso? —preguntó Doniger—. ¿Un ahorcamiento?

—No —contestó el experto en comunicación—. Ése es Abraham Lincoln, a punto

de pronunciar el discurso de Gettysburg.

—¿Ése es Lincoln? ¡Dios santo, qué mala pinta! Parece un cadáver. Lleva el traje arrugado y las mangas le vienen cortas.

—Sí, señor Doniger, pero...

—¿Y ésa es su voz? ¿Esa voz de pito?

—Sí, señor Doniger, nadie había oído antes la voz de Lincoln, pero ésa es su verdadera...

—¿Están ustedes mal de la cabeza, joder?

—No, señor Doniger...

—Por Dios, esto no me sirve —atajó Doniger—. Nadie quiere oír hablar a Lincoln como a Betty Boop. ¿Qué más tienen?

—Aquí lo tenemos, señor Doniger. —Sin inmutarse, el hombre cambió la cinta y explicó: Para el segundo vídeo, partimos de otra premisa. Buscábamos una buena secuencia de acción, pero con la condición de que fuera también un acontecimiento que todo el mundo conociera. Y esto es el día de Navidad de 1778, en el río Delaware, donde...

—No veo una mierda —protestó Doniger.

—Sí, por desgracia la imagen es un poco oscura. Es una travesía nocturna. Pero pensamos que el paso de George Washington a través del Delaware sería...

—¿George Washington? ¿Dónde está George Washington?

—Justo ahí —respondió el hombre, señalando la pantalla.

—¿Dónde?

—Ahí.

—¿Es ese tipo acurrucado al fondo de la barca?

—Exacto, y...

—No, no, no —dijo Doniger—. Tiene que estar de pie en la proa, como un general.

—Ya sé que es así como se lo representa en los retratos, pero no ocurrió de esa manera. Aquí vemos al auténtico George Washington cuando cruzó...

—Da la impresión de que está mareado —comentó Doniger—. ¿Quieren que enseñe un vídeo de George Washington mareado?

—Pero ésa es la realidad.

—¡A la mierda la realidad! —prorrumpió Doniger, lanzando una de las cintas de vídeo a la otra punta del despacho—. ¿Ustedes qué problema tienen? Me trae sin cuidado la realidad. Quiero algo fascinante, con gancho, y ustedes me vienen con un cadáver andante y una rata ahogada.

—Bueno, podemos empezar desde el principio...

—Doy la charla mañana —replicó Doniger—. Entre otros, asistirán tres ejecutivos de vital importancia para nosotros. Y ya les he anunciado que verán algo muy especial. —Levantó las manos—. ¡Dios santo!

Kramer se aclaró la garganta.

—¿Y si usamos diapositivas? —sugirió.

—¿Diapositivas?

—Sí, Bob. Podrían separarse algunos fotogramas de esas cintas, y posiblemente el efecto sería mucho mejor.

—Ajá, sí, eso daría resultado —convino la experta en comunicación, asintiendo con la cabeza.

—Lincoln saldría igualmente con el traje arrugado —objetó Doniger.

—Podríamos eliminar las arrugas con tratamiento de imagen.

Doniger reflexionó por un instante.

—Quizá —dijo por fin.

—En cualquier caso, no conviene mostrarlos demasiado —puntualizó Kramer—. Cuanto menos se vean, mejor.

—De acuerdo —dijo Doniger—. Preparen las diapositivas y enséñenmelas dentro de una hora.

Los tres especialistas en comunicación salieron del despacho. Doniger se quedó a solas con Kramer. Se sentó tras su escritorio y echó una ojeada al texto de la presentación.

—¿Te suena mejor «La promesa del pasado» o «El futuro del pasado»?

—«La promesa del pasado» —respondió Kramer—. Sí, «La promesa», sin duda.

Acompañado por dos caballeros, Marek cabalgaba hacia la cabeza de la columna en medio del polvo que levantaban los carromatos. Aún no veía a Chris y Kate, pero él y su escolta avanzaban deprisa. No tardarían en alcanzarlos.

Echó un vistazo a los caballeros que lo flanqueaban: Raimondo a su izquierda, con armadura completa, erguido, con su media sonrisa fija en los labios; a su derecha, un curtido y canoso guerrero de aspecto rudo y capaz, también con armadura. Tan seguros estaban de tener bajo control a Marek, que ninguno de ellos le prestaba mucha atención. Sobre todo porque Marek llevaba las manos atadas, dejándole la cuerda una holgura de unos quince centímetros entre las muñecas.

Cabalgando junto a la columna, el polvo lo hacía toser de vez en cuando. Al final consiguió sacar la daga disimuladamente de debajo del jubón y mantenerla oculta bajo la palma de la mano con la que se sujetaba al arzón de la silla. Trató de colocar la daga de modo que, con el regular movimiento del caballo, el roce de la hoja desgastara gradualmente la cuerda. Pero eso era más fácil pensarlo que hacerlo. La hoja nunca permanecía por mucho tiempo en la posición correcta, y la cuerda seguía intacta. Marek lanzó una ojeada al temporizador, que marcaba 07.21.02. A las baterías de las máquinas les quedaban aún más de siete horas de carga.

Pronto dejaron atrás la orilla del río y comenzaron a ascender por el tortuoso camino que atravesaba el pueblo de La Roque. El pueblo estaba enclavado en la escarpada ladera sur, dominando el río, y las casas, de piedra en su mayoría, le conferían un aspecto uniforme y sombrío, especialmente en aquellos momentos, con todas las puertas y ventanas cerradas a cal y canto en previsión de la inminente batalla.

Avanzaban ya junto a los destacamentos de avanzada de las huestes de Arnaut, más caballeros con armadura completa, y cada uno con su correspondiente séquito. Hombres y caballos ascendían por las empinadas calles de gujarros, los animales resoplando, los carromatos de pertrechos resbalando una y otra vez. Los caballeros que encabezaban la marcha transmitían una sensación de urgencia; muchos de los carromatos transportaban piezas de máquinas de asalto desmontadas. Obviamente planeaban iniciar el asedio antes del anochecer.

No habían salido aún del pueblo cuando Marek avistó a Chris y Kate, cabalgando juntos sobre sendos caballos derrengados. Les llevaban una ventaja de alrededor de cien metros, y debido a las curvas del camino aparecían y desaparecían de vista de manera intermitente. Raimondo apoyó una mano en el brazo de Marek.

—No nos acercaremos más.

Algo más adelante, en medio de la nube de polvo, un estandarte flameó

demasiado cerca de la cara de un caballo. El animal relinchó y se encabritó. Volcó un carrotrato cargado de balas de cañón, y éstas rodaron cuesta abajo. Aquél era el momento de confusión que Marek aguardaba, y actuó de inmediato. Espoleó al caballo, que se negó a moverse. Marek vio entonces que el caballero canoso lo sujetaba diestramente de las riendas.

—Amigo mío —dijo Raimondo con calma, situándose junto a él—, no me obliguéis a mataros. Al menos, todavía no. —Señaló con el mentón las manos de Marek—. Y guardad ese ridículo cuchillo, o acabaréis haciéndoos daño.

Marek notó que le ardían las mejillas. Pero obedeció, guardándose la daga bajo el jubón. Siguieron cabalgando en silencio.

Detrás de las casas de piedra sonó el reclamo de un ave, repetido dos veces. Raimondo volvió de inmediato la cabeza al oírlo, y lo mismo hizo su compañero. Por lo visto, no era un ave.

Los dos hombres aguzaron el oído, y al cabo de unos instantes oyeron un reclamo de respuesta más arriba. Raimondo apoyó la mano en la empuñadura de la espada.

—¿Qué es eso? —preguntó Marek.

—Nada que os importe.

Y no volvieron a despegar los labios.

Con el ajeteo, los soldados no les prestaban atención, principalmente porque las sillas de sus monturas exhibían los colores de Arnaut. Por fin, llegaron a lo alto del monte y salieron a un campo abierto, con el castillo a su derecha. A la izquierda se encontraba el bosque, no muy lejos, y al norte estaba la extensa explanada cubierta de hierba.

Rodeado de soldados de Arnaut, Marek ni siquiera había caído en la cuenta de que se hallaban a menos de cincuenta metros del foso y la barbacana exteriores del castillo. Chris y Kate mantenían aún una delantera de alrededor de cien metros.

El ataque se produjo con desconcertante rapidez. Cinco caballeros montados surgieron del bosque, blandiendo las espadas y lanzando gritos de guerra. Acometieron derechos hacia Marek y sus escoltas. Era una emboscada.

Con un aullido, Raimondo y el caballero canoso desenvainaron. Los caballos relincharon. Las hojas de las espadas se encontraron. El propio Arnaut galopó cuesta arriba para unirse a la refriega y empezó a pelear con fiereza. Marek quedó momentáneamente en segundo plano.

Mirando columna arriba, Marek vio que otro grupo había arremetido contra Kate y Chris, rodeándolos de inmediato. Entre los atacantes, Marek distinguió a sir Guy por su penacho negro. Marek espoleó su montura y galopó hacia allí a lo largo de la columna.

Vio que un caballero agarraba a Chris del jubón e intentaba derribarlo de su montura; otro tiraba de las riendas del caballo de Kate, que relinchaba y se revolvía. Un tercero arrebató a Chris las riendas, pero éste espoleó al caballo, que se encabritó; el caballero soltó las riendas, pero Chris, viéndose de pronto cubierto de sangre, lanzó

un grito de pánico. Su caballo se desbocó y, relinchando, corrió hacia el bosque, con Chris caído de medio lado en la silla, sosteniéndose apenas. Al cabo de un instante, desapareció entre los árboles.

Kate trataba aún de recuperar el control de las riendas, que uno de los caballeros mantenía sujetas. Alrededor, el caos era absoluto. Los hombres de Arnaut vociferaban en torno al grupo y atacaban a los caballeros con sus lanzas. Uno logró herir al caballero que tenía las riendas de Kate, y éste las soltó por fin. Marek, pese a ir desarmado, cargó hacia allí y separó a Kate de su atacante.

—¡André! —exclamó Kate.

—¡Vete! ¡Vete! —dijo Marek. Luego gritó—: ¡Malegant!

Sir Guy se volvió hacia él.

Marek apartó de inmediato a su caballo de la refriega y galopó derecho hacia La Roque. Los otros caballeros revolvieron sus monturas para zafarse de los soldados de Arnaut y fueron en su persecución a campo abierto. Más abajo, Marek vio luchar a Raimondo y Arnaut entre una gran polvareda.

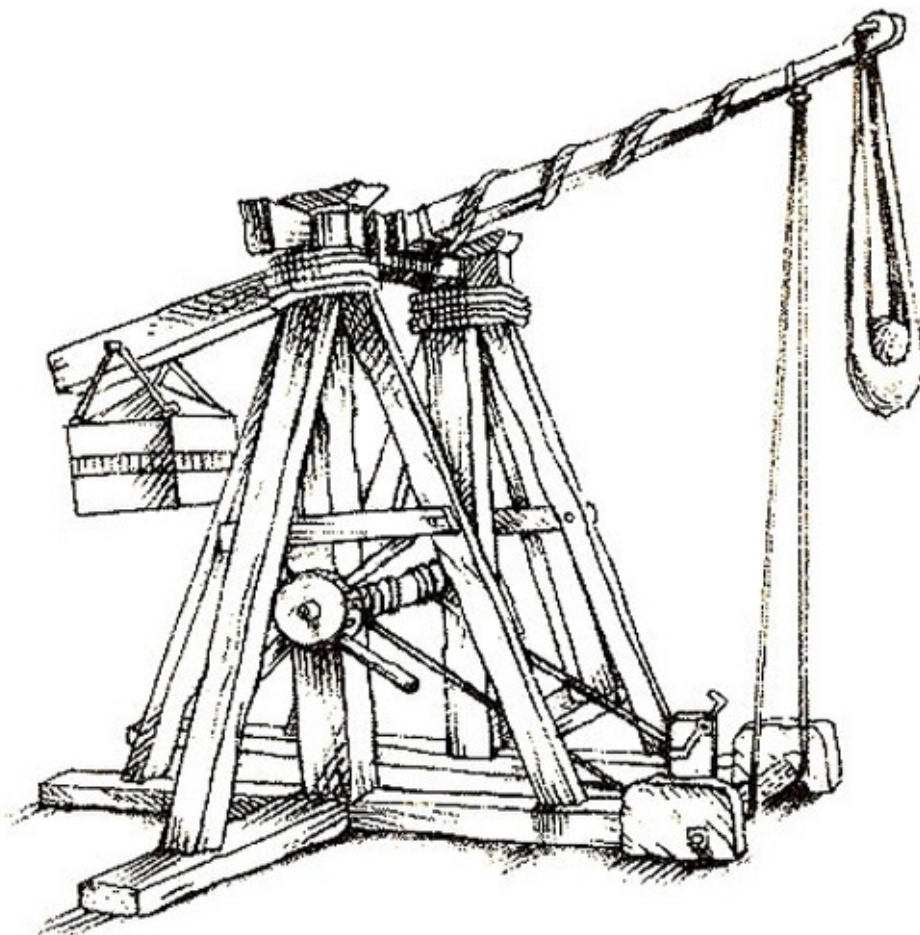
Kate picó a su caballo, dirigiéndolo hacia el bosque. Mirando atrás, vio a Marek cruzar el puente levadizo de La Roque y desaparecer en el interior del castillo. Los otros jinetes lo siguieron. A continuación, el pesado rastrillo bajó ruidosamente y el puente se alzó.

Marek había desaparecido. Chris había desaparecido. Alguno de ellos podía estar muerto, o los dos. Pero una cosa era evidente. Solo ella seguía libre e ilesa.

Ahora todo estaba en sus manos.

Rodeada de soldados por todas partes, Kate pasó la siguiente media hora abriéndose paso a través de la columna de caballos y carromatos de pertrechos de Arnaut, camino del bosque situado al norte de la fortaleza. Los hombres de Arnaut levantaban un extenso campamento en los lindes del bosque, de cara a la amplia explanada que descendía en suave declive hasta el castillo.

Los hombres la llamaban para que los ayudara con una u otra tarea, pero ella se negaba con un gesto tan masculino como le era posible y seguía adelante. Finalmente llegó al bosque y lo bordeó hasta encontrar el estrecho sendero que conducía a la oscuridad y el aislamiento. Allí se detuvo por unos minutos para dar descanso a su montura, y recobrar la calma ella misma, antes de adentrarse en el bosque.



A sus espaldas, en la explanada, el cuerpo de ingenieros montaba rápidamente los trabuquetes. Estos ofrecían un aspecto tosco y poco manejable: hondas gigantes con un armazón central apuntalado con gruesos maderos y, sobre el armazón, la pala de disparo, que se bajaba mediante cuerdas y, al soltarse, subía velozmente por efecto de

un contrapeso y arrojaba su carga por encima de las murallas del castillo. Cada artefacto debía de pesar más de doscientos kilos, pero los hombres los construían deprisa uno tras otro, trabajando con precisa y rápida coordinación. Viéndolos, Kate comprendió cómo era posible, en algunos casos, edificar una iglesia o un castillo en un par de años. Los trabajadores eran tan diestros y estaban tan abstraídos en su labor que apenas necesitaban instrucciones.

Kate volvió el caballo y se adentró en el espeso bosque al norte del castillo.

En el estrecho sendero, la oscuridad se hacía mayor a medida que Kate avanzaba. Le resultaba escalofriante estar allí sola. Oía los ululatos de los búhos y los lejanos reclamos de extrañas aves. Pasó junto a un árbol en cuyas ramas se posaba una docena de cuervos. Los contó, preguntándose si sería un augurio, y si lo era, qué debía presagiar.

Cabalgando despacio a través del bosque, Kate tenía la sensación de retroceder en el tiempo, de adoptar formas de pensamiento más primitivas. Los árboles se cernían sobre ella; la tierra era tan oscura como la noche. Tenía una sensación de confinamiento, de opresión.

Al cabo de veinte minutos, llegó a un claro de hierba alta bañado por el sol y experimentó un notable alivio. Vio un hueco entre los árboles, por donde seguía el sendero. Cuando atravesaba el claro, vio un castillo a su izquierda. No recordaba que en los planos topográficos constara la presencia de ninguna construcción de esas características, pero allí estaba. Era un castillo pequeño —prácticamente una casa solariega—, de paredes enjalbegadas que lo hacían brillar bajo el sol. Tenía cuatro torretas y un tejado de pizarra azul. A simple vista, parecía un lugar alegre, pero, observando con mayor detenimiento, observó que había barrotes en las ventanas, el techo se había hundido parcialmente, dejando un agujero irregular en la superficie de pizarra, y las dependencias anexas se hallaban en un estado ruinoso. El claro había sido en otro tiempo un campo de césped que se extendía ante la entrada del castillo. La asaltó una honda sensación de estancamiento y decadencia.

Se estremeció y estimuló a su montura. Algo más adelante, notó que la hierba había sido pisoteada recientemente..., por otro caballo que iba en la misma dirección que ella. Mientras examinaba el rastro, vio que los tallos de hierba se erguían lentamente, volviendo a su posición original.

Alguien había pasado por allí poco antes. Quizá solo unos minutos antes. Con cautela, se dirigió hacia el fondo del claro.

La oscuridad la envolvió de nuevo en cuanto penetró en el bosque. El sendero estaba allí embarrado, y Kate vio claramente las huellas de unos cascos.

De vez en cuando, se detenía y escuchaba con atención. Pero no oyó nada. O el jinete se hallaba lejos, o era muy sigiloso. En una o dos ocasiones le pareció oír el sonido de un caballo, pero no estaba segura.

Probablemente era fruto de su imaginación.

Siguió avanzando hacia la ermita verde, hacia lo que en los mapas aparecía como *la chapelle verte morte*. La ermita de la muerte verde.

En la oscuridad del bosque, más adelante, entrevió una figura apoyada contra un árbol caído. Era un anciano arrugado, con una capucha en la cabeza y un hacha de leñador. Cuando pasó ante él, lo oyó decir con voz débil y ronca:

—Por caridad, señor, por caridad, dadme algo de comer, pues soy pobre y no tengo nada que llevarme a la boca.

En un primer momento, Kate pensó que no tenía nada que ofrecerle, pero de pronto recordó que el caballero le había entregado un pequeño hato, que colgaba del arzón trasero de la silla. Lo cogió y dentro encontró un mendrugo de pan y un trozo de cecina. No parecía muy apetitoso, sobre todo porque despedía ya un intenso olor a sudor de caballo. Tendió la comida al anciano.

Con manifiesta avidez, el anciano se acercó, alargó la mano huesuda hacia la comida, pero, en lugar de cogerla, agarró a Kate por la muñeca con sorprendente fuerza y tiró de ella para derribarla del caballo. El hombre soltó una carcajada de satisfacción, un sonido horrendo. En el forcejeo, se le deslizó hacia atrás la capucha, y Kate vio que era más joven de lo que había pensado. Otros tres hombres salieron de las sombras a ambos lados del sendero, y Kate comprendió que eran *godins*, los campesinos bandidos. Kate se mantenía en la silla, pero era evidente que no por mucho tiempo. Espoleó al caballo, pero estaba cansado y no respondió. El hombre de mayor edad continuaba tirándole del brazo a la vez que mascullaba:

—¡Muchacho estúpido! ¡Muchacho necio!

Sin saber qué hacer, pidió auxilio a pleno pulmón, y eso pareció sobresaltar a los bandidos, que se quedaron inmóviles por un instante y reanudaron luego el ataque. Pero de repente oyeron el galope de un caballo acercarse en dirección a ellos y un estentóreo grito de guerra, y los *godins* se miraron y decidieron dispersarse. Todos salvo el hombre arrugado, que se resistió a soltar a Kate y la amenazó con el hacha, que empuñaba con la otra mano.

Pero en ese momento una aparición, un caballero teñido de sangre al galope, irrumpió sendero abajo, su caballo resoplando y salpicando barro, y el propio caballero tan feroz y ensangrentado que el último hombre corrió a refugiarse en la oscuridad del bosque para salvar su vida.

Chris tiró de las riendas y dio una vuelta alrededor de Kate. Ella sintió un profundo alivio. Chris sonreía, visiblemente satisfecho de sí mismo.

—¿Estáis bien, señora?

—¿Eres tú? —preguntó Kate con incredulidad.

Chris estaba literalmente bañado en sangre, ya seca, y cuando sonreía, la sangre se agrietaba en las comisuras de sus labios, revelando debajo la piel clara. Daba la

impresión de que hubiera caído en una cuba de tinte rojo.

—Estoy perfectamente —dijo Chris—. Alguien ha herido a un caballo a mi lado, cortándole una arteria o algo así. He quedado empapado en un segundo. La sangre es caliente, ¿lo sabías?

Kate seguía contemplándolo atónita, asombrada de que alguien con semejante aspecto fuera capaz de bromear. A continuación, Chris cogió las riendas del caballo de Kate y la alejó rápidamente de allí.

—No conviene esperar a que se reagrupen —advirtió Chris—. ¿Nunca te dijo tu madre que no hablaras con desconocidos, especialmente cuando te los encuentras en el bosque?

—En realidad, pensaba que uno debía darles comida e intentar ayudarlos.

—Eso solo es así en los cuentos de hadas —repuso Chris—. En el mundo real, si paras a ayudar a un pobre en el bosque, él y sus amigos te roban el caballo y te matan. Por eso nadie lo hace.

Chris aún sonreía, tranquilo y seguro de sí mismo, y Kate tuvo la sensación de que nunca antes se había dado cuenta de que era un hombre muy atractivo, de que poseía un verdadero encanto. Pero acababa de salvarle la vida, pensó Kate, y esa impresión tenía mucho que ver, naturalmente, con la gratitud.

—Por cierto, ¿qué hacías aquí? —preguntó.

Chris se echó a reír.

—Intentaba alcanzarte. Creía que ibas por delante de mí.

El sendero se bifurcaba. Aparentemente el camino principal seguía a la derecha, iniciando un suave descenso. Una vereda mucho más estrecha se desviaba a la izquierda, en terreno llano. Pero parecía mucho menos transitada.

—¿Qué opinas? —dijo Kate.

—Tomemos por el camino principal —contestó Chris, y encabezó la marcha.

Kate lo siguió de buen grado. El bosque era cada vez más exuberante, y unos helechos de dos metros de altura, como enormes orejas de elefante, impedían ver al frente. Kate oyó un lejano rumor de agua. El declive empezó a hacerse más pronunciado, y no se veía el suelo a causa de los helechos. Desmontaron y amarraron los caballos a un árbol para continuar a pie.

La pendiente era ya muy escarpada y el sendero se había convertido en un barrizal. Chris resbaló y comenzó a deslizarse por el barro, intentando agarrarse a ramas y arbustos para frenarse. Kate lo vio alejarse y desaparecer finalmente lanzando un grito.

Kate esperó por un momento.

—¿Chris?

No hubo respuesta.

Se tocó la oreja con un dedo para conectar el auricular.

—¿Chris?

Nada.

Kate, indecisa, no sabía si continuar adelante o volver atrás. Decidió seguir a Chris, pero con cautela después de ver lo resbaladizo que era el terreno y lo que le había ocurrido a él. Sin embargo, tras unos cuidadosos pasos, perdió el equilibrio y se deslizó vertiginosamente por el barro, golpeándose contra los troncos de los árboles.

La inclinación del terreno aumentaba por momentos. Kate cayó de espaldas en el barro y continuó deslizándose, tratando de parar con los pies el impacto contra los árboles. Las ramas le arañaban la cara, le cortaban las manos cuando intentaba agarrarse a ellas. Era incapaz de frenar el precipitado descenso.

Y la pendiente era cada vez más abrupta. Más adelante el bosque era menos espeso, y Kate veía ya la luz entre los troncos de los árboles, y oía el murmullo del agua. Se deslizaba por un sendero paralelo a un pequeño torrente. Los árboles crecían más dispersos, y Kate advirtió que el bosque terminaba bruscamente unos veinte metros más adelante. El ruido del agua cobraba intensidad.

Y de pronto comprendió por qué terminaba el bosque.

Era el borde de un precipicio.

Y más allá había una cascada. Justo enfrente.

Aterrorizada, Kate se volvió boca abajo, hundió los dedos en el barro, pero de nada le sirvió. Siguió deslizándose. No podía detenerse. Se volvió nuevamente de espaldas, bajando aún por aquel tobogán de barro, sin más opción que ver acercarse el precipicio, y de pronto salió disparada del bosque y voló por el aire, sin atreverse a mirar abajo.

Casi de inmediato, cayó entre un denso follaje, se aferró y consiguió sostenerse, meciéndose entre las hojas. Yacía de espaldas sobre las ramas de un árbol enorme, que crecía inclinado en la pared misma del precipicio. La cascada se hallaba justo debajo de ella. No era tan grande como había supuesto. Quizá tenía unos tres o cuatro metros de altura. Vertía sus aguas en una laguna, pero era imposible adivinar su profundidad.

Kate intentó retroceder de espaldas por las ramas del árbol, pero le resbalaban las manos a causa del barro. Sin poder evitarlo, notó que se deslizaba hacia un lado. Contorsionándose, quedó por fin colgada de una rama, aferrándose a ella con los brazos y las piernas, como un perezoso, y trató de desplazarse hacia el tronco. Al cabo de un metro y medio, comprendió que no lo conseguiría.

Cayó.

Se golpeó con otra rama, un metro más abajo. Quedó suspendida de ella por un momento, sujetándose con las manos embarradas y resbaladizas. Volvió a caer y se golpeó con otra rama inferior. Se encontraba ya muy cerca de la cascada, donde el torrente se curvaba sobre un reborde del precipicio. Allí, las ramas del árbol estaban

mojadas debido al agua pulverizada que ascendía de la cascada. Observó la pequeña laguna arremolinada. No vio el fondo; desde allí, no podía calcular su profundidad.

Colgada precariamente de la rama, pensó: ¿Dónde demonios está Chris? Pero al cabo de unos segundos le resbalaron las manos y se precipitó al vacío.

El agua estaba helada y bullía impetuosamente en torno a ella. Girando, desorientada, intentó impulsarse hacia la superficie, y chocó contra las rocas del fondo. Finalmente, logró asomar la cabeza, justo debajo de la cascada, y el agua le golpeó con increíble fuerza. Volvió a sumergirse, nadó bajo la superficie y emergió de nuevo unos metros más adelante. Allí el agua estaba más quieta, pero igualmente fría.

Trepó a la orilla y se sentó en una roca. Vio que el remolino de agua le había limpiado por completo el barro del cuerpo y la ropa. Por alguna razón, se sintió renovada, y contenta de estar viva.

Mientras recobraba el aliento, miró alrededor.

Se hallaba en un valle estrecho, y la neblina de la cascada empañaba la luz del sol. La vegetación era exuberante. La hierba estaba mojada y las rocas cubiertas de musgo. Justo enfrente, un camino de piedra conducía a una pequeña ermita.

La ermita se veía húmeda, sus superficies revestidas de una especie de moho que veteaba las paredes y colgaba del borde del tejado. El moho era de un vivo color verde.

La ermita verde.

Vio también armaduras rotas amontonadas en desorden junto a la puerta de la ermita, viejos petos herrumbrosos y yelmos abollados, así como espadas y hachas tiradas alrededor de cualquier manera.

Kate buscó a Chris con la mirada, pero no lo vio. Era evidente que no había resbalado hasta el borde del precipicio. Probablemente había vuelto atrás y se dirigía hacia allí por el otro camino. Decidió esperarlo. Antes se había alegrado de verlo, y ahora lo echaba de menos. Pero no lo veía por ninguna parte. Y salvo por el ruido de la cascada, no se oía nada en aquel pequeño valle, ni siquiera el canto de los pájaros. Reinaba un silencio inquietante. Y sin embargo Kate no se sentía sola. Tenía la clara impresión de que había allí alguien más, una *presencia* en el valle.

De pronto oyó una especie de bramido procedente del interior de la ermita: un sonido gutural, feroz.

Se levantó y, con cautela, se dirigió por el camino de piedra hacia las armas. Cogió una espada y la empuñó con las dos manos, pese a que se sentía ridícula; la espada pesaba mucho, y Kate era consciente de que no tenía la fuerza ni la destreza necesarias para manejarla. Se encontraba ya cerca de la puerta de la ermita, y de dentro salía un intenso olor a putrefacción. Volvió a oír el bramido.

Y de repente apareció en el umbral un caballero con armadura. Era un hombre de gran estatura, más de dos metros, y tenía la armadura manchada de moho verde. Un

pesado yelmo le cubría la cabeza, ocultándole por completo el rostro. Llevaba un hacha enorme, de doble filo, como la de un verdugo.

El hacha osciló en su mano cuando avanzó hacia Kate.

Kate retrocedió instintivamente, sin apartar la mirada del hacha. Su primer impulso fue echarse a correr, pero el caballero se movía con gran agilidad, y Kate sospechó que era capaz de alcanzarla. Además, no quería volverle la espalda. Pero tampoco podía atacarlo; parecía doblarle el tamaño. El caballero no hablaba. Kate oía solo un gruñido dentro del yelmo, un sonido animal, propio de un demente. Debe de estar loco, pensó.

El caballero se acercaba rápidamente, obligándola a actuar. Haciendo acopio de fuerza, Kate arremetió con la espada, y él paró el golpe con el hacha. La espada vibró de tal modo que estuvo a punto de caérsele de las manos. Asestó otro golpe, esta vez bajo, apuntando a las piernas, pero él volvió a pararlo sin dificultad, y con un rápido giro del hacha, hizo volar de sus manos la espada, que fue a caer en la hierba detrás de él.

Kate se dio media vuelta y echó a correr. Gruñendo, el caballero la persiguió y la agarró del pelo. A rastras, la llevó a un lado de la ermita. A Kate le ardía el cuero cabelludo. Más adelante, vio un bloque curvo de madera en la tierra, marcado con profundos cortes. Sabía qué era: un tajo de decapitación.

No tenía medio alguno de resistirse. El caballero la empujó, forzándola a poner el cuello en el tajo, y apoyó un pie sobre su espalda para mantenerla en posición. Kate agitaba inútilmente los brazos.

Vio deslizarse una sombra por la hierba cuando él alzó el hacha.

El teléfono sonó con insistencia. David Stern bostezó, encendió la lámpara de la mesilla y descolgó el auricular.

—Sí —dijo con la voz empañada.

—David, soy John Gordon. Mejor será que venga a la sala de tránsito.

Stern buscó a tientas las gafas, se las puso y miró el reloj. Eran las 6.20. Había dormido tres horas.

—Es necesario tomar una decisión —explicó Gordon—. Pasaré a recogerlo por la habitación dentro de cinco minutos.

—De acuerdo —respondió Stern, y colgó.

Se levantó de la cama y subió la persiana. El sol inundó la habitación, tan luminoso que lo obligó a cerrar los ojos. Se dirigió hacia el cuarto de baño para darse una ducha.

Ocupaba una de las tres habitaciones que la ITC había habilitado en el laboratorio para los investigadores que debían quedarse a trabajar de noche. Estaba equipada como la habitación de un hotel, incluidos los pequeños frascos de champú y crema hidratante junto al lavabo. Stern se afeitó y se vistió. Luego salió al pasillo. No vio a Gordon, pero oyó voces al fondo del pasillo y se dirigió hacia allí, mirando a través de las puertas de cristal de los sucesivos laboratorios. A esa hora, estaban todos vacíos.

Al final del pasillo encontró un laboratorio con la puerta abierta. Un operario de mantenimiento medía la altura y anchura de la puerta con una cinta métrica amarilla. Dentro, había cuatro técnicos alrededor de una amplia mesa. Sobre la mesa se hallaba expuesta una maqueta a escala de la fortaleza de La Roque y sus inmediaciones. Los hombres hablaban en voz baja, y uno de ellos levantaba tentativamente el borde de la mesa. Por lo visto, buscaban la manera de moverla.

—Doniger dice que la quiere enseñar al final de la presentación —comentó el técnico.

—No sé cómo vamos a sacarla de la habitación —dijo otro—. ¿Cómo la entraron?

—Se construyó aquí mismo —informó el hombre que se hallaba en el umbral de la puerta mientras enrollaba la cinta métrica.

Movido por la curiosidad, Stern entró en la habitación y observó de cerca la maqueta. Mostraba el castillo, reconocible y fiel hasta en los más mínimos detalles, en el centro de un complejo mucho mayor. Fuera del castillo, se veía un círculo de vegetación, y más allá un complejo de edificios y una red de carreteras. Sin embargo, nada de eso existía. En la Edad Media, el castillo se erigía aislado en una explanada.

—¿Qué es esta maqueta? —preguntó Stern.

—La Roque —contestó un técnico.

—Pero no es una representación exacta.

—Sí, sí lo es —aseguró el técnico—. Es totalmente exacta. Al menos, según los últimos planos del proyecto arquitectónico que nos han enviado.

—¿Qué proyecto arquitectónico? —dijo Stern.

Ante esto, los técnicos guardaron silencio, y sus rostros reflejaron preocupación. Mirando alrededor, Stern vio que había más maquetas: una de Castelgard y otra del monasterio de Sainte-Mère. Vio asimismo enormes planos en las paredes. Parecía el gabinete de un arquitecto, pensó.

En ese momento, Gordon se asomó a la puerta.

—¿David? Vámonos.

Stern se alejó por el pasillo junto a Gordon. Volviendo la cabeza, vio que los técnicos habían ladeado la maqueta y la sacaban por la puerta.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Stern.

—Un estudio urbanístico —respondió Gordon—. Los realizamos en todos los proyectos. La idea es definir el entorno inmediato del monumento histórico a fin de preservar el yacimiento para los turistas y estudiosos. Analizan las líneas de visibilidad y todo eso.

—Pero ¿qué interés tienen ustedes en eso?

—Un interés absoluto —contestó Gordon—. Invertimos millones antes de que un yacimiento se restaure por completo. Y no queremos que luego se eche a perder el conjunto a causa de unas galerías comerciales y un montón de hoteles de veinte pisos de altura. Por tanto, intentamos llevar a cabo una planificación urbanística más amplia y procuramos influir en las autoridades locales para que establezcan unas directrices razonables. —Miró a Stern—. Para serle sincero, esa parte del negocio siempre me ha resultado un tanto tediosa.

—¿Y qué ocurre en la sala de tránsito? —preguntó Stern.

—Se lo mostraré.

La plataforma de tránsito estaba desescombrada y limpia. En los puntos donde el ácido había corroído la goma, unos cuantos operarios arrodillados reemplazaban el revestimiento. Dos de las paredes del blindaje de agua se hallaban ya colocadas, y un técnico provisto de unos anteojos y una lámpara especiales examinaba una de ellas. Pero Stern dirigió su atención hacia arriba, donde se balanceaban en el aire los enormes paneles de cristal de la tercera pared, trasladados mediante grúas desde la segunda plataforma de tránsito todavía en construcción.

—Ha sido una suerte que estuviera preparándose la otra plataforma de tránsito —

comentó Gordon—. De lo contrario, habríamos necesitado una semana para traer esos paneles de cristal. Pero los paneles estaban ya aquí. Basta con desplazarlos. Una gran suerte.

Stern mantenía la vista en alto. Hasta ese momento no se había dado cuenta del enorme tamaño de aquellos paneles. Viéndolos suspendidos sobre él, calculó que los paneles curvos de cristal debían de tener unos tres metros de altura y cuatro y medio de anchura. Sujetos mediante eslingas acolchadas, descendían hacia los soportes del suelo.

—Pero hay otros de repuesto —añadió Gordon—. Tenemos solo un juego.

—¿Y?

Gordon se aproximó a uno de los paneles, colocado ya en su lugar correspondiente.

—En esencia, estas paredes son una especie de enormes petacas de cristal, es decir, recipientes curvos que se llenan a través de un orificio en la parte superior. Y una vez llenas de agua, alcanzan un considerable peso, unas cinco toneladas cada una. La curva mejora la resistencia. Pero es precisamente su resistencia lo que me preocupa.

—¿Por qué? —preguntó Stern.

—Acérquese. —Gordon recorrió la superficie de cristal con los dedos—. ¿Ve estas pequeñas marcas? ¿Estos puntos grisáceos? Son diminutos, y solo se advierten si se examinan minuciosamente. Pero son defectos del cristal que antes no estaban. Creo que, con la explosión, saltaron partículas de ácido fluorhídrico a la otra plataforma.

—Y ahora el cristal está dañado.

—Sí. Mínimamente. Pero si estas marcas han debilitado el cristal, las paredes podrían agrietarse al llenarlas de agua. O peor aún, reventar y hacerse añicos.

—¿Y si eso ocurre?

—No dispondremos de un blindaje completo —contestó Gordon, mirando a Stern a la cara—. En cuyo caso, no existen garantías de que podamos traer a sus amigos sanos y salvos. Correrían el riesgo de llegar aquí con muchos errores de transcripción.

Stern arrugó la frente.

—¿No hay una manera de probar los paneles para ver si resisten?

—No, en realidad no. Podríamos someter alguno a una prueba de tensión si asumiéramos el riesgo de romperlo, pero dado que no hay paneles de repuesto, yo lo desaconsejaría. En lugar de eso, he optado por una inspección visual de polarización microscópica. —Señaló al técnico que examinaba el cristal con unos anteojos—. Esa inspección puede determinar las líneas de tensión preexistentes, que siempre hay en cualquier cristal, y darnos una aproximada idea de si resistirán o no. Y tiene también una cámara digital que suministra datos directamente al ordenador.

—¿Van a realizar una simulación por ordenador?

—Sí, aunque muy rudimentaria —dijo Gordon—. Tan rudimentaria que

probablemente ni siquiera merezca la pena hacerse. Pero voy a hacerla de todos modos.

—¿Y cuál es la decisión que debe tomarse?

—Cuándo llenar los paneles.

—No lo entiendo.

—Si los llenamos ahora y resisten, seguramente ya no surgirán problemas. Pero no tenemos una total certeza, porque una de esas paredes podría tener un punto débil que cediese después de hallarse bajo presión durante un determinado período. Así pues, eso sería un argumento a favor de llenar los blindajes en el último momento.

—¿Cuánto tardan en llenarse?

—No mucho. Aquí mismo tenemos una manguera contra incendios. Pero, para minimizar los riesgos, sería conveniente llenarlos despacio, en cuyo caso nos llevaría casi dos horas llenar los nueve segmentos del blindaje.

—Pero ¿no empiezan a detectar cabriolas de campo dos horas antes de la llegada de una máquina?

—Sí..., siempre y cuando la sala de control funcione con normalidad. Pero el equipo de la sala de control estuvo desconectado durante diez horas. Las emanaciones del ácido penetraron también allí, y podrían haber afectado a algunos componentes electrónicos. No sabemos aún si todo funciona correctamente o no.

—Comprendo —dijo Stern—. Y los nueve segmentos de pared son distintos.

—Exacto. No hay dos iguales.

Allí se planteaba, pensó Stern, un típico problema científico del mundo real: calibrar riesgos, sopesar incertidumbres. La mayoría de la gente no sospechaba siquiera que buena parte de los problemas científicos adquirirían esa forma. La lluvia ácida, el calentamiento del planeta, la contaminación del medio ambiente, el riesgo de cáncer; todas esas complejas cuestiones exigían siempre valoraciones aproximativas, malabarismos de cálculo. ¿Hasta qué punto eran exactos los datos? ¿Hasta qué punto eran dignos de confianza los científicos que habían realizado el trabajo? ¿Hasta qué punto era fiable la simulación de ordenador? ¿Qué valor tenían los pronósticos? Esas dudas surgían una y otra vez. Por supuesto, los medios de comunicación nunca se preocupaban de las complejidades, ya que no proporcionaban titulares llamativos. Como consecuencia de ello, la gente consideraba erróneamente que la ciencia era lineal y mecánica. Ni siquiera los conceptos más consolidados —como la idea de que los gérmenes provocan enfermedades— estaban tan comprobados como la gente creía.

Y en aquel caso en particular —una situación de la que dependía directamente la seguridad de sus amigos—, Stern tenía ante sí una montaña de incertidumbre. No se sabía si el blindaje resistiría. No se sabía si la sala de control recibiría la señal correcta. No se sabía si debían llenar el blindaje despacio en ese mismo momento, o dejarlo para el final y hacerlo deprisa. Debía llevarse a cabo una valoración aproximativa. Y había vidas en juego.

Gordon lo miraba fijamente. Aguardando.

—¿Hay algún segmento intacto? —preguntó Stern.

—Sí, cuatro.

—Entonces llenemos ahora esos cuatro, y esperemos a los resultados del análisis de polarización y la simulación de ordenador antes de llenar los otros.

Gordon movió la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

—Eso es exactamente lo que yo pensaba —dijo.

—A su juicio, ¿qué probabilidades tenemos? ¿Aguantarán o no las paredes del blindaje? —preguntó Stern.

—A mi juicio, aguantarán —contestó Gordon—. Pero contaremos con más información dentro de un par de horas.

—Mi buen sir André, os ruego que vengáis por aquí —dijo Guy de Malegant con una cortés reverencia, señalándole el camino con la mano.

Marek trató de disimular su asombro. Al entrar al galope en La Roque, estaba totalmente convencido de que Guy y sus hombres lo matarían en el acto. En cambio, lo trataban con deferencia, casi agasajándolo como a un invitado. Se encontraba en el centro mismo del castillo, en el patio interior, donde vio el gran salón, con las luces ya encendidas.

Malegant lo guio más allá del gran salón, hasta una peculiar estructura de piedra situada a la derecha. Aquel edificio no solo estaba provisto de postigos, sino que además los vanos habían sido cubiertos con láminas translúcidas de piel de vejiga de cerdo, a modo de cristales. Había velas en las ventanas, pero en la parte exterior de las láminas de vejiga, no dentro de la propia estancia.

Marek adivinó la razón aun antes de entrar en el edificio, que se componía de una única sala muy espaciosa. Contra las paredes, había bolsas de tela del tamaño de un puño apiladas sobre plataformas de madera. En un rincón, se alzaban varios montones piramidales de munición. En la sala se percibía un característico olor — intenso y astringente—, que Marek identificó de inmediato. Sabía exactamente dónde se hallaba.

En el arsenal.

—Bien, maestro, hemos encontrado a uno de vuestros ayudantes —anunció Malegant.

—Os estoy muy agradecido.

En el centro de la sala, el profesor Edward Johnston estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. A un lado tenía dos cuencos de piedra con mezclas en polvo. Sujetaba un tercer cuenco entre las piernas y, con un macillo de piedra, machacaba un polvo gris con movimientos circulares y uniformes. Johnston no interrumpió su tarea al ver a Marek. Ni siquiera exteriorizó señal alguna de sorpresa.

—Hola, André —dijo.

—Hola, profesor.

—¿Estás bien? —preguntó sin dejar de mover el macillo.

—Sí, estoy bien. Solo me duele un poco la pierna —contestó Marek. En realidad sentía un dolor palpitante en la pierna, pero en el río se le había limpiado totalmente la herida, y confiaba en que cicatrizase en unos días.

El profesor continuó triturando el polvo, con paciencia, sin pausa.

—Me alegro, André —dijo con la misma voz serena—. ¿Dónde están los otros?

—En cuanto a Chris, no lo sé —respondió Marek. Recordaba a Chris cubierto de

sangre—. Pero Kate está bien, y va a localizar el...

—Estupendo —lo interrumpió el profesor, señalando con una fugaz mirada a sir Guy. Cambiando de tema, apuntó al cuenco con el mentón—. Ya sabes qué estoy haciendo, naturalmente.

—Amalgamando —contestó Marek—. ¿Es bueno el material?

—No está mal, dadas las circunstancias. Es carbón de sauce, que resulta ideal. El azufre es bastante puro, y el nitrato es orgánico.

—¿Guano?

—Exacto.

—Así pues, es lo que cabía esperar —comentó Marek.

Una de las primeras cosas que Marek había estudiado era la tecnología de la pólvora, una sustancia que empezó a usarse ampliamente en Europa en el siglo XIV. La pólvora era uno de esos inventos, como la rueda de molino o el automóvil, que no podía atribuirse a una persona o un lugar en particular. La fórmula original —una parte de carbón, una parte de azufre, seis partes de salitre— provenía de China. Pero los detalles de su llegada a Europa eran objeto de controversia, como lo eran asimismo los usos iniciales de la pólvora, cuando se empleaba más como sustancia incendiaria que como explosivo. La pólvora empezó a utilizarse en las armas cuando el término «arma de fuego» tenía el significado de «arma que hace uso del fuego», y no la acepción moderna de artefacto capaz de lanzar proyectiles explosivos, como el rifle o el cañón.

Por eso la pólvora no era muy explosiva en sus primeros tiempos: porque la química de la pólvora no se conocía bien, y el arte estaba aún apenas desarrollado. La pólvora explosionaba cuando el carbón y el azufre ardían muy rápido, y esa clase de combustión solo era posible con un suministro abundante de oxígeno, que se conseguía mediante sales de nitrato, posteriormente llamadas «salitre». La fuente de nitratos más habitual eran los excrementos de murciélago recolectados en las cuevas. En un principio, ese guano no se refinaba en absoluto, sino que se añadía sin más a la mezcla.

Pero el gran descubrimiento del siglo XIV fue que la pólvora explosionaba mejor cuando se la trituraba hasta conseguir un grano muy fino. A este proceso se lo denominaba «amalgamamiento», y si se realizaba debidamente, se obtenía una pólvora con la consistencia del polvo de talco. Triturando durante horas la mezcla, minúsculas partículas de salitre y azufre se incrustaban en los poros microscópicos del carbón. De ahí que se prefirieran ciertas maderas, como por ejemplo la de sauce, que producía un carbón más poroso.

—No veo ningún tamiz —observó Marek—. ¿No va a desgranarla?

—No —respondió Johnston, sonriendo—. El desgrane aún no se ha inventado, ¿recuerdas?

El desgrane consistía en agregar agua a la mezcla para formar una masa que luego se dejaba secar. La pólvora desgranada era mucho más potente que la pólvora

mezclada en seco. Desde el punto de vista químico, lo que ocurría era que el agua disolvía parcialmente el salitre, y así éste recubría el interior de los microporos del carbón, y en el proceso arrastraba también adentro las partículas insolubles de azufre. La pólvora resultante no solo era más potente, sino también más estable y duradera. Pero Johnston tenía razón: el desgrane se descubrió alrededor del año 1400, unos cuarenta años después.

—¿Quiere que ahora siga triturando yo la mezcla? —se ofreció Marek. El amalgamamiento era un proceso largo; a veces se prolongaba durante seis u ocho horas.

—No, ya he terminado. —El profesor se puso en pie y dijo a sir Guy—: Anunciad a mi señor Oliver que estamos preparados para la demostración.

—¿Del fuego greguisco?

—No exactamente —respondió Johnston.

Bajo el sol de media tarde, lord Oliver se paseaba impaciente por el adarve de la imponente muralla exterior. Entre parapeto y parapeto, el camino de ronda tenía una anchura de cinco metros, haciendo parecer diminutos los cañones dispuestos en hilera. Lo acompañaba sir Guy, así como Robert de Kere, más sombrío aún que de costumbre. Todos alzaron la mirada con visible expectación cuando se acercó el profesor.

—Bien, ¿está por fin todo a punto, maestro?

—Sí, mi señor —respondió el profesor, con un cuenco bajo cada brazo.

Marek llevaba el tercer cuenco, en el que la fina pólvora gris se había mezclado con un denso aceite que olía a resina. Johnston le había advertido que no tocara la mezcla bajo ningún concepto, y Marek no necesitó que se lo recordara. Era una pasta repugnante y maloliente. Acarreaba también un cuenco con arena.

—¿Fuego greguisco? ¿Es fuego greguisco?

—No, mi señor. Es mucho mejor que eso. Es el fuego de Ateneo de Naucratis, conocido también como «fuego automático».

—¿Ah, sí? —dijo lord Oliver, entornando los ojos—. Mostrádmelo.

Los cañones apuntaban a la amplia explanada situada al este, donde los hombres de Arnaut montaban en línea los trabuquetes, que estaban a unos doscientos metros, fuera de tiro. Johnston dejó los cuencos en el suelo entre el primer y el segundo cañón. Cargó el primer cañón con una bolsa de pólvora traída del arsenal. Luego introdujo una gruesa flecha con aletas metálicas.

—Ésta es vuestra flecha, cebada con vuestra pólvora.

Volviéndose hacia el segundo cañón, vertió con cuidado la pólvora finamente molida en otra bolsa, que luego metió en la boca del cañón.

—André; la arena, por favor —dijo a continuación.

Marek se acercó y dejó el cuenco de arena a los pies del profesor.

—¿Para qué es la arena? —preguntó Oliver.

—Para prevenir cualquier error, mi señor. —Johnston cogió una segunda flecha metálica y, manipulándola con cautela, la introdujo en el cañón. La flecha tenía muescas en la punta, y éstas se habían rellenado con la acre pasta marrón—. Estas son mi pólvora y mi flecha.

El artillero entregó al profesor una delgada vara de madera con un extremo incandescente. Johnston tocó el primer cañón.

Se produjo una moderada explosión: una pequeña nube de humo negro, y la flecha surcó el aire y cayó a cien metros del trabuquete más cercano.

—Y ahora mi pólvora y mi flecha.

El profesor tocó el segundo cañón.

Se produjo una potente explosión y salió una bocanada de denso humo. La flecha cayó al lado de un trabuquete, errando el tiro por tres metros. Quedó en la hierba, en posición horizontal.

Oliver dejó escapar un resoplido.

—¿Eso es todo? Me perdonaréis si...

De pronto la flecha estalló en un círculo de fuego, escupiendo llamas en todas direcciones. El trabuquete se incendió en el acto, y los hombres de los alrededores corrieron a buscar agua para apagar el fuego.

—Ya veo... —comentó Oliver.

Cuando los hombres echaron agua, el fuego, en lugar de sofocarse, se propagó aún más. Con cada intento por apagarlo, las llamas se elevaban más. Al final, desistieron, contemplando impotentes cómo ardía la máquina. En unos minutos era un montón de maderos chamuscados y humeantes.

—¡Por Dios y todos los santos! —exclamó lord Oliver.

Johnston, sonriendo, hizo media reverencia.

—Tenéis el doble de alcance y una flecha que se prende por sí sola... ¿Cómo?

—La pólvora se machaca hasta obtener un grano muy fino, y entonces produce una explosión más potente. Las flechas se impregnan de aceite, azufre y cal viva, mezclados con estopa. Al contacto con el agua, se prenden, y ahí juega a nuestro favor la humedad de la hierba. Por eso traigo un cuenco de arena: si me manchara los dedos con una pequeñísima porción de esa mezcla, empezaría a arder a causa de la humedad de las manos. Es un arma muy delicada, mi señor, y debe manejarse con delicadeza.

Johnston se volvió hacia el tercer cuenco, cerca de Marek.

—Y ahora, mi señor —dijo Johnston, cogiendo una vara de madera—, os ruego que observéis con atención. —Embadurnó la punta de la vara con la mezcla untuosa y hedionda. Alzó la vara al aire—. Como veis, no se advierte ningún cambio. Y no lo habrá durante horas, o días, hasta... —Con la teatralidad de un mago, roció la vara con el agua de una diminuta copa.

La vara emitió un silbido, comenzó a humear y poco después ardió mientras el

profesor la sostenía por el otro extremo. Las llamas eran de un color anaranjado.

—Ah —dijo Oliver, y lanzó un suspiro de satisfacción—. Necesito cierta cantidad de éstas. ¿Cuántos hombres necesitáis para triturar y preparar la sustancia?

—Mi señor, bastará con veinte. Mejor si son cincuenta.

—Contad con los cincuenta, o más si queréis —respondió Oliver, frotándose las manos—. ¿En cuánto tiempo podéis tenerla lista?

—La preparación no es larga, mi señor —dijo Johnston—. Pero no puede trabajarse con precipitación, porque es una tarea peligrosa. Y una vez elaborada, la sustancia representa un peligro dentro del castillo, ya que sin duda Arnaut os arrojará proyectiles incendiarios.

Oliver resopló.

—Eso me trae sin cuidado, maestro. Preparadla, y la utilizaré esta misma noche.

De vuelta en el arsenal, Marek observó a Johnston mientras éste disponía a los soldados en filas de diez, cada uno de ellos con un mortero. Johnston se movía entre ellos, deteniéndose de vez en cuando para dar instrucciones. Los soldados mascullaban, quejándose de lo que llamaban «trabajo de cocina», pero Johnston les aseguró que aquéllas eran las «hierbas de la guerra».

Al cabo de unos minutos, Johnston fue a sentarse en el rincón junto a Marek. Observando a los soldados, Marek dijo:

—¿Le soltó Doniger su discurso sobre la imposibilidad de cambiar la historia?

—Sí. ¿Por qué?

—Estamos ofreciéndole mucha ayuda a Oliver para defender su castillo contra Arnaut. Esas flechas obligarán a Arnaut a situar más atrás sus máquinas de asalto, demasiado lejos para que sean eficaces. Sin máquinas de asalto, no hay asedio a la fortaleza. Y Arnaut no se planteará siquiera un sitio de desgaste. Sus hombres quieren resultados rápidos, como cualquier tropa mercenaria. Si no logran tomar el castillo de inmediato, se marcharán.

—Sí, así es...

—Pero según la historia, este castillo cae en poder de Arnaut.

—Sí —contestó Johnston—. Pero no a causa de un asedio, sino porque un traidor deja entrar a los hombres de Arnaut.

—También yo he estado pensando en eso —dijo Marek—. No le veo sentido. Hay demasiadas puertas que abrir en este castillo. ¿Cómo podría hacerlo un traidor? Dudo que sea posible.

Johnston sonrió.

—Te preocupa que si ayudamos a Oliver a conservar el castillo, cambiemos la historia.

—Bueno, simplemente me planteo la posibilidad.

Marek consideraba que el hecho de que un castillo sucumbiera o no a un asedio

era un acontecimiento de gran trascendencia para el futuro. La historia de la guerra de los Cien Años podía interpretarse a través de una serie de sitios y capturas clave. Por ejemplo, unos años después del episodio de La Roque, un ejército de bandidos tomaría la ciudad de Moins, en la desembocadura del Sena. En sí misma, era una conquista menor, pero les permitiría controlar el Sena y seguir capturando castillos a lo largo del río hasta llegar al propio París. Por otra parte, estaba la cuestión de quién vivía y quién moría, ya que con mucha frecuencia cuando caía un castillo, los moradores eran masacrados. En La Roque habitaban varios centenares de personas. Si todos ellos sobrevivían, sus descendientes podían fácilmente construir un futuro distinto.

—Puede que nunca lo sepamos —dijo Johnston—. ¿Cuántas horas nos quedan?

Marek echó un vistazo al brazaletes. El temporizador marcaba: 05.50.29. Se mordió el labio. Se había olvidado de que el tiempo seguía pasando. La última vez que lo había consultado faltaban casi nueve horas, y daba la impresión de que había tiempo de sobra. Seis horas ya no parecían tanto.

—Menos de seis horas —contestó.

—¿Y Kate tiene el marcador?

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Ha ido a localizar el pasadizo. —Marek pensó que era ya media tarde. Si Kate encontraba el pasadizo, podía llegar al castillo en dos o tres horas.

—¿Adónde ha ido a buscar el pasadizo?

—A la ermita verde.

Johnston dejó escapar un suspiro.

—¿Es ahí donde está, según Marcelo?

—Sí.

—¿Y ha ido sola?

—Sí.

Johnston movió la cabeza en un gesto de desolación.

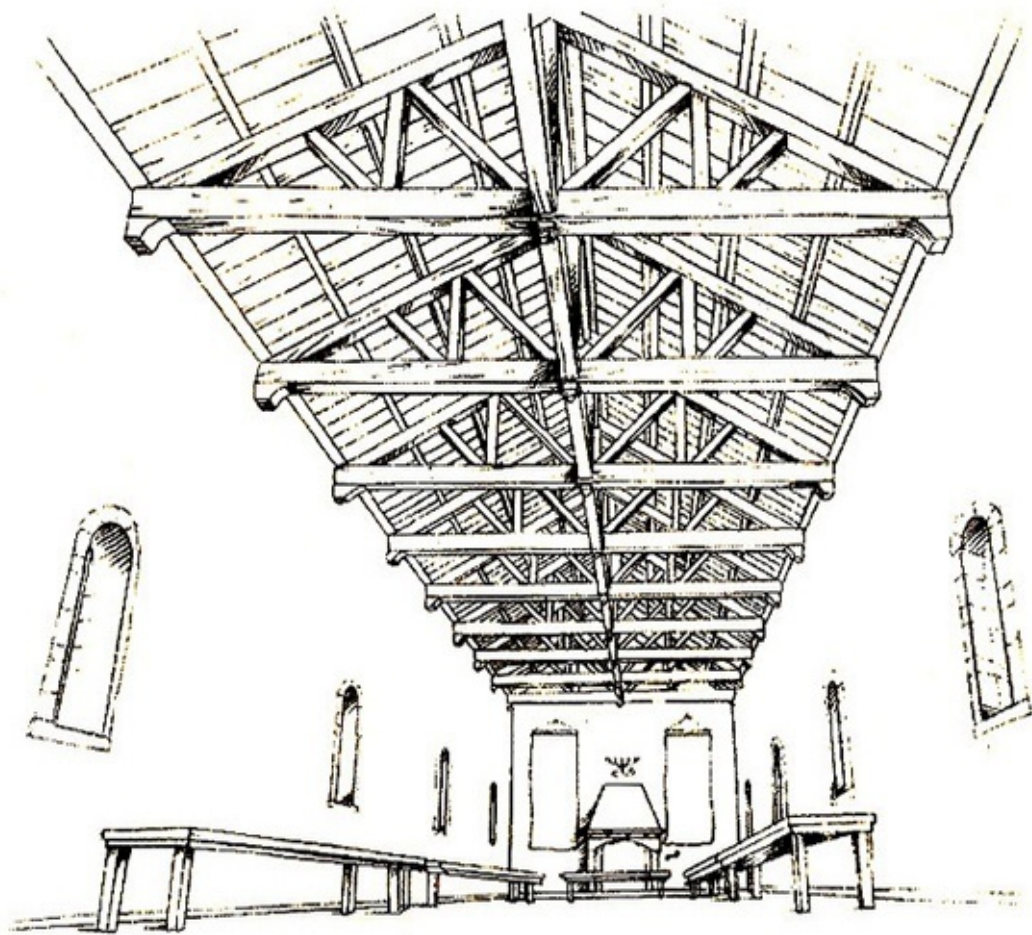
—Nadie se acerca por allí.

—¿Por qué?

—Según se cuenta, un caballero loco vigila la ermita verde. Al parecer, su amada murió allí, y él perdió el juicio a causa del dolor. Mantiene presa a la hermana de su difunta esposa en un castillo cercano, y ahora mata a todo aquel que pasa por las inmediaciones del castillo o la ermita.

—¿Cree usted que esa historia es verdad? —preguntó Marek. Johnston se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe con certeza —respondió—, porque nunca ha vuelto nadie vivo de allí.



Con los ojos cerrados, Kate esperó a que cayera el hacha. Junto a ella, el caballero resoplaba y gruñía, con la respiración acelerada, cada vez más excitado antes de asestar el golpe mortal...

De pronto quedó en silencio.

Kate notó que el caballero giraba el pie con que le oprimía la espalda para mantenerla inmóvil sobre el tajo.

El caballero se había vuelto a mirar en otra dirección.

El hacha golpeó el tajo, a solo unos centímetros de su cara. Pero simplemente lo había apoyado mientras observaba algo detrás de él. Empezó a gruñir de nuevo, ahora colérico.

Kate intentó ver qué miraba el caballero, pero la hoja del hacha se lo impedía.

Oyó pasos detrás de ella.

Había allí alguien más.

El hacha ascendió otra vez, pero en esta ocasión el caballero le retiró el pie de la espalda. Kate se apartó del tajo al instante y vio a Chris a solo unos metros de distancia, empuñando la espada que se le había caído a ella.

—¡Chris!

Chris sonreía con los dientes apretados. Estaba aterrorizado, y Kate lo advirtió. Miraba fijamente al caballero verde. Con un bramido, el caballero giró, y el hacha zumbó en el aire. Chris alzó la espada para detener el golpe. Con el impacto, saltaron chispas del metal. Los dos hombres se movían en círculo, cara a cara. El caballero descargó otro hachazo, y Chris brincó hacia atrás para esquivarlo, dio un traspié y cayó de espaldas. Se levantó rápidamente justo en el instante en que el hacha se hundía entre la hierba. Kate revolvió el contenido de su bolsa y encontró el bote de gas. Aquel extraño objeto del futuro se le antojó de pronto ridículamente pequeño y ligero, pero no tenía otra cosa.

—¡Chris!

Situándose detrás del caballero verde, alzó el aerosol para que Chris lo viera. Él asintió distraídamente mientras esquivaba los golpes del caballero. Kate notó que empezaba a cansarse, perdía terreno ante las continuas embestidas del caballero verde.

Kate no tenía elección: tomó carrerilla, saltó y cayó a horcajadas sobre la espalda del caballero. Éste lanzó un gruñido de sorpresa. Kate se aferró a él, acercó el aerosol a la parte frontal del yelmo y lo roció a través de la ranura. El caballero tosió y se estremeció. Kate apretó de nuevo el pulsador del aerosol, y el caballero empezó a tambalearse. Kate se descolgó de su espalda y gritó:

—¡Hazlo, ahora!

Chris, rodilla en tierra, intentaba recobrar el aliento. El caballero verde seguía en pie, pero apenas mantenía el equilibrio. Chris se aproximó despacio y lo hirió en el costado, entre las placas de la armadura. El caballero lanzó un rugido de furia y se desplomó de espaldas.

Chris se plantó de inmediato sobre él. Tras cortarle los cordones del yelmo, se lo quitó con el pie. Kate contempló el rostro del caballero verde —la melena desgreñada, la barba apelmazada, la mirada de loco— mientras Chris alzaba la espada y le seccionaba la cabeza.

Algo falló.

La hoja de la espada cayó, topó contra el hueso, y allí se quedó atascada, hundida en el cuello. El caballero seguía vivo, mirando ferozmente a Chris, moviendo los labios.

Chris trató de retirar la espada, pero estaba atrapada en la garganta del caballero. Mientras forcejeaba por desclavarla, el caballero levantó la mano izquierda y lo agarró por el hombro. Poseía una fuerza extraordinaria, demoníaca, y tiró de Chris hasta que sus rostros se hallaron a solo unos centímetros de distancia. Tenía los ojos inyectados en sangre. Los dientes podridos y rotos. En su barba, entre restos amarillentos de comida, bullían los piojos. Olía a podrido.

Chris sintió náuseas. Notaba en la cara el aliento tibio y fétido de aquel hombre. Con un supremo esfuerzo, logró ponerle el pie en el rostro y erguirse, zafándose de él. Simultáneamente, consiguió desprender la espada, y la levantó para golpear de nuevo.

Pero en ese momento vio que el caballero tenía los ojos en blanco y la mandíbula caída. Ya estaba muerto. Las moscas empezaron a zumbar en torno a su cara.

Chris se desplomó, sentándose en la hierba para recobrar el aliento. Lo asoló una profunda sensación de asco y comenzó a temblar sin control. Le castañeteaban los dientes.

Kate le apoyó la mano en el hombro y dijo:

—Mi héroe.

Chris apenas la oyó. Permaneció en silencio. Pero finalmente dejó de temblar y se puso en pie.

—Me alegro de verte —dijo Kate.

Chris asintió con la cabeza y sonrió.

—He venido por el camino más fácil.

Chris había conseguido frenar su descenso por el barro. Con grandes apuros, trepó pendiente arriba. Luego retrocedió hasta el cruce y bajó por el otro sendero, que lo llevó al pie de la cascada. Y allí encontró a Kate a punto de ser decapitada.

—El resto ya lo conoces —añadió Chris, apoyado en la espada. Miró al cielo. Ya

oscurecía—. ¿Cuánto tiempo debe de quedarnos?

—No lo sé. Cuatro o cinco horas.

—Entonces más vale que nos pongamos en marcha.

El techo de la ermita verde se había hundido por varios sitios, y el interior se hallaba en ruinas. Había un pequeño altar, ventanas rotas con marcos góticos, charcos de agua estancada en el suelo. No era fácil ver que aquella ermita había sido en otro tiempo una joya, sus arcos y puertas decorados con elaboradas tallas de madera. Ahora el moho cubría las tallas, casi irreconocibles a causa de la erosión.

Una serpiente negra se escabulló entre las sombras cuando Chris descendió por una escalera de caracol a la cripta. Kate lo siguió más despacio. Allí la oscuridad era mayor, procediendo la única iluminación de las grietas del techo. Sonaba un continuo goteo. En el centro de la cripta vieron un único sarcófago intacto, labrado en piedra negra, y los fragmentos de otros varios. El sarcófago intacto mostraba en la tapa a un caballero con armadura completa. Kate echó un vistazo al rostro del caballero, pero sus facciones eran indistinguibles, erosionadas por el omnipresente moho.

—¿Cómo era la clave? —preguntó Chris—. ¿Algo sobre unos pies de gigante?

—Sí, tal número de pasos de los pies del gigante, o unos pies gigantes.

—Desde los pies del gigante —repitió Chris. Señaló el sarcófago, en el que los pies en relieve del caballero eran poco más de dos muñones redondeados—. ¿Se referirá a esos pies?

Kate frunció el entrecejo.

—No son precisamente gigantes.

—No...

—Probemos, de todos modos —propuso Kate. Se situó al pie del sarcófago, se volvió a la derecha y contó cinco pasos. Allí, se volvió a la izquierda y avanzó cuatro pasos. Se volvió de nuevo a la derecha y dio tres pasos hasta toparse con una pared.

—Parece que no —comentó Chris.

Empezaron a buscar metódicamente. Casi de inmediato, Kate hizo un hallazgo alentador: media docena de antorchas, apiladas en un rincón, en lugar seco. Eran antorchas muy rudimentarias, pero utilizables.

—El pasadizo tiene que estar por aquí, en alguna parte —dijo—. Tiene que estar.

Chris no respondió. Buscaron en silencio durante media hora, retirando el moho de las paredes y el suelo, examinando las tallas carcomidas, intentando localizar en ellas la representación de unos pies de gigante.

—Según el texto del pergamino, ¿los pies estaban *dentro* de la ermita, o *en* la ermita en un sentido más amplio?

—No lo sé —contestó Kate—. Me lo leyó André. Él tradujo el texto.

—Porque quizá deberíamos buscar fuera.

—Las antorchas estaban aquí dentro.

—Cierto.

Con creciente frustración, Chris miró alrededor.

—Si Marcelo tomó un punto de referencia para la clave —comentó Kate—, no debió de utilizar un ataúd o un sarcófago, porque éstos podían cambiarse de lugar fácilmente. Debió de utilizar algún elemento fijo. Algo en una pared.

—O en el suelo.

—Sí, o en el suelo —dijo Kate, que se hallaba junto a la pared del fondo, que tenía una pequeña hornacina. Había más en otras paredes, y al principio las tomó por altares, pero eran demasiado pequeñas, y al fijarse mejor, vio restos de cera en la base. Obviamente habían servido para contener velas. En la hornacina situada junto a ella, las superficies interiores estaban primorosamente labradas, advirtió Kate, siendo el motivo central unas alas de ave simétricas. Y el relieve se conservaba en perfecto estado, quizá porque el calor de las velas había impedido crecer el moho.

Simétricas, pensó.

Con súbito entusiasmo, se acercó a la siguiente hornacina. Allí el relieve representaba dos frondosas vides. Pasó a la otra: dos manos unidas en oración. Recorrió toda la cripta, mirando una hornacina tras otra.

En ninguna había unos pies.

Chris trazaba amplios arcos en el suelo con la puntera del zapato para desprender el moho. Entretanto, mascullaba:

—Unos pies grandes, unos pies grandes.

Kate miró a Chris y dijo:

—Francamente, debo de ser idiota.

—¿Por qué?

Kate señaló hacia la puerta, la puerta que habían cruzado al bajar por la escalera. La puerta en la que se adivinaban elaborados relieves, ahora erosionados por el moho.

Sin embargo, aún se distinguía el motivo original del relieve: a derecha e izquierda, se habían labrado una serie de prominencias: cinco en concreto, con la más grande en lo alto y la menor abajo. La prominencia mayor presentaba una especie de concavidad plana en su superficie, que no dejaba lugar a dudas sobre el sentido de la representación.

Cinco dedos de pie a cada lado de la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó Chris—. Se refería a la puerta entera.

Kate asintió con la cabeza.

—Pies gigantes.

—¿Por qué representarían una cosa así?

Kate se encogió de hombros.

—A veces usaban imágenes siniestras y demoníacas en las entradas y salidas, para simbolizar la huida o el destierro de los espíritus malignos.

Corrieron hasta la puerta, y Kate dio cinco pasos, luego cuatro y luego nueve. Al final del recorrido, se encontró ante una herrumbrosa argolla de hierro empotrada en

la pared. Los dos se entusiasmaron con el hallazgo, pero cuando tiraron de la argolla, se desprendió y rompió en pedazos en sus manos.

—Debemos de haber cometido algún error.

—Cuenta otra vez los pasos.

Kate volvió a la puerta y probó con pasos más cortos. Derecha, izquierda, derecha. Quedó ante una sección distinta de la pared. Pero era una pared lisa, sin ningún rasgo distintivo. Suspiró.

—No lo entiendo, Chris —dijo—. Debemos de equivocarnos en algo. Pero no sé en qué. —Desanimada, alargó el brazo y apoyó la mano en la pared.

—Quizá los pasos sean aún demasiado largos —aventuró Chris.

—O demasiado pequeños.

Chris se acercó a ella.

—Vamos, ya se nos ocurrirá algo.

—¿Tú crees?

—Sí, seguro.

Se separaron de la pared para volver a empezar desde la puerta, y de pronto oyeron un ruido grave a sus espaldas. En el suelo, justo donde ellos estaban un momento antes, una gran piedra se había deslizado. Asomándose al hueco, vieron una escalera descendente. Oyeron un murmullo lejano de agua. Era una abertura negra y siniestra.

En la sala de control, sobre la plataforma de tránsito, Gordon y Stern mantenían la mirada fija en el monitor. La imagen mostraba cinco paneles, los contenedores de cristal dañados. Mientras observaban, pequeños puntos blancos aparecieron en los paneles.

—Esa es la posición de las marcas —dijo Gordon.

Cada punto iba acompañado de una serie de números, pero eran demasiado pequeños para leerlos.

—Esas cifras son el tamaño y la profundidad de cada incisión —explicó Gordon.

Stern guardaba silencio. La simulación siguió adelante. Los paneles empezaron a llenarse de agua, lo cual se representaba mediante una línea horizontal azul ascendente. En cada panel se veían dos grandes números superpuestos: el peso total del agua y la presión por centímetro cuadrado sobre la superficie de cristal, medida en la base de cada panel, donde la presión era más alta.

Pese a que la simulación era sumamente esquemática, Stern contuvo la respiración. El volumen de agua subía y subía.

En uno de los contenedores se registró una fuga: un punto rojo parpadeante.

—Una fuga —advirtió Gordon.

Otra fuga apareció en un segundo contenedor, y mientras el agua seguía ascendiendo, una línea en zigzag atravesó el panel, y éste se desvaneció en la pantalla.

—Se ha roto uno.

Stern movió la cabeza en un gesto de negación.

—¿Cuál es el grado de fiabilidad de esta simulación?

—Escaso.

En el monitor, se rompió otro contenedor. Los otros dos acabaron de llenarse sin incidencias.

—Según el ordenador, pues, tres de los cinco paneles no pueden llenarse.

—Si aceptamos el resultado —dijo Stern—. ¿Usted qué cree?

—Personalmente, dudo que sea correcto —respondió Gordon—. Los datos introducidos son poco exactos, y el ordenador aplica toda clase de supuestos de tensión que son bastante hipotéticos. Aun así, opino que será mejor llenar esos contenedores en el último momento.

—Es una pena que no haya ninguna manera de reforzarlos —comentó Stern.

Gordon alzó la vista de inmediato.

—¿Como cuál? —preguntó—. ¿Se le ocurre algo?

—No lo sé. Quizá podríamos rellenar las incisiones con plástico, o algún tipo de

masilla. O si no, podríamos...

Gordon negaba con la cabeza.

—En cualquier caso, tendría que tratarse la pared íntegramente. Habría que cubrir toda la superficie de manera uniforme. Totalmente uniforme.

—No se me ocurre ninguna forma de hacerlo —admitió Stern.

—No, al menos en tres horas —convino Gordon—, y ése es el tiempo que nos queda.

Stern se sentó en una silla con expresión ceñuda. Por alguna razón, acudieron a su mente imágenes relacionadas con carreras de coches: Ferraris, Steve McQueen, Fórmula Uno, el hombre de Michelin con su cuerpo de neumáticos, el emblema amarillo de Shell, enormes ruedas de camiones bajo la lluvia, B. E. Goodrich.

Ni siquiera me gustan los coches, se dijo. En New Haven tenía un viejo escarabajo Volkswagen. Era obvio que su mente intentaba eludir la desagradable realidad, un hecho que no deseaba afrontar.

El riesgo.

—¿Llenamos, pues, los paneles en el último momento y nos ponemos a rezar? —dijo Stern.

—Exactamente —respondió Gordon—. Eso es exactamente lo que haremos. Resulta un tanto inquietante, pero creo que funcionará.

—¿Y la alternativa? —preguntó Stern.

Gordon movió la cabeza en un gesto de negación.

—Impedir el regreso de la máquina. No dejar volver a sus amigos. Instalar paneles nuevos, paneles sin imperfecciones, y empezar otra vez desde el principio.

—¿Y eso cuánto tiempo llevaría?

—Dos semanas.

—No —contestó Stern—. Imposible. Debemos arriesgarnos.

—Estoy de acuerdo —convino Gordon—. Nos arriesgaremos.

Marek y Johnston subieron por la escalera de caracol. Arriba, se encontraron con De Kere, que exhibía un aire de fatua suficiencia. Volvían a hallarse en el ancho adarve de La Roque. Y allí estaba también Oliver, paseándose de un lado a otro, enrojecido e iracundo.

—¿Lo oléis? —preguntó a voz en grito señalando hacia la explanada, donde las huestes de Arnaut seguían concentrándose.

El sol ya declinaba, y Marek calculó que eran las seis de la tarde. Pero en la luz mortecina vieron que los hombres de Arnaut tenían ya una docena de trabuquetes montados y dispuestos en formación escalonada. Tras la experiencia con la primera flecha incendiaria, habían separado más las máquinas a fin de que si una se prendía, el fuego no se propagara a las demás.

Detrás de los trabuquetes, había una zona de reunión, con soldados acurrucados alrededor de fogatas. Y al fondo, centenares de tiendas dibujándose sobre el perfil oscuro del bosque.

Era el comienzo de un sitio, pensó Marek, y no había en la escena nada fuera de lo común. No imaginaba a qué se debía el nerviosismo de Oliver.

En el aire flotaba un peculiar olor a quemado, procedente de las hogueras. A Marek le recordó al aroma que solía asociarse con los techadores. Y con razón, puesto que era la misma sustancia.

—Sí, mi señor, lo huelo —respondió Johnston—. Es brea.

El semblante inexpresivo de Johnston revelaba que tampoco él conocía el motivo de la inquietud de Oliver. En las batallas de asedio, era una práctica corriente arrojar brea ardiendo por encima de las murallas del castillo.

—Sí, sí —dijo Oliver—, es brea. Claro que es brea. Pero hay algo más. ¿Lo percibís? Están mezclando algo con la brea.

Olfateando el aire, Marek pensó que casi con toda seguridad Oliver tenía razón. La brea pura, una vez prendida, tenía tendencia a apagarse con facilidad, y por eso se le añadían habitualmente otras sustancias —aceite, estopa o azufre— que mejoraban la combustión.

—Sí, mi señor —contestó Johnston—. Lo huelo.

—¿Y qué es? —preguntó Oliver con tono acusador.

—Ceraunia, creo.

—¿También conocida como «piedra de rayo»?

—Sí, mi señor.

—¿Y usamos también nosotros esa piedra de rayo?

—No, mi señor...

—Ah, esa impresión tenía —lo interrumpió Oliver, y dirigió un gesto de asentimiento a De Kere, como si eso confirmara sus sospechas.

Obviamente De Kere estaba detrás de todo aquello.

—Mi señor —dijo Johnston—, nosotros no necesitamos piedra de rayo. Tenemos una sustancia mejor. Usamos *sulfure* puro.

—Pero el *sulfure* no es lo mismo. —Otra mirada a De Kere.

—Mi señor, sí es lo mismo. La piedra de rayo es *pyrite kerdonienne*. Cuando se pasa por el mortero hasta dejarla muy fina, se convierte en *sulfure*.

Oliver resopló. Volvió a pasearse de un lado a otro, lanzando miradas coléricas.

—¿Y cómo ha llegado esa piedra de rayo a manos de Arnaut? —preguntó por fin.

—No sabría decirlo, mi señor, pero la piedra de rayo es de sobra conocida entre los soldados. Incluso Plinio la mencionaba ya.

—Os evadís con vuestras tretas, maestro. Yo no hablo de Plinio; hablo de Arnaut. Ese hombre es una bestia ignorante. No sabe nada de la piedra de rayo, y no ha oído siquiera la palabra «ceraunia».

—Mi señor...

—A menos que alguien lo ayude —añadió Oliver con tono enigmático—. ¿Dónde están ahora vuestros ayudantes?

—¿Mis ayudantes?

—Vamos, vamos, maestro, dejaos ya de evasivas.

—Uno está aquí —respondió Johnston, señalando a Marek—. Según he sabido, el segundo ha muerto, y del tercero no tengo noticia.

—Y yo creo —replicó Oliver— que sabéis muy bien dónde se encuentran. En este mismo momento trabajan los dos al servicio de Arnaut. Así es como ha llegado a su poder esa arcana piedra.

Marek escuchó aquella acusación con creciente alarma. Oliver nunca había aparentado una gran estabilidad mental. Ahora, ante la inminencia del ataque —e instigado sin duda por De Kere—, rayaba en la paranoia. Oliver parecía imprevisible... y peligroso.

—Mi señor... —empezó a decir Johnston.

—Y además me reafirmo en mis iniciales sospechas. Sois un títere de Arnaut, pues pasasteis tres días en Sainte-Mère, y el abad es el títere de Arnaut.

—Mi señor, si tuvierais a bien escucharme...

—¡No lo tengo a bien! Escuchadme vos. Estoy convencido de que actuáis contra mis intereses, de que vos, o vuestros ayudantes, conocen la entrada secreta a mi castillo, por más que lo neguéis, y de que planeáis escapar cuanto antes, quizá incluso esta noche, aprovechando la confusión provocada por el ataque de Arnaut.

Deliberadamente, Marek permaneció inexpresivo. Eso era, en efecto, lo que planeaban si Kate llegaba a encontrar el pasadizo.

—¡Ajá! —exclamó Oliver, señalando a Marek—. ¿Lo veis? Aprieta los dientes. Sabe que lo que digo es verdad.

Marek se dispuso a contestar, pero Johnston le apoyó una mano en el brazo para contenerlo. Por su parte, el profesor no dijo nada, limitándose a negar con la cabeza.

—¿Qué? ¿Le impediréis admitir vuestra culpabilidad?

—No, mi señor, porque vuestras suposiciones son erróneas.

Oliver lo miró airado y comenzó a pasearse de nuevo.

—En tal caso, traedme las armas que os he encargado antes.

—Mi señor, aún no están listas.

—*Ja!* —Otro gesto de asentimiento en dirección a De Kere.

—Mi señor, triturar la pólvora requiere muchas horas.

—Si tantas horas son, llegará demasiado tarde.

—Mi señor, estará preparada a tiempo.

—¡Mentís, mentís, mentís! —Oliver se volvió, dio una patada al suelo y contempló las máquinas de asalto—. Mirad al llano. Fijaos cómo se aprestan. Y ahora contestad, maestro: ¿Dónde está?

Se produjo un breve silencio.

—¿Quién, mi señor?

—¡Arnaut! ¿Dónde está Arnaut? Sus tropas se concentran para el ataque. Él siempre las capitanea. Hoy, en cambio, no está ahí. ¿Dónde está?

—Mi señor, no puedo saberlo...

—Ahí está esa arpía de Eltham. Miradla: de pie junto a las máquinas. ¿La veis? Nos observa. ¡Esa condenada mujer!

Marek se volvió a mirar de inmediato. En efecto, Claire estaba entre los soldados, paseando al lado de sir Daniel. Solo de verla, Marek notó que se le aceleraba el corazón, pero no se explicaba qué hacía tan cerca de las líneas de asedio. Escrutaba las murallas. Y de pronto se detuvo. Y Marek pensó, con una curiosa certidumbre, que lo había visto a él. Sintió el impulso casi irresistible de saludarla con la mano, pero naturalmente se contuvo. No hubiera sido muy aconsejable con Oliver resoplando y bufando junto a él. No obstante, pensó: Voy a echarla de menos cuando vuelva al presente.

—Lady Claire es una espía de Arnaut —afirmó Oliver—. Lo ha sido desde el principio. Fue ella quien dejó entrar en Castलगard a los hombres de Arnaut. Todo tramado sin duda con ese abad intrigante. Pero ¿dónde está el villano de Arnaut? ¿Dónde está ese cerdo? A la vista no, desde luego.

Siguió un incómodo silencio. Oliver esbozó una tétrica sonrisa.

—Mi señor —empezó a decir Johnston—, comprendo vuestra preocu...

—¡No comprendéis nada! —Dio otra patada al suelo y los miró con ira—. Los dos, venid conmigo.

El agua tenía la superficie negra y aceitosa, y el hedor que despedía era perceptible incluso desde arriba, a diez metros de altura. Se hallaban al borde de un pozo circular,

situado en lo más hondo del castillo. Alrededor, a la débil luz de antorchas parpadeantes, las paredes se veían oscuras y húmedas.

A una señal de Oliver, un soldado empezó a hacer girar la manivela de un cabrestante. Chirriando, una gruesa cadena ascendió desde las profundidades del pozo.

—A esto lo llaman el «baño de milady» —explicó Oliver—. Lo concibió François le Gros, que era aficionado a estas cosas. Según dicen, Henri de Renaud pasó aquí diez años antes de morir. Le echaban ratas vivas, que él mataba y se comía crudas. Durante diez años.

Se formaron ondas en el agua, y una pesada jaula de metal asomó a la superficie y, chorreando, se elevó en el aire. La inmundicia cubría los barrotes. El hedor era insoportable.

Viéndola ascender, Oliver dijo:

—En Casteldard os prometí, maestro, que si me engañabais, os mataría. Os bañaréis en el baño de milady. —Los miró fijamente con ojos desorbitados—. Confesad.

—Mi señor, no hay nada que confesar.

—En tal caso, no tenéis nada que temer. Pero oíd bien esto, maestro: si descubro que vos, o vuestros ayudantes, conocen la entrada a este castillo, os encerraré en este lugar, del cual no escaparéis mientras viváis, y os dejaré aquí, a oscuras, hasta que os muráis de hambre.

Sosteniendo una antorcha en el rincón, Robert de Kere se permitió una sonrisa.

La empinada escalera descendía en la oscuridad. Kate iba delante, sosteniendo la antorcha. Chris la seguía. Recorrieron un estrecho pasadizo, casi un túnel, que parecía excavado por medios artificiales, y salieron a una cámara mucho más amplia. Aquello era una cueva natural. A la izquierda, en lo alto, vieron un tenue resplandor de luz natural; debía de haber allí una entrada a la cueva.

El terreno bajaba en suave pendiente. Más adelante, Kate vio una charca de agua negra y oyó el murmullo de un arroyo. Se percibía un olor agri dulce, como de orina. Kate saltó sobre las rocas hasta llegar a la charca. Una franja de arena se extendía junto al agua.

Y en la arena vio una huella.

Varias huellas.

—No son recientes —dijo Chris.

—¿Dónde está el camino? —preguntó ella, y las paredes de la cueva le devolvieron el eco.

Por fin vio el camino, a la izquierda: un saliente de roca rebajado artificialmente, de modo que quedaba en él una especie de hendidura que permitía rodear la charca.

Kate reanudó la marcha.

Las cuevas no le producían la menor inquietud. En Colorado y Nuevo México, había penetrado en varias con sus amigos alpinistas. Kate siguió el camino, viendo pisadas de vez en cuando, y marcas en la roca que podían deberse al roce de las armas.

—Esta cueva no puede ser tan larga si la han usado para llevar agua al castillo durante un sitio —comentó Kate.

—Pero nunca se ha utilizado para eso —corrigió Chris—. El castillo tiene otra fuente de abastecimiento de agua. Quizá por aquí entraban comida u otras provisiones.

—Aun así, ¿qué longitud puede tener?

—En el siglo XIV, un campesino podía caminar treinta kilómetros en un día como si tal cosa, y a veces más. Incluso los peregrinos recorrían quince o veinte kilómetros diariamente, y esos grupos incluían a mujeres y ancianos.

—Ah —dijo Kate.

—Este pasadizo podría tener quince kilómetros —prosiguió Chris—. Pero confío en que sean menos.

Una vez rebasado el saliente de roca, vieron un túnel que partía de la charca. Tenía un metro de anchura y metro y medio de altura. Pero en la charca había una

barca de madera amarrada a la orilla. Una barca pequeña, como un bote de remos. Golpeaba suavemente contra las rocas.

Kate se volvió hacia Chris.

—¿Qué opinas? ¿A pie, o en barca?

—Cojamos la barca —respondió Chris.

Subieron a la barca. Estaba provista de remos. Kate sostuvo la antorcha y Chris remó, y avanzaron a una velocidad asombrosa porque los impulsaba la corriente. Se hallaban en un río subterráneo.

Kate estaba preocupada por el tiempo. Calculaba que les quedaban unas dos horas. Eso significaba que, en menos de dos horas, debían llegar al castillo, reunirse con el profesor y Marek, y encontrar un espacio abierto lo bastante amplio para llamar a la máquina.

Agradeció el impulso de la corriente, la velocidad con que se adentraban en la caverna. La antorcha siseaba y crepitaba. De pronto oyeron una especie de chacoloteo, semejante al ruido del papel agitado por el viento. El sonido aumentó de volumen. Oyeron unos chillidos, como de ratones.

Los sonidos procedían de las profundidades de la cueva.

Kate miró a Chris con expresión interrogante.

—Es casi de noche —dijo Chris.

Y entonces Kate empezó a verlos, primero solo unos pocos, luego un enjambre, una riada marrón de murciélagos que volaban hacia la salida de la cueva. Notó moverse el aire con el batir de centenares de alas.

El tumulto de murciélagos se prolongó durante unos minutos, y luego volvió el silencio, salvo por el crepitar de la antorcha.

Continuaron deslizándose por el río oscuro.

La antorcha chisporroteó y comenzó a extinguirse. Kate se apresuró a encender una de las otras que Chris se había llevado de la ermita. Habían cogido cuatro, y ahora les quedaban tres. ¿Bastarían tres antorchas para alumbrarlos hasta el final del pasadizo? ¿Qué harían si se apagaba la última antorcha y les faltaba aún un trecho por recorrer, quizá kilómetros? ¿Avanzarían a rastras en la oscuridad, buscando a tientas el camino, quizá durante días? ¿Conseguirían alcanzar el otro extremo, o morirían allí?

—Déjalo ya —dijo Chris.

—Que deje ¿qué?

—Deja de pensar en eso.

—¿En qué?

Chris le sonrió.

—Por ahora todo va bien. Lo lograremos.

Kate no le preguntó por qué estaba tan seguro de eso. Aun así, sus palabras le proporcionaron consuelo, pese a que eran pura presunción.

El paso estrecho y sinuoso fue a dar a una enorme cavidad, una auténtica cueva, con enormes estalactitas, algunas de las cuales llegaban incluso hasta el agua. Allí donde miraban, el trémulo resplandor de la antorcha se desvanecía en la oscuridad. Sin embargo, Kate vio un camino a lo largo de la orilla. Al parecer, el camino discurría de principio a fin de la caverna.

El río se estrechó y aceleró, fluyendo entre las estalactitas. A Kate le recordó a un pantano de Luisiana, salvo que aquí todo era subterráneo. En cualquier caso, avanzaban deprisa, y empezó a sentirse más confiada. A ese ritmo, podían cubrir incluso quince kilómetros en cuestión de minutos. Quizá las dos horas fueran tiempo suficiente, después de todo.

El accidente se produjo de manera tan repentina que Kate apenas se dio cuenta de qué ocurría.

—¡Kate! —advirtió Chris.

Ella se volvió justo a tiempo de ver una estalactita junto a su oreja, y al instante le golpeó en la cabeza. Con la sacudida, la tela en llamas de la antorcha se desprendió del extremo, y en una especie de fantasmagórica cámara lenta, Kate la vio caer al agua, uniéndose a su propio reflejo. Chisporroteó, siseó y se apagó.

Se hallaban en la más absoluta oscuridad.

Kate ahogó un grito.

Nunca antes había estado en un lugar tan oscuro. No había el menor asomo de luz. Oía el goteo del agua, sentía la fría brisa y el enorme espacio que la rodeaba. La barca seguía moviéndose. Una y otra vez chocaban contra las estalactitas. Oyó un gruñido, la barca se balanceó bruscamente, y oyó un ruidoso chapoteo en la parte de la popa.

—¿Chris?

Trató de controlar el pánico.

—¿Chris? —repitió—. Chris, ¿qué hacemos ahora?

Su voz resonó en la cueva.

Ya anocheecía. En el cielo, el azul daba paso al negro y empezaban a verse las estrellas. Lord Oliver, dejando a un lado por el momento sus amenazas y fanfarronadas, se había ido con De Kere al gran salón para cenar. En el salón se oía un gran jolgorio: los caballeros de Oliver bebían antes de la batalla.

Marek regresó con Johnston al arsenal. Consultó el temporizador. Marcaba: 01.32.14. El profesor no le preguntó cuánto tiempo faltaba, y Marek prefirió no decírselo. Fue entonces cuando oyeron un sonoro zumbido. En el adarve, los soldados gritaron a la vez que una enorme masa ardiente trazaba un arco sobre la muralla y caía hacia ellos en el patio interior.

—Ya ha empezado —dijo el profesor con serenidad.

A veinte metros de ellos, la bola de fuego se estrelló contra el suelo. Marek vio que era un caballo muerto, las patas rígidas asomando entre las llamas. Percibió el olor de la carne y el pelo quemados. La grasa crepitaba y chisporroteaba.

—Dios santo —susurró Marek.

—Llevaba muerto mucho tiempo —observó Johnston, señalando las patas rígidas—. Les gusta lanzar animales muertos por encima de las murallas. Veremos cosas peores antes de que acabe la noche.

Un grupo de soldados con calderos de agua corrió a apagar el fuego. Johnston volvió al arsenal. Los cincuenta hombres seguían allí, machacando la pólvora. Uno de ellos mezclaba resina y cal viva en un recipiente grande y ancho, produciendo una considerable cantidad de la viscosa sustancia marrón.

Marek los observó trabajar, y oyó otro zumbido en el exterior.

Algo pesado aterrizó sobre el tejado del arsenal; las velas temblaron en las ventanas. Oyó las voces de los hombres mientras subían apresuradamente al tejado.

El profesor dejó escapar un suspiro.

—Han dado en el blanco al segundo intento —comentó—. Esto era precisamente lo que temía.

—¿Qué?

—Arnaut sabe que hay un arsenal en la fortaleza, y sabe aproximadamente dónde se encuentra; se ve si uno sube a lo alto del monte. Arnaut sabe que esta sala estará llena de pólvora. Sabe que si consigue atinar con un proyectil incendiario, causará daños considerables.

—Explotará —dijo Marek, mirando las bolsas de pólvora apiladas alrededor. Aunque, por lo general, la pólvora medieval no explotaba, ya habían demostrado que la pólvora de Oliver hacía detonar un cañón.

—Sí, explotará —confirmó Johnston—. Y morirá mucha gente dentro del castillo;

provocará momentos de confusión, y se producirá un gran incendio en el centro del patio. Eso significa que los hombres tendrán que abandonar las murallas para combatir el fuego. Y si se retira a los hombres de las murallas durante un asalto...

—Los soldados de Arnaut escalarán.

—Inmediatamente, sí.

—Pero ¿podrá Arnaut alcanzar esta sala con un proyectil incendiario? Los muros del edificio deben de tener un espesor de más de medio metro.

—No tirará a las paredes; intentará traspasar el techo.

—Pero ¿cómo...?

—Tiene un cañón —respondió el profesor—. Y balas de hierro. Calentará al rojo las balas y disparará por encima de las murallas con la esperanza de alcanzar el arsenal. Una bala de treinta kilos atravesará el techo y caerá dentro. Cuando eso ocurra, no nos conviene estar aquí. —Esbozó una irónica sonrisa—. ¿Dónde demonios está Kate?

Kate estaba perdida en una oscuridad infinita. Era una pesadilla, pensó, acurrucada en la barca, notando cómo se deslizaba en la corriente y chocaba contra una estalactita tras otra. Pese al aire frío, había empezado a sudar. El corazón le latía con fuerza. Jadeaba y tenía la sensación de que no podía respirar hondo.

Estaba aterrorizada. Desplazó su peso, y la barca se balanceó de manera alarmante. Extendió ambos brazos para equilibrarla.

—¿Chris? —dijo.

Oyó un chapoteo a lo lejos. Como si alguien nadara.

—¿Chris?

—Sí —respondió él, a gran distancia.

—¿Dónde estás?

—Me he caído al agua.

Su voz sonaba muy lejos. Dondequiera que Chris estuviese, la distancia entre ellos aumentaba por momentos. Kate estaba sola. Necesitaba una luz. De algún modo tenía que encender una luz. Se arrastró hacia la proa de la barca, buscando a tientas las otras antorchas. La barca volvió a sacudirse.

Mierda, pensó.

Kate se quedó inmóvil por un instante, aguardando a que cesara el balanceo.

¿Dónde estaban las malditas antorchas? Creía recordar que las habían puesto en el centro de la barca. Pero no las encontraba. Sus manos tropezaron con los remos, con la bancada. Pero no encontraba las antorchas.

¿Acaso habían caído de la barca junto con Chris?

Tenía que encender una luz.

Se llevó la mano a la cintura, consiguió abrir la bolsa y revolvió el contenido. Pero no recordaba qué había dentro. Llevaba pastillas..., el aerosol... Sus dedos se cerraron en torno a un objeto cúbico, como un terrón de azúcar. ¡Era uno de los cubos rojos! Lo extrajo y lo sujetó entre los dientes.

Luego sacó la daga y se rasgó la manga del jubón, arrancando una tira de unos treinta centímetros de anchura. Envolvió el cubo rojo con la tela y tiró del cordón.

Aguardó.

No pasó nada.

Quizá el cubo se había mojado al caer al río desde el molino. En teoría, los cubos eran impermeables, pero había permanecido mucho rato en el agua.

O quizá aquél era defectuoso. Debía probar con otro. Le quedaba uno más. Se disponía a buscar de nuevo en la bolsa cuando la tira de tela que sostenía en la mano empezó a arder.

Lanzó un grito de dolor y sorpresa. Estaba quemándose la mano. No había pensado muy bien en aquello. Pero se resistió a tirar la tela en llamas. Apretando los dientes, la levantó por encima de su cabeza, y de inmediato vio las antorchas a la derecha, contra el costado de la barca. Cogió una, la acercó al trapo ardiendo, y la antorcha prendió. Arrojó el trapo al río y hundió la mano en el agua.

Le dolía mucho. Se la examinó, y vio la piel enrojecida, pero no era una quemadura grave. Se olvidó del dolor. Ya se ocuparía de eso más tarde.

Movió la antorcha alrededor. Estaba rodeada de estalactitas blancas cuyas puntas se sumergían en el río. Era como hallarse en la boca medio abierta de un pez gigantesco. La barca daba bandazos.

—¿Chris?

—Sí —contestó desde muy lejos.

—¿Ves la luz?

—Sí.

Se agarró a una estalactita con la mano, notando su textura pastosa y resbaladiza. Consiguió detener la barca. Pero no podía remar río arriba hasta Chris, porque tenía que sostener la antorcha.

—¿Puedes llegar hasta aquí?

—Sí.

Oyó sus brazadas en la oscuridad.

En cuanto Chris subió a la barca, empapado pero sonriente, Kate soltó la estalactita, y la corriente los arrastró de nuevo. Pasaron varios minutos más en aquel bosque de estalactitas, y por fin salieron a otra espaciosa cámara. La corriente era cada vez más rápida. Más adelante, oyeron un intenso rumor. Parecía una cascada.

Pero en ese instante vio algo que le llamó la atención. Le dio un vuelco el corazón. Era un gran bloque de piedra a la orilla del río. A los lados, el bloque presentaba señales de desgaste. Obviamente se había utilizado para amarrar barcas.

—Chris...

—Ya lo veo.

Kate creyó ver un camino más allá del bloque, pero no estaba segura. Chris remó hacia la orilla, y amarraron la barca y saltaron a tierra. Sin duda había un camino, que conducía hasta un túnel de paredes rebajadas artificialmente. Entraron en el túnel. Kate mantenía la antorcha ante ella.

Contuvo la respiración.

—¿Chris? Hay un peldaño.

—¿Qué?

—Un peldaño. Labrado en la roca. Unos quince metros más adelante. —Apretó el paso, y Chris la siguió de cerca. Levantando más la antorcha, añadió—: En realidad, hay más de un peldaño. Hay toda una escalera.

A la luz trémula de la antorcha, vio más de una docena de peldaños, sin barandilla, que subían en un pronunciado ángulo hasta el techo de piedra, donde

había una trampilla con una argolla de hierro.

Entregó la antorcha a Chris y corrió escalera arriba. Tiró de la argolla, pero la trampilla de piedra no se movió. La empujó con el hombro.

Consiguió levantarla un par de centímetros.

Vio una luz amarilla, tan intensa que la deslumbró. Oyó el ruido de un fuego cercano, y risas y voces de hombres. Entonces no pudo sostener más el peso de la trampilla, y ésta se cerró de nuevo.

Chris subía ya por la escalera.

—Conectemos los auriculares —sugirió, dándose un ligero golpe en la oreja con el dedo.

—¿Tú crees? —preguntó Kate.

—Tenemos que correr el riesgo.

Kate conectó también el auricular y, tras una ráfaga de estática, oyó la respiración de Chris, amplificada.

—Entraré yo primero —dijo Kate. Sacó del bolsillo el marcador de navegación y se lo dio a Chris—. Por si acaso. No sabemos qué hay al otro lado.

—De acuerdo.

Chris apagó la antorcha y apoyó el hombro contra la trampilla. La piedra crujió y se levantó. Kate salió por el hueco y, con sigilo, ayudó a Chris a abrir por completo la trampilla.

Lo habían conseguido.

Estaban dentro de La Roque.

01.13.52

Robert Doniger, con el micrófono en la mano, giró sobre sus talones.

—Plantéense esta pregunta —dijo al auditorio vacío y oscuro—: ¿Cuál es el modo de experiencia dominante a finales del siglo xx? ¿Cómo ve la gente las cosas, y cómo espera verlas? La respuesta es muy sencilla: en todas las áreas, desde los negocios hasta la política, el marketing o la enseñanza, el modo dominante es hoy en día el entretenimiento.

Frente al estrecho escenario se habían montado tres cabinas insonorizadas, todas en una hilera. Cada cabina contenía una mesa y una silla, un bloc de notas y un vaso de agua. Cada cabina estaba abierta por delante, de manera que la persona sentada dentro de una cabina veía a Doniger pero no a las personas de las cabinas contiguas.

Así organizaba Doniger sus presentaciones. Era un truco que había aprendido en viejos tratados de psicología sobre la presión de la competencia. Cada persona sabía que había otras personas en las demás cabinas, pero no las oía ni veía. Y eso los sometía a una gran presión, porque tenían que adivinar qué harían los otros. Tenían que adivinar si invertirían o no.

Se paseó por el escenario.

—Hoy todo el mundo espera que le entretengan, y espera que le entretengan a todas horas. Las reuniones de negocios han de ser ágiles, con tablas temáticas y gráficos animados, para que los ejecutivos no se aburran. Las galerías comerciales y los grandes almacenes han de cautivar, así que nos proporcionan diversión además de vendernos sus artículos. Los políticos han de tener una buena imagen y decirnos solo lo que queremos oír. Los colegios deben procurar no aburrir a unas mentes jóvenes que esperan la rapidez y la complejidad de la televisión. Los alumnos deben divertirse. Todo el mundo debe divertirse, o si no, cambiará de marca, cambiará de canal, cambiará de partido, cambiará de lealtades. Ésta es la realidad intelectual de la sociedad occidental a finales de siglo.

»En siglos pasados, los seres humanos deseaban ser salvados, o mejorados, o liberados, o educados. Pero en nuestro siglo quieren ser entretenidos. No es la enfermedad o la muerte lo que más nos asusta, sino el aburrimiento. Una sensación de tiempo en las manos, una sensación de no tener nada que hacer. Una sensación de que no nos divertimos.

»Pero ¿adónde irá a parar esta fiebre del entretenimiento? ¿Qué hará la gente cuando se canse de la televisión? ¿Cuando se canse del cine? Todos conocemos la respuesta. La gente acudirá a las actividades participativas: los deportes, los parques temáticos, los parques de atracciones. Diversión estructurada, emociones

planificadas. ¿Y qué harán cuando se cansen de los parques temáticos y las emociones planificadas? Tarde o temprano, el artificio resulta demasiado evidente. La gente empieza a darse cuenta de que un parque de atracciones es una especie de cárcel, donde uno paga por convertirse en preso.

»El hastío ante este artificio los impulsará a buscar autenticidad. “Autenticidad” será la palabra que abra todas las puertas en el siglo XXI. ¿Y qué es auténtico? Todo aquello que no está concebido y estructurado para obtener un beneficio. Todo aquello que no está controlado por las multinacionales. Todo aquello que existe por sí mismo, que adopta su propia forma. Pero en el mundo moderno, claro está, no se permite que nada adopte su propia forma. El mundo moderno puede compararse a un jardín formal, donde todo está plantado y dispuesto en función de un determinado efecto. Donde no hay nada intacto, donde no hay nada auténtico.

»¿Dónde acudirá, pues, la gente a buscar la rara y deseable experiencia de la autenticidad? Acudirá al pasado.

»El pasado es indiscutiblemente auténtico. El pasado es un mundo que ya existía antes que Disney, Murdoch, Nissan, Sony, IBM y cuantas empresas se han dedicado a dar forma al mundo moderno. El pasado estaba ahí antes que ellos. El pasado es real. Es auténtico. Y eso mismo conferirá al pasado un extraordinario atractivo. Por eso yo siempre digo que el futuro es el pasado. El pasado es la única verdadera alternativa a... ¿Sí? Diane, ¿qué pasa? —Se volvió cuando Kramer entró en la sala.

—Ha surgido un problema en la sala de tránsito. Por lo visto, la explosión causó daños en el resto del blindaje de agua. Según ha comprobado Gordon mediante una simulación por ordenador, cuatro contenedores se romperán al llenarlos de agua.

—Diane, eso es una bobada —replicó Doniger, arreglándose la corbata—. ¿Estás diciéndome que podrían llegar a volver sin blindaje?

—Sí.

—Pues no podemos correr ese riesgo.

—No es tan sencillo...

—Sí, lo es —afirmó Doniger—. No podemos correr el riesgo. Prefiero que no vuelvan a que lleguen con graves errores de transcripción.

—Pero...

—Pero ¿qué? Si Gordon tiene ya ese pronóstico, ¿por qué sigue adelante?

—El pronóstico no le parece fiable. Dice que es demasiado precipitado e impreciso, y cree que el tránsito se realizará satisfactoriamente.

—No podemos correr el riesgo —insistió Doniger, negando con la cabeza—. Sin blindaje, no pueden volver. Punto.

Kramer guardó silencio por un instante, mordiéndose el labio.

—Bob, creo...

—Eh, ¿tienes un problema de pérdida de memoria a corto plazo? —atajó Doniger—. Fuiste tú quien se empeñó en que Stern no viajara al pasado por el peligro de errores de transcripción. ¿Y ahora quieres que vuelvan todos sin blindaje? No, Diane.

—Está bien —contestó Kramer con manifiesta reticencia—. Iré a hablar con...

—No. Nada de hablar. Impídelo a toda costa. Corta el suministro eléctrico si hace falta. Pero no permitas que vuelvan. En esto tengo razón, y tú lo sabes.

En la sala de control, Gordon dijo:

—¿Que ha dicho *qué*?

—No pueden volver —repitió Kramer—. Bob lo prohíbe rotundamente.

—Pero tienen que volver —dijo Stern—. Tiene que permitirlo.

—No, no lo permito.

—Pero...

—John. —Kramer se volvió hacia Gordon—. ¿Ha visto el señor Stern a Wellsey? ¿Se lo has enseñado?

—¿Quién es Wellsey?

—Wellsey es un gato —respondió Gordon.

—Wellsey está escindido —informó Kramer a Stern—. Es uno de los primeros animales que enviamos al pasado. Antes de que supiéramos que era necesario usar el blindaje de agua en un tránsito. Y está muy escindido.

—¿Escindido?

Kramer se volvió de nuevo hacia Gordon.

—¿No le has contado nada?

—Claro que se lo he contado —dijo Gordon. Mirando a Stern, explicó—: «Escindido» significa que tiene errores de transcripción muy graves. —Se volvió hacia Kramer—. Pero eso ocurrió hace muchos años, Diane, en la época en que también teníamos problemas con los ordenadores...

—Enséñaselo —insistió Kramer—. Y ya veremos si luego conserva tanto interés en traer a sus amigos. Pero la cuestión aquí es que Bob ha tomado una decisión al respecto, y la respuesta es no. Sin un blindaje seguro, nadie puede volver. Bajo ningún concepto.

Ante las consolas, uno de los técnicos anunció:

—Se ha detectado una cabriola de campo.

Se arracimaron en torno al monitor, contemplando el plano ondulante y los pequeños picos en su superficie.

—¿Cuánto falta para que lleguen? —preguntó Stern.

—A juzgar por la señal, alrededor de una hora.

—¿Se sabe ya cuántos vuelven? —dijo Gordon.

—Todavía no, pero... más de uno. Quizá cuatro o cinco.

—Es decir, todos —comentó Gordon—. Deben de haber encontrado al profesor Johnston, y vuelven todos. Han hecho lo que les encargamos, y están de regreso.

Miró a Kramer.

—Lo siento —dijo ella—. Si no hay blindaje, no vuelve nadie. Es definitivo.

Agachada junto a la trampilla, Kate se irguió lentamente. Se hallaba en un espacio estrecho, de poco más de un metro de anchura, con altas paredes de piedra a cada lado. Por una abertura a su izquierda, entraba la luz del fuego. Con la claridad que proporcionaba ese resplandor amarillo, vio una puerta frente a ella. A sus espaldas había una empinada escalera que ascendía casi hasta el techo, a unos diez metros de altura.

Pero ¿dónde estaba?

Chris se asomó por el hueco de la trampilla y señaló el fuego.

—Creo que ya sé por qué nadie encontraba la entrada de este pasadizo —susurró.

—¿Por qué? —dijo Kate.

—Está detrás de la chimenea.

—¿Detrás de la chimenea? —musitó ella. Y entonces se dio cuenta de que Chris tenía razón. Aquel estrecho espacio era uno de los pasadizos secretos de La Roque: detrás de la chimenea del gran salón.

Kate se deslizó con cautela hacia la abertura de la pared de la izquierda, y ante sus ojos apareció el gran salón, visto a través del muro de fondo de la chimenea. La chimenea medía poco menos de tres metros de altura. A través de las llamas, vio la mesa principal, en la que comían Oliver y sus caballeros, de espaldas a ella, a unos cuatro metros y medio de distancia.

—Tienes razón —susurró Kate—. La entrada está detrás de la chimenea.

Miró a Chris y, con una seña, le indicó que saliera por la trampilla. Se disponía a seguir hacia la puerta situada enfrente cuando sir Guy giró la cabeza y echó un vistazo al fuego a la vez que arrojaba un ala de pollo a las llamas. Guy se volvió de nuevo al frente y continuó comiendo.

Sal de aquí cuanto antes, se dijo Kate.

Pero ya era demasiado tarde. Guy tensó los hombros y volvió de nuevo la cabeza. Esta vez la vio claramente, clavó su mirada en la de ella y exclamó:

—¡Dios santo!

Se apartó bruscamente de la mesa y desenvainó la espada.

Kate se abalanzó hacia la puerta, tiró de ella, pero estaba cerrada con llave o atascada. No consiguió abrirla. Se dio media vuelta y corrió en dirección a la estrecha escalera. Al pasar junto a la abertura de la chimenea, vio a sir Guy al otro lado de las llamas, vacilante. Él la siguió con la mirada y al instante atravesó el fuego en pos de ella. Kate advirtió que Chris salía por la trampilla y dijo:

—¡Abajo!

Chris escondió la cabeza mientras ella empezaba a trepar por la escalera.

No tenía armas; no tenía nada.

Corrió.

En lo alto de la escalera, a diez metros del suelo, había una estrecha plataforma, y cuando llegó allí, un cúmulo de telarañas se le enredó en la cara. Las apartó con impacientes manotazos. La plataforma era un precario rectángulo de poco más de un palmo de anchura, pero ella practicaba el alpinismo, y aquello no la intimidaba.

Sí intimidaba, en cambio, a sir Guy. Ascendía muy despacio por la escalera, apretándose contra la pared, manteniéndose a la mayor distancia posible del borde exterior de los peldaños, aferrándose a las grietas de la mampostería. Respiraba con dificultad y su desesperación era palpable. Así pues, al valeroso caballero le daban miedo las alturas. Pero no tanto miedo como para detenerlo, advirtió Kate. De hecho, el vértigo parecía aumentar su cólera. Lanzaba a Kate miradas asesinas.

La plataforma se hallaba frente a una puerta de madera, provista de una mirilla del tamaño de una moneda. Era obvio que la función de la escalera era acceder a esa mirilla, permitiendo al observador ver qué ocurría en el gran salón. Kate empujó la puerta, apoyando su peso contra la madera, pero la puerta, en lugar de abrirse, se desprendió totalmente del marco y cayó al suelo del gran salón, y Kate casi se precipitó tras ella.

Se encontraba en el gran salón, a gran altura, entre las vigas vistas del techo. Miró las mesas, diez metros por debajo de ella. Justo enfrente tenía la enorme viga central, que iba longitudinalmente de un extremo a otro del salón. Con esta viga se entrecruzaban los tirantes horizontales, dispuestos a un metro y medio de distancia entre sí. Los tirantes eran de madera tallada, y sostenían las riostras en que se apuntalaba el tejado.

Sin vacilar, Kate empezó a caminar por la viga central. En el salón, todos miraban hacia arriba, señalándola y ahogando gritos de asombro. Kate oyó exclamar a Oliver:

—¡Válgame Dios, pero si es el ayudante! ¡Traición! ¡El maestro!

Descargó un puñetazo en la mesa y se puso en pie, lanzando una mirada iracunda a Kate.

—Chris, busca al profesor.

El auricular crepitó.

—... acuerdo.

—¿Me has oído, Chris?

Ya solo oyó ruido de estática.

Kate avanzó deprisa por la viga central. Pese a la altura, se sentía cómoda. La viga tenía un grosor de quince centímetros. Pan comido. Al oír nuevas exclamaciones entre la gente del salón, volvió la vista atrás y vio a sir Guy al comienzo de la viga central. Su temor era evidente, pero, sabiéndose observado por un público, se envalentonó. O eso, o no estaba dispuesto a exteriorizar su miedo ante tanta gente.

Guy dio un paso vacilante, se equilibró y se dirigió rápidamente hacia ella, blandiendo la espada. Llegó a la primera viga vertical, tomó aire y, sujetándose a la viga, la rodeó. Continuó adelante por la viga principal.

Kate retrocedió, dándose cuenta de que aquella viga era demasiado ancha, demasiado fácil para él. Se desplazó lateralmente por un tirante hacia la pared. El tirante no tenía más de seis o siete centímetros de anchura. Allí, sir Guy pasaría apuros. Kate superó un tramo difícil a causa de las riostras y siguió adelante.

Solo entonces comprendió su error.

Por lo general, los techos medievales de vigas vistas tenían un detalle estructural en el ángulo formado con la pared: otra riostra, una viga decorativa, algún elemento de la armadura por el que hubiera podido continuar avanzando. Pero aquel techo reflejaba el estilo francés: la viga se embutía directamente en la pared, a algo más de un metro por debajo de la línea del tejado. Recordó en ese momento que, estudiando las ruinas de La Roque, había visto los alojamientos en que se embutían las vigas. ¿En qué estaba pensando?

Se hallaba atrapada en el tirante.

No podía alejarse más, porque el tirante terminaba en la pared. No podía volver atrás, porque Guy estaba allí, esperándola. Y no podía llegar al siguiente tirante paralelo, porque se encontraba a un metro y medio de distancia, demasiado lejos para saltar.

No imposible, pero lejos. Especialmente sin amarre de seguridad.

Mirando atrás, vio aproximarse a sir Guy por el tirante, concentrado en mantener el equilibrio, con la espada en alto. Cuando se acercaba a ella, esbozó una siniestra sonrisa. Sabía que la había atrapado.

A Kate no le quedaba otra alternativa. Observó el siguiente tirante, a un metro y medio. Tenía que hacerlo. El problema residía en tomar altura suficiente en el salto. Debía elevarse si quería salvar la distancia.

Guy maniobraba en el tramo de riostras. Llegaría hasta ella en cuestión de segundos. Kate se agachó, respiró hondo, tensó los músculos, y se impulsó con fuerza.

Chris salió por la trampilla. Miró a través del fuego de la chimenea y vio que, en el gran salón, todos mantenían la vista fija en el techo. Sabía que Kate estaba allí, pero no podía hacer nada por ella. Fue derecho a la puerta lateral y trató de abrirla. Al notar que se le resistía, lanzó todo su peso contra ella, y la puerta cedió un par de centímetros. La embistió de nuevo. La puerta crujió y se abrió de par en par.

Apareció en el patio interior de La Roque. Los soldados corrían de un lado a otro. Se había declarado un incendio en el tejadillo de madera que cubría el adarve en una sección de la muralla. Algo ardía en el centro mismo del patio. En medio de aquel caos, nadie se fijaba en él.

—André —dijo—. ¿Estás ahí?

El auricular crepitó. Nada.

Y a continuación:

—Sí.

Era la voz de André.

—¿André? ¿Dónde estás?

—Con el profesor.

—¿Dónde?

—En el arsenal.

—¿Dónde está eso?

Había dos docenas de animales enjaulados en el almacén del laboratorio, en su mayoría gatos, pero también algunos ratones y cobayas. El aire olía a excrementos. Gordon lo guio por el pasillo, diciendo:

—A los escindidos los mantenemos aislados del resto.

Stern vio tres jaulas contra la pared del fondo. Los barrotes de aquellas jaulas eran más gruesos. Gordon lo condujo hasta una de ellas, donde Stern vio una bola de pelo. Era un gato dormido, un gato persa de piel gris claro.

—Éste es *Wellsey* —informó Gordon.

El gato parecía normal. Respiraba acompasadamente mientras dormía. Entre el pelo asomaba media cara. Tenía las garras oscuras. Stern se inclinó para mirarlo de cerca, pero Gordon le puso una mano en el pecho.

—No se acerque demasiado —advirtió.

Gordon cogió un palo y recorrió con él los barrotes.

El gato abrió un ojo. No lenta y perezosamente, sino al instante, con mirada alerta. Pero no se movía. Solo el ojo se movía.

Gordon pasó el palo por los barrotes una segunda vez.

Con un bufido feroz, el gato se abalanzó contra los barrotes, enseñando los dientes. Embistió los barrotes, retrocedió y atacó de nuevo, atacó una y otra vez, sin pausa, implacable, bufando y gruñendo.

Stern lo contempló horrorizado.

El gato presentaba una monstruosa deformación en la cara. Un lado parecía normal, pero el otro estaba desparejado, todos los rasgos —el ojo, el hocico, todo— se encontraban más abajo de donde les correspondía, y una línea en el centro dividía las dos mitades. Por eso los llaman «escindidos», pensó Stern.

Más horrenda aún era la parte lateral de la cara, que Stern no vio inicialmente debido a las embestidas del animal; pero de pronto notó que a un lado de la cabeza, tras la oreja desplazada, el gato tenía un tercer ojo, más pequeño y solo parcialmente formado. Y bajo ese ojo se observaba una porción de tejidos del hocico y un fragmento de maxilar, sobresaliendo como un tumor. Una curva de dientes blancos asomaba entre el pelo, pese a que no había boca.

Errores de transcripción. Ahora entendía qué significaba eso.

El gato siguió acometiendo sin cesar; empezaba a sangrarle la cara a causa de los repetidos impactos.

—Continuará en ese estado mientras nos vea aquí —dijo Gordon.

—Entonces será mejor que nos vayamos.

Salieron del almacén en silencio. Finalmente, Gordon añadió:

—No es solo lo que ha visto. También aparecen cambios mentales. Ése fue, de hecho, el primer síntoma claro en la persona que se escindió.

—¿Es el hombre del que me habló? ¿El que se quedó en el pasado?

—Sí —respondió Gordon—. Deckard. Rob Deckard. Era uno de nuestros exmarines. Mucho antes de que detectáramos cambios físicos, se produjeron cambios mentales. Pero no comprendimos hasta más tarde que los errores de transcripción eran la causa.

—¿Qué clase de cambios mentales?

—Por naturaleza, Rob era un hombre alegre, buen atleta, con un extraordinario don de lenguas. Se sentaba a tomarse una cerveza con un extranjero, y al final de la cerveza ya había empezado a asimilar el otro idioma. Una expresión aquí, una frase allá. Y empezaba a hablar sin mayor problema. Siempre con un acento impecable. Al cabo de unas semanas, hablaba como un nativo. En el ejército descubrieron sus aptitudes, y lo enviaron a una de sus escuelas de idiomas. Pero con el paso del tiempo Rob, a medida que acumuló errores de transcripción, dejó de ser una persona alegre. Se convirtió en un ser despreciable —afirmó Gordon—. Verdaderamente despreciable.

—¿Sí?

—Aquí dio una paliza a uno de los guardias de seguridad de la entrada, y simplemente porque el guardia tardó demasiado en verificar su identidad. Y casi mató a un hombre en un bar de Albuquerque. Entonces llegamos a la conclusión de que Deckard padecía lesiones irreversibles en el cerebro, y que no solo no mejoraría, sino que probablemente empeoraría.

De regreso en la sala de control, encontraron a Kramer encorvada ante el monitor, observando la pantalla, que mostraba fluctuaciones de campo. Eran cada vez más pronunciadas. Y los técnicos decían que volvían tres personas como mínimo, y quizá cuatro o cinco. A juzgar por su expresión, era obvio que Kramer estaba en un dilema; quería verlos volver a todos.

—Sigo pensando que el ordenador se equivoca, y que los paneles resistirán —declaró Gordon—. Y al menos podríamos llenar los contenedores y comprobar si aguantan.

Kramer asintió con la cabeza.

—Sí, podemos intentarlo. Pero incluso si no se rompen al llenarlos, no existe ninguna garantía de que no revienten al cabo de un rato, en medio de la operación de tránsito. Y eso sería catastrófico.

Stern se movió inquieto en la silla. Algo le rondaba en el fondo de la mente. Cuando Kramer dijo «revienten», volvieron a desfilar por su cerebro imágenes de automóviles, sucediéndose del mismo modo que antes: coches de carreras, grandes neumáticos de camiones, el hombre de Michelin, un enorme clavo en la carretera y

un neumático pasando sobre él.

Reventón.

Los contenedores de agua reventarían. Los neumáticos reventarían. ¿Qué pasaba con los reventones?

—Para salir de dudas —dijo Kramer—, necesitamos reforzar los contenedores.

—Sí, pero ya hemos analizado las posibilidades —respondió Gordon—. No hay manera de reforzarlos.

Stern suspiró.

—¿Cuánto tiempo falta?

—Cincuenta y un minutos —contestó el técnico.

Para asombro de Kate, abajo, en el gran salón, la gente empezó a aplaudir. Había saltado, y ahora se balanceaba en el aire, sujeta al tirante. Y abajo aplaudían, como si aquello fuera un número circense.

Sin pérdida de tiempo, levantó las piernas y se encaramó al tirante.

En el tirante anterior, Guy de Malegant regresaba apresuradamente a la viga central. Era obvio que pretendía cortar el paso a Kate antes de que abandonara el tirante.

Más ágil que Guy, Kate llegó a la viga central mucho antes que él, y dispuso de un instante para pensar qué hacer.

¿Qué iba a hacer?

Estaba en medio de la armadura vista del tejado, sujeta a una gruesa viga vertical, de un diámetro dos veces mayor que el de un poste de telégrafos. A cada lado de la viga vertical partía en ángulo una riostra oblicua que apuntalaba el tejado. Estas riostras partían de tan abajo que sir Guy, para atrapar a Kate, tendría que agacharse para rodear la viga vertical.

Kate se agachó y ensayó ella misma la maniobra, pasando parcialmente por debajo de la riostra. Era difícil, y sería lento. Volvió a erguirse, y al hacerlo, rozó la daga con la mano. Se había olvidado de que tenía una daga. La sacó y la blandió.

Guy la vio y se echó a reír. A su risa se unieron las de la gente que contemplaba la escena desde abajo. Guy, alzando la voz, hizo algún comentario que el público recibió con mayores carcajadas.

Kate lo observó acercarse y retrocedió. Estaba dejándole espacio suficiente para que rodeara la viga vertical. Trató de aparentar pánico —no le fue muy difícil—, y se encogió, la daga temblando en su mano.

La clave está en elegir el momento oportuno, se dijo.

Sir Guy se detuvo ante la viga vertical, lanzando a Kate una mirada escrutadora. Finalmente se agachó y comenzó a pasar bajo la riostra. Se sujetó a la viga con la mano, quedando la espada momentáneamente entre su palma y la madera.

Kate se abalanzó hacia él y le hundió la daga en la mano, dejándosela clavada a la madera. A continuación, se colocó en el lado opuesto de la viga vertical y, a patadas, le desplazó los pies hasta sacárselos de la viga central. Guy, sin apoyo, quedó suspendido en el aire de la mano clavada a la viga. Apretó los dientes, pero no emitió sonido alguno.

Agarrando aún la espada, trató de encontrar apoyo nuevamente en la viga central. Pero para entonces Kate había vuelto ya a su posición original, al otro lado de la viga vertical. Sus miradas se cruzaron.

Guy adivinó las intenciones de Kate.

—Púdrete en el infierno —gruñó.

—Tú primero.

Kate retiró la daga, y Guy cayó en silencio hacia el suelo. A medio descenso, tropezó con el asta de un estandarte, y su cuerpo quedó prendido en la punta de hierro, sosteniéndose allí por un momento. Al cabo de unos segundos, el asta se partió, y Guy se precipitó sobre una mesa en medio de una lluvia de loza rota. Los invitados se apartaron de un salto. Guy yació inmóvil entre los fragmentos de loza.

Oliver señalaba a Kate y gritaba:

—¡Matadle! ¡Matadle!

En el salón, otros repitieron su orden, y los arqueros corrieron a por sus armas.

Oliver no esperó; furioso, abandonó el salón, acompañado por varios soldados.

Kate oía gritar a coro a las damas, los niños, todos:

—¡Matadle! ¡Matadle!

Echó a correr por la viga central hacia el extremo opuesto del gran salón. Las flechas zumbaron cerca de ella, se clavaron en la madera. Pero llegaban demasiado tarde. Kate vio una segunda puerta en aquella pared, idéntica a la primera. La embistió con fuerza, y se abrió.

Accedió a un espacio oscuro y muy reducido. Se golpeó la cabeza contra el techo y cayó en la cuenta de que se hallaba en la fachada norte del gran salón, que no lindaba con los muros del castillo. Por lo tanto...

Empujó el techo hacia arriba. Una sección cedió de inmediato. Se encaramó al tejado y desde allí trepó fácilmente a la muralla interior de la fortaleza.

Desde ese punto, vio que el asalto había comenzado. Cerradas descargas de flechas trazaban un suave arco y caían en el patio. Los arqueros apostados en las almenas disparaban a su vez. Los cañones dispuestos en el adarve eran cargados con flechas metálicas, y detrás de ellos De Kere iba de un lado a otro dando instrucciones. De Kere no la veía.

Kate se volvió, conectó el auricular y dijo:

—¿Chris?

De Kere giró sobre sus talones y se llevó la mano al oído. Repentinamente empezó a buscar en todas direcciones, recorriendo el adarve con la mirada y escudriñando el patio.

Era De Kere, pensó Kate.

Y en ese momento De Kere la vio. La reconoció de inmediato.

Kate echó a correr.

—¿Kate? Estoy aquí abajo —respondió Chris.

En el patio llovían flechas incendiarias. Chris le hizo señas con las manos, pero dudó de que ella lo viera en la oscuridad.

—Es... —dijo Kate.

Pero la estática le impidió oír el resto. En ese momento Chris desvió la mirada para observar a Oliver y cuatro soldados, que cruzaron el patio y entraron en el edificio cuadrado donde Chris suponía que estaba el arsenal.

Chris se disponía a seguirlos cuando una bola en llamas cayó a sus pies, rebotó y rodó hasta detenerse. A través del fuego, vio que era una cabeza humana, con los ojos abiertos y los labios contraídos. La carne ardía, la grasa crepitaba. Un soldado, al pasar, le dio un puntapié como si se tratara de una pelota de fútbol.

Una de las innumerables flechas le rozó el hombro, dejándole una estela de llamas en la manga. Percibió el olor de la brea y notó el calor en el brazo y la cara. Chris se revolcó por tierra, pero no consiguió apagar el fuego. Se puso en pie y, usando la daga, cortó la manga del jubón. Le ardían aún pequeñas llamas en el dorso de la mano, salpicado por diminutas gotas de brea. La frotó en el polvo del patio.

Por fin consiguió sofocarlas.

Aún agachado, dijo:

—¿André? Voy hacia allí.

Pero no recibió respuesta.

Alarmado, se irguió de un salto, justo a tiempo de ver a Oliver salir del arsenal, seguido del profesor y Marek, y dirigirse hacia una puerta maciza en el muro del castillo. Los soldados los obligaban a andar a punta de espada. A Chris aquello le dio mala espina. Tuvo el inquietante presentimiento de que Oliver iba a matarlos.

—Kate.

—Sí, Chris.

—Los veo.

—¿Dónde?

—En el patio, camino de aquella puerta de la esquina.

Chris empezó a seguirlos, pero se dio cuenta de que necesitaba un arma. A unos pasos de él, una flecha en llamas traspasó la espalda de un soldado, que cayó de bruces a tierra. Chris se agachó, cogió la espada del hombre y continuó adelante.

—Chris.

Una voz de hombre, por el auricular. Una voz desconocida. Chris miró alrededor, pero vio solo soldados que corrían de un lado a otro y flechas incendiarias que silbaban en el aire.

—Chris —susurró la voz—. Por aquí.

Entre las llamas, vio una figura oscura e inmóvil como una estatua que lo observaba desde el otro extremo del patio. Aquella figura permanecía ajena a la lucha que tenía lugar alrededor. Miraba fijamente a Chris. Era Robert de Kere.

—Chris, ¿sabes lo que quiero? —preguntó De Kere.

Chris no contestó. Nervioso, alzó la espada, notando su peso. De Kere siguió observándolo. Chasqueó con la lengua y dijo:

—¿Vas a pelear conmigo, Chris?

Y entonces De Kere se encaminó hacia él.

Chris respiró hondo, dudando entre quedarse y echarse a correr. Y de pronto una puerta de la parte posterior del gran salón se abrió bruscamente y salió un caballero con armadura completa, excepto el yelmo, bramando:

—¡Por Dios y por Arnaut el Arcipreste!

Chris lo reconoció: era el apuesto caballero, Raimondo. Docenas de soldados con los colores verde y negro irrumpían en el patio, entablando combate con los hombres de Oliver.

De Kere avanzaba hacia Chris, pero en ese instante se detuvo, quedándose indeciso ante ese nuevo giro en los acontecimientos. De repente Arnaut agarró a Chris por la garganta, alzando a la vez la espada. Arnaut lo atrajo hacia sí y, a voz en grito, preguntó:

—¿Oliver? ¿Dónde está Oliver?

Chris señaló hacia la puerta de la esquina.

—¡Guiadme!

Acompañado de Arnaut, Chris atravesó el patio, cruzó la puerta, y descendió por una escalera de caracol que conducía a una serie de cámaras subterráneas. Eran espaciosas y lóbregas, de techos abovedados.

Arnaut, jadeante, rojo de ira, lo obligó a seguir de un empujón. Entraron en la segunda cámara, vacía como la primera. Pero ahora Chris oía voces más adelante, y una de ellas parecía la del profesor.

En los monitores de la sala de control, el campo ondulante generado por el ordenador había empezado a reflejar pronunciados picos. Mordiéndose el labio, Kramer observó crecer los picos en altura y anchura. Tamborileó con los dedos en la mesa. Finalmente dijo:

—De acuerdo. Llenad al menos los tanques. Veamos cómo se comportan.

—Bien —respondió Gordon con manifiesto alivio. Cogió su radio y empezó a transmitir órdenes a los técnicos de la sala de tránsito.

En las enormes pantallas, Stern vio cómo arrastraban pesadas mangueras hacia el primero de los contenedores vacíos. Los hombres, subidos a escalerillas, acoplaron las bocas de las mangueras.

—Creo que esto es lo mejor —comentó Gordon—. Al menos...

Stern se puso en pie de un brinco.

—No —dijo—. Retire la orden.

—¿Cómo?

—No llenen los contenedores.

Kramer lo miró con asombro.

—¿Por qué? ¿Qué...?

—No lo hagan —insistió Stern, hablando a gritos en la pequeña sala de control. En la pantalla, los técnicos sostenían las mangueras sobre los orificios de llenado—. ¡Dícales que se detengan! ¡Que no echen ni una sola gota de agua en los blindajes!

Gordon anuló la orden por la radio. Los técnicos alzaron la vista, sorprendidos, pero interrumpieron su trabajo y dejaron las mangueras en el suelo.

—David —dijo Gordon con delicadeza—. Creo que debemos...

—No —atajó Stern—. No llenaremos los contenedores.

—¿Por qué no?

—Porque el agua no permitiría aplicar el adhesivo.

—¿Qué adhesivo?

—Sí —respondió Stern—. Sé cómo reforzar los contenedores.

—¿Ah, sí? —preguntó Kramer—. ¿Cómo? Gordon se volvió hacia los técnicos. —¿Cuánto tiempo nos queda?

—Treinta y cinco minutos. Miró de nuevo a Stern. —Solo disponemos de treinta y cinco minutos, David. No hay tiempo para nada.

—Sí, lo hay —contestó Stern—. Tenemos aún tiempo suficiente. Si nos damos prisa...

Kate entró en el patio central de La Roque y se dirigió hacia el lugar donde había visto a Chris por última vez. Pero Chris ya no estaba allí.

—¿Chris?

No oyó respuesta alguna por el auricular.

Y Chris tiene la oblea de cerámica, pensó.

El patio estaba sembrado de cuerpos en llamas. Kate corrió de uno a otro para ver si Chris era alguno de ellos.

Vio a Raimondo, que la saludó con una parca inclinación de cabeza y un gesto de la mano... y luego se estremeció. Por un momento, Kate pensó que se debía a las ondas de calor que emitía el fuego, pero entonces vio volverse a Raimondo, sangrando por el costado. Había un hombre detrás de él, que con sucesivos golpes hirió a Raimondo en el brazo, el hombro, el torso y la pierna. Cada incisión penetraba lo suficiente en la carne para herir de gravedad, pero no para matar. Raimondo se tambaleó, sangrando profusamente. El hombre avanzó hacia él, aún asestando golpes de espada. Raimondo cayó de rodillas. El hombre se plantó ante él, cortando una y otra vez. Raimondo se desplomó de espaldas, y el hombre le cruzó la cara en diagonal una y otra vez con el filo de la espada. Las llamas ocultaban el rostro del atacante, pero a cada golpe Kate lo oía decir:

—Bastardo, bastardo, bastardo.

Advirtió que hablaba en inglés, y entonces supo quién era.

El atacante era De Kere.

Chris y Arnaut continuaron adentrándose en las mazmorras. Más adelante, oían el eco de unas voces. Arnaut avanzaba con mayor cautela, permaneciendo cerca de las paredes. Finalmente vieron el interior de la siguiente cámara, dominada por un gran pozo excavado en la tierra. Sobre el pozo, una pesada jaula metálica pendía de una cadena. El profesor se hallaba dentro de la jaula, su rostro inexpresivo mientras la jaula descendía a medida que dos soldados hacían girar la manivela de un cabrestante. Marek estaba maniatado, contra la pared del fondo, y cerca de él había otros dos soldados.

Lord Oliver, de pie al borde del pozo, sonreía mientras la jaula bajaba. Bebió de una copa de oro y se enjugó la barbilla.

—Maestro, os hice una promesa, y la cumpliré —dijo. Dirigiéndose a los dos soldados que manejaban el cabrestante, ordenó—: Más despacio, más despacio.

Observando a Oliver, Arnaut gruñó como un perro rabioso. Se volvió hacia Chris y susurró:

—Yo me ocuparé de Oliver; los otros os los dejo a vos.

¿Los otros?, pensó Chris. Había cuatro soldados en la cámara. Pero no tuvo ocasión de protestar, ya que Arnaut, lanzando un grito de furia, corría ya hacia Oliver.

Lord Oliver se dio media vuelta, aún con la copa en la mano. Con una mueca de desprecio, dijo:

—Así que se acerca el cerdo.

Tiró la copa y desenvainó la espada. En unos instantes se desencadenó el combate.

Chris corría hacia los soldados situados junto al cabrestante, sin saber qué hacer. Los soldados que custodiaban a Marek habían alzado sus espadas. Oliver y Arnaut luchaban con fiereza, maldiciéndose entre golpe y golpe.

Todo ocurría muy deprisa. Marek derribó a uno de los soldados y le clavó un cuchillo tan pequeño que Chris ni siquiera lo vio. El otro soldado se volvió hacia Marek, y éste le asestó un violento puntapié que lo lanzó contra los soldados del cabrestante, y los tres perdieron el equilibrio y cayeron.

Abandonado, el cabrestante empezó a girar a mayor velocidad. Chris vio desaparecer la jaula, y con ella al profesor, bajo el nivel del suelo, en el interior del pozo.

Para entonces, Chris había llegado hasta el primer soldado, ya de pie y de espaldas a él. El hombre hizo ademán de volverse, y Chris lo golpeó con la espada, hiriéndolo de gravedad. Asestó un segundo golpe, y el hombre se desplomó.

Ya solo quedaban dos soldados. Marek, aún maniatado, retrocedía y esquivaba los golpes de uno de ellos. El otro soldado permanecía junto al cabrestante, con la espada desenvainada, preparado para luchar. Chris lo atacó, y el soldado paró fácilmente el golpe. Entonces Marek, retrocediendo en círculo, golpeó al soldado, que se volvió hacia él.

—¡Ahora! —gritó Marek, y Chris clavó la espada.

El soldado se vino abajo.

El cabrestante seguía girando. Chris agarró la manivela, pero tuvo que soltarla y saltar atrás para esquivar un golpe del cuarto soldado. La jaula continuó descendiendo. Chris reculó. Marek le tendió a Chris las muñecas atadas, pero Chris dudaba que fuera capaz de dar un corte tan preciso con la espada.

—¡Hazlo! —ordenó Marek.

Chris obedeció, y libró a Marek de sus ataduras. Al instante, el cuarto soldado se abalanzó hacia Chris. El soldado peleaba con la rabia de un hombre acorralado. Chris recibió una herida en el antebrazo mientras retrocedía. Advirtió que estaba en apuros, pero de pronto su atacante bajó la vista horrorizado, mirando la punta de una espada que sobresalía de su abdomen. El soldado se desplomó, y Chris vio que Marek empuñaba la espada.

Chris corrió hacia el cabrestante. Sujetó la manivela y consiguió detener el descenso. Mirando al pozo, vio que la jaula se había sumergido ya en el agua untuosa, y el profesor apenas asomaba la cabeza sobre la superficie.

Marek se acercó, y juntos empezaron a levantar la jaula.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Chris.

Marek consultó el temporizador.

—Veintiséis minutos.

Entretanto, Arnaut y Oliver seguían luchando, ahora en un rincón oscuro de las mazmorras. Chris veía las chispas que saltaban de sus espadas al chocar.

La jaula, chorreando, se elevó en el aire. El profesor sonrió a Chris.

—Sabía que llegarías a tiempo —comentó.

Chris notó resbaladizos los barrotes de la jaula cuando ésta se hallaba ya por encima de su cabeza y tiró de ella para apartarla del pozo. Después volvió hasta el cabrestante, y él y Marek la bajaron al suelo de la mazmorra. Chris se aproximó de nuevo a la jaula para abrirla, pero advirtió que estaba cerrada con llave. Tenía un candado del tamaño de su puño.

—¿Dónde está la llave? —preguntó Chris, mirando a Marek.

—No lo sé —respondió Marek—. A mí me tenían contra el suelo cuando lo han encerrado.

—¿Profesor?

Johnston negó con la cabeza.

—No lo sé. Tenía la mirada fija ahí abajo. —Señaló hacia el pozo.

Marek golpeó el candado con la espada. Saltaron chispas, pero el candado era sólido; el filo solo consiguió rayarlo.

—Así no lo conseguirás —dijo Chris—. Necesitamos la condenada llave, André.

André se volvió y miró alrededor.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Chris otra vez.

—Veinticinco minutos.

Moviendo la cabeza en un gesto de desesperación, Chris se acercó a un soldado y comenzó a registrarlo.

En la sala de control, Stern observó a los técnicos mientras sumergían la membrana de goma en un cubo de adhesivo y luego, todavía goteando, la introducían en el orificio del contenedor de cristal. Después acoplaron al orificio una manguera de aire comprimido, y la membrana de goma empezó a dilatarse. Por un momento, pudo verse que era un globo sonda, pero luego continuó dilatándose, tornándose más fina y translúcida, adoptando la forma del blindaje hasta extenderse por todos los rincones del contenedor. Posteriormente, los técnicos taparon el contenedor, pusieron en marcha un cronómetro y aguardaron a que se endureciera el adhesivo.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Stern.

—Veintiún minutos. —Gordon señaló los globos—. Es una solución casera, pero eficaz.

—Hacía una hora que me rondaba por la cabeza —comentó Stern, moviendo la cabeza en un gesto de reproche a sí mismo.

—¿Qué le rondaba por la cabeza?

—Los reventones —explicó Stern—. Me preguntaba una y otra vez: ¿Qué nos proponemos evitar aquí? Y la respuesta es: los reventones. Igual que en un coche cuando revienta un neumático. No podía apartar de mi mente los reventones de los coches. Y me parecía extraño, porque hoy en día los reventones son poco frecuentes. Los coches de ahora rara vez tienen un reventón, porque los nuevos neumáticos van provistos de una membrana interna que es autoselladora. —Suspiró—. Me preguntaba por qué acudía a mi mente algo tan fuera de lugar, y de pronto he comprendido que ahí estaba la solución a nuestro problema: también aquí había un modo de crear una membrana de esas características.

—Esta membrana no es autoselladora —objetó Kramer.

—No —concedió Gordon—, pero aumenta el grosor del cristal y distribuye la tensión.

—Exacto —dijo Stern.

Los técnicos habían introducido ya los globos en todos los contenedores y los habían cerrado. Ahora aguardaban a que se endureciera el adhesivo. Gordon echó un vistazo a su reloj.

—Solo habrá que esperar tres minutos más.

—¿Y cuánto se tarda en llenar cada contenedor?

—Seis minutos. Pero podemos llenar dos simultáneamente.

Kramer dejó escapar un suspiro.

—Faltan solo dieciocho minutos. Vamos mal de tiempo.

—Lo conseguiremos —aseguró Gordon—. Siempre podemos bombear el agua

más deprisa.

—¿No sometería eso a los contenedores a una tensión todavía mayor?

—Sí. Pero podemos hacerlo si es necesario.

Kramer volvió a dirigir la mirada al monitor, donde los picos eran aún más nítidos.

—¿Por qué cambian las cabriolas de campo? —preguntó.

—No cambian —respondió Gordon sin mirar el monitor.

—Sí —dijo ella—. Están cambiando. Los picos disminuyen.

—¿Disminuyen?

Gordon se acercó a mirar. Mientras observaba el monitor, frunció el entrecejo. Había cuatro picos, luego tres, luego dos. Luego otra vez cuatro, por un breve instante.

—Recuerda que en realidad estás viendo una función de probabilidad —explicó Gordon—. Las amplitudes de campo reflejan la probabilidad de que el suceso se produzca.

—Háblame en cristiano.

Gordon fijó la mirada en el monitor.

—Debe de haberles surgido algún problema. Y sea lo que sea, ha modificado la probabilidad de que regresen.

Chris estaba bañado en sudor. Lanzó un gruñido por el esfuerzo de volver cara arriba el cuerpo inerte del soldado y reanudó la búsqueda. En su desesperación, pasó varios minutos registrando los uniformes de colores marrón y gris de los dos soldados muertos, para dar con la llave. Los sobrevestidos eran largos, y debajo llevaban jubones guateados; en conjunto, mucha ropa. Aunque, por otra parte, la llave no era fácil de esconder. A juzgar por el candado, la llave tenía que medir bastantes centímetros, y por supuesto era de hierro.

Aun así, Chris no la encontró. Ni en el primer soldado, ni en el segundo. Jurando, se puso en pie.

En la mazmorra, al otro lado del pozo, Arnaut seguía peleando con Oliver; el ruido de sus espadas era incesante, un regular ritmo metálico. Marek, con una antorcha, recorría las paredes, escudriñando los rincones oscuros de la mazmorra. Pero, al parecer, no tenía mejor suerte que Chris.

Chris tenía la impresión de oír el tictac del reloj dentro de su cabeza. Miró alrededor, preguntándose dónde podía haber una llave oculta. Por desgracia, dedujo, podía estar casi en cualquier sitio: colgada de la pared, o metida en la base de un tintero. Se acercó al cabrestante y echó un vistazo en torno al mecanismo. Y allí la encontró: una llave grande de hierro, al pie del cabrestante.

—¡La tengo!

Marek alzó la vista y lanzó una ojeada al temporizador mientras Chris corría hasta la jaula para insertar la llave. La llave entró sin dificultad, pero no giró. En un primer momento, Chris pensó que el mecanismo estaba trabado, pero tras treinta angustiosos segundos de esfuerzo, se vio obligado a aceptar que aquélla no era la llave. Con un sentimiento de impotencia y rabia, arrojó la llave al suelo. Se volvió hacia el profesor, encerrado tras los barrotes.

—Lo siento —dijo Chris—. Lo siento mucho.

Como de costumbre, el profesor conservaba la calma.

—Chris, he estado intentando recordar los hechos tal como han ocurrido exactamente.

—Ajá...

—Y creo que la tiene Oliver —añadió el profesor—. Ha cerrado él mismo, y creo que se ha guardado la llave.

—¿Oliver?

En el extremo opuesto de la cámara, Oliver continuaba luchando, aunque su inferioridad empezaba a ponerse de manifiesto. Arnaut era mejor espadachín, y Oliver estaba borracho y resollaba. Con una fría sonrisa, Arnaut lo obligaba a

retroceder hacia el borde del pozo con golpes medidos. Allí, Oliver, jadeante y sudoroso, se apoyó en la barandilla, sin fuerzas para seguir.

Arnaut apoyó suavemente la punta de la espada en el cuello de Oliver.

—Clemencia —dijo Oliver con la respiración entrecortada—. Os ruego clemencia. —Pero era evidente que no la esperaba.

Arnaut aumentó lentamente la presión en su cuello. Oliver tosió.

—Mi señor Arnaut —dijo Marek, aproximándose—. Necesitamos la llave de la jaula.

—¿Cómo? ¿La llave? ¿De qué jaula?

Oliver sonrió.

—Yo sé dónde está.

Arnaut pinchó con la espada.

—Decidlo.

Oliver negó con la cabeza.

—Jamás.

—Si lo decís, os perdonaré la vida —ofreció Arnaut.

Al oírlo, Oliver le dirigió una mirada penetrante.

—¿Es eso cierto?

—Yo no soy un inglés falso y traicionero —declaró Arnaut—. Dadnos la llave, y como verdadero noble de Francia os juro que no os mataré.

Jadeando, Oliver miró fijamente a Arnaut por unos segundos. Al final, volvió a erguirse y dijo:

—Muy bien.

Tiró la espada, metió la mano entre sus ropas y sacó una pesada llave de hierro. Marek la cogió.

Oliver se volvió hacia Arnaut.

—Como veis, yo he cumplido mi parte. ¿Sois un hombre de palabra?

—En verdad no os mataré —respondió Arnaut. Se abalanzó rápidamente sobre Oliver y lo agarró por las rodillas—. Os bañaré.

Y lanzó a Oliver al pozo por encima de la barandilla. Oliver cayó ruidosamente en el agua negra, y salió a la superficie farfullando indignado. Maldiciendo, nadó hasta la pared del pozo para buscar sujeción en las piedras, pero le resbalaron las manos en las superficies cubiertas de cieno. No tenía dónde agarrarse. Levantó la vista para mirar a Arnaut y lanzó un juramento.

—¿Nadáis bien? —preguntó Arnaut.

—Muy bien, hijo de cerdo francés.

—Estupendo. En ese caso, vuestro baño será más largo. —Tras lo cual se apartó del pozo. Inclinando la cabeza ante Chris y Marek, dijo—: Estoy en deuda con vosotros. Que Dios os conceda clemencia en todos los días de vuestras vidas.

A continuación, se marchó apresuradamente para unirse a la batalla. Oyeron desvanecerse el sonido de sus pasos.

Marek desprendió el candado, y la puerta se abrió con un chirrido. El profesor abandonó la jaula.

—¿El tiempo? —preguntó.

—Once minutos —respondió Marek.

Salieron inmediatamente de las mazmorras. Marek cojeaba, pero avanzaba con rapidez. Detrás de ellos, oyeron chapotear a Oliver en el agua.

—¡Arnaut! —gritó Oliver, y su voz resonó en las oscuras paredes de piedra—. ¡Arnaut!

En las grandes pantallas de la sala de control, se veía a los técnicos llenar el blindaje de agua. Los contenedores resistían. Pero en la sala nadie prestaba atención al blindaje. Todos observaban en silencio el titilante campo generado por el ordenador. En los últimos diez minutos, los picos habían disminuido gradualmente, y en ese momento casi se habían desvanecido; cuando aparecían, no eran más que pequeñas ondas en la superficie.

Aun así, permanecieron atentos al monitor.

Por un instante, las ondas parecieron cobrar intensidad, firmeza.

—¿Eso significa algo? —preguntó Kramer, esperanzada.

Gordon negó con la cabeza.

—No lo creo. Diría que son solo fluctuaciones aleatorias.

—Parecía que volvían a recibirse con más claridad —comentó Kramer.

Pero Stern vio que no era así. Gordon tenía razón; las alteraciones eran aleatorias.

El monitor siguió mostrando ondas intermitentes e inestables.

—Sea cual sea el problema —dijo Gordon—, aún no lo han resuelto.

En el patio central de La Roque, a través de las llamas, Kate vio salir al profesor y los demás por una puerta del castillo. Corrió a reunirse con ellos. Parecían sanos y salvos. El profesor la saludó con la cabeza. Una sensación de urgencia los dominaba.

—¿Tienes la oblea de cerámica? —preguntó Kate a Chris.

—Sí —contestó él. La sacó del bolsillo y se dispuso a apretar el botón.

—Aquí no hay espacio suficiente.

—Sí hay espacio —dijo Chris.

—No. Se requieren dos metros a la redonda, ¿recuerdas?

Estaban rodeados por el fuego.

—En este patio no encontraremos sitio libre —advirtió Marek.

—Es cierto —confirmó el profesor—. Tenemos que salir al siguiente patio.

Kate miró al frente. La barbacana por la que se accedía al otro patio se hallaba a cuarenta metros de distancia. El rastrillo estaba levantado y aparentemente nadie montaba guardia en la puerta; los soldados debían de haberla abandonado para acudir a repeler a los intrusos.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Cinco minutos.

—Muy bien —dijo el profesor—. Movámonos.

Atravesaron el patio al trote, sorteando las llamas y los soldados enzarzados en el combate. El profesor y Kate iban delante. Marek, haciendo muecas de dolor por la herida de la pierna, los seguía, rezagado. Y Chris, preocupado por Marek, ocupaba la retaguardia. Kate llegó a la primera puerta. No había guardia. Cruzaron la puerta, pasando bajo las púas del rastrillo. Entraron al patio medio.

—¡Oh, no! —exclamó Kate.

Todos los soldados de Oliver estaban acuartelados en el patio medio, y parecía haber allí centenares de caballeros y pajes corriendo de un lado a otro, gritando a los hombres del adarve, acarreando armas y provisiones.

—Aquí no hay espacio —dijo el profesor—. Tendremos que atravesar la siguiente puerta y salir del castillo.

—¿Salir del castillo? —repitió Kate—. Ni siquiera conseguiremos cruzar este patio.

Renqueando, sin aliento, Marek llegó hasta ellos. Examinó el patio con la mirada y dijo:

—El cadalso.

—Sí —asintió el profesor. Señaló a la muralla—. El cadalso.

El cadalso era una estructura cerrada de madera colgada en el exterior de la muralla. Consistía en una plataforma cubierta y aspillerada que permitía a los soldados disparar a los atacantes cuando se acercaban al pie de la muralla.

—¿Dónde está Chris? —preguntó Marek de pronto.

Miraron hacia el patio central.

No lo veían por ninguna parte.

Chris seguía de cerca a Marek, pensando que quizá tendría que llevarlo a cuestras y preguntándose si sería capaz, cuando de repente alguien lo empujó e inmovilizó contra una pared. Detrás de él, una voz le dijo en perfecto inglés:

—Tú no, amigo. Tú te quedas aquí.

Y notó en la espalda la punta de una espada.

Al volverse, se encontró cara a cara ante Robert de Kere, que empuñaba su espada. De Kere lo agarró por el cuello del jubón y lo empujó contra otra pared. Alarmado, Chris advirtió que se hallaban a la entrada del arsenal. Con el patio en llamas, aquél no era el sitio idóneo para estar.

De Kere parecía indiferente a ello. Sonrió.

—En realidad, ninguno de vosotros va a ir a ninguna parte.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Chris, sin apartar la vista de la espada.

—Porque tú tienes el marcador, amigo mío.

—No, yo no lo tengo.

—Oigo vuestras transmisiones, ¿recuerdas? —De Kere tendió la mano—. Venga, dámelo.

Volvió a agarrar a Chris y lo empujó hacia la puerta. Dando tumbos, Chris entró en el arsenal. Estaba vacío; los soldados habían huido. Alrededor, se hallaban las bolsas de pólvora apiladas. Los morteros donde los soldados habían empezado a machacar la mezcla estaban dispersos por el suelo.

—Vuestro jodido profesor... —dijo De Kere, viendo los morteros—. ¡Os creéis todos tan listos...! Dámelo.

Con movimientos nerviosos, Chris se buscó la bolsa bajo el jubón.

De Kere, impaciente, chasqueó con los dedos.

—Vamos, vamos, deprisa.

—Un momento —contestó Chris.

—Sois todos iguales. Como Doniger. ¿Sabes qué me decía Doniger? No te preocupes, Rob, desarrollaremos nueva tecnología para resolver tu caso. Siempre me salía con la misma cantinela. Pero no desarrolló ninguna nueva tecnología. Nunca tuvo intención de hacerlo. Sencillamente mentía, como es su costumbre. Fíjate en mi cara, esta maldita cara. —Se tocó la cicatriz que le surcaba el rostro de arriba abajo—. Me duele continuamente. Algún problema de huesos. Me duele. Y por dentro

estoy destrozado. Todo me duele.

De Kere tendió la mano con visible irritación.

—Vamos. Si te resistes, te mataré aquí mismo.

Buscando a tientas en la bolsa, Chris se encontró con el aerosol. ¿A qué distancia sería eficaz el gas? No a la distancia a que lo obligaba a mantenerse la espada. Pero no le quedaba otra alternativa.

Chris respiró hondo y roció a De Kere con el gas. De Kere tosió, más iracundo que sorprendido, y avanzó hacia Chris.

—Gilipollas —dijo—. ¿Te ha parecido una buena idea? Muy astuto. Un chico astuto.

Empujó a Chris con la punta de la espada. Chris retrocedió.

—Por eso, voy a abrirte en canal y a dejarte que veas tus tripas desparramadas.

Y acometió con la espada, pero Chris esquivó el golpe con facilidad y pensó: El gas le causa cierto efecto. Lo roció de nuevo, esta vez más cerca del rostro, y de inmediato se apartó para esquivar el siguiente golpe de De Kere, que fue a dar al suelo, volcando uno de los morteros.

De Kere se tambaleó, pero seguía en pie. Chris lo roció por tercera vez, pero De Kere, por alguna razón, no se desplomó. Lanzó otro golpe con la espada, la hoja rehiló, y Chris la esquivó, pero en esta ocasión el filo le rozó el brazo por encima del codo. La sangre manó de la herida y salpicó el suelo. El bote de gas se le cayó de la mano.

De Kere sonrió.

—Aquí los trucos no sirven —dijo—. Esto es lo que sirve: la espada. Te haré una demostración, amigo mío.

Se preparó para golpear nuevamente. Sus movimientos eran aún vacilantes, pero recobraba de prisa las fuerzas. Chris se agachó, y la hoja de la espada zumbó sobre su cabeza y se hundió en las bolsas de pólvora apiladas. El aire se llenó de partículas grises. Chris retrocedió, y tropezó con uno de los morteros abandonados en el suelo. Al tratar de apartarlo con el pie, notó su peso. No era uno de los morteros de pólvora; contenía una densa pasta. Y despedía un olor áspero. Lo reconoció de inmediato: era el olor de la cal viva.

Y eso quería decir que la mezcla de ese mortero era fuego automático.

Se apresuró a cogerlo y lo levantó con ambas manos.

De Kere se detuvo.

Sabía qué era.

Chris aprovechó esa breve vacilación para arrojarle el mortero a la cara. Le dio en el pecho, y la pasta marrón le salpicó el rostro, los brazos y el cuerpo.

De Kere soltó un gruñido.

Chris necesitaba agua. ¿Dónde había agua? Desesperado, miró alrededor, pero ya conocía la respuesta: en aquella sala no había agua. Estaba arrinconado. De Kere sonrió.

—¿No hay agua? —dijo—. Es una lástima, chico astuto.

Sostuvo la espada en posición horizontal ante él y avanzó. Chris notó la pared de piedra contra su espalda, y supo que estaba perdido. Al menos, quizá los otros pudieran regresar al presente.

Observó acercarse a De Kere, despacio, confiado. Olía su aliento; estaba lo bastante cerca como para escupirle.

Escupirle.

Nada más ocurrírsele la idea, Chris escupió a De Kere, no a la cara sino al pecho. De Kere soltó un resoplido de aversión: el chico ni siquiera sabía escupir. Allí donde la saliva entró en contacto con la pasta, empezaron a verse chispas y humo.

De Kere bajó la vista, horrorizado.

Chris le escupió otra vez. Y otra más.

El silbido de la combustión se oyó con mayor claridad. Saltaron chispas. En cuestión de segundos, De Kere ardería. Desesperadamente, trató de sacudirse la pasta con los dedos, pero solo consiguió extenderla aún más; ahora chisporroteaba y crepitaba también en las yemas de sus dedos, a causa de la humedad de la piel.

—Ahí tienes tu demostración, amigo mío —dijo Chris.

Corrió hacia la puerta. A sus espaldas, oyó un fognazo. Echó una ojeada atrás y vio al caballero envuelto en llamas de cintura para arriba. De Kere lo miraba fijamente a través del fuego.

Chris echó a correr. Corrió tan rápido como pudo, alejándose del arsenal.

En la puerta media, los otros lo vieron acercarse a todo correr. Hacía señas con las manos. Ellos no las entendieron. Se encontraban en el centro de la puerta, esperándolo.

—¡Marchaos, marchaos! —gritaba, indicándoles mediante gestos que fueran a ocultarse tras la muralla.

Marek miró más allá de Chris y vio las llamas a través de las ventanas del arsenal.

—¡Salgamos de aquí! —exclamó, y empujó a los otros hacia el siguiente patio.

Chris cruzó la puerta, y Marek lo agarró del brazo, tirando de él para ponerlo a cubierto, en el preciso instante en que el arsenal volaba por los aires. Una enorme esfera de fuego se elevó por encima de la muralla; todo el patio quedó bañado por una luz cegadora. Soldados, tiendas y caballos fueron derribados por la onda expansiva. El humo y la confusión se propagaron por todas partes.

—Olvidaos del cadalso —dijo el profesor—. Vámonos.

Y comenzaron a cruzar el patio en línea recta. Enfrente veían la barbacana de la muralla exterior.

En la sala de control, todos lanzaban vítores y gritos de alegría. Kramer brincaba de entusiasmo. Gordon daba palmadas en la espalda a Stern. El monitor volvía a reflejar fluctuaciones de campo. Intensas y potentes.

—¡Vuelven! —exclamó Kramer.

Stern dirigió la mirada a las grandes pantallas de vídeo, que mostraban el blindaje en la plataforma de tránsito. Los técnicos ya habían llenado de agua varios segmentos, y el cristal resistía. Los contenedores restantes estaban llenándose en ese momento, pero el nivel de agua era ya alto.

—¿Cuánto tiempo falta? —preguntó.

—Dos minutos, veinte segundos.

—¿Y para que acabe de llenarse el blindaje?

—Dos minutos, diez segundos.

Stern se mordió el labio.

—¿Llegaremos a tiempo?

—Sin duda. Puede jugarse lo que quiera —aseguró Gordon. Stern observó de nuevo las fluctuaciones de campo, cada vez más pronunciadas y nítidas. El inestable pico presentaba ahora una estabilidad total, elevándose sobre la superficie, tomando forma.

—¿Cuántos vuelven? —preguntó. Sin embargo, ya conocía la respuesta, porque el pico se dividía en secciones separadas.

—Tres —dijo el técnico—. Parece que regresan tres.

La barbacana exterior estaba cerrada: el pesado rastrillo bajado y el puente levantado. Cinco guardias yacían en tierra, y Marek alzaba el rastrillo lo justo para pasar por debajo. Pero el puente levadizo seguía cerrado.

—¿Cómo lo abrimos? —preguntó Chris.

Marek observaba las cadenas, que entraban en la barbacana.

—Allí —respondió, señalando arriba.

En el primer piso, había instalado un cabrestante.

—Quedaos aquí —dijo Marek—. Yo me encargaré.

—Vuelve a bajar enseguida —instó Kate.

—No te preocupes. Bajaré.

Subiendo por una escalera de caracol, Marek llegó a un cuarto estrecho y desangelado, con paredes de piedra, y dominado por el cabrestante de hierro que izaba el puente levadizo. Allí vio a un anciano de pelo blanco que, temblando de miedo, sostenía una barra de hierro ensartada en los eslabones de la cadena. Esa barra de hierro era lo que mantenía cerrado el puente. Marek apartó al anciano de un empujón y retiró la barra. La cadena se deslizó ruidosamente, y el puente empezó a bajar. Consultó el temporizador, sorprendiéndose al ver que marcaba 00.01.19.

—André, vamos —dijo Chris por el auricular.

—Ya voy.

Marek se volvió para marcharse. Pero entonces oyó unos pasos rápidos, y dedujo que había soldados en lo alto de la barbacana y bajaban para averiguar por qué se movía el puente. Si se iba de allí en ese momento, impedirían que el puente siguiera bajando.

Marek era consciente de lo que eso significaba. Debía quedarse allí.

Abajo, Chris observaba el puente levadizo, que bajaba lentamente con un ruido de cadenas. A través de la abertura, vio el cielo oscuro y las estrellas.

—Vamos, André.

—Hay soldados.

—¿Y qué?

—Tengo que quedarme a vigilar la cadena.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Chris.

Marek no contestó. Chris oyó un gruñido y un grito de dolor. Arriba, Marek estaba luchando. Chris observó el puente, que continuaba bajando. Miró al profesor. Pero el rostro del profesor permanecía inescrutable.

Apostado junto a la escalera que descendía del tejado, Marek mantenía en alto la espada. Mató al primer soldado en cuanto apareció. Mató también al segundo. Apartó los cuerpos con los pies para despejar el camino de obstáculos. Los otros soldados, confusos, se detuvieron escalera arriba, y Marek oyó murmullos de consternación.

La cadena del puente levadizo seguía deslizándose. El puente continuaba bajando.
—André, vamos.

Marek echó un vistazo al temporizador. Marcaba 00.01.04. Poco más de un minuto. Mirando por la ventana, vio que los otros no habían aguardado a que el puente bajara por completo; corrieron hasta el borde por el puente todavía inclinado y saltaron a la explanada. Allí, apenas los veía en la oscuridad.

—André. —Era otra vez Chris—. André.

Otro soldado bajó por la escalera, y Marek, al alzar la espada, golpeó accidentalmente el cabrestante. Saltaron chispas y el impacto contra el metal resonó en el aire, alertando al soldado, que retrocedió de inmediato, empujando y gritando a sus compañeros.

—André, escapa —dijo Chris—. Tienes tiempo.

Marek sabía que así era. Si se echaba a correr, podía alcanzarlos a tiempo. Si salía de allí en ese momento, los soldados no podrían volver a levantar el puente antes de que él lo cruzara y saltara a la explanada con los otros. Sabía que estaban allí fuera, esperándolo. Sus amigos. Esperándolo para regresar juntos al presente.

Al volverse para bajar por la escalera, su mirada se posó en el anciano, aún encogido en un rincón. Marek se preguntó cómo sería pasar la vida entera en aquel mundo. Vivir y amar, siempre en peligro, amenazado por las enfermedades, el hambre, la violencia, la muerte. Estar vivo en aquel mundo.

—André, ¿vienes?

—No hay tiempo —contestó Marek.

—André.

Miró hacia la explanada y vio sucesivos destellos. Habían llamado a las máquinas. Dispuestos a marcharse.

Las máquinas estaban allí. Todos ocupaban sus posiciones sobre las plataformas. Un vapor frío flotaba en torno a las bases, enroscándose en la hierba oscura.

—André, ven —dijo Kate.

Siguió un breve silencio. A continuación, Marek respondió:

—No me voy. Me quedo aquí.

—André, no lo has pensado bien.

—Sí, sí lo he pensado.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Kate.

Kate miró al profesor, y él se limitó a mover la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

—Ha deseado esto toda su vida.

Chris insertó el marcador de navegación en la ranura de la base.

Marek observaba desde la barbacana.

—Bueno, André... —Era Chris.

—Hasta la vista, Chris.

—Cuídate.

—André. —Era Kate—. No sé qué decir.

—Adiós, Kate.

Después oyó decir al profesor:

—Adiós, André.

—Adiós —se despidió Marek.

Por el auricular, oyó una voz grabada: «Permanezca inmóvil... abra los ojos... respire hondo..., contenga la respiración... *Ahora*». Vio un resplandeciente destello de luz azul en la explanada. Luego otro, y otro, con decreciente intensidad, hasta desaparecer por completo.

Doniger se paseaba de un lado a otro por el escenario a oscuras. En el auditorio, los tres ejecutivos, sentados en sus cabinas, lo observaban en silencio.

—Tarde o temprano —dijo— el artificio del entretenimiento... un entretenimiento continuo, incesante... impulsará a la gente a buscar autenticidad. «Autenticidad» será la palabra que abra todas las puertas en el siglo XXI. ¿Y qué es auténtico? Todo aquello que no está concebido y estructurado para obtener un beneficio. Todo aquello que no está controlado por las multinacionales. Todo aquello que existe por sí mismo, que adopta su propia forma. ¿Y qué es lo más auténtico que conocemos? El pasado.

»El pasado es indiscutiblemente auténtico. El pasado es un mundo que ya existía antes que Disney, Murdoch, Nissan, Sony, IBM y cuantas empresas se han dedicado a dar forma al mundo moderno. El pasado estaba ahí antes que ellos. El pasado es real. Es auténtico. Y eso mismo conferirá al pasado un extraordinario atractivo. Porque el pasado es la única alternativa a un presente en extremo organizado.

»¿Qué hará la gente? Ya está haciéndolo. Actualmente, en el ámbito de los viajes, el segmento que crece con mayor rapidez es el turismo cultural. Personas que no desean visitar otros lugares, sino otras épocas. Personas que desean sumergirse en ciudades amuralladas medievales, en colosales templos budistas, en pirámides mayas, en necrópolis egipcias. Personas que desean estar en el mundo del pasado. El mundo desaparecido.

»Y no quieren que sea falso. No quieren que se lo muestren bonito o limpio. Quieren que sea auténtico. ¿Quién garantizará esa autenticidad? ¿Quién se convertirá en la empresa líder en el sector del pasado como entretenimiento? La ITC.

»Ahora pasaré a exponerles nuestros proyectos de turismo cultural en todo el mundo. Me concentraré especialmente en uno que está en preparación en Francia, pero tenemos otros muchos. En todos los casos, cedemos el yacimiento al gobierno del país en cuestión. Pero somos propietarios de las tierras colindantes, lo cual significa que los hoteles, restaurantes, tiendas, y todo el aparato turístico será nuestro. Por no entrar ya en detalles como los libros, las películas, las guías, los disfraces, los juguetes, etcétera. Los turistas pagarán diez dólares por acceder al recinto. Pero gastarán quinientos dólares en gastos externos. Todo eso estará bajo nuestro control. —Doniger sonrió—. Para asegurarnos de que se lleva a cabo con el debido buen

gusto, naturalmente. —A sus espaldas apareció un gráfico—. Estimamos que cada centro generará unos beneficios de dos mil millones de dólares anuales, incluida la comercialización de subproductos. Estimamos que los ingresos globales de la empresa superarán los cien mil millones de dólares anuales hacia la segunda década del próximo siglo. Ésa es una de las razones para que ustedes contraigan un compromiso con nosotros.

»La otra razón es aún más importante. Tras la aparición de turismo, estamos de hecho constituyendo una propiedad intelectual. El concepto de esta clase de propiedad se aplica ya, por ejemplo, al software. Pero no existe para la historia. Y sin embargo la historia es la herramienta intelectual más poderosa que posee la sociedad. Hablemos claramente. La historia no es una relación desapasionada de acontecimientos. Ni es un patio de recreo para que los académicos se abandonen a sus triviales discusiones.

»La finalidad de la historia es explicar el presente, decir por qué el mundo que nos rodea es como es. La historia nos cuenta qué es importante en nuestro mundo, y cómo ha llegado a serlo. Nos cuenta por qué las cosas que valoramos son las cosas que debemos valorar. Y nos cuenta qué ha de pasarse por alto o desecharse. Eso es verdadero poder, un poder profundo. El poder de definir a toda una sociedad.

»El futuro depende del pasado... de quien controle el pasado. Tal control nunca antes ha sido posible. Ahora ya lo es. Nosotros, en la ITC, queremos ayudar a nuestros clientes a dar forma al mundo en el que todos vivimos y trabajamos y consumimos.

Y para conseguirlo, creemos que podemos contar con el total y entusiasta apoyo de ustedes.

No hubo aplausos, sino solo un silencio de estupefacción. Siempre era así. Tardaban un rato en comprender de qué les hablaba.

—Gracias por su atención —concluyó Doniger, y abandonó el escenario.

—Vale más que se trate de algo importante —dijo Doniger—. No me gusta tener que abreviar una sesión de esa trascendencia.

—Es muy importante —respondió Gordon.

Recorrían el pasillo en dirección a la sala de tránsito.

—¿Han vuelto?

—Sí. Reforzamos el blindaje, y tres de ellos han vuelto.

—¿Cuándo?

—Hace quince minutos.

—¿Y?

—Ha sido una experiencia sumamente penosa. Uno de ellos está mal herido y tendrá que ser hospitalizado. Los otros dos están bien.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

Cruzaron la puerta.

—Quieren saber por qué no se les informó de los planes de la ITC.

—Porque no es asunto de ellos —repuso Doniger.

—Han arriesgado la vida...

—Se ofrecieron voluntariamente.

—Pero...

—Bah, que se vayan a la mierda —dijo Doniger—. ¿A qué viene tanto revuelo? ¿Quién va a escucharlos? Son un puñado de *historiadores*, y en todo caso, van a quedarse sin trabajo a menos que trabajen para mí.

Gordon no respondió. Miraba por encima del hombro de Doniger. Doniger se volvió lentamente.

Allí estaban Johnston, la chica —que ahora llevaba el pelo corto— y uno de los dos hombres. Iban sucios, harapientos y cubiertos de sangre. Se hallaban junto a un monitor del circuito cerrado de televisión, y en la pantalla se veía el auditorio. Los ejecutivos abandonaban en ese momento la sala, y el escenario estaba vacío. Pero debían de haber oído la presentación, o al menos parte de ella.

—Bien —dijo Doniger con una súbita sonrisa—. Me alegro de que hayan vuelto.

—Nosotros también —respondió Johnston. Pero él no sonrió.

Nadie habló.

Simplemente miraban a Doniger.

Volviéndose hacia Gordon, Doniger dijo:

—Os podéis ir a la mierda. ¿Para qué me habéis traído aquí? ¿Porque los historiadores están molestos? Esto es el futuro, les guste o no. No tengo tiempo para estas gilipolleces. Tengo una empresa que dirigir.

Pero Gordon llevaba en la mano un pequeño bote de gas.

—Ha habido una serie de conversaciones, Bob —explicó—. Opinamos que a partir de ahora debe dirigir la empresa alguien más moderado.

Se oyó un leve siseo de aerosol. Doniger percibió un olor penetrante, como el del éter.

Al despertar, oyó un ensordecedor zumbido, y un sonido semejante al chirrido de una lámina de metal al rasgarse. Estaba dentro de la máquina. Vio que todos lo observaban desde detrás del blindaje de agua. Sabía que, una vez iniciado el proceso de tránsito, no podía salir de la jaula.

—No os saldréis con la vuestra —dijo, alzando la voz.

Y en ese instante el destello violáceo del láser lo deslumbró. Los destellos se aceleraron. Vio aumentar de tamaño la sala de tránsito a medida que él se encogía. Oyó el silbido de la espuma cuando descendía hacia ella y luego un chirrido final, y cerró los ojos, esperando el impacto.

Negrura.

Oyó el gorjeo de los pájaros, y abrió los ojos. Lo primero que hizo fue mirar al cielo. Estaba despejado. Así pues, no era el Vesubio. Se hallaba en un bosque primigenio con enormes árboles. Así que tampoco era Tokio. Los trinos de los pájaros resultaban agradables al oído y el aire era templado. Tampoco estaba, pues, en Tunguska.

¿Dónde demonios estaba?

La máquina había quedado ligeramente inclinada; el terreno declinaba a la izquierda. Vio luz a través de los troncos de los árboles, a cierta distancia. Salió de la máquina y descendió por la pendiente. A lo lejos, oyó el ritmo lento de un solitario tambor.

Llegó a un claro, y desde allí vio un pueblo fortificado. Lo ocultaba parcialmente el humo de muchas hogueras, pero lo reconoció de inmediato. ¡Vaya, pero si es Castलगard!, pensó. ¿Qué sentido tenía obligarlo a viajar allí?

Era cosa de Gordon, claro; él estaba detrás de aquello. La escena sobre el enfado de los historiadores no era más que una farsa. El hijo de puta había estado dirigiendo la tecnología, y ahora se creía capacitado para dirigir también la empresa. Gordon lo había enviado al pasado, pensando que no podría volver.

Pero Doniger sí podía volver, y volvería. No sentía especial preocupación, porque siempre llevaba encima una oblea de cerámica, oculta en una ranura del tacón del zapato. Se descalzó, y miró en la ranura. Sí, la oblea estaba allí. Pero había entrado hasta el fondo de la ranura, y parecía haberse atascado dentro. Sacudió el zapato, pero la oblea no cayó. Probó con una ramita, hurgando en el interior, pero la rama se

partió.

A continuación, intentó arrancar el tacón, pero no había hueco suficiente para hacer palanca. Necesitaba alguna herramienta metálica, como un cincel o una cuña. Seguramente, encontraría algo en el pueblo.

Volvió a calzarse, se quitó la chaqueta y la corbata, y descendió por la pendiente. Contemplando el pueblo, advirtió algunos detalles anómalos. Se encontraba justo encima de la puerta oriental de la muralla, pero la puerta estaba abierta. Y en el adarve no rondaba ningún soldado. Era extraño. Fuera el año que fuese, la zona atravesaba sin duda un período de paz; hubo algunos períodos así entre las invasiones inglesas. Aun así, hubiera imaginado que la puerta se hallaba siempre vigilada. Miró los campos de labranza y no vio a nadie trabajar en ellos. Parecían descuidados, invadidos por las malas hierbas.

¿Qué más da?, pensó.

Atravesó la puerta y entró en el pueblo. Vio que la puerta estaba sin vigilancia, porque el soldado de guardia yacía muerto cara arriba. Doniger se inclinó sobre el cadáver. Dos hilillos de sangre brotaban de sus ojos. Debía de haber sido golpeado en la cabeza, se dijo.

Se volvió para mirar el pueblo. El humo, observó, se elevaba de pequeñas vasijas colocadas por todas partes: en la tierra, en las paredes, en los postes de las cercas. Y el pueblo parecía desierto, vacío en un día claro y soleado. Se dirigió hacia el mercado, pero allí no había nadie. Oyó los cantos de unos monjes, acercándose a él. Y oyó el tambor.

Sintió un escalofrío.

Una docena de monjes, todos vestidos de negro, doblaron la esquina en una especie de procesión. Algunos llevaban el torso descubierto y se azotaban con látigos de piel tachonados. Sus hombros y espaldas sangraban copiosamente.

Flagelantes.

Eso eran: flagelantes. Doniger dejó escapar un gemido y se apartó de los monjes, que siguieron avanzando con paso majestuoso, sin prestarle atención. Continuó retrocediendo hasta que topó de espaldas contra algo de madera.

Al volverse, vio una carreta, pero sin caballo. Vio fardos de ropa amontonados en la carreta. Luego vio asomar de uno de los fardos el pie de un niño. De otro, un brazo de mujer. Una nube de moscas bullía sobre los cadáveres, con un zumbido ensordecedor.

Doniger empezó a temblar.

El brazo de la mujer presentaba unos extraños bultos negruzcos.

La peste negra.

Supo entonces qué año era: 1348. El año en que la primera epidemia azotó Casteldard, matando a un tercio de la población. Sabía asimismo cómo se contagiaba: a través de las picaduras de las moscas, del contacto y del aire. Solo respirar el aire podía resultar mortal. Sabía que era una muerte fulminante, que la gente se

desplomaba sin más en medio de la calle. Uno se encontraba perfectamente, y de pronto empezaba la tos y el dolor de cabeza, y al cabo de una hora estaba muerto.

Se había acercado mucho al soldado de la puerta. Se había acercado a su cara.

Se había acercado mucho.

Doniger se dejó caer contra una pared y se deslizó hasta el suelo, sus miembros paralizados por el terror.

Mientras estaba allí sentado, empezó a toser.

Epílogo

La lluvia azotaba el gris paisaje inglés. Los limpiaparabrisas se deslizaban por el cristal. Sentado al volante, Edward Johnston se inclinaba y entornaba los ojos, intentando ver a través de la lluvia. Fuera había unas colinas bajas y oscuras, demarcadas por setos oscuros, todo ello desdibujado por la lluvia. La última granja se encontraba un par de kilómetros atrás.

—Elsie, ¿estás segura de que es esta carretera? —preguntó Johnston.

—Totalmente segura —respondió Elsie Kastner con el mapa extendido sobre el regazo. Siguió la ruta con el dedo—. Siete kilómetros más allá de Cheatham Cross por el desvío a Bishop's Vale, y luego otro kilómetro y medio. Así que debería estar por aquí, a la derecha.

Señaló una ladera de pendiente suave con unos cuantos robles dispersos.

—No veo nada —comentó Chris, en el asiento trasero.

—¿Está puesto el aire acondicionado? Tengo calor —dijo Kate. Embarazada de siete meses, siempre tenía calor.

—Sí, está puesto —contestó Johnston.

—¿A toda potencia?

Chris le dio unas palmadas en la rodilla para tranquilizarla.

Johnston conducía despacio, buscando algún mojón junto a la carretera donde indicara el número de kilómetro. La lluvia amainó. Mejoró la visibilidad. Y de pronto Elsie anunció:

—¡Ahí está!

En lo alto de la colina se alzaba un rectángulo gris, con las paredes en ruinas.

—¿Es eso?

—Sí, eso es el castillo de Eltham —respondió Elsie—. O lo que queda de él.

Johnston detuvo el coche en el arcén y apagó el motor. Elsie leyó un párrafo de una guía turística:

—«Construido aquí por John d'Eltham en el siglo XI, con varios anexos posteriores. Destacan la torre del homenaje, del siglo XII, y una capilla de estilo gótico inglés, edificada en el siglo XIV. Sin relación con el castillo de Eltham sito en Londres, que es de un período posterior».

La lluvia se había reducido a unas cuantas gotas arrastradas por el viento. Johnston abrió la puerta del coche y salió, arrebujándose en la gabardina. Elsie dejó en el asiento del acompañante sus documentos en una funda de plástico. Chris rodeó el coche para abrirle la puerta a Kate y la ayudó a bajar. Pasaron sobre una tapia baja

de piedra y comenzaron a ascender hacia el castillo.

El grado de decrepitud era mucho mayor de lo que parecía desde la carretera: quedaban solo unas cuantas paredes altas de piedra, oscurecidas por la lluvia. No había techos; las habitaciones se hallaban a la intemperie. Nadie habló mientras paseaban por las ruinas. No vieron carteles, ni letreros con explicaciones de acontecimientos pasados, nada que indicara qué había sido aquel edificio. Finalmente, Kate dijo:

—¿Dónde está?

—¿La capilla? Por allí.

Tras circundar una alta pared, vieron la capilla, asombrosamente completa, su tejado reconstruido en algún momento del pasado. Las ventanas no eran más que arcos abiertos, sin cristal. No había puerta.

Dentro, el viento soplaba a través de las grietas y las ventanas. El techo goteaba. Johnston sacó una potente linterna y alumbró las paredes.

—¿Cómo descubriste este lugar, Elsie? —preguntó Chris.

—En los documentos, claro está —contestó ella—. En los archivos de Troyes aparecía una referencia a un rico caballero inglés llamado Andrew d'Eltham, que visitó el monasterio de Sainte-Mère en los últimos años de su vida. Llevó a toda su familia desde Inglaterra, incluidos su esposa y sus hijos ya adultos. A partir de eso, empecé a investigar.

—Aquí —dijo Johnston, enfocando el suelo con la linterna.

Todos se acercaron a ver.

Ramas rotas y una capa de hojas mojadas cubrían el suelo. Johnston se arrodilló y comenzó a apartarlas para dejar a la vista unas desgastadas lápidas funerarias embutidas en el suelo. Chris contuvo el aliento al ver la primera. El relieve mostraba a una mujer yacente, vestida con recatados ropajes largos. Era sin duda lady Claire. A diferencia de otros muchos relieves, lady Claire había sido representada con los ojos abiertos, mirando directamente al observador.

—Todavía hermosa —dijo Kate, de pie ante la lápida, con la espalda arqueada y una mano en el costado.

—Sí, todavía hermosa —repitió Johnston.

Limpiaron después la segunda lápida. Al lado de Claire, yacía André Marek. También él tenía los ojos abiertos. Marek aparentaba mayor edad, y a un lado de la cara tenía una marca que podía ser una arruga o una cicatriz.

—Según los documentos —prosiguió Elsie—, Andrew escoltó a lady Claire a Inglaterra desde Francia, y más tarde se casó con ella, haciendo caso omiso de los rumores que le atribuían el asesinato de su primer marido. En opinión de todos, estaba profundamente enamorado de su esposa. Tuvieron cinco hijos, y fueron inseparables hasta el fin de sus vidas.

»En su vejez, el otrora *routier* llevó una vida apacible, y adoraba a sus nietos. Las últimas palabras de Andrew antes de morir fueron: “He elegido una buena vida”. Fue

enterrado en la capilla de la familia en Eltham en junio de 1382.

—Mil trescientos ochenta y dos —dijo Chris—. A los cincuenta y cuatro años.

Johnston limpiaba el resto de la lápida. Vieron el escudo de armas de Marek: un león rampante sobre un campo de lirios. Encima del escudo se leían unas palabras en francés.

—El lema de su familia —explicó Elsie—, inspirado en el de Ricardo Corazón de León, aparecía sobre el escudo de armas: *Mes compaignons cui j'amoie et cui j'aim ... Me di, chanson*. —Hizo una pausa—. «Mis compañeros a quienes amé, y todavía amo... Contadles, mi canción».

Permanecieron mirando a André durante largo rato.

Johnston tocó los contornos de su rostro con las yemas de los dedos.

—Bueno —dijo por fin—, al menos sabemos qué ocurrió.

—¿Cree que fue feliz? —preguntó Chris.

—Sí —respondió Johnston. Pero pensaba que, por más que le apasionara la época, aquél nunca podía ser su mundo. Allí, debió de sentirse siempre un extranjero, una persona desarraigada, porque provenía de otro lugar.

Se oyó el gemido del viento. Volaron unas cuantas hojas. El aire era húmedo y frío. Guardaron silencio.

—Me pregunto si se acordaba de nosotros —dijo Chris, contemplando el semblante de piedra—. Me pregunto si nos echaba de menos.

—Claro que sí —contestó el profesor—. ¿Tú no lo echas de menos a él?

Chris asintió con la cabeza. Kate sorbió por la nariz y se sonó.

—Yo sí —añadió Johnston.

Salieron de la capilla. Descendieron por la colina hasta el coche. La lluvia había cesado por completo, pero oscuros nubarrones cubrían aún el cielo, flotando a baja altura sobre los montes.

Agradecimientos

Nuestra comprensión de la Edad Media ha variado de manera espectacular en los últimos cincuenta años. Aunque de vez en cuando todavía oímos a algún científico presuntuoso referirse a ese período con el término «Edad de las Tinieblas», los puntos de vista modernos han desechado hace mucho tiempo esos simplismos. Una época que antiguamente se consideraba estática, brutal y sumida en la ignorancia, se ve ahora como un período dinámico y cambiante: un período en el que se buscaba y valoraba el conocimiento; en el que nacieron las grandes universidades y se fomentó la enseñanza; en el que la tecnología se impulsó con entusiasmo; en el que la relaciones sociales fluctuaron continuamente; en el que el comercio alcanzó una dimensión internacional; en el que el nivel global de violencia era con frecuencia mucho menos catastrófico que en la actualidad. En cuanto a la fama atribuida a la Edad Media como oscura época de provincianismo, prejuicios religiosos y grandes masacres, la historia del siglo xx debería llevar a cualquier observador reflexivo a la conclusión de que nuestro tiempo no es en modo alguno superior.

De hecho, la concepción del medioevo como un período brutal surgió en el Renacimiento, cuando los defensores de la nueva corriente se esforzaron por poner de relieve la aparición de un nuevo espíritu, aun a costa de falsear la realidad. Si la idea de un mundo medieval sumido en la ignorancia se consolidó como error generalizado y duradero, quizá sea porque confirma una extendida creencia contemporánea: que nuestra especie siempre avanza hacia formas de vida mejores y más desarrolladas. Dicha creencia es una simple fantasía, pero está muy arraigada. Especialmente difícil resulta para el hombre moderno concebir que nuestra época, dominada por la ciencia, pudiera no ser un avance respecto a períodos precientíficos.

Ahora una observación en cuanto a los viajes en el tiempo. Si bien es cierto que el teletransporte cuántico se ha demostrado en laboratorios de todo el mundo, la aplicación práctica de tales fenómenos se reserva al futuro. Las ideas expuestas en este libro fueron suscitadas por las estimulantes especulaciones de David Deutsch, Kip Thorne, Paul Nahin y Charles Bennett, entre otros. Lo que aquí aparece quizá les divierta, pero no lo tomarán en serio. Esto es una novela: los viajes en el tiempo se asientan firmemente en el mundo de la fantasía.

En cambio, la representación del mundo medieval parte de una base más sólida, y por ello estoy en deuda con la obra de muchos estudiosos, algunos de los cuales se mencionan en la bibliografía incluida a continuación. Los errores son míos, no de ellos.

Deseo asimismo expresar mi agradecimiento a Catherine Kanner por las ilustraciones, y Brant Gordon por las representaciones arquitectónicas generadas por ordenador.

Por último, deseo agradecer al historiador Bart Vranken sus inestimables percepciones, así como su compañía durante las excursiones por las descuidadas y poco conocidas ruinas del Perigord.

Bibliografía en castellano

- ALLMAND, Christopher; *La guerra de los Cien Años*, Crítica, Barcelona, 1990.
- ANÓNIMO; *La historia del caballero Lanzarote*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- BLOCH, Marc; *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 1987.
- CHRÉTIEN DE TROYES; *Cligès*, Alianza, Madrid, 1993.
- CONTAMINE, Phillippe; *La guerra en la Edad Media*, Labor, Barcelona, 1984.
- DUBY, Georges Ed.; *Historia de la vida privada*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1996.
- FROISSART, Jean; *Crónicas*, Siruela, Madrid, 1988.
- GIMPEL, Jean; *La revolución industrial en la Edad Media*, Taurus, Madrid, 1982.
- HUIZINGA, Johan; *El otoño de la Edad Media*, Altaya, Barcelona, 1995.
- KEEN, Maurice; *La caballería*, Ariel, Barcelona, 1986.
- PATERSON, Linda M.; *El mundo de los trovadores: la sociedad occitana medieval entre 1100 y 1300*, Península, Barcelona, 1997.
- PERROY, Édouard; *La guerra de los 100 años*, Akal, Madrid, 1982.
- PIRENNE, Henri; *Las ciudades de la edad media*, Alianza, Madrid, 1997.
- ROSSIAUD, Jacques; *La prostitución en el medioevo*, Ariel, Barcelona, 1986.
- STRAYER, Joseph R.; *Sobre los orígenes medievales del Estado moderno*, Ariel, Barcelona, 1986.
- THORNE, Kip S.; *Agujeros negros y tiempo curvo*, Crítica, Barcelona, 1995.
- WRITE, Lynn, Jr.; *Tecnología medieval y cambio social*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1990.



MICHAEL CRICHTON (Chicago, Illinois, EE. UU., 23 de octubre de 1942 - Los Ángeles, California, EE. UU., 4 de noviembre de 2008). Médico, escritor y cineasta estadounidense, considerado el iniciador del estilo narrativo llamado *tecno-thriller*, que explora los fracasos que puede causar la interacción humana con la tecnología. Igualmente, la mayoría de sus obras se basan en nociones médicas y científicas bien documentadas, reflejando su formación en estas materias.

Se han vendido más de 150 millones de copias literarias de sus obras, la mayoría *best-sellers*, que han sido traducidas a más de treinta idiomas y de las cuales doce se han llevado al cine, a destacar *Devoradores de cadáveres* (1973), *Parque Jurásico* (1990) o *Twister* (1996).

Quizá principalmente conocido por ser el padre de *Parque Jurásico*, lo es también de la prestigiosa serie de televisión, *ER (Urgencias)*. Es la única persona que ha tenido: el libro número uno (*Acoso*), la película número uno (*Parque Jurásico*) y la serie de televisión número uno (*Urgencias - ER*), en el mismo instante.

Notas

[1] Alastair I. M. Rae, *Quantum Physics: Illusion or Reality*, Cambridge, Cambridge, RU, 1994. (Hay versión castellana: *Física cuántica, ¿ilusión o realidad?* Alianza Editorial, Madrid, 1998). Véase también Richard Feynman, *The Character of Physical Law*, MIT, Cambridge, Massachusetts, 1965. (Hay versión castellana: *El carácter de la ley física*, Bosch, Barcelona, 1983). También Rae, *Quantum Mechanics*, Hilger, Bristol, RU, 1986. <<

[2] John Horgan, *The End of Science*, Addison-Wesley, Reading, Massachusetts, 1996. (Hay versión castellana: *El fin de la ciencia*, Paldós, Barcelona, 1998). Véase también Gunther Stent, *Paradoxes of Progress*, W. H. Freeman, Nueva York, 1978. (Hay versión castellana: *Paradojas del progreso*, Alhambra Longman, Madrid, 1981). <<

[3] Dik Bouwmeester y otros, «Experimental Quantum Teleportation», *Nature* (11 diciembre 1997), pp. 575-579. <<

[4] Maggie Fox, «Spooky Teleportation Study Brings Future Closer», Reuters, 22 octubre 1998. <<

[5] Colin P. Williams y Scott H. Clearwater, *Explorations in Quantum Computing*, Springer-Verlag, Nueva York, 1998. Véase también Gerard J. Milburn, *Schrödinger's Machines*, W H. Freeman, Nueva York, 1997, y *The Feynman Processor*, Perseus, Reading, Massachusetts, 1998. <<

[6] C. H. Bennett y otros, «Teleporting an unknown quantum state via dual classical and Einstein-Podolsky-Rosen channels», Physical Review Letters, 70 (1993), p. 1895. <<